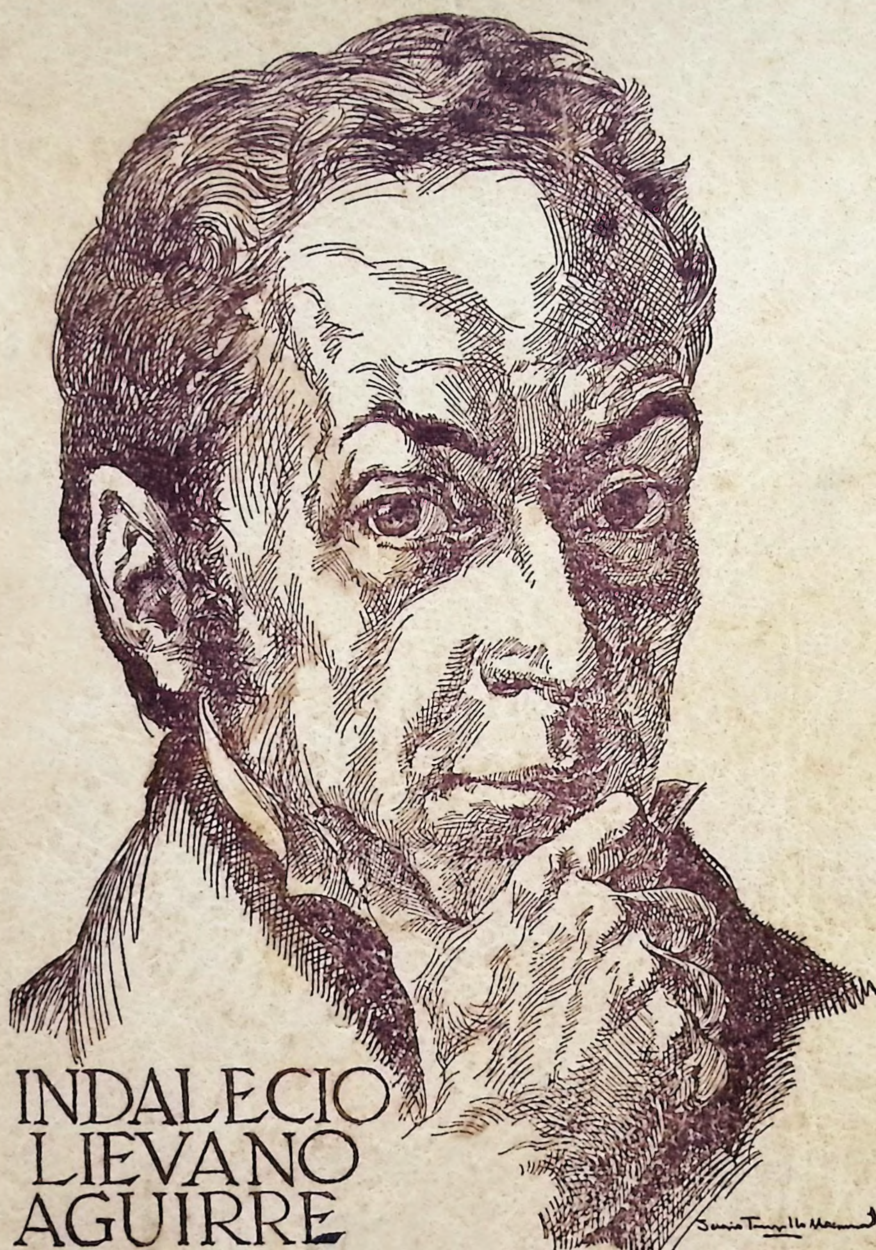


INDALECIO
LIEVANO
AGUIRRE

BOLIVAR

SEGUNDA EDICION





IDEARIUM CARIBE



SOCIEDAD DE ESTUDIOS VENEZOLANOS

A NICOLAS LIEVANO DANIES
y EMILIA AGUIRRE DE LIEVANO
con profunda gratitud.

EL AUTOR

INDALECIO
LIEVANO
AGUIRRE

BOLIVAR

EDITORIAL "EL LIBERAL" S A — BOGOTA

BOLIVAR

PRIMERA PARTE

Capítulo I

UNA VOZ EN EL PASADO

"Nuestra familia se ha demostrado digna de pertenecernos, y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esta fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo les he representado a presencia de los hombres; y yo los representaré a presencia de la posteridad."

SIMON BOLIVAR

Una hostilidad de generaciones.—Los Bolívar y el Estado español.—Vizcaya y América.—¿Marqueses de San Luis o rebeldes Americanos?—El acicate de un alma insatisfecha.—Las fuentes del optimismo vital.—Fracaso de los preceptores.

En Vizcaya, en el siglo XIII, la familia Bolívar comienza una lucha que ha de culminar victoriosamente en tierras americanas. Los fueros de las provincias y de las aldeas españolas sufren entonces los primeros ataques de una monarquía de aspiraciones centralistas y la unidad de la futura nación imperial progresa con el quebrantamiento de los privilegios de esos hoscos varones españoles que habían conservado por largo tiempo una pretensión de autonomía, una altiva independencia de todo poder político central. Y a esta clase de hombres pertenecían los Bolívar. Establecidos en la región donde confluyen los caminos que comunican el mar y el interior de Vizcaya, abastecían su molino con las cosechas de centeno que les

llevaban los labradores de una extensa vecindad y encerrados en sus casas toscamente amuralladas defendían con celo su independencia, amenazada por las pretensiones de autoridad de la realeza castellana.

Este estilo de hombres empezaba a hacer crisis en la Península, porque el gran proceso de integración de la nación española se adelantaba arrancando a sus gentes de las pequeñas rencillas y preocupaciones locales, en las que habían permanecido encastilladas durante siglos, para sumirlas en el formidable espíritu de grandeza que culminaría en la gloriosa epopeya de la España Imperial. Resuelta la realeza castellana a poner fin a esos privilegios, en cuyo nombre se mantenía a las provincias entregadas a sangrientas contiendas y a permanentes represalias, con fuerzas superiores atacó a los feudatarios rebeldes de Vizcaya y hacia 1470 los redujo a la impotencia. En los azares de la lucha, la tosca torre señorial de los Bolívar fue desmantelada definitivamente.

Imposibilitada para rebelarse y perseguir el poder y su independencia a través de las contiendas partidistas, la vida de la familia se desliza tranquila por largo tiempo, hasta que un día uno de sus miembros se resuelve a buscar en tierras americanas la libertad perdida en la Península. La eterna rebelión de esta raza, rehacia a someterse a las trabas de los gobiernos paternalistas, la impulsa a depositar todas sus esperanzas en las lejanas soledades de América, a trasladar a las Colonias de España, con ese espíritu emprendedor e independiente de los vizcaínos, las semillas del conflicto que en la Metrópoli se había solucionado en favor del Estado castellano.

Desde que se establece en Venezuela, el apellido Bolívar aparece vinculado a las más importantes obras de progreso social de la Costa Firme. Fundación de ciudades, fortificación del puerto de La Guaira, privilegio de un escudo de armas para la ciudad de Caracas, construcción de caminos y colonizaciones, tales son las huellas que en su nueva patria deja la actividad emprendedora de los Bolívar. Sin embargo, a través de la historia de esta familia nunca desaparecen del todo sus diferencias con el Estado paternalista español, que en América como en España se opone a que ella gobierne a su antojo tierras, esclavos e indios, sin contar con sus preceptos y su intervención.

La dificultad de estas relaciones alcanza su punto crítico en el año de 1737, cuando don Juan Bolívar, dueño ya de una considerable fortuna y de notoria influencia social en Caracas, se empeña en adquirir para su familia —con un título de nobleza—, los privilegios que España reservaba a la aristocracia peninsular.

La obtención de un escudo de armas no era entonces cosa imposible para quien disponía del dinero suficiente, pues dominada la

Metrópoli por el mercantilismo que impusieron los Borbones, muchos privilegios nobiliarios estaban en venta para atender a las crecientes necesidades del agotado erario español. Por eso, cuando por conducto de su apoderado en Madrid supo don Juan Bolívar que el Rey Felipe V había donado al Convento de los frailes de San Benito —a la manera de auxilio y con autorización para beneficiarlo en las colonias de Ultramar— el título de Marqués de San Luis, sin vacilaciones le ordenó adquirirlo por la suma exigida, es decir, por veintidós mil doblones de oro, que fueron entregados a los beneficiarios con todas las formalidades del caso.

Pero cuando las autoridades españolas, para oficializar el título, exigieron a los Bolívar la presentación de los papeles que acreditaban su pureza de sangre y su tradición de hidalguía, surgió el inconveniente destinado a echar por tierra las aspiraciones de don Juan; la dificultad —que resultó invencible—, de establecer plenamente la pureza de sangre de una de las doncellas situada en posición clave en el árbol genealógico de la familia. Alguna de esas posibles y frecuentes mezclas raciales que los españoles consideraban incompatibles con su orgullo étnico y sus privilegios nobiliarios, se interpuso así entre los Bolívar, quienes con el gesto de don Juan realizaban un decisivo esfuerzo para no separarse de la tierra de sus antepasados, y el gobierno metropolitano que en guarda de centenarios privilegios de casta, iba a precipitar a esta familia, con su rechazo, a confundirse con la salvaje tierra de América y a emerger del ardiente crisol del trópico, donde todas las razas y todas las ideas estaban en tremenda ebullición, convertida en la gran fuerza revolucionaria que destruiría definitivamente el predominio del Estado español en América.

* * *

En el siglo XVIII la familia Bolívar habita en Caracas, incipiente población situada en el norte del continente, en un valle de clima suave, atravesado por cuatro pequeños ríos y enclavado a mil metros de altura sobre el nivel del mar. La ciudad tiene entonces entre cuarenta y cuarenta y cinco mil habitantes, contando los blancos, negros, indios y "pardos", separados entre sí por un rígido concepto de casta, que ha venido integrándose gradualmente durante la Colonia. Como todas las poblaciones de fundación española, está formada por calles largas, no muy anchas y rectilíneas, cortadas por otras perpendiculares; la mayoría de las casas son bajas, por el temor de la población a los frecuentes temblores: las de los arrabales, de tierra, sostenidas por armaduras de madera y las de los barrios centrales de gruesos muros de tapia pisada o mampostería y construídas en medio de solares adornados con palmeras, naranjos o tamarindos.

La vida colonial transcurre tranquila y generalmente pobre en acontecimientos interesantes. El poco trabajo y el clima determinan en las gentes una tendencia a abandonarse a los placeres, que obstaculizados por las rigidas costumbres, nacen y mueren como estremecimientos voluptuosos de morbosa intensidad. Ese ambiente enervante impregna el mundo colonial español, llegando inclusive hasta los conventos, donde en el siglo XVIII adquiere caracteres de verdadera licencia.

Por esos tiempos, el principal de los miembros de la familia Bolivar, don Juan Vicente, habita en su mansión señorial de la plaza de San Jacinto. Su vida, iniciada como la de tantos ricos herederos, sin otras preocupaciones que los transitorios problemas propios del manejo de su fortuna, le permitió saborear tempranamente —tanto en Caracas como en Madrid—, los encantos de una existencia fácil, los cuales aflojaron la voluntad y borraron de su espíritu todo anhelo distinto de aspirar sin usura y si se quiere desordenadamente los placeres que la situación ponía con demasiada frecuencia a su alcance. Los años transcurrieron para él en esa placidez donde naufraga toda necesidad de cambio y las energías de la personalidad se embotan en el enervante goce de los sentidos. Sólo a los cuarenta y seis años, cuando los primeros síntomas de la senectud le dejaron advertir los inconvenientes de la soledad, comenzó a pensar seriamente en casarse. Y si se tiene en cuenta la diferencia de edad que le separaba de doña Concepción Palacios y Blanco, su futura esposa, quien contaba entonces 15 años, no puede descartarse la posibilidad de una de esas alianzas, tan frecuentes en aquellas épocas, en las cuales la influencia de las familias tenía cuando menos tanta importancia como la voluntad de los contrayentes. No sería, pues, exacto considerar a don Juan Vicente como la mejor representación del genio ambicioso y rebelde de su casta. En la historia de esta familia él se nos presenta como un remanso en la imperiosa corriente de la estirpe, como el descanso de una raza que se prepara a producir un ejemplar humano excepcional.

Las crónicas hablan de la singular belleza de doña Concepción, mujer de instintos recios, y sólo superficialmente reprimidos por la severa educación acostumbrada en la Colonia para la mujer. Impulsada por un imperioso anhelo de vida, ambiciosa de éxitos cuya naturaleza no estaba bien definida en su mente, la vida casi común que le tocó llevar dejo en su espiritu el confuso sentimiento de algo inacabado, que puso una nota de insatisfacción en el tranquilo sucederse de su existencia y le impidió siempre entregarse totalmente a las realidades y afectos de su propia vida.

Este matrimonio puede, sin embargo, considerarse como feliz. Do-

ña Concepción, a pesar de su temperamento, tuvo el talento o la virtud de no sobrepasar ciertos límites y don Juan Vicente supo gozar con los éxitos de su mujer y se sintió siempre orgulloso de sus triunfos sociales. De esta manera transcurrieron sus vidas, probablemente sin grandes dichas pero también sin grandes penas. En sus hijos se repartieron las características de éstos dos temperamentos tan distintos el uno del otro: Juan Vicente y Juana fueron tranquilos y suaves como el padre y María Antonia y Simón impetuosos y ardientes como la madre. Talvez en los últimos estallaron las tendencias reprimidas en su vida por doña Concepción.

El menor nació el día 24 de julio de 1783, y fue bautizado con el nombre de Simón a solicitud de su padrino, el presbítero Félix Xerex y Aristeguieta, quien instituyó a favor del infante un valioso vínculo, que en el futuro daría al favorecido crecida renta.

Desde el momento de su nacimiento el niño fue entregado, como lo sería durante su infancia, al cuidado de manos extrañas: doña Inés Manceba de Miyares primero y finalmente la esclava negra Hipólita, fiel y abnegada servidora de la familia. Todo indica que el pequeño Simón no tuvo entonces los cuidados especiales que inspira el afecto maternal. La negra Hipólita fue la encargada de seguirlo en sus primeros movimientos y de enseñarle a balbucir las primeras palabras.

La razón que justifica el alejamiento de doña Concepción de su hijo —la presentación de los primeros síntomas de la grave enfermedad del pecho que años después la llevaría a la tumba—, no podía, sin embargo, ser entendida por quien habría de sufrir sus consecuencias: el pequeño Simón. Durante su infancia este alejamiento le pareció siempre inexplicable y un íntimo y doloroso reproche se clavó en su alma, arraigándose en ella tan profundamente, que ni siquiera los años lograron borrarlo, como no borran las primeras impresiones, tan cercanas de la vida inconsciente. Por eso a lo largo de su existencia será muy marcado el contraste entre el silencio que guardó Simón Bolívar sobre su madre y su solicitud y ternura al referirse a las mujeres que le acompañaron en sus años infantiles y actuaron como sus verdaderas madres: la negra Hipólita e Inés Manceba de Miyares.

La falta de los cuidados naturales de la madre, fue compensada con creces por los mimos excesivos y amorosos de la esclava. No hubo capricho ni solicitud que ella no estuviera pronta a satisfacer, ni antojo en que no le diera gusto. Y esta circunstancia no careció de importancia para la formación del alma del futuro Libertador. Desde entonces se creyó con derecho a mandar y a ser obedecido; entendió la satisfacción de todos sus deseos como un hecho natural no sujeto

a controversias. El torrente impetuoso de las energías de una raza fuerte, encontró en las facilidades y mimos de su infancia, canales abiertos, en los cuales sus fuerzas vitales aprendieron a vivir vertiéndose hacia afuera, saboreando desde temprano los encantos del mundo exterior. Su personalidad se desarrolló robustecida por un profundo sentimiento de optimismo, que sería decisivo en las singulares luchas de su vida excepcional. Las crónicas alusivas a sus años infantiles, abundan en anécdotas sobre los caprichos y singularidades del menor de los Bolívar; en ellas aparece como el niño voluntarioso y difícil de soportar, en la espera de que quienes le rodean se sometan a sus deseos so pena de despertar las intemperancias de su carácter.

El fallecimiento de don Juan Vicente, ocurrido en 1786, dejó en manos de doña Concepción no sólo toda la responsabilidad de educar a sus hijos, sino la pesada tarea de administrar la fortuna familiar. Su salud, que en los últimos tiempos se había resentido notoriamente, empeoró con el nacimiento de su hija póstuma, muerta al nacer. Posiblemente el peligro del contagio y el deseo de disciplinar el carácter voluntarioso de Simoncito, la condujeron entonces a entregarlo a la custodia de don Miguel José Sanz, curador ad-litem del niño.

En aquellos tiempos es fácil advertir en la conducta de doña Concepción cierta premura por arreglar todos los asuntos susceptibles de complicar en el futuro la vida de sus hijos, como si presintiera que su existencia no se prolongaría mucho tiempo. Entre estas gestiones se destacan las relativas al reclamo del título de nobleza, por el cual la familia pagó a los frailes de San Benito suma tan considerable. Para llevarlas adelante, la madre de los Bolívar se decidió a enviar a España a su hermano Esteban.

Era Miguel José Sanz hombre autoritario, hosco, y desde luego el menos apropiado para entender un carácter como el de Simón Bolívar. Entregado a las continuas preocupaciones de su carrera judicial, aceptó sin entusiasmo el encargo de doña Concepción y frente al niño sólo se preocupó por inspirarle temor, con el fin de evitarse las molestias que le hacía temer la fama de que venía precedido. Por eso el paso del niño de la amplia y alegre mansión de la Plaza de San Jacinto, en cuyos patios jugaba con sus hermanos y la negrita Matea, a la vetusta y por demás sombría residencia del Licenciado, no produjo ninguno de los buenos efectos que esperaban su madre y parientes. Su alma prematuramente rebelde y demasiado segura de sí misma, no tardó en amargar con sus caprichos la vida hasta el momento tranquila de don Miguel José. Cuentan las crónicas, por ejemplo, que estando un día almorzando, trató con manifiesta impertinencia de mezclarse en la conversación que mantenía

Sanz con sus convidados, lo cual indignó al Licenciado, quien bruscamente le dijo: "Cállese usted y no abra la boca."

El niño dejó entonces de comer, lo cual obligó a Sanz a preguntarle:

—¿Por qué no comes?

—Porque usted me ha dicho que no abra la boca —le contestó con tranquila insolencia.

Esta clase de escenas, repetidas frecuentemente, no tardan en convencer al Licenciado de la inutilidad de sus esfuerzos por modificar el carácter de su pupilo y le deciden a devolver el niño a la madre, haciendo para desesperación de ella los peores pronósticos sobre su futuro. Doña Concepción, de acuerdo con don Feliciano Palacios, opta entonces por entregarlo a la direción de los mejores maestros de Caracas y en esta empresa se suceden o conviven el Padre Adújar, don Guillermo Pegrón, el doctor Vides y don Andrés Bello. Todos ellos sacan la peor idea de su infantil discípulo, concuerdan en creer que por su falta de atención, su continua nerviosidad —que le impedía estarse un momento quieto—, y su carácter voluntarioso y reacio a someterse a cualquier método o disciplina, de aquel niño no podía esperarse nada bueno. Don Andrés Bello, entonces muy joven, le juzgó con acerbía y sintió por él mal disimulada hostilidad, que ni aun los posteriores hechos gloriosos de su discípulo lograron borrar de su espíritu.

El alma humana tiende hacia la naturaleza, hacia el mundo exterior que la rodea, y si cuando todavía es débil ese mundo no le presenta resistencias serias, ella se ajusta con fácil espontaneidad a sus realidades; en cambio, si cuando es joven el mundo circundante le opone obstáculos superiores a sus nacientes energías, su debilidad la obliga a huir de la vida exterior para refugiarse en la intimidad de sí misma. Sus movimientos son entonces expresiones de esa interiorización, sus imágenes reflejan no los problemas de una vida que se desenvuelve en contacto con la realidad, sino los de otra que intenta evadirse en el ensueño. En el primer caso, la imaginación es simple adorno de la vida; en el segundo, la vida es el soporte para que la imaginación viva en la fantasía. Las condiciones características del desenvolvimiento del alma de Simón Bolívar y las facilidades y mimos que para suerte suya encuentra en los primeros años de su existencia, determinan su natural compenetración con el medio exterior y la tendencia de su alma a vivir dentro de los problemas y para los problemas de ese medio; en tal virtud, no se presentará en su desarrollo espiritual esa dramática interiorización que distingue a las almas atormentadas y las impulsa a querer resolver

"hacia adentro", en sus propias meditaciones, los problemas que les plantea la vida.

Será este vivir con acomodo dentro de su ambiente vital, la razón que en el porvenir le hará ver tan luminosamente sus problemas y moverse con éxito en los más complejos acontecimientos históricos. En su copiosísima correspondencia hablará poco de su alma, de sus sentimientos, pero sus energías espirituales irradiarán hacia afuera, iluminando los enigmas y obstáculos del mundo exterior.

Capítulo II

EL MAESTRO

"El oficio que enseñarle quiero, es vivir. Convengo en que cuando salga de mis manos, no será ni magistrado, ni militar, ni clérigo; será, sí, primero, hombre, todo cuanto debe ser un hombre, y sabrá serlo, si fuere necesario, tan bien como el más aventajado; en balde la fortuna le mudará de lugar que siempre él se encontrará en el suyo."

JUAN JACOBO ROUSSEAU.

Influencia de Rousseau.—Simón Rodríguez y el Emilio.—La educación como forma de acomodamiento a la naturaleza.—El equilibrio entre las facultades y las aspiraciones.—La conquista de la seguridad.—Rebelión contra la familia.

Un carácter como el del joven Bolívar, seguro de merecerselo todo estaba expuesto a recibir de la vida una amarga lección, antes de que su alma fuera lo suficientemente recia para que el choque no minara las bases mismas de su optimismo. Para fortuna suya, cuando su madre y familiares miraban con alarma la inutilidad de los esfuerzos de los distintos mentores a quienes habían confiado la tarea de comenzar su educación, espontáneamente se produjo el acercamiento del niño al hombre destinado a guiarlo con singular maestría en tiempos tan decisivos de su existencia.

Entre los dependientes que ayudaban a don Feliciano Palacios a administrar la cuantiosa fortuna de la familia, figuraba con el cargo

de escribiente don Simón Carreño, tratado por los Palacios con especiales consideraciones por su ilustración poco común. En la correspondencia de don Feliciano con Esteban, quien vivía en Madrid, se encuentran algunas solicitudes para el envío de libros españoles y franceses con destinación a Carreño.

Era don Simón Carreño un hombre prematuramente cínico por las amargas desgracias de su existencia. Desventurado desde su más tierna infancia, sus penas resonaron sobre su personalidad, propicia por herencia al desequilibrio, ahogando en ella toda semilla de alegría o de confianza. Su mala suerte fue dejando en él la convicción de que todo era falso en la vida; que la bondad, la virtud y el amor habían sido destruídos para siempre por los malos instintos de los hombres. Y la orientación de su alma por estas tenebrosas direcciones encontró ambiente propicio en aquellos tiempos, que por ser de crisis para un sistema social, inclinaban a los hombres y especialmente los desventurados, a atribuir sus penas a la organización política o a las costumbres de la época. Así, su vida se desenvolvió sin afectos y sin otros objetivos que su propia amargura y sus profundos odios, uno de los cuales le llevó a abandonar el apellido Carreño, sustituyéndolo por Rodríguez.

Pero un día, viajando por Francia, se encontró un libro que habría de cambiar totalmente el rumbo de su existencia: el "Emilio" de Juan Jacobo Rousseau. Al leer este libro don Simón Rodríguez adivinó en sus magistrales páginas dónde empiezan los campos que en la vida conducen al dolor y dónde los que en ella llevan a la felicidad. Su alma triste entrevió un objetivo para su inútil y pesada existencia: librar a otros de una mala educación; educar hombres para la felicidad, en cambio de harapos humanos destinados, como él, al dolor y al fracaso. Nada tiene, pues, de extraño, que en medio de las dificultades de su vida se encuentren por aquellos tiempos las huellas de sus esfuerzos por obtener de las autoridades españolas un cambio en los sistemas de enseñanza; de ellos constituye destacado ejemplo su Memorial al Ayuntamiento de Caracas, que tituló: "Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento."

Nunca logró don Simón, sin embargo, que se le tomara en serio por las autoridades. Sus extravagancias y su lenguaje, que a fuerza de ser franco resultaba en la mayoría de los casos inconveniente, se encargaron de cerrarle todas las puertas. Como fruto de sus numerosas decepciones, Rodríguez no tardó en reducir sus aspiraciones a encontrar un niño no maleado todavía por una defectuosa educación, para aplicar en él la pedagogía descrita por Rousseau en el "Emilio". Y tal fue la oportunidad que le proporcionó su carácter de depen-

diente de los Palacios. Su proximidad a todos los miembros de la familia y la frecuencia de sus visitas, en ejercicio de sus funciones, a la casa de doña Concepción, le permitieron, sin quererlo ni proponérselo, acercarse inesperadamente al niño que le serviría de Emilio a este Rousseau americano: Simón Bolívar.

Las relaciones entre los dos se facilitaron desde un principio, pues la naturaleza de la pedagogía rusoniana, tan cara a Rodríguez, constituía el mejor sistema para acercarse al alma altiva del pequeño Bolívar. Uno de sus postulados fundamentales consistía precisamente en no atosigar a los niños de conocimientos intelectuales —de matemáticas, idiomas, religión, etc.—, en dejarlos los primeros años de la vida entregados a sus propios impulsos para que esos impulsos se fueran adaptando naturalmente al medio ambiente, sin otras correcciones que las impuestas por ese mismo medio. "El espíritu de estas reglas —escribía Rousseau— es dejar a los niños más verdadera libertad y menos imperio, permitirles que hagan más por sí propios, y exijan menos de los demás. Acostumbrándose así desde muy niños a regular sus deseos con sus fuerzas, poco sentirán la privación de lo que no está en su mano conseguir."

En virtud de estos principios, don Simón nunca habló al niño, cuando éste, evadiéndose de sus profesores lograba reunirse con el raro dependiente de don Feliciano, de las complicadas asignaturas que habían tratado de enseñarle sus eruditos maestros, sino más bien le interrogó sobre los juegos y deportes que le gustaban, sobre sus paseos, camaradas y diversiones, a todo lo cual él respondió con entusiasmo, creándose así entre los dos una sencilla amistad, que el tiempo fue transformado en sólido y recíproco afecto. No en vano Rousseau, el ídolo de este extraño mentor, había escrito en su "Emilio": "Ejercita su cuerpo, sus órganos, sus sentidos, sus fuerzas; pero mantened ociosa su alma cuanto más tiempo fuere posible."

El hombre, esencialmente, es un compuesto de deseos y de facultades para satisfacerlos. Pero en él, a diferencia de los animales, el equilibrio entre los primeros y las segundas no se realiza automáticamente y siempre existe la posibilidad de que tal acoplamiento entre los unos y las otras no se produzca y se presenten entonces peligrosos desequilibrios de la personalidad. La educación ha sido, en la historia humana, el procedimiento escogido para lograr, con más o menos éxito, este equilibrio.

Para el efecto se han empleado varios sistemas. El más acostumbrado ha sido disminuír por procedimienots de índole espiritual los deseos, para que en todos los casos, por escasas que sean las facultades, las potencias del individuo puedan obtener lo que en esta forma parca se ambiciona. Y como este sistema ha tenido el inconveniente

de no desarrollar debidamente las aptitudes del sujeto, se ha empleado también el procedimiento contrario, destinado a desenvolver hasta el máximo las facultades del hombre, con la esperanza de que ellas, por grandes que sean sus deseos, puedan procurarle su satisfácción, aunque subsista el peligro descrito por Rousseau: "Si a la par crecieran nuestros deseos más que nuestras facultades nos tornaríamos más infelices."

Fundado en el reconocimiento de estos hechos, el filósofo ginebrino llegó a concluir que la solución para ese problema fundamental de la vida humana, estaba en procurar el desarrollo de las facultades del individuo sometiéndolo a vivir cerca de la naturaleza, para que el contacto continuo con ella estimulara, por una parte, el crecimiento espontáneo de sus facultades, y fijara, por la otra, en forma natural, límites a los deseos y anhelos del individuo. "Mantened al niño —escibía Rousseau— en la sola dependencia de las cosas, y en los progresos de su educación seguiréis el orden de la naturaleza. Nunca presentéis a sus livianas voluntariedades obstáculos que no sean físicos, ni castigos que no procedan de sus mismas acciones; sin prohibirle que haga daño, basta con estorbárselo. En vez de los preceptos de la ley, no debe seguir más que las lecciones de la experiencia o de la impotencia. Nada otorguéis a sus deseos porque lo pida, sino porque lo necesite; ni sepa, cuando obra él, qué cosa es obediencia, ni cuando por él obran, qué cosa es imperio. Reconozca igualmente su libertad en sus acciones que en las vuestras. Suplid la fuerza que le falta, justamente cuando fuere necesario para que sea libre, no imperioso; y aspire, recibiendo nuestros servicios, hechos con cierto género de desdén, a que llegue el tiempo que pueda no necesitarlos y tenga la honra de servirse de sí propio..."

Por eso, cuando cansados sus familiares de ensayar con él preceptores y maestros y enterados de la evidente predilección que demostraba el niño por Rodríguez, resolvieron confiárselo. Sin vacilaciones inició don Simón su tarea, apartándolo de todo trabajo intelectual y procurando mantenerlo en contacto permanente con la naturaleza en cuotidianas excursiones por los campos, durante las cuales le explicaba las más sencillas leyes naturales, le enseñaba a orientarse y le sometía a recios ejercicios físicos para templar su cuerpo en duras y prolongadas faenas. "Es necesario —le decía hablando como Rousseau— que para obedecerle al alma sea vigoroso el cuerpo."

Nada podía ser más agradable para el pequeño, porque este género de vida le mantenía en contacto con fenómenos nuevos y le permitía desenvolver las fuerzas de esa naturaleza suya, hiperactiva por herencia, que necesitaba de continuo movimiento para librarse

del exceso de energías y buscar su equilibrio funcional. Así, la convivencia con Rodríguez hizo nacer en su alma juvenil admiración sin límites por su extraño mentor y su voluntad soberbia, que había desesperado a todos sus maestros, perdió sus aristas agudas y se acomodó con gusto a sus deseos, para sorpresa y satisfacción de sus familiares.

Tal era el curso de la vida de Bolívar, cuando murió doña Concepción, dejándole huérfano a los nueve años, y, por voluntad de su abuelo y tutor, bajo la cercana vigilancia de Rodríguez. Este abandonó entonces muchas de sus ocupaciones y se dedicó de lleno a su infantil discípulo. Convencido de la necesidad de mantenerlo cerca de la naturaleza, le llevó a San Mateo donde habría de transcurrir una de las etapas más decisivas de la vida de Simón Bolívar. Allí, con frecuencia le hacía levantarse al amanecer y luégo emprendían prolongadas excursiones, durante las cuales tomaban muy parca alimentación. En los descansos obligados hablaba a su discípulo de los peligros de la naturaleza, de las reglas elementales de la higiene y le avanzaba conceptos sobre la Libertad, los Derechos del Hombre, o le leía trozos de las "Vidas Paralelas" de Plutarco, para estimular con el ejemplo de los grandes hombres los instintos de superación del niño. Además, para completar su educación, asesorado por los peones de la hacienda, le enseñó a montar a caballo, a manejar el lazo y a nadar. En estas actividades, Rodríguez no tardó en apreciar cómo la seguridad en sí mismo, que se revelaba en el carácter del joven, le facilitaba extraordinariamente todo aprendizaje, pues ella daba a sus acciones esa espontaneidad tan parecida a los actos instintivos. De tal manera, si los mimos de la negra Hipólita en su infancia, comunicaron seguridad y ambición a su alma, la educación de Rodríguez desarrolló sus capacidades hasta el límite que le permitiría afrontar con éxito, en el futuro, las demandas de su espíritu ambicioso de realizar grandes empresas.

Esta vida, sin embargo, no duró mucho tiempo. Hacia 1797 se descubrió una conspiración contra el Estado y la participación de Rodríguez en ella le obligó a salir del país, como fue el deseo de las autoridades españolas. La custodia del joven Bolívar vuelve entonces a manos de sus tíos, quienes no tardan en advertir en su carácter aristas agudas que les dificultan el ejercicio de su autoridad. Surgen así entre tíos y sobrino permanentes antagonismos, frecuentemente terminados en violentas escenas, que dejan en el alma de Bolívar, por su misma continuidad y aspereza, además de marcada antipatía por algunos miembros de su familia, una extremada susceptibilidad ante las apreciaciones de los demás sobre su conducta, susceptibilidad que le llevará con el tiempo a dar exagerada importancia a la opinión

de las gentes y a sufrir increíblemente por cualquier crítica. Perú de Lacroix, quien le conoció ya en su madurez, decía de él: "Es amante de la discusión; domina en ella por la superioridad de su espíritu; pero se muestra demasiado absoluto y no es bastante tolerante con los que le contradicen... La crítica de sus hechos le irrita; la calumnia contra su persona le afecta vivamente, y nadie es más amante de su reputación que el Libertador de la suya."

Deseosos don Feliciano y don Carlos de librarse de las molestias que les aparejaba la proximidad del joven y resueltos también a domar su acerada voluntad, le hicieron ingresar en las Milicias de los Valles de Aragua, cuerpo aristocrático fundado por don Juan Bolívar. Esta primera etapa de su vida militar se desliza tranquilamente. La fortaleza física adquirida durante el tiempo en que estuvo dirigido por Rodríguez, le facilita extraordinariamente sus tareas, y rápidos progresos en la carrera de las armas le colocan pronto, a pesar de su corta edad, a la cabeza de sus compañeros, aunque su carácter altivo y dominante le torna incómodo para sus superiores, quienes sólo le toleran por la idoneidad con que ejecuta las misiones que le encomiendan. Un año después, el joven recibe el grado de subteniente y abandona el Regimiento para encaminarse a Caracas a lucir su lujoso uniforme de oficial.

El género de vida que ha llevado, ha hecho de él hombre tempranamente. Su cuerpo es pequeño pero bien constituído, resistente y musculoso. En su rostro de líneas muy definidas, largas y a veces duras, se distinguen su sonrisa siempre simpática, que deja entrever sus dientes blanquísimos, su frente amplia, sobre la cual caen algunos risos de su rebelde cabellera, y sus ojos negros y profundos, cuya mirada a veces imperiosa y en otras de suavidad insinuante, da carácter singular a su persona.

A partir de este momento el joven Bolívar comienza su vida social, su contacto con el extenso círculo de relaciones de su familia. En esta nueva fase de su existencia realiza inolvidables descubrimientos, porque en ella tiene la oportunidad de conocer los móviles, grandes y pequeños, que en la vida ordinaria guían la actividad de los hombres. Envidias, resistencias, disimulos, pueriles vanidades, todo ese subfondo de hilos ocultos, que bajo las apariencias de la cordialidad o las buenas maneras, tejen la trama de la convivencia humana, van emergiendo ante sus ojos un tanto sorprendidos y dejando en su espíritu esas rasgaduras que tarde o temprano ensombrecen el panorama optimista de la juventud.

Las pasiones que configuraban su personalidad eran demasiado volcánicas para que en el primer contacto con su medio social pudiera limitarse a contemplarlo como espectador; por el contrario,

aquéllas muy pronto le impondrían un papel de actor en él y con esa nerviosidad y premura que constituían una de las modalidades de su temperamento, no tardaría en mezclarse hondamente en su trama, hasta que herido inesperadamente, vería emerger entre las tenues neblinas de sus ideales juveniles, las duras rocas de la realidad.

Con esa difusa vaguedad, con la cual en los tiempos crueles y convulsionados se conservan los recuerdos de la vida sentimental, las viejas crónicas nos hablan, sin abundar en detalles, del idilio de Bolívar con una de las hermanas Aristeguieta y de la rápida terminación de sus relaciones con esta joven que le ganaba en edad y en experiencia. Ellas nos permiten presentir la huella de uno de esos fracasos sentimentales, tan frecuentes cuando entran en contacto almas que ya han alcanzado un ponderado equilibrio entre lo que piden a la realidad y lo que confían a los sueños, con aquéllas otras que, a fuerza de ignorar la realidad la embellecen demasiado.

En este primer sentimiento suyo el joven Bolívar va a actuar tal como se lo pedía su naturaleza, inclinada hacia un profundo sentimentalismo; porque en esa hora triunfaban en él esas ansias de dulzura en las cuales las fuerzas del instinto, al encontrarse con las costumbres e ideas de su época, se habían refugiado vacilantes. Por eso la orientación de su personalidad hacia el amor se presenta acompañada de un huracanado romanticismo.

Su idilio con esta joven, cuya belleza destacan las crónicas, se termina dolorosamente para él, pues conducido por corrientes de ensueño, falta en esta ocasión a su ademán de enamorado esa llamada inequívoca al instinto, sin la cual la personalidad afectiva de la mujer permanece indiferente. Con el transcurso de los días se hace más notorio el contraste entre la simpatía que les acercó en el primer momento y la dificultad de sus relaciones posteriores, en las cuales parece interponerse un vacío que ninguno de los dos acierta a llenar.

Las preferencias que por otros no tarda en demostrar la joven ponen término a estas relaciones, que sólo existieron en las apariencias. Comienza así para el joven una dolorosa inquisición sobre las razones de su fracaso. Su alma optimista ha sufrido su primera herida y de su dolor emergen espontáneamente las primeras dudas sobre sí mismo. Entonces hacen crisis en su espíritu las fuerzas sentimentales cuya exuberancia le habían conducido a este corto espejismo de amor y una tremenda obsesión de placeres, de aventuras, de vida intensa le domina. Todo quiere saborearlo pero nada le detiene mucho tiempo y su sensualidad tempestuosa, en rebelión contra todo sentimentalismo se desencadena, llevándole a extremos que hacen más ásperas sus relaciones con sus tíos y a altivas reivin-

dicaciones de una libertad a la que se cree con derecho, pues para ejercerla cuenta con sus propios bienes.

Don Feliciano y don Carlos resuelven acceder a antiguas peticiones suyas y enviarle a España, recomendándoselo a don Esteban Palacios, residente en Madrid. Don Carlos toma las providencias para asegurarle el envío a la Pensínsula de una pensión que le permita mantenerse allí, sin lujos desde luego, pues tanto él como don Feliciano consideraban necesario contener los gastos, para ellos ya excesivos, de su alegre sobrino. "Es necesario contenerlo —le escribía Carlos a don Esteban—, como te he dicho; lo uno porque se enseñará a gastar sin regla ni economía, y lo otro, porque no tiene tanto caudal como se imagina él y aun tu mismo, que no tienes conocimiento de él... Pero como quiera que tú eres un hombre que por tu situación te debe faltar el tiempo, por mucho que lo aproveches, es necesario que por atender a él perjudiques a tus intereses; así es que es preciso hablarle gordo, o ponerlo en un colegio si no se porta con aquel juicio y aplicación que es debido..."

Capítulo III

LA METROPOLI LEGENDARIA

> "Pretendéis que yo me inclino menos a los placeres que al fausto; convengo en ello, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria."
>
> SIMON BOLIVAR.

Responsable de su propio destino.—El orgullo de ser americano.—Primera visión de España.—Vida cortesana.—Inexperiencia e intriga.—Los favoritos de María Luisa.—Bolívar y Manuel Mallo.

El 18 de enero de 1799, a bordo del "San Ildefonso", Bolívar partía en dirección a España. Por primera vez se sentía dueño y responsable de su destino; ni tutores, ni parientes, ni maestros estaban a su lado para aconsejarle. Sin embargo, esta nueva situación no le arredraba, pues una íntima fogosidad colmaba su espíritu, mientras la quilla del "San Ildefonso" hendía las olas del Caribe, alejándose rápidamente de las costas americanas.

Para evitar la persecución de los piratas ingleses, que por aquellos días sitiaban a la Habana, el "San Ildefonso" hizo rumbo a Veracruz, donde debía reunirse a un convoy que, escoltado por fragatas de guerra, se preparaba allí para emprender viaje en dirección a España. En el transcurso de la monótona travesía, el capitán del buque, don José Borja, gran amigo de la familia de Bolívar, tuvo ocasión de intimar con nuestro joven y desde el primer momento sintió gran simpatía por él. Sus maneras desenvueltas, sus graciosos decires y el brillo de su inteligencia, impresionaron al capitán, quien, a diferencia de todos los que trataron a Bolívar en esas épocas, le auguró brillante porvenir.

El 2 de febrero, el "San Ildefonso" echó anclas en el puerto de Veracruz y se preparó a esperar allí el fin del combate que se libraba en la Habana. Bolívar resolvió aprovechar esta espera para conocer la capital del Virreinato de Nueva España y autorizado por el Capitán, tomó la posta para ciudad de Méjico. Allí fue recibido por el Oídor Aguirre, influyente personaje del Virreinato y amigo de la familia Bolívar, en cuya casa se hospedó. El Oídor, deseoso de atender a quien traía tan obligantes cartas de recomendación, se dedicó a enseñar a su huésped lo que había digno de conocer en la ciudad. El lujo de sus palacios, la suntuosidad de sus catedrales, la esplendidez y riqueza de su aristocracia, emocionaron al criollo venezolano, pero no llegaron a intimidarle. La soberbia seguridad de su alma bien pronto le permitió comportarse dentro de ese nuevo ambiente como si en él hubiera vivido siempre. Y si bien es verdad, que por aquellos días escribía a su tío Pedro una carta plagada de faltas de ortografía, inexplicables aún en alumnos de escuela primaria, allí, ante la vida, frente a la más soberbia nobleza americana, se desenvolvió con tranquila dignidad, de igual a igual con los grandes de América.

Después de permanecer una semana en Méjico, Bolívar regresó a Veracruz, de donde continuó su viaje para España. El 5 de mayo el "San Ildefonso" arribó al puerto de San Toña y el joven se encaminó entonces a Bilbao para tomar la diligencia que le conduciría al pueblecito de Bolívar, parte de la Anteiglesia de Cenarruza, en el cual siglos atrás habitaron sus mayores.

Una profunda emoción le dominaba cuando se iba acercando a los sitios que, según las leyendas de la familia, habían sido teatro de las heroicas hazañas de sus antepasados y en los cuales debían existir las ruinas del antiguo castillo de los Bolívar, con su gran torre de piedra y su noble escudo de armas. Pero, para asombro suyo, encontró algo muy distinto de lo que esperaba. El cielo estaba triste, el tiempo lluvioso y en las riberas del río sólo existía una pobre aldea, de unas veinte casas, y en sus proximidades una vieja casona medio derruída, cerca de la cual se levantaba un antiguo molino. Nada de esto dejaba entrever el esplendor y gloria que iba buscando. La calma brumosa de la Provincia, la aridez del paisaje y la pobreza de las ruinas impresionaron su orgullo de criollo americano deseoso de exhibir un solar antiguo y una tradición familiar espléndida y gloriosa. Qué humildes restos de lo que había sido glorioso, según los relatos de sus padres y sus tíos.

Incómodamente alojado en la aldea vecina, no tardó en decidirse a abandonar esos parajes que le entristecían y se encaminó a la capital de España. "En los últimos días de junio —dice José Gómez

de la Serna— entraba Bolívar en Madrid por la serpeante y empinada cuesta de La Vega, muy bien impresionado del aspecto de la ciudad y del claro y limpio cielo. Siguió la posta por la calle Mayor hasta la Puerta del Sol, en donde detrás del edificio de correos estaba la Real Casa de Postas, que era el término oficial del viaje. Bolívar dejó sus valijas en un arcón con sus ropas en Correos y se dirigió a la casa de su tío carnal, don Esteban Palacios."

Era don Esteban hombre simpático, hábil cortesano y empedernido amigo de aquellas posiciones desde las cuales se puede gozar mucho sin hacer mayor cosa. Y tal era lo que había logrado obtener por esta época en Madrid, después de largas y siempre infructuosas gestiones para obtener el Marquesado de San Luis reclamado por los Bolívar. Acogiéndose a la amistad de Manuel Mallo, favorito de la Reina María Luisa, gozaba de los favores dispensados al válido y, a pesar de su poca idoneidad, desempeñaba el cargo bien remunerado de Ministro del Tribunal de la Contaduría Mayor, cuyo sueldo le permitía vivir lujosamente.

Manuel Mallo, nacido en Popayán, había emigrado a España en busca de fortuna y en su espera ingresó a los Guardias de Corps; bien parecido, simpático y audaz, aunque sin mayor talento, tuvo un día la suerte de agradar a la Reina española, a María Luisa de Parma, ejemplar decadente de una vieja familia real, en quien antiguas taras habíanse cristalizado en un recrudecimiento de la sexualidad. Prematuramente envejecida, su vida nada ejemplar había tomado aspectos cada vez menos dignos, pues al tiempo que disminuían sus encantos y su cuerpo engordaba, buscaba con mayor ardor los placeres, llegando por este camino a extremos vergonzosos para la reina y para la mujer. Zinoviev, Embajador de Rusia en Madrid, la describía así a su gobierno: "Partos repetidos, indisposiciones, y, acaso, un germen de enfermedad hereditaria la habían marchitado por completo: el tinte amarillo de la tez y la pérdida de los dientes, fueron golpe mortal para su belleza." Grandes eran las calamidades que sufría entonces el pueblo español; pero entre ellas no eran las menores tener un Rey incapaz como Carlos IV, verdadero "déspota ilustrado" a la francesa, y una Reina indigna como María Luisa. Las crónicas de la época abundan en anécdotas nada edificantes sobre la vida íntima de la Soberana, en las cuales desfilan desde los simples soldados de la Guardia, hasta Manuel Godoy, Primer Ministro del Reino.

Godoy, hombre de carácter débil pero de agudo talento, habíase aprovechado de la liviandad de la Soberana para obtener el favor de una posición eminente, desde la cual trataba de defender a su patria de los peligros internos y externos que la amenazaban. Su

bién, sin embargo, era poco eficaz, porque la corrupción en que se movía, hacía imposible toda empresa encaminada a defender a su patria de las grandes potencias que entonces se disputaban el dominio del mundo. Entre la disimulada rapacidad del naciente imperialismo inglés y las ambiciones de predominio político de Napoleón, España sufría derrota tras derrota y en su cuerpo se hundían, llevándose siempre algún sangrante pedazo, las garras de esos dos implacables conquistadores. Con su espíritu nacional en decadencia e impreparada para desenvolverse en un mundo donde los hechos económicos comenzaban a tener carácter decisivo, veía avanzar el fantasma de una revolución que sería mortal para ella, reduciendo su política a infructuosos ensayos para acomodarse pasivamente a las nuevas situaciones, sin lograrlo.

Dados los escasos atractivos físicos de la Reina, es de suponerse que Godoy no desempeñara su papel con mucho agrado, y mirara con indiferencia que otros le reemplazaran en los favores de su real amante. Tal era el caso de Mallo, con quien Godoy no simpatizaba, pero cuyos amores con María Luisa no incomodaban al Ministro, porque al librarlo, así fuera transitoriamente, de sus desagradables obligaciones, le permitía atender los negocios del Estado.

Manuel Mallo comprendió desde el primer momento el carácter de la Reina y resolvió sacar de él todo el partido posible. Incapaz de ayudar a los Monarcas en los problemas del Estado —como lo hacía Godoy—, prefirió deslumbrar con sus atractivos a la sensual soberana. De esta manera, cuando Godoy imperaba en los consejos de Gobierno, Mallo triunfaba en las habitaciones de María Luisa. "Godoy —dice Carlos Pereyra —es un personaje histórico, que no sale todavía de los confines de la anécdota, y Mallo, un personaje anecdótico que nunca podrá tener historia porque sólo existió como figurante." Así llegó a ser más que un simple capricho de la Soberana; le inspiró una pasión morbosa, de esas que sólo nacen en las naturalezas hastiadas por todos los abusos. Prendada de él, la Reina le colmó de honores y prebendas y le instaló en cómoda mansión cercana a Palacio. Naturalmente las causas de este inesperado enaltecimiento sólo fueron desconocidas para el Rey engañado; los cortesanos las adivinaron y los unos por envidia y los otros por desdén, rechazaron todo contacto con el advenedizo encumbrado por tan dudosos procedimientos. Mallo se quedó solo a pesar de su poder y se vio obligado a rodearse de los americanos residentes en Madrid, quienes vieron en su influencia camino seguro para mejorar su posición y formaron alrededor del favorito una especie de Corte que a él agradaba mucho. Tal era el caso de Esteban Palacios, quien

debía su empleo a las influencias de Mallo y vivía en la propia casa del válido, disfrutando a su lado de los favores reales.

Simón Bolívar llegó a Madrid cuando Mallo estaba en sus mejores tiempos. Este, favorablemente inclinado a todos los americanos, le recibió con simpatía, le alojó en su casa como a don Esteban y anunció que extendería la generosidad de sus mercedes al sobrino de su querido amigo. En un principio, tentado por la curiosidad, siguió los pasos a Mallo y don Esteban en la Corte madrileña, pero cuando más avanzaba por este camino mayor era la sensación de repugnancia de su naturaleza recta ante el ejemplo de tanta humillación y bajeza. Enseñado a la austera altivez de costumbres de los nobles americanos, se le dificultaba vivir en esa sociedad decadente, en la cual todos los valores parecían invertidos. donde las cosas que él había aprendido a respetar —empezando por la Majestad real—, estaban por el suelo, confundidas con el lodo de todas las irreverencias. Pero la inevitable proximidad de don Esteban a Mallo no le dejó otro recurso que disimular sus escrúpulos y obrar como actor en las farsas cortesanas. Sin mucho entusiasmo en los primeros días y con complaciente resignación después, vemos al joven Bolívar fraternizar con los americanos en las fiestas ofrecidas por el favorito en su casa, que después de abundantes libaciones terminaban en desenfrenadas orgías.

En esta vida fácil y placentera, no faltaron a Bolívar las sombras de dificultades económicas. Perdido por España el dominio de los mares, el gobierno peninsunlar se vió obligado a organizar el comercio colonial en forma de convoys, que escoltados por fragatas de guerra hacían sus viajes de ida y de regreso dos veces al año en un principio y solamente una en los últimos tiempos. Este sistema creó grandes dificultades tanto a los exportadores de las colonias, quienes tenían que almacenar sus productos muchas veces durante largos meses ,como a los americanos residentes en España, obligados a esperar la llegada, siempre con retraso, de los barcos que llevaban los frutos cuya venta les permitía atender a sus gastos ordinarios. Y tal era el caso de Simón Bolívar. Como su pensión estaba representada en el cacao de sus haciendas, las demoras acarreadas por los peligros del viaje y el retraso en los embarques, determinaron frecuentemente la absoluta falta de los fondos necesarios para su manutención. En la correspondencia entre tíos y sobrino pueden apreciarse los apuros de Bolívar y su obligado trato con los prestamistas y usureros, apuros que al parecer no inquietaban tanto como él lo deseaba a don Carlos, más interesado en obtener que el joven le librara de la rendición legal de cuentas por la administración de sus bienes, que por sacarlo de sus afanes económicos en España

Estas dificultades se agravaron para los Bolívar cuando después de accidentado viaje llegó a Madrid don Pedro Palacios, quien halagado por las noticias sobre la buena situación de don Esteban en España, se había resuelto a buscar fortuna al lado de sus parientes. Como la influencia oficial de Mallo, por su escasa capacidad para los negocios públicos, no iba más allá de lo necesario para conservar el tranquilo usufructo de las comodidades proporcionadas por María Luisa —su casa, buen servicio, lujosos atuendos y vistosos carruajes—, la llegada de este nuevo miembro de la familia a Arajuez obligó a los Bolívar, por delicadeza, a no aceptar por más tiempo la hospitalidad del favorito y a tomar una casa en la calle de los Jardines, cuyos gastos de montaje fueron costeados gracias a un préstamo que les facilitó don Pantaleón Echavarría en forma generosa y amplia. Ello no significó, sin embargo, que los Bolívar renunciaran a disfrutar al lado de Mallo de las ventajas propias de su privilegiada posición. Como miembros del grupo de americanos que le acompañaba a todas partes, continuaron gozando de las relaciones cortesanas de aquél y viendo abrirse ante ellos puertas que de otra manera hubieran encontrado siempre vedadas. Entre las ventajas logradas por influencias de Mallo, no fue la menor la presentación de Simón Bolívar a la Reina y su ingreso en los círculos cortesanos por graciosa concesión de la Soberana.



Si los franceses pensaron que el auge de Mallo y el transitorio eclipse de Godoy les entregaría el gobierno de España, no tardaron sus cálculos en resultar, en parte, fallidos. Cuando preocupado Napoleón por dar un golpe decisivo a Inglaterra solicitó imperiosamente la colaboración de la escuadra española, colaboración que presuponía cuantiosos gastos para el agotado erario peninsular, si tanto el Rey como el Ministro Urquijo aceptaron inicialmente el traslado de la armada a Brest, al darse cuenta de que en esta aventura llevaban todas las de perder, intentaron retirar la escuadra, ordenando a última hora su traslado a Cádiz como lo deseaba el Almirante Mazarredo. Al saberlo Napoleón montó en cólera, porque su juicio sobre España, hijo de las informaciones de sus representantes sobre la inaudita corrupción que imperaba en la Corte, le hacía difícil aceptar que una nación gobernada por un rey estúpido y una reina liviana pudiera crear obstáculos a los grandes propósitos de su política mundial. Dio orden, pues, a su hermano Luciano de trasladarse inmediatamente a Madrid a exigir del Rey, so pena de invasión, la destitución de Urquijo y del Almirante Mazarredo. Desconcertado Carlos IV por el tono amenazante del enviado napoleónico y aconsejado por

Godoy, quien para recuperar su influencia reapareció en la escena como amigo incondicional de Bonaparte, se plegó a las exigencias francesas y destituyó a Urquijo y Mazarredo, para satisfacción del primer Cónsul.

Godoy vuelve entonces a figurar en primera línea. Estimado y consultado en todo por el Monarca, ya no le falta sino recobrar un imperio sobre María Luisa; para lograrlo, hace llegar a la Soberana toda clase de rumores sobre supuestas infidelidades de Mallo, con lo cual excita primero los celos y, finalmente, el enojo de María Luisa. Comienzan así los tiempos de decadencia para Mallo y de nuevos triunfos para Godoy, quien dueño de la voluntad del Rey y considerado por Napoleón como un ambicioso utilizable para sus fines en la Península, alcanza una posición que ya nadie en España puede disputarle con éxito. Saavedra, Jovellanos, Urquijo y Mallo entran en la sombra cuando él brilla de nuevo como nunca.

Y la mala suerte del favorito bien pronto repercute sobre los Bolívar, porque su amenaza de publicar las cartas de amor de la Soberana, provoca la abierta persecución de las autoridades, persecución que no tarda en extenderse a su amigo íntimo, Esteban Palacios, a quien en esos días se reduce inesperadamente a prisión. Entonces Simón Bolívar resuelve separarse de su tío Pedro, con quien poco se entendía, y se traslada a una casa de respetable apariencia radicada en la calle de Antocha.

Capítulo IV

AMOR E INCERTIDUMBRE

"Ella era una joya sin tacha, de inestimable valor."

SIMON BOLIVAR.

El Marqués de Ustáriz.—Rebelión de la incertidumbre.—El primer amor.—París.—La gesta napoleónica descubre ante Bolívar la ambición de gloria.—Idilio en el mar.—Muerte de María Teresa.

La intensa y accidentada vida del joven Bolívar en Madrid, en la que ha tenido abundantes oportunidades para conocer los refinamientos de una sociedad culta aunque en decadencia, contribuyó notoriamente a destacar ante él todos los flacos de su formación intelectual, que aún disimulados por su natural desenvoltura no dejaron de producirle secretas preocupaciones. Por eso, cuando comenzaron las dificultades de Mallo, las cuales le hicieron presentir que la vida fácil y brillante llevada por sus tíos y por él mismo, terminaría con el inevitable y próximo triunfo de Godoy, resolvió hacerse a un lado en esta lucha de intrigas, retirarse a un rincón tranquilo de Madrid para aprender seriamente lo mucho que ignoraba y reparar sus fuerzas gastadas en largo tiempo de abusos. En la calle de Antocha se acordó de un hombre a quien había conocido en el curso de su existencia cortesana y de cuya sabiduría se dio cuenta desde entonces: el Marqués de Ustáriz. Y decidido a comenzar una vida seria y provechosa, resolvió solicitarle su ayuda.

Era el de Ustáriz, hidalgo criollo caraqueño, de espíritu noble y bondadoso. Muchas lecturas y largas meditaciones le habían dotado de una sólida instrucción filosófica y dueño de una fortuna conside-

rable, vivía dignamente y gustaba rodearse de los hombres más cultivados de Madrid, que frecuentemente se reunían en su casa en elegantes veladas literarias. Su cultura empapada en las ideas de la Enciclopedia, tan de moda entonces en España, tenía la más auténtica estirpe liberal; en consecuencia, a la vez que creía ciegamente en el "progreso indefinido" que traerían a la humanidad las ideas del siglo de la Ilustración, consideraba necio prejuicio la herencia cultural de la España Imperial y católica. El Marqués era digno contemporáneo de los Ministros que con tan grande insuceso trataron de liberalizar a España: de Floridablanca, Aranda y Jovellanos.

Ustáriz recibió amablemente a Bolívar, con cuya familia había tenido antigua y no olvidada amistad a más de un lejano parentesco, y el sincero deseo que demostró el joven por perfeccionar sus conocimientos inspiró simpatía al anciano, quien resolvió dedicar parte de sus tiempos libres a guiar por los caminos del conocimiento su brillante pero poco cultivada inteligencia.

La vida de Bolívar comienza así a desarrollarse sobre carriles distintos. Adecuadamente distribuye su tiempo para atender las lecciones de los maestros contratados por consejo del Marqués. Matemáticas, literatura, historia, filosofía y lenguas vivas, son las primeras asignaturas que se propone dominar, con empeño que admira Ustáriz, quien no reconoce en su discípulo al compañero de diversiones de Mallo. Encerrado en sus habitaciones de la calle de Antocha o en la grande y mal alumbrada biblioteca del Marqués, lee con avidez, talvez sin asimilar mucho en un principio, pero al fin y al cabo preparando su inteligencia para el noble ejercicio de las ideas, para el trato activo con los grandes problemas del espíritu. Toma también, para variar un poco y sobre todo por ejercitar sus músculos, clases de danza y de esgrima y por las tardes, en su lujosa calesa, experimenta la fruición de dominar el impetuoso tiro entre la multitud alegre y elegante que transita por el Paseo del Prado.

Y fue precisamente en la casa del Marqués de Ustáriz, donde Bolívar oyó exponer con entusiasmo las ideas de la Revolución Francesa, escuchó la defensa de la Masonería o la condenación de los Jesuítas y sus sencillos principios de conducta estuvieron tantas veces a punto de naufragar, donde sucedería el acontecimiento que modificaría su vida, le haría regresar a las antiguas y sanas costumbres de los criollos americanos y reviviría en él esos hábitos e ideas que la supercivilizada sociedad madrileña consideraba como necios prejuicios. Este acontecimiento tuvo el nombre de una mujer, al parecer nada extraordinaria.

Bolívar conoció a María Teresa Rodríguez y Alaiza, hija de don Bernardo Rodríguez del Toro, rico criollo caraqueño como él, en una

tarde que cansado de vagar por Madrid, resolvió entrar a casa de Ustáriz para escuchar las conversaciones de sus invitados.

María Teresa, huérfana de madre, fue cuidadosamente apartada del mundo por los continuos cuidados y escrúpulos de su padre. Las grandes, lujosas pero oscuras habitaciones, reemplazaron para ella el sol y el aire; las lecturas piadosas y la música clásica fueron sus únicos ejercicios y diversiones y el trato con los respetables amigos de don Bernardo, todas sus amistades sociales. Su figura distinguida, pero de una palidez enfermiza, inspiraba una honda ternura y sus ojos negros, profundos y tristes, hablaban de esa alma soñadora que en su vida silenciosa y sin emociones, tejía con los hilos delicados de sus anhelos y de sus ignorancias, sueños interminables de ilusión. Como todos los seres que han dejado transcurrir su existencia lejos de la vida, tenía de ella un concepto maravilloso e ideal. El mundo, el amor, las fiestas, le parecían un paraíso donde todo era noble, puro y feliz. Esa alma estaba, pues, preparada para entregarse totalmente a quien con el prestigio de ese mundo desconocido y fantástico, le hablara a sus ensueños, en los que bullían idealizados los anhelos de su naturaleza femenina largamente silenciada.

Y así llegó Bolívar hasta ella. Sus aventuras en la Corte y su fama de joven mundado y galante ya se habían comentado, aunque muy discretamente, tanto en la casa del Marqués de Ustáriz, como en la de don Bernardo. El joven, pues, no le era del todo desconocido y talvez allá en la intimidad de sus pensamientos le había admirado y se había anticipado a imaginar el encanto de tenerlo a su lado. Bolívar no encontró, por tanto, ninguna dificultad en su trato con María Teresa. Acomodados en uno de los rincones del gran salón de recibo, mientras el Marqués y sus invitados discutían sobre política los unos y jugaban al ajedrez los otros, se fueron entregando al encanto de las confidencias, al tiempo que la tarde iba obscureciéndose y la habitación quedaba iluminada únicamente por las llamas de la gran chimenea central y algunos candelabros colocados en las mesas de juego. Aquella tarde fue definitiva en la vida de Bolívar. Cuando salió de la casa de Ustáriz, las grandes indecisiones que combatían en su alma y el vacío espiritual que les servía de fondo, habían sido superados por el encanto de una ilusión.

Las crónicas que hablan de su idilio con María Teresa coinciden en resaltar la precipitación con la cual Bolívar le propuso matrimonio, como los obstáculos que por esta razón opuso don Bernardo al enlace. Verdaderamente asombrado quedó el anciano cuando a los pocos días de conocerse los jóvenes, supo que el caraqueño se empeñaba en casarse inmediatamente. Por eso, aunque este matrimonio por su aspecto social le parecía muy ventajoso, no dejó de

preocuparle, tanto la rapidez con que deseaba Bolívar se efectuara, como la misma juventud del pretendiente. Posiblemente por esta razón, poco tiempo después de iniciado el idilio, don Bernardo arregló viaje con su hija para Bilbao, con la intención de huir de los desagradables calores del verano según manifestó a Bolívar, pero también para someter a la prueba de la ausencia la precipitada decisión del joven.

La partida de María Teresa, cuyos dulces encantos habían encadenado el corazón de Bolívar, determinó su regreso al lado de don Pedro Palacios y con pena pudo comprobar entonces cómo habían cambiado las cosas desde aquellos días en que al lado de Mallo frecuentaba la Corte. Agobiado por las deudas y perseguido por los secuases de Godoy, de quien se decía que había envenenado a otro rival suyo, Mallo vivía atemorizado, tratando de esconderse y desde luego incapacitado para progeter a sus amigos, quienes también sufrían las iras del Príncipe de la Paz. Bolívar fue testigo de estas desventuras y generosamente hizo todo lo posible por ayudar a don Esteban, quien pagaba en la prisión su amistad con el favorito en desgracia.

El mismo no tardaría en sufrir las consecuencias de esta persecución. Según su costumbre, todas las mañanas iba a la Plaza de Paja, a unas antiguas caballerizas en las cuales tenía su caballo, y de allí, luciendo los bríos y la estampa del bello animal, se dirigía a los paseos más concurridos de Madrid, o a las afueras de la ciudad. Una mañana, cuando transitaba tranquilamente bajo el arco de la Puerta de Toledo, se encontró de repente con un pelotón de Guardias del Resguardo, cuyo jefe en actitud agresiva le ordenó detenerse. Obedeciendo Bolívar casi inconscientemente el inesperado mandato, detuvo bruscamente su caballo, que lleno de impaciencia comenzó a caracolear y a tascar el freno. Entonces el jefe, con idéntico tono, mandó a sus hombres registrarle sin contemplaciones, cosa que éstos intentaron realizar, comenzando por apoderarse de las bridas. Entonces Bolívar tiró de las riendas obligando al bruto a encabritarse, y desenvainando la espada avanzó amenazante sobre los guardianes, gritando enfurecido que a un Oficial no le podían registrar oscuros esbirros. El jefe comprendió que la cosa iba en serio, tal la indignación que se reflejaba en el rostro del altivo caraqueño, y trató de explicar su actitud ufanándose de tener instrucciones superiores de registrarle porque a pesar de las Ordenanzas Reales, que prohibían el uso de brillantes, Bolívar los llevaba en los lujosos encajes de sus puños. Tal era el pretexto imaginado por los agentes de Godoy para requisar al joven, por suponerle portador de la correspondencia amorosa de

la Reina con el infeliz Mallo, que el último había amenazado con publicar si no se le dejaba en paz.

Bolívar lleno de ira por este incalificable abuso y excitado por las exclamaciones de aprobación que suscitó su resistencia entre el grupo de curiosos formado a su alrededor para presenciar la escena, cargó violentamente contra los guardias dando tajos y mandobles, obligándolos a huir apresuradamente. Preocupado por las posibles consecuencias de su gesto, resolvió pedir consejo a Ustáriz y después de dejar el animal en las caballerizas se encaminó a casa del Marqués. Informado éste de lo acaecido no le ocultó a Bolívar su alarma, porque el atropello indicaba que los amigos de Mallo no estaban muy seguros en Madrid, como lo corroboraba la prisión de don Esteban. De ahí que el anciano no vacilara en encarecerle la conveniencia de abandonar la ciudad mientras pasaba esta racha de persecuciones y para que el joven se decidiera a aceptarle el consejo, le recomendó partir para Bilbao a reunirse con don Bernardo y María Teresa. Como es natural, la idea de volver al lado de su prometida con una buena justificación no dejó de agradar a Bolívar, quien se despidió de su protector para dirigirse a la calle de Antocha a preparar su viaje, que efectuó al día siguiente.

En Bilbao la grata compañía de María Teresa, que tenía para Bolívar el poder de acabar con sus incertidumbres, como si en este amor todas las fuerzas de su personalidad adquirieran una misteriosa unidad a través de su vida sentimental, le hizo fácilmente olvidar el pasado y los peligros de su comprometida situación. En el tranquilo disfrute de su dicha, los dos enamorados se acercaron desprevenidamente al momento en que debían sufrir un nuevo golpe. Terminada la estación canicular, don Bernardo comunicó a los jóvenes la imposibilidad de prolongar por más tiempo su estadía en Bilbao y entonces la inevitable separación —pues Bolívar no podía regresar inmediatamente a Madrid—, se les impuso por segunda vez. Indudablemente este contratiempo les condujo a tomar una resolución definitiva, que Bolívar describe así en carta del 23 de agosto a don Pedro Palacios: "Mi matrimonio se efectuará por poder en Madrid y después de hecho vendrá don Bernardo con su hija, para embarcarnos aquí en un neutral que toque en Norte América."

La conducta de Bolívar, después de la partida de María Teresa, aparece envuelta en sombras para el historiador, no sólo por falta de documentos válidos para su reconstrucción, sino porque su repentino viaje a Francia se presta a toda clase de conjeturas sobre sus motivos. ¿Fue su deseo buscar una vida agradable en París, mientras se efectuaba el matrimonio por poder en Madrid, el móvil de su viaje a Francia? ¿O acaso él obedeció a un plan, del cual hacía

parte Mallo, para sacar secretamente a don Esteban de España y librarlo en tierra extranjera de la persecución de la Corte, como se inclinan a creerlo algunos historiadores? Nada puede decirse con seguridad al respecto. Pero cualesquiera que hubieran sido los motivos de su viaje, él debía proporcionar a Bolívar la oportunidad de aproximarse por primera vez a un hombre cuya vida extraordinaria tocaría resortes de su alma, que hasta el momento no habían revelado toda su poderosa y recóndita energía.

Bolívar llegó a París cuando Francia aclamaba delirante a Bonaparte y no pudo escaparse entonces a la seducción de este hombre excepcional. Quizá por primera vez experimentó la atracción del sentimiento que en el futuro sería la fuerza motriz de su existencia: el amor a la gloria. Las gigantescas multitudes que aclamaban al Corso, el amor que inspiraba a todo un pueblo por su genio y el brillo de sus victorias, descubrieron en su alma un mundo de emociones, hacia el cual confluirían más tarde todas las fuerzas de su personalidad. Tan grande e inesperado fue su entusiasmo, que poco después de su llegada dejó la ciudad y se dirigió a Amiens, donde Napoleón firmaba en esos días —en solemne ceremonia— una paz transitoria con los Soberanos europeos.

Su alma expansiva por naturaleza, hasta el momento sólo había tenido contacto con formas reducidas del mundo exterior, sólo había sentido esa voluptuosidad que experimenta el hombre cuando se sale de sí mismo y se entrega a otro ser, voluptuosidad que se llama amor; pero ahora presentía la existencia de otro sentimiento igualmente poderoso; el que nace cuando el hombre se confunde con las multitudes, los pueblos y las grandes causas sociales, cuya emoción toma la forma de amor a la gloria, de comunicación íntima entre un hombre y todo un pueblo. El encuentro con Napoleón le ha dejado entrever vagamente que en las cimas de la grandeza y del amor de las multitudes, se engendra una especie nueva de felicidad, le ha hecho transportarse con la fantasía al lugar de Bonaparte para vivir en fugaz ensueño la embriaguez de la gloria. Pero al volver a la realidad, al sentirse simple criollo americano, tan lejos de aquella gloriosa existencia, tan desarmado e impotente ante la vida, reviven en él los encantos tranquilos del amor y la dulce esfinge de María Teresa eclipsa en su mente la figura imperial de Napoleón.

Esperanzado en el posible olvido de su hazaña en Madrid, después de esta prudente espera, se dirige nuevamente a Bilbao, en donde, con agradable sorpresa, no encuentra resistencia por parte de las autoridades españolas, que le conceden el 29 de abril de 1802 pasaporte para regresar. Dominado por febril impaciencia, sin la menor dilación se dirige hacia Amcyugo, sitio en el cual toma la

posta para Madrid. Este apresurado viaje tiene para Bolívar el encanto que inspira la proximidad de la dicha y le produce la inevitable molestia de sentir cómo corre lentamente el tiempo cuando se marcha hacia la felicidad. Medio adormecido por el monótono balanceo de la diligencia, su imaginación vuela libremente anticipándose a presentarle los deliciosos detalles de la próxima dicha.

Logrado el consentimiento de don Bernardo, Bolívar, en su calidad de oficial de Su Majestad, solicitó la licencia necesaria para contraer nupcias, que le fue concedida el 15 de mayo de 1802. Luégo obtuvo pasajes en el "San Ildefonso", listo para zarpar en dirección a América y el 26 de mayo, en la parroquia de San Sebastián, Bolívar y María Teresa oyeron con emoción la lectura de la epístola de San Pablo y recibieron la bendición nupcial que les unía para toda la vida. Después de la ceremonia los desposados partieron para el puerto de la Coruña, donde esperaba el "San Ildefonso", en el cual Bolívar había hecho arreglar con primor un amplio camarote, que María Teresa encontró lleno de flores.

La inmensidad del mar sirve entonces de fondo a este idilio, cuyas mareas de pasión van ahogando en el alma de Bolívar toda ambición distinta a la de aspirar sus intensas dichas. Por las tardes se les ve paseando por el puente, envueltos en la amplia capa del galán, cuyo brazo estrecha tiernamente el delicado cuerpo de María Teresa. Qué felices se consideran en aquellos días, en cuyo lento transcurrir sus naturalezas se consumen en apasionados ardores. Lo que entonces sienten no lo olvidarán jamás y para Bolívar el recuerdo de su mujer se arraigará tan profundamente en su alma, que llegará a convertirse con el tiempo en la representación del amor ideal, en el santuario sentimental de su vida al cual ofrendó lo mejor de sus ilusiones.

Cuando llegan a Caracas, Bolívar y María Teresa hacen toda suerte de planes para el futuro y pocos días después se encaminan a la hacienda de San Mateo, donde habrán de vivir su corto sueño de felicidad.

Allí, sólo la sombra de la débil salud de María Teresa, interrumpe la compenetración de estos dos seres, quienes después de haber acortado con su amor la distancia entre sus ilusiones y la realización de las mismas, ven rápidamente desaparecer de sus vidas todo anhelo susceptible de romper el encanto de su intimidad. El arreglo de la vieja casona de San Mateo, que María Teresa realizó con primor, y la dirección de los trabajos en las plantaciones de la hacienda, a la cual ella quiso asociarse desde los primeros días, llegaron así a formar parte muy íntima de su cariño, a ser casi una prolongación de él.

No habían transcurrido ocho meses desde que Bolívar y María

Teresa contrajeron matrimonio, cuando la salud de la joven comenzó a resentirse gravemente. Los síntomas iniciales de su quebrantamiento orgánico —fiebre y una gran debilidad—, alarmaron a los médicos, quienes después de dictámenes contradictorios terminaron por declararse impotentes ante la dolencia que a ojos vista consumía el débil organismo de la desposada. La vida de la enferma empieza entonces a extinguirse rápidamente, a la manera de esas llamas que devoran los últimos combustibles que las alimentan. Fiebres perniciosas, dijeron los médicos al calificar la enfermedad de María Teresa; falta de energías en este organismo débil y sensitivo para resistir las inclemencias del trópico americano y los ardores de su gran amor, podría agregarse.

El 22 de enero de 1803, María Teresa llegó al término de sus días y cuentan las crónicas que el dolor de Bolívar tuvo manifestaciones cuyo dramatismo lindaba con lo anormal. Así las interpretaron sus deudos, porque ellos ignoraban los sueños que habrían de desaparecer para siempre en el alma de Bolívar con la muerte de María Teresa. Más tarde le diría a Perú de Lacroix: "Miren ustedes lo que son las cosas; si no hubiera enviudado quizás mi vida hubiera sido otra cosa; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era para ser Alcalde de San Mateo... La muerte de mi mujer me puso muy temprano sobre el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en lugar del arado de Ceres."

Capítulo V

LA SOMBRA DE BONAPARTE

"La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como cosa miserable y de moda gótica. Lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que despertaba su persona."

SIMON BOLIVAR.

Una ilusión que se niega a morir.—Regreso a Francia.—Fanny de Villars.—De nuevo Bonaparte.—El prestigio de la antigüedad.—Roma.—Una voluntad que vislumbra su objetivo.

Con el fallecimiento de María Teresa, el recuerdo de su belleza pálida se pierde en el tiempo, pero las huellas de su afecto quedan en el alma del futuro Libertador, quien sale de este amor mejor formado, porque en él ha visto cara a cara la felicidad y con su estímulo han vibrado cuerdas de su espíritu que hasta el momento habían permanecido silenciosas. En los próximos tiempos, se va a decidir si esta alma ardiente regresará a sus antiguos cauces, a buscar en el amor la unificación de las volcánicas fuerzas de su personalidad, o si nuevos ideales, no afectivos, habrán de constituir en el futuro la meta de sus aspiraciones. Las épocas venideras están, pues, cargadas de destino, porque muerta María Teresa, de sus cercanas experiencias depende lo que será Bolívar en el porvenir.

En el deseo de olvidar su pena, el joven se embarca para Europa, dirigiéndose primero a Madrid, con el propósito de entregar a don Bernardo algunos objetos personales de María Teresa. Una vez cumplido este deber y poco inclinado Bolívar a permanecer en una

ciudad poblada por los recuerdos de antaño, se encamina a París, sin confesarse muy claramente lo que buscaba allí.

Antes de salir de Venezuela ha dejado de tal modo arreglados sus asuntos, que puede contar para su vida en Europa con la crecida y segura renta de su fortuna. No tarda, por lo mismo, en instalarse suntuosamente en la Rue Vivienne y rodeado del grupo de americanos residentes en París, entre los cuales se destacan Fernando Toro y Carlos Montúfar, busca en los placeres de una vida agitada y fastuosa el antídoto para su incertidumbre sentimental. Años más tarde en los campamentos, las anécdotas de sus buenos tiempos en la capital francesa le servirán para distraer a sus oficiales o para llenar de curiosa admiración a los rudos llaneros: "Con un extremo ardor por los placeres —cuenta Serviez— y especialmente por los placeres fáciles, era cosa en verdad extraordinaria oír al Libertador nombrar por sus nombres a todas las hermosas que había conocido en Francia, con una exactitud y una precisión que hacía honor a su memoria. Citaba los retruécanos de Brunet, cantaba las coplas en boga y reía de sus deslices juveniles con expresión verdaderamente ingenua."

Desde un principio el propio Bolívar se dá cuenta de que esta vida le divierte pero no le apasiona. El bullicio de los grandes lugares de diversión —como las Galerías de Bois del Palais Royal—, los amoríos con las mujeres galantes, la compañía de amigos simpáticos y ligeros que hablan del amor de la última noche o de la novela de moda, no le dejan tiempo para aburrirse, pero tampoco le entusiasman extraordinariamente. Al fin, sólo le queda el cansancio físico por los excesos, fatal extremo donde desembocan los temperamentos ardientes cuando carecen de una ilusión.

Porque este dandy aparentemente ligero y calavera, que agotaba sus fuerzas en diarios excesos y perdía su dinero en las mesas de juego, llevaba todavía en su alma una ilusión romántica, ambicionaba hallar de nuevo la felicidad del verdadero amor. En tal virtud, su encuentro con Fany de Villars en París iba a constituir una oportunidad para que su alma siguiera por el camino del amor o se precipitara en ella una evolución espiritual susceptible de conducirle a la búsqueda de nuevas finalidades para la existencia.

Fany comenzó su vida y formó su espíritu en la época tormentosa de la Revolución Francesa, cuando los resortes morales y las ideas éticas que tradicionalmente habían guiado la conducta humana estaban en crisis. La libertad de conducirse según los propios deseos era la principal ley de conducta y el placer la mejor justificación del obrar. Se creía entonces que ya había llegado la hora de vivir sin trabas ni deberes, en estado natural de absoluta libertad, donde el

hombre recobraría la felicidad que le arrebataron la organización social y el gobierno.

En esa atmósfera social y humana, Fany no tuvo tiempo de soñar, ni disfrutó de esas ignorancias sobre las cuales nacen las grandes ilusiones de la vida. Los deseos eróticos de su naturaleza no alcanzaron a ser guardados en ella lo necesario para que, abriéndose paso hasta su espíritu, echaran en él las semillas de las grandes pasiones. Por el ambiente, las costumbres e ideas de la época, ellos labraron los fáciles caminos de la simple satisfacción y abandonaron tempranamente aquellos otros que llevan la fuerza del instinto hasta el espíritu, despertando, al irrumpir en él, las dulces efusiones del ensueño.

El salón de Fany de Villars estaba entonces de moda, porque asiduamente lo visitaban algunas distinguidas personalidades. En él Fany recibía la admiración galante de sus amigos, que tanto la halagaba, y en el ingenio, excentricidades y atractivos de los hombres inteligentes y artistas que allí concurrían, con cierta elegancia muy suya, buscaba estímulos para satisfacer su sensibilidad en pasajeras aventuras. Para guardar las apariencias bastaba la presencia de su marido, hombre de cincuenta y seis años y siempre absorto en sus estudios botánicos.

La mezcla de razas que había en ella hacía un tanto extraña su belleza, de la cual se desprendía un misterioso magnetismo creado en el subfondo de sus instintos en permanente tensión; y si todo en Fany tenía apariencias delicadas, en sus ojos de color variable, su boca fina y los gestos y movimientos de su cuerpo, parecía exteriorizarse cálidamente el ritmo de sus íntimos ardores.

Cuando Bolívar la vió en París, una noche que invitado por ella asistió a una de las elegantes reuniones de su casa, tuvo que confesarse que ante esta mujer se había olvidado por primera vez de su pena. A su lado y bailando con ella, mientras Fany reía coquetamente, talvez por su entusiasmo, talvez por su típica pronunciación francesa, sintió de nuevo el encanto de vivir. Desde ese día y para cortejarla, Bolívar se convirtió en el más asiduo de los concurrentes a la casa de Madame de Villars.

Empeñado en obtener el amor de Fany, se lanza entonces a raros excesos para llamarle la atención. Viste con una suntuosidad que eclipsa a los más elegantes enamorados de la dama, gasta el dinero espléndidamente, rodeándose de una corte de amigos que le adulan y le acompañan a todas partes, y su natural tendencia a vivir expansivamente entre los hombres, a estar en permanente relación con ellos, se revela en forma plena cuando frases brillantes y oportunas brotan sin dificultad en sus conversaciones; cuando siente que corrientes de ingenio y riqueza verbal acuden a sus labios, tornándose

en instrumentos de dominio que sojuzgan a sus oyentes o los encantan; cuando un misterioso instinto le indica qué cosas halagan a los hombres y casi inconscientemente explotan con maestría sus vanidades o sus resentimientos.

Los seres como Fany tienen momentos en que un ademán varonil, una palabra cálida, o una mirada intensa, encienden en ellos la lumbre semidormida del instinto, la cual invade los sentidos a la manera de una ola de tentación. Así, este joven brillante, que comienza a cortejarla con menos ruegos pero con más seguridad; que sin renunciar a su propósito no vacila en abandonarse a pasajeros amoríos con algunas de las bellas amigas de Fany —a quienes encanta el caraqueño atractivo y millonario—, le hace pensar, cuando ella menos lo esperaba, que sería tentador pertenecerle, comprometerse en la aventura de sentir en sus brazos el contacto de la llama de voluptuosidad que irradiaba este extraño enamorado, venido de las legendarias tierras de América.

Se inicia entonces para Bolívar una etapa de su existencia en la cual la fuerza del instinto alcanza sus máximas exaltaciones. Al lado de Fany, quien por sus aficiones no podía comprender su espíritu, lleno de anhelos todavía indefinidos, pero que sabía, en cambio, embriagarle de pasión, Bolívar se dá cuenta de que su naturaleza, en una especie de aventura vital, consume con rapidez antiguos sentimientos e ilusiones. Cuando trata de buscar en Fany a la compañera capaz de poner un poco de dulzura en los vacíos espirituales que separan en su alma los distintos momentos de exaltación erótica, ella, embebida en las tormentas de su sensibilidad y apegada a los encantos de su vida ligera, parece no percibir el poder de ensoñación que alienta en el hondo sentimentalismo de Bolívar. De esta manera, en los brazos de Fany, va muriendo el sueño que hasta el momento había sido el objeto de su existencia: el encuentro de un amor ideal hacia el cual pudieran converger su espíritu y su instinto, sus placeres y sus sueños. La ilusión que María Teresa arraigó tan profundamente en el alma de Bolívar, entra así en eclipse y su personalidad sin rumbo regresa a sus antiguas vacilaciones, vuelve a sufrir la tortura angustiosa de la incertidumbre. Años después, uno de los hijos de Fany relató así el estado espiritual del joven en esos días: "Mi padre —escribe— habitaba en Bouhinad, una casa en la cual había un gran jardín. Cuando Bolívar se paseaba en él destrozaba todo lo que encontraba: ramas de árboles, ramas de la viña, flores, frutas, etc. Mi padre, que cuidaba con tanto esmero su jardín entraba furioso viéndole cometer tantas locuras: "Arrancad las flores y las frutas que queráis —le decía— pero, por Dios, no arranquéis estas plantas por el sólo placer de destruir." Quienes le conocieron en esa época, con-

cuerdan en describirle dominado por intensa nerviosidad, atormentado por la búsqueda de algo que él mismo no sabe qué es. Hay en su espíritu dramáticas incoherencias y sus energías vitales parecen desbordarse caóticamente.

Un día, en el salón de Fany, encontró al Barón de Humboldt, quien acababa de regresar de América y cuya conversación versaba, con preferencia, sobre las experiencias personales y científicas de su viaje, que más tarde vertió en forma magistral en su libro **Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente.** Deseoso Bolívar de oír noticias de su lejana patria, se unió al grupo que rodeaba al Barón, en el cual se contraba un ilustre compañero del mismo, el sabio naturalista Bompland. La conversación rodó, como era por demás frecuente en esa época, alrededor del llamado triste destino de América, tierra de promisión que, según decían todos, agonizaba en el oscurantismo de la España sombría, reaccionaria y medieval. Bolívar exaltándose entonces, casi instintivamente exclamó: "Brillante destino el del Nuevo Mundo si sus pueblos se vieran libres del yugo y qué empresa más sublime..." A lo cual el Barón respondió un poco desdeñosamente "que aunque en América las circunstancias eran favorables para tal empresa, allí faltaban hombres capaces de realizarla". "Las revoluciones producen sus hombres", dijo Bompland, tratando de dulcificar lo que la sentencia de Humboldt tenía de ofensivo para Bolívar por ser americano.

Es evidente que el Barón de Humboldt no simpatizó entonces con Bolívar. Desde que le conoció en casa de Fany sintió por él una hostilidad, cuyas causas nunca llegó a explicarse. Esto, por otra parte, no le aconteció sólo a él. En la vida de Simón Bolívar es notoria la aversión que despertaba su persona entre los intelectuales; don Andrés Bello y Humboldt son dos casos salientes, por la categoría de las personas, de un fenómeno bastante frecuente en la accidentada existencia del caraqueño. Talvez su temperamento expansivo, su nerviosidad, la audacia y pasión de sus ideas, y su frecuente exceso de verbosidad en la conversación, llevaron a quienes hacían gala de ecuanimidad a formarse un concepto poco favorable de él. El mismo Humboldt, en 1853, le dejó conocer con sinceridad a O'Leary, en una carta, cuán profundas fueron sus dudas sobre las capacidades de Simón Bolívar: "Jamás —le decía en ella— le creí llamado a ser el jefe de la cruzada americana. Lo que más me asombró fue la brillante carrera de Bolívar a poco de habernos separado..."

En esta época, los instintos que más tarde integrarían ese personalísimo sentimiento suyo que fue su "ambición de gloria", comienza a empujarlo cada vez más imperativamente hacia la búsqueda de grandes ideales de superación humana. Y este proceso se acelera

cuando la imagen de Napoleón proyecta de nuevo sobre él su impresionante sombra. Bolívar estaba en París el día de la coronación de Bonaparte y este acto, cumplido con magnificencia sin precedentes en la Catedral de Notre Dame, le lanzó de lleno en la corriente de la vida histórica. El esplendor de esa gloria sin par incorporó al campo de su conciencia —en la forma de un deseo de suscitar devoción semejante— muchas de las energías excepcionales que un día le permitirían arrancar a los pueblos americanos de su largo sueño colonial. "La corona —diría después— que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como cosa miserable y de moda gótica. **Lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que despertaba su persona.**"

Muchos de sus biógrafos —atacados del jacobismo radical que imperó en los países por él libertados a todo lo largo del siglo XIX—, han pretendido demostrar que Bolívar abominó de Napoleón cuando se coronó. Nada parece menos verosímil. Sus expresiones de censura a Bonaparte las explicó más tarde en la siguiente forma a Perú de Lacroix: "Usted habrá notado, no hay duda, que en mis conversaciones con los de mi casa militar, y otras personas, nunca hago elogio de Napoleón; que al contrario, cuando llegó a hablar de él o de sus hechos es más bien para criticarlos que para aprobarlos, y que más de una vez me ha sucedido llamarlo tirano, déspota, como también haber censurado algunas de sus grandes medidas políticas y de sus operaciones militares. Todo esto ha sido y es aún necesario para mí, para evitar que se establezca la creencia de que mi política es imitada de la de Napoleón, que mis miras y proyectos son iguales a los suyos, que como él quiero hacerme emperador o rey, dominar la América del Sur como ha dominado él a Europa; todo esto lo habrían dicho si yo hubiera hecho conocer mi admiración y mi entusiasmo por aquel gran hombre. Más aún hubieran dicho mis enemigos: me habrían acusado de querer crear una nobleza y un Estado militar al igual del de Napoleón en poder, prerrogativas y honores... No dude usted de que esto hubiera sucedido si yo me hubiera mostrado, como lo soy, grande apreciador del héroe francés; si me hubieran oído elogiar su política, hablar con entusiasmo de sus victorias, preconizarlo como el primer capitán del mundo, como hombre de Estado, como filósofo y como sabio. Todas estas son mis opiniones sobre Napoleón y todo lo que a él se refiere es la lectura más agradable y más provechosa; allí es donde debe estudiarse el arte de la guerra, el de la política y el de gobernar."

El magno ideal que comenzaba a tentar a Bolívar ante el ejemplo de Napoleón, sólo podía traerle mayores incertidumbres. ¿Qué clase de empresa tendría que realizar él para alcanzar tánta

gloria? ¿Cómo lograría un simple criollo americano abrirse paso en la historia como Bonaparte? En la forma de estos graves interrogantes entraban en su vida consciente y revelaban su verdadera naturaleza las fuerzas combativas de su recio temperamento, obligadas hasta el momento a expresarse en las tormentas de su sensibilidad. Entonces, se recordó de América: "Esto —refirió más tarde— me hizo pensar en la esclavitud de América y en la gloria que conquistaría el que la libertase."

No obstante, este pensamiento no pasaba entonces de ser un producto de su imaginación exaltada; todavía faltaban muchas experiencias a esta alma atormentada por todas las indecisiones, para que llegara a sentir realmente la posibilidad de emprender obra tan vasta. En aquellos tiempos sus confusos anhelos, eran apenas simples fosforescencias de un proceso espiritual muy hondo, en el cual estaba germinando lentamente una nueva ilusión. Por eso al saber que don Simón Rodríguez se encontraba en Viena, resolvió abandonar a Fany y dejar la vida faustuosa de París para correr al lado de su antiguo maestro.

Pero no en vano han pasado los años sobre la inquieta mente de Rodríguez. Al llegar Bolívar a Viena no encuentra al hombre solamente preocupado, como en otros tiempos, de formar un Emilio a la manera de Rousseau; la ciencia, la libertad de los pueblos de las cadenas de la ignorancia, son las inquietudes que en la actualidad absorben su atención. El admirador de Juan Jacobo ha abandonado el "Emilio", para dedicarse preferentemente al "Contrato Social". Bolívar, pues, no halla en él la solicitud que esperaba para sus problemas espirituales; cuando le habla de ellos, Rodríguez se limita a aconsejarle que luche contra la neurastenia, se divierta y piense en cosas más serias. Sus nuevas actividades consumen todo su interés y los problemas de Bolívar sólo pueden parecerle necios caprichos de una juventud ociosa. La manera categórica como manifiesta tales opiniones ofende a Bolívar, quien únicamente por su antiguo afecto se las perdona; pero de este momento en adelante se siente solo en Viena, su hastío de la vida se torna en intensa incertidumbre y en sus nervios ocurre un peligroso desequilibrio, propiciado por la prolongada vida de abusos que ha llevado en París.

Con su profundo conocimiento del corazón humano, Rodríguez se dió cuenta de que a su antiguo pupilo le estaba matando la inactividad, el ocio, y para curarle le invitó entonces a participar de un viaje que tenía proyectado efectuar por Italia. Hastiado el joven de su actual género de vida, manifestó a Rodríguez que le acompañaría y el 6 de julio de 1805 emprendieron la marcha. El aire puro y el sano ejercicio no tardaron, efectivamente, en producir benéficos re-

sultados en la salud y el ánimo de Bolívar; sus fuerzas se fueron reparando y sus nervios se tranquilizaron. La belleza de la campiña y la interesante conversación de Rodríguez sobre las nuevas ideas que informaban el pensamiento occidental, sobre Rousseau, Bacon. Voltaire y Hobbes, suscitaron poderosas inquietudes en su inteligencia y apartaron su atención de las dolorosas resonancias de su exaltada sensibilidad.

En París se demoraron muy poco; de allí partieron para Chamberi y visitaron con emoción Las Charnettes, donde se amaron Madame Warrens y Rousseau. En ninguno de estos sitios permanecieron mucho tiempo, pues Bolívar tenía prisa por llegar a Milán para presenciar la coronación de Napoleón como rey de los romanos. El interés del joven por el Emperador, bien puede apreciarse en el relato que más tarde hizo en presencia de Perú de Lacroix: "En la comida —cuenta el autor del **Diario de Bucaramanga**— el Libertador estuvo muy alegre; nos contó varias anécdotas de su vida, anteriores al año de 1810, y durante el tiempo de sus viajes por Europa. Habló de lo que hizo en Italia, dijo que había asistido a una gran revista pasada por Napoleón al ejército de Italia, en la llanura de Montesquiaro, cerca de Castiglione; que el trono del emperador se había colocado sobre una pequeña eminencia, en medio de aquella gran llanura; que mientras desfilaba el ejército en columnas delante de Napoleón, quien estaba sobre el trono, él y un amigo que le acompañaba (Rodríguez) se habían colocado cerca de aquella eminencia, de donde podían con facilidad observar al Emperador; que éste les miró varias veces con un pequeño anteojo de que se servía y que entonces su compañero le dijo: "Quizás Napoleón, que nos observa, va a sospechar que somos espías"; que aquella observación le dio cuidado y los determinó a retirarse. —Yo —dijo Bolívar—, ponía toda mi atención en Napoleón y sólo a él veía entre aquella multitud de hombres que había allí reunidos; mi curiosidad no podía saciarse, y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día también sería yo centro de la atención, o, si se quiere, de la curiosidad de casi todo un continente, y, puede decirse también, del mundo entero. ¡Qué Estado Mayor tan numeroso y tan brillante tenía Napoleón y qué sencillez en su vestido! Todos los suyos estaban cubiertos de oro y ricos bordados, y él sólo llevaba sus charreteras, un sombrero sin galón y una casaca sin ornamento alguno; esto me gustó y aseguro que en estos países hubiera adoptado para mí aquel uso si no hubiera temido que dijesen que lo hacía por imitar a Napoleón, a lo cual hubiesen agregado que mi intención era imitarlo en todo."

Después de transitoria permanencia en Milán, Bolívar y su antiguo maestro visitan a Venecia, Verona, Bolonia, Florencia, y final-

mente se encaminan a Roma. En el curso de este viaje, sus conversaciones con Rodríguez y muy especialmente el conocimiento de tantos sitios históricos, han impregnado la personalidad de Bolívar de esa extraña grandeza que parece habitar en los restos de los grandes pueblos y de los grandes hombres de otros tiempos. Y el deseo de hacer lo que ellos hicieron, de entrar en la historia gloriosamente, se acrecienta cuando en Roma visita con Rodríguez los lugares célebres de la gran urbe mundial. Entonces las huellas de tanta grandeza humana, crean una nueva armonía en este espíritu largamente torturado por la incertidumbre. Por eso, cuando para contemplar la ciudad, los dos ascienden una tarde al Monte Aventino, ante el magnífico espectáculo que de allí se divisa, las emociones acumuladas durante los últimos tiempos en el alma de Bolívar estallan, y su vaga ambición de gloria encaminada hacia el medio que él conocía, hacia América, en la majestuosa soledad de aquella cima afluye impetuosa a sus labios, en la forma de histórico juramento: "Húmedos los ojos —cuenta Rodríguez—, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una animación casi febril me dijo: —Juro que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español."

Hasta ese momento decisivo, impresionado por confusos anhelos de grandeza, Bolívar imaginó vagamente algunas veces la posibilidad de emprender obra tan colosal como la de libertar a su patria; pero siempre la propia insignificancia de su posición redujo este anhelo a la calidad de simple sueño, de esos que agradablemente iluminan nuestra fantasía. Pero ahora, la propia fuerza de sus ambiciones, el natural optimismo de su carácter y la embriaguez que le dominaba en la proximidad de aquellos sitios impregnados de historia, destruye los últimos temores sobre su propia impotencia y su voluntad lanzada con seguridad hacia la gloria, hace triunfar definitivamente en su espíritu la creencia de que aquello es posible y de que él puede efectuarlo.

Es verdad que entonces no sabe cómo hacerlo, ni cuándo lo hará, ni conoce bien las circunstancias y condiciones de la empresa que se ha prometido realizar; pero en ese momento ha nacido en su alma algo que vale más: la seguridad de que él puede llevarlo a cabo, seguridad que más tarde será la gran fuerza espiritual que le permitirá iniciar la gran obra y perseverar en ella a pesar de los fracasos inevitables y de las peores adversidades. Así se engendra en el Monte Aventino la fe que habrá de conducir a América a la magna empresa de la emancipación.

Días después de esta escena, Bolívar y Rodríguez abandonan a Roma, visitan a Nápoles, y de allí se dirigen a París, donde Fany, con

impaciencia, espera a su amante. Ella no tarda en darse cuenta de que regresa muy cambiado. Después de haber entrevisto un objetivo para su existencia, Bolívar tiende a canalizar su atención y sus energías hacia él, transformándose en una especie de soñador, que no aparta su vista del misterioso destino que confusamente le atrae. Ante su frialdad, Fany reacciona con quejas primero, con amenazas más tarde, y, finalmente, a la manera de venganza, demostrando ostentoso interés por antiguos amigos. Bolívar no da mayor importancia a estos cambios y un día le anuncia, con sincera indiferencia, su decisión de regresar a América; y a las protestas de Fany, a quien la ardiente sensualidad del joven había apasionado, responde con gesto muy de aquella época romántica, regalándole una sortija en la cual ha hecho grabar la fecha de su partida.

Buscar la gloria en los ásperos caminos de las grandes empresas humanas será en adelante su destino, como lo fue hasta el momento buscar la felicidad en las suaves sendas del amor.

BOLIVAR

SEGUNDA PARTE

Capítulo VI

CRISIS DEL IMPERIO ESPAÑOL

"¿Podrá esta nación (España) hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias?"

SIMON BOLIVAR

El catolicismo y la unidad española.—El imperialismo evangelizador.—La ambición de riqueza y el desprecio por la Economía.—Catolicismo y mercantilismo.—Felipe II y El Escorial.—Inglaterra, o el poder político al servicio de la Economía.—La riqueza vence a la espada.—El monopolio comercial y los corsarios.—Descomposición del Imperio español.

No parece indiferente para la historia de América, que fuera en Europa el pueblo español el primero en superar su agudo individualismo, para agruparse alrededor de una monarquía en la cual toda la colectividad se sentía representada y cuyos títulos no estaban sujetos a discusión. Este acontecimiento trascendental acaeció en España, porque fue ella la primera sociedad europea que fundió totalmente su suerte con el principio, o ideal, que salvado de las ruinas del imperio romano, representaba entonces la única fuerza espiritual capaz de arrancar al Occidente del particularismo a que quedó sometido después de la caída del mundo antiguo: el Catolicismo.

En otras colectividades europeas esta unión con el catolicismo se efectúa en forma gradual, dándoles tiempo para que sus propias fuerzas tomen mayor impulso y su identificación posterior con aquél adquiera la forma de una adaptación del ideal religioso a las líneas

ya definidas y vigorosas del carácter nacional. Pero tal cosa no acaece en España, y este fenómeno que será la causa de sus rápidos éxitos, incubará a la larga peligrosos gérmenes para su desarrollo. En España, el catolicismo se injerta tempranamente sobre los más primitivos y sencillos elementos orgánicos de la nación y por eso ella se desenvuelve impregnada de una religiosidad tan honda, que ahoga toda inquietud incompatible con ese carácter. Así, las tendencias de la comunidad en formación pueden superarse y el pueblo español, animado de un espíritu místico, a la manera de enorme marea se sale de sus fronteras territoriales y lleva a Europa la fuerza de la Fe, pero también los problemas implícitos en la combustión de los elementos de que ella se alimenta: intransigencia, fanatismo y ortodoxia.

Esta expansión puso a los españoles en contacto con un mundo que, impregnado tardíamente de la mística religiosa, había avanzado más en el camino de pensar en los problemas materiales de la vida; con un mundo en el cual se estaban incubando las fuerzas destinadas a dar golpes mortales a la concepción religiosa de la sociedad y a imponer una transacción entre lo material y lo ideal, lo religioso y económico. Porque al tiempo que en España la finalidad de la existencia estaba anclada en un más allá trascendental, que obligaba a los hombres a obrar en forma desprendida y heroica para llegar a él, en las ciudades del Mar del Norte y en las italianas un nuevo interés había despertado la atención de los hombres: el comercio. Traer a Europea géneros, especias y peredrías de Oriente, he ahí la actividad que comenzaba a estimular la ambición de sus habitantes, porque de ella se desprenderían el lucro y la acumulación de riqueza.

Los españoles, cuyo antiguo desvío por las cosas de este mundo y su apego a lo sobrenatural, se habían transformado en un indiferente desprecio por el trabajo manual y en una heroica disciplina caballeresca guerrera, al entrar en contacto con este ambiente dominado por el anhelo de ganancia, no tardaron en experimentar la tentación del oro, pero no lograron avenirse con la vida económica que lo producía; si desde el primer momento su deseo fue apoderarse del precioso metal, su espíritu permaneció ajeno a las formas económicas que hacían posible su normal acumulación. En la colonización de América, la más grande de las empresas históricas de España, quedaron patentes estas características de la nación peninsular, las cuales fueron determinantes de la naturaleza del sistema colonial organizado por ella en el Nuevo Mundo. La Monarquía, fiel reflejo de las corrientes religiosas que habían dado unidad y fuerza expansiva al pueblo español, después del descubrimiento abocó el problema de la colonización en la forma de una gran cruzada evangelizadora; pero millares de aventureros —formados en las guerras de Italia y

de Flandes y acostumbrados a la rapiña y al saqueo—, inprimieron también su carácter a esta empresa; por una parte, desencadenaron en América una ola de brutalidad y saqueos y por la otra, trajeron al Nuevo Mundo el clásico concepto español sobre la economía: desprecio por las artes manuales e intelectuales que crean las fuentes de producción y deseo de apoderarse simplemente de la riqueza para gozar del esplendor que proporciona. No llegaron a organizar prósperas economías nacionales, sino a realizar un gran traspaso de riqueza de América a España.

Evangelizar los indios, mejorar su vida, hacerles soportables las condiciones del trabajo, fueron los propósitos que guiaron en todo momento la política de los grandes monarcas españoles de la Casa de Austria, como lo demuestran las Leyes de Indias; obtener oro a toda costa, arrebatándoselo a la fuerza a los nativos o haciéndolos trabajar hasta matarse, los deseos incontenibles de los aventureros a quienes la conquista convirtió en Encomenderos. "Si todos los españoles —escribía Hernán Cortés en una de sus Relaciones— que en estas partes están y a ellas vienen fuesen frailes, o su principal intención fuese la conversión de estas gentes, bien creo yo que su contacto con ellas sería muy provechoso; mas, como esto sea al revés, al revés ha de ser el efecto que obrase porque es notorio que más de la gente española que acá pasa son de bajas maneras, fuertes y viciosas de diversos vicios y pecados."

Estos dos criterios, sobre los cuales edificó España su sistema colonial, se impusieron en América en directa relación con la riqueza de cada una de las Colonias; donde el oro y la plata abundaban y se encontraban las grandes civilizaciones indígenas —como Méjico y el Perú—, la afluencia de gentes ansiosas de lucro y el mismo interés del Estado por su crecida participación en las mismas, hizo más débil la aplicación de las normas que protegían a los indios y más laxo el criterio moral para resolver los graves problemas sociales ocasionados por el obligado contacto de los conquistadores con los nativos. En ellas se llegó a aceptar el principio de que "se obedece pero no se cumple" para las Disposiciones Reales que protegían a los indios contra la rapacidad de los Encomenderos. Otra cosa sucedió en las colonias menos favorecidas por la abundancia de metales preciosos en condiciones de fácil explotación, como en la Nueva Granada y la Costa Firme; en ellas las tareas del gobierno, las relaciones entre las clases y el problema indígena, se desenvolvieron bajo el imperio de una patriarcal intervención del Estado español, francamente inclinado a llevar a la realidad los ideales sociales y religiosos de la Monarquía hispánica. El menor interés económico determinó en estos casos mayores facilidades para la aplicación de los principios impli-

citos en el credo católico, que constituían la fuerza íntima del pueblo español en su etapa imperial.



España, nación de guerreros con ideales religiosos y de clérigos capaces de audaces empresas militares, recibió el oro del Nuevo Mundo como el instrumento necesario para conseguir esplendor y bienestar, pero sus empresas políticas en el Continente y su permanente animadversión por las cosas económicas no le permitieron crearse una industria nacional, ni fomentar las virtudes sociales y familiares que la hacen posible. Así, las nacientes manufacturas de Francia, los Países Bajos, Italia e Inglaterra, fueron creciendo por el estímulo del oro español y el mundo europeo pudo llegar —después de la caída del Imperio Romano— a su primera integración económica de conjunto, realizada desde España, donde un pueblo refinado y amigo de gastar con esplendidez, inundaba a Europa con los metales preciosos de América. "Las cuatro quintas partes del oro y de la plata en Europa entonces —dice el economista Henri See—, procedían de la América española."

Los efectos de estas deficiencias de la economía española no se detuvieron ahí. Porque cuando creció la población de América, cuando alrededor de las grandes explotaciones de metales preciosos se formaron las sociedades que darían origen a los grandes Virreinatos y la agricultura tropical proporcionó en otras regiones frutos de exportación como el cacao, el tabaco, el añil y el café, las aristocracias de Lima, Méjico, Cartagena, Buenos Aires, Quito, etc., crearon una demanda de mercancías que España no producía en su territorio. Esto la obligó a organizar el comercio de América en una forma similar a como tenía organizado el suyo: es decir, permitiendo la importación a América de las manufacturas extranjeras, pero en sus propios navíos y a través de la Casa de Contratación de Sevilla. Por largo tiempo tal estado de cosas se desenvolvió dentro de una relativa normalidad, porque España encontró para el monopolio comercial total sometimiento en el Nuevo Mundo; porque los países europeos, cuyas manufacturas la Casa de Contratación enviaba a América —Francia y Holanda especialmente—, lo aceptaron con resignación, a pesar de los altos impuestos que debían pagar; y porque dueña la marina española, considerada después de la batalla de Lepanto como la primera del mundo, del dominio de los mares, no había nación capaz de oponerse entonces con éxito a esta organización del comercio americano.

Era este un aspecto del vasto sistema político soñado por los monarcas españoles, sistema que alcanzó sus integraciones finales du-

rante el gobierno de Felipe II, en cuyo reinado se produjeron las grandes síntesis de la organización imperial hispana. Gracias a ellas, llega un momento en que las poblaciones manufactureras de Flandes, Italia y Alemania, con su producción incorporada profundamente al cuerpo del Imperio y el Nuevo Mundo con sus minas de oro y sus frutos tropicales, trabajados en condiciones y a costos coloniales, forman un conjunto heterogéneo pero complementario, que cobra unidad bajo la dirección política del Estado castellano, representante de una nación emprendedora, que reza y combate mientras otros pueblos trabajan para cooperar a la satisfacción de sus menesteres económicos.

El pleno desarrollo de las grandes directrices de este ambicioso imperialismo ordenador, dependía, por una parte, de la posibilidad de vencer oportunamente las obvias resistencias de los pueblos sometidos, resistencias que se expresaron en las guerras de Italia y de Flandes, como del mantenimiento en España de una moral imperial y de una disciplina austera, capaces de comunicarle esa tensión que facilita a los pueblos los renunciamientos exigidos por las grandes empresas históricas. Así lo sintió hondamente ese gran español que fué Felipe II y en el Monasterio de El Escorial dejó la impresionante síntesis del sueño imperial de España, el cual requería las dos cosas que asombran al visitante del monasterio: la austeridad, necesaria para vencer, y la ambición de durar, como dura esa gran mole de granito, símbolo del anhelo íntimo del hombre que soñó con una hegemonía mundial de mil años para España.

Esta situación de privilegio comenzó a modificarse cuando Inglaterra completó su organización industrial y ansiosa de cambiar sus manufacturas por el oro y la plata que, según las leyendas, inundaban de bienes paradisíacos a América, miró codiciosa hacia las prometedoras riquezas del Nuevo Mundo. Comenzaron entonces los ingleses su gran ofensiva contra el predominio español en América, que en su desenvolvimiento pasaría por dos etapas; la primera se cumplió por conducto de los piratas y bucaneros, a quienes Inglaterra dio "patente de corso" y títulos de nobleza para que se lanzaran al mar con la consigna de apoderarse del oro americano; y la segunda se desarrolló sobre las rutas del contrabando de manufacturas inglesas, enviadas a América desde las bases británicas de las Antillas.

En un principio el contrabando encontró muchas dificultades, pero con el tiempo fue progresando y llegó un momento en que las autoridades coloniales concluyeron en tolerarlo, porque azotada España por continuas crisis económicas y estorbado su comercio por los piratas y bucaneros, las mercancías enviadas a las colonias resultaban siempre insuficientes para su creciente demanda y el nivel de

precios de la Metrópoli hacía cada vez menos remuneradora la venta en sus mercados de los frutos americanos y mayor la tentación para los productores de venderlos a los contrabandistas ingleses y holandeses. Tales fueron los hechos que obligaron al Gobierno español, alarmado por el progreso del comercio británico en América, a dar la Real Orden del 20 de abril de 1799, la cual prohibía el intercambio con las colonias vecinas de otra nacionalidad. Pero, como esta disposición Real no contemplaba las verdaderas causas del rápido incremento del contrabando, las mismas autoridades de América no tardaron en solicitar su aplazamiento. El gobernador de la Guayana, Emparán, en oficio dirigido a Madrid se expresaba así: "Ahora es cuando llamo la atención de V. S. para que a la vista de la exposición que voy a hacer, determine con el señor Capitán General si debo o no publicar la Real Orden... Porque, ¿qué han de hacer los ganaderos con sus ganados y el labrador con sus frutos, al ver que aquéllos no tienen consumo y éstos no se los compran los cuatro regatones que hay en Cumaná y Barcelona, o que no se los pagan sino a un precio ínfimo? Hace pocos meses que precisaban a los cosecheros que les vendiesen el cacao a ocho pesos y el algodón a diez u once. Y ¿qué sucedió? Que los ingleses acudieron a la costa desierta y a las casas de los mismos labradores que están distantes de los pueblos, pagando a doble precio los mismos frutos; siendo preciso que suceda esto mismo siempre que no tengan salida ni estimación, porque sobre ser necesario que los vendan, y el cacao antes que se pierda, es absolutamente imposible guardar 150 leguas de costa y la infinidad de ríos y caños navegables que se internan en la provincia, con cuarenta ni cincuenta guardas que hay esparcidos en ella, y lo es también el mantener un número como el que se necesitaría para ese objeto... **De aquí que con la prohibición del comercio de las colonias no se sacará otro fruto sino que el Rey pierda sus derechos, que faltando éstos no se pueda mantener la guarnición ni cubrir las demás atenciones; que todos los habitantes se entreguen al contrabando y que si fuere posible exterminarle, sería precisamente a costa de exponernos a una sublevación general, porque en la necesidad indispensable de mantener y vestir sus familias, los navegantes, los ganaderos, los comerciantes y todo el pueblo, a excepción de cortísimo número de forasteros que dependen del comercio de España, privados de los únicos recursos que tienen y sumergidos en la miseria, sería muy posible que diesen oídos alguna vez a las sugestiones incesantes de los enemigos, y cuando no se agregasen a ellos, no se opondrían a sus intentos. Y no teniendo el país otros defensores que sus mismos patricios, que hoy se conservan muy leales, en cuerpos de milicias, no fuera menester más para que los enemigos se apoderasen de él,**

sin hallar la menor resistencia. ¿Qué más quisieran ellos sino verlos reducidos a este extremo?"

Fundado el Imperio español sobre la dominación política, militar y espiritual, su organismo comenzó a desintegrarse cuando fracasadas sus armas en el empeño de dominar totalmente a las colectividades manufactureras de Flandes e Italia, y debilitada su influencia espiritual en Europa por la rebelión religiosa del protestantismo, en la cual se refugiaron los pueblos para defenderse del imperialismo católico de España, se encontró ante una poderosa potencia rival protegida por el mar contra las empresas militares de los famosos "tercios" españoles: Inglaterra.

Felipe II presintió las debilidades del tradicional imperialismo político español frente al vigor del nuevo imperialismo económico de la Gran Bretaña y para salvar la hegemonía mundial de España envió contra Inglaterra la gigantesca "Armada Invencible", último gesto heroico y soberbio de este pueblo que intentaba una vez más someter a la economía con el filo de la espada. Pero la naturaleza se opuso a este formidable designio, que de triunfar hubiera variado radicalmente el curso de la historia. Una devastadora tormenta en las costas de la Gran Bretaña hundió gran parte de la escuadra y dispersó el resto, frustrando definitivamente los sueños imperiales del gran Monarca.

De este momento en adelante, se inicia en el continente europeo una insurrección general contra el dominio español, que encuentra al organismo político y militar del Imperio sin el poder necesario para oponerle diques efectivos a la corriente convulsionada de las fuerzas espirituales y materiales que demandaban su liberación. Esta debilidad puede ya apreciarse en los reinados de los cercanos sucesores de Felipe II, durante los cuales España derrotada en los campos de batalla de Europa, se ve obligada a cerrar el vasto ciclo de su expansión geográfica y al perder el dominio de los pueblos que en tiempos mejores producían riqueza para ella, descubre tardíamente que su población consume mucho más de lo que produce. "La verdad es que no hay duda —le decían ya en 1544 las Cortes al Rey—, que el reino está consumido y acabado del todo, sin que haya hombre que tenga caudal ni crédito, o casi ninguno: y el que alcanza no es para granjear, negociar ni tratar con él, sino para recogerse a otra manera de vida la más estrecha y escasa que halla, con que pueda conservar pobremente lo que tiene, o sustentarse de ello poco a poco hasta que se acabe... ¿De dónde viene la universal pobreza y necesidad que hay en todo el Estado?... En los lugares de obrajes de lana, donde se solían labrar veinte y treinta mil arrobas, no se labran hoy seis, y donde había señores de ganado de grandísima cantidad, han dis-

minuído en la misma y mayor proporción, acaeciendo lo mismo en todas las otras cosas del comercio universal y particular. Lo cual hace que no haya ciudad de las principales de estos reinos ni lugar ninguno, de donde no falte notable vecindad, como se echa bien de ver en la muchedumbre de casas que están cerradas y despobladas y en la baja que han dado los arrendamientos de las pocas que se arriendan y habitan."

Comienza así la segunda etapa de la gran crisis histórica de España. Forzada a importar gran cantidad de manufacturas y alimentos —que en épocas anteriores no se había preocupado por producir en su suelo, puesto que le llegaban de esos vastos dominios "donde no se ponía el sol"—, en el momento en que las corrientes de la economía y del comercio mundial cambian de ruta y se dirigen a las islas británicas, España no encuentra otro camino para pagar sus obligadas importaciones que volverse hacia el Nuevo Mundo y decidirse a acentuar en él, hasta la exageración, el sistema de explotación mercantilista y colonial, como medio de incrementar rápidamente el envío de los metales preciosos necesarios para pagar su creciente déficit comercial con Europa. Prohibición estricta de comerciar con otras potencias; niveles de precios bajísimos para la producción de las colonias en los mercados de España; crecidas y obligadas participaciones para el Estado en todas las explotaciones del Nuevo Mundo; e impuestos casi confiscatorios para la producción americana, tales fueron algunas de las reglamentaciones que impuso o acentuó España en América, para obligarla a colaborar en el saldo desfavorable de su Balanza de Pagos, hijo de las radicales deficiencias de la economía peninsular. He ahí las circunstancias destinadas a romper los lazos de la sangre, la religión y la lengua, que durante siglos unieron a América y a España.

Hacia 1775, las tradicionales y firmes relaciones de dependencia que habían existido entre las distintas clases sociales en las Colonias, pierden su antigua estabilidad, pues el descontento de las mismas encuentra caminos propicios para la protesta en el estímulo de las dos grandes revoluciones que entonces agitaban al mundo: la económica que defendía Inglaterra al propender por la libertad de comercio, y la política que emergía de Francia con los grandes postulados de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Estas dos clases de principios, que en la corriente de la Cultura Occidental representaban sólo distintos aspectos de un mismo movimiento histórico, repercutieron en América diferentemente en las clases sociales: los criollos, que en Venezuela se llamaban "mantuanos", por el privilegio concedido a sus mujeres de usar "manto", y quienes eran allí las gentes realmente acomodadas, los ricos hacen-

dados, los comerciantes, los propietarios de esclavos y los dueños de los puestos en los Cabildos, miraron con simpatía la libertad de comercio que ofrecía Inglaterra, porque esa libertad representaba el fin de las reglamentaciones y monopolios y la posibilidad de vender en mercados más remuneradores los frutos de sus haciendas. Pero su reacción fue distinta frente a los postulados de la Revolución Francesa. No les entusiasmó fraternizar, ni ser iguales a los negros, a los "pardos", y a los indios, ni hacer depender de ellos, por medio del sufragio, la constitución del poder político; miraron con manifiesta desconfianza la influencia de Francia y en el momento de escoger entre Fernando VII y el liberalismo revolucionario, a pesar de sus alardes contra la Metrópoli, muchos se decidieron por el Rey español.

Otra cosa pensaban los esclavos negros, los "pardos" y los indios, que oían en las casas de sus amos comentarios sobre estos asuntos y se sentían poderosamente atraídos por las ideas francesas, de las cuales esperaban su libertad. En 1795 una insurrección de los negros vino a advertir a los "mantuanos" que una revolución en las colonias podía empezar contra España y terminar contra ellos. "Había —dice Carlos Pereyra—, una general prevención contra los blancos de la casta superior o "mantuanos". A ellos se atribuía el rigor fiscal, que también sobre ellos recaía y entre los negros corría la voz de que esta casta omnipotente había secuestrado una Real Cédula que abolía la esclavitud. Por otra parte, de los salones de los blancos bajaban a las chozas de los negros, libres y esclavos, los rumores de una gran revolución efectuada en Francia y en Haití. "La Ley de los franceses" emancipaba al esclavo y daba el poder político al negro."

Tal estado de cosas, en el cual se agitaban intereses y pasiones peligrosos para una estabilidad social que había durado trescientos años, se complicó al conocerse en Caracas el contenido de la Real Cédula de "gracias al sacar", dictada en Aranjuez el 10 de febrero de 1795, cédula que suspendía los efectos infamantes al carácter de "pardo, zambo o quinterón" y abría para esas razas despreciadas la posibilidad de obtener, por compra, como mantuanos, el distintivo de Don. y ciertos cargos hasta el momento constituídos en privilegio de los blancos. El día 14 de abril 1796 se reunió en Caracas el Ayuntamiento, órgano de expresión de los criollos, y después de agitados debates, acordó enviar al Rey una súplica para que suspendiera los efectos de la mencionada Cédula. En el acta de la célebre sesión se decía, por ejemplo: "Dispensados los pardos y quinterónes de la calidad de tales, quedarían habilitados, entre otras cosas, para los oficios de república, propios de personas blancas y vendrían a ocuparlos sin impedimento, mezclándose e igualándose con los blancos y gentes principales de mejor distinción, en cuyo caso, por no sufrir

este sonrojo, no habría quien quisiera servir los oficios públicos como son los de Regidores y el resto de todos los que se benefician y rematan por cuenta de la Real Hacienda, y podría originarse de esto discusiones en las respectivas clases, por la dispensa de calidad que se les concede a esas gentes bajas que componen la mayor parte de las poblaciones y son por su natural soberbias, ambiciosas de honores y de igualarse con los blancos, a pesar de aquella clase inferior en que los colocó el Autor de la Naturaleza."

La respuesta a la súplica del Ayuntamiento llegó tarde y en forma nada grata para los "mantuanos"; en nueva Cédula Real, dictada el 3 de agosto de 1801, se señalaron tarifas para dispensar de la calidad de pardos y quinterones, obtener el distintivo de Don y la declaración de hidalguía y nobleza. De esta manera, por el camino de la compra, quedaba abierto el paso para que las razas llamadas inferiores por los criollos, alcanzaran las ventajas y honores hasta el momento sujetos a estrecho privilegio.

Estas medidas, que si bien obedecían a la antigua tradición de justicia social de la monarquía española, a partir de Carlos III y en manos de la Casa de Borbón sólo tenían un claro sentido mercantilista, crearon en las colonias un general descontento entre las clases criollas y la conciencia de que entregaba España a los ideales disolventes de Francia, a ellas les correspondía en América conservar intacto el orden social. Uno de los fenómenos más curiosos de anotar en el Nuevo Mundo por aquellos tiempos es el peculiar sentido revolucionario de los criollos: quieren la revolución contra España para conservar el orden tradicional heredado de la misma España.

Capítulo VII

UNA REBELION DE MINORIAS

"Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aún esta parte, coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan, ni negocien; en fin, ¿quiere usted saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grama, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta. Estábamos como acabo de exponer, abstraídos y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto a la ciencia del gobierno y administración del Estado."

SIMON BOLIVAR

Criollos y españoles.—Privilegio del nacimiento.—El poder económico aspira al poder político.—El 19 de abril en Caracas.—Junta de Gobierno.—Los derechos de Fernando VII.—Bolívar, jefe de la misión a Londres.—Desconocimiento de las instrucciones.—Diplomático sin experiencia.—Francisco Miranda.—El regreso.

Al conocerse la destitución de Fernando VII por las fuerzas napoleónicas, como la constitución de Juntas Populares en las distintas Provincias españolas y de una Junta Suprema depositaria de los derechos del Monarca, la protesta general que se levantó en el Nuevo Mundo contra la usurpación extranjera se tradujo pronto en la tendencia a constituir en América autoridades Soberanas, para apartar

a las Colonias de la influencia francesa y representar los derechos del Rey español prisionero.

Mas, si los movimientos de insurrección acaecidos en 1808 y 1810, buscaron conservar a salvo los derechos de Fernando VII, los profundos antagonismos de clases que existían en América, determinaron también desacuerdos y choques en cuyos desarrollos naufragaría a la postre la lealtad de los americanos por el Rey Fernando. El más destacado de estos antagonismos, el que existía entre los criollos y los españoles residentes en América —quienes gozaban de todos los privilegios y ocupaban los más altos cargos en las Colonias—, se puso de manifiesto no bien la reacción antifrancesa trató de cristalizarse en la constitución de autoridades representantes del Monarca, pues los criollos proclamaron desde los Cabildos la necesidad de Juntas Populares Soberanas, y los españoles se declararon solidarios con la Junta Suprema de España, porque el reconocimiento de la misma dejaba a salvo el vínculo de dependencia entre América y la Metrópoli. Tal fué la política adelantada por la aristocracia española desde las Audiencias.

Cuando el día 15 de julio de 1808 llegó a Caracas un representante del Supremo Consejo de Indias —ya sometido a la influencia francesa—, a exigir el reconocimiento de José Bonaparte como Rey de España y del Príncipe Murart como Teniente General del Reino, en la ciudad se produjo un motín contra el emisario, motín que no tardó en adquirir las características de una reacción general de entusiasmo y fidelidad a Fernando VII. En la misma noche del 15, mientras las multitudes recorían las calles aclamando al Rey y en los púlpitos los sacerdotes se pronunciaban contra los franceses, contra sus sacrílegas teorías políticas, los miembros más destacados de la casta "mantuana", los Toros, Sojos y Montillas, acordaban en reunión que se prolongó hasta muy tarde, trabajar por la constitución de una Junta Suprema en Caracas.

El día 16, el pueblo urbano, instigado por los criollos pidió la formación de esa Junta y el Capitán General don Juan Casas, rindiéndose ante el clamor unánime y falto del apoyo de un partido españolista fuerte, como los que existían en Méjico y en Lima, aceptó, en principio, el paso revolucionario de trasladar la suprema autoridad de la Metrópoli a Caracas, para que la desempeñara una Junta de Representantes de las distintas clases sociales. Sólo la llegada, días después, de don José Meléndez Bruma, comisionado de la Junta de Sevilla, para solicitar el reconocimiento de la misma por los venezolanos, logró levantar el ánimo de los españoles y el Capitán General Casas declaró entonces que restablecida en Sevilla la autoridad legítima de España, sobraba la Junta propuesta por el Cabildo; además,

ordenó abrir la correspondiente investigación contra los "traidores a España y a la Monarquía".

Este anuncio produjo desconcierto general entre el elemento criollo y muchos de los comprometidos en la revuelta se apresuraron, para sincerarse ante las autoridades, a denunciar el recibo de cartas de Miranda, en las cuales les recomendaba trabajar por la constitución de una Junta en Caracas y el envío de sus representantes ante el Gobierno británico. En una de tales cartas, dirigida al Marqués de Toro, decía Miranda: "En esta suposición, suplico a V. S. muy de veras que reuniéndose en un Cuerpo Municipal representativo, tomen a su cargo el Gobierno de esa provincia, y que enviando sin dilación a esta capital (Londres) personas autorizadas y capaces de manejar asuntos de tanta entidad, veamos con este Gobierno lo que convenga hacerse para la seguridad y suerte futura del Nuevo Mundo."

¿Cuál era, entretanto, la vida de Simón Bolívar? Al regresar de Europa, encontró que los hombres más destacados del elemento criollo desconfiaban de su impetuosidad y de la falta de tacto que generalmente le atribuían. Su fama de calavera, como fácilmente pudo comprobarlo entonces, había creado una barrera entre los viejos patricios y el entusiasta joven, cuya exuberancia verbal les atemorizaba. En el fondo de esta oposición existía, además de la mencionada desconfianza, el antagonismo entre las dos generaciones que en los próximos años iban a disputarse el mando de la revolución en el magno escenario de la guerra americana. Porque terminada la época heroica de la conquista, las grandes individualidades habían desaparecido del Nuevo Mundo y el intrigante que ascendía por no decir lo que pensaba, se había apoderado de los organismos burocráticos, no tanto de aquellos que España destinaba a los peninsulares, como de los que estaban al alcance de los americanos. Una especie de hermandad de la intriga imperaba en las Colonias y quien no acataba sus dictados estaba condenado a la proscripción. En esa atmósfera viciada, las almas fuertes, los caracteres francos, se veían perseguidos sistemáticamente por los centenares de seres mediocres que habían aprendido a subir claudicando y se compactaban cuando un hombre recio, alegre vitalmente, intentaba llegar por virtud de su propia energía humana donde otros lo habían hecho por su capacidad para demostrar que no tenían ninguna. Cuando en 1810 estallaron los primeros movimientos revolucionarios, fue precisamente esta clase de gentes la que tomó el poder y llevó a la dirección del movimiento su peculiar tono espiritual. Las "Patrias Bobas" de la Nueva Granada y Venezuela fueron obras de este espíritu inclinado a evadir las grandes decisiones y el resultado del predominio de hombres cuyas persona-

lidades habían navegado demasiado tiempo en la delectérea senda de las claudicaciones propias del mundillo colonial.

Desde aquellos días Bolívar siente la resistencia de esa atmósfera hostil y ve crecer a su alrededor rencores y envidias que, a la manera de enredaderas venenosas, se atraviesan en la senda de su vida para impedirle ascender. Sabe entonces que personas a quienes jamás había ofendido, amigos de ayer y conocidos de siempre, conspiran contra él en la sombra, le detractan o calumnian y explotando su alegre vida de juventud, se valen de ella para presentarlo como un individuo licencioso, al cual no parece prudente confiarle cargos de responsabilidad. Por ello, entre amargado y disgustado, se retira a su hacienda de San Mateo a dirigir personalmente los trabajos ordenados para el mejoramiento de las plantaciones.



La buena posición que transitoriamente había alcanzado el partido español por la oportuna llegada del representante de la Junta de Sevilla, se malogró al saberse en Caracas —el 17 de abril—, que toda la provincia andaluza había sido ocupada por las fuerzas napoleónicas y la Junta se había visto obligada a disolverse. De nuevo surgía en América el problema de si el derrumbamiento de la Autoridad en la Península permitía la constitución de Juntas Soberanas, como lo querían los criollos, quienes al saber esta noticia tan favorable a sus propósitos, maniobraron rápidamente por conducto del Alcalde de Caracas, don José de las Llamosas, para obtener la convocatoria del Ayuntamiento el día 19, con el propósito de pedir desde él la definitiva constitución de la Junta.

Con la mira de hacerle ambiente a este paso revolucionario, la noche anterior a la fecha fijada para la reunión del Cabildo, los más exaltados cabecillas del movimiento, Dionisio Sojo, Mariano y Tomás Montilla, Manuel Díaz Casado, José Féliz Rivas, Nicolás Anzola, Martín Tovar y muchos otros, se reunieron en casa de José Angel Alamo y allí acordaron salir inmediatamente a los distintos barrios de la ciudad para procurar, así fuera derrochando dinero, que un público numeroso y favorable a sus propósitos asistiera a la reunión del Ayuntamiento.

El día 19 por la mañana, cuando Emparán se dirigió a las Casas Consistoriales para instalar el Cabildo, encontró el recinto rodeado de una concurrencia heterogénea, en la cual no le fue difícil percibir marcada hostilidad. Dándose cuenta de que le esperaba una seria batalla, se armó de toda la serenidad posible y entró en el salón dispuesto a obtener el reconocimiento del Consejo de Regencia, constituido por la Junta de Sevilla antes de disolverse. Pero muy pronto

pudo advertir Emparán que el Ayuntamiento estaba unánimemente contra él. Cambió entonces de táctica y para ganar tiempo declaró que en su carácter de Capitán General no se oponía decididamente a la constitución de una Junta en Caracas, pero creía necesario, para dar un paso tan grave, esperar el concepto de los comisionados de la Regencia. Luégo, poniéndose en pie, levantó la sesión.

Todo indicaba que, gracias a la habilidad de Emparán, las cosas iban a terminar ahí; pero cuando el Capitán General se encaminó a la Catedral, donde iban a comenzar los oficios del Jueves Santo, Francisco Salias, uno de los conjurados, se adelantó y tomándole del brazo le ordenó con insolencia regresar al recinto, sin que el jefe de la guardia, complicado en el movimiento, hiciera nada para impedir el atropello. Al verse abandonado por las tropas y en medio de gentes que le miraban con hostilidad, volvió sobre sus pasos y al entrar de nuevo en el salón del Cabildo encontró un espectáculo que aumentó su alarma: allí no estaban reunidos únicamente los miembros del Ayuntamiento, pues cinco personas extrañas aumentaban el número de los asistentes: el canónigo José Cortés de Madariaga y el presbítero Francisco José de Ribas, representantes del clero; los doctores Juan Germán Roscio y José Félix Sosa, quienes se titulaban delegatarios del pueblo; y José Félix Ribas, personero de los "pardos". La Junta Suprema, en la forma ambicionada por los criollos estaba integrada, esperándolo en un silencio cuya solemnidad presagiaba las peores tormentas.

Juan Germán Roscio propuso entonces la constitución oficial de la Junta y la Presidencia de la misma para Emparán; y no atreviéndose a romper totalmente con la tradición del gobierno colonial, dio por sentado que la Real Audiencia, órgano político del partido español, continuaría en el natural ejercicio de sus funciones. Esto era la revolución, pero una revolución respetuosa de los intereses y posiciones de aquéllos contra quienes se realizaba; una revolución tímida y vacilante, que allí mismo la demagogia de un hombre arrebatado e impulsivo iba a derribar.

No bien hubo terminado Roscio, la voz fuerte y agresiva del canónigo Cortés de Madariaga demandó el uso de la palabra. "Era —dice de él José Domingo Díaz— uno de aquellos hombres a quienes la naturaleza ha formado para la rebelión." El desconcertado Emparán fue en esta ocasión el blanco de su agresiva elocuencia. Lo acusó de pérfido, dijo a la Junta que se sentía en el deber de alertarla contra las intrigas y engaños del Capitán General y terminó pidiendo se le privara de toda autoridad. Indignado Emparán, respondió que si no deseaban su Gobierno él estaba dispuesto a irse inmediatamente y con gesto que no se sabe si era de audacia o de desconcierto,

se asomó al balcón y preguntó al público reunido en las afueras del recinto si estaba contento con su mando.

En ese momento Cortés de Madarriaga, poco seguro de la fidelidad de los concurrentes al movimiento revolucionario, hizo señas a algunos de los compatriotas y éstos comenzaron a gritar: ¡No! ¡No! ¡No! Se formó entonces un tumulto que Emparán consideró como la solicitud de su renuncia. "Pues yo tampoco quiero seguir mandando", exclamó con amargura y se retiró del recinto, entregando a los revolucionarios, en esta forma por demás caprichosa y melancólica, la autoridad de los Reyes de España que él representaba en Venezuela.

Al salir Emparán se constituyó la Junta de Gobierno y entró inmediatamente a actuar con el carácter de suprema autoridad de la Capitanía. En tal calidad recibió la dimisión de las antiguas autoridades y aprobó cuantiosos viáticos para el viaje de Emparán a España: "Suprimió —dice Gil Fortoul— el derecho de alcabala sobre los comestibles y objetos de primera necesidad; extinguió el impuesto de exportación; dio libre entrada a varios productos de manufactura extranjera para proteger el beneficio de los frutos del país, declaró que los indios quedaban exentos de todo tributo y prohibió el tráfico de esclavos." Además, temerosa de la reacción del Gobierno peninsular por su actitud subversiva, acordó enviar delegados suyos a los Estados Unidos y a Inglaterra, para obtener su protección contra España.

La revolución, en su primera etapa, fué, pues, un movimiento urbano, circunscrito a las ciudades donde la casta mantuana tenía mayor influencia y poder. El resto de Venezuela, el campo, las sierras, los llanos inmensos, permanecieron silenciosos e indiferentes ante esta llamada a la rebelión. ¿Qué significa ese silencio? ¿Qué se estaba incubando en él? De la profundidad de los llanos no tardaría en salir la dramática respuesta.

Como en las cajas había poco dinero y mucho iba a necesitar un Gobierno que comenzaba sus funciones aboliendo sus rentas más importantes, la Junta se vio en la necesidad de solicitar, para equipar las tropas y costear las misiones al exterior, el apoyo de las fortunas particulares. Simón Bolívar comprendió entonces que la penuria del gobierno podía proporcionarle la oportunidad esperada para obtener una posición importante en el movimiento revolucionario y propuso a la Junta sufragar con sus propios bienes los gastos de la misión a Londres, siempre que se le diera la Presidencia de la misma. En tal virtud, y a pesar de la oposición que encontró su nombre en los círculos oficiales, fué nombrado jefe de la Delegación ante el Gobierno de Su Majestad Británica, de la cual debían formar parte don Luis López Méndez y don Andrés Bello. Por idéntica razón

su hermano Juan Vicente fué designado para adelantar parecidas gestiones ante el Gobierno de los Estados Unidos.



Si en el ánimo de todos los políticos del nuevo Gobierno de Venezuela, su nombramiento no tuvo otra justificación que la cuantía de sus bienes, para Bolívar significó la conquista de una posición de importancia desde la cual no tardaría, según su creencia, en demostrarles cuán equivocados estaban en sus apresurados juicios sobre él. Animado por estos sentimientos, preparó su viaje y acompañado de don Luis López Méndez y de Bello, a principios de junio se embarcó en el buque de guerra "General Wellinton", que las autoridades inglesas de La Barbada pusieron a disposición de los comisionados del gobierno venezolano.

Otro menos audaz y seguro de sí mismo se hubiera intimidado ante las responsabilidades que comenzaba a asumir, pero con la energía de su temperamento y el optimismo de sus 28 años, Bolívar miraba entonces alegremente el porvenir. Todo, sin embargo, era problemático en la senda que había comenzado a transitar. Se dirigía a un país cuya lengua le era desconocida; sus credenciales eran las de un gobierno no reconocido y sus compañeros, dos hombres que se sentían superiores a él; López Méndez juzgaba con cierta protectora benevolencia la superioridad jerárquica de Bolívar, y Bello no podía disimular su resentimiento por verse obligado a militar a órdenes de su antiguo discípulo. Y las dificultades no terminaban ahí: Bolívar sabía que el Gobierno no le había dado ni le daba la importancia correspondiente a su calidad de Jefe de la misión. Teóricamente le había asignado tal categoría, pero en realidad todo había sido confiado a López Méndez, en quien los miembros de la Junta tenían plena confianza. Puede decirse que Bolívar salió de Venezuela casi ajeno a las verdaderas intenciones del Gobierno al cual debía representar; se le entregó a última hora un pliego de instrucciones, redactadas en forma de respuestas a las preguntas que podían formularle los funcionarios británicos, para circunscribir dentro de los límites más estrechos sus propias iniciativas. Prueba inequívoca de la poca fe que los gobernantes de Venezuela tenían en las capacidades de su plenipotenciario.

Esto explica, en parte, por qué Bolívar no se consideró nunca continuador de la política contemporanizadora del Gobierno de Caracas. Dominado por el entusiasmo de sentirse en ejercicio de una misión diplomática ante la primera potencia de su tiempo, prefirió acometer algo grande y ruidoso a someterse pasivamente a sus instrucciones, que sólo le facultaban para solicitar de Inglaterra las gestiones con-

ducentes a que el Gobierno de Madrid no considerara subversivo el acto consumado en Caracas el 19 de abril. Imbuído por esta preocupación, parece que ni siquiera se tomó el trabajo de estudiar las instrucciones.

El 10 de julio de 1809 el barco tocó en Portsmouth y allí funcionarios del Foreing Office les presentaron su saludo; después de recibir sus pasaportes, se encaminaron a Londres, donde se les instaló en el Morin's Hotel. Aunque Bolívar llegó a la capital del Imperio en una época en que tanto el tiempo como el colorido de los maravillosos prados de sus parques la embellecían extraordinariamente, la primera visión de la gran ciudad en forma alguna despertó su entusiasmo. Su temperamento exaltado y su nerviosidad encajaron poco en el ambiente ordenado y parsimonioso de la capital británica. La forma como se proponía realizar su misión le absorbió por completo y meditando en ella esperó con ansiedad la audiencia solicitada al Secretario de Relaciones Exteriores, Marqués de Wellesley, por conducto de su sobrino Ricardo, encargado de atender en los primeros momentos a los diputados del gobierno de Venezuela.

Esa respuesta no tardó en llegar; la audiencia les fué concedida para el día 17, no en el Foreing Office, como Bolívar lo esperaba y como parecía natural, sino en la residencia privada de Wellesley en Apley. Un poco disgustado por el significativo detalle, pero muy seguro de modificar en la primera entrevista esta equívoca situación, Bolívar se presentó a Apley House en la fecha fijada, acompañado de don Luis López Méndez y de Bello. Don Miguel Luis Amunátegui describe la célebre entrevista, según la oyó relatar al propio don Andrés Bello: "Tan luego como estuvieron en presencia del Ministro Británico —dice—, Bolívar, poco experto en los usos de la diplomacia, cometió la ligereza de entregar al Marqués tanto las credenciales como el pliego que contenía las instrucciones. Valiéndose en seguida de la lengua francesa, que hablaba con la mayor perfección, le dirigió un elocuente discurso, desahogo sincero de las pasiones fogosas que le animaban contra la Metrópoli, y expresó deseos y esperanzas de una independencia absoluta.

"Wellesley escuchó a Bolívar con la atención fría y ceremoniosa de los diplomáticos; pero cuando el impetuoso criollo hubo concluído, le observó que las ideas expuestas por él se hallaban en contradicción con los documentos que acababa de entregarle.

"En efecto, las credenciales aparecían conferidas por una Junta que regía en Venezuela en nombre de Fernando VII y para conservar los derechos de éste; y las instrucciones, que Bolívar había pasado atolondradamente al Ministro inglés, ordenaban del modo más categórico a los negociadores, no que trataran de independencia,

sino que solicitaran la mediación de la Gran Bretaña para impedir cualquier rompimiento con el gobierno peninsular.

"Simón Bolívar no tuvo nada que responder a tan contundente objeción. El contenido de los documentos que acreditaban su misión era realmente tal cual su interlocutor se lo relataba.

"Sin embargo, y por más extraño que pareciera, Bolívar lo sabía entonces por primera vez, pues hasta aquel momento no se había tomado el trabajo de recorrer, ni aun a la ligera, los dichos papeles...

"Después de la observación de Wellesley, Bolívar tuvo que abandonar, a lo menos con carácter oficial, la pretensión de que el Gobierno inglés auxiliase la independencia de Venezuela; y aceptar que continuase la discusión con arreglo a las instrucciones."

De esta entrevista, muy humillante para Bolívar, salió convencido de que la Gran Bretaña no abandonaría sus intentos de mediación entre España y las Colonias. Invadida la Península por las tropas francesas y necesitada Inglaterra de aliados en el Continente para luchar contra Napoleón, su política de acercamiento al Nuevo Mundo se había circunscrito al tratado celebrado entre el Ministro Canning y don Juan Ruiz de Apocada el 14 de enero de 1809, mediante el cual Inglaterra se comprometía a ayudar militarmente a España a cambio de que ella facilitara el comercio inglés en sus colonias y firmara lo más pronto posible un convenio en tal sentido. La llegada de los representantes del Gobierno venezolano iba a proporcionar una oportunidad magnífica a los ingleses para presionar al Gobierno español a celebrar ese convenio, bajo la amenaza de reconocer, en caso contrario, la libertad de las colonias. Por eso, mientras en Londres se mantenían las conversaciones con los diputados de Venezuela, Wellesley se dirigía en los siguientes términos al Embajador británico en Cádiz: "Los servicios que Su Majestad ha podido prestar a España hasta ahora no tienen otros límites que los recursos del reino. Pero es evidente que cesará todo apoyo si no se nos proporcionan recursos adicionales. Esos recursos consistirán, sobre todo, en abrir a los súbditos de S. M. los grandes ramos de comercio con las colonias de España. Hacedlo entender así en los términos más claros... Los diputados de Caracas acaban de llegar a Londres... Y yo no dejo de alimentar la esperanza de que este acontecimiento contribuirá al resultado que perseguimos."

Tal era el curso de los acontecimientos cuando Bolívar y sus compañeros recibieron el anuncio de una visita esperada por el primero con secreto entusiasmo: la de Francisco Miranda.

Desde que los sueños de gloria se apoderaron del espíritu del joven caraqueño, la figura de Miranda, con su aureola de leyenda, se convirtió en el mejor estímulo para sus aspiraciones. Ocurrió así,

porque en Caracas, y a pesar de la general hostilidad que se profesaba a Miranda, fué imposible ocultar la resonancia de sus extraordinarias aventuras; su brillante carrera militar en España, los Estados Unidos y Francia; sus intrigas internacionales, que despertaron la curiosidad de los diplomáticos europeos y le ganaron el sobrenombre de "Príncipe de los Conspiradores". Todo ello ejerció tremenda fascinación sobre los jóvenes criollos y les impulsó, en sus viajes a Europa, a iniciarse en el misterio de las Logias organizadas por Miranda en Cádiz, Madrid y Londres y a pronunciar en ellas el célebre juramento: "Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria sino al que sea elegido por libre y espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al Gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tus alcances, a que los pueblos se decidan por él."

El acercamiento de estos dos singulares personajes, a quienes la historia llamaría el Precursor y el Libertador, estaba destinado a hacer resaltar, a través de dos tipos humanos excepcionales, las dos tendencias que entonces parecían simbolizar los profundos impulsos de un Continente que comenzaba a revelar su personalidad. Miranda era el hombre ya maduro, en cuyo espíritu las experiencias de una vida rica en toda clase de convulsiones, habían enfriado un tanto la fuerza de esa voluntad que en otras épocas hizo posibles heroicas empresas: Bolívar, en cambio, era el joven audaz, inexperto, y cuya voluntad tendía, sin obstáculos, hacia sus ilusiones que, en el crisol de su imaginación, le abrían continuamente nuevos mundos de gloria. Miranda era alto, de apostura majestuosas, de rostro cansado y mirada triste; Bolívar, más bien pequeño, nervioso, de líneas afirmativas y mirada penetrante; Miranda no tenía las ignorancias que labran los caminos del error, pero tampoco la fe que realiza lo imposible; en la energía presuntuosa de Bolívar estaban las semillas de todas las equivocaciones pero también las fuerzas volcánicas que engendran las victorias decisivas. Para Miranda los laureles del éxito eran ya un peso sobre sus sienes medio cubiertas por los cabellos canos; para Bolívar un estímulo que despertaba las mejores energías de su personalidad. Miranda empezaba a vivir de los encantos de su pasado y Bolívar sólo pensaba en el porvenir; después de su existencia agitada y magnífica, las actividades de Miranda eran como las espumas del oleaje de su vida al correr sobre las playas del descanso y los actos de Bolívar se semejaban a un remolino informe, en el cual se estaban generando las fuerzas que desatarían la tormenta revolucionaria. Las ilusiones y proyectos de Miranda parecía agonizar en el terreno estéril de su cansancio y las de Bolívar florecían exuberantes en la tierra fecunda de su alma optimista y tropical.

Cuando los dos se encontraron en el lujoso apartamento de Morin's Hotel, a Miranda la nerviosidad de Bolívar y el optimismo de sus ideas, le sonaron como nota falsa en su alma ya llena de silencios, al tiempo que el prestigio del glorioso aventurero ahogaba rápidamente en Bolívar la primera impresión de desconcierto que le produjo el advertir en su ídolo fatales huellas del excepticismo. Miranda miró al joven con indiferencia y si se acercó a él lo hizo simplemente por utilizar la misión venezolana; en cambio, Bolívar, orgulloso de creer que contaba con la amistad de su héroe, se esforzó por hacerse digno de ella y desde ese momento sus actividades estuvieron inspiradas por la preocupación de no desmerecer nunca en su opinión.

Aunque las circunstancias que caracterizaron su primera entrevista con Wellesley hirieron profundamente su orgullo, con el mismo ardor empleado ante el Marqués, Bolívar se dedicó a convencer a Miranda de que en América todo estaba maduro para la rebelión y sólo faltaba un caudillo prestigioso para dar el primer grito de independencia. Este, sin embargo, mantuvo ante Bolívar su escepticismo demostrándole brillantemente que América no quería la libertad; que las clases populares, como él había tenido oportunidad de comprobarlo, eran afectas a España, y sólo en el estrecho círculo de una pequeña oligarquía de ricos hacendados descontentos existían propósitos revolucionarios; que por ello nada era tan importante como obtener la "protección" del gobierno inglés. Obedeciendo a sus consejos, Bolívar continuó adelantando activamente sus gestiones diplomáticas ante el Foreing Office, en el cual tenían toda clase de consideraciones los representantes venezolanos. Esta actitud de complacencia del gobierno británico, obligó al Embajador de España a protestar por la manera insólita como se atendía a los representantes de "los facciosos de Venezuela", como los llamaba.

Deseoso Wellesley de conservar para Inglaterra su posición de mediadoras entre España y las colonias y de mantener inalterables sus relaciones con el Consejo de Regencia, invitó entonces al Embajador Ruiz de Apocada y a los diputados venezolanos a una reunión informal para considerar las diferencias que distanciaban a las dos partes y con los buenos oficios del Gobierno de Su Majestad llegar a un acuerdo que permitiera unir los esfuerzos del Nuevo Mundo a la guerra contra el enemigo común: Bonaparte. A esta reunión se negó a concurrir a última hora el Embajador español, quien se dirigió por escrito a Wellesley informándole que aceptaba la propuesta de mediación inglesa con la expresa condición de que si en un término corto y previamente fijado no se llegaba a un acuerdo definitivo. Inglaterra uniría sus esfuerzos diplomáticos y militares a los

del gobierno español para debelar la rebelión de Venezuela. Tal intransigencia obligó a Bolívar a adoptar conducta semejante, a manifestar al Ministro británico que Venezuela aceptaba la mediación del Gobierno de Su Majestad, si ella no entrañaba el reconocimiento del Consejo de Regencia, sobre cuya legitimidad los venezolanos tenían serias objeciones.

Estas posiciones extremas hicieron fracasar las gestiones de mediación, porque Inglaterra, no obstante su interés por mantener contentos a los venezolanos, no podía aceptar el desconocimiento del Consejo de Regencia, que dirigía en estos momentos los esfuerzos del pueblo español frente al invasor francés. Por eso el 30 de agosto Bolívar y sus compañeros dieron por terminada su tarea sin haber logrado resultados apreciables.

Bolívar sigue entonces los pasos de Miranda en busca de nuevos medios para obtener las gestiones del Gobierno Británico en favor de la causa de América. Conjuntamente inician una campaña de prensa destinada a crear en Londres corrientes de opinión favorables a la intervención inglesa en las colonias españolas. El 5 de septiembre, por ejemplo, aparece en el "Morning Cronicle" el siguiente suelto, claramente inspirado por Miranda: "¿Cómo podrá la Gran Bretaña renunciar a los privilegios que, según se nos asegura, le han sido otorgados por Venezuela? ¿Cómo no ve que los recursos mismos de su alianza se emplean contra ella?... El día, próximo ya, en que los venezolanos se persuadan de que su moderación, el escrupuloso mantenimiento de sus relaciones pacíficas con la Metrópoli, y, finalmente, sus sacrificios pecuniarios, no les ha valido ni el respeto ni la gratitud a que tenían derecho, enarbolaran de un modo resuelto el estandarte de la Independencia y declararan la guerra a España."

Pero en esos momentos existía para los ingleses un hecho más fuerte que las posibles ventajas ofrecidas por Venezuela: la necesidad de derrotar a Napoleón. Y como España era el campo decisivo de operaciones, mal podían tomar actitudes susceptibles de amenazar seriamente su amistad con ella. Una cosa era actuar como mediadores, para obtener ventajas comerciales en Ultramar, y otra muy distinta asumir actitudes en favor de la independencia de las colonias, como lo deseaban Miranda y Bolívar, pues ellas sólo podía conducir a España a entregarse a Bonaparte.

Este nuevo fracaso debilitó el propósito de Miranda de no aceptar la invitación de Bolívar a regresar a América; en consecuencia, acordaron que el joven saldría primero en la goleta "Saphir", puesta por el Gobierno británico a disposición de los diputados de Venezuela, y Miranda le seguiría después, resuelto a jugárselo todo en la audaz empresa.

Capítulo VIII

DOS EDADES DE LA REVOLUCION

> "Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, con el carácter de las circunstancias de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos, él debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes ni constituciones, interim no se restablecen la felicidad y la paz."
>
> SIMON BOLIVAR

Miranda en Caracas.—Bolívar impugna los derechos de Fernando VII.—El Congreso y la Sociedad Patriótica.—El Acta de independencia.—Reacción realista e insurrección de los negros.—El terremoto de Caracas.—Miranda Generalísimo.—Las audacias de Monteverde y las vacilaciones de Miranda.—Dialécticos por jefes y sofistas por soldados.—Desacuerdos entre Bolívar y Miranda.—De la admiración al odio.—Capitulación de la República.—El duelo final.

Cuando a mediados de noviembre de 1810 Bolívar llegó a Caracas, los hombres más influyentes en los círculos gubernamentales del nuevo Estado venezolano, visiblemente cambiaron de actitud frente a él, porque la sombra de Miranda, cuyo regreso él anunciaba, constituía égida para el joven revolucionario. La forma estrecha como aparecía vinculado a ese regreso y la influencia que se le atribuía

sobre el ánimo de Miranda, tornaron más amables a sus antiguos oponentes, quienes trataron de congraciarse con quien figuraba como su representante y hombre de confianza.

Conocedor como pocos de las resistencias que tenía Miranda en el Gobierno, Bolívar no quiso confiar totalmente el problema de su admisión en Venezuela a la voluntaria aprobación de la Junta, sino procuró crear corrientes de opinión pública favorables a ella, utilizando una agrupación llamada "Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía", en la que inició, en defensa de su empeño, su carrera de prodigioso demagogo y gran dominador de multitudes. Esta sociedad, creada en agosto de 1810 para estudiar los grandes problemas de la República venezolana, en los primeros meses de su fundación estuvo integrada por un reducido número de prestantes personalidades de la casta mantuana, pero con el tiempo fue creciendo por la admisión de nuevos miembros de otras clases de la sociedad, hasta llegar a convertirse en un centro de gran actividad política, donde hallaban campo las más extremas tendencias y los jóvenes revolucionarios, como Bolívar, excluídos de los círculos del gobierno, tenían una tribuna para expresar sus sentimientos en pro de la independencia americana. El tono candente de los debates en la Sociedad Patriótica, bien puede apreciarse en el discurso pronunciado allí por Juan Vicente González, para contestar a los argumentos de quienes opinaban que la independencia acarrearía la anarquía: "¡La anarquía! Esa es la Libertad cuando para huír de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera ondosa. ¡La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la Desconfianza y el Pavor, la maldicen, yo caigo de rodillas en su presencia. Señores: que la Anarquía, con la antorcha de las furias en la mano, nos guíe al Congreso para que su humo embriague a los facciosos del Orden y la sigan por calles y plazas, gritando ¡Libertad!"

Allí llevó Bolívar los problemas suscitados por el regreso de Miranda a Venezuela. Admirador sincero de la personalidad de su defendido, habló con brillo y emoción de sus méritos, de su historia gloriosa, de todo lo que la causa de América le debía y sin reserva hizo resaltar sus victorias internacionales y sus éxitos militares. De esta manera contribuyó a crear un criterio popular favorable a ese regreso, que la Junta no se atrevió a contrariar de manera franca. Por eso la carta de solicitud de Miranda recibió respuesta afirmativa aunque no entusiasta y la Visa necesaria para entrar en Venezuela le fué concedida.

No tardaron, sin embargo, en ponerse de relieve las causas que habrían de aumentar su distanciamiento de la casta mantuana y justificar la desconfianza de quienes se sentían intranquilos por su

posible participación en la política del naciente Estado venezolano. "Un isleño que le recibió en La Guaira y le acompañó hasta Caracas —dice Roscio— notó que Miranda hablaba mal de los Estados Unidos de Norteamérica y en el tránsito de La Venta y de otros puntos, que exigían mejoras y reparos, se jactaba de que él todo lo compondría, **como si ya tuviese en la mano el timón de la nueva República de Venezuela.** Muchos también le notaron que a ninguno de los brindis que recibía en los banquetes, jamás contestó una palabra ni correspondió con la copa. **Oía y pasaba todos los brindis con mucha satisfacción, como si todos fuesen inferiores a su mérito.** Aquellas expresiones que en semejantes casos dictan la buena educación, la modestia y la desencia, nunca salieron de su boca." El amigo de los ministros ingleses y el militar prestigioso de los ejércitos de la Francia revolucionaria, se sentía muy por encima de los modestos criollos venezolanos y su actitud frente a ellos era de una insolente superioridad, que causó pésima impresión entre sus compatriotas.



La verdadera batalla entre partidarios y enemigos de la independencia debía librarse en el primer Congreso venezolano, reunido el 2 de marzo de 1811, con representantes de las provincias de Cumaná, Barcelona, Mérida, Trujillo, Margarita y Caracas. En él obtuvo Miranda a última hora una curul por la provincia de Barcelona. Las sesiones comenzaron dentro de un ambiente caldeado por el choque de las pasiones políticas, porque privados los partidos de Fernando VII de sus mejores argumentos, en virtud de la actitud asumida por la Regencia —que al conocer la constitución de la Junta de Gobierno en Caracas declaró en estado de rebeldía a Venezuela—, iniciaron el debate pronosticando que el país se precipitaría a la disolución social si se declaraba inmediatamente la Independencia.

El éxito alcanzado por tales argumentos desde un principio, convenció a Bolívar de que sólo una poderosa presión de la opinión pública, de esa opinión bullanguera y deliberante que asistía a las sesiones de la Sociedad Patriótica, podía romper el peligroso equilibrio de fuerzas formado en el Congreso, en cuya desesperante estabilidad se hallaba a punto de naufragar, según lo creía, el movimiento en pro de la emancipación venezolana. La noche del 13 de julio, se presentó a la Sociedad Patriótica dominado todavía por la contrariedad que le causaron los incidentes de la sesión de esa tarde en el Congreso, en la cual no se pudo llegar a ninguna solución favorable, y, en cambio, se formularon acerbas críticas a la Sociedad Patriótica, acusándola de aspirar a convertirse abusivamente en segundo Congreso.

Embriagado por su propia exaltación revolucionaria, se puso en pie en medio del tumulto que caracterizaba esa noche el debate en la Sociedal Patriótica y con voz firme demandó la palabra. Bolívar contaba entonces 28 años; su antigua nerviosidad era ahora exaltación; en su rostro se habían hecho más definidas las líneas afirmativas que indicaban las tendencias de su carácter; sus ojos negros y profundos tenían una lumbre difícil de resistir, y sobre su frente, en la cual habían comenzado a marcarse las líneas que después la atravesarían de surcos profundos, se levantaba rebelde su cabello negro. "No es que haya dos congresos —dijo con voz sonora que dominó los murmullos del salón—. ¿Cómo fomentarán el cisma los que más conocen la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad. **Unirnos para reposar y dormir en los brazos de la apatía, ayer fué mengua, hoy es traición.**"

Estas frases, en las que se mezclaban el acento conviccente con la llama de la pasión íntima, lograron instantáneamente atraer la atención de la concurrencia hacia Bolívar, a quien en ese recinto se oía siempre con gusto, porque sabía excitar sabiamente las pasiones populares: "Se discute en el Congreso Nacional —continuó— lo que debiera estar decidido. Y ¿qué dicen? Que debemos comenzar por una Confederación. ¡Como si todos no estuviéramos confederados contra la tiranía extranjera! ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos, o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. Que los grandes proyectos deben prepararse con calma. **¿Trescientos años de calma no bastan? ¿Se quieren otros trescientos todavía?**"

Una clamorosa ovación fue la respuesta a estas interrogaciones lanzadas en aquel recinto en cuya atmósfera, cargada de electricidad, se estaban engendrando las fuerzas desencadenadas de la tormenta revolucionaria. Bolívar sintió que el auditorio estaba dominado y sin vacilar, se adelantó a proponer una decisión que tendría importancia superior a la que él mismo imaginaba: "La Sociedad Patriótica respeta como debe —dijo—, al Congreso de la Nación; pero el Congreso debe oír a la Sociedad Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. **Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana.** Vacilar es sucumbir. Propongo que una comisión del seno de este cuerpo lleve al soberano Congreso estos sentimientos."

La propuesta de Bolívar fué acogida con entusiasmo y la Sociedad Patriótica acordó remitir al Congreso una exposición en tal sentido. Entregada ésta, el Congreso pidió su concepto al Poder Ejecutivo y al recibirlo favorable el 4 de julio, después de encendido debate sobre

las facultades de sus miembros para hacer la declaración de independencia, ella se efectuó el 7 de julio de 1811 en Acta famosa, redactada por Roscio e Isnardi.



Cuando en los debates del Congreso la tesis de la Independencia estaba próxima a su triunfo, Roscio formuló esta profunda observación: "Podría dudarse por los políticos —dijo— si Venezuela tiene la estatura necesaria y las fuerzas suficientes para el rango que va a ocupar; pues, aun cuando en Europa hay soberanías de menos población y extensión que la nuéstra, creo que no debe ser el mismo cálculo estadístico con respecto a América." Muy especialmente Miranda combatió entonces esta duda, afirmando que los Estados Unidos tenían menos de tres millones de habitantes cuando se declararon independiente y sin embargo la libertad les había conducido, con paso acelerado, por la senda del progreso. Tal fué el criterio adoptado; de ahí que promulgada la independencia todos se prepararan a asistir al crecimiento —en la Costa Firme—, de un Estado fuerte y poderoso, como el de los Estados Unidos de Norte América.

Pero una serie de acontecimientos no tardaron en dejar en el ánimo de los más perspicaces, profunda duda sobre sus precipitadas ilusiones. No bien se inició la discusión en el Congreso, de la Constitución Política para el nuevo Estado, el cuerpo social que durante 300 años había formado una unidad con el nombre de Capitanía General de Venezuela, empezó a dispersarse; cada una de las ciudades importantes se empeñó en constituir un Estado independiente y los antiguos odios o rivalidades que existían entre esas ciudades y Caracas se levantaron con terrible violencia, demandando imperativamente una Carta Federal que diera a cada una de las ciudades y provincias principales total independencia y soberanía.

Y nada pudo entonces contener la tendencia federalista. Miranda en el Congreso y Bolívar en la Sociedad Patriótica realizaron inútiles esfuerzos por combatirla, pero los males futuros por ellos profetizados, no alcanzaron a contrarrestar las esperanzas de inmediatas ganancias que la federación permitía esperar a quienes estaban en posibilidad de usufructuarla. El calificativo de "caraqueño" se le lanzo muchas veces a Bolívar como un insulto y a Miranda se le denominó "extranjero" y hasta se llegó a acusarle de estar vendido a Inglaterra. El 21 de diciembre de 1811, el Congreso sancionó una Constitución según la cual, "cada provincia —como diría Bolívar— se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aque-

llas y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode".

Colocado en la posición de obligado espectador de una catástrofe que veía avanzar, Bolívar sufría entonces la tortura de adivinarse impotente ante una situación que, según le indicaban sus seguros instintos, sólo podía dominarse actuando con rapidez y sin vacilaciones. De acuerdo con Miranda, desde la Sociedad Patriótica describía los peligros del federalismo, demandaba rigor contra los conspiradores y pena de muerte para los realistas que preparaban la contra-revolución en Coro y Maracaibo. Con exaltada elocuencia declaraba que Venezuela sólo podría salvarse si se adelantaba a destruír a sus enemigos antes de que ellos fueran más fuertes. Audacia, prontitud y energía implacables, eran las virtudes exigidas por él a los hombres encargados de la ponderosa responsabilidad de gobernar.

Estas ideas no encontraron entonces el apoyo que él hubiera ambicionado: la juventud de quien la proclamaba era una razón para creerlas ligeras más que una garantía de su acierto. Sólo jóvenes exaltados como él, adivinaron tras de estas frases, cuya elocuencia a tantos encantaba pero a tan pocos convencía, la tremenda energía que en el futuro sacaría a la República de las ruinas a que ahora la precipitaban la indecisión de quienes gobernaban a Venezuela a título de prudentes.

Por desgracia para el joven caraqueño, en el ámbito de este desacuerdo se revelaron también las desaveniencias que no tardarían en distanciarlo de Miranda. Porque ante la catástrofe que ambos presentían cercana, Bolívar reaccionaba lanzándose con entusiasmo a la lucha, buscando un camino que le permitiera poner su energía y su juventud al servicio de la República y Miranda, dominado por sombrío pesimismo, sólo captaba con lucidez la desorganización del gobierno, la indisciplina de las fuerzas armadas, la falta de conocimientos técnicos en los oficiales del ejército y allá en el fondo de su alma se arrepentía de haber dejado a Londres para ponerse al frente de esta revolución, que a quien había conocido la Francia jacobina y la Francia napoleónica, no podía menos de parecerle ridícula mascarada.

El principio de ese distanciamiento se puso de relieve cuando en la ciudad de Valencia estalló un motín contra el gobierno republicano, en el cual los negros y los pardos, aliados con los españoles y a los gritos de ¡Viva Fernando VII!, ¡Viva la Religión Católica! ¡Muera la Independencia! se pronunciaron contra los blancos mantuanos de Caracas y el Gobierno de la República. Enviado entonces el Marqués de Toro —hombre símbolo de la vieja generación en cuyas manos se estaba perdiendo la República—, a reconquistar la ciudad, en el sitio

de La Cabrera sufrió aparatosa derrota, que obligó al alarmado Gobierno a tomar la providencia menos deseada: nombrar a Miranda Generalísimo de los ejércitos de la República, con la esperanza de que su prestigio militar restableciera la caída moral de las tropas.

No bien asumió la jefatura del ejército, Miranda empezó a dar muestras del fatal pesimismo que le dominaba: cuando en los primeros días fue a presenciar una revista militar en sitio cercano de Caracas y vio desfilar, sin orden ni marcialidad, montoneras de paisanos mal armados y peor disciplinados, con inoportuna amargura preguntó a los funcionarios que le acompañaban "¿dónde estaban los ejércitos que un general de su prestigio podía llevar a la batalla sin comprometer su dignidad?" Esclavizado por invencible desprecio hacia las fuerzas cuyo mando acababa de confiársele, desde los primeros días procedió a cambiar los oficiales, para colocar en las posiciones de responsabilidad a militares extranjeros, y a rechazar a antiguos y valientes militares venezolanos por carecer de los conocimientos teóricos exigidos en los ejércitos europeos. Y cuando Bolívar —quien tenía el grado de Coronel del regimiento de las Milicias de Aragua—, se presentó a ofrecerle sus servicios en tal calidad, con brusca franqueza le rechazó, justificando esta negativa, que a todos sorprendió, con la explicación de que Bolívar era un "joven alocado y peligroso" a quien no se le podían confiar tareas de alta responsabilidad, tareas que Miranda reservaba para los oficiales extranjeros, o para aquellos venezolanos que verdaderamente tenían conocimientos técnicos —como Soublette—, quien en esos días fue incorporado al Estado Mayor del Generalísimo. Bolívar recibió la inesperada ofensa en silencio y solicitó entonces a Fernando Toro le llevara a la campaña como ayudante suyo. Este le hizo incorporar a su cuerpo de edecanes y en tal calidad pudo entrar en campaña con las tropas que Miranda enviaba a dominar la ciudad rebelde de Valencia.

Y Bolívar no desaprovechó esta oportunidad. En la primera fila de combate hizo prodigios de valor que a todos asombraron y a Miranda más que a ninguno. Ahogando en la tormenta de su orgullo el natural temor de todo hombre que entra por primera vez en un campo de batalla, en el ataque a la colina del Morro se precipitó contra las trincheras enemigas, no tardando en experimentar en lo más recio del combate, cuando con la pistola en una mano y el sable en la otra mataba y se defendía, que una sensación de soberbia seguridad le invadía, pues su agilidad para manejar las armas, adquirida en las academias militares de Madrid, y la estupenda destreza de sus músculos lograda por la sabia educación de Rodríguez, respondían maravillosamente, en aquel campo de muerte, a la llamada de sus instintos de acometividad o de su simple instinto de conservación.

Obligadas las fuerzas realistas, ante la violencia del ataque, a abandonar el Morro, se retiraron hacia Valencia, donde se atrincheraron en los edificios que mejor se prestaban para la defensa. Juzgando Miranda ligeramente la importancia de las pérdidas del enemigo, ordenó el inmediato ataque a la ciudad, en cuyas calles se precipitaron sus visoñas tropas ansiosas de una victoria que lograron días después, no sin grandes pérdidas. "Mientras tanto —dice Ricardo Becerra—, el Cuartel General era en aquellos días teatro de algunas escenas recordadas luégo por testigos presenciales y de grande autoridad, las cuales proyectan bastante luz sobre el cuadro sin documentos y casi borrado por los años, de aquellos sucesos. Cierto día en que se pasaba revista a las tropas, el Generalísimo notó a distancia un oficial de línea que, saliendo de la formación, hacía caracolear su caballo al frente de las tropas y las arengaba con voz aguda. Miranda, colocando su mano izquierda sobre la frente, a modo de visera, como era su costumbre cuando quería concentrar la mirada, reconoció a Bolívar, y, frunciendo el ceño, pronunció algunas palabras de desaprobación que oyeron distintamente sus ayudantes."

Los buenos efectos de la toma de Valencia no fueron aprovechados por Miranda, quien accedió muy fácilmente a los deseos del Poder Ejecutivo, enemigo de nuevos derramamientos de sangre, y en cambio de avanzar sobre las ciudades rebeldes de Coro y Maracaibo, se dirigió a Caracas a ponerse al frente de los Tribunales convocados para juzgar a los responsables de la insurrección valenciana. Todo motivo de alarma se consideró entonces fuera de lugar y en las delicias de una República patriarcal se adormecieron los ánimos de los patriotas venezolanos.

Pero esta calma no debía durar mucho tiempo: como si los cimientos de la República no estuvieran ya suficientemente débiles por las agitaciones revolucionarias y el descontento general contra la nueva administración, una catástrofe de la naturaleza cooperó en esos días a su postrer aniquilamiento. El día 26 de marzo, Jueves Santo como el famoso 19 de abril, un tremendo temblor de tierra sacudió las cuidades de Caracas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto y Mérida. "El día del terremoto —cuenta Bolívar— yo llegué corriendo hasta aquí (la Plaza de San Jacinto) en mangas de camisa porque acababa de dormir la siesta; por cierto que no encontré otra cosa que un lamentable hacinamiento de ruinas... En el acto me puse a la obra de salvar víctimas, encaramándome sobre los escombros y gateando en dirección a los sitios desde donde salían quejidos o voces de auxilio. Me hallaba en esa tarea, cuando dí a boca de jarro con el furibundo españolizante José Domingo Díaz, el que no hace más que verme y echarse a comentar con su acostumbrada sorna:

"—¿Qué tal, Bolívar? Parece que la Naturaleza se pone del lado de los españoles...

"—Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca..." —le respondió iracundo el joven caraqueño.

Como los movimientos císmicos volvieron a repetirse el Sábado de Gloria y el 24 de abril en forma más violenta aún, las incitaciones de los clérigos realistas fácilmente se abrieron paso en las temblorosas conciencias de la asustada población. "La circunstancia —dice el historiador Heredia— de haber acaecido esta catástrofe en el mismo día del año eclesiástico, cuya venerable solemnidad se interrumpió y profanó dos años antes con el primer acto de la revolución, llenó de terror al común del pueblo y aún a muchos de los que se preciaban de espíritus fuertes. Uno de los patriotas más entusiasmados me aseguró que en los momentos de mayor angustia le pedía misericordia y perdón al Rey tanto como a Dios."

Desde entonces la causa republicana empezó a decaer visiblemente. Los fracasos de la administración y la obra de la naturaleza destruían así la endeble obra de unos teóricos ilusos, quienes no comprendieron que perdido el maravilloso elemento de estabilidad y de unión representado por el acatamiento casi místico concedido en América a la Monarquía, esa unión y esa estabilidad sólo podían conservarse por el ejercicio de una autoridad fuerte y capaz de producir la cohesión social que durante 300 años mantuvo el Derecho, considerado de origen divino, de los reyes españoles.

En marzo de 1812 se inició la contrarrevolución que venían preparando Cortabarría desde Puerto Rico y el Capitán General Miyares en Coro. El español Domingo Monteverde salió de Coro al mando de una expedición compuesta de 200 hombres con el propósito de tomar los almacenes de Carona y fué tal el apoyo prestado por los pueblos, que Monteverde después de tomar a Carona ocupó a Barquisimeto y avanzó sobre San Carlos, a pesar de las instrucciones de sus superiores, quienes le advirtieron las dificultades de tomar esta plaza con sus escasas fuerzas. Pero otra cosa pensaba Monteverde, pues este hombre tenía todas las cualidades de que carecían los jefes republicanos: astucia, ideas claras, audacia, energía y crueldad para imponer su autoridad y atemorizar a sus enemigos. Cuando tomó a Carona la población patriota fué pasada a cuchillo y la ciudad entregada al saqueo; y al acercarse a San Carlos, Monteverde se dirigió en los siguientes términos a Ceballos, su inmediato superior: "El entusiasmo de mis tropas y la cobardía que ha manifestado el enemigo me aseguran el buen éxito de cuanto emprenda, y a esto se agrega el asombro que ha producido a todos los vecinos las grandes desgracias que el terremoto del 26 ha causado en los pueblos que se mani-

fiestan en la adjunta relación. No dudo que la conquista de Venezuela será hecha por el ejército Coreano. He intimado la rendición a San Carlos, que sin duda se entregará antes de que le suceda lo que a Carona."

Y su optimismo nada tenía de infundado; frente a San Carlos, donde existía una poderosa guarnición, las más selectas tropas de caballería patriota desertaron para unírsele, lo cual decidió la batalla y le entregó la plaza. Cosa semejante ocurrió poco después con Valencia, abandonada por los republicanos ante el victorioso avance realista. Miranda cambió entonces de táctica y se dedicó a fortificar los principales pasos de acceso a Caracas, mientras Monteverde continuaba su rápida marcha y enviaba a Eusebio Antoñazas, uno de los más enérgicos y sanguinarios de sus capitanes, a levantar los llanos de Calabozo, de los cuales esperaba sacar ganado y especialmente soldados. La toma de San Juan de los Morros, el día 23, abrió en la historia de Venezuela la primera y dramática página de las actividades de los caudillos populares de España. "Ni las mujeres ni los niños —dicen Baralt y Díaz— pudieron encontrar piedad. Complacíase el capitán Antoñazas en perpetrar el crimen con sus propias manos, siendo el primero en poner fuego a las casas y en alancear a los desgraciados que salían huyendo de las llamas. Allí empezó su horrible celebridad y la serie no interrumpida de atrocidades que mancharon después la guerra entre los dos partidos."

Mucho se ha criticado a Miranda por su táctica defensiva y mucho se la criticaron entonces los oficiales venezolanos, pues ninguno de ellos se explicaba cómo disponiendo de un número muy superior de tropas al de Monteverde, optaba por la inactividad en cambio de tratar de destruirlo en un ataque inmediato. Sin embargo, esta extraña conducta no carecía de serios fundamentos. Miranda vió en San Carlos que la batalla se decidía porque sus tropas se incorporaban a los ejércitos enemigos y en la acción de Los Guavos, donde los republicanos disponían de 4.000 hombres, no pudo evitar que más de la mitad de los mismos, al avanzar Monteverde, se negara primero a hacer fuego y después abandonara las filas para unirse a las tropas realistas. Miranda optó entonces por la defensiva, con el fin de conservar sus posiciones esenciales mientras trataba de obtener ayuda militar de Inglaterra. Del Peache, uno de sus oficiales, fué enviado en misión especial ante las autoridades de las vecinas colonias inglesas; el francés Du Cayla partió para las Antillas a reclutar aventureros; y en notas repetidas Miranda se dirigió al Gobernador de Curazao solicitándole ayuda. Lo mismo puede decirse de sus cartas a Richard Wellesley, a Bentham, a Lord Castleragh, a quienes pidió

encarecidamente intervinieran en su favor cerca del gobierno británico.

*

Mientras el Generalísimo insensiblemente abandonaba las soluciones militares para sustituirlas por las diplomáticas, Bolívar obtenía, gracias a las influencias del Marqués de Toro y sin el asentimiento de Miranda, el cargo de Comandante de la plaza de Puerto Cabello y en los primeros días de junio partía para el lugar de su nuevo destino.

La plaza de Puerto Cabello está situada sobre una península en cuyas alturas "habia un fortín —dice Rivas Vicuña— llamado Solano, y guarnecían sus costas dos baterías, habiendo además unos barrancos, fáciles de fortificar. Comunicaba la península, por medio de un puente levadizo con el islote artillado, que era la plaza propiamente dicha, y en la que debía residir el jefe de ella. Como posición avanzada, se había construído el fuerte de San Felipe, en un peñón en aguas más profundas que la plaza, reducto bien fortificado para la época y que abrigaba, junto con los almacenes de armas y municiones, las bóvedas que servían de cárcel. Completaban los recursos de la plaza los bergantines Celoso y Argos, la goleta Venezuela, un pequeño buque apostadero y un número muy reducido de embarcaciones menores".

En el Castillo de San Felipe permanecían encarcelados numerosos prisioneros españoles, detenidos durante la insurrección de Valencia, quienes a pesar de los esfuerzos de sus guardianes tenían activa comunicación con el exterior, porque las gentes de los alrededores de la plaza eran decididas partidarias de la causa realista. Este ambiente de hostilidad hacia los republicanos, advertido fácilmente desde los primeros momentos por el nuevo Comandante, le indujo a asumir una actitud de radical severidad con sus habitantes, que no tardó en aumentar las notorias simpatías de éstos por los españoles y en ganarle allí a Bolívar el calificativo de "tirano". ¿Fué esta la causa del grave insuceso que no tardaría en sufrir? No lo creemos así pues la política contraria, la de Miranda, presentaba entonces como resultados la permanente decersión de sus tropas y el general descontento de los patriotas. El fracaso que le esperaba a Bolívar en Puerto Cabello sólo puede explicarse por las escasas vinculaciones de los pueblos con la causa de los patriotas y de ninguna manera por la drástica energía desplegada por él, pues como tendremos abundantes oportunidades de apreciarlo dentro de poco, será esta misma política la que le permitirá arrancar a las comunidades americanas de su prolongado sueño colonial.

El 30 de junio, encontrándose Bolívar en su habitación, oyó un tiroteo y al indagar sobre su origen, se le informó que en San Felipe

los presos, apoyados por algunos oficiales de la guarnición se habían apoderado del castillo y enarbolado la bandera del Rey. Como en San Felipe estaban los víveres, las armas y municiones de la plaza y su posición elevada sobre la misma le permitía dominarla con sus fuegos, la situación era gravísima. Bolívar, sin vacilar un minuto, ordenó a sus tropas prepararse para el asalto y mandó abrir fuego contra los poderosos muros de San Felipe, desde donde no tardaron en contestar con efectos mortíferos para sus fuerzas colocadas en posición muy inferior.

Cuenta Gual que al recibir Miranda la noticia exclamó con acento amargo y dramático: "Venezuela está herida en el corazón." La actitud del Generalísimo, a partir de este momento, ha sido variablemente interpretada con relación a Bolívar. Para algunos, a la pérdida de Puerto Cabello no pueden imputársele las consecuencias que Miranda quiso atribuirle, pues en los planes estratégicos del Generalísimo Puerto Cabello "era sólo un coeficiente seguridad, menos que ésto, casi uno punto muerto". En cambio para los enemigos de Bolívar, Puerto Cabello constituía, con su poderosa fortaleza y sus depósitos de víveres y de armas, el centro de la estrategia militar de Miranda, en lo cual se fundan para inculpar al joven de los desgraciados acontecimientos de 1812.

Existe un hecho, sin embargo, que permite comprobar cómo dentro de los planes de Miranda, Puerto Cabello no tenía la exagerada importancia que se pretendió darle: su negativa a auxiliar a Bolívar, como éste se lo pidió encarecidamente. Si Miranda hubiera pensado que aquella posición le era indispensable, algo hubiera hecho para ayudar a su Comandante. Pero ocurrió todo lo contrario: por una parte, no tomó medida alguna para ayudar a Bolívar y por la otra, trató de aprovecharse de este desgraciado acontecimiento para convencer a sus tropas de que ya no había objeto en continuar la lucha y debía procederse a buscar un armisticio honroso para suspender el inútil derramamiento de sangre. Perdida su esperanza en una posible ayuda extranjera, se decidió a aprovechar la pérdida de Puerto Cabello para justificar el abandono, que por falta de fe y por cansancio, se preparaba a hacer de la causa de la República.

En la madrugada del 1º de julio, después de que el bergantín Argos fué incendiado por los fuegos de San Felipe y el capitán Camejo desertó con 120 hombres, Bolívar escribió al Generalísimo: "Ahora, que son las tres de la mañana, os repito cómo un oficial indigno de serlo, con la guarnición y los presos, se ha sublevado en el Castillo de San Felipe y ha roto el fuego desde la una de la tarde sobre esta plaza: en el Castillo están casi todos los víveres y municiones, y sólo hay por fuera 16.000 cartuchos. La Goleta Venezuela y el comandante

Martínez han sido apresados. Los demás buques se hallan bajo sus fuegos como bajo los míos, y solamente el Celoso se ha salvado, muy estropeado. **Debo ser atacado por Monteverde, que ha oído ya los cañonazos; si vos no le atacáis inmediatamente y lo derrotáis, no sé cómo puede salvarse esta plaza, pues cuando llegue este parte, debe estar atacándome.**"

Miranda nada respondió a esta llamada angustiosa, ni tomó providencia seria ninguna para auxiliar al Comandante del puerto. Este continuó entonces los ataques al Castillo, ordenando a sus oficiales ensayar todos los puntos débiles con la esperanza de un buen suceso. Pero, como Bolívar lo había previsto, no tardaron en acercarse a los refuerzos realistas enviados desde Valencia por Monteverde y obligado por las adversas circunstancias abandonó la plaza y se embarcó en el bergantín "Celoso" rumbo a La Guaira.

La pérdida de Puerto Cabello, que para todos era simplemente la pérdida de una plaza, para Bolívar significaba la suprema derrota de su vida y un fracaso que le atormentaba hasta hacerle ver con la imaginación afiebrada al soberbio General Miranda diciendo con gesto de supremo desdén: "Lo que yo siempre me imaginé; Bolívar no servía para nada." Por eso, no bien llegó a Caracas, el joven escribió al Generalísimo una carta cuyo patetismo es la mejor comprobación de estos sentimientos. "Mi General —decía en ella—: mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado; **mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar.** Así, ruego a usted, o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme y recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puerto Cabello."

A esta carta Miranda ni siquiera se dignó contestar, pues mientras Bolívar sufría, él meditaba en la solución que debía poner fin a la República venezolana y lo hacía dejando la impresión de que la catástrofe próxima a producirse era consecuencia fatal de la pérdida de Puerto Cabello. El joven, entre tanto, permanecía encerrado en su casa, sin ver a nadie y entregado a los más lúgubres pensamientos. ¡Miranda! Lo que Miranda pensara de él, era su torturante preocupación. Al enviarle el informe oficial sobre la pérdida de Puerto Cabello, le escribió una carta más, que por el dolor y la confusión espiritual en ella puestos de relieve, completaba el cuadro de esta amarga crisis del espíritu de Bolívar: "Mi General —le decía— lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir a usted el adjunto parte, que apenas es una sombra de lo que realmente ha sucedido. Mi cabeza, mi corazón, no están para nada. Así

suplico a usted me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario... **De gracia no me obliga usted a verle la cara.** Yo no soy culpable pero soy desgraciado y basta.

"Soy de usted con la mayor consideración y respeto su apasionado súbdito y amigo.—**Simón Bolívar.**"

Esta situación no podía durar mucho tiempo, pues la actitud ruda y despiadada de Miranda, al destacar con su pertinaz silencio ante Bolívar su fracaso, si agudizó por algún tiempo su honda pena, al cerrarle todas las salidas y esperanzas de reivindicación, poco a poco le fué dejando más tranquilo y un nuevo sentimiento, alimentado por el recuerdo de los desaires de que fué objeto, dio paso a una pasión furiosa contra Miranda. La admiración por el ídolo de ayer se convirtió en odio profundo, que extraía sus combustibles de las más sensibles fibras de esa alma soberbia, afrentada por la más seria humillación. Por eso no tardaría en llamarlo "jefe aborrecido y déspota arbitrario hasta el exceso".

El crecimiento de esta hostilidad coincidió, para desgracia de Miranda, con los momentos en que él, dominado por el escepticismo, se preparaba a cerrar en forma melancólica su extraordinaria carrera pública. Porque en las dificultades del Generalísimo, en sus vacilaciones y en sus errores de esos tiempos, el odio de Bolívar no sólo iba a encontrar el camino de la venganza, sino uno más dulce aún: el de la liberación espiritual. La incapacidad demostrada por Miranda en estos meses, libraría definitivamente a Bolívar de la admiración que siempre le había profesado, y al poderle despreciar y calificar de inepto y traidor, como sinceramente lo haría dentro de poco, su alma se emanciparía de la desconfianza que le comunicó el desprecio de Miranda, por ser el de un hombre a quien admiraba y en cuyo juicio creía.

El día 13 de julio ocurrió un acontecimiento que aumentó el pesimismo del Generalísimo; los esclavos negros del valle de Barlovento se rebelaron y al grito de ¡Viva el Rey! se pusieron en marcha hacia Caracas incendiando las haciendas, quemando las plantaciones y asesinando cruelmente a los blancos. Miranda decidió entonces dar el más triste y grave de los pasos de su vida pública —ya meditado desde que tuvo conocimiento de la misión encomendada por el Gobierno inglés a Sir Charles Stuart y a John O. Morier, para mediar entre las colonias españolas en rebelión y la Metrópoli—, pero que sólo ahora y ante la gravedad de los hechos, se atrevía a llevar a sus últimas consecuencias: se reunió con Francisco Espejo, Juan Germán Roscio, al Coronel José Zanta y Bussy, Francisco Antonio Paúl, y después de mostrarles la gravedad de la situación, les encareció la conve-

niencia de proponer un armisticio, como había venido aconsejándole el Marqués de Casa León, cuya llegada a la Junta —a última hora— inclinó todas las voluntades en favor de esta propuesta.

Al recibir de Monteverde una contestación que incluía las condiciones más difíciles de aprobar para un general de su categoría, tras una serie de notas en las que claudicaba lamentablemente, Miranda aceptó el armisticio como el jefe español lo deseaba, cuyos términos y bajo su responsabilidad mantuvo en secreto, dando pie a que sus numerosos enemigos y especialmente la oficialidad del ejército pensaran en la posibilidad de una traición.

Al grito de ¡Nos vendieron a Monteverde! ocurrieron entonces numerosos pronunciamientos en los cuarteles para no reconocer lo pactado. Miranda logró dominar a los rebeldes y después de ordenar al Comandante de Caracas la entrega de la ciudad —donde todos los patriotas, entre ellos Bolívar, temerosos por la proximidad de Monteverde comenzaban a huír hacia La Guaira—, mandó trasladar su equipaje y sus libros a bordo del bergantín "Zafiro", anclado en este puerto.

El hecho de que Miranda se preparara a salir del país, produjo general alarma entre los patriotas reunidos en La Guaira y la creencia de que el armisticio sí envolvía una traición pareció comprobada. Por eso, la misma noche de su llegada a La Guaira, un grupo de oficiales venezolanos a la cabeza de los cuales figuraban Bolívar —cuyo odio por Miranda se hallaba en esos momentos exacerbado—, se pusieron en contacto con el comandante militar Coronel Manuel María Casas y con el Gobernador Civil, don Miguel Peña, y acordaron detener a Miranda para exigirle cuentas por su conducta e imponerle el condigno castigo. Bolívar fué destinado para arrestarle.

Acompañado de algunos oficiales, Bolívar se dirigió a la residencia de su antiguo ídolo a consumar este acto dramático, a poner fin al largo duelo sin palabras que se había venido librando entre ellos. Ya en la residencia del Generalísimo, por su ayudante Soublette supieron que Miranda se hallaba entregado al sueño y Bolívar le ordenó despertarlo, advirtiéndole que tenía una orden de arresto: "¿No es demasiado temprano?", preguntó el Generalísimo al ser interrumpido en su descanso. Pero enterado de la razón, tranquilamente manifestó a Soublette: "Dígales a esos señores que esperen; pronto estaré con ellos." Se vistió con el cuidado de siempre y salió a la habitación donde se hallaban Bolívar y sus compañeros, iluminada por la lámpara de mano de su ayudante, cuya pálida luz la mantenía en una penumbra lúgubre, que hacía más dramática aquella terrible escena.

Al entrar Miranda tomó el brazo de Soublette y lo levantó de tal manera, que la luz de la lámpara quedó a la altura de su frente, permi-

niéndole ver los rostros de sus apresores. Bolívar, mirándole entonces con fijeza, le anunció que estaba preso y debía prepararse para salir sin demoras. Cuando cesó de oírse la voz imperiosa y seca del caraqueño, un impresionante silencio reinó durante algunos segundos; luégo, sin demostrar la menor atención por Bolívar, Miranda dejó escapar estas palabras, hijas del supremo desprecio del criollo afrancesado por los suramericanos: "Bochinche, bochinche; esta gente no sabe sino hacer bochinche". Después, envolviéndose en su capa, emprendió la marcha en medio de sus apresores, hasta ayer sus subalternos, marcha que terminaría esa noche en las prisiones de La Guaira y más tarde en las terribles masmorras de Cádiz, donde acabaría su vida este noble y glorioso aventurero.

El día 31 por la mañana, los autores del arresto de Miranda se reunieron con Casas para decidir la suerte del prisionero y estudiar la manera de escapar de Venezuela. Bolívar, quien ya no vacilaba en atribuir el fracaso de la revolución a la conducta del Generalísimo, propuso su inmediato fusilamiento. Entonces Casas, hasta el momento de acuerdo con sus compañeros, les declaró francamente que en su calidad de Comandante de La Guaira no entregaría al prisionero sino a las autoridades españolas y a ellos no les permitiría salir de Venezuela, para dar así cumplida ejecución al armisticio.

Dándose cuenta Bolívar de que si intentaba escaparse sería tratado sin consideraciones, regresó a Caracas con el propósito de acogerse a los precarios términos del armisticio, pero esperanzado en la protección de un español antiguo amigo suyo, don Francisco Iturbe, a quien sabía amigo de Monteverde. Al oír éste los detalles del apresamiento de Miranda, no se le ocultó la posibilidad de valerse de ellos para salvar a su joven amigo, y posiblemente aconsejado por el Marqués de Casa León, cuando llegó Monteverde a Caracas fué a visitarle y le solicitó el pasaporte necesario para que Bolívar abandonara el país. Monteverde, consagrado en esos momentos a consolidar su poder en Venezuela, no opuso mayor resistencia a la petición de Iturbe y le autorizó para llevar a Bolívar a su despacho, con el fin de expedirle el correspondiente salvoconducto. De esta manera y en la fecha fijada, Simón Bolívar fué presentado a Domingo Monteverde. El futuro Libertador de Venezuela y su actual conquistador se hallaron frente a frente, sin que ninguno de los dos sospechara la lucha a muerte que les esperaba en futuro muy próximo.

Monteverde recibió muy amablemente a don Francisco pero no puso mayor atención en Bolívar, quien, mientras los dos conversaban, permaneció discretamente apartado, observando con curiosidad al caudillo español. Este hombre fornido, de ademanes seguros, de mirada penetrante y sonrisa cruel, tenía para Bolívar la majestad de una

victoria que no podía menos de admirar, pues la audacia de sus concepciones, la rapidez de sus ataques, muy a su pesar le atraían, como si en lo más profundo de su naturaleza trepidaran fuerzas de acometividad idénticas a las demostradas por el conquistador de Venezuela.

Después de conversar algunos minutos con Iturbe, Monteverde se volvió hacia Muro, su secretario, silencioso en uno de los rincones de la lujosa habitación que le servía de despacho y le dijo señalando a Bolívar: "Se concede pasaporte al señor en recompensa del servicio que ha hecho al Rey con la prisión de Miranda."

Entonces Bolívar, con un ademán instintivo de protesta, exclamó sin meditar en lo que decía: "He apresado a Miranda para castigar a un traidor a mi patria, no para servir al Rey." Monteverde dirigió su mirada llena de asombro hacia Bolívar y se quedó observando detenidamente su apostura varonil y su gesto altanero, mientras Iturbe, lleno de confusión, no sabía qué hacer y terminaba diciendo con tono inseguro y balbuciente: "Vamos, no haga usted caso de este calávera; dele el pasaporte y que se vaya."

Monteverde vaciló un momento, miró alternativamente a Bolívar y el salvoconducto que Muro le había alcanzado, como si sus instintos de animal de pelea le anunciara confusamente la proximidad de un peligro y después, ante el gesto suplicante de Iturbe, estampó rápidamente su rúbrica. ¡Qué lejos estaba Monteverde de sospechar que con aquella firma había decretado la derrota de sus ejércitos y la independencia de América!

Capítulo IX

LA GRAN AVENTURA

"Hay hombres que necesitan estar solos y bien retirados de todo ruido para poder pensar y meditar; yo pensaba, reflexionaba y meditaba en medio de la sociedad, de los placeres, del ruido y de las balas."

SIMON BOLIVAR

Primer exilio.—Arruinado.—La Nueva Granada, única esperanza de Bolívar.—Odio de Labatut.—El puerto de Barrancas.—Campaña del Magdalena.—Anita Lenoit.—Una nueva estrategia.—Política de las distancias.—¿Guerras provinciales o guerras continentales? Hacia las fronteras de Venezuela.—Reto a Monteverde.

Después de recibir de manos de Monteverde el pasaporte que ponía a salvo su persona, a pesar de su activa participación en el movimiento revolucionario, preparó Bolívar su viaje con la eficaz ayuda de don Francisco Iturbe, quien no se cansaba de encarecerle la necesidad de abandonar rápidamente el país, temeroso de que bien pronto no bastaran sus influencias para proteger a su joven amigo. Sólo tuvo tiempo para encomendar el manejo de sus bienes a don Domingo Arcanio y sin mayores recursos se embarcó el día 12 de agosto de 1812 en el velero "Jesús, María y José", rumbo a Curazao; otros amigos suyos, que por suerte no habían sido considerados peligrosos por las autoridades españolas —como los hermanos Carabaños y Manuel Cortés Campománes—, le acompañaban, estrechando en la mutua incertidumbre de sus futuros, una amistad hasta el momento ligera y sin importancia.

Cuando Bolívar se alejaba de las costas de Venezuela, lo hacía también de su vida feliz de otros tiempos, de su vida de joven adinerado, sin preocupaciones, solamente atento a sus placeres. La dulce y tranquila irresponsabilidad de su juventud parecía perderse en medio de las brumas que ocultaban en la lejanía las costas de la Tierra Firme y el futuro sombrío, incógnito, lleno de supremas responsabilidades, en forma de confusos presentimientos, llegaba a su alma, dejándole una inevitable sensación de temor. ¿Seguiría adelante por la ruta que le había trazado su ambición de gloria, o, como era a ratos su deseo, se dirigiría a Inglaterra en la espera de mejores oportunidades para el porvenir?

Estas indecisiones no debían resolverse lenta y naturalmente en su espíritu, porque fatales e inesperados acontecimientos le obligarían a tomar apresuradas resoluciones. No bien llegó Bolívar a Curazao, su equipaje le fué embargado: "Mi recepción fué desagradable —le dice en carta a Iturbe— porque todavía no había llegado, cuando ya estaba mi equipaje embargado por dos causas muy raras: la primera porque mis efectos y trastos estaban en la misma casa en que estaban los de Miranda; y la segunda, porque el "Celoso" contrajo deudas en Puerto Cabello, que ahora he de pagar yo, porque yo era el comandante de la plaza cuando las contrajo. Esta es la exacta verdad. De esto resulta que yo me hallo sin medio alguno para alimentar mi vida, que ya comienzo a ver con demasiado hastío y hasta con horror."

Un acontecimiento aún más grave debía aumentar en esos días las desventuras del joven: sus propios bienes en Venezuela, al igual que los de su hermano, fueron alcanzados por la implacable confiscación decretada para las propiedades de todos los participantes en la revolución iniciada el 19 de abril. Su última esperanza se desvanecía así, y en su porvenir lleno de sombras sólo se vislumbraba el camino de esa revolución americana que le había conducido en sus desgraciados azares a las inhospitalarias playas de Curazao. Atrás quedaban los encantos de su loca juventud y frente a él, terrible como un abismo que debía devorarle, surgía América, salvaje, esclavizada, tropical y enemiga, cuyas guerras y revoluciones le ofrecían la única esperanza de redención. La falta de vacilaciones de Monteverde, su forma implacable de tratar al enemigo, el don de mando y su coraje de hombre fuerte, fueron entonces para Bolívar valioso ejemplo que no tardaría en llevarle a decir con acento de profunda convicción: "Por los mismos medios que el opresor de Caracas ha podido subyugar la Confederación, por esos mismos medios y con más seguridad que él, me atrevo a redimir mi patria." Impulsado por

esta seguridad, propuso a sus compañeros partir para la Nueva Granada, donde la revolución no había sido aún vencida.

Al desembarcar Bolívar en las costas granadinas, arribaba a una tierra que, a pesar de lindar con su patria, presentaba frente a ella radicales diferencias. La primera de ellas, y desde luego la más saliente y rica en efectos sociales, era la circunstancia de que en Venezuela a los negros, mulatos e indios se les miraba por las clases consideradas superiores con una agresividad y desprecio desconocidos en la Nueva Granada, odio y desprecio que habían creado entre los distintos sectores étnicos de la población un abismo imposible de ser superado por la vía amplia del mestizaje, como venía ocurriendo desde muy temprano en el Virreinato granadino.

Tal fenómeno tuvo su causa principal en la proporción en que convivieron las distintas razas en las dos colonias. El señor Restrepo, en su "Historia de la Revolución", da los siguientes datos, aplicables al año de 1810, los cuales, por sí mismos, contribuyen a aclarar esta diferencia:

PAISES	Blancos	Pardo libres	Indígenas	Esclavos
Venezuela	200.000	431.000	207.000	60.000
Colombia	887.000	140.000	313.000	70.000

La notoria minoría de la raza blanca en Venezuela la obligó, como sucede frecuentemente en tales casos, a encerrarse en un rígido concepto de casta para evitar el predominio de las razas de color, para luchar contra una absorción en la que, por ser una minoría, no podía defender con éxito sus características fundamentales. En cambio en la Nueva Granada, la superioridad numérica de la raza blanca le permitió, desde un principio, adoptar una actitud desprevenida frente a las otras y facilitó una estrecha y amable vinculación entre las distintas clases sociales, entre los que mandan y los que obedecen, los que trabajan y los que dan trabajo. En tal virtud, en el momento de la emancipación no ocurrirá en la Nueva Granada lo mismo que en Venezuela, donde las clases menos favorecidas se aliaron con los españoles para combatir a los criollos, sino que existiendo entre sus estratos sociales más contactos que oposiciones, más simpatías que odios, toda la nación acompañará a su minoría dirigente con entusiasmo en la guerra de independencia, que presentará en ella un carácter nacional que no tuvo en Venezuela (*).

(*) Tales diferencias explican también el aporte de cada una de las dos Colonias a la guerra de la independencia: Venezuela, en cuya minoría directiva se había conservado, en virtud de su acentuado concepto de casta, bastante puro el elemento blanco español, en el cual las mezclas iniciales cumplidas en la

Alejada la sociedad granadina de esas divisiones de casta, que por su profundidad hacen imposible la armonía social, pudo resolver a través del acatamiento a **normas abstractas**, diferencias que por carecer de hondura encontraban fácil solución en el imperio de los delicados mecanismos de la Ley; independizada su legislación de todo propósito encaminado a mantener los privilegios de una casta, o a limitar los derechos de ninguna raza, todos los ciudadanos vieron en la **legalidad** el camino mejor para resolver los problemas fundamentales de la colectividad. En Venezuela acaeció lo contrario, pues las terribles tensiones existentes entre las distintas clases sociales, que tenían su más funesta manifestación en el odio de razas, hicieron imposible el orden y la armonía social sin el imperio de una autoridad fuerte y por ello capaz de imponer la colaboración donde las pasiones y los odios tendían a la disolución y la anarquía.

Cuando Bolívar llegó a Cartagena, a mediados de noviembre de 1813, la ciudad, populoso puerto durante el régimen colonial, atravesaba por una difícil situación que el jefe del Poder Ejecutivo de la provincia, don Manuel Rodríguez Torices, hacía inútiles esfuerzos por remediar. Suspendido el comercio exterior, su principal fuente de riqueza, la pobreza se había extendido rápidamente, agudizando la lucha entre los partidos, agriando el tono de las polémicas de prensa y obligando al gobierno a emitir papel moneda. Pero el factor que incrementaba la magnitud de los problemas de Cartagena, era su obligada vecindad a la provincia realista de Santa Marta, la cual mantenía su libertad amenazada y al gobierno en la permanente necesidad de buscar los costosísimos e inconvenientes servicios de aventureros extranjeros para mandar sus tropas, como el francés de apellido Labatut, venido a América con Miranda y quien durante mucho tiempo hizo de pirata en el Caribe.

Cuando Bolívar y sus compañeros, en busca de nueva oportu-

Península ya habían sido asimiladas, dando así un tipo definido y ajeno a las indecisiones características de todo proceso de mestización, producirá los grandes caudillos de la revolución y especialmente la maravillosa selección humana representada en Simón Bolívar; pero a la vez, la guerra de independencia se convertirá en ella en una lucha de castas, en una bárbara guerra civil, que dividirá sus fuerzas internas y hará imposible en su territorio una solución definitiva para la causa de la República.

En la nueva Granada, por el contrario, el continuo y creciente proceso de mestización, propiciado por la ausencia de un agresivo concepto de casta, determinó la existencia de un tipo humano en evolución racial todavía no asimilada, dificultando, en consecuencia, el aparecimiento, en ese momento decisivo de su historia, de hombres geniales como Bolívar y Miranda; pero, en cambio, la independencia encontró en ella una opinión más homogénea que le permitió aportar la mayoría del material humano para las tropas libertadoras.

nidad para luchar contra los españoles, se presentaron a don Manuel Rodríguez Torices, éste no sólo les dio amable acogida y reconoció sus grados, sino que, viendo en ellos militares experimentados y capaces de equilibrar la insoportable ambición de Labatut, realizó los esfuerzos necesarios para incorporarlos a las fuerzas militares de la ciudad. El francés, quien gracias a la ausencia de verdaderos jefes, mantenía sometidos a su voluntad a todos los mandatarios civiles de Cartagena, no recibió muy bien a estos intrusos por advertir en ellos futuros rivales. Esta hostilidad fué más acentuada contra Bolívar, porque Labatut, antiguo amigo y compañero de Miranda, había heredado de éste su desconfianza contra el joven caraqueño, desconfianza que se tornó en franca antipatía cuando conoció las circunstancias que rodearon la dramática prisión del Generalísimo. Así pudo notarlo Bolívar desde un principio, constatando con amargura cómo las personas cuya simpatía más necesitaba, eran precisamente las que peor hostilidad terminaban manifestándole. Tal era su destino: luchar contra los hombres que de haber sido sus aliados, hubieran facilitado extraordinariamente los magnos propósitos a que lo impulsaba su amor a la gloria. Su personalidad era tan recia, que sus aristas agudas herían fatalmente a quienes no sentían desde el primer momento el atractivo de esa energía vital puesta al servicio de sus sueños de grandeza creadora y magnífica.

Imposibilitado Labatut para negarse a obedecer la orden del gobierno, que le mandaba incorporar a los venezolanos en sus fuerzas, dió a los Carabaños y a Campománes las posiciones más importantes, aquéllas donde tenían mejores posibilidades de alcanzar rápido éxito, y envió a Bolívar al pueblito de Barrancas, situado sobre el río Magdalena, en el cual —según los planes de su campaña contra Santa Marta—, no tenía misión distinta de la de permanecer inactivo indefinidamente.

Pero si Labatut imaginó que de esta manera se deshacía del joven caraqueño, en ello se equivocó. Como a Bolívar la campaña de Santa Marta no le interesaba mayormente, en este nombramiento sólo vio la oportunidad para comenzar la ejecución del proyecto que venía acariciando desde su partida de Curazao: conseguir tropas en la Nueva Granada para atacar a Monteverde y libertar a Venezuela. Cuando Labatut y todos sus enemigos le creían reducido a la impotencia, él, ya listo para marchar al insignificante puesto militar de Barrancas, publicó su famoso "Manifiesto de Cartagena": "...Yo soy, granadinos —decía en él— un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan

gloriosamente tremolan en estos Estados... La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela, por consiguiente, debe evitar los escollos que han destrozado a aquélla. **A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada la reconquista de Caracas.** A primera vista parecerá este proyecto inconducente, costoso y quizás impracticable: pero examinado atentamente con ojos previsivos y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad, como dejar de ponerlo en ejecución probada la utilidad... Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en la mazmorra, siempre esperando su salvación de vosotros: no burléis su confianza: no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos, id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos."

No bien llegó Bolívar a Barrancas y después de enterarse de la situación de las tropas a su mando, lamentable por la ausencia absoluta de disciplina y de recursos, con extraordinaria energía comenzó a organizarlas y las sometió a un intenso y rápido adiestramiento. Quien hubiera pasado por el río, frente al pueblecito de Barrancas, en sus calles estrechas y empantanadas y bajo los humildes techos de paja de sus cabañas, hubiera notado inacostumbrada y febril actividad en toda la población, la cual, obedeciendo a las órdenes de Bolívar, más que alistarse para conservar un puesto sin importancia, según las instrucciones de Labatut, parecía empeñada en los preparativos necesarios para una peligrosa y prolongada campaña.

El 27 de diciembre, cuando sus tropas estuvieron mejor entrenadas, se decidió a dar uno de los pasos decisivos de su vida: desobedeciendo las instrucciones de Labatut, al frente de los 200 hombres de la guarnición de Barrancas, abandonó el pueblo y se dirigió por el río a la más cercana posición enemiga, Tenerife, con el propósito aparente de expulsar a los españoles del Alto Magdalena, como lo anunciaba en su parte al gobierno de Cartagena, pero con la intención real de abrirse paso hacia las provincias granadinas limítrofes con Venezuela. La empresa no sólo era arriesgada, por la inferioridad numérica de sus tropas frente a las que disponía el enemigo a todo lo largo del Magdalena, sino por entrañar gravísima desobediencia a órdenes superiores, que bien podía acarrearle las naturales sanciones, más graves si el éxito no le acompañaba en su peligrosa aventura (*).

(*) A partir de este momento, comienzan propiamente las actividades militares de Bolívar. En este aspecto de su vida, cuya importancia no puede desconocerse, la naturaleza de este libro no nos permite entrar en el detalle minucioso de sus campañas. Sólo consideraremos su estrategia y para el conocimiento de la

Tranquilos, con una tranquilidad llena de presagios, transcurrieron las horas y los días hasta que las toscas balsas de la expedición tocaron en el embarcadero del pequeño pueblo de Salamina, donde las tropas debían terminar su aprovisionamiento y descansar de los ardientes rayos del sol de mediodía. Al atracar, mientras las gentes se agolpaban llenas de curiosidad a contemplar a los soldados patriotas y éstos buscaban la sombra, Bolívar con algunos de sus oficiales se dirigió a la taberna del pueblo para obtener informes sobre el enemigo. Alegre y obsequioso como siempre, no tardó en formarse alrededor suyo un numeroso grupo de gentes que escuchaban con curiosidad su conversación y le encarecían las dificultades próximas de su arriesgada empresa. Con la bebida, la conversación se fué alejando de las serias preocupaciones de la campaña y cayó en las anécdotas graciosas, en las crónicas del lugar, que muchos, animados por el licor, se complacían en relatar con lujo de detalles. No tardó, pues, en hablarse de la mayor atracción del pueblo: una joven rubia y bellísima, según le dijeron, que hablaba una lengua extraña y a nadie trataba, a pesar de que muchos andaban enamorados de ella.

Intrigado Bolívar, trató de obtener más detalles y de averiguar el sitio de su residencia. Supo así, que hacía algún tiempo había llegado a Salamina un emigrado francés de apellido Lenoit, acompañado de su hija Anne, quienes se establecieron en el pueblo, donde el francés tenía negocios de comercio, en desempeño de los cuales se encontraba actualmente en Santa Marta comprando mercancías. Se le informó también que la jovencita se dejaba ver muy poco, como no fuera los domingos a la hora de la misa, orando en uno de los oscuros rincones de la humilde iglesia parroquial. Tentado por la curiosidad, que en una naturaleza ardiente como la suya tenía fulgores de deseo fugaz, cuando la tarde comenzaba a ser menos ardiente abandonó el animado grupo y se encaminó hacia el lugar donde, según sus informantes, habitaba la hija del emigrado Lenoit. Después de cruzar algunas calles llegó a un

---

táctica de ellas, nos permitimos recomendar a nuestros lectores las obras de los especialistas, principalmente "Las Guerras de Bolívar" de Francisco Rivas Vicuña.

Al adoptar este sistema no creemos hacer omisión importante ninguna, pues, como tendremos oportunidad de apreciarlo en el curso de la presente narración, Bolívar antes que un jefe militar fué un caudillo político, cuyas mejores energías se emplearon en transformar el ambiente social americano, para hacer posible la formación de los ejércitos que dieron libertad a las antiguas colonias españolas y que en muchas ocasiones decisivas condujeron a la victoria sus mejores oficiales. El mismo le dijo a Sucre: "Usted es el hombre de la guerra y yo soy el hombre de las dificultades."

sitio, en el cual el verdor de los campos cercanos parecía embellecer la pobreza de las chozas: allí se levantaba una casa más pintoresca, mejor cuidada que las demás y rodeada de un pequeño jardín. Observándola estaba Bolívar cuando se abrió la puerta y después de oírse algunas palabras en francés, salió una joven que, al verle, hizo un gesto de sorpresa y luégo, rápidamente, penetró en el jardín.

Bolívar comprendió cuán justificado era el interés de los galanes del pueblo por la señorita Lenoit. Sus ojos azules, cuya limpidez melancólica parecía reflejar la tristeza de abandonadas ilusiones; sus labios carnosos y de un intenso color natural; su cabello rubio, que en gracioso desorden caía sobre los hombros, y su cuerpo alto, fino y grácil en sus movimientos, causaron a Bolívar inocultable entusiasmo, el cual bien pronto apareció en su mirada, que fija en la joven con insistencia, hizo más embarazosa esta escena, cuyos silencios llenaban de tentaciones aquel paraje solitario y salvaje. Deseoso Bolívar de superar las distancias de indecisión que les alejaban, se dirigió a ella en francés, haciéndole una pregunta sobre su nacionalidad. Un poco sorprendida al oír su lengua, con inevitable embarazo ella le informó sobre su procedencia con voz que quiso hacer tranquila aunque sin lograrlo del todo. Roto el hielo inicial que distanciaba a estos dos seres, tan poco preparados para encontrarse, una sutil simpatía facilitó su conversación. Sentada Anita sobre el quicio de piedra que rodeaba la casa y frente a ella Bolívar, paseándose de vez en cuando, como era su costumbre, hablaron aquella tarde del París que ambos conocían y añoraban, de la campaña en que Bolívar se hallaba comprometido, la cual hacía necesaria su rápida marcha adelante. Este límite, que fatalmente acortaba una alegría nacida inesperadamente para los dos, hizo más rápido su acercamiento, porque en la seguridad de su inevitable y pronta separación, sus reacciones sentimentales llenaron tumultuosamente distancias que en otras circunstancias hubieran sido superadas con lentitud. Su simpatía mutua, en una especie de renuncia tácita al porvenir, se transformó en ilusión del presente y sin promesas, sin grandes palabras de amor, se sintieron tan cerca el uno del otro, que ella ya no se olvidaría de Bolívar y él, dominado por el encanto de esta alma apasionada y triste, le ofreció aplazar su partida. Con la promesa de verse al día siguiente, se despidieron ya muy entrado el ocaso.

Cuando Anita Lenoit se recogió esa noche, una sensación extraña, mitad amargura mitad felicidad, llenaba su alma. Hasta ahora su vida se había deslizado por sendas de obligada aridez, en las cuales sus ilusiones marchitas le dejaron un amargo sabor de temprano des-

encanto. Su padre, sin recursos, habíase visto precisado a buscar fortuna en lejanas tierras y en sitios pobres de todo atractivo, donde el espíritu de la joven se impregnó de un hondo sentimentalismo, que debía comprometerla en actitudes de entrega absoluta, cuando un estímulo. capaz de arrancarla de su tristeza, interrumpiera la prolongada monotonía de su existencia. Por eso al día siguiente recibió a Bolívar con el más espontáneo entusiasmo y bien pronto ambos pudieron notar que en las horas pasadas, naturalmente y por virtud de la fuerza emotiva que les arrastraba el uno hacia el otro, se habían borrado los obstáculos sentimentales que podían distanciarlos, y. por un acuerdo tácito, aquella tarde obraron como si fueran antiguos enamorados. Solos en aquel rincón silencioso del pueblo, dejaron avanzar en largos silencios la tentación maravillosa de su proximidad. a la cual ella terminó por abandonarse temblorosa, como dominada por una fuerza superior y nueva que la deslumbraba.

El día siguiente, al amanecer, Bolívar y sus soldados se alejaron de Salamina en dirección a Tenerife. Mientras las balsas avanzaban, la pesada neblina que cubría el río se levantaba con lentitud, como huían de la mente de Bolívar los recuerdos de esta ilusión. Silencioso y de pie sobre la rústica embarcación, de su rostro había desaparecido el gesto tierno del enamorado y las líneas recias del hombre listo para la lucha, daban a su fisonomía la firmeza necesaria para conducir al combate a aquellos hombres que con las armas en la mano y observando cuidadosamente las orillas del río. confiaban a él la suerte de sus vidas y el éxito de la empresa en la que por seguirlo se habían comprometido.

Después de algunos días de calma, durante los cuales hicieron rápidos altos en los pueblecitos de Heredia y El Piñón, la expedición republicana se presentó el 23 de diciembre en Tenerife. Rechazada la propuesta de rendición, Bolívar hizo desembarcar sus tropas en diversos puntos y ordenó el ataque simultáneamente desde todos ellos con el fin de obligar a los sitiados a multiplicar sus defensas y a debilitar sus puntos de resistencia. El combate fué muy reñido y sangriento, pero después de algunas horas de lucha los contingentes realistas. temerosos de quedar encerrados en la plaza, escaparon hacia el interior, abandonando la artillería y las pequeñas embarcaciones de guerra amarradas en el puerto.

Bolívar inicia entonces la aplicación intuitiva de una estrategia que por desusada entre realistas y patriotas, habría de causar pro-

fundo desconcierto a sus enemigos y facilitar su rápido aniquilamiento. En virtud de la ausencia casi total de verdaderos jefes militares, de hombres capaces de comprender que la guerra de independencia americana no podía conducirse a su éxito final hasta tanto se aniquilaran los núcleos de la causa realista en los sectores claves del Continente, la contienda se había convertido en una sucesión de campañas parciales entre provincia y provincia. De esta manera se había estabilizado una situación de equilibrio, de mutua vigilancia, que hizo imposible toda actividad militar verdaderamente decisiva.

Pero con Bolívar en la Nueva Granada se rompe a favor de los patriotas este infructuoso sistema, como se rompió en Venezuela con Monteverde en favor de los realistas. Comprometer a toda la América del Sur en la causa de la independencia será su plan, que le conducirá a una auténtica estrategia continental. Las campañas de Bolívar implicarán, pues, el desarrollo progresivo de una política de distancias; serán rápidas marchas a través de enormes extensiones, que después de una derrota le permitirán levantar sus banderas en otro sitio, hasta aplastar finalmente al enemigo. El francés Gaspar Mollien, enviado por su gobierno a observar la guerra de emancipación americana, diría más tarde de las campañas de Bolívar: "Su manera de hacer la guerra, sus largas marchas para alcanzar al enemigo, la celeridad con que recorre distancias enormes para encontrarlo, dan más bien la idea de que Bolívar es un partidario audaz, en vez de un general hábil para movilizar masas."

En tal virtud, cuando los españoles esperaban que Bolívar se consagrara a consolidar las posiciones ganadas en el Magdalena, él abandonó el río y siguiendo a la guarnición de El Banco, se internó en la provincia enemiga por el río César hasta caer sorpresivamente, el 1º de enero de 1813, sobre Chiriguaná. Luégo regresó al Magdalena, se presentó ante Tamalameque, lo rindió y avanzó sobre Puerto Nacional, que se le entregó después de intensa lucha. Estos éxitos inesperados despertaron enorme alegría en Cartagena, en medio de la cual se ahogó la protesta de Labatut y se frustró su empeño de someter al caraqueño a Consejo de Guerra por su desobediencia.

Noticiado Bolívar del entusiasmo republicano que reinaba en la ciudad de Ocaña —camino obligado hacia Venezuela— dejó parte de sus tropas en el Magdalena y en jira de observación por la región montañosa de oriente, se dirigió a esta ciudad. No bien se supo en ella su proximidad, toda la población engalanó las calles y se preparó a recibirle con los honores del vencedor. Así, en Ocaña, donde 15 años después haría crisis su obra política, se efectuó la primera de

esas grandes entradas triunfales con las cuales los pueblos americanos premiarían las victorias de Simón Bolívar.

De acuerdo con sus planes, instaló su Cuartel General en esta población, dedicándose preferentemente a obtener informes sobre las posiciones del enemigo en la provincia de Cúcuta. Entregado estaba a estas labores, cuando en los días 19 y 23 de enero le llegaron comunicaciones del Congreso de Tunja, del Gobierno de Pamplona y del jefe de la vanguardia del Norte, anunciándole que las avanzadas de las tropas de Monteverde en la frontera granadina, al mando del Coronel Ramón Correa, habían iniciado su marcha en dirección a Pamplona. Estas noticias, causa de profundo desconcierto y temor para los granadinos, las recibió Bolívar con alegría, porque fácilmente advirtió que, ante la amenaza de Correa, las diversas autoridades políticas de la Nueva Granada no tardarían en ponerse de acuerdo para confiarle la defensa de la frontera amenazada, proporcionándole así la ambicionada oportunidad de invadir a Venezuela.

A partir de este momento debe comenzar para Bolívar esa larga y tenaz lucha con los jefes republicanos, que encastillados en la vieja táctica defensiva y faltos de aspiraciones continentales, se satisfacían con pequeñas victorias de tipo local y no consideraban prudente ni necesario colaborar en la defensa de la causa republicana entre sus vecinos. La primera de estas pugnas se le presentó a Bolívar con el Coronel Manuel Castillo, hombre vacuo, vanidoso y bajo cuyo mando estaban los puestos militares fronterizos de la Provincia de Tunja, acantonados en Piedecuesta, muy cerca de Pamplona, hacia donde el Coronel Correa avanzaba con ímpetu avasallador.

La diferencia surgió porque el plan de Bolívar era avanzar conjuntamente sobre Cúcuta, donde estaba el grueso de las fuerzas realistas, se podía librar una batalla decisiva y colocarse cerca del camino de San Antonio, vía lógica de invasión a Venezuela; Castillo, en cambio, prefería inmovilizar sus tropas en la provincia de Pamplona y proponía al caraqueño se trasladara a Salazar, mientras él desde Piedecuesta se acercaba a Cucutilla para formar una triple línea defensiva que protegiera a la Nueva Granada de la amenaza realista. En el proyecto de Castillo el encuentro con Correa sólo ocurriría en el caso de su avance sobre Pamplona, circunstancia que lo distanciaba de Bolívar, cuya ambición era destruir en el territorio mismo de Venezuela las fuerzas que desde Caracas hasta Mérida estaba disponiendo Monteverde para iniciar campaña sobre la Nueva Granada, y de las cuales los contingentes de Correa eran simple avanzada. "La suerte de la Nueva Granada —decía Bolívar— está íntimamente ligada con la de Venezuela: si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará tam-

bién, porque la esclavitud es una gangrena que empieza por una parte y si no se corta, se comunica al todo y perece el cuerpo entero."

Bolívar comprendió desde el primer momento las dificultades de un acuerdo y despreocupándose de las objeciones de Castillo, dividió el ejército en dos cuerpos y en busca del valle de Cúcuta comenzó a ascender por la serranía andina que separa la hoya del Magdalena de los sistemas hidrográficos cuyos cauces se dirigen al Orinoco y al lago de Maracaibo. Venció la primera resistencia enemiga el 22 de enero en el alto de La Aguada, avanzó sobre las posiciones españolas del río Zulia, lo cruzó, y cuando menos le esperaban los realistas se presentó en San Cayetano, donde un fuerte contingente de las tropas de Correa, después de reñido combate, le abandonó el campo dándole una victoria más. Bolívar permitió un descanso a sus hombres, reparó su artillería y se preparó a iniciar la parte más difícil de la campaña: la invasión del valle de San José de Cúcuta, hacia donde se encaminó dos días después. De tal manera, el 28 de febrero, desde las alturas que lo dominan, pudo contemplar los apresurados movimientos de tropas ordenados por el coronel Correa para librar allí una batalla decisiva.

Cuando penetró en el valle, las fuerzas realistas se lanzaron a un movimiento que intentó ser envolvente, pero sólo alcanzó a producir su dispersión ante el formidable empuje del ejército republicano. Correa cambió de táctica y para detener a Bolívar en su rápido avance hacia Cúcuta, ordenó a sus tropas tomar las alturas situadas a la izquierda de los patriotas, desde las cuales parecía fácil amenazarlos seriamente. Se trabó entonces un nutrido tiroteo durante algunas horas, muy favorable para los realistas, gracias a sus posiciones. Para evitar sus devastadores efectos, Bolívar envió el centro de sus fuerzas, a órdenes del Coronel José Félix Rivas, a tomar las alturas, y Rivas, en una gloriosa carga de bayoneta, desalojó a los españoles y provocó su desbandada general, que le entregó el campo y la ciudad de Cúcuta a las armas republicanas, mientras Correa escapaba velozmente hacia La Grita, abandonando el territorio granadino.

La noticia de la victoria causó en el Congreso de Tunja enorme entusiasmo y profunda sorpresa; sorpresa porque en él habían influído mucho los informes de Castillo, en los que acusaba a Bolívar de incapaz, de despilfarrador y, sobre todo, de querer arriesgar en empresas quiméricas las tropas granadinas. "Ya tiene Vuestra Excelencia —decía Bolívar al Presidente del Congreso— terminada la campaña de Cúcuta y libertada una bella porción de la Nueva Granada de los tiranos que la asclaban. **Ahora sólo nos resta vencer a los opresores de Venezuela** que yo espero serán bien pronto exterminados, como lo han sido los de Santa Marta y Pamplona, que en pocos

días se han visto arrancar el cetro de hierro con que abrumaban estos Estados."

Alcanzado este extraordinario suceso para sus armas y colmado de honores por el Congreso, que le nombró Ciudadano de la Nueva Granada y Brigadier General del Ejército de la Unión, Bolívar envió un comisionado especial a los Legisladores, con la misión de obtener su permiso para comenzar la campaña de Venezuela. El 7 de mayo recibió en Cúcuta la ambicionada autorizacion, no tan amplia como él la deseaba, pues sólo le facultaba para libertar las provincias fronterizas de Mérida y Trujillo, pero suficiente para comenzar la ejecución de sus planes. Después de prestar, ante el Cabildo de San José de Cúcuta, solemne juramento de obediencia al Congreso de la Nueva Granada, cuyas tropas, inclusive las de Castillo, quedaban bajo su mando, avanzó hacia el pueblecito de San Antonio, donde debían reunirse todos los contingentes militares de la frontera para iniciar la marcha en territorio enemigo.

Hacía seis meses que Simón Bolívar, el vencido de Puerto Cabello, había salido de Caracas con un pasaporte expedido por Monteverde despectivamente, por no considerarle persona peligrosa para la causa realista. Y ahora, al frente de las tropas granadinas, este mismo joven iba a disputarle el dominio de Venezuela en una lucha que América presenciaría con asombro, pero que en esos días se juzgaba por muchos con escepticismo, pues para derrotar a los 5 ó 6 mil hombres que Monteverde tenía escalonados desde Caracas hasta las fronteras granadinas, Bolívar solamente contaba con un ejército que escasamente pasaba de 700 hombres. Pero ya nada podía detener al caraqueño en esta empresa heroica a la cual lo animaba una ciega seguridad en el triunfo. Ante las tropas reunidas en San Antonio, en el momento de abrir la marcha, hizo leer la siguiente proclama, que era su inmortal cartel de reto a Monteverde:

"Soldados del Ejército de Cartagena y de la Unión:

"Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela, que ve respirar ya una de sus villas al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera, que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida. Vosotros, fieles republicanos, marcharéis a redimir la cuna de la independencia colombiana, como las cruzadas libertaron a Jerusalén, cuna del cristianismo.

"Yo he tenido la honra de combatir a vuestro lado, conozco los sentimientos magnánimos que os animan en favor de vuestros hermanos esclavizados, a quienes pueden únicamente dar salud. vida y libertad, vuestros temibles brazos y vuestros pechos aguerridos. El

sólo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela, las bandas españolas, como se discipan las tinieblas delante de los rayos del sol.

"¡La América entera espera su libertad y salvación de vosotros impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión! No, su confianza no es vana y Venezuela bien pronto verá clavar vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y La Guaira.

"Corred a colmaos de gloria adquiriendo el sublime renombre de Libertadores de Venezuela."

Capitulo X

LA CONCIENCIA AMERICANA

"Conozco las vías de la victoria."
SIMON BOLIVAR

Frente a Monteverde.—Francisco de Paula Santander.—La audacia vence al número.—Los españoles desencadenan la lucha de razas. La guerra a muerte, sangrienta génesis de la conciencia americana.—Campaña Admirable.—Josefina Machado.—Los caudillos del oriente venezolano.

Error fundamental de Miranda en Venezuela fué pensar que las guerras de clases pueden concluirse por simples armisticios, como se concluyen las guerras ordinarias. No tuvo en cuenta que, dada la manera como esta contienda había afectado la estructura misma de la sociedad, la celebración de la paz sólo podía conducir a la continuación de la guerra pero adoptando formas y modalidades distintas. "Tal era —dice Bolívar— el infeliz estado de Caracas, cuando reventó en los valles de la Costa, al Este, la revolución de los negros, libres y esclavos, provocada, auxiliada y sostenida por los emisarios de Monteverde. Esta gente inhumana y atroz, cebándose en la sangre y bienes de los patriotas, de que se les dió una lista en Curiepe y Cansagua, marchando contra el vecindario de Caracas, cometieron en aquellos valles y, especialmente, en el pueblo de Guatire los más horrendos asesinatos, robos, violencias y devastaciones. Los rendidos, los pacíficos labradores, los hombres más honrados, morían a pistolazos y sablazos, o eran azotados bárbaramente aún después de haberse publicado el armisticio. Por todas partes corría la sangre y los cadáveres eran el ornato de las plazas y calles de Guatire, Calabozo, San

Juan de los Morros y otros pueblos habitados por gente labradora y pacífica que, lejos de haber tomado las armas, huían al acercarse las tropas a los montes, de donde los conducían atados para quitarles la vida sin más formalidad, audiencia o juicio que hacerlos hincar de rodillas. Cualquier oficial o soldado estaba autorizado para dar impunemente muerte al que juzgaba patriota o tenía que robar..."

Esta alianza entre peninsulares y los estratos no privilegiados de la sociedad venezolana, fué posible porque los españoles constituían en la Costa Firme no una clase social sino una casta política, que vivía usufructuando los gajes y prebendas de la Administración colonial, sin tener hondas vinculaciones con la economía venezolana y las relaciones sociales propias de esa economía. Por ser una burocracia privilegiada, sin raíces en la estructura íntima de la comunidad, pudo fomentar impunemente en Venezuela esa terrible lucha de razas y de clases, que le permitiría ganarse el apoyo de la gran mayoría de la población y crear rápidamente el ejército que Monteverde ambicionaba conducir a la Nueva Granada para reconquistarla.

De tal manera, cuando Bolívar daba por terminada la conquista del Valle de Cúcuta, en todo el occidente venezolano los capitanes de Monteverde ocupaban las posiciones que habrían de permitirles un avance ordenado y eficaz desde la provincia de Caracas hasta las regiones limítrofes con la Nueva Granada, donde en esos días actuaban las avanzadas de esta vasta organización, al mando del Brigadier Correa.

Al abrir Bolívar su marcha en territorio venezolano, las formaciones enemigas presentaban la siguiente disposición: en Trujillo acampaba el Capitán Cañas con 500 hombres; en las montañas de Barquisimeto el Capitán Oberto con 1.000 infantes; y en la provincia de Coro, activos oficiales de reclutamiento formaban nuevos cuerpos, destinados a incrementar los regimientos que Monteverde aspiraba a conducir a tierras granadinas. Hacia Oriente, en Guasdalito, Yáñez disponía de 900 hombres; en Barinas, Tizcar esperaba órdenes con 1.500 y a San Carlos llegaba el Capitán Izquierdo con 1.200 soldados. Este conjunto de fuerzas disponía de una notoria superioridad numérica sobre los modestos efectivos militares de Bolívar, cuya única esperanza residía en evitar, por la celeridad de sus ataques iniciales, el proceso de concentración ya muy avanzado del enemigo.

Con la mira de oponerse a la primera concentración previsible, la de Correa, Yáñez y Tizcar en la Grita, ordenó a Castillo avanzar sobre esta población y tratar de destruir a Correa o, por lo menos, obligarle a dirigirse hacia el Lago de Maracaibo. Castillo, después de largas demoras, empleadas en enviar nuevos informes contra Bolívar al Congreso de Tunja, ejecutó la operación ordenada y después de rápido combate en las alturas cercanas a La Grita, la suerte se

inclinó en su favor, gracias a la habilidad del sargento mayor Francisco de Paula Santander, quien con oportuna intervención decidió el combate. Llegadas las cosas a este estado, Castillo y los oficiales granadinos anunciaron de nuevo su propósito de no continuar adelante, por considerar verdadera locura internarse en un territorio hostil a los republicanos y dominado por un ejército notoriamente superior. El Congreso, sin embargo, no desautorizó a Bolívar; Castillo presentó entonces renuncia y dejó el mando a Baraya, que identificado con sus opiniones, también dimitió; de tal manera las tropas confederales quedaron a órdenes del sargento mayor Francisco de Paula Santander, hasta la llegada de Bolívar a La Grita. Así se encontraron por primera vez estos dos hombres, cuya amistad tendría tan favorables consecuencias para la causa republicana y cuyo final rompimiento le sería fatal.

Francisco de Paula Santander contaba entonces veintiún años, pero ya había logrado altas distinciones por sus servicios a la República. Desde muy joven sus padres le enviaron a Santa Fe, donde gracias a una beca pudo adelantar estudios superiores en el Colegio de San Bartolomé. En las profundas divisiones que ocurrieron en la Nueva Granada, después del 20 de julio, entre federalistas y centralistas, Santander se unió en los primeros tiempos al partido federalista, en cuyas fuerzas militares desempeñó cargos administrativos de importancia. Estas contiendas, sin embargo, no apasionaron a Santander, quien a pesar de figurar en los ejércitos federales, nunca fue decidido federalista. Cuando todos pensaban en las distintas formas de organización política —en el Federalismo y el Centralismo—, ante la guerra civil, la anarquía y la insurrección que reinaban en todas partes, él se planteó y procuró resolver un problema no menos importante para las nuevas naciones: ¿Cómo lograr que las sociedades emancipadas del poder español no confundieran la libertad con la anarquía, la república con el desgobierno, el respeto a los derechos del individuo con el desorden colectivo?

Si en su espíritu no hubiera existido gran entusiasmo por la libertad, el espectáculo del desorden que presentaban entonces las sociedades americanas, hubieran conducido fácilmente a este hombre de orden por instinto y por educación, a pensar, como lo hicieron tantos de sus contemporáneos, que sólo una autoridad fuerte e ilimitada podía revivir la paz que durante 300 años gozaron los pueblos americanos bajo el régimen colonial. Pero Santander, ayudado por sus sólidos conocimientos en Derecho, no tardó en concluír que el orden debía encontrarse en el acatamiento a la ley, norma abstracta e impersonal que armoniza las voluntades hacia fines comunes justos. La lucha de toda su vida será obligar a sus compatriotas a obedecer a

las leyes y no a los hombres. Equivocados resultan quienes juzgan a Santander partidario de un Estado débil e impotente; Santander fué liberal no por su deseo de debilitar al Estado, sino por su ambición de que el Estado fuera fuerte, no por la voluntad arbitraria de quien lo ejerciera, sino porque la ley expresamente lo constituyera como tal. Que su fortaleza surgiera de su legalidad y no del querer caprichoso de hombre alguno, fue la creencia que caló hondamente en su espíritu, pues sus estudios jurídicos le hicieron ver en la ley la mejor senda para establecer en América una autoridad sólida pero no despótica.

Sin embargo, al igual que la mayoría de los jefes granadinos, Santander pensaba entonces que dada la insignificancia de las fuerzas de Bolívar, era locura intentar con ellas la conquista de Venezuela; y cuando en virtud de las renuncias de Castillo y de Ricaurte las tropas de la frontera quedaron bajo su mando, en forma no por diplomática menos clara, procuró informarle del lamentable estado de las mismas, con la evidente intención de disuadirle de un propósito considerado por él irrealizable. "El mes de mayo —le dice en una carta— entra mañana y no hay un solo real para la tropa ni quien pueda prestarlo. Hoy mismo he tenido que dar unos tabacos a un oficial, que me significó que ni tenía de este género, ni tenía medio real para comprarlos. Lo aviso todo a usted para su gobierno, y para que ni extrañe una deserción general."

Obrando Bolívar de acuerdo con estos antecedentes, no bien llegó a La Grita dejó a Santander encargado de la guarnición de la frontera y con su maravillosa facultad para juzgar a los hombres escogió para los más altos mandos a cuatro de sus oficiales, quienes no tardarían en justificar las fundadas esperanzas que depositó en ellos: a los granadinos Girardot y D'Elhuyar y a los venezolanos Rafael Urdaneta y José Félix Rivas. Entonces abrió la campaña sobre Mérida y Trujillo, cuyas guarniciones no lograron presentar resistencia efectiva al impulso inicial de las tropas republicanas.

Estos rápidos éxitos no borraron de la mente de Bolívar el hecho que daba una especial característica a su audaz empresa: la marcada minoría numérica de sus tropas frente a las que disponía Monteverde desde San Carlos a Caracas. En tal virtud, al llegar a Trujillo y después de disponer la salida de Girardot en persecución de las fuerzas del capitán Cañas, se dedicó principalmente a activar el reclutamiento. "A nombre del General en Jefe —decía la proclama de uno de sus oficiales— y del Soberano Gobierno de la Nueva Granada, ofrezco indulto y garantía a todos los soldados dispersos del ya exterminado ejército de Correa y a los que se presenten con su fusil, bayoneta y fornitura, la gratificación de cuatro pesos."

Varios días pasó Bolívar entregado con febril actividad a esta labor, pero al cabo de ellos pudo constatar la amarga realidad que a Miranda causó mortal desaliento: la falta de cooperación de los pueblos a la causa republicana. En Trujillo, no existía el entusiasmo de las juventudes granadinas y los campesinos huían a los bosques vecinos para evitar se les reclutara. Ni víveres, ni bestias, ni armas, ni soldados les fué posible conseguir a las tropas republicanas, pues la población se encargaba de esconderlo todo, presentando una resistencia pasiva a los esfuerzos de los oficiales.

Si Bolívar hubiera padecido del pesimismo de Miranda, al comprobar, como pudo hacerlo en Trujillo, esta grave situación, habría abandonado la empresa, como se lo aconsejaban muchos de sus colaboradores. Pero en este momento —que no vacilamos en calificar como uno de los más decisivos de su vida—, Bolívar, "el hombre de las dificultades", en un despliegue extraordinario de vitalidad y entusiasmo, se nos revela más digno que nunca del glorioso destino que le esperaba.

En los anales de la Humanidad muchos grandes hombres han sintetizado antiguas fuerzas sociales en marcha, y conquistado la gloria por su poder de asimilación de un gran proceso colectivo; pero muy pocos han logrado, y ni siquiera intentado, crear casi de la nada un movimiento histórico, como de este momento en adelante se propone hacerlo Bolívar. En Trujillo, ante la inutilidad de sus esfuerzos para formar unos batallones, naufraga tristemente su fe en el apoyo de los pueblos a la causa de la independencia y en el dolor que esta desilusión deja en su espíritu, se engendra la tremenda energía humana que le conducirá a la empresa histórica de crear **la conciencia americana.**

La propagación de las ideas revolucionarias francesas, considerada por muchos historiadores como el factor decisivo del movimiento emancipador, sólo había llegado en 1813 a una capa superficial y muy poco numerosa de la población, que en su mayoría permanecía distante de ellas o participaba activamente en la represión realista. La conciencia americana, como afirmación espiritual frente a España no existía, porque americanos no se llamaban con orgullo sino una pequeña minoría de blancos criollos y esa conciencia, como bien lo comprendió Bolívar, no se formaría hasta que un obstáculo poderoso y profundo se interpusiera entre las Colonias y la Metrópoli. ¡Que triunfaran las tormentas del odio donde habían fracasado las luces de la libertad! —fue la dolorosa conclusión a que llegó en Trujillo, y le llevó a dictar el terrible decreto de Guerra a Muerte, firmado en esta ciudad el 15 de junio de 1813: "Españoles y Canarios —decía en la proclama que lo acompañó—: contad con la muerte aun siendo

indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables."

Ninguna de las providencias de Bolívar ha sido tan mal interpretada como ésta. Para algunos historiadores la "guerra a muerte" fué simple acto de represalia contra los fusilamientos y bárbaros sistemas de represión empleados por los españoles y para otros una crueldad inútil y primitiva, imposible de defender ni justificar ante la historia. Nada más distante de la verdad que tales aseveraciones. La guerra a muerte ni fué inútil ni fué simple represalia. Este decreto, cuya consecuencia —como dice Bolívar—, era la muerte para los españoles y la vida para los americanos, no podía ser simple represalia, pues en tal hipótesis no se explicaría la concesión hecha a los americanos incorporados a las filas españolas. "Y vosotros americanos —dice el Decreto— que el error o la perfidia os han extraviado de las sendas de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos, en la íntima persuación de que vosotros no podéis ser culpables y que sólo la ceguedad y la ignorancia en que os han tenido hasta el presente los autores de vuestros crímenes, han podido induciros a ellos. No temáis la espada que viene a vengaros y a cortar los lazos ignominiosos con que os ligan a su suerte vuestros verdugos. **Contad con la inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades; el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia... Esta amnistía se extiende hasta los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía;** y será tan religiosamente cumplida, que ninguna razón, causa o pretexto será suficiente para obligarnos a quebrantar nuestra **oferta, por grandes y extraordinarios que sean los motivos que nos déis para nuestra animadversión.**"

El deseo evidente de establecer una situación privilegiada para los americanos, aunque fueran enemigos, y una guerra sin cuartel contra los españoles, así fueran indiferentes, revela muy a las claras el propósito de Bolívar de crear un abismo de sangre entre España y América, en el cual se engendrará la **conciencia americana** frente a la Metrópoli. A la lucha de razas y de castas desatada por los caudillos españoles, que había hecho de la guerra de emancipación una guerra civil entre americanos, Bolívar contestaba con la Guerra a Muerte, destinada a transformar la lucha en una mortal contienda entre españoles y americanos, a unificar al Nuevo Mundo frente a la Metrópoli conquistadora.

Que esta forma de guerra obedeció a la necesidad de establecer un abismo de sangre entre España y América, para poner término al engrosamiento progresivo de las tropas realistas con nativos del Continente, y evitar el paso de desertores de las fuerzas republi-

canas a las del monarca hispánico, lo demuestra la misma afirmación de Bolívar, quien en carta a Santander el 1º de noviembre de 1819 le decía: "Las grandes medidas, para sostener una empresa sin recursos, son indispensables aunque terribles. Recuerde usted los violentos resortes que he tenido que mover para lograr los pocos sucesos que nos tienen con vida. **Para comprometer cuatro guerrillas, que han contribuído a libertarnos, fué necesario declarar la Guerra a Muerte...**"

Tal sería la dolorosa misión de Venezuela en la magna empresa de la emancipación: convertirse en el sangriento crisol donde los odios elevados al rojo engendrarían esas tremendas pasiones humanas, que por su violencia elemental servirían de sangrientos pilares al edificio de la **conciencia americana**; ser la terrible escuela donde se formarían los hombres que al no poder decidir la guerra en los campos atormentados de Venezuela, conducirían las tropas granadinas a las campañas decisivas de la libertad americana.

En estas circunstancias recibió Bolívar, en su Cuartel General de Trujillo, la noticia del decisivo triunfo de Girardot en el sitio denominado Agua de Obispos, donde las tropas del Capitán Cañas fueron totalmente destrozadas. Este éxito le permitió comenzar la campaña sobre Barinas, cuyo dominio se decidió en la acción de las Mesitas —cerca de Niquitao— donde Rivas aniquiló el grueso de las fuerzas de Tizcar.

Hasta el momento, Bolívar se había aprovechado, por medio de campañas realizadas con rapidez asombrosa, de la sorpresa sufrida por las tropas de Monteverde, cuyos jefes nunca creyeron posible un ataque con los escasos efectivos de que disponían los patriotas y no alcanzaron a coordinar sus esfuerzos, para realizar una concentración capaz de impedir las audaces operaciones del caraqueño. Pero cuando éste tomó a Barinas, Monteverde pudo apreciar el peligro que le amenazaba y ordenó a Oberto —situado con 1.000 hombres en Barquisimeto— y a Izquierdo —quien contaba con 1.200 en San Carlos—, reunirse en Araure para cerrar el paso al invasor. Noticiado Bolívar de los propósitos del enemigo, dividió sus tropas en dos grandes alas, dió instrucciones a Rivas de seguir por los caminos que corren al pie de la cordillera hacia Tocuyo, para evitar el avance de Oberto, y él, acompañado de Girardot y Urdaneta, con el resto de las tropas, avanzó por los linderos de los llanos en dirección a San Carlos, donde estaba acantonado Izquierdo. Frente al plan de Monteverde, que buscaba una rápida concentración en Araure para detenerle, Bolívar desarrollaba una eficaz táctica destinada a evitar esa reunión y batir a las fuerzas españolas por separado.

Y no tardó mucho en tener noticia del triunfo de los Horcones, donde el heroico Rivas logró obligar a Oberto a combatir y en acción

la más sangrienta de la campaña, inutilizar la totalidad de las fuerzas con las cuales Monteverde esperaba defender la provincia de Caracas. Bolívar apresuró entonces su avance sobre San Carlos, que Izquierdo, aterrorizado por la derrota de Oberto, le abandonó para dirigirse a Valencia. Resuelto a no darle tiempo de organizarse, ni de recibir ayuda de Monteverde, Bolívar dejó a San Carlos, siguió por el camino de Valencia hacia Tinaquillo y le alcanzó en la Sabana de los Taguanes, donde las tropas republicanas, dirigidas personalmente por el caraqueño, alcanzaron un nuevo y decisivo triunfo. "La intrepidez de nuestras tropas —decía en su informe al Congreso de Tunja— produjo a los españoles el pavor; inmediatamente emprendieron su retirada ordenada y la sostuvieron por espacio de seis horas, hasta que, viendo que nuestra caballería casi los cortaba, se introdujo el desorden, empezó la disolución y a las dos horas de persecución ya teníamos en nuestro poder muchos prisioneros, porción de fusiles, cartuchos y pertrechos que dejaban en el campo. Toda la tarde duró la acción en que murieron muchos españoles, entre ellos seis de sus mejores oficiales, uno de estos el comandante Izquierdo; perdieron toda su infantería, que quedó dispersa por los bosques o prisionera o pasada a nosotros, pudiendo asegurar a vuestra señoría que no escapó ni un solo infante." ¡La "guerra a muerte" comenzaba así su terrible misión de exterminio!

Al saber Monteverde, ya próximo a Valencia, el resultado del encuentro, considerando perdida a Caracas contramarchó hacia Puerto Cabello; la capital quedó en manos de su segundo, don Manuel Fierro, quien se apresuró a enviar emisarios de paz, escogiéndolos con indudable habilidad y acierto, pues designó al Marqués de la Casa de León y a don Francisco Iturbe, protector y amigo incomparable de Bolívar. Este les esperó en La Victoria, donde hacía seis meses Miranda había conocido las insolentes condiciones de paz de Monteverde —ahora encerrado en las fortalezas de Puerto Cabello—, y les recibió en medio de sus tropas, con cierta pompa y ceremonia, que tuvo su momento culminante cuando visiblemente emocionados Bolívar e Iturbe se abrazaron.

Terminadas las negociaciones del armisticio, cuyos desarrollos se cumplieron dentro de una amplia cordialidad —a pesar de que a Bolívar le fué imposible aceptar la mayoría de las condiciones propuestas por los emisarios del jefe español —el vencedor se dirigió a Caracas. "La entrada de Bolívar a Caracas el 4 de agosto de 1813 —dice Duconndray-Holstein— fué tan brillante como gloriosa. Las mujeres venían a coronar a su Libertador y cubrían las calles por donde debía pasar de montes de flores y de ramas de laurel y olivo. Las aclamaciones de millares de personas se mezclaban al estruendo

de la artillería, a los repiques de las campanas y a los acordes de las músicas marciales. Se abrieron las prisiones y las infortunadas víctimas de la libertad, con sus rostros pálidos y demacrados, parecían espectros que habían dejado las tumbas. Antes de la llegada de Bolívar se había preparado un carro regio y triunfal, semejante a aquellos de que se servían los cónsules romanos al regreso de una campaña gloriosa... Bolívar iba de pie en el carro, la cabeza desnuda, vestido de gran uniforme y llevaba en la mano un bastón como insignia de mando."

Durante las ceremonias cumplidas frente a la Casa de la Municipalidad, en las que doce bellas jóvenes caraqueñas le coronaron de laureles, Bolívar pudo notar el peculiar interés de que era objeto por parte de una de sus agasajantes. Atraída en esta forma su atención, Bolívar siguió con cuidado sus graciosos movimientos y ademanes, aislándose con demasiada frecuencia del bullicio que le rodeaba. Era Josefina Machado morena, de regular estatura y de cabello negro, y si no se podía, con justicia, considerarla mujer muy bella, su cuerpo, cuyas formas tenían cierta tenue y excitante afinidad con los sentidos, su boca grande y carnosa, que sabía reír con una alegría contagiosa y sensual y sus ojos, dotados de una movilidad inquietante, se reunían para comunicarle ese encanto poderoso que irradian las naturalezas plenas de vitalidad.

Desde muy temprano para su alma, la señorita Machado se vió colocada, en el complejo mundo de su ciudad natal, en ese inestable y peligroso límite desde el cual se alcanzan a apreciar los encantos de las elevadas posiciones sociales, pero se carece, de acuerdo con los convencionalismos, de la totalidad de los derechos para vivir en ellas. Su juventud se desarrolló en obligado contacto con esos rechazos frecuentes en los medios sociales agudamente jerarquizados y tan dolorosos para los espíritus que buscan campos más vastos de actividad, porque se sienten capaces de no desentonar en ellos. Poco pudo prepararse, pues, para gozar de los pequeños gustos que proporciona toda vida normal y de su alma se fue apoderando un sentimiento de insatisfacción, cuyo amargo sabor la tornó solitaria y soberbia para sufrir.

Las pasiones fuertes de esta naturaleza vitalmente sana, al despertarse con su juventud, le descubrieron en un principio el camino hacia inesperadas felicidades, llevándola hasta extremos que alma menos atormentada, no hubiera recorrido con tan candorosa precipitación; pero después, desilusionada, herida por los desengaños, se llenó de reserva y frialdad, hasta mirar con hostilidad el mundo que la rodeaba y presentarse ante él en actitud de batalla, que ponía una cierta agresividad, no desprovista de encanto, al calor emotivo de su

naturaleza tropical. Talvez por eso se sintió más cómoda en los trastornos y cambios sociales ocasionados por la insurrección americana, como si su temperamento encontrara expansión en el derrumbe de un mundo en cuyas jerarquías y normas no tenía cabida. Su espíritu llegó a identificarse con la suerte de la causa revolucionaria y en él, con dramática intensidad, se reflejaron las desventuras y los triunfos de esa causa. "Era —decía de ella Duarte Level— el embrión de una heroína imbuída por las grandes ideas de la antigüedad."

Cuando se enteró de los éxitos de Bolívar y de su proximidad a Caracas, quiso conocerle, no porque este hombre despertara su entusiasmo de mujer, sino porque pensó encontrar a la sombra de sus victorias una oportunidad para el triunfo de su vanidad herida y de sus ambiciones de heroína revolucionaria. Aquella noche, mientras rememoraba las escenas de la recepción, no podía menos de sonreír satisfecha al acordarse del interés que despertó en el héroe. Segura de sus deseos y ajena a toda profunda emoción afectiva susceptible de hacerlos confusos, se interrogaba sobre la suerte que le depararía el porvenir en esta aventura, cuya continuación dependía de que Bolívar quisiera llevarla adelante.

La forma como se iniciaron estas relaciones, debía conducir a Josefina Machado a dar más de lo que pensó, para no perder la partida en este sutil juego, en el cual la embarcó su vanidad. Porque las complicaciones de la Guerra a Muerte, los tremendos problemas de la organización del Estado venezolano y el predominio tan marcado como explicable de su voluntad, habían creado en esos momentos en Bolívar el ánimo psicológico del hombre que toma lo que quiere, que no tiene tiempo para rogar ni para comprender la necesidad de hacerlo.

Bolívar llegó a ella sin ser amado pero convencido de que lo era, porque su carácter optimista no podía aceptar, en esos momentos de gloria, una duda de tal naturaleza; esta seguridad le llevó a desplegar espontáneamente todo el magnetismo de su seductora personalidad, el cual caló muy hondo en el alma de Josefina, quien en su entrega supo comunicar a Bolívar el encanto de inolvidables embriagueces, que habrían de convertir en pasión profunda para los dos esta fugaz exaltación de los sentidos, este transitorio juego de vanidades. Dueña de la confianza de Bolívar, Josefina participó en la solución y manejo de importantes negocios del Estado, mucho más eficazmente de lo que dijeron los innumerables críticos que se ganó, por la franqueza de su carácter y la firmeza con que defendía a sus amigos y combatía a sus enemigos. Ducondry-Holstein, adversario implacable del héroe, escribió en sus "Memorias": "Bolívar pagó tributo al temperamento nacional, y, como la mayor parte de sus compatriotas, perdió a me-

nudo tiempos preciosos en las alcobas de sus numerosas queridas; se le acusaba también de haber permanecido algunas veces días enteros acostado en su hamaca, en medio de una multitud de aduladores... Los más importantes negocios estuvieron en las manos de sus aduladores, especialmente en las de la señorita Josefina, su conocida querida, mujer intrigante y vengativa. Yo he visto más de cien veces a esta sirena y debo confesar que no me explico la predilección del Dictador por ella. Sus amores con Josefina duraron, sin embargo, hasta 1819."



Después de la capitulación de Miranda, muchos de los comprometidos en el movimiento revolucionario del 19 de abril, esperanzados en la aparente solidaridad manifestada por los ingleses de las islas vecinas, se refugiaron en Trinidad, confiados en encontrar en ella simpatía para las ideas que les habían convertido en asilados. Al frente de este grupo figuraban dos hombres, cuyo destacado papel en la guerra de emancipación venezolana, se oscurecería con las sombras de injustificables personalismos: Santiago Mariño y José Francisco Bermúdez.

Mariño, quien por su talento, su arrojo personal y su extraordinaria simpatía en el trato con los hombres, fue considerado desde el primer momento como el jefe de aquel pequeño grupo de exilados, era hijo de ricos hacendados de la isla de Margarita, dueños de extensas propiedades en ella y en el oriente de Venezuela. Por su fortuna contó siempre con gran influencia en las poblaciones orientales y desde los primeros días de la revuelta americana figuró destacadamente en sus filas; cuando Miranda se negó en 1812 a reconocer el título de Coronel a Bolívar, no vaciló en otorgárselo a Mariño, en quien adivinó las sobresalientes dotes de caudillo y de jefe militar que no tardaría en demostrar. Bermúdez, en cambio, si carecía del talento de Mariño, en nada le cedía en fiereza y valor personal, ni en esa facultad, mitad audacia, mitad astucia, que habría de caracterizarle en la conducción de las tropas patriotas en Oriente. Su sable gigantesco, que se conserva aún, demuestra cuán grandes fueron las energías musculares de este fiero soldado de la República.

Estos hombres, arrojados por los éxitos de Monteverde a la isla de Trinidad, no encontraron allí la simpatía esperada. Deseoso el Gobierno británico de mantener sus buenas relaciones con España, nación que tan efectivamente estaba cooperando a la derrota de Napoleón, había ordenado a sus funcionarios en las colonias del Mar Caribe, abstenerse de manifestar cualquier clase de simpatías "ofi-

ciales" por los rebeldes americanos, recomendación que el Gobernador de Trinidad, Sir Ralph Woordford, llevaba entonces hasta verdaderos extremos de intolerancia. Así lo demuestra, por ejemplo, una de las comunicaciones dirigidas por el Gobernador británico al jefe de los exilados, comunicación que empezaba así: "A Santiago Mariño, General de los insurgentes de la Costa Firme." A lo cual justamente contestó Mariño: "Cualquiera que haya sido la intención de V. E. al llamarme insurgente estoy muy lejos de considerar deshonroso el epíteto cuando recuerdo que con él denominaron los ingleses a Washington."

Obligados por la desesperación y ayudados por su probado valor, Mariño y compañeros resolvieron lanzarse a la audaz empresa de regresar a Venezuela, para disputarle a Monteverde el dominio de su patria. Cuarenta y cinco hombres, en una humilde goleta, se dirigieron al islote de Chacachare, donde Mariño, en su retirada de 1812 había escondido algunos fusiles y un pequeño parque; allí, Bermúdez asumió el mando de una parte de los emigrados y Mariño se dirigió con el resto a Guiria. Dueño de esta base de reclutamiento después de afortunadas operaciones, sus tropas se incrementaron considerablemente y en una extraordinaria campaña contra el feroz Antoñazas se apoderó de Cumaná, capital de las provincias orientales. Entonces supo el avance de Bolívar sobre Caracas y recibió comunicaciones suyas en las cuales le invitaba a marchar sobre la capital para ocuparla conjuntamente.

Mariño empieza a revelarse como el caudillo local, cuyas aspiraciones se circunscribían a constituir un feudo personal en el Oriente venezolano. Temeroso de la influencia de Bolívar, prefiere limitar sus actividades a las tierras que domina y renuncia a aceptar una colaboración en la cual no está seguro de ser el jefe. Igualmente piensan Bermúdez y el resto de sus oficiales, quienes no vacilan en secundar su propósito de mantener al oriente aislado de la gran batalla que se estaba librando entre Bolívar y Monteverde. A todas las invitaciones de Bolívar para constituir un Gobierno central y único en Venezuela, contesta con evasivas primero, y manifestándole finalmente con franqueza su deseo de dividir a Venezuela y establecer dos gobiernos: uno en Cumaná y otro en Caracas. "Permítame V. E. —le dice Bolívar— responderle con la franqueza militar que debo usar con V. E., que no me parece propio retardar el establecimiento de un centro del poder para todas las provincias de Venezuela. . . Si constituímos dos poderes independientes, uno en el Oriente y otro en Occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación de tales y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida

con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. ¿Podremos pretender dividirla en dos?"

No tardaría, pues, en llegar el momento en que Bolívar, ante la imposibilidad de establecer una autoridad común para las fuerzas revolucionarias, se vería obligado a combatir a los españoles a través del único frente que dificultaba su total integración continental: la naturaleza abrupta de América. A buscar la unidad de la causa revolucionaria recorriendo miles de kilómetros, para obligar a los realistas a luchar en todas partes y crear con su presencia, en los lugares más distantes del Continente, la agrupación de fuerzas que las ambiciones de los caudillos republicanos no permitían realizar. Bien comprendieron los patriotas de Caracas la manera como la actividad continental de los republicanos dependía de la enorme vitalidad de Simón Bolívar y resolvieron rendir un homenaje imperecedero a este hombre, cuyo prestigio estaba adquiriendo perfiles sobresalientes en América. Reunidas las Municipalidades de Caracas y las más importantes personalidades de la ciudad en el Convento de San Francisco, cuya severa arquitectura constituía adecuado marco para este solemne acontecimiento, hicieron entrega a Bolívar de un Acta, copiosamente firmada, en la cual, además de confiarle la suprema autoridad de la Nación, le otorgaban el histórico título de **Libertador**. "Título —contestó Bolívar profundamente emocionado al recibir el Acta de manos de don Cristóbal de Mendoza—, más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra."

Capitulo XI

TOMAS BOVES

"Esta patria es caribe y no boba."
SIMON BOLIVAR

Intervención del llano.—Rebelión de las razas de color.—Tomás Boves y el exterminio de las minorías blancas.—Los caudillos populares de España.—La República cede terreno.—Incendio y saqueo. — La última resistencia. — San Mateo. — Batalla de la Puerta.—De nuevo hacia el destierro.

El doble triunfo de Bolívar y Mariño en el Norte de la Costa Firme, al obligar a la reacción española a buscar nuevos campos de operaciones, preparó la incorporación a la guerra de una inmensa parte de la nación venezolana, que hasta el momento había permanecido ajena e indiferente en la mortal contienda que se libraba en las zonas altas del país y en el litoral del Mar Caribe.

En los linderos del gran ramal de los Andes que forma el sistema orográfico de Venezuela y después de una zona no muy extensa, poblada de bosques, comienzan las praderas que los españoles denominaron "llanos", pues su falta de vegetación de gran tamaño y la ausencia de desigualdades considerables en el terreno, da a quellas enormes extensiones la apariencia de tranquilo océano de verdura, donde toda la naturaleza, inmóvil y silenciosa, permanece adormecida por el calor abrazador. Cuando soplan los vientos ecuatoriales, se inicia la estación de las lluvias y las llanuras se inundan, porque su escasa capa vegetal y el subsuelo de arcilla las hacen poco permeables; las aguas, por lo mismo, permanecen en la superficie, formando enormes lagos que ocultan el mismo lecho de los ríos. Al

aplacarse los vientos y disminuir las lluvias, las aguas se retiran lentamente, con excepción de las sabanas muy bajas, donde forman "esteros", durables hasta la época seca y de los grandes calores, en la cual la vegetación pierde su verdor, oleadas de polvo recorren la sabana y la vida se torna insoportable, inclusive para los reptiles y los grandes saurios.

Con anterioridad a la Conquista, los llanos estaban habitados en parte por pueblos indígenas de la gran rama de los caribes, cuyo carácter idómito y conocida ferocidad se habían agudizado en aquella naturaleza inclemente y falta de los medios que en las estepas de otros lugares de la tierra contribuyeron al progreso de sus habitantes, como los animales domésticos, propios para transporte y cuya carne y leche aumentan la vitalidad y vigorizan las funciones biológicas. "Si, según la variada distribución de los animales en el globo —dice Humboldt— hubiese podido existir la vida pastoral en el Nuevo Mundo; si antes de la llegada de los españoles hubiesen estado los llanos y las pampas colmados de esos numerosos rebaños de vacas y yeguas que hoy pacen allí, Colón hubiera encontrado la especie humana en un estado muy diferente. Pueblos pastores que se alimentan de leche y de queso, verdaderos nómades, hubieran recorrido esas vastas llanuras que se comunican unas con otras. Hubiéraseles visto, en la época de las grandes sequías, y aún en la de las inundaciones, combatir por la posesión de los apacentaderos, subsugarse mutuamente, y unidos por un común vínculo de costumbres, de lenguaje y de culto, elevarse a ese estado de semicivilización que en los pueblos de raza móngola y tártara nos sorprende. La América entonces, como el centro de Asia, habría tenido conquistadores que, ascendiendo de las llanuras sobre las altiplanicies de las cordilleras y abandonando la vida errante, habrían avasallado los pueblos civilizados del Perú y de la Nueva Granada, derribando el trono de los Incas y del Zaque y reemplazando el despotismo que engendra la teocracia por el despotismo que nace del gobierno patriarcal de los pueblos pastores."

Estas condiciones se modificaron con la Conquista. Los caballos y el ganado traídos de España y abandonados libremente en las grandes llanuras, no tardaron en adaptarse a ellas y con el tiempo formaron inmensos rebaños, que dieron nueva fisonomía a la vida económica de aquellas regiones. Tras de ellos se desplazó desde el Norte una importante corriente colonizadora, que después de choques iniciales con el elemento nativo, impuso una organización económica centralizada en los "hatos" y haciendas de los criollos y españoles.

Esta organización poco modificó la existencia de los llaneros. Alejados de la vida civilizada y en continuo contacto con los peligros de la naturaleza, no podían tener otra forma de asociación que la

ocasionada por el común peligro, incompatible con autoridad distinta del precario sometimiento al más valiente, al mejor dotado para la existencia en ese medio primitivo y salvaje. Semidesnudos, pues la mayoría sólo usaban un "tocuyo" y un inmenso sombrero de paja para resguardarse de los rayos del sol; sobre su caballo domado por ellos mismos, bebiendo aguas semidescompuestas y alimentándose de carne cruda y casi siempre sin sal, los llaneros recorrían las inmensas sabanas cuidando sus rebaños de ganado y de potros salvajes, protegiéndolos de las fieras, llevándolos a las partes altas en la estación de las lluvias y a los oásis en la época de los grandes calores y de la sequía, cuando las praderas se tornaban inmensos desiertos y el polvo hacía casi irrespirable el aire ardiente del llano.

En un principio la vida económica de estas regiones tuvo estrecho contacto con los centros poblados del Norte a través del comercio de cueros y la venta de ganado, cuya exportación, de acuerdo con las ordenanzas coloniales, se efectuaba preferentemente por las aduanas de Cumaná, Barcelona y Puerto Cabello; pero cuando los misioneros capuchinos y jesuítas abrieron a la civilización las regiones del bajo Orinoco, el comercio se fué desplazando por la vía del río, porque en aquellos territorios era relativamente fácil evadir el pago de los tributos. Ello dió origen a extraordinario incremento del contrabando y al aumento de las gentes que organizadas en partidas armadas, corrían los peligros propios de esta clase de comercio y llegaban hasta atacar los mismos "hatos" para robar el ganado, cuyos cueros vendían. Así, el llano se fué independizando insensiblemente de las provincias de la Sierra y del litoral, formándose en sus gentes un sentimiento de autonomía, muy natural en aquellos hombres crudamente individualistas, que a semejanza de los miembros de las tribus asiáticas recorrían las praderas, sin más ambición que su libertad; gentes que constituían una fuerza formidable, y que si hoy, dispersas, se disolvían en la inmensidad de la llanura, el día que se unificaran tras de un propósito capaz de interesar sus sentimientos primitivos, formarían la horda de nómadas que por falta de caballos no pudo existir antes de la conquista —como dice Humboldt—, pero que estaba allí, en la espera de un caudillo que les llevara a cumplir su destino de pueblos pastores, a ascender a la Sierra para avasallar con su violencia elemental a las poblaciones sedentarias de las altiplanicies, las cuales ofrecían placeres a sus cuerpos acostumbrados a todas las rudezas, botín a sus instintos de rapiña y aventuras a su índole valerosa y desprendida de la vida.

Cuando Cagigal, en 1813, abandonó a Barcelona para no quedar encerrado entre las fuerzas de Bolívar y Mariño, en pos suya y como uno de sus oficiales, iba un hombre cuyo extraño destino sería, pre-

cisamente, convertirse en el esperado caudillo de las hordas llaneras: José Tomás Rodríguez Boves. Su cuerpo de estatura mediana, poderosamente musculado y ágil, sostenía una gran cabeza, cuya frente amplia y chata, hablaba de esa inteligencia suya, iluminada por fulgores primitivos. Los rasgos de su rostro, impregnados de sombría fiereza, presentaban una extraña hermosura varonil; en sus ojos azules e inquietos, su mirada brillaba con avasallador magnetismo, y en el corte de su boca, a la que hacía marco una escasa barba de tinte rojizo, se esbozaba frecuentemente un gesto cruel y despectivo.

Boves nació en España, en la ciudad de Oviedo, en 1783, es decir, el mismo año que Simón Bolívar. A muy temprana edad adelantó estudios navales en el Real Instituto Asturiano y en calidad de piloto pasó a América, a Puerto Cabello, donde llegó cuando apenas contaba 15 ó 16 años. Su recia y ambiciosa personalidad, prematuramente educada en una vida de lucha, y escasa, por lo mismo, de esos resortes espirituales que fomentan la sociabilidad en el hombre y la simpatía por sus semejantes, no pudo someterse mucho tiempo a los modestos oficios de su profesión y se dedicó al productivo negocio del contrabando entre Puerto Cabello y Curazao. Poco duró, sin embargo, en estas actividades, porque sorprendido en ellas por las autoridades españolas, se le condenó a ocho años de presidio. De este castigo sólo pudo librarse en parte, gracias a la intervención de unos poderosos e influyentes amigos suyos, los Joves, quienes obtuvieron de las autoridades el cambio de la sentencia de presidio por el confinamiento en los llanos de Calabozo. Allí estableció una tienda de mercancías, suministradas por los contrabandistas del Bajo Orinoco; pero cansado, poco después, de esta vida sedentaria, resolvió dedicar su atención y sus energías al tráfico de ganados entre el llano y la provincia de Barinas. Frío para apreciar los difíciles problemas de aquella existencia casi primitiva; desprendido de los bienes materiales, lo cual le permitía ser siempre generoso con sus compañeros, no tardó en formarse en el llano un prestigio que satisfizo profundamente sus inconcientes ambiciones de poder, y en el calor de esta vida salvaje se fue despertando en él una segunda naturaleza, la del fiero caudillo que, ambicioso de gloria y de poder, conduciría a las hordas llaneras a la Sierra a saciar sus apetitos primitivos en nombre del Monarca español.

Cuando en 1810 estalló el movimiento revolucionario en Caracas, Boves convicto en Calabazo, comprendió claramente que la causa republicana estaba perdida a menos se modificara radicalmente la actitud vacilante del Gobierno republicano y al llegar a Calabozo, después de un corto viaje hasta San Carlos, así lo manifestó a todos. [illegible] disimular los peligros que corría la Nación y los errores de sus

mandatarios. Esta actitud, favorable indudablemente a la causa patriótica, fué interpretada por los gobernantes de la provincia y por los enviados del gobierno central, como contraria a la seguridad pública y fundándose en el origen español de Boves le acusaron de traidor y alarmista y le hicieron reducir a prisión.

Entre los muros de la cárcel de Calabozo, el alma de Boves se envenenó de odio contra los republicanos y en el terrible silencio de los días que pasó en ella, este hombre fiero, ayer condenado por los españoles y hoy por los patriotas, se convirtió en un desesperado silencioso y cruel, cuyos sombríos rencores sólo se saciarían con terribles espectáculos de sangre y de muerte. Los instintos de esta naturaleza, que en la desgracia habían adquirido un temple de extraña ferocidad, talvez se hubieran ahogado entre las estrechas paredes de la cárcel, sin el inesperado acontecimiento que libertó a Boves en el momento en que sus rencores le azotaban más implacablemente. Después de la toma de San Carlos, Monteverde destacó a Antoñazas con la misión de apoderarse de los llanos y éste, tras rápidos triunfos, llegó a Calabozo, venció a la pequeña guarnición, abrió las cárceles y llamó a todos los convictos a sus fuerzas, contando con el odio de los mismos por las autoridades republicanas, responsables de su prisión. De esta manera Boves se incorporó a los ejércitos españoles y entró en la guerra americana, sintiendo en medio de las batallas, cuando peleaba en la primera fila de las tropas del cruel Antoñazas, un placer salvaje al ver caer moribundos, ante el empuje de su caballo y de su lanza, a los hijos de la primera república de Venezuela.

No bien dominó Monteverde la revolución, Boves permaneció en las tropas realistas, añorando el estruendo de los combates; y después de los inesperados éxitos de Bolívar y Mariño en el norte de Venezuela, por orden del Mariscal de Campo Cagigal marchó a Angostura, con la misión de organizar un ejército en aquellas regiones.

Comprendiendo el futuro caudillo que en los llanos no habían logrado encontrar arraigo los patriotas, porque la Independencia y la República que ellos ofrecían, nada significaban para la inmensa población de mestizos e indios que los habitaban, se propuso estimular sin escrúpulos el odio de razas y de clases, para levantar a las gentes de color contra los blancos "mantuanos" que dirigían el movimiento emancipador. ¡Guerra a los blancos explotadores del "pardo" y del indio! —fué su grito de combate, que resonó en el llano como una invitación al alzamiento general. ¡Las tierras de los blancos para los "pardos"!, fué la promesa que levantó el entusiasmo de aquellas gentes, porque ella estaba más cercana de sus corazones y sentimientos que los Derechos Individuales y las Constituciones Federales ofrecidas por los teóricos de la República. Así, la reacción monárquica se

convirtió en el llano en una lucha a muerte no en favor de España sino contra el blanco venezolano y su propiedad. Fernando VII y la Religión Católica, hasta el momento las banderas realistas, pasaron a un segundo plano para ser sustituídos por una feroz lucha de razas, donde emergían a la superficie, en forma de una barbarie difícil de imaginar, el odio de siglos de las clases oprimidas, que como una enorme marea se precipitó sobre la República para exterminarla.

En esta ocasión, Boves se revela como uno de los más formidables demagogos que han hablado de los pueblos americanos. Su mortal odio contra los patriotas y su naturaleza exaltada y violenta, obraron como prodigiosa caja de resonancias que expresó en ese histórico momento terribles resentimientos de clase. Sus palabras fueron escuchadas por los llaneros casi con devoción y alrededor suyo, en poco tiempo, se congregaron miles de hombres que le llamaban "el taita" y sólo esperaban la orden suya que desencadenaría una época de represalias y venganzas.

Desarrollando actividad prodigiosa, Boves recorría todas las aldeas vecinas; formaba batallones; decretaba la libertad de los esclavos y por primera vez en América, daba a las gentes de color altos cargos en la oficialidad. Hacía arrancar las rejas de las ventanas de las poblaciones para forjar lanzas y con el fin de estimular conveniente emulación entre sus tropas, bautizaba los diversos batallones con el nombre de las aldeas o villas a que pertenecían sus gentes, para servirse del regionalismo característico de las poblaciones venezolanas. De esta manera pudo un día, en las proximidades de Angostura, pasar revista a cuatro mil jinetes; montado en "Antínoo", su soberbio caballo negro, el mayor amor de este personaje semibárbaro, arengó a aquellas hordas, que él mismo llamó "la legión infernal" y les entregó una extraña bandera negra, "pendón de la muerte" según su gráfica expresión.

Al frente de estas fuerzas Boves inició la marcha hacia los linderos de los llanos, siguiendo por el camino del Calvario en dirección a Calabozo. Montilla, a quien Bolívar había destinado con una pequeña tropa a vigilar los llanos, sin apreciar la importancia del peligro que le amenazaba, despachó a su encuentro, con fuerzas que juzgó suficientes, al teniente coronel Santiago Padrón, quien encontró a Boves en el Cañón de Santa Catalina, en las cercanías de Calabozo. La batalla fué corta pero terrible; fácilmente desorganizadas las filas patriotas por el empuje de los escuadrones de jinetes, se dispersaron sin orden y fueron implacablemente alanceadas por los llaneros, obedientes a la orden de no dejar a nadie con vida. Logrado este primer triunfo, los llaneros avanzaron sobre Calabozo, tomaron la población que había visto a su jefe encarcelado e hicieron en ella

la más salvaje carnicería, de la cual no se salvaron las mujeres ni los niños; luégo se retiraron en busca de una región más propicia para descansar, antes de comenzar el ataque sobre las altiplanicies.

La amenaza de Boves no era la única que por esos tiempos se cernía sobre los territorios dominados por los republicanos. Otras, que Bolívar y sus oficiales, poco conocedores del poder del jefe llanero, consideraban más importantes, preocupaban entonces su atención. En esos momentos Yañez, seguido de poderosos contingentes, reclutados en Occidente, se acercaba a Barinas y el Gobernador de Coro, Ceballos, ayudado por el indio Reyes Vargas y el Cura Torrellas, se movilizaba hacia el valle de Tocuyo, con la evidente intención de reunirse a Yañez, para cortar a Bolívar el camino de la Nueva Granada.

No bien se posesionó Bolívar de los peligros que le rodeaban, comenzó a desplegar febril actividad, por comprender que sólo reanudando rápidamente la ofensiva en todos los frentes, podía anular las ventajas alcanzadas por el enemigo y segar en sus fuentes la tormenta que amenazaba destruirlo. La provincia de Caracas realizó entonces su máximo esfuerzo en favor de la independencia, facilitando importantes recursos en hombres y materiales, que permitieron al Libertador crear el llamado ejército de Occidente, para combatir a Ceballos y a Yáñez y enviar fuerzas veteranas en número considerable hacia los frentes amenazados por Boves. En la designación de las personas que debían desempeñar el comando de estos sectores, Bolívar estuvo particularmente acertado al dar el mando del ejército de Occidente, donde actuaban militares de carrera como Cagigal y Ceballos, a Rafael Urdaneta, el más experimentado y prudente de sus oficiales, y el de los llanos al español Vicente Campo Elías, el único hombre que por sus virtudes como por sus defectos, podía equipararse con Boves y cuyo odio por los españoles —sus compatriotas— garantizaba una actividad tan eficaz como la que se podía esperar del odio de Boves por los republicanos. "La raza maldita de los españoles —decía Campo Elías— debe desaparecer; después de matarlos a todos, me degollaría yo mismo, para no dejar vestigio de esa raza en Venezuela.

Bajo tales auspicios se inicia la última ofensiva de la segunda República de Venezuela. Campo Elías salió de la provincia de Caracas al mando de mil hombres, en Charaguanas y San Sebastián logró reclutar cerca de mil quinientos jinetes y con estos efectivos descendió por el valle de Guárico y se dirigió al encuentro de Boves, quien acampaba en las inmediaciones de Calabazo. Al conocer el llanero su proximidad, reunió sus fuerzas y marchó en su busca, encontrándose los dos ejércitos en el sitio llamado de Mosquiteros. Al comenzar el combate, Boves lanzó su poderosa caballería sobre el ala

izquierda republicana, logrando romper sus formaciones y aprovecharse de la confusión para alancear implacablemente a los soldados desconcertados. Campo Elías, sin embargo, pudo mantener intacto el resto de sus tropas y cuando los llaneros habían penetrado profundamente en las filas de su ala izquierda, al frente de su reserva cargó sobre Boves, consiguiendo desorganizar las montoneras llaneras y provocar su desbandada. Campo Elías dió entonces la orden implacable: ¡Que nadie quede vivo! Enceguecidos de rabia y obedeciendo a ella, sus jinetes comenzaron una terrible carnicería, alanceando ferozmente a los vencidos, a los que se rendían y a los que trataban de salvar la vida en la huída. De esta hecatombe sangrienta sólo pudieron salvarse, gracias a la ligereza de sus cabalgaduras, unos pocos llaneros, quienes siguiendo a Boves, gravemente herido de una lanzada, se encaminaron al Apure.

Al tiempo que Campo Elías lograba esta importante victoria, Bolívar y Urdaneta encontraban a Ceballos en las proximidades de Barquisimeto, donde se entabló el combate. En un principio la suerte fué favorable a los republicanos, pero la vergonzosa fuga de la infantería, en uno de los momentos críticos de la batalla, determinó un completo desastre, que sólo el heróico comportamiento del batallón "Soberbios Dragones" logró atenuar en parte, conteniendo a los realistas mientras Urdaneta organizaba la retirada.

Como puede verse, la situación de Bolívar comenzaba a ser desesperada; rodeado por un círculo de hierro, difícil le era atender a tantos frentes, pues careciendo de fuerzas suficientes para defenderlos simultáneamente, se veía siempre en la obligación de desguarnecer unos si el peligro era grande en otros. Al tiempo que el gran esfuerzo realizado en Occidente fracasaba, Monteverde le amenazaba desde Puerto Cabello, Yañez hacía definitivos progresos en Barinas, del llano llegaban alarmantes noticias sobre un nuevo ejército que organizaba Boves, y Mariño en Oriente se ingeniaba toda clase de pretextos para mantenerse alejado de la contienda, no obstante que el Libertador llegaba hasta ofrecerle la Presidencia de la República, como condición para reunir bajo una sola autoridad el Occidente y el Oriente.

Todos sus esfuerzos se estrellaron entonces contra la secreta esperanza de Mariño de conservar su ejército intacto y descansado, para decidir a última hora la guerra. Así lo comprendió Bolívar con amargura y resignándose a contar solamente con sus propios efectivos, reunió a las tropas de D'Eluyard y a los contingentes de jóvenes de 19 a 20 años, que como último recurso le enviaba Rivas de Caracas, y logró infringir a Monteverde una grave derrota. Luégo, comenzó la preparación del último esfuerzo para dominar la situación en Oc-

cidente, porque Yañez, después de batir las tropas de Barinas, se acercaba con 3.500 hombres a Araure, a donde estaba para llegar Ceballos. La temida reunión de los dos ejércitos realistas que actuaban en Occidente, estaba para cumplirse y a los republicanos no les quedaba recurso distinto de concentrar la mayor cantidad de fuerzas posibles para destruir al enemigo en una batalla decisiva, como efectivamente lo hizo Bolívar, logrando importante victoria en los campos de Araure.

Era tan grave la situación general de la causa republicana en Venezuela, que este éxito sólo tuvo muy relativos efectos. Yañez, quien huyó de Araure hacia el Sur, en las regiones del Apure y Barinas pudo formar un nuevo ejército, con el cual avanzó de nuevo sobre los contingentes republicanos dejados por Bolívar en Occidente, cuando después de su triunfo en Araure tuvo que regresar a Caracas, llamado por la inesperada noticia de que Boves se había presentado en Calabozo al frente de 6.000 jinetes y destruído, el 8 de diciembre en San Marcos, a la división encargada por Campo Elías de proteger los caminos de los llanos hacia las altiplanicies.

La guerra adquiere entonces aspectos de increíble barbarie por parte y parte. Rozete avanza hacia el Tuy dejando en su camino rastros de sangre y cadáveres horriblemente mutilados; los patriotas prisioneros son torturados en medio del regocijo de sus tropas y las mujeres entregadas a la soldadezca. Por su parte Boves, vengando las matanzas de Campo Elías, marca su camino hacia la capital con huellas de devastación y muerte. "Un día —relata O'Leary— le presentan en su marcha un anciano enfermo y descarnado, único habitante del pueblo de donde habían huído los demás al saber su llegada. Después de algunas preguntas, a las que el anciano respondió con dulzura y veracidad, le mandó decapitar. Al instante salió entre sus filas un joven que frisaba en los quince años y postrándose de rodillas ante el caballo del bárbaro, le dijo: 'Os ruego, señor, por la Santísima Virgen, que perdonéis a este hombre que es mi padre; salvadle y seré vuestro esclavo.' Bien, dijo el monstruo sonriendo al oír las súplicas fervientes del joven: 'Para salvar su vida, dejarás que te corten la nariz y orejas sin un quejido.' 'Sí, sí, respondió el infeliz, os doy mi vida pero salvad la de mi padre.' El muchacho sufrió con admirable serenidad la horrible prueba; visto lo cual, Boves mandó que le matasen junto con el padre por ser demasiado valiente y por temer que se convirtiera también en insurgente."

Y en forma semejante obran los republicanos. En su avance sobre las fuerzas de Occidente, Yañez se encuentra en Ospino con las tropas de Urdaneta y en el curso de la batalla cae gravemente herido; los soldados patriotas se precipitan entonces sobre él y des-

pués de despedazarlo, envían sus miembros como trofeos a las aldeas vecinas. Y cuando a consecuencia de los triunfos de Boves, en las mismas ciudades dominadas por los patriotas ocurren algunos movimientos subversivos para poner en libertad a los numerosos prisioneros realistas encerrados en las cárceles, en aquella hora terrible, cuando Boves y Rozete pasaban a cuchillo a todos los patriotas, al recibir Bolívar consulta del Coronel Leandro Palacios sobre la conducta que debía adoptar, recordando talvez la insurrección de los presos de Puerto Cabello, le escribió: "Por el Oficio de usted de 4 del actual, que acabo de recibir, me impongo de las críticas circunstancias en que se encuentra esa plaza, con poca guarnición y un crecido número de prisioneros. En consecuencia, ordeno a usted que inmediatamente se pasen por las armas a todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna." La manera como esta orden fué ejecutada, puede apreciarse en los partes de Palacios al General en Jefe: El 13 de febrero le dice: "En obedecimiento a la orden expresa del Excmo. señor General Libertador para que sean decapitados todos los presos españoles y canarios reclusos en las bóvedas de este puerto, se ha comenzado la ejecución pasándose por las armas esta noche 100 de ellos." "Ayer tarde —le dice el 14 de febrero— fueron decapitados 150 hombres de los españoles y canarios encerrados en las bóvedas de este puerto, y entre hoy y mañana lo será el resto de ellos." "Hoy —dice el 16 de febrero— se han decapitado los españoles y canarios que estaban enfermos en el hospital, últimos restos de los comprendidos en la orden de Su Excelencia."

Cuando Bolívar llegó a Caracas, ya el pánico comenzaba a apoderarse de la población, que presentía cercanas las terribles represalias de los realistas; en este ambiente de desconcierto y de terror, una Asamblea popular le confirió la dictadura para que hiciera el último esfuerzo en favor de la República. Nunca como en este momento se reveló más clara la hostilidad de los pueblos hacia la causa republicana. Cuando Boves, Calzada y Ceballos encontraban en ellos un entusiasmo y colaboración que les permitía fácilmente recobrarse de sus pérdidas, las posibilidades de Bolívar se tornaban cada vez más limitadas y la sensación de estar trabajando sobre una tierra estéril para su causa, oprimía su espíritu con el doloroso presentimiento de la cercana derrota: "Me horrorizo —le decía a Bolívar el jefe de la provincia del Sur— al conocer la índole de estas facciones; casi todas obran estimuladas por un mismo principio: el deseo de acreditarse los pardos sobre los criollos blancos; porque al advertir nuestras pocas fuerzas creen que perderemos al fin y entonces ellos gozarán. Tan bien diseminada está esta idea subversiva entre los igno-

rantes, que yo me atrevo a jurar que bastará que avancen 200 hombres desde Coro hasta Araure para que todas estas partidas estén unidas a favor del invasor, sacrificando primero a la parte sana de la población, sobre cuyas ruinas fundan estos inicuos su felicidad."

Falto el Libertador de las fuerzas necesarias para tomar la iniciativa, adoptó la única decisión factible en esa emergencia: situarse a la defensiva en un lugar capaz de dificultar las maniobras de la caballería de Boves, quien después de derrotar a Campo Elías en La Puerta, avanzaba sobre la capital. El 20 de febrero de 1814 abandonó a Valencia y seguido de 1.500 infantes, seiscientos jinetes y algunas piezas de artillería, se encaminó a San Mateo, a la antigua hacienda de su familia, porque en esa región que conocía muy bien, estaba seguro de cerrarle con ventaja el paso a su temible adversario. "El sitio elegido —dice Rivas Vicuña— se encierra en un valle relativamente estrecho, guardado al Norte por una cadena de montañas entre las cuales las cumbres más importantes son la llamada del Calvario y otra en la cual había una casa de la hacienda del Libertador. Por el Sur estaban los picos más elevados de la serranía, llamados ambos Puntas del Monte, enfrente a las alturas que acabamos de mencionar."

Poco tiempo tuvo el Libertador para preparar la defensa. El 28 de febrero, los republicanos vieron aparecer las avanzadas de Boves ante San Mateo, las cuales se precipitaron sobre los atrincheramientos que defendían el camino del Valle; pero la estrechez de su acceso y lo accidentado del terreno dificultaron las maniobras de sus escuadrones de jinetes, fácilmente acribillados desde las bien resguardadas posiciones patriotas. Convencido de las desventajas que presentaba aquel sitio para concentrar sobre él un ataque capaz de permitirle invadir el valle, al día siguiente, al amanecer, Boves hizo ascender sus tropas a las Puntas del Monte y desde sus faldas lanzó sus poderosos contingentes sobre el ala izquierda republicana, con la manifiesta intención de abrirse paso hacia las alturas del Calvario. En una de tales cargas, en las que Boves combatió siempre en la primera línea, su caballo "Antinoo" cayó mortalmente herido y cuentan las crónicas que aquel hombre de hierro, impasible ante la muerte de miles de seres humanos, desesperado de dolor se abrazó al cuerpo agonizante del noble bruto y ante sus hombres silenciosos lloró como un niño. Luégo, levantó el puño en dirección a las trincheras enemigas y de sus labios brotó un terrible juramento de venganza...!

La tenaz resistencia opuesta por los patriotas, no tardó en demostrar al llanero, cuyos hombres tenían como principal arma la lanza, la necesidad de proveerse de municiones y fusiles, o cuando menos de impedir a Bolívar el mantenimiento del nutrido fuego que cegaba sus escuadrones; en la noche del 24 de marzo envió un fuerte

destacamento a bordear los montes del Norte, con la misión de caer sorpresivamente sobre la casa del ingenio, donde Bolívar guardaba su parque, en el momento en que todas las fuerzas del Libertador estuvieran tratando de defenderse de un ataque general por el Este y el Oeste, que Boves iniciaría al amanecer del día 25. Esta operación, cuidadosamente planeada, se desarrolló con éxito y cuando Bolívar intentaba contener la ofensiva que en toda la línea miles de jinetes ejecutaban con más ardor que nunca, el contingente enviado por Boves cumplió fácilmente su tarea y obligó a la pequeña guarnición del Ingenio a abandonarlo. Pero en el momento en que todo parecía perdido, un suceso extraordinario cambió la faz de los acontecimientos. Antonio Ricaurte, comandante del puesto, comprendiendo la importancia del parque confiado a su custodia, después de hacer retirar sus hombres, voló el polvorín, ofrendando en este acto heróico su vida para salvar a la Patria amenazada.

Afortunadamente en hora tan crítica para la República, cuando Bolívar estaba sitiado en San Mateo por Boves y Urdaneta en Valencia por Calzada y Ceballos, se supo que Mariño, seguro ya de presentarse como "salvador" en Occidente, había salido de Cumaná al mando de 3.500 soldados orientales y después de destrozar en Los Pilones a Rozete, se dirigía hacia la villa del Cura. La reunión de los ejércitos de Oriente y Occidente, considerada por Bolívar como base insustituíble de toda estrategia capaz de dominar en Venezuela la reacción española, estaba para realizarse y la alegría por la buena nueva debió llenar de optimismo a todos los corazones patriotas.

Comprendiendo Boves la gravedad del inesperado acontecimiento, levantó el sitio de San Mateo y al frente de todas sus fuerzas se dirigió al encuentro de Mariño, quien le esperó en Bocachica, donde oportunamente auxiliado por la división destacada en su ayuda por Bolívar, pudo resistir con éxito el ataque y si no lograr una victoria decisiva sobre el llanero, sí forzarlo a retirarse hacia Guárico. Entre tanto Bolívar salía de San Mateo y después de obligar a Yañez y a Ceballos a levantar el sitio de Valencia, contramarchaba hacia La Victoria para entrevistarse personalmente con Mariño.

Este llegó a la Victoria resuelto a no permitir a su émulo intromisiones en la dirección de las operaciones de las fuerzas de Oriente y aunque hábilmente se abstuvo de discutir —como lo había hecho en otras ocasiones—, los títulos del Libertador como Jefe del Estado, se demostró inflexible en el deseo de dirigir autónomamente las fuerzas que le acompañaban y como transacción sólo aceptó llevar en calidad de Jefe de Estado Mayor a Rafael Urdaneta, cuya tarea, no muy explícita desde luego, era obtener del impetuoso caudillo ajus-

tara sus operaciones a las grandes líneas del plan de campaña trazado por Bolívar. Consumado este delesnable acuerdo, Mariño se encaminó hacia San Carlos, con intención de batir a Cagigal, acampado allí. Al acercarse a Tinaco, Urdaneta trató de evitar una acción apresurada, sin conocer previamente los efectivos del enemigo; pero dominado Mariño por el sentimiento de optimismo que le había conducido a juzgar los desastres de Occidente cómo fruto de errores de Bolívar, se comprometió en Arao en una batalla decisiva, en la cual un militar tan hábil como Cagigal le batió fácil y completamente. Allí se esfumaron los vanos alardes de quien se creyó capaz de salvar a la República con un simple paseo militar.

Haciendo un último esfuerzo para defender a Valencia, ordenó el Libertador nueva concentración de fuerzas en Occidente y a costa de desguarnecer el frente de los llanos logró batir a Cagígal en la primera batalla de Carabobo. Las ventajas de este éxito no tuvieron duraderos efectos, pues aún celebraban regocijados los patriotas su victoria, cuando se supo que Boves al frente de 5.000 jinetes y 3.000 infantes se acercaba nuevamente por el camino de Calabozo a La Victoria. Bolívar obró entonces en la única forma permitida por las circunstancias: dividiendo sus fuerzas. Dejó a Urdaneta en Valencia con 1.200 hombres; envió a Jalón con igual número a perseguir a Cagigal y mientras él marchaba a Caracas a dirigir la movilización de los últimos reclutas, de los muchachos de 15 a 18 años llamados por Rivas a filas, ordenó a Mariño partir al frente de 2.500 hombres para la Villa del Cura, con la consigna de distraer a Boves, sin comprometerse en una batalla, mientras él se le reunía con nuevos efectivos.

Para infortunio de la República, Mariño no había sacado experiencia ninguna de su ingloriosa derrota en Arao. Seguro de batir fácilmente a Boves, renunció a esperar al Libertador y se dirigió al encuentro del caudillo, quien hábilmente le dejó situarse en las planicies cercanas al fatal sitio de La Puerta, donde Bolívar, noticioso del inconsulto avance del jefe oriental, apenas alcanzó a llegar cuando el combate, en condiciones desventajosas, era inevitable. El 15 de junio de 1814, se trabó la histórica batalla que habría de sellar los destinos de la segunda República de Venezuela, la segunda batalla de La Puerta, en la cual fueron totalmente exterminadas por las hordas de Boves las últimas fuerzas patriotas. Cuando terminó la terrible lid, miles de cadáveres cubrían la tierra ensangrentada, que retumbaba con el galope de los jinetes de Boves, entregados a una orgía de sangre en aquel campo de muerte, donde el tricolor republicano había caído sobre los cuerpos exánimes de sus heróicos defensores.

Con este triunfo el camino de Caracas quedó franco y Boves lo tomo sin vacilar, a pesar de las órdenes de su superior Cagigal, quien

trató entonces de reasumir la dirección de las operaciones y para lograrlo ordenó a Boves incorporar sus fuerzas a las tropas regulares españolas, ya listas para avanzar sobre la capital: "He recobrado —le contestó insolentemente al llanero— las armas, las municiones y el honor de las banderas que Vuestra Excelencia perdió en Carabobo."

El avance de Boves al frente de 6.000 hombres sedientos de sangre y ansiosos de pillaje, hizo comprender a Bolívar y Rivas, quienes escasamente habían logrado defender la capital contra las avanzadas de González y Machado, la inutilidad de toda resistencia; por tanto, después de un último y dramático Consejo de Generales, decidieron la retirada hacia Oriente. No bien se supo en la ciudad que las tropas iban a evacuar la plaza, una neurosis de pánico se generalizó, haciendo más confusas aquellas dramáticas postrimerías de la República. Impulsadas por elemental instinto de conservación, miles de personas que temían, por su conocida adhesión a la causa de la independencia, las represalias realistas, tomaron lo que pudieron de sus haberes, se unieron a las tropas y aquella retirada se convirtió en una gigantesca emigración de cerca de 20.000 personas atemorizadas. "Imposible recordar sin estremecerse —dicen Baralt y Díaz— los desastres que experimentó aquella pobre gente. El hambre, las enfermedades, los animales dañinos de los bosques y el hierro del enemigo a porfía se cebaron en ellas."

Rodeado de gentes desventuradas, en cuyas miradas parecían reflejarse mudos reproches; seguido por las hordas de Morales, que destacadas en su persecución se precipitaban por las noches, como aves de rapiña, sobre aquel conglomerado de seres indefensos, y asistiendo a la insubordinación de sus propios oficiales, muchos de los cuales ya no respetaban al Jefe vencido, Bolívar necesitó de todo el maravilloso temple de su alma para no flaquear en horas tan amargas, cuando sólo se oía el estruendo de la fusilería, los gritos de muerte y el terrible galopar de las avanzadas de jinetes enemigos.

En Aragua, al pasar el río, Bolívar se dió cuenta de que la proximidad de Morales hacía inevitable la batalla y resolvió aprovechar el curso del mismo como barrera para presentarle combate. Pero en este momento dramático, Bermúdez, ya en franca rebeldía, se negó a utilizar el río como defensa, por considerar más ventajoso encerrarse en el pueblo y atrincherarse en sus casas. En estas discusiones corrió un tiempo precioso, que bien aprovechado por Morales le permitió comenzar el ataque cuando el plan de Bolívar apenas estaba iniciado; fácilmente cruzó la corriente y penetró en la población, que poca resistencia pudo oponerle. Así, lo que ha debido ser una batalla se convirtió en horrible carnicería, cuyas primeras víctimas fueron los centenares de emigrados; ni la Iglesia, donde como último recurso

se refugiaron las mujeres y los niños, fué respetada por las hordas de mulatos y de negros de Morales, qué como verdaderos vándalos no perdonaron a nadie con piel blanca. "Todo pereció en aquel día de sangre y de horror —dice el historiador español Torrente—; reconocido el campo de batalla, las calles, las casas y aun las iglesias se hallaron todas ellas empañadas de sangre."

La guerra había adquirido aspectos tan bárbaros, porque había dejado de ser una contienda entre España y sus colonias de Ultramar, para convertirse en una hoguera donde ardían milenarios odios de sangre, destinados a consumir lo mejor de la población venezolana; en una revolución social que ya nada ni nadie sería capaz de detener, hasta que consumada su terrible labor de exterminio, se agotara sobre los restos de sus propias cenizas (*).

Después de la derrota de Aragua, mientras Bermúdez se dirigía

(*) Llamosas, Capellán y Vicario de los ejércitos españoles, en el famoso Memorial que dirigió al Rey informándole sobre los sucesos de la revolución venezolana, le dice: "El Comandante General Boves desde el principio de la campaña manifestó el sistema que se había propuesto y del cual jamás se separó: fundábase en la destrucción de todos los blancos, conservando, contemplando y halagando a las demás castas, como resulta de los hechos siguientes: En Guayabal, poco después de la batalla de Mosquiteros, declaró la muerte a todos los blancos y la ejecutó constantemente hasta el pueblo de San Mateo. Por consecuencia de esta resolución hizo asesinar en Calabozo 87 blancos que pudo aprehender, y dejó lista de otros 32; para el mismo efecto dió orden a su comandante militar para que hiciese matar a todo blanco que allí llegase, que las mujeres blancas de Calabazo y pueblos inmediatos fuesen remitidas a la isla de Archuna, como se ejecutó, repartiendo las casas y bienes de los muertos y de las desterradas, entre los pardos y dándoles papeletas de propiedad. En el pueblo de Santa Rosa se mataron todos los blancos que iban entre las compañías de los que recogieron en aquellos pueblos, sacándolos de noche al campo y matándolos sin confesión, cuya misma suerte tuvieron en San Mateo los que fueron a vender víveres al ejército. Luégo que Bolívar salió de Cumaná para Arica, Boves encontró varios blancos en las compañías que se habían formado por su orden y los hizo morir a todos en el campo por la noche... Después del 16 de octubre del mismo año fué batido en las inmediaciones de Cumaná el cuerpo de Piar, que la había ocupado; dió orden a la tropa para que entrara a la ciudad y matase cuantos hombres se encontraran, como así lo ejecutó después de estar aquélla reducida, entraron varios a caballo dentro de la Iglesia parroquial, buscando a los que en ella se habían refugiado, para matarlos como lo realizaron con más de 500, en cuya operación fueron privilegiados los pardos. Todos los hombres, mujeres y niños de San Joaquín y Santa Ana en virtud de orden de Boves, y con otra por separado de este último al Sargento Camero, para que si Molinet no cumplía su orden lo matase Camero... La conducta observada por Boves fué consiguiente a sus palabras: continuamente recordaba a sus tropas su declaración de guerra a muerte a los blancos hecha en Guayabal; siempre les repetía que los bienes de éstos eran de los pardos. En sus cálculos militares y en su clase de Gobierno este sistema formaba una parte muy principal."

a Maturín, Bolívar acompañado de su hermana María Antonia, Josefina Machado y la familia Soublette, marchaba a Cumaná, en cuyo puerto estaba anclada la pequeña escuadrilla republicana, con los dineros de los patriotas y las joyas de las iglesias de Caracas, destinadas a comprar armas para continuar la guerra. No bien llegaron a Cumaná, el Libertador y Mariño fueron noticiados de que Bianchi, jefe de la escuadrilla, a quien la República adeudaba una considerable suma por sus servicios, había levantado anclas llevándose los tesoros depositados en los barcos, para pagarse una deuda que no veía otra manera de hacer efectiva. Esta inesperada y fatal circunstancia, llevó a Bolívar y a Mariño a adoptar una decisión desesperada: tomaron un pequeño velero y se hicieron a la mar con la intención de dar alcance al italiano. En la isla de Margarita encontraron a Bianchi y a falta de fuerzas para lograr la devolución de las joyas, los dos jefes patriotas trataron de llegar a un arreglo sobre la base de que Bianchi les devolviera dos tercios de los bienes apropiados y se incautara el resto en pago de sus acreencias. El marino aceptó la propuesta y además facilitó a los jefes revolucionarios las goletas "La Arrogante" y "La Culebra" para regresar con las joyas a las costas venezolanas, donde en esos momentos se estaba preparando una tormenta que habría de arrojarlos de nuevo a lejanas tierras.

Porque cuando Ribas y Piar, ignorantes de las cuasas de la salida de Bianchi, supieron que el Libertador y Mariño se habían embarcado, inmediatamente les acusaron de haber huído con los tesoros de la República y con indignación fácil de imaginar, reunieron a las tropas y a la población patriota para sindicarles públicamente y justificar la destitución que decretaron por sí y ante sí del cargo de General en Jefe que ejercía el Libertador. Cuando Bolívar y Mariño desembarcaron en Carúpano, encontraron en la playa una crecida aglomeración de gentes en actitud agresiva y por orden de Ribas y a pesar de sus protestas, fueron reducidos a prisión. De tal manera terminaba para Bolívar esta etapa de desastres y amarguras y el sol de sus antiguas glorias de vencedor tocaba a su ocaso en las tristes playas de Carúpano.

Sólo una circunstancia inesperada pudo salvar, ya que no el quebrantado prestigio de Bolívar, por lo menos su vida. Bianchi, agradecido con los dos jefes revolucionarios por la manera como había contribuído a hacer efectivo el pago de sus créditos, se presentó de repente con su escuadrilla en el puerto y exigió la libertad de Bolívar y Mariño so pena de bombardear la población. Obligados por esta amenaza, Ribas y Piar accedieron a la exigencia del marido y les pusieron en libertad, con la condición de su inmediato abandono del territorio venezolano, en el cual éllos no reconocían autoridad dis-

tinta de la que acababan de usurpar, constituyéndose Rivas jefe de Occidente y Piar de Oriente.

Y no eran estas las últimas amarguras que en aquella hora trágica debían herir dolorosamente a Bolívar. Cuando perdía su gloria, su ejército y su autoridad, perdía también a la mujer que le había encadenado a sus encantos y cuyas caricias habían sido sus únicas alegrías en esos tiempos terribles: a Josefina Machado. Ante la inseguridad de la vida futura del Libertador, la madre de Josefina anunció su inquebrantable decisión de trasladarse a St. Thomas con su hija, a buscar una tranquilidad perdida desde que Josefina le conoció. Los dos amantes tuvieron que aceptar su separación, sin llevarse Josefina distinto consuelo de la promesa de su pronto regreso al frente de una nueva expedición para recobrar el territorio perdido. Así lo ofreció Bolívar a los venezolanos en último Manifiesto, escrito antes de embarcarse para Cartagena, en el cual demostró una vez más la extraordinaria capacidad de su alma para sobreponerse a las más adversas circunstancias: "Si el destino inconstante —decía en él— hizo alternar la victoria entre los enemigos y nosotros, fué sólo en favor de los pueblos americanos que una inconcebible demencia hizo tomar las armas para destruir a sus libertadores y restituir el cetro a sus tiranos. Parece que el cielo, para nuestra humillación y nuestra gloria, ha permitido que nuestros vencedores sean nuestros hermanos y que nuestros hermanos únicamente triunfen de nosotros. El ejército libertador exterminó las bandas enemigas, pero no ha podido ni debido exterminar unos pueblos por cuya dicha ha lidiado en centenares de combates... Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares y os han condenado a la expatriación... Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias, pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto. La convicción de mi inocencia me la persuade mi corazón y este testimonio es para mí el más auténtico, bien que parezca un orgulloso delirio. He aquí la causa porque desdeñando responder a cada una de las acusaciones que de buena o mala fe se me puedan hacer, reservo este acto de justicia, que mi propia vindicta exige, para ejecutarlo ante un tribunal de sabios que juzgarán con rectitud y ciencia de mi conducta en mi misión a Venezuela. Del Supremo Congreso de Nueva Granada hablo, de este augusto cuerpo que me ha enviado con sus tropas a auxiliaros como lo han hecho heróicamente hasta expirar todas en el campo del honor. Es justo y necesario que mi vida pública se examine con esmero, y se

juzgue con imparcialidad... Entonces sabréis si he sido indigno de vuestra confianza, o si merezco el nombre de Libertador. **Yo os juro, amados compatriotas, que este augusto título, que vuestra gratitud me tributó cuando os vine a arrancar las cadenas, no será vano. Yo os juro que libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho; sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir, hasta volver por segunda vez a libertaros por la senda del Occidente, regada con tanta sangre y adornada de tantos laureles.**"

Mientras Bolívar, acompañado de su hermana María Antonia y de Mariño, se embarcaba el 7 de diciembre del fatal año de 1814 en el bergantín "El Arrogante", Ribas, Piar y Bermúdez, dueños del mando, se internaban en las llanuras de Maturín, con el propósito de organizar en ellas la resistencia a Boves, quien después de pacificar a Caracas, se dirigía a Oriente al frente de 7.000 llaneros para dar el postrer golpe a la revolución. Y no fué mucho el tiempo que necesitó para lograrlo; en las sangrientas batallas de la Sabana del Salado y la Urica, él y su segundo, Morales, destruyeron los restos de las fuerzas revolucionarias, dando término a la tarea que se había propuesto realizar: el restablecimiento de la autoridad del Rey español en Venezuela. En esta última acción, para suerte de la independencia americana, Boves ya victorioso murió alanceado —según algunos historiadores—, por Ambrosio Brabante, cuya hermana de quince años, por orden de Boves, fué violada en Calabozo en presencia de sus padres y después entregada a la soldadesca.

Morales, su sucesor en el mando, terminó su obra de exterminio y obligó a Piar a huír a Margarita, a Bermúdez a Cartagena y a Ribas a internarse en los llanos, con tan poca fortuna, que descubierto y hecho prisionero, fué salvajemente asesinado, su cabeza frita en aceite enviada a Caracas y por orden de las autoridades españolas expuesta en una jaula, como ejemplar escarmiento para los rebeldes.

La revolución había sido dominada, pero una ola de crueldad humedecía todo el cuerpo maltrecho de Venezuela. "Mi espíritu —decía el Arzobispo de Caracas, Coll y Prat— se conmueve y mi alma no puede soportar el peso de tantos males: del hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y los asesinatos; los incendios y devastaciones; la virgen violada, el llanto de la viuda y también del huérfano; del padre armado contra el hijo y cada uno buscando a su hermano para matarle; de los feligreces emigrados; de los párrocos fugitivos; los cadáveres tendidos en los caminos públicos; de los huesos que cubren los campos de batalla y tanta sangre derramada en el suelo venezolano...."

Capítulo XII

LA PACIFICACION ESPAÑOLA

"Mis enemigos han sido injustos y yo desgraciado."

SIMON BOLIVAR

La Nueva Granada y Bolívar.—El civilismo granadino.—Juicio ante el Congreso.—Triunfo transitorio de Bolívar.—Vencido por las intrigas.—La expedición pacificadora de la Metrópoli.—Don Pablo Morillo.—Trayectoria de una gran voluntad.

Cuando el 20 de septiembre de 1814 Bolívar arribó a Cartagena, con anterioridad lo habían hecho otros emigrados, por medio de los cuales la población se enteró de los horrores de la Guerra a Muerte. En tal virtud, al tocar en las playas granadinas, lejos de hallar un pueblo entusiasmado y dispuesto a unirse a sus banderas para correr de nuevo a Venezuela a libertarla, sólo percibió una actitud de indecisa reserva o marcada hostilidad. que bien pronto se explicó por la presencia del coronel Castillo y sus amigos en Cartagena, quienes al conocer su llegada se apresuraron a difundir toda clase de rumores sobre su responsabilidad en la derrota de las fuerzas patriotas y la manera decisiva, según afirmaban, como había cooperado a esa derrota el temperamento cruel y arbitrario del Libertador. El decreto de Guerra a Muerte fué utilizado para forjar alrededor de su persona las más variadas y extrañas leyendas, en las que aparecía convertido en una especie de criminal vulgar, cuya presencia en el seno de la civilizada sociedad granadina no debía permitirse. Crudo nacionalismo contra los venezolanos, fué el sentimiento que Castillo y los enemigos del Libertador trataron de explotar, desfigurando hábilmente sus ideas, para hacer aparecer ante la opinión la [illegible]

de una autoridad única en la dirección de las fuerzas republicanas que él demandaba, como fruto de su ambición personalista y cesárea, y la urgencia de continentalizar la guerra, uniendo las tropas granadinas con las venezolanas, como oscuro plan encaminado a imponer el predominio de los generales' venezolanos sobre los pueblos de la Nueva Granada.

Bolívar advirtió entonces que el relajamiento de las energías revolucionarias, tan notorio en la América hispana —donde los pueblos se sentían tentados a creer que la Libertad y los Derechos podían conquistarse declarándolos simplemente en curiosas Cartas constitucionales—, sólo podía detenerse por el imperio de una autoridad fundada en el hecho más hondo, elemental e inmodificable, que a través de la historia humana ha dado origen a todas las formas de autoridad: el prestigio de la persona que la ejerce. Esta, por lo demás, era conclusión natural en una personalidad vigorosa y optimista como la suya. Por eso sus propósitos, de ahora en adelante, se encaminarán a crear con el ejemplo de su vida la unidad que las ideas hacían entonces imposible; a reunir a su alrededor, por su energía, las voluntades que las teorías tendían a dispersar; a hacerse obedecer de quienes habían ido a la revolución para no obedecer a nadie; a congregar bajo un solo mando a pueblos hipnotizados por los engañosos sueños del federalismo; a imponer la colaboración en comunidades que sólo aspiraban al aislamiento.

Bolívar tomaba estas decisiones cuando en la Nueva Granada comenzaban a discutirse su autoridad y sus capacidades como Jefe Militar y se generalizaba una actitud de censura por la Guerra a Muerte, de cuyos horrores se le juzgaba principal responsable. El Brigadier Joaquín Ricaurte, convertido en su acusador, en los siguientes términos se dirigía al Congreso de Tunja: "El bárbaro e impolítico proyecto de la Guerra a Muerte, que nos iba convirtiendo los pueblos y las provincias enteras en enemigos, no sólo hacía odioso el ejército, sino el sistema que éste sostenía, y así es que los mismos pueblos que por su opinión nos recibían con la oliva en la mano y unían sus esfuerzos a los nuéstros para lanzar a los españoles de su territorio, luégo que observaban nuestra conducta sanguinaria, se convertían en enemigos nuéstros, mucho mayores que antes lo habían sido de los otros... La necesaria consecuencia de los errores militares, que fueron tantos cuantos pasos se dieron; la opresión de los pueblos; la ferocidad que se les enseñó; su ruina consiguiente a los robos; la falta de un gobierno y el espantoso despotismo y disolución de los jefes, fué la pérdida del país; **pero una pérdida tal que jamás podrá repararse, mientras no se haga la guerra en regla, por quien sepa hacerla; mientras la política no borre las**

profundas impresiones que la impolítica ha hecho en aquellos pueblos, dispuestos antes a entregarse a los otomanos que a sus paisanos, y mientras al frente del ejército que emprenda nuevamente la reconquista, no se ponga un jefe que no sea de los que han mandado en la anterior desgraciada campaña."

Si el propósito de Bolívar era hacer de su autoridad el motor de la revolución, aquél era un momento decisivo, pues entonces comenzaban a discutirse sus títulos para ejercerla, y los intereses confabulados contra él no tenían otra ambición que destruir su prestigio para poner término a toda empresa destinada a dar a la revolución lineamientos continentales, en los cuales fatalmente desaparecerían los hombres sólo capaces de progresar en el fácil juego de las intrigas de provincia. Seguro de la trascendencia de aquella hora histórica, Bolívar abandonó a Cartagena y se dirigió a Tunja decidido a someter su conducta, durante la campaña de Venezuela, al juicio de los Legisladores granadinos y a obtener de ellos, previa una amplia exposición de los hechos, la reivindicación de su nombre blanco ahora de los odios que en épocas más propicias se habían ocultado, pero que en la actualidad pretendían demostrarse implacables con el infortunado capitán de los republicanos de Venezuela.

Ante los legisladores de la Nueva Granada, convertidos en jueces, dos grandes partidos iban a librar decisiva contienda: de un lado estaban Joaquín Ricaurte y Manuel Castillo, para quienes Bolívar debía ser privado de todo mando y exigírsele cuentas por su conducta durante la campaña de Venezuela; en su opinión los problemas de la guerra debían tratarse con prudencia y cordura, prescindiendo de toda empresa que no garantizara seguros resultados, de toda aventura que condujera al sacrificio inútil de soldados granadinos en lejanas tierras. Del otro, al parecer solo, estaba Simón Bolívar, que vencido en Venezuela hablaba de volver a su patria a reconquistarla con los auxilios del Congreso Granadino; Bolívar, para quien la causa de la libertad de América era solidaria y todos los esfuerzos realizados con la mira de mantener la independencia en un sitio, renunciando a extenderla a todo el Continente, le parecían infructuosos y destinados a no tardío fracaso. Por eso, ante los soldados venezolanos de la división de Urdaneta, que huyendo de las fuerzas de Morales había llegado a la Nueva Granada, diría: "Para nosotros la patria es América; nuestros enemigos los españoles; nuestra enseña la independencia y libertad."

Estas tropas, milagrosamente escapadas de Venezuela, fueron para el Libertador oportuno refuerzo, pues gracias a ellas ya no se le consideraría por los legisladores granadinos solamente como un problema, el de fallar un juicio hacia el cual confluían encontradas

corriente de opinión, sino como un jefe militar al frente de aguerridas fuerzas, disponibles para cualquier empresa. Comprendiéndolo así, puso especial cuidado en reorganizar estos contingentes, postreros símbolos de la extinguida República de Venezuela y que como tales proyectaban la majestad de su significación sobre quien tenía todos los títulos para capitanearlos. Logrado este propósito y no sin dificultades, pues los soldados, después de una retirada llena de indecibles privaciones y acostumbrados a los desmanes y violencias de un régimen de guerra á muerte, no se sometían fácilmente a vivir dentro de las características propias del medio granadino, Bolívar salió de Pamplona y tomó el camino de Tunja, donde reinaba general expectativa por la noticia de su proximidad.

Las reacciones populares que pudo apreciar a todo lo largo de su marcha, tanto las favorables como las adversas, dejaron en su espíritu un sentimiento de consuelo, pues por ellas pudo darse cuenta de que a pesar de ser objeto de furiosos ataques, su nombre empezaba también a significar el mejor símbolo de expresión de las fuerzas que, en el subconsciente de los pueblos americanos, estaban a punto de desbordarse, plenas de exuberante juventud y ambiciosas de grandes destinos históricos; adivinó que casi confundiéndose con su voluntad, poderosas corrientes colectivas se movían hacia un futuro todavía nebuloso, en el que comenzaban a vislumbrarse los resplandores de la libertad de un mundo.

Los historiadores que han descrito su llegada a Tunja, están de acuerdo en destacar la impresión de grandeza humana causada por Simón Bolívar a los legisladores granadinos. Las penalidades, los infortunios y el contacto con las más atractivas realidades del poder, habían limado aquellas aristas de su temperamento, producto de una personalidad de instintos poderosos y de sentimientos exuberantes, y ahora, esa misma potencia interna de su carácter presentaba un sello de recia madurez, cuyo vigor se desataba no en actitudes desconcertantes o caóticos desahogos sentimentales, sino en fe profunda en el destino superior que le esperaba. "El Libertador —dicen Henao y Arrubla— se presentó en la barra del Congreso pidiendo la palabra para hacer una extensa y verídica relación de sus campañas, refiriendo con exactitud los sucesos, las batallas, los contrastes y las desgracias de su patria. El Presidente le mandó entrar y tomar asiento a su lado; rehusó Bolívar, mas, al fin, tuvo que ceder... Habló con elocuencia, con inspiración, como quien tenía tanta fuerza en el decir." Su proclama a los granadinos, publicada en esos días, nos permite presentar la parte esencial de su discurso, no tanto en su forma literal como en la significación de sus conceptos: "Hemos subido —dijo Bolívar— a representar en el teatro político la grande

escena que nos corresponde, como poseedores de la mitad del mundo. Un vasto campo se presenta delante de nosotros, que nos convida a ocuparnos de nuestros intereses; y bien que nuestros primeros pasos hayan sido tan trémulos como los de un infante, la rigurosa escuela de los trágicos sucesos ha afirmado nuestra marcha, habiendo aprendido con las caídas dónde están los abismos y con los naufragios dónde están los escollos. Nuestra empresa ha sido a tientas, porque éramos ciegos; los golpes nos han abierto los ojos y con la experiencia y la vista que hemos adquirido, ¿por qué no hemos de salvar los peligros de la guerra y de la política y alcanzar la libertad y la gloria que nos esperan por galardón de nuestros sacrificios? Estos no han podido ser evitables, porque para el logro del triunfo siempre ha sido indispensable pasar por la senda de los sacrificios. ¡La América entera está teñida con la sangre americana.! ¡Ella era necesaria para lavar una mancha tan envejecida! Es la primera vez que se vierte con honor en este desgraciado Continente, siempre teatro de desolaciones pero nunca de libertad. Méjico, Venezuela, Nueva Granada, Quito, Chile, Buenos Aires y el Perú presentan heróicos espectáculos de triunfos; por todas partes corre en el Nuevo Mundo la sangre de sus hijos y ahora sí por la libertad, único objeto digno del sacrificio de la vida de los hombres. Por la libertad, digo, está erizada de armas la tierra, que poco ha, sufría el reposo de los esclavos!". El Presidente, casi interrumpiéndole, le contestó entonces: "General, vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre."

La presencia de Bolívar en Tunja inclinó la voluntad del Congreso en favor de sus propósitos continentales, pero a condición de adelantar previamente campaña contra los gobernantes de Santa Fe, quienes se negaban a formar parte de la Confederación Granadina. Bolívar tuvo, pues, que prepararse a triunfar en una guerra civil entre americanos antes de obtener los recursos necesarios para luchar contra los españoles. Afortunadamente esta campaña no presentaba mayores dificultades, porque la superioridad de las tropas venezolanas era manifiesta y el éxito no podía ser dudoso. De poco sirvió a los defensores de la ciudad, para organizar la resistencia, repetir las calumnias difundidas por Castillo y Ricaurte, como lo hizo el Obispo de Santa Fé en pastoral a sus feligreses, en la cual los exitaba a defenderse del caraqueño, "cuya historia —decía— es bien conocida de todo el Reino, cuya crueldad es notoria a todos estos países a que ha llevado la muerte y la desolación, y cuya irreligión e impiedad ha

publicado él mismo". Después de una corta resistencia, más heróica que eficaz, las tropas del Libertador tomaron la capital del Virreinato y ofrecieron al Congreso de Tunja la oportunidad de ejercer plenamente su jurisdicción sobre el extenso territorio granadino.

Llenada la exigencia del Congreso, Bolívar recibió el nombramiento de Jefe Supremo de las fuerzas federales y la autorización para conducirlas, después de vencer al enemigo en el litoral del Caribe, a territorio venezolano. "Crea usted, mi amigo—, le decía el Libertador a García Rovira— que si deseo se me autorice de un modo amplio en lo relativo a la guerra, es porque estoy determinado a tomar a Santa Marta, Maracaibo, Coro y volver por Cúcuta a libertar el Sur, hasta Lima, si es posible; pero para esto se necesita que todo marche uniformemente y que no se haga nada fuera del plan que me he propuesto, **pues en la unidad consiste la mejor parte de nuestros buenos sucesos.** Tengan ustedes la pena de buscar los elementos, que yo los emplearé de un modo glorioso al actual Gobierno y a la buena causa."

Bolívar salió de Bogotá con cerca de 2.000 hombres, de los cuales la mayoría iban sin armas, pues según las disposiciones del Congreso el Libertador debía tomarlas en los parques de Cartagena, de cuya guarnición había sido nombrado Comandante Supremo. Este nombramiento estaba destinado a suscitarle nuevas dificultades, porque el Coronel Manuel Castillo, al verse por segunda vez reemplazado en el mando por el caraqueño, se propuso utilizar la confusa situación política de Cartagena para hacerle imposible el feliz desempeño de su misión. Abandonó, con el grueso de las fuerzas a su mando, las posiciones avanzadas en el Magdalena, cuya guarda le había sido encomendada, y se acercó a la ciudad, donde iban a efectuarse las elecciones para Presidente del Estado Soberano, con la evidente intención de colocar en ese cargo a uno de sus amigos, como efectivamente lo hizo.

Se inició entonces en Cartagena una verdadera persecución contra los partidarios del Libertador, de la cual no se libró ni su hermana María Antonia, sometida a la más afrentosa vigilancia por parte de los esbirros de Castillo, quien en esos días no economizaba esfuerzos para fomentar en la ciudad la desconfianza contra los venezolanos, cuyos proyectos, según decía, no tenían finalidad distinta de implantar la tiranía de sus cohortes sobre la Nueva Granada. Bolívar conoció en Honda las primeras noticias sobre la conspiración que se estaba tramando contra él y consciente de su gravedad, se dirigió al Gobierno solicitándole intervenir en el conflicto. Pero en momentos tan decisivos para él, un desgraciado incidente dió apariencia de verdad a muchas de las afirmaciones de sus enemigos: "Bolívar —dice

Restrepo— había salido de Santa Fé el 24 de enero para embarcarse en Honda y algunas de sus tropas ya bajaban el Magdalena. Con ellas eran conducidos varios españoles europeos que se juzgaban perjudiciales y que debían ser expulsados de la República. El Capitán venezolano Francisco Alcántara, encargado de cuarenta, hizo quitar la vida a 16, dando por disculpa que se habían cansado. El gobernador de la provincia de Mariquita, León Armero, mandó también juzgar militarmente a nueve que graduó de enemigos acérrimos de la independencia, entre los cuales se contaba el Padre capuchino Corella; hízolos matar, lo mismo que a otros dos españoles, a quienes se atribuía deserción."

Estas ejecuciones, a las que Bolívar fué ajeno, levantaron una ola de indignación en la Nueva Granada, donde la falta de verdadera resistencia en el sector español, permitió la conquista de la independencia sin el nacimiento de esas tremendas pasiones que conducen al total exterminio del enemigo, como ocurrió en Venezuela. Por eso, al conocerse en Cartagena el avance de Bolívar, la conspiración fraguada por Castillo se puso al descubierto con inusitada violencia. "El gobernador Amador —dice Restrepo— dirigió a Castillo varias órdenes para que las circulara a todos los comandantes del río Magdalena. Preveníales en ellas que no obedecieran ninguna orden del General Bolívar, mientras no se las comunicaran por conducto del gobernador provincial y que a cualquier punto donde llegara, no le dejasen pasar adelante y le hicieran retrocer a Mompox, manifestándole que allí debía aguardar las órdenes y el permiso del Gobierno de Cartagena para adelantar sus marchas. Castillo, por sí propio y en calidad de General, dirigió a los Ayuntamientos de la Provincia una circular incendiaria contra el Libertador y otra orden al comandante del Magdalena en que explícitamente le prevenía de que usara de la fuerza contra las tropas de la Unión, si adelantaban un paso de Mompox."

Mompox era un sitio poco propicio para el estacionamiento de tropas, en virtud de su clima malsano; Bolívar se apresuró, en consecuencia, a iniciar negociaciones con los mandatarios de Cartagena, y para el efecto, envió como emisarios suyos, primero a su Secretario y luégo a sus edecanes. Sin embargo, sus gestiones de paz sólo recibieron como respuesta frases evasivas, tras de las cuales se advertía el propósito de obstaculizar al Libertador, sin desobedecer abiertamente al Gobierno Central. En la espera y envío de comisionados y en la ejecución de operaciones secundarias, como la de aproximarse a Cartagena para encontrar una solución, Bolívar se vió obligado a perder un tiempo precioso, que las guarniciones realistas de Santa

Marta aprovecharon para ocupar las posiciones avanzadas del Magdalena, abandonadas por Castillo imprudentemente.

Cuando los ánimos habían llegado a tal estado de exaltación y los peligros de la causa republicana parecían definitivamente relegados ante el furor devastador de las pasiones y de los intereses, un acontecimiento excepcionalmente grave demostró la futilidad de aquella rivalidad entre hermanos: la llegada a las Costas de Venezuela de una formidable expedición española, enviada por Fernando VII a órdenes del Teniente General don Pablo Morillo, para restablecer su vacilante autoridad en el Nuevo Mundo. Esta expedición, la más grande que se había conocido en América, venía en cuarenta y dos transportes, escoltados por diez y ocho grandes buques de guerra; estaba compuesta por quince mil hombres de armas y en ella figuraban regimientos famosos por su comportamiento en la guerra contra Napoleón.

Ni la inminencia del peligro logró entonces calmar las funestas ambiciones de la facción dominante en Cartagena. A la franca y cordial propuesta del Libertador de marchar con su ejército a Santa Marta mientras Castillo se encargaba de atacar a Barranquilla, se le contestó con una traidora salida, adelantada con numerosas fuerzas y encaminada a obtener por la sorpresa su rápido aniquilamiento. En esta aventura, dirigida personalmente por Castillo, quedó demostrado cómo su pericia y su valor estaban muy por debajo de sus capacidades de intrigante, pues el ataque, mal planeado y peor ejecutado, fué fácilmente contrarrestado por las tropas del Libertador y los agresores debieron retirarse en forma innomiosa para el honor de sus armas.

Si Bolívar logró frustrar los propósitos de Castillo, no por eso dejó de advertir que el odio de sus enemigos haría imposible la necesaria unión de las fuerzas republicanas y, dominado por este amargo convencimiento, optó por una grave decisión, con la cual creía dar su postrer aporte a la causa republicana y salvar su responsabilidad en el desastre que presentía cercano: reunió una Junta de Oficiales y ante ella presentó su renuncia del mando y anunció su inmediata salida del país. "Si yo permaneciera aquí —decía al Presidente del Congreso— la Nueva Granada se dividiría en partidos y la guerra doméstica sería eterna. Retirándome, no habrá más partido que el de de la patria y por ser uno, siempre será el mejor." La renuncia fué aceptada por la Junta, lo mismo que por el Comisionado del Gobierno Central, Marimón, quien solicitó al General Palacios, segundo de Bolívar, permanecer al frente de las tropas, con el encargo de buscar un acuerdo con Castillo para organizar la defensa de la Nueva Granada.

El 9 de mayo de 1815, el Libertador subió a la cubierta de un buque inglés, listo a partir rumbo a Jamaica, y poco después se alejaba de las costas granadinas, donde no tardarían en aparecer las formidables fuerzas pacificadoras de Fernando VII.



¿Quién era el hombre designado por el Monarca español para la delicada tarea de pacificar sus colonias de América?

Don Pablo Morillo nació en Fuentececas de León, en un hogar por demás humilde y del cual no guardó gratas memorias. El trato duro que recibió en él, le llevó tempranamente a pensar en la necesidad de vivir por su cuenta y su personalidad se impregnó, desde su niñez, de las preocupaciones que conducen al hombre a mirar los problemas de la vida a través de la torturante necesidad de abrirse camino en un medio hostil. Esta será una de las principales características del temperamento de Morillo y, por eso, en el curso de su existencia, aun en las horas de mayores triunfos, le veremos preocupado por hacer valer desmedidamente sus éxitos, por solicitar ansiosamente, cuando debía esperar con digna reserva, títulos y honores para satisfacer esa tendencia que comenzó desde su niñez, cuando sintiéndose casi solo y sin apoyo, debió prematuramente empezar a labrarse su propio destino. Desde entonces su línea de conducta será tomar la iniciativa, actuar con energía, adelantarse a la corriente de la vida, para no dejarse arrastrar por ella.

Cuando apenas era un niño, después de una pelea con algunos mozos del pueblo, huyó de su casa y se enroló en el Cuerpo Real de Marina de Toro, buscando en la carrera de las armas, la más halagadora en promesas para quien no tenía nada y lo quería todo, oportunidad para sobresalir. Y en aquellos tiempos de guerra, las ocasiones para distinguirse no le faltaron al joven leonés. En el sitio de Tolón sus superiores pudieron admirar su valor a toda prueba; en el bombardeo de Cádiz se ganó el grado de sargento, y en la batalla de Trafalgar fué herido en el sitio de mayor peligro. Así, poco a poco, esta voluntad de hierro, fué saliendo del mundo anonimato y ganándose un prestigio fundado en sólidos méritos.

Cuando las tropas napoleónicas invadieron a España, la guerra de resistencia nacional encontró a Morillo en la primera línea y le vió desplegar recursos e iniciativas que le conquistaron rápidos y merecidos éxitos; en Bailén sus superiores le distinguieron por su valerosa conducta; en Vigo ganó las insignias de Coronel y en Sampayo contribuyó, entre los más, a la derrota del Mariscal Ney. Estas acciones le conquistaron un puesto muy alto en las milicias españolas y un

sólido prestigio popular, ya que en ellas Morillo no fué el afortunado capitán de ejércitos regulares sino el conductor del pueblo español mismo, que en forma valerosa y espontánea había salido a la defensa de su soberanía en el momento en que sus Monarcas, impulsados por odios de familia, claudicaban vergonzosamente ante el conquistador francés.

Después de la batalla de Victoria, en la cual su intervención tuvo mucho de decisiva, aunque no tanto como él mismo la describe en su parte al General Castaños, Morillo fué recompensado con el grado de Mariscal de Campo. Y cuando terminada la guerra y restaurado Fernando VII en el trono español, se trató de escoger a quien debía mandar la expedición destinada a América, el General Castaños recomendó para tan alto cargo a don Pablo Morillo. Así, el muchacho que un día huyó de la casa de sus padres en busca de mejor fortuna, llegaba a los 38 años a la posición de mayor importancia y responsabilidad de su patria: su Rey le encomendaba la ponderosa tarea de salvar el imperio colonial de España. Hablando de su aspecto físico, dice Blanco Fombona: "Era de estatura mediana y fuerte. Su porte militar era correcto y su fisonomía, de subido color moreno, tenía expresión dura. Sus ojos eran negros, de mirada penetrante y estaban cubiertos por tupidas cejas del mismo color. Su aspecto no era desgradable, ni inspiraba simpatías. Su voz bronca y sus modales poco distinguidos..."

Cuando el 3 de abril de 1815 la expedición arribó a las Costas de Carúpano, en Venezuela, Morillo encontró allí al Brigadier Morales, al frente de 5.000 jinetes pertenecientes a las antiguas legiones de Boves. Desde el primer momento estos dos hombres no pudieron entenderse, porque cuando don Pablo, cansado de batallas, llegaba a América ansioso de demostrar sus habilidades como hombre de Estado, Morales, caudillo primitivo y frío, no juzgaba posible en América otra política que la de exterminio implacable de todos los republicanos. Esta diferencia se puso de manifiesto al encaminarse ambos a la Isla de Margarita a extinguir aquel terrible foco de rebeldes, cuyo cabecilla más saliente, el fiero Arismendi, era ya célebre por sus crueldades contra los españoles, las cuales nada tenían que envidiar a las de Boves.

Convencido Arismendi de la inutilidad de resistir a fuerzas tan superiores, al llegar Morillo a Asunción se presentó al Pacificador a rendir sus armas e invocar humildemente perdón por sus pasadas culpas. Esperanzado en encontrar una solución pacífica para el problema americano, Morillo le recibió afablemente y le indultó, a pesar de la protesta de Morales y de las claras evidencias de su activa participación en la guerra americana. "En los ojos del brigadier

Morales que estaba presente —dice el historiador Sevilla— brilló un relámpago de ira comprimido por los deberes que impone la disciplina. Mi General —dijo Morales apuntando con el índice al famoso cabecilla republicano que permanecía arrodillado— no haga usted tal cosa. Este hombre que usted ve a sus plantas, no está arrepentido; le está engañando miserablemente. Este hombre que usted ve arrastrándose como un reptil, no es hombre, es un tigre feroz salido de las selvas o del infierno. Estas lágrimas que vierte son de cocodrilo, sus protestas son ardides y sus promesas mentiras. El miserable ha mandado quemar vivos a quinientos comerciantes pacíficos, españoles de Caracas y la Guaira. Los que consiguieron escapar de la hoguera, fueron asesinados a lanzazos... —No importa, contestó Morillo, con todo eso, lo perdono; así quedará más obligado y comprenderá cuán sincero y grande ha de ser su arrepentimiento para que iguale a mi generosidad... El cabecilla se levantó y salió echando una mirada de odio reconcentrado sobre el Brigadier... Mi General —dijo Morales a Morillo—, desde ahora le predigo que fracasará usted en su expedición. Al decretar usted el indulto de Arismendi y demás cabecillas que alberga esta isla, ha decretado usted la muerte de millares de peninsulares y de venezolanos leales, que por ellos han de ser asesinados. Mi General: se pierden estos dominios para España y usted pierde su fama de sabio político y valiente militar, si sigue usted ese sistema que acaba de inaugurar en Margarita... Señor Brigadier —le replicó Morillo en el acto—, no le he pedido a usted consejos... —Es verdad—, mi General, y en adelante me abstendré de dárselos; pero me queda, en cambio, la satisfacción de haber cumplido con un deber de conciencia... El tiempo mi General, el tiempo y la historia dirán cuál de los dos se equivoca..."

Terminada, con la rendición de Arismendi, la revuelta en Margarita, después de dejar allí una pequeña guarnición, Morillo se dirigió de nuevo a Caracas, donde se le tenía preparada una triunfal recepción. Describiendo su llegada a la capital venezolana, efectuada el día 11 de marzo de 1815, dice Landeta Rozales: "La entrada fué en la tarde y hubo salvas, música, fuegos artificiales, banquetes y festejos públicos por parte del Gobierno y del pueblo, hospedándose en casa del Marqués de Mijares." En Caracas, Morillo ratificó con hechos explícitos su política, encaminada a obtener un acuerdo cordial con los americanos, y para ganarse la simpatía de los criollos acaudalados, además de decretar un indulto general, no economizó esfuerzos para demostrar a los venezolanos el sincero deseo de la Metrópoli de dar más justa representación al Nuevo Mundo en el gobierno peninsular; ofreció, igualmente, garantías a los grandes propietarios mantuanos de que la revolución de las razas de color, desatada por

los caudillos españoles, sería detenida y el orden social restaurado. Con estas banderas su tarea pacificadora encontró amplia acogida en aquellos sectores sociales, hasta el momento decididos promotores de la rebelión, la cual fué reduciéndose en Venezuela a pequeñas partidas armadas que huían hacia los llanos.

Logrados estos avances en el camino de la pacificación, Morillo dirigió sus miradas a la Nueva Granada y después de equipar convenientemente la división de Barinas, mandada por Calzada, le ordenó atravesar la frontera e internarse en las provincias centrales del Nuevo Reino, mientras él se embarcaba en Puerto Cabello con un poderoso ejército, destinado a dominar las plazas republicanas del Caribe. En los últimos días de julio arribó a Santa Marta y desde allí despachó a Ruiz Porras al interior, al tiempo que numerosos contingentes de infantería rodeaban a Cartagena por tierra y la escuadra completaba por mar el cerco de la plaza. Sus habitantes decidieron entonces enmendar con heroísmo sus pasados extravíos; encerrados en aquella poderosa fortaleza, en tres meses de resistencia, hicieron pagar caro al conquistador su triunfo. Durante el sitio, Castillo fué destituído popularmente por incapaz y reemplazado en el mando por el venezolano Bermúdez.

Dominada Cartagena, Morillo ordenó al Brigadier de la Torre tomar el camino del interior, siguiendo el Magdalena. Sus fuerzas hicieron contacto en la Villa de Leyva con las de Calzada y unidas avanzaron sobre la ciudad de Santa Fé. El pueblo granadino, que en forma tan decisiva había acompañado a los criollos en la insurrección contra España, fué entonces abandonado por quienes lo habían comprometido en la revuelta, muchos de los cuales se presentaron humildemente a los españoles a disculparse, usando de los más extraños pretextos para justificar sus recientes actividades revolucionarias. "Entraron las tropas de Morillo en Santa Fé —dice Groot— en medio del más grande regocijo, bajo arcos triunfales, con repiques de campanas en todas las iglesias, cohetes y riego de flores, que se les arrojaba desde los balcones. Muchos, aún de los mismos que habían sido patriotas exaltados, se daban la enhorabuena."

"El Colegio Electoral de la Provincia y el Gobierno provisional de Cali —relata Sañudo— habían ya jurado obediencia a Fernando VII, como escribió Fernández Madrid a Morillo el 8 de julio, y Buga el 3 del mismo mes; y lo propio verificó el Cabildo de Bogotá. Y dice Bernedetti 'Torres y todos aquellos grandes oradores de la época, llevaban su energía hasta imponer responsabilidad al Presidente de la República, si no capitulaba sometiendo el país a los españoles'; y este Presidente, que era Fernández Madrid escribió, según Restrepo, desde la Provincia de Popayán, varias cartas a Latorre y al General en

Jefe, en cuyos documentos pagó el tributo que cruelmente le exigían la calamidad de los tiempos y las circunstancias difíciles en que se hallaba; lo mismo que sucedió a otros muchos patriotas. Atribuíanse en aquellos escritos hechos que jamás perpetraron y sentimientos que nunca abrigaron; y agrega Groot: 'Fernández hizo todo lo que hicieron todos los patriotas que cayeron en manos de los españoles, pedir favor dando algunas disculpas.' El 29 de julio de 1816 escribe a Morillo Fernández Madrid: 'Yo juro a Vuestra Excelencia que mi hermano y yo seremos los vasallos más fieles y que nuestra conducta será irreprensible.' "

Poco iba a servir a los ideólogos granadinos su complaciente actitud ante el conquistador español; un acontecimiento, ocurrido en la isla de Margarita, donde la clemencia de Morillo se ejerció en su forma más amplia, llevó al Pacificador a modificar fundamentalmente su criterio acerca de los métodos que era necesario emplear para extinguir la revolución americana: la sorpresiva insurrección de Arismendi, quien después de degollar con increíble ferocidad a la pequeña guarnición española, se apoderó de la isla levantando de nuevo el estandarte de la rebelión. Las terribles frases de Morales en Margarita —"desde ahora le predigo que fracasará usted en su expedición. Al decretar usted el indulto de Arismendi y demás cabecillas ha decretado la muerte de millares de peninsulares y venezolanos leales", al herir, con su recuerdo el orgullo de Morillo, le impulsaron a pasarse al extremo opuesto, a abandonar su política de concordia, para decidirse por el exterminio implacable de los revolucionarios. Su respuesta a la insurrección de Arismendi fué la constitución en Santa Fe del Tribunal de Purificación, destinado a hacer justicia rápida contra quienes se comprobara sumariamente cualquier clase de participación en el movimiento republicano y la llamada Junta de Secuestros, encargada de vender los bienes de los rebeldes. "Al saberse en Bogotá la formación de estas juntas —dice Sañudo— varias señoras y señoritas principales, fueron el 30 de mayo, día del Rey, a suplicarle con llanto en los ojos, perdón para sus parientes y esposos comprometidos en la revolución, y aún se arrojaron a sus plantas; Morillo les rogó que se levantaran y con voz conmovida díjoles, según Sevilla, que el perdón concedido en Margarita había sido pagado con pasar a cuchillo a los oficiales y soldados que allí había dejado. Los que tan alevosamente han sido asesinados, cada uno por cien sicarios. también tenían madres, esposas e hijas, que hoy maldecirán al General imprevisor que tuvo la candidez de creer en las protestas fementidas de aquellos miserables. Si en vez de perdón hubiera yo fusilado a veinte cabecillas, no pesarían sobre mi cabeza los remordimientos que hoy me acosan."

Terminados los procesos contra quienes había evidencias de culpabilidad y condenados por el Tribunal a la pena capital, el 8 de junio comenzaron en Santa Fé las ejecuciones; subieron al cadalso y murieron con dignidad Antonio Villavicencio, Carlos Montúfar, Tadeo Lozano, Manuel Rodríguez Torices, Camilo Torres, Francisco José de Caldas, Antonio Baraya y Liborio Mejía. Así, en una ola de sangre ahogó Morillo en la Nueva Granada la revolución emancipadora.

A partir de este momento, el Norte del Continente hispanoamericano quedó sumido en un inmenso silencio, pues el escarmiento y el poderoso ejército de ocupación de Morillo, segaron las principales fuentes de rebeldía; solamente en el Sur, en las márgenes del Plata, la revolución argentina sobrevivía difícilmente, no tanto por sus virtudes intrínsecas como por su posición geográfica. Aprovechando estas circunstancias don José de San Martín, en la ciudad de Mendoza, procuraba mantenerse alejado de las intrigas de Buenos Aires y con esfuerzo ejemplar organizaba un pequeño ejército para llevarlo a Chile, dominar el Pacífico y conducir sus tropas al corazón mismo del imperio español en América: el Perú. Como inmediata consecuencia de la ocupación de la Nueva Granada y Venezuela por Morillo, la suerte de la causa americana quedaba, pues, en manos de los revolucionarios del Plata. Ellos eran los únicos que en esos momentos conservaban la libertad, porque gracias a su lejanía no habían sufrido el impacto de las fuerzas expedicionarias enviadas por Fernando VII. "La libertad vendrá del Sur", era la sentencia que sintetizaba entonces la nueva realidad política y militar del mundo americano. Así lo comprendía San Martín, quien, ante el espectáculo de la anarquía reinante en las provincias del Plata, trataba de obtener la emancipación de Chile, pues un profundo instinto le decía que en este pueblo, menos dividido que el argentino, encontraría el apoyo necesario para emancipar el norte del Continente. ¿La libertad vendría del Sur? ¿Lograría San Martín vencer el baluarte español del Perú y libertar a todo el Nuevo Mundo? Tal era el más probable curso de los aconteciminetos, pues la Nueva Granada y Venezuela, dominadas por un poderoso ejército de ocupación, habían perdido su puesto en la contienda americana.

Sin embargo, acontecimientos extraordinarios, realmente extraordinarios, acaecerían. La libertad no vendría del Sur sino de las islas del Caribe; vendría con un hombre a quien sus compatriotas de Venezuela, azuzados por Ribas y Piar, habían expulsado de Carúpano, y los granadinos, exaltados por Castillo, habían arrojado de Cartagena: con Simón Bolívar. Gracias a él el Norte del Continente no

recibiría la libertad sino la daría; gracias a él Colombia y Venezuela, hoy dominadas por Morillo, no se unirían al Perú para completar la dominación española en el Nuevo Mundo, y las victorias decisivas contra la reacción realista las ganarían los soldados de la Gran Colombia, que hoy, sometidos a la dominación de Morillo, no tenían otra esperanza que el triunfo de los ejércitos de San Martín.

BOLIVAR

CUARTA PARTE

Capítulo XIII

LA ESTRATEGIA POLITICA DE LA REVOLUCION

"Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos, que jamás han abandonado esta noble causa."

SIMON BOLIVAR

El desterrado de Jamaica.—Hostilidad Británica.—Humillaciones y miseria.—Julia Cobier.—España victoriosa, cancela su política popular.—Bolívar concibe la emancipación como una insurrección general de las masas populares de América.

Cuando a fines de marzo de 1815 Bolívar abandonaba las costas granadinas para dirigirse a la posición inglesa de Jamaica, en Venezuela y la Nueva Granada llegaba a su término la liquidación de las causas y condiciones que habían mantenido el fuego de la rebeldía en esas extensas latitudes del Continente. "En mi opinión —le manifestaba Bolívar a Maxwell Hyslop— si el General Morillo obra con acierto y celeridad, **la restauración del gobierno español en América del Sur, parece infalible.** Esta expedición española puede aumentarse, en lugar de disminuirse, en sus propias marchas. Ya se dice que en Venezuela han tomado tres mil hombres el país. Si no es cierto es muy fácil, porque los pueblos obdecen sin repugnancia a esos tiranos inhumanos. Es verdad que el clima disminuirá las tropas europeas, pero el país les dará reemplazos con ventajas; pues, **no debemos alucinarnos: la opinión de América no está aún bien fijada y aunque las**

seres que piensan son todos, todos independientes, la masa general ignora todavía sus derechos y desconoce sus intereses."

La urgencia de darle una nueva base política a la revolución, pues las fuerzas interesadas en mantenerla viva carecían de su primitivo vigor, llevó entonces a Bolívar a pensar en el apoyo británico, como única salida para romper el equilibrio social que en favor de España se estaba cumpliendo en el Nuevo Mundo. "Si me hubiese quedado un solo rayo de esperanza —escribía— de que la América pudiese triunfar por sí sola, ninguno habría ambicionado más que yo el honor de servir a mi país, sin degradarlo a la humillación de solicitar una protección extraña."

Después de buscar en Kingston una habitación modesta, dado lo limitado de sus recursos, Bolívar encontró una vieja casa, especie de posada, administrada por su dueña, mujer de edad indefinible pero de aspecto desagradable y cuyos modales rudos le demostraron su costumbre de tratar con clientes poco dispuestos a pagar. Sólo por comprender que le sería difícil hallar otro alojamiento, se resignó a aceptar con paciencia las permanentes muestras de desconfianza de la patrona y la pésima atención de que era objeto. Sus actividades se encaminaron primeramente a buscarse amigos entre las gentes influyentes de la isla, para lograr con su ayuda entrevistarse con el Duque de Manchester, Gobernador de Su Majestad Británica en Jamaica. En esta tarea desempeñó papel principal su genio alegre y expansivo, con el cual sabía captarse la simpatía de cuantos le trataban, y al cabo de algún tiempo pudo entrar en un círculo de gentes donde le fué posible entablar cordial amistad con altos funcionarios. Estas facilidades sólo sirvieron a Bolívar para hacerle ver más claramente la poca disposición del gobierno británico, ya aleccionado por las experiencias de Miranda, a comprometerse o a comprometer sus recursos en aventuras tan poco seguras como parecían entonces las encaminadas a derrocar el poder de España en América. El Duque de Manchester, informado por terceras personas de sus intenciones, se cuidó muy bien de recibirle y sus cartas quedaron sin contestación.

Ante la frialdad de las autoridades de Jamaica, Bolívar escribió a Londres, al propio Ricardo Wellesley, planteándole el problema de América y demostrándole cómo los intereses comerciales de la Gran Bretaña seguían una línea paralela con la libertad del Nuevo Mundo. "El equilibrio del universo y el interés de la Gran Bretaña —le decía— se encuentran perfectamente de acuerdo con la salvación de América. ¡Qué inmensa perspectiva ofrece mi patria a sus defensores y amigos! Ciencias, artes, industria, cultura, todo lo que en el día hace la gloria y exita la admiración de los hombres en

el continente europeo, volará a América. Inglaterra, casi exclusivamente, verá refluir en su país las prosperidades del hemisferio que, casi exclusivamente, debe contarla por su bienhechora."

Cuando se agotaron sus escasos recursos, trató de obtener algún trabajo lucrativo, pero nada le fué posible encontrar. Después de reducir hasta el máximun sus gastos y de vivir ocultándose de las gentes que le conocían, para no descubrir su miseria, se vió obligado a dirigirse al único hombre de cuyo interés estaba seguro: a Maxwel Hyslop. "Obligado por la más absoluta necesidad —le decía el 30 de octubre— me tomo la libertad de molestar la atención de usted confiando en las ofertas generosas que a nombre de usted me ha hecho nuestro amigo común el difunto General Robertson y Mr. Chamberlaine. Ya no tengo un duro; ya he vendido la poca plata que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de usted. Sin él, la desesperación me forzará a terminar mis días de un modo violento, a fin de evitar la cruel humillación de implorar auxilios de hombres más insensibles que su oro mismo. Si usted no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida, estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa. La generosidad de usted debe ser gratuita, porque me es imposible ofrecer ninguna recompensa, después de haber perdido todo; pero mi gratitud será eterna."

Para su fortuna, cuando sólo sombras se veían en el horizonte de su existencia, una alegría habría de ser salida inesperada que le libraría de ahogarse en su propia desesperación. En una de sus cada vez menos frecuentes reuniones con el pequeño círculo de amigos de la isla, tuvo oportunidad de conocer a una mujer en cuya compañía olvidaría sus fracasos y con nuevas energías —hijas de su dicha— continuaría la lucha por conquistar el porvenir.

Julia Cobier era una criolla dominacana, dueña en la Isla de fortuna nada despreciable y de cierta influencia, a la cual no eran ajenos sus celebrados encantos de mujer. Al parecer una triste historia de amor la obligó a abandonar su tierra y con el alma llena de amargura, recorrió varias islas del Caribe al lado de hombres que sólo encontraron en ella la fría amargura de su corazón. Tras de haber amado hondamente, una total desilusión del amor la había dominado y sus energías espirituales buscaron nuevos rumbos, se hundieron en las necesidades de su existencia de mujer solitaria y abandonada, llevándola a una vida en cuyos éxitos se encontraba muy poco de su propio corazón. No pocos hombres la ayudaron, unos desinteresadamente, otros no, pero en todos su proximidad dejó la

extraña huella de haberla sentido siempre distante. Para ellos, la añoranza de esta mujer quedó asociada con la sensación de una esquiva superioridad y la atracción de lo que parecía rehusarles los encadenó a su recuerdo, a un recuerdo que muchos llegaron a creer fatal.

De esta manera, la humilde criolla dominicana fué ascendiendo en la vida y mezclada en los negocios de los hombres que la amaron, adquirió una experiencia que muy pronto le permitió llevar adelante algunos por su propia cuenta, no sin que rápida prosperidad la favoreciera. Cuando Bolívar la conoció, Julia Cobier contaba 32 años y su belleza, siempre notable, sin haber perdido nada, se había tornado más exultante por la amplia madurez de sus formas. Su piel era morena pálida, sus labios de corte audaz y excitante, y sus ojos, como un contraste en ese rostro en el cual se reflejaban no lejanas mezclas raciales, verdes, de un verde profundo, con expresión de extraña y triste quietud.

En este amor, a diferencia de casi todos sus amores, Bolívar no triunfó por el imperio de los instintos afirmativos de su personalidad; en él se impuso su tristeza, su amarga sensación de fracaso, que halló tierna, casi maternal acogida en el alma de esta mujer altiva en apariencia, melancólica en el fondo, y cuyo corazón, cerrado por antigua pena, sólo habría de renacer al contacto de un dolor hermano. Cuando Julia Cobier supo la historia de Bolívar, su fulgurante ascenso y su rápida caída; cuando conversó con este joven, para tántos un iluso, que hablaba de libertar un mundo y escasamente tenía para comprar un pan, indefinible interés la acercó a él, borró de su gesto el altivo ademán que a muchos había encadenado a sus plantas y puso en su sonrisa una ternura que le salía del alma y en la cual parecían consumirse las cenizas que ocultaban el natural ardor de esta naturaleza, antaño afectuosa y apasionada. Desde entonces se les vió juntos frecuentemente, y por el camino de su mutua tristeza fueron llegando a una intimidad inevitable para esas dos naturalezas sanas, que en la proximidad de sus cuerpos sentían temblar inesperadas ilusiones del alma.

En los espíritus tempranamente tristes existen como surcos muy hondos, donde las penas dejan una semilla que pronto engendra la desesperación; en cambio en los temperamentos optimistas y alegres hay una aridez natural para la tristeza, una resistencia que ante los mayores dolores no la deja crecer, salvando las delicadas fuentes del entusiasmo. En aquellos tiempos sombríos para su empresa libertadora, cuando el espíritu de Bolívar proyectaba su eclipse de ilusiones sobre su voluntad, la alegría de vivir que este amor trajo a su espíritu y a sus sentidos, cerró en su alma las brechas abiertas en ella por los

impactos del infortunio. El amante feliz salvó al jefe revolucionario vencido.

*

Seguro de que en América bien pronto iban a necesitarse excepcionales energías creadoras, de esas que sólo se encuentran en la ruta de las grandes ambiciones, Bolívar se dió a la tarea de buscar hombres capaces de comprender que la gloria y el fallo de la posteridad son la mejor recompensa para la más grande ambición. En tales circunstancias, conoció a un oscuro comerciante del Mar Caribe, a quien la epopeya americana transformaría en uno de los grandes almirantes del Nuevo Mundo. Luis Brión era natural de Curazao y desde temprana edad se familiarizó con el tráfico marino, tan importante en su tierra natal. El comercio de contrabando, cada vez más lucrativo para quienes lo ejercían, atrajo pronto su atención y primero a órdenes de otros y finalmente por cuenta propia, se dedicó a este ventajoso tráfico entre las numerosas islas del Caribe y la tierra firme, logrando halagadoras ganancias que pronto hicieron de él un potentado de aquellos mares. Cuando Bolívar tuvo oportunidad de tratar a Brión, adivinó en este hombre de genio aventurero y emprendedor, un posible auxiliar para su empresa y trató de ganarse su amistad; poco después, los dos se comportaban como viejos amigos y Brión, el traficante, miraba la empresa del Libertador como digna de sacrificarle parte de sus ganancias. "No sé lo que debo admirar más en usted —le escribía Bolívar—, si su generosidad, su patriotismo, o su bondad. Es preciso que usted sea de un carácter tan extraordinario para que se sacrifique sin reserva por los intereses de la causa que sus propias criaturas despedazan. Es preciso, amigo Brión, que a usted se le tribute el honor de ser el primer protector de la América y el más liberal de los hombres."

Poco tranquilizadoras eran las condiciones de su vida, para que sus propósitos pudieran entonces desenvolverse normalmente. Sus disputas con la propietaria de la casa donde se alojaba, se hicieron en esos días frecuentes y los insultos y humillaciones de la despiadada mujer provocaron un agrio rompimiento, que obligó a Bolívar a salir de aquella casa. "Tengo que molestar a usted de nuevo con mis súplicas —le dice en carta a Maxwel Hyslop—. He salido de la casa donde vivía, porque las locuras de la mujer que me servía, me han hecho perder la paciencia. Esta maldita mujer me cobra ahora más de cien pesos de gastos extraordinarios, que verdaderamente son injustos; pero como ella es tan maldiciente, tan perversa y tan habladora, no quiero que me vaya a ejecutar delante de un juez, por tan poco, y me exponga, por sus insolencias y ultrajes, a una violencia

con ella. Yo no tengo un maravedí, así suplico a usted me haga el favor de mandarme estos cien pesos para pagar a esta mujer, con los cuales serán trescientos pesos que usted me ha prestado."

Los grandes acontecimientos de la historia muchas veces se engendran cuando causas al parecer sin importancia, por su carácter individual, actúan en el ámbito de una personalidad poderosa que, al recibir sus estímulos, comunica al mundo social su propio estremecimiento, determinando profundas modificaciones en él. En los meses transcurridos en Jamaica, Bolívar vive la penosa experiencia de ver cómo se cierra implacablemente el círculo de posibilidades para adelantar la revolución en las condiciones de su inicial planteamiento o para obtener de las potencias amigas una ayuda susceptible de compensar la ya notoria complacencia de los pueblos americanos con la Metrópoli vencedora. Otro hombre, con el alma menos grande que la suya, fatalmente hubiera abandonado su empresa para resignarse a vagar por las islas del Caribe mientras sus faltas se olvidaban y su pasado dejaba de amenazar su seguridad. Pero él lo había dicho en esos días en carta a doña Gertrudis Toro: "Yo tengo un corazón que no teme a los ataques de la fortuna." Ante la definitiva liquidación de las circunstancias que hasta el momento habían favorecido a la causa republicana, lejos de aceptar Bolívar sus consecuencias lógicas, con auténtica visión de conductor de hombres se lanzó a la empresa de crear en América unas nuevas condiciones políticas, para continuar sobre distintas bases una revolución cuyos fundamentos primitivos habían perdido su poder expansivo y su vigor inicial.

Hasta ese momento la rebelión americana había sido movimiento de protesta de las clases dirigentes contra la administración colonial de España. Para contener esta empresa revolucionaria, los españoles levantaron contra ella a las masas populares, a las clases de color, contrarrestando una revolución con el impacto de otra más poderosa y rica en efectos políticos. Pero, cuando los jefes realistas lograron la victoria, al tiempo que recibían complacidos la adhesión de los criollos, se veían en la necesidad de contener el huracán popular, el desenfreno de las razas de color, ansiosas de venganza contra las minorías blancas: la paz y la victoria no dejaban, pues, de envolver grandes peligros para los españoles, porque les obligaban a proteger a sus antiguos enemigos y a enfrentarse, para garantizar el orden, a sus peligrosos aliados de ayer. Tales fueron las circunstancias que indujeron a Morillo a encarcelar a Morales, el heredero de Boves y jefe de los llaneros, porque este último, como quienes le acompañaban, insistían en mantener el estado de pillaje que caracterizó los últimos tiempos de la guerra a muerte, considerado ya por los mismos

españoles con alarma, por el peligroso odio racial que constituía su principal motor.

Con profunda y sagaz visión política, Bolívar se dió cuenta de que este estado de cosas podía conducir a una fermentación social capaz de engendrar, en aquella hora de eclipse para los republicanos, condiciones políticas favorables al resurgimiento de la insurrección. Así lo escribió al director de la Gaceta Real de Jamaica: "Después de haber experimentado los españoles en Venezuela reveses multiplicados y terribles, lograron, por fin, reconquistarla. El ejército del General Morillo viene a reforzarlos y completa la subyugación de aquel país; parecía, pues, que el partido de los independientes era desesperado, como en efecto lo estaba; **pero, por un suceso bien singular, se ha visto que los mismos soldados libertos y esclavos que tánto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas, se han vuelto al partido de los independientes que no habían ofrecido la libertad absoluta como lo hicieron las guerrillas españolas. Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos, que jamás han abandonado esta noble causa.**"

La intuición de que las masas venezolanas no se adaptaran fácilmente a regresar a las circunstancias sociales anteriores a 1810, después de haber conocido las promesas de Boves y de cuatro años de vivir de la guerra y del pillaje, ensancha repentinamente el horizonte de sus esperanzas, pues comprende que ahora, cuando los españoles no pueden ofrecer las vidas y haciendas de los blancos criollos y la honra de sus mujeres, ha quedado abierta la puerta para que la revolución americana se identifique con las realidades del Continente, y se haga fuerte por representar no los intereses de una clase privilegiada, sino las aspiraciones de toda la población.

Nunca como en este momento se puso más de relieve la recia contestura mental de auténtico hombre de Estado del Libertador. En la misma carta y dirigiéndose a los europeos, estampó los siguientes conceptos, indicativos del profundo sentido de la responsabilidad con que él se acercaba a la solución tomada en forma tan ligera por los caudillos españoles. "Lo que es, en mi opinión —dice—, realmente temible es la indiferencia con que la Europa ha mirado hasta hoy la lucha de la justicia contra la opresión, por temor de aumentar la anarquía; ésta es una instigación contra el orden, la prosperidad y los brillantes destinos que esperan a la América. El abandono en que se nos ha dejado es **el motivo que puede, en algún tiempo, desesperar al partido independiente, hasta hacerlo proclamar máximas demagógicas para atraerse la causa popular.**"

De estas frases se deduce claramente que si Bolívar había entre-

visto todas las potencialidades revolucionarias de la nueva situación política que comenzaba a desenvolverse en América, no había dejado de apreciar también cómo en ella iban envueltos tremendos peligros para el porvenir de América. ¿Cuáles eran esos peligros? ¿Por qué Bolívar vacilaba ante este camino tan prometedor, a pesar de valorar exactamente las posibilidades de éxito latentes en su curso?

Poca importancia se ha atribuído corrientemente a la circunstancia significativa de que la revolución de independencia en Hispanoamérica no la hubieran iniciado las masas populares sino las "élites" directivas de las clases criollas. Es verdad que en América hubo revoluciones populares, como fueron la de Tupac Amaru en el Perú o la de los Comuneros en el Virreinato de Granadino; pero la primera no puede juzgarse realmente americana, pues su propósito fué restaurar en el trono del Cuzco a un heredero de los antiguos Incas, sin que en ella alentaran verdaderos ideales de emancipación continental; y la segunda, la de los Comuneros, nunca aspiró a la independencia sino significó solamente una protesta contra el excesivo aumento de los impuestos en las colonias. En cambio, cuando en 1810 se inició una revolución que en su desenvolvimiento llegó a producir un verdadero intento de emancipación de la Metrópoli, ella no sólo tuvo su origen en las clases criollas y privilegiadas de América, sino encontró su principal enemigo en las masas populares, que unidas a los ejércitos de Boves y Morales contribuyeron en forma decisiva a su derrota.

Ello indicaba y así lo comprendía Bolívar, que las clases populares de América no eran auténticamente revolucionarias. A primera vista puede pensarse que la actitud asumida por ellas bajo las banderas de Boves, cuando pedían las tierras de los blancos y las cabezas de los "mantuanos", fuera en sí misma una actitud revolucionaria. Nada estaba más lejos de constituir auténtica realidad política. Una clase social es revolucionaria cuando en su seno se han creado las condiciones necesarias para imponer una nueva organización política y económica a la sociedad, y el choque, o revolución, ocurre cuando las viejas formas o moldes sociales constituyen obstáculo para el pleno desarrollo de aquellas condiciones. Algo muy distinto se vió en los estallidos "populares" que comandaron Boves y Morales. Los indios, negros, pardos y mestizos que les siguieron, no aspiraban a modificar realmente la organización social americana sino a reemplazar a los "mantuanos" en sus prerrogativas. Era una rapiña por los privilegios no un intento de modificar esos privilegios. Querían las tierras de los blancos "en propiedad" para ellos, querían sus puestos en los concejos y sus riquezas, además de la oportunidad de saciar antiguos odios de raza en una lucha abierta que se transformó en

atroz carnicería. Las masas americanas no eran revolucionarias, porque en ellas no se habían producido ni las fuerzas espirituales ni la capacidad económica para determinar con su presencia, en el escenario político del Continente, un cambio renovador de la estructura de la sociedad; cuando más eran fuerzas para la protesta, para la protesta violenta y anárquica, pero no representaban energías sociales capaces de crear un nuevo tipo de organización social. Podían ser y efectivamente lo eran, un gran instrumento para destruir situaciones de hecho, como la pacificación española, pero no tenían ni la cohesión, ni las virtudes requeridas para dar origen a distintas condiciones de vida en América, ya que su potencial residía en el despertar de instintos inferiores y negativos, comprimidos durante trescientos años por el régimen colonial.

Cuando Bolívar se decide a dar el paso trascendental de cambiar la base de sustentación de la revolución americana, cuando se resuelve a poner las banderas de la independencia sobre las lanzas de una revuelta popular y convencido de la incapacidad de las clases criollas para continuar la empresa libertadora, opta por conquistar para su causa a las hordas que un día acompañaron a Boves, lo hace dominado por la seguridad de que esas fuerzas, tan propicias para la anarquía, deben ser siempre dirigidas y muchas veces forzadas a encaminarse hacia objetivos y finalidades sociales constructivos, ya que sus tendencias naturales las conducen al particularismo y la anarquía. Consciente de los impactos tremendos que en la estructura social de América va a producir una revolución adelantada sobre esas nuevas bases, advierte desde entonces la necesidad de establecer en el porvenir gobiernos fuertes en América, capaces de canalizar las peligrosas fuerzas que va a ser necesario desencadenar en el continente para emanciparlo. El problema de cómo consolidar en la victoria una revolución que debe adelantarse con masas humanas no revolucionarias sino simplemente rebeldes, lo enfoca desde Jamaica en la siguiente forma: "Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, **no puede persuadírseme que el Nuevo Mundo sea, por el momento, regido por una gran república... Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra."**

Pasar de la anarquía revolucionaria —necesaria para la emancipación— a un orden social estable en el cual fuera posible el desenvolvimiento de grandes y prósperos Estados, será de ahora en adelante la meta fundamental de sus actividades públicas. Esta visión de los problemas del Nuevo Mundo, reunirá en su inteligencia las

preocupaciones estratégicas del jefe militar con los pensaminetos del estadista organizador de pueblos libres.

Tomada esta decisión histórica, que entrañaba un cambio fundamental en la estrategia política del movimiento republicano, y descartada la posibilidad de ayuda exterior, Bolívar concentró su atención en el Continente, en la espera de alguna noticia o indicio que le señalara la oportunidad de regresar a la Nueva Granada o a Venezuela, para encender la hoguera que consumiría en sus llamas la vieja estructura del Estado español en América. Y esa noticia no tardó en llegarle. En virtud de los retrasos sufridos entonces por las comunicaciones, Bolívar tuvo conocimiento en diciembre de 1815 —cuando ya había caído Cartagena en poder de Morillo—, de la solicitud de numerosos personajes de esta ciudad para que se trasladara a ella, a dirigir su defensa, pues la incapacidad de Castillo les tenía exasperados. Poco enterado todavía de los éxitos de Morillo en el Caribe, Bolívar consideró llegada la hora de regresar y mediante recursos que le facilitó Maxwel Hyslop pagó sus deudas y se preparó a embarcarse, rumbo a Cartagena, en una pequeña goleta ofrecida por Brión.

El 18 de diciembre Bolívar se alejaba de Port Royal, mientras en la ciudad y desde su ventana, una mujer dejaba escapar silenciosas lágrimas al ver perderse en el horizonte la embarcación que se llevaba para siempre su corto sueño de felicidad. Poco tiempo, sin embargo, había navegado Bolívar rumbo a Cartagena, cuando por una pequeña falúa supo que la ciudad estaba ya en poder de los españoles; optó entonces por dirigirse a Haití, antigua colonia francesa, recientemente emancipada de la Metrópoli. Sería en esta tierra, poblada por antiguos esclavos negros, donde Bolívar tendría la primera oportunidad de iniciar la aplicación de su nueva estrategia política de la revolución americana.

Capítulo XIV

BATALLA POR EL DOMINIO DE LAS COSTAS

"Siempre es grande emprender lo heróico."

SIMON BOLIVAR

La histórica Asamblea de Los Cayos.—Bolívar, Generalísimo.—Carúpano, Ocumare y Barcelona.—Los caudillos llaneros.—Páez y Piar.—Entrevista de Guanipa.—Conquista de Guayana.

A fines de diciembre de 1814 y después de azarosa navegación en aquellos mares, vigilados constantemente por las naves españolas, Bolívar llegó a Los Cayos de San Luis, en Haití. Allí gobernaba entonces Alejandro Petión, bajo cuya influencia la antigua colonia francesa del Caribe había recobrado su libertad, proscrito la esclavitud y erigido la República.

Gracias a la eficaz ayuda de antiguo amigo suyo, no bien llegó a Puerto Príncipe pudo Bolívar entrevistarse con su Mandatario, cuya benevolencia se ganó desde el primer momento. "El Presidente —le escribía a Brión— me ha parecido, como a todos, muy bien. Su fisonomía anuncia su carácter y éste es tan benévolo como conocido. Yo espero mucho de su amor por la libertad y la justicia. Aún no he podido hablar con él sino en términos generales. Luégo que me sea posible entrar en materia lo haré con toda la reserva y moderación que exige nuestra desgraciada situación."

En los días siguientes, las entrevistas se repitieron y Bolívar y Petión descubrieron en ellas los muchos intereses comunes que vinculaban a sus respectivas causas. El Presidente comunicó al Libertador sus temores en el posible arraigo de los poderes metropolitanos

de Europa en América y le expresó su interés por ayudar a los venezolanos y granadinos, siempre que la empresa de la emancipación se tradujera en el término de la esclavitud en el Nuevo Mundo. Bolívar, a su vez, puso en conocimiento de Petión las graves divisiones, que, por los disolventes personalismos de los caudillos patriotas, habían quebrantado y seguían quebrantando la unidad de las fuerzas republicanas y la urgencia de consolidar la autoridad del hombre a quien se confiara el mando de cualquier expedición destinada a intentar un nuevo ataque sobre el Continente. En esta delicada materia pronto llegaron a completo acuerdo y entonces el Presidente ordenó a sus veleros cooperar en el inmediato transporte a Los Cayos de todos los patriotas refugiados en las islas vecinas, y Bolívar escribió a Brión pidiéndole sumar sus goletas a esta empresa.

Poco tiempo después el puerto se convirtió en centro de una considerable concentración de los jefes y soldados que los españoles habían arrojado del Continente, los cuales, por orden de Petión, recibieron "una ración diaria de pan y carne". Logrado su principal deseo, el Libertador dejó a Puerto Príncipe y se trasladó a Los Cayos con el propósito de convocar una Asamblea de oficiales, para imponerla de los recursos obtenidos y solicitar de ella el nombramiento del alto mando de las fuerzas expedicionarias.

Cuando el Libertador llegó a la amplia y rústica enramada, bajo cuyo techo esperaban los miembros de la histórica Asamblea de Los Cayos, en las primeras filas le fué fácil distinguir a Santiago Mariño, Francisco Bermúdez, Briceño Méndez, Soublette, los hermanos Montilla, Mac Gregor y Zea, advirtiendo en la actitud de algunos inequívoca simpatía y en la de otros disimulada o franca hostilidad. En corta y bien meditada exposición dió entonces a conocer a los presentes la importancia de los recursos ofrecidos por el Presidente, y después de analizar cuidadosamente las posibilidades de una pronta reanudación de la guerra en el Continente, solicitó la elección de las autoridades respectivas.

Al terminar Bolívar, comenzó a evidenciarse la existencia de un núcleo de opinión interesado en oponerse a su nombramiento como Jefe Supremo y en último caso a limitar hasta el máximun el radio de sus atribuciones como director de la guerra. Como adalides de esta opinión figuraban principalmente Francisco Bermúdez y el corsario francés Aury, quienes, desde los primeros momentos, declararon que en su carácter de abanderados de una causa libre no estaban dispuestos a aceptar la dictadura del caraqueño y concluyeron pronunciándose en favor de una jefatura plural de tres o cinco miembros. Brión declaró entonces que no aportaría sus goletas para una empresa condenada de antemano al fracaso por la pluralidad de su mando y

propuso la designación del Libertador como Jefe Supremo de las fuerzas expedicionarias. Poralizada en esta forma la opinión de la Asamblea, las deliberaciones se agriaron y los vocablos ofensivos aumentaron la exaltación de los ánimos. Mariano Montilla y Bermúdez se expresaron en términos descomedidos de Bolívar, obligándolo a intervenir en el debate con igual o mayor agresividad, a elevar su voz de jefe y de caudillo para imponer respeto a su persona y defender su dignidad de hombre; comenzaron entonces a oírse en sus labios esas castizas interjecciones castellanas que habrían de imponer, con el tiempo, disciplina a los toscos soldados de la revolución americana. Al producirse la votación, si en ella, por gran mayoría, fué elegido el Libertador Generalísimo, las injurias que de parte y parte se habían causado, concluyeron en graves encuentros personales entre Brión y Mariño, Lugo y Piar, y el mismo Bolívar con Mariano Montilla, quienes llegaron a desafiarse a duelo, que sólo pudo evitar la enérgica y oportuna intervención del Presidente.

Cuando Bolívar —gracias al franco apoyo de Petión—, adquiría el completo dominio de las fuerzas revolucionarias, hasta el punto de poder negarse a que Bermúdez hiciera parte de la expedición, ocurrió algo que, dadas las características de su temperamento, debía conducirle a una seria distracción de su voluntad: la llegada de una carta de Josefina Machado, quien desde St. Tomás le pedía la aguardara en Los Cayos, pues estaba resuelta a correr a su lado los riesgos de las campañas futuras. Aunque la espera de Josefina suponía la demora de la partida, después de considerar Bolívar el asunto con Brión, enemigo de todo aplazamiento, ordenó detener la marcha.

Una semana transcurrió en vano; por causas que él no podía explicarse, la señorita Machado no llegó, y ante la presión de Brión, quien veía en esta demora un motivo de escándalo para la oficialidad, tuvo que ceder y ordenó la salida. El 31 de marzo de 1816, seis goletas cargadas con las armas y municiones proporcionadas por Petión, se alejaron del puerto con el propósito de enfrentarse a los 10 ó 12.000 soldados de que disponía Morillo en el Continente.

Cuando la pequeña armada arribó a las proximidades de La Beata, Bolívar supo casualmente que Josefina había llegado a Los Cayos pocas horas después de su partida; esta noticia le desesperó en un principio y finalmente le llevó a detener por segunda vez la expedición. Llamó a Brión a su camarote y a pesar de su resistencia, logró convencerle del deseado aplazamiento, mientras uno de los barcos regresaba en busca de la señorita Machado. La goleta "Constitución", con Soublette y Anzoátegui a bordo, fué destacada de la escuedra e hizo rumbo a Los Cayos. Tres días después, tres días que muchos consideraron perdidos para el éxito de

la empresa, Bolívar con alegría divisó en el horizonte, iluminado por las luces del atardecer, las líneas inconfudibles de la esperada nave y como dice Ducondry-Holstein "se vistió con su lujoso uniforme y salió de nuestro buque para hacer la visita a la "Constitución".

Hay hombres que comunican a la Historia los rasgos severos de sus propias vidas y otros que la embellecen y decoran con el espectáculo de su expansiva vitalidad. Bolívar era de estos últimos, pues si a la causa de América le había consagrado totalmente su existencia, la fuerza de su carácter apasionado sabía encontrar en los azares de su carrera pública, esas grandes o pequeñas alegrías en las cuales el hombre se realiza con plena humanidad. Mientras el crepúsculo declinaba y las naves reanudaban su marcha hacia el Continente, Bolívar y Josefina, alejados del mundo por la fuerza de sus propias emociones, se entregaban embebidos a esa pasión que ponía en sus besos todo el estremecido encanto de un primer encuentro.



De acuerdo con los planes trazados en el Consejo de Oficiales, la armada hizo rumbo hacia la isla de Margarita, donde Arismendi se había levantado en armas contra la guarnición española. En Asunción, Bolívar se detuvo sólo el tiempo necesario para equipar aquella parte de las fuerzas de Arismendi que debían continuar la lucha en la isla y embarcar el resto de las mismas, que le serviría de base para su audaz ataque al Continente. Después, la pequeña armada se dirigió a Carúpano, sitio acordado para efectuar el desembarque en Venezuela. "El 25 del mes pasado —escribía Bolívar a Hyslop— salió nuestra escuadra de Margarita y tras de una larga travesía de seis días, debida a la fuerte corriente, anclamos al frente de la elevada batería de Santa Rosa en Carúpano, donde flameaba la bandera española... El General Piar y el Coronel Soublette dirigían las peraciones por el flanco izquierdo de la ciudad, mientras la escuadra sostenía un fuego de bala y metralla contra la playa y centro de la ciudad. Las tropas al mando de aquellos jefes se adelantaron con denuedo y en muy poco tiempo se apoderaron de las alturas que dominan la población, arrojando al enemigo de sus posiciones con suceso y sin ninguna pérdida. Las baterías y piezas de campaña de los españoles no cesaron de hacer fuego sobre la escuadra y las tropas, por lo que considero éste como raro ejemplo de un desembarco sin pérdidas... Después de un combate de dos horas tuve la satisfacción de ver flotar triunfante la bandera republicana en todas las baterías de Carúpano."

Dueñas de aquella ventajosa posición, las pequeñas fuerzas republicanas se internaron en distintas direcciones, en busca de simpati-

zantes para engrosar sus filas y distribuir profusamente una proclama en que Bolívar ofrecía la libertad de los esclavos. "Considerando —decía en ella— que la justicia, la política y la Patria reclaman imperiosamente los derechos imprescriptibles de la naturaleza, he venido a decretar, como decreto, la libertad absoluta de los esclavos que han gemido bajo el yugo español en los tres siglos pasados."

Si Bolívar pensó revivir la revolución en su patria, modificando las bases políticas de la misma, no acertó al dirigirse a las costas del Norte de Venezuela, porque el temor a la insurrección social que Boves puso en marcha, había provocado en esas regiones una tácita alianza de la atemorizada clase criolla con los españoles. Su permanencia en Carúpano sólo sirvió para demostrarle la hostilidad de las poblaciones costaneras, pues sus habitantes, no bien conocieron la proximidad de los patriotas, se retiraron al interior en busca de las guarniciones españolas vecinas, al tiempo que Mariño y Piar, enviados con parte considerable del parque a Güiria y Maturín para reclutar gente, al verse dueños del precioso armamento se negaron a regresar a Carúpano y se dedicaron a adelantar, por su cuenta y riesgo, campañas de índole local en las regiones orientales.

En tal situación a Bolívar no le quedó recurso distinto de reembarcarse y partir para Ocumare, esperanzado en encontrar en este sitio mayor cooperación de sus pobladores. Pero en Ocumare no sólo descubrió parecida hostilidad, sino se vió amenazado repentinamente por los poderosos escuadrones de Morales, despachados desde el Nuevo Reino por Morillo al conocer la llegada de los patriotas a la isla de Margarita. La súbita presencia de tan temible adversario determinó el desconcierto de las escasas fuerzas libertadoras y de la marinería, que en busca de la salvación se embarcaron apresuradamente, olvidando en medio del pánico la casi totalidad del parque. Cuando Morales llegó a la playa de Ocumare el 15 de julio al medio día, sólo encontró en ella el armamento abandonado: "Esta banda de hombres delincuentes —escribió a Morillo—, que llegaron a la playa de Ocumare creyéndose absolutos poseedores de Venezuela, y orgullosos y desordenados penetraron hasta el mismo Maracay sin acordarse que las armas del Rey castigarían sus delitos, han desaparecido como el humo..."

Con los escasos restos de sus fuerzas, Bolívar se dirigió a Bonaire, donde adoptó la solución que en Carúpano había desechado: marchar al Oriente para reunirse con las fuerzas de Mariño en Güiria. Durante la travesía, muy lenta por falta de vientos favorables, tuvo oportunidad de meditar sobre las grandes dificultades que le esperaban en el inmediato futuro, como en la poca seguridad que podía

ofrecer a Josefina Machado, su abnegada compañera en los peligros y amarguras de estos trágicos días. Entonces tomó la dolorosa decisión de desembarcarla en sitio seguro, antes de dirigirse a Oriente. Tal era el destino de este extraño amor, que nació en un momento de triunfo y debía sufrir las amarguras de la separación en las horas del fracaso. Cuando en las proximidades de la isla de Vieque la pequeña armada patriota encontró una goleta española, Bolívar manifestó al asustado capitán que nada debía temer si aceptaba llevar a la isla de St. Tomás a Josefina Machado; éste accedió con gratitud y la dama pasó a bordo de la nave española, la cual no tardó en alejarse de la armada libertadora. Con esta separación se cerraba simbólicamente el ciclo de la empresa revolucionaria organizada en Los Cayos. Cuando ella había sido una esperanza de éxito, el Libertador no había vacilado en desafiarlo todo para tener a Josefina a su lado; pero, ahora, cuando el porvenir se presentaba inseguro y sombrío, Bolívar renunciaba a su felicidad, como si en su espíritu existiera el presentimiento de infortunios mayores, en los cuales su amor sólo podía constituir exótico contrasentido.

El 16 de agosto de 1816 Bolívar arribó a las playas de Güiria, al Golfo Triste, donde Mariño había establecido su Cuartel General y acababa de reunírsele el General Francisco Bermúdez, quien procuró, desde los primeros momentos, convencerle de la conveniencia de aprovechar las dificultades de Bolívar para privarlo del mando que le fué conferido en Los Cayos.

Al arribar el Libertador a Güiria, los dos jefes orientales le recibieron con inequívoca hostilidad y su propuesta de unir las fuerzas y llamar a Piar para acordar conjuntamente la reapertura de las operaciones en Venezuela, provocó el rompimiento entre ellos. Mariño y Bermúdez orientaron entonces sus actividades a obligar a Bolívar a embarcarse nuevamente; para lograrlo, Bermúdez hizo correr en la población el rumor de que el Libertador se proponía conducir las tropas al interior y abandonar la ciudad a las represalias de los españoles. Esta noticia produjo general indignación y a los gritos de ¡Muera Bolívar! ¡Abajo el Dictador! en la mañana del 25 de agosto se reunió en los alrededores de la casa donde él se alojaba una multitud de gente excitada, ante la cual Bermúdez pronunció una exaltada arenga, culpando a Bolívar de todos los males de la República, calificándolo de tirano y excitando a la muchedumbre enfurecida a arrojarlo de la ciudad. Para defenderse de estas agresiones, el Libertador se dirigió al lugar del tumulto, donde fué recibido con insultante vocerío; Bermúdez comprendió que había llegado la hora de su venganza por lo acaecido en Los Cayos y tras de invitar a la población a expulsar a Bolívar de Güiria, desenvainó su espada y le atacó:

los aceros se cruzaron, el vocerio se tornó más agresivo y las primeras piedras cayeron alrededor de Bolívar.

Advirtiendo la gravedad de la situación, mientras se defendía, se fue retirando hacia el embarcadero, donde algunos marineros le subieron a una lancha y se alejaron, tratando de evadir los guijarros que les lanzaban desde la playa, en la cual Bermúdez reía insolentemente de su vengativa hazaña. De nuevo el mar del Caribe consituía su refugio de vencido, que no tenía planes ni podía tenerlos, pues carecía de recursos para ejecutarlos. Solamente le alentaba una esperanza: la amistad del Presidente Petión. Un misterioso instinto le decía que en este hombre tenia un amigo capaz de comprender su infortunio y sin vacilaciones dió orden de poner proa hacia Haití.



Cuando Bolívar regresó a Puerto Príncipe, el Presidente, muy en contra de lo que esperaban muchos de los rivales del Libertador, le recibió con afectuosa consideración y se manifestó notoriamente interesado por estudiar las causas de su fracaso y la manera de colaborar en la reanudación de su empresa revolucionaria. Por eso, cuando días después y para dar cuenta al Libertador de la situación general de Venezuela —de las conquistas de Páez en el Apure, de Arismendi en Margarita y de Cedeño en el Caura—, llegaron a Puerto Príncipe algunos emisarios enviados por Arismendi, comprendiendo Bolívar que tenía ante sí una nueva oportunidad, insistió ante Petión en solicitud de ayuda y obtuvo de él considerables recursos en armas y municiones para efectuar un tercer desembarque en las costas de Venezuela.

El 4 de diciembre salió Bolívar de Haití seguido de la pequeña escuadrilla que conducía el valioso aporte proporcionado por Petión a la causa de América; el 28 arribó a Margarita y finalmente el 31 de diciembre tocó tierra firme en las proximidades de Barcelona. No bien instaló sus modestas fuerzas en la ciudad, Bolívar hizo comunicar a todos los jefes revolucionarios de Venezuela, por conducto de su Secretaría, la llegada de "Su Excelencia el General en Jefe", provisto de considerable cantidad de armas y municiones para la continuación de la guerra. Trataba asi de establecer inequívocamente la plena vigencia de su autoridad y de tantear la opinión de los guerrilleros al respecto. Deseoso, además, de aprovechar el posible debilitamiento sufrido por las guarniciones españolas que defendían la provincia de Caracas, por los movimientos de tropas destacadas hacia los llanos ante los recientes triunfos de Páez, Zaraza y Piar, Bolívar orientó la primera fase de su campaña en el sentido de coordinar sus

operaciones con las de Zaraza en los llanos altos, para presionar al enemigo en dos frentes y lograr el éxito en aquel donde presentara menor resistencia.

El 9 de enero el Libertador lanzó sus tropas al ataque, tratando de forzar los pasos del litoral —empeño en el cual obtuvo éxito hasta llegar al sitio de Clarines, donde la caballería indígena del cacique Chaurán provocó la desbandada de los noveles soldados patriotas y obligó a Bolívar a retirarse hacia Barcelona. Desde allí escribió nuevamente a Mariño, Páez, Piar y Cedeño, encareciéndoles la necesidad de inmediata concentración en Aragua para salvar el parque almacenado en Barcelona, próxima a ser atacada por los realistas; y para estar seguro de lograr esa colaboración, envió ante ellos al propio Arismendi con encargo de informarse sobre la voluntad de los mismos para cumplir las órdenes del General en Jefe.

En su viaje pudo darse cuenta Arismendi de que los caudillos llaneros no desconocían abiertamente la autoridad de Bolívar, pero se mostraban poco dispuestos a cooperar en cualquier empresa que implicara el abandono de sus actuales centros de operaciones, pues deseaban mantener su dominio personal en las regiones conquistadas al español y temían que sus fuerzas, compuestas en gran parte de caballería, en las regiones montañosas no actuaran con la eficacia exhibida hasta el momento en las praderas. Este no era el caso del General Piar. En la conferencia celebrada en sus campamentos, Arismendi pudo descubrir que Piar, seguro de su ventajosa posición en la Guayana y adivinando las dificultades de Bolívar, esperaba con impaciencia la hora de apoderarse del mando, despojando de él al Libertador. En comunicación fechada el 20 de febrero, decía Arismendi a Bolívar: "El General Piar, quiero decírselo reservado, **me dá mala espina.** A este patriota le ha soplado mucho la fortuna, y quién sabe a dónde va a parar esto, porque él no piensa como nosotros."

Manuel Piar se distinguia entre los jefes revolucionarios por cierta aureola de leyenda, que este hombre, prototipo del caudillo tropical, llevaba sobre sí con arrogante fiereza, hija de su reciedumbre vital y de sus poderosas y no disimuladas ambiciones. "Joven —dice de él quien le conoció bien—, de regular estatura y de aire marcial; afortunado a la par que valiente; impetuoso para concebir y como el rayo para obrar; terco en sus opiniones, altivo e impulsivo hasta la locura, apaciguábase fácilmente, llegando a veces hasta pedir perdón al subalterno a quien había ofendido..."

El misterio seguía a Piar desde su nacimiento, pues su origen se discutía entonces, y aún hoy no ha podido establecerse con certeza. Sobre él corrían extraños rumores, a cuya difusión el mismo Piar no fué ajeno, pues se aprovechó de ellos cuando las circunstancias

y sus ambiciones se lo aconsejaron. Para algunos Piar era el fruto de los amores secretos de Soledad Jérez y Aristeguieta y del Príncipe Carlos de Braganza del Brasil, cuya visita a Caracas dió cierta veracidad a esta leyenda. Otros pensaban que Manuel Piar era hijo de la misma Soledad Jérez y de don Marcos Ribas, padre del General José Félix Ribas, y la indisoluble alianza establecida a última hora entre estos dos hombres para combatir a Bolívar, permite pensar en la verosimilitud de este secreto vínculo de sangre. Por último, para muchos Piar era hijo de un noble mantuano y una esclava negra; así, la calidad de "pardo", tan infamante por estos tiempos en Venezuela, cubría de sombras el principio de esta vida, en cuyo curso brillarían fulgores que darían un tono trágico a la epopeya de la emancipación venezolana.

Bolívar recibió las informaciones de Arismendi cuando su situación en Barcelona llegaba a sus extremos más difíciles, pues el Capitán General de Venezuela, resuelto a aprovechar las ventajas del triunfo realista de Clarines, había destacado hacia el Unare, al mando de poderosas fuerzas, a Morales y Aldana, mientras la escuadrilla española del Caribe salía de Puerto Cabello, con orden de impedir al Libertador su retirada de Barcelona por mar. Durante algunos días las avanzadas de los dos ejércitos combatieron constantemente, hasta que, obligadas las fuerzas patriotas a retirarse por la aplastante superioridad del enemigo, se encerraron en el centro de la ciudad, en la Casa Fuerte, donde sólo un suceso inesperado las salvó de segura derrota: la llegada de un contingente considerable de fuerzas orientales al mando de Bermúdez, despachado a última hora por Mariño en su ayuda, por temor de que la caída de Barcelona permitiera el franco avance de los españoles hacia Cumaná. Con la intervención de Bermúdez la batalla se hizo más encarnizada, se prolongó por varias horas, pero finalmente los españoles se vieron obligados a abandonar la ciudad, obscurecida por el humo de la fusilería y cubiertas sus calles de cadáveres y heridos, cuyos gemidos hacían más impresionante aquel terrible espectáculo de desolación y muerte.

Bolívar, con uno de esos gestos muy suyos y olvidando las ofensas recibidas de Bermúdez en Güiria, salió entonces en su busca y al encontrarle le abrazó, diciéndole con tono efusivo y cordial: "Vengo a abrazar al libertador del Libertador." En esta manifestación de afecto al enemigo de ayer, encontramos una prueba de la manera como su carácter expansivo y generoso contribuyó a los grandes éxitos de su existencia excepcional. Bermúdez era hombre ambicioso, pero de ambiciones diferentes a las de Mariño o Piar. El se sabía un buen militar, pero se daba cuenta de que jamás sería un jefe político; nunca aspiró, por tanto, a cosa distinta de militar bajo las órdenes de un

personaje a cuyo lado le fuera posible tener preeminencias y ventajas, que de otra manera no hubiera alcanzado. Así había servido lealmente a Mariño, la figura política más caracterizada del Oriente venezolano y por esta lealtad había llegado hasta los extremos que pudimos apreciar en los incidentes de Güiria. Hombre de alma sencilla, tenía afectos sinceros y odios profundos, como el que le inspiraba el General Piar, a quien creía culpable de la muerte de su hermano. Por eso, el gesto oportuno de Bolívar fácilmente despertó en su alma una espontánea simpatía, que el trato entre los dos no tardaría en transformar en cordial amistad.

Poco tiempo tuvo Bolívar para disfrutar del costoso y transitorio triunfo logrado por la oportuna llegada de los orientales; días después, sus avanzadas le informaron del recibo, por parte de los españoles, de importantes refuerzos, con los cuales se preparaban a atacar nuevamente a Barcelona, circunstancia que le ponía en la alternativa de abandonar la plaza o de exponerse a derrota segura y a la pérdida del parque. ¿Qué hacer? Como la disposición de las fuerzas enemigas le cerraba los caminos de Caracas con los poderosos contingentes de Aldana, Jiménez y Morales y la retirada por mar con la escuadrilla de Chacón, su única salida era la vía de los llanos, o, más concretamente, de la Guayana, donde las "montoneras" patriotas gozaban de notorias ventajas y su Comandante, Manuel Piar, le escribía con aparente cordialidad, invitándole a trasladarse allí.

Esta invitación, sin embargo, no entusiasmó a Bolívar, quien hasta el momento había preferido correr los riegos de la guerra en el Norte a encaminarse a los lejanos campamentos de Piar en las proximidades del Orinoco. ¿Por qué?

En su mente existía un complejo de preocupaciones, que no le permitieron apreciar el valor estratégico de la Guayana y le llevaron a mirar sin ninguna simpatía la posibilidad de trasladar la guerra al Llano. Entre ellas pudiéramos citar su deseo de terminar la contienda radicalmente con la toma de Caracas; su mejor conocimiento de los hombres y de las regiones del Norte, y, sobre todo, el temor de que su autoridad fuera desconocida por Piar y posiblemente por Páez, quienes ya se perfilaban en el Llano como los legítimos sucesores de Boves, pues a su lado comenzaban a compactarse las famosas "montoneras" deseosas de continuar la guerra para vivir de ella, en el momento en que España, victoriosa, la declaraba terminada para restablecer el orden colonial.

José Antonio Páez nació en Curpa, de Araure, y por su genio pendenciero y violento no pudo disfrutar mucho tiempo de una vida tranquila en el hogar de sus progenitores. Todavía muy joven, en una reyerta dió muerte a su contendor y obligado a huir de la jus-

ticia se internó en el Apure. Los rasgos primordiales de su carácter se acentuaron en la vida excepcionalmente dura del llano y su grande inteligencia natural se agudizó por el continuo traginar en un medio hostil, donde la vida misma estaba en permanente peligro. Cuando estalló la revolución de 1810, Páez hizo sus primeras armas en la guerrilla organizada por don Manuel Pulido, en cuyo "hato" trabajaba; posteriormente militó en las fuerzas republicanas de Occidente, bajo el mando de García del Sena primero, y de Urdaneta después, y se separó de las tropas de este último para incorporarse a la guarnición de Casanare, cuando Urdaneta huyó hacia la Nueva Granada.

Era Páez de estatura mediana, grueso y poderosamente musculado y en su carácter se destacaban las cualidades necesarias para mandar a las "montoneras" del Llano: era autoritario, valiente hasta la temeridad y dotado de un fino sentido psicológico que le permitía escoger a los mejores para las empresas más audaces y conservar siempre el cariño y la obediencia de todos. Y para que nada, capaz de impresionar a las mentes sencillas de los llaneros, faltara en la personalidad del joven caudillo, la epilepsia, que en todos los pueblos primitivos ha producido una impresión de religiosidad, iluminaba su figura de jefe con tonos de un dramatismo muy apropiado para seducir las voluntades de las hordas llaneras.

Su prestigio se puso en evidencia, cuando después del triunfo de Morillo en la Nueva Granada, llegaron a la Villa de Arauca las divisiones patriotas que lograron escapar del desastre, dirigidas por Francisco de Paula Santander y Miguel Serviez. El Coronel Valdéz, encargado del mando en Casanare, convocó entonces una Junta de Oficiales con el fin de acordar en ella la constitución de un gobierno y elegir a los principales jefes del Ejército. Difícil resultaba, sin embargo, imaginar solución más inadecuada para fortificar la autoridad de los jefes granadinos en Casanare; porque reunir a estos jefes y hacerles elegir, en Junta y a puerta cerrada, un gobierno y nuevos mandos para el Ejército, no podía traer resultado distinto de mantener el espíritu subversivo que reinaba en las tropas y hacerlo más acentuado. Así no tardaron en demostrarlo los hechos con demasiada crueldad para quienes tuvieron el optimismo de comprometerse en esta aventura.

Cuando los llaneros conocieron los resultados de la Junta de Arauca, supieron que en ella se había elegido Presidente de la República al doctor Fernando Serrano, a quien nunca habían visto, y jefe del Ejército al Coronel Francisco de Paula Santander, también desconocido para ellos, el descontento reinante se convirtió en motín y estalló con violencia explicable por los peligrosos combustibles que venían alimentándolo. "El 16 de septiembre de 1816 —refiere Páez

en su Autobiografía— llegué al cuartel general de Santander y los jefes y oficiales que habían quedado en el campamento, y una gran parte de los paisanos, salieron a recibirme proclamándome su jefe supremo. Sorprendido por aquel suceso los reconvine diciéndoles que cómo desconocían a Santander y demás autoridades que los mandaban. Contestaron que no descubriendo en Santander la capacidad y buen tino para salvarlos en aquellas circunstancias tan peligrosas, habían acordado dar aquel paso 'a fin de que yo los libertase de la capilla en que se consideraban', y que no debía negarme a su proclamación, una vez que todos estaban de acuerdo en el cuartel general... 'Me resistí, separándome de ellos, y fuí a la casa de Santander, a quien dí cuenta de mi comisión, sin decirle nada de lo que acababa de pasar. Luégo que me retiré al rancho que me servía de habitación, se presentaron los mismos jefes y oficiales con muchos más paisanos a instarme de nuevo para que fuese con ellos a presencia de las tropas que estaban formadas para reconocerme; por centésima vez volví a negarme. Mas, en esto se presentó Santander en medio de aquella reunión preguntando qué había, pues observaba que la tropa se hallaba formada. Contestáronle que considerándose en inminente peligro por las circunstancias críticas que los rodeaban, habían resuelto conferirme el mando supremo y obedecer ciegamente mi voluntad, seguros, como estaban, de que yo era el único que podía salvarlos del peligro que por todas partes nos amenazaba. **Respondió Santander que él tenía la misma convicción, y que, además, se sometería con gusto a mis órdenes siempre que le admitiesen la renuncia que él formularía en aquel momento. Observáronle la inutilidad de tal renuncia porque ya habían desconocido su autoridad; que ellos, con el pueblo que se había salvado de los españoles, representaban la soberanía; que en ningún punto de la Nueva Granada ni de Venezuela había quedado gobierno alguno. Insistía sin embargo el jefe en que se le admitiese la renuncia. Resistía la Asamblea sus súplicas con todas veras, hasta que clavando Santander su espada en tierra dijo con mucha energía, que prefería que le quitasen con ella la vida antes que consentir en el ultraje que se le tenía en mientes.** Tomé entonces por primera vez la palabra y manifestando la justicia de la exigencia de Santander, dije que no aceptaría el mando si no se le admitía a él la renuncia, como lo deseaba. Accedieron, por fin, y entonces acepté el mando supremo y fuí reconocido como jefe'."

A partir de este momento, las fuerzas llaneras adquieren una formidable cohesión, hija de su incondicional acatamiento de la autoridad de Páez, en cuya mente comienza a precisarse el sueño de un reino llanero, con su capital en San Fernando de Apure. Sus formidables victorias en la Mata de Miel y en Nutrias, son los grandes

jalones en el camino que se ha señalado y cuyo objetivo final es el Imperio del Llano.

Dados tales antecedentes, cuando Bolívar se ve obligado a decidir el traslado de la guerra a los Llanos, lo hace consciente de comenzar una de las más audaces aventuras de su vida y también la más incierta. El porvenir no lo ofrece ninguna seguridad y, por el contrario, se le presenta obscurecido por sombras capaces de desconcertar cualquier voluntad menos resuelta que la suya. Por eso, antes de enviar su parque y sus modestas fuerzas a la Guayana, opta por entrevistarse con Piar, con el fin de averiguar sus intenciones y ganarse, de ser posible, su voluntad. Para lograrlo cuenta con dos poderosos "argumentos", cuya capacidad de convicción sobre su rival valora exactamente: el parque y la escuadrilla de Brión.

El Libertador abandonó a Barcelona, dejando, a solicitud de sus angustiados habitantes, una modesta guarnición que poca resistencia podría oponer a las fuerzas españolas de Aldana y Jiménez, y después de ordenar a Mariño movilizarse hacia Aragua —orden que éste no obedeció—, y a Bermúdez tomar el parque y esperarle en el Chaparro, acompañado de pequeña escolta se puso en camino hacia Guanipa, donde llegó el 2 de abril de 1817. Dos días después se le reunió Piar y los dos se encerraron en una humilde choza a tratar los asuntos motivo de su entrevista. Desde un principio ambos comprendieron que entre éllos no podía existir acuerdo sincero, pues ambos luchaban por el mismo objetivo: la Jefatura Suprema de las fuerzas revolucionarias. Sin embargo, se demostraron a la altura de las circunstancias y, disimulando con fingida cordialidad sus propósitos, entraron a considerar detenidamente el problema militar de la Guayana, para acordar la forma en que Bolívar debía prestar su colaboración.

Por boca de su rival supo el Libertador que después de la conquista de las misiones de Caroni y de infructuosos y repetidos intentos por apoderarse de Angostura, Piar había dividido sus fuerzas en una extensa línea de operaciones que, siguiendo el Orinoco corría desde aquella plaza hasta Guayana la Vieja, en Oriente. Esta dispersión de sus efectivos militares, como fácilmente lo comprendió Bolívar, impidió a Piar comprometerse en acciones decisivas y así la campaña de Guayana, tan brillantemente iniciada, se inmovilizó, dejando la impresión —tanto en patriotas como en realistas—, de que sólo nuevos factores podían romper un equilibrio peligroso para ambos contendores. El 24 de marzo se conoció en los campamentos de Piar en Upata, que al mando de la Torre y embarcados en 36 transportes, se acercaban a Angostura poderosos contingentes españoles enviados por Morillo para levantar los sitios de Angostura y Guayana la Vieja;

el equilibrio, pues, iba a romperse en favor de los realistas y el parque y la escuadrilla de Bolívar se convirtieron para Piar en su única esperanza.

La consideración de estas circunstancias, de las cuales Bolívar recibió prolija información, le llevaron a formarse un plan que perseguía poner fin a la dispersión de fuerzas realizadas por el general llanero, para provocar su rápida concentración en un punto intermedio entre Angostura y Guayana la Vieja y esperar allí el ataque de la Torre. Aceptada por Piar esta modificación y reconocida por él la autoridad de Bolívar, los dos se despidieron cordialmente y mientras el Libertador regresaba al Chaparro a recoger el parque, Piar despachaba las órdenes correspondientes para provocar, en el sitio de San Félix, la concentración acordada. El 11 de abril los ejércitos de la Torre, fuertes en infantería pero faltos de una caballería capaz de competir ventajosamente con la llanera, se acercaron a San Félix, donde Piar los esperaba al frente de los jinetes de Cedeño, los indígenas de Caroní y las tropas regulares traídas al Orinoco después de la victoria del Juncal. La batalla comenzó con terrible violencia, pero no tardo en imponerse la mayor movilidad de los contingentes patriotas, que lograron encerrar a la infantería española y quebrantar completamente sus cuadros. Cuando la batalla terminó, por orden de Piar, los prisioneros que no aceptaron ingresar en sus filas, fueron muertos a lanzadas en el mismo campo.

El General victorioso ordenó entonces levantar el campamento y se dirigió hacia Guayana la Vieja primero y a Angostura después, confiado en que las nuevas de su victoria habrían quebrantado la decisión de resistir demostrada en los últimos tiempos por los defensores de las dos plazas. Pero los hechos pronto disciparon sus precipitadas esperanzas; ante los bastiones de Guayana y Angostura sus tropas obtuvieron sólo costosos insucesos y se vieron en la necesidad de reanudar el sitio, para el cual le era imprescindible la escuadrilla de Bolívar.

El Libertador, entre tanto, había llegado al Chaparro; allí ordenó a Monagas y a Zaraza continuar sus operaciones en los llanos altos y después se encaminó con el parque al Orinoco. El 30 de abril, burlando la vigilancia de la flotilla española, cruzó el río cerca de la desembocadura del Aro y el 2 de mayo se unió a las tropas de Cedeño y de Piar empeñadas en el sitio de Angostura, donde, como general en jefe, asumió la suprema direccion de la guerra en Guayana.

Capítulo XV

EL CAUDILLO

"Dejemos a los supersticiosos creer que la Providencia me ha enviado o destinado para redimir a Colombia, y que me tenía reservado para esto. Las circunstancias, mi carácter, mis pasiones, son las que me pusieron en el camino: mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación, me lo han hecho seguir y mantenido en él."

SIMON BOLIVAR

Un duelo histórico.—El odio de razas en los ejércitos libertadores.—Caraqueños y llaneros.—Las dos banderas de la revolución: libertad de los esclavos e igualdad política de las razas.—Bolívar se impone en el llano a los antiguos tenientes de Boves.—Fusilamiento de Piar.

Hasta este momento todo parecía indicar que Bolívar había ganado una decisiva batalla política, pues de vencido en Barcelona se había convertido en generalísimo de un poderoso ejército en el Orinoco. Estas, sin embargo, eran sólo las apariencias; la victoria del Libertador carecía de sólidas bases y así lo sentía él en aquellos días tan decisivos para la causa de América.

Cuando la campaña de Guayana comienza a desarrollarse bajo sus órdenes, tres hechos diferentes pero igualmente graves se ciernen amenazadores sobre la real efectividad de su mando: la proximidad de Morillo, quien en esos momentos abre su campaña sobre Vene-

zuela; la insurrección del General Mariño en la Provincia de Cumaná, que para desconocer la autoridad de Bolívar trata de reunir un Congreso de enemigos suyos en Cariaco; y la soterrada campaña adelantada por el mismo Piar en Guayana, quien pretende, en convivencia con Mariño, desprestigiar al Libertador para sustituirlo en el mando. "Yo creo —escribe Bolívar a José Féliz Blanco— que no pasará este mes sin que la faz de nuestros negocios haya recibido una alteración extraordinaria, sea salvándonos, sea perdiéndonos." Tal es, efectivamente, el signo de aquellos tiempos: salvación o perdición. Mariño. Piar, Morillo y Bolívar, contagiados por las corrientes históricas que parecen electrizar el ambiente, se alistan con nervios fríos a jugar su carta decisiva.

Al penetrar en Venezuela, Morillo pudo darse cuenta de que la rebelión tenía su principal centro de actividad en los Llanos, como se lo demostraban las derrotas de sus avanzadas a manos de Páez en Mucuritas y de Piar en San Félix. En último esfuerzo por recobrar el dominio del Llano, devolvió entonces a Morales sus antiguas preeminencias y libertades, de las cuales se había visto obligado a privarlo para contener su bárbara manera de hacer la guerra. Pero ya era demasiado tarde, porque el cetro de Boves lo empuñaban en las sabanas las manos firmes del mestizo Páez, del mulato Infante y del negro Rojas, quienes no tardarían en obligar a Morales a abandonar la patria de las formidables huestes que destruyeron la primera República de Venezuela.

En estas circunstancias recibió el Pacificador una noticia que le devolvió parte de su antiguo optimismo: el anuncio de la proximidad a las costas de Venezuela del Brigadier Canterac, quien, por orden del Gobierno de Madrid, se dirigía al Río de la Plata con 3.000 hombres debidamente equipados. Al saberlo Morillo, usando las facultades extraordinarias de que estaba investido, ordenó a Canterac permanecer en Venezuela e incorporar temporalmente las fuerzas a su mando a las suyas; entonces dejó a Maracay y se dirigió a Oriente para reunirse al Brigadier. Esta variación en la estrategia realista fué salvadora para Bolívar, porque la presión de las fuerzas de Morillo sobre la provincia de Cumaná colaboró eficazmente a la destrucción de uno de sus más obstinados rivales: el General Mariño. Tras de sucesivas e ingloriosas derrotas, Mariño se vió obligado a evacuar a Cumaná, perdió a Carúpano, Guiria y Cariaco y tuvo que abandonar las costas a los realistas. El desprestigio de su derrota determinó también el desprestigio del Congreso de Cariaco y de sus decisiones, de las cuales poco tiempo después nadie se acordaba. Brión escribió a Bolívar disculpándose de su participación en él y anunciándole su partida para el Orinoco con la escuadrilla, y muchos de los mejores

oficiales de Mariño, encabezados por el Coronel José Antonio Sucre, se dirigieron a Angostura a incorporarse a sus tropas.

No obstante tan favorables sucesos, el presentimiento de que dificultades aún mayores le amenazaban, mantenía vigilante la atención de Bolívar para seguir las actividades del hombre a quien sus seguros instintos le señalaban como su más peligroso enemigo: el General Manuel Piar. Y no se equivocaba el Libertador en este juicio, porque precisamente en aquellos días y en la provincia de Guayana, comenzaban a desarrollarse los preliminares de la lucha que los dos tácitamente aplazaron en Guanipa, pues el alejamiento del peligro español y la gloria alcanzada por Piar en la batalla de San Félix, habían dado rienda suelta a sus ambiciones y afirmado su convicción de que sólo a él correspondía la Jefatura Suprema de los ejércitos revolucionarios. Piar no contó, sin embargo, con dos factores que habrían de serle fatales a la larga: el descontento existente contra él entre la alta oficialidad del ejército de la Guayana, por sus maneras desobligantes y autoritarias; y las extraordinarias facultades del Libertador para ganarse la simpatía de las gentes y para despertar, con sus ideas y sus gestos, la emoción popular. Fué entonces cuando Bolívar puso en marcha definitivamente la política cuya necesidad había entrevisto en Jamaica; cuando entregó a las montoneras del Llano las dos grandes banderas que habrían de destruir los fundamentos centenarios del poder español en el Nuevo Mundo: **la igualdad política de todas las razas y la completa libertad de los esclavos.**

Durante algún tiempo se desarrolla entre los dos una lucha sorda de maniobras disimuladas y de ofensivas silenciosas, en la cual, ambos, sólo esperan estar seguros de sus propias fuerzas para quitarse la máscara de afabilidad y dar el primer golpe al adversario.

La iniciativa del rompimiento correspondió a Bolívar, quien al darse cuenta de la influencia adquirida por él sobre la oficialidad del ejército de la Guayana, tomó una medida trascendental, que afirmó su autoridad e hizo temblar a Piar en el pedestal de su antiguo prestigio: en uso de sus atribuciones de General en Jefe, fraccionó el ejército de Guayana, cuya jefatura ejercía Piar, en dos Divisiones: la destinada a actuar contra la Guayana la Vieja, para cuyo mando nombró al propio Piar, y la que sitiaba a Angostura, cuya jefatura confió al General Bermúdez. Piar no solamente se vió privado del mando de uno de los más importantes contingentes del ejército de Guayana, sino que, ante él y con rango igual al suyo, ascendió a la escena de este duelo histórico su antiguo enemigo: Bermúdez.

En los días inmediatamente siguientes todo pareció anunciar una terrible tormenta, pero, finalmente, la calma se impuso y la situación adquirió lineamientos francamente favorables a Bolívar, porque la

mayoría de los oficiales, encabezados por Cedeño, se pusieron abiertamente de su lado, y Piar, sintiéndose abandonado, disimuló su ira y fingiendo acatar las decisiones del Libertador, se dirigió a Guayana la Vieja para tomar el mando de las fuerzas que sitiaban la plaza.

Bolívar ganaba así su segunda victoria en esta gran batalla por la unidad del mando en los ejércitos revolucionarios. Al recibir una comunicación de Briceño Méndez, en la cual le ponía de presente los peligros que acechaban a la causa republicana por las divisiones entre sus jefes, le respondió con tono afirmativo: "Le aseguro a usted con franqueza que no creí jamás que fuese usted tan tímido como parece por su carta... Vamos mi querido Briceño, tenga usted más confianza en su situación; no se desespere por tan poca cosa. Usted sin duda se ha imaginado que estamos en una situación como la de Cartagena, Güiria o Carúpano, donde las circunstancias me fueron desfavorables, y donde el espíritu de partido triunfó de la justicia y de la patria. **Si hasta ahora he sido moderado por prudencia, no lo he sido por debilidad: no crea usted que las intrigas sean tan grandes que nos puedan destruir. Jamás he tenido una situación más feliz, a pesar de quien diga lo que quiera. A mi voz obedecen tres mil hombres, que harán lo que mande, defenderán la inocencia y no permitirán facciones.** Créame usted, Briceño, usted no debe temer nada; aquí no está ni en Constantinopla ni en Haití; aquí no hay tiranos, ni anarquía, mientras yo respire con la espada en la mano. **Si hasta ahora he sufrido algunos desórdenes, no tema usted más que voy a corregirlos,** y respire usted con libertad; hable usted con la misma; obre usted con firmeza y no tema más que lo que yo temo..."

Al tiempo que la campaña de Guayana proseguía su curso, Bolívar se decidía a llevar adelante una empresa de no menor trascendencia: su compenetración con el elemento llanero, para no depender por más tiempo de la voluntad de los jefes y oficiales del ejército, sino contar con el acatamiento de aquellos soldados semi-bárbaros, sólo obedientes a la autoridad nacida de la admiración al valor humano capaz de vencer las fuerzas hostiles de la naturaleza. Hasta el momento, las masas de jinetes llaneros habían sido conquistadas por hombres que se abajaron hasta ellas y por estimular sus instintos inferiores lograron convertirlas en el tremendo ariete que destruyó tres siglos de civilización. Tal no sería la ruta de Simón Bolívar; su recia personalidad de criollo, su responsabilidad de hombre de Estado y su poderosa voluntad de dominio, le llevarían a intentar una empresa de trascendencia histórica superior: dominar el Llano y a los llaneros imponiéndoles su personalidad, sus ambiciones y propósitos; demostrándoles su capacidad para realizar aquellas cosas por las cuales siguieron y seguían a sus caudillos "naturales", pero dején-

doles también la inequívoca seguridad de que había ambiciones y empresas superiores para intentar, con el fin de sacarles lentamente de esa etapa social primitiva, donde sólo luchaban por robar, matar y vengarse, y convertirles en la fuerza heróica que pasearía las banderas de la libertad por el Nuevo Mundo.

Para esta empresa, la más ardua de toda su vida, Bolívar no podía esperar otra ayuda que la de sus propias energías y su carácter optimista y alegre. Otro se habría sentido tentado a abandonar muchas de sus costumbres de hombre refinado, para no desentonar en ese medio semisalvaje ni producir entre los llaneros una reacción de desconfianza o menosprecio. Pero Bolívar prefirió no hacerlo; continuó cuidando esmeradamente, en cuanto le era posible, del arreglo de su persona y de la blancura de sus camisas, y es conocido, además, su gusto por el agua de colonia y el placer que experimentaba cuando en sus campamentos podía bañarse en agua impregnada por ella.

No se necesita mucha imaginación para entender las reacciones de los hombres del Llano ante las costumbres de este extraño jefe, venido precisamente de la clase social que ellos detestaban, y a la cual, en tiempos de Boves, juraron exterminar. Curiosidad, escepticismo, menosprecio, fueron las primeras reacciones de aquellas gentes rudas, que hablaban mal su propia lengua, andaban semidesnudos sobre sus potros a medio domar y se alimentaban de carne cruda, sin otro tratamiento que el de usarla como montura para salarla con el sudor del caballo. Grandes fueron, por tanto, las dificultades que encontraron en un principio los jefes de las hordas llaneras, para obligarlas a aceptar la jefatura de hombre tan ajeno al medio.

Talvez como nunca en estas circunstancias, se reveló más claramente en Bolívar la influencia salvadora de la educación recibida de don Simón Rodríguez. Gracias a ella los rústicos llaneros no tardaron en descubrir en el señorito caraqueño un gran nadador, aventajado jinete y hombre capaz de competir con ellos en las rudas actividades de la vida en el Llano. "Me acuerdo —le contaba Bolívar a Perú de Lacroix— una especie singular, propia de un loco, aunque no pienso serlo; un día bañándome en el Orinoco con todos los de mi Estado Mayor, con varios de mis Generales y el actual Coronel Martel, entonces escribiente en mi Secretaría General, este último, hacía alarde de nadar más que los otros: yo le dije algo que lo picó, y entonces me contestó que también nadaba mejor que yo. A cuadra y media de la playa donde nos hallábamos había dos cañoneras fondeadas; y yo, picado también, dije a Martel que con las manos amarradas llegaría primero que él a bordo de dichos buques: nadie quería que se hiciese tal prueba; pero animado yo, había ya vuelto a quitar mi camisa, y con los tiros de mis calzones, que dí al General Ibarra,

le obligué a amarrarme las manos por detrás: me tiré al agua y llegué a las cañoneras con bastante trabajo. Martel me siguió y por supuesto llegó primero. El General Ibarra, temiendo que me ahogase, había hecho colocar en el río dos buenos nadadores, para auxiliarme; pero no fué necesario. Este rasgo prueba la tenacidad que tenía entonces y aquella voluntad que nada podía detener: siempre adelante, nunca atrás: tal era mi máxima, y quizás a ella debo mis sucesos y lo que he hecho de extraordinario."

Al corazón del Llano y de sus gentes llegaría Bolívar por el extraño contraste que constituía la raíz de su grandeza, pues si era notoria su desenvoltura humana cuando a través de su correspondencia dirigía una vasta empresa política o en cada uno de sus discursos adelantaba profundos pensamientos sobre la organización de las sociedades americanas, a la vez tenía la energía y el arranque vital necesarios para ser el caudillo imperioso y dominador de aquellas hordas semibárbaras, que habrían de permitirle trazar en la Historia Universal el profundo zurco de imborrable epopeya heróica. "Me acuerdo —decía Bolívar a Perú de Lacroix— que todavía en el año 17, cuando estábamos en el sitio de Angostura, dí uno de mis caballos a mi primer edecán, al actual General Ibarra, para que fuera a llevar algunas órdenes a la línea y recorrerla toda; el caballo era grande y muy corredor, y antes de ensillar, Ibarra estaba apostando con varios jefes del ejército que brincaría el caballo partiendo del lado de la cola e iría a caer del otro lado de la cabeza; lo hizo efectivamente y precisamente llegué yo en aquel mismo momento; le dije que no había hecho una gran gracia y para probarlo a los que estaban presentes tomé el espacio necesario, dí un brinco pero caí sobre el pescuezo del caballo, recibiendo un porrazo del cual no hablé. Picado mi amor propio, dí un segundo brinco y caí sobre las orejas, recibiendo un golpe peor que el primero; esto no me desanimó, por el contrario, tomé más ardor y la tercera vez pasé el caballo. Confieso que hice una locura, pero entonces no quería que nadie dijese que me pasaba en agilidad y que hubiera uno que pudiese decir que hacía lo que yo no podía hacer. **No crean ustedes que esto sea inútil para el hombre que manda a los demás: en todo, si es posible, debe mostrarse superior a los que deben obedecer: es el modo de establecer un prestigio duradero e indispensable para el que ocupa el primer rango en una sociedad y particularmente para el que se halla a la cabeza de un ejército.**"

Poco a poco el escepticismo inicial de los llaneros fué desapareciendo y la jefatura del Libertador encontró su mejor fundamento en los corazones de aquellos hombres, quienes al verle grande en lo que tenía de común con ellos, a través de su persona comenzaron a

entusiasmarse también por sus sueños americanos, sus ilusiones históricas y su ambición de gloria.

Para su fortuna, esta identificación con el hombre del llano se encontraba ya muy adelantada, cuando Bolívar se enteró de las actividades subversivas de Piar, encaminadas a provocar una revuelta entre los indígenas de las misiones de Caroní. Fracasado en este intento, gracias a la lealtad de José Félix Blanco, y cuidadosamente vigilado por Arismendi, con la audacia y prontitud que le caracterizaban, Piar se resolvió entonces a jugar su última carta, a provocar una revuelta general entre los "pardos", no ya en los campamentos sometidos a la cercana vigilancia del jefe supremo y de sus oficiales, sino en las regiones situadas entre el centro de operaciones del Libertador y las zonas dominadas por Mariño, donde había tenido caudaloso prestigio, conocía las gentes más influyentes y creía contar con la simpatía del negro Andrés Rojas, Gobernador de la Provincia de Maturín.

Un día recibió Bolívar comunicación de Piar en la cual le anunciaba su decisión de renunciar al mando y le pedía pasaporte para salir del país, pues, según afirmaba, su mejor contribución a la causa americana era la de eliminarse para poner término a las funestas rencillas entre los jefes. Comprendiendo el Libertador que Piar solamente buscaba evadir la vigilancia inevitable de los campamentos, trató de evitar su dimisión con bien simulada cordialidad: "No insista usted —le decía en su respuesta— en separarse de su puesto. Si usted estuviera a la cabeza, yo no le abandonaría, como no abandonaré al que esté mañana, sea quien sea, con tal de que tenga la legitimidad y le necesite la patria. La patria lo necesita a usted hoy como lo que es y mañana habrá de necesitarlo como lo que por sus servicios llegare a ser."

El valor entendido de estas frases no tuvo efecto distinto de inducir a Piar a insistir en su dimisión, que el Libertador se vió obligado a aceptar el 30 de junio. Libre de las responsabilidades del mando, Piar se consagró con singular actividad a recorrer los territorios vecinos a Guayana la Vieja, afirmando en ellos que se le había destituído por su calidad de "pardo". Juan Francisco Sánchez recibió, como muchos, francas incitaciones a la revuelta contra Bolívar, concebidas en el tenor que él relata así: "En el instante que llegué a esta ciudad tuve la fortuna de encontrarme con el señor Piar: este General, después de haberme hecho las más sinceras demostraciones de amistad, me habló de este modo: 'Yo he sido elevado a General en Jefe por mi espada y por mi fortuna, pero soy mulato y no debo gobernar en la República; no obstante, yo he penetrado el gran misterio de la administración actual y he jurado a mi honor restituirle

la libertad a tanto inocente que está derramando su sangre por encadenarse más y más en una esclavitud vergonzosa; me voy a Maturín, y al fin del mundo si es necesario, a ponerme a la cabeza de los que no tienen otro apoyo que sus propias fuerzas; estoy seguro que haciendo resonar por todas partes la justicia de mis sentimientos y la necesidad en que nos ponen de tomar las armas cuatro mantuanos, por la ambición de mandarlo todo, y de privarnos de los derechos más santos y naturales, no quedará un solo hombre que no se presente a defender tan digna causa.' "

Bolívar había logrado, tras de árduos esfuerzos, dar a la causa americana nueva y poderosa base, sustituyendo los antiguos y estrechos objetivos que la caracterizaron en sus etapas iniciales —cuando ella se desenvolvía bajo la dirección de los intereses de las reducidas minorías criollas de las ciudades—, por principios sociales, amplios y justos, como la libertad de los esclavos y la igualdad política de las razas, en cuyo ámbito le fué posible unificar a todos los americanos, sin distinciones de color, nacimiento y riqueza. Para comprender la importancia de estas banderas políticas, basta detenernos sobre los lineamientos que durante 300 años sirvieron de fundamento a la estructura del Estado colonial en América.

Los conquistadores españoles llegaron al Nuevo Mundo como representantes de la gran organización política que rigió quince siglos en Occidente, la cual se caracterizó por la localización definitiva de los hombres y grupos sociales en estamentos o castas señoriales, destinados a clasificar a la sociedad en escalas jerárquicas, fundadas en los privilegios de sangre y la naturaleza de los oficios. Este sistema señorial, vigente en la Edad Media europea, se trasladó a América con los conquistadores, pero en su desarrollo y aplicaciones llegó en ella hasta graves extremos, porque si en Europa fué empleado para regular la convivencia entre gentes de razas semejantes y de una misma religión, en América vino a aplicarse para fijar las relaciones sociales entre una raza conquistadora que se juzgaba a sí misma superior y los pueblos nativos y los esclavos africanos, a los cuales los españoles —aunque no siempre el Estado español— miraban como especie humana inferior. De esta forma de organización surgió la peculiar estructura del régimen jurídico hispano en el Nuevo Mundo, régimen que tenía un "status" legal para cada raza y, más aún, uno para las distintas mezclas entre las diferentes razas. Había una situación jurídica peculiar, que cobijaba todos los actos o hechos de la vida ordinaria —el nacimiento, el bautizo, el matrimonio, los derechos políticos y las sucesiones, para el blanco, el blanco nacido en América, el mestizo, el indio, el esclavo negro, el cuarterón, el quinterón, etc., y de esta situación surgían una serie de privilegios exorbi-

tantes para los peninsulares y de ofensivas limitaciones para las otras razas. La "igualdad política de las razas" que preconizaba Bolívar, estaba destinada, pues, a provocar el estallido, en mil pedazos, de esta formidable organización de jerarquías y privilegios y a poner en marcha en nuestras comunidades una revolución social, que aún hoy no ha llegado a su término, porque las soluciones que Bolívar presentó para ella no fueron acatadas con el entusiasmo que despertaron, por ejemplo, sus consignas de caudillo revolucionario.

Cuando esta política comenzaba a dar los buenos resultados que de ella esperaba el Libertador, y al amparo de sus promesas de igualdad para todas las razas, había logrado privar del apoyo de los indios, mestizos y "pardos" a los realistas y unir bajo sus banderas a individuos de todas las razas, en sus propios campamentos de la Guayana la ambición de Manuel Piar, siguiendo el ejemplo de Boves, ponía en marcha una funesta revuelta de las castas de color contra Bolívar, cuyo objetivo era el exterminio de los blancos, para conseguir el poder en una empresa donde aspiraban a triunfar los más oscuros resentimientos, y que, de imponerse, llevaría fatalmente a la población blanca a buscar protección bajo las banderas españolas.

El choque de estos dos hombres, tendría proyecciones dramáticas por las trascendentales cuestiones que se definirían en su lucha por el poder. Conscientes ambos de la importancia de su papel en el escenario de la guerra americana, estaban resueltos a ir a todos los extremos para triunfar y su odio mutuo, ese odio nacido en cada uno por el presentimiento de que el otro era el obstáculo decisivo para sus ambiciones, teñiría con luces rojas el formidable espectáculo humano de su implacable contienda.

El 23 de julio de 1817, Bolívar firmó la orden de arresto de Piar y encargó al propio Bermúdez de su captura. "Con esta fecha —decía la misma— libro orden al General Bermúdez para que intime al General Piar que se presente en este Cuartel General o lo remita preso con seguridad si no obedeciese a aquella intimación..." Bermúdez, que al fin veía llegado el ansiado día de su venganza, se trasladó a Guayana la Vieja y en el mismo día de su llegada a la plaza inició las gestiones conducentes a la detención del rebelde, las cuales carecieron de éxito inicial, pues Piar tomó apresuradamente el camino de Maturín con la esperanza de provocar una insurrección general de los "pardos" en estas provincias y de obtener para esta empresa la simpatía del negro Rojas. Pero al descubrirse sus verdaderos propósitos un notorio vacío se hizo a su alrededor y el mismo Rojas le expresó claramente su negativa a secundarle. Consciente de su fracaso y temeroso de ser alcanzado por las fuerzas de Bermúdez, abandonó a Maturín y se dirigió hacia Cumaná en busca del General Ma-

riño, su última esperanza de salvación. Este le recibió con gran contentamiento y considerando a Piar un valioso auxiliar, le incorporó a su ejército con alto mando en él. Serios desacuerdos, sin embargo, no tardaron en surgir entre ellos, pues si Piar aspiraba a combatir al Libertador, estimulando la insurrección de las gentes de color, de tal manera que no bien se reunió a Mariño le dijo: "Santiago, si tú no te pones a la cabeza de los negros, esos pícaros se burlan de nosotros", este último, blanco y mantuano, miró con natural desconfianza ese proyecto suicida e insistió en la necesidad de aprestigiar el Congreso de Cariaco y buscarle adhesiones entre las fuerzas revolucionarias.

Bolívar se sentía ya demasiado cerca del anhelado momento en que todas las fuerzas revolucionarias obrarían bajo su mando y se movilizarían tras las líneas de una estrategia común, para que estuviera dispuesto a permitir la destrucción de los progresos logrados en varios años de incansables esfuerzos, por ambiciones deseosas de disputarle la dirección de una empresa, para cuyo éxito se sentía mejor capacitado que ningún americano. Después de una noche aquejada por hondas preocupaciones, comenzó en su humilde despacho de Angostura a dictar a su Secretario el implacable Manifiesto, destinado a informar a los pueblos y a las tropas de los motivos que le obligaban a no tener más consideraciones con el General Manuel Piar, a quien sus emisarios en esos momentos perseguían en las regiones orientales. Paseándose nerviosamente y a largos pasos por la habitación, con las manos en las solapas de su chaqueta militar, empezó a dictar: "Ciudadanos: la más grande aflicción que puede sobrevenir al ánimo de un Magistrado es aquella que le obliga a emplear la espada de la justicia contra un ciudadano que fué benemérito de la Patria.

"Yo denuncio a la faz de la nación el crimen más atroz que ha podido cometer un hombre contra la sociedad, el Gobierno y la Patria. El General Piar es el autor execrable de este fatal delito. Colmado de los honores supremos de la milicia, de la consideración pública y la confianza del Gobierno, nada quedaba a este ciudadano a que aspirar sino a la gloria de titularse bienhechor de la República. ¡Con qué horror, pues, no oirés que este hombre tan favorecido de la fortuna haya pretendido sumergirnos en el piélago espantoso de la anarquía! Sí, venezolanos, el General Piar ha formado una conjuración destructora del sistema de igualdad, libertad e independencia."

Luégo, su voz se elevó, su tono se hizo áspero y parándose frente a Martel, su escribiente, le dijo marcando cada palabra con un ademán de su mano: "Engreído el General Piar de pertenecer a una familia noble de Tenerife, negaba desde sus primeros años, ¡qué ho-

rrible escándalo! negaba conocer el infeliz seno que había llevado este aborto en sus entrañas. Tan nefando en su desnaturalizada ingratitud, ultrajaba a la misma madre de quien había recibido la vida por el sólo motivo de no ser aquélla respetable mujer del color blanco que él había heredado de su padre. Quien no supo amar, respetar y servir a los autores de sus días, no podía someterse al deber de ciudadano y menos aún al más riguroso de todos, al militar."

Durante largo tiempo estuvo el Libertador enumerando en esta implacable acusación, que pronto circularía entre las fuerzas armadas de la República, los cargos que a su juicio justificaban un castigo ejemplar para Piar; pero cuando comenzó a describir los intentos del jefe rebelde para estimular el odio de las castas de color, su voz adquirió tonos de exaltación, su sangre de criollo mantuano pareció revelarse en sus palabras y su Secretario fué varias veces interrumpido por repetidos golpes de su puño sobre la mesa. "La imparcialidad del gobierno de Venezuela —dijo— ha sido siempre tal, desde que se estableció la República, que ningún ciudadano ha llegado a quejarse por injusticia hecha a él por el accidente de su cutis. Por el contrario: ¿cuáles han sido los principios del Congreso? ¿Cuáles las leyes que han publicado? ¿Cuál la conducta de todos los Magistrados de Venezuela? Antes de la revolución los blancos tenían opción a todos los destinos de la monarquía, lograban la eminente dignidad de ministros del Rey y aún de grandes de España. Por el talento, los méritos o la fortuna lo alcanzaban todo. Los 'pardos' degradados hasta la condición más humilde estaban privados de todo. El estado santo del sacerdote les era prohibido: se podría decir que los españoles les habían cerrado hasta las puertas del cielo. La revolución les ha concedido todos los privilegios, todos los fueros, todas las ventajas.

"¿Quiénes son los actores de esta revolución? ¿No son los blancos, los ricos, los títulos de Castilla y aun los jefes militares antes al servicio del Rey? ¿Qué principios han proclamado estos caudillos de la Revolución? Las actas del Gobierno de la República son monumentos eternos de justicia y liberalidad. ¿Qué se han reservado para sí la nobleza, el clero, la milicia? ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! Todo lo han renunciado a favor de la naturaleza y de la justicia, que clamaban por la restauración de los sagrados derechos del hombre. Todo lo inicuo, todo lo bárbaro, todo lo odioso se ha abolido y en su lugar tenemos la igualdad absoluta hasta en las costumbres domésticas. La libertad hasta en los esclavos que antes formaban una propiedad de los mismos ciudadanos. La independencia en el más alto sentido de esta palabras sustituye a cuantas dependencias antes nos encadenaban.

"El General Piar con su insensata y abominable conspiración sólo ha pretendido una guerra de hermanos en que crueles asesinos

degollasen al inocente niño, a la débil mujer, al trémulo anciano, por la inevitable causa de haber nacido de un color más o menos claro.

"¡Venezolanos! ¿No os horrorizáis del cuadro sanguinario que os ofrece el nefando proyecto de Piar? Calificar de delito el accidente casual que no se puede borrar ni evitar. El rostro, según Piar, es un delito y lleva consigo el decreto de vida o muerte. Así ninguno sería inocente, pues que todos tienen un color que no se puede arrancar para substraerse de la mutua persecución.

"El General Piar ha infringido las leyes, ha conspirado contra el sistema republicano, ha desobedecido al gobierno, ha resistido la fuerza, ha desertado del ejército y ha huído como un cobarde: así, pues, él se ha puesto fuera de la ley: su destrucción es un deber y su destructor un bienhechor."

La manera como los emisarios de Bolívar cumplieron su cometido en la persecución de Piar, puede apreciarse en el parte de Cedeño al Libertador: "El 25 a las 8 de la noche —le dice— llegué a esta ciudad (Maturín), donde el General Rojas y el Teniente Coronel Sánchez me informaron encontrarse el General Piar en Aragua con 100 infantes... El 27 a las 4 de la mañana entré a Aragua, y sin detenerme en nada me dirigí a la casa donde se hallaba el General Piar; luégo empezamos a hablar evitando todo escándalo, pero nada de mis persuaciones bastaron para evitar que él se decidiera abiertamente a morir antes de venir conmigo, y para ello ordenó al Comandante Carmona, que mandaba su piquete de fusileros, se aprestase para batirse y se pusiese a su cabeza. Yo entonces me dirigí a los fusileros y les hice ver que éramos hermanos, que defendíamos unas mismas banderas, y que, por consiguiente, no tenían que hacer un tiro; que confiasen en que yo sólo iba a conciliarlos, a unir los Jefes, y que por esta razón trataba de llevar al General Piar a Maturín.

"Todas estas razones, y Carmona, que se puso a la cabeza y los persuadió que no debían hacer contra mí armas, hicieron que los fusileros no hiciesen movimiento alguno; a pesar de todo esto, el obstinado hizo algunas tentativas al frente de la tropa, por lo que me fué preciso valerme de la fuerza y llevarlo como un reo, a montarlo a caballo."

No bien llegó el prisionero a la ciudad de Angostura, el Libertador ordenó al General Soublette abrir causa criminal contra él por "los crímenes de insurrección a la autoridad suprema, de conpirador contra el orden y la tranquilidad públicos, de sedicioso y últimamente de desertor". Las diligencias para preparar el auto de acusación se iniciaron el 4 de octubre de 1817 con el interrogatorio de los testigos, los cuales, tras el correspondiente careo con el acusado, se reafirmaron en sus declaraciones, sin que a Piar le fuera posible recusarles

como personas parciales, pues durante las diligencias él mismo declaró no tener razones para sospechar en ellos motivos de aversión.

Dictado el auto de proceder, el Libertador integró el jurado con el Almirante Brión como Presidente y José Antonio Anzoátegui, Pedro León Torres, José Ucrós, José María Carreño y Francisco Conde como vocales. El 4 de octubre, después de oír al fiscal Soublette y al defensor Galindo, el jurado pronunció su setencia, condenando a Piar a ser pasado por las armas previa degradación militar. El día 15 la sentencia pasó al Libertador para su confirmación, quien de su puño y letra escribió en ella: "Confirmada sin degradación." Así terminaba el histórico duelo entre Simón Bolívar y Manuel Piar. Al jefe rebelde, que significaba permanente amenaza para la causa revolucionaria, Bolívar le condenaba a la última pena, pero al héroe de San Félix y el Juncal le daba derecho a morir con todos los honores y preeminencias militares, tan valientemente ganados.

El 16 de octubre, después de que las autoridades pertinentes negaron al condenado el permiso de mandar el pelotón de fusilamiento, "a eso de las once y media Piar —según relata Conde— tomando una pequeña esclavina que usaba, me dijo: 'No tengo un gran uniforme que ponerme para morir, como Ney, pero me basta esta esclavina, y poniéndosela añadió: ¿qué le parece Capitán?'.

"Déjese de eso por Dios, General, y piense en su alma, añadí. Dice usted bien, Conde, que venga el Provisor, porque este viejo me parece ser hombre de los más racionales de su oficio." —Vino al pronto el prelado, lo confesó y se retiró muy satisfecho...

"A las cinco, sin decirme más palabras, tomó el Crucifijo, se hincó, rezó y lo besó. El Provisor lo acompañó hasta la puerta de la calle donde volvió a hincarse, hizo una oración, me dió el Crucifijo y siguió marchando con aire de serenidad. En el tránsito me dijo: —¿Con que no me permiten mandar la escolta?

"Llegado al lugar de la ejecución, al pie de la bandera del Batallón de Honor, oyó leer nuevamente la sentencia con aire de desprecio, teniendo su mano en el bolsillo, moviendo sobre el suelo el pie derecho y tendiendo su vista a todas partes. No queriendo que le vendase se quitó por dos veces el pañuelo que le puse; vendado por tercera vez, se abrió la esclavina, descubrió el pecho y sufrió la ejecución."

Al finalizar el año de 1817, llegaba a su término también una larga y accidentada etapa de anarquía en las fuerzas republicanas, que gracias a la prodigiosa actividad de Bolívar han dejado de ser un conjunto de guerrillas dispersas, para convertirse en ejército regular y obediente a un mando único. Una frase, a la cabeza de los oficios

llegados a Angostura desde todos los extremos de Venezuela "A. S. E. el General en Jefe", anuncia su triunfo final en la gran batalla por la unidad del mando, por la unificación de las operaciones militares frente al enemigo español.

Y las consecuencias de este hecho trascendental en la historia de América, no tardará en advertirlas el General Morillo, quien después de la toma de Angostura por Bolívar, trata con prodigiosa actividad, en las zonas altas de Venezuela, de aumentar su ejército y de localizarlo en una extensa línea para cubrir sus dominios del incendio revolucionario que parte de los Llanos, donde el Libertador pone en marcha una nueva estrategia, que le amenaza simultáneamente en el Apure con Páez, en Barcelona con Monagas, en los Llanos de Caracas con Zaraza y en la Provincia de Cumaná con Bermúdez.

Ya estaban frente a frente estos dos grandes hombres, representantes el uno del último esfuerzo de España por conservar su imperio colonial y el otro del poder formidable y joven de América, que se despertaba ante los estímulos de la libertad.

Capítulo XVI

LA TIERRA PROMETIDA

"Es una regla general que en las máquinas mal montadas, el motor debe tener una fuerza inmensa para alcanzar un efecto cualquiera. La experiencia me ha enseñado que de los hombres se ha de exigir mucho para que hagan un poco."

SIMON BOLIVAR

Frente al León del Apure.—La unidad del mando en las fuerzas libertadoras.—Morillo se retira del llano.—Indisciplinas de Páez.—A la vista de Caracas.—La Cuesta de la Muerte.—El fatal sitio de La Puerta.—Disolución del ejército.

En aquellos días se presentó al Cuartel General del Libertador Francisco de Paula Santander, que, incapaz de resistir por más tiempo la atmósfera de violencia y emulaciones reinante en los campamentos de Páez, había decidido ofrecer sus servicios al Libertador. La llegada de este hombre a Angostura tenía un profundo significado, porque ella revelaba mejor que cualquier otro acontecimiento, la importancia de la labor adelantada por Bolívar en los últimos tiempos.

Después de las derrotas sufridas por los patriotas en 1814 y cuando los más destacados de sus jefes se vieron obligados a abandonar el país, por el aspecto de insurrección social que adquirió la guerra bajo la dirección de Boves y Morales, fatalmente se produjo también una nueva clase de jefes que, por sus cualidades y defectos, expresaban auténticamente el ambiente de la contienda americana: los caudillos populares improvisados, sin ninguna idea de patria y cuyas ambicio-

nes se concretaban a mantenerse victoriosos en territorios más o menos limitados, sobre los cuales ejercían un poder casi despótico. El incidente que en Casanare puso término al mando de Santander, fué simbólico del choque entre dos estilos de hombres y de jefes: los militares dueños de una cultura política y cívica, a la manera de Santander, Urdaneta. Serviez y Soublette, y los jefes de las montoneras llaneras, salidos de la entraña popular y consagrados por ella. como Páez, Cedeño y Zaraza.

La consolidación de la autoridad de Bolívar concuerda, gracias a los riquísimos matices que caracterizaban su personalidad en acción, con el progresivo agrupamiento, alrededor suyo, de esos dos tipos de hombres, pues tanto los unos como los otros van descubriendo en él al jefe capaz de comprender sus características y de emularles ventajosamente en aquellos campos donde residían sus mejores virtudes. Cuando Santander, Urdaneta y Soublette consideraban a Bolívar la inteligencia superior, capaz de planear la estrategia política y la táctica militar de la guerra americana, los terribles jinetes que aprendieron a hacer la guerra en la escuela de Boves, también iban, progresivamente, sujetándose al imperio de quien se había demostrado superior a las fuerzas desencadenadas de la llanura. Un oficial británico, miembro del primer regimiento de lanceros venezolanos, describía así sus impresiones sobre el Libertador: "...Cuando yo conocí a Bolívar tenía treinta y cinco años; no era alto, pero bien proporcionado y bastante flaco. Llevaba un casco, una chaqueta de paño azul con vueltas rojas y tres series de botones dorados. pantalones azules y, a guisa de zapatos, sandalias de cuero... Tenía en la mano una lanza coronada de pequeña banderola negra, sobre la cual se veía bordado un cráneo blanco y huesos cruzados, con esta divisa: **Muerte o Libertad.** Los oficiales que le rodeaban eran casi todos de color. excepto los generales Páez y Urdaneta. Pocos de ellos tenían chaqueta. Su vestido consistía en una camisa hecha de pañuelos de diferentes colores, muy ancha y con grandes mangas; pantalones blancos rotos, que les llegaban a las rodillas, y un sombrero de hojas de palmera con penacho de plumas. Casi todos estaban descalzos, pero ceñían grandes espuelas de plata con rodajas de cinco pulgadas, a lo menos, de diámetro."

Pero en el momento en que la autoridad del Libertador parecía triunfar sobre las ambiciones de los caudillos, un nuevo tipo de insurrección, una nueva forma de regionalismo, se atravesó inesperadamente en el desarrollo feliz de sus planes militares: la resistencia de las fuerzas patriotas localizadas en los distintos frentes, es decir, en Oriente, los llanos altos y el Apure, a abandonar los territorios donde se habían mantenido victoriosas durante varios meses, resistencia que

estaba destinada a dificultar el desenvolvimiento de operaciones coordinadas y simultáneas sobre las regiones dominadas por el enemigo. Páez, sin desconocer la autoridad de Bolívar, parecía no tener interés distinto de capturar la plaza de San Fernando para convertirla en la capital de su feudo llanero; por Bermúdez supo Bolívar que los cumaneces desconfiaban de toda campaña que implicara el abandono de las regiones orientales; y las noticias de los campamentos de Zaraza le demostraron que este jefe, siempre muy adicto a él, se resistía también a someter sus operaciones a cualquier plan cuyo objetivo no fuera la consolidación de su dominio en los llanos altos.

En tales circunstancias, a Bolívar no le restaba sino una posible estrategia: conducir las tropas de Guayana y los llaneros de Cedeño al Occidente o al centro y en último caso al Oriente, para intentar, desde uno de estos sectores, el ataque general contra los españoles. Después de considerar cuidadosamente cada una de las posibles alternativas y valorar sus ventajas y desventajas, Bolívar se decidió por reforzar a Zaraza, el más disciplinado y cuya posición en los llanos altos, constituía sólida base para un golpe decisivo sobre la misma capital.

En este momento comenzaron a revelarse las múltiples deficiencias que aún aquejaban la organización de los ejércitos revolucionarios; deseoso Zaraza de consolidar su prestigio en las regiones que habían constituído su viejo centro de actividades, sin esperar a Bolívar, cuya marcha le había sido comunicada, salió al encuentro de los contingentes realistas de la Torre y el 2 de diciembre, en el Hato de La Hogaza, tras de larga y reñida batalla se vió obligado a abandonar apresuradamente el campo de su derrota, después de la destrucción casi total de sus fuerzas y de la pérdida del parque. Sólo la falta de caballería, de que se resentían los realistas, evitó su dominio inmediato sobre los llanos altos, pues obligó a la Torre a una prudente retirada hacia Calabozo. El mismo Morillo, quien en impetuoso avance en persecución de Páez, se había internado en los llanos del Apure, por parecida deficiencia no logró acción decisiva ninguna y regresó sobre sus pasos para no correr el peligro de verse encerrado, lejos de sus centros de aprovicionamiento, por las temibles legiones de jinetes del jefe apureño, cuyas tácticas de guerra describía así al Gobierno de Madrid: "El paso de los ríos, caños y pantanos que tanto entorpece y fatiga a nuestras tropas, es para ellos un objeto de diversión. Se arrojan a caballo desde la barranca del río, con la silla en la cabeza y la lanza en la boca, y pasan dos o tres mil caballos en un cuarto de hora, como si pasaran un puente, sin temor de ahogarse ni de perder el armamento ni la ropa. De esta manera fatigan las columnas que los persiguen."

Bolívar regresó a Angostura convencido de la necesidad de aumentar prontamente las fuerzas bajo su mando directo, para no depender en sus operaciones de la colaboración que los caudillos quisieran prestarle. El día 11 de diciembre de 1817 dictó la Ley Marcial, que decretaba la movilización general de Venezuela y cuando gracias a sus buenos efectos pudo alistar un ejército de cerca de 5.000 hombres, sin demora se dirigió a Páez, comunicándole su propósito de marchar a sus campamentos para abrir campaña desde el sector del Apure. ¿Qué resultaría de la reunión de estos dos hombres, del contacto de estas dos ambiciones, cuyo campo de actividad parecía cruzarse en las grandes llanuras? Tales fueron las preguntas que muchas gentes se hicieron con temor, al conocer los preparativos de Bolívar para marchar hacia los lejanos campamentos del indómito vencedor de Macuritas, de José Antonio Páez.

Para la movilización del ejército en dirección al Apure, la caballería y la infantería ligera tomaron la ribera sur del Orinoco bajo las órdenes de Cedeño, mientras el parque y las tropas regulares se movilizaban por el río, embarcadas en la escuadrilla de Brión, hasta la desembocadura del Arauca, lugar escogido para penetrar en los territorios dominados por Páez, cuyo cuartel general se asentaba en San Juan de Payara. Después de recorrer 900 kilómetros en 20 días, los ejércitos patriotas se reunieron en la Urbana, donde se efectuó el paso de la caudalosa corriente del Arauca. En la margen opuesta, las tropas gozaron de merecido descanso y vieron por primera vez a los emisarios de Páez. El 31 de enero, seguido Bolívar de una pequeña escolta se adelantó hasta Cajural y allí estaba descansando cuando fué noticiado, por los centinelas de su campamentos, de la proximidad del célebre caudillo del Apure. "Yo me había adelantado —cuenta Páez— acompañado de los principales jefes de mi ejército. Apenas me vió a lo lejos el Libertador, montó inmediatamente a caballo para salir a recibirme, y al encontrarnos echamos pie a tierra y con muestras del mayor contento nos dimos un estrecho abrazo."

Días después, Bolívar entró triunfalmente en San Juan de Payara, en medio del entusiasmo popular y bajo un arco de lanzas, que a su paso por la calle principal de la población, formaron los escuadrones de jinetes de Páez. Esa misma noche el llanero ofreció una gran comida al Libertador, en la cual pudo éste apreciar los profundos contrastes que necesitaban aún ser superados para dar realidad a la nación que ambicionaba emancipar. Los llaneros de Páez —expansivos, violentos, primitivos—, sentados al lado de los oficiales de Bolívar —disciplinados, correctos y respetuosos de las jerarquías militares—, suscitaban la impresión del frágil contacto de dos mundos dis-

tintos, entre los cuales parecía casi imposible tender un puente de mutua comprensión.

Deseoso de anticiparse a los planes de Morillo, encaminados a mantener la guerra en el llano, Bolívar convino con Páez, después de difíciles conversaciones previas, que a cambio del completo apoyo de las fuerzas del Apure a la campaña sobre Caracas, su escuadrilla estrecharía inmediatamente el cerco de San Fernando. El 10 de febrero de 1818, los ejércitos patriotas se pusieron en marcha en dirección a las posiciones enemigas; a la vanguardia iba Páez con sus jinetes, en el centro de la infantería ligera, el parque y los ganados, y a la retaguardia, en medio de las caballerías de Monagas y Cedeño, las fuerzas regulares de Angostura. Con rapidez y a grandes jornadas recorrieron en tres días los 160 kilómetros que los separaban de las avanzadas realistas y el 12 al medio día, después de algunas escaramuzas, llegaron ante el cuartel general del Conde de Cartagena en Calabozo.

Para impedir que su adversario le encerrara en la plaza, Morillo movilizó todos sus efectivos con la evidente intención de quebrantar las alas del ejército patriota; pero en este empeño sus mejores regimientos fueron destrozados por las terribles cargas de los veloces jinetes de Páez y Cedeño, y los realistas, en la imposibilidad de sostenerse en los suburbios del pueblo, se vieron obligados a llamar sus maltrechas tropas para defenderlo, facilitando a Bolívar el encierro completo de las fuerzas españolas en Calabozo. El hecho era tan importante y sobre todo tan inesperado, que sus mismos oficiales se sorprendieron cuando Bolívar, con profundo optimismo y a nombre de América, solicitó en los siguientes términos al general español la rendición, al devolverle en gesto generoso y altivo los prisioneros tomados en el combate: "Usted y toda la miserable guarnición de Calabozo caerán bien pronto en manos de sus vencedores; así, ninguna esperanza fundada puede lisonjear a sus desgraciados defensores. Yo los indulto en nombre de la República de Venezuela, y al mismo Fernando VII perdonaría, si estuviese como usted, reducido a Calabozo."

Por primera vez estos dos hombres se encontraban en pie de igualdad y el orgulloso general español hallaba en América un digno contendor suyo. Hasta el momento para el Conde de Cartagena sólo había existido el "bandido Bolívar", como le llamaba en sus partes; pero ahora los hechos le imponían una fundamental rectificación de sus antiguos juicios, que él cumplió en la intimidad de su conciencia al darse cuenta de que el autor de tan insolente comunicación, era el más grande peligro para la causa del Rey en América.

Como los terrenos aledaños a Calabozo poco se prestaban para

el estacionamiento de tropas, en Consejo de oficiales se decidió retirar la mayor parte de las fuerzas patriotas al Rastro, situado a algunos kilómetros de la población y dejar al Coronel Irribarren, al mando de un destacamento de caballería en los alrededores, con la misión de vigilar a Morillo y de avisar si intentaba abandonar el pueblo. Esta decisión fué tomada en la seguridad de que si Morillo trataba de retirarse de Calabozo, fácilmente sería alcanzado por la caballería de Páez, lista en el Rastro para salir, en tal evento, en su persecución. Pero un incidente tan nimio como inesperado, malogró entonces los resultados de la campaña y dió a la guerra de independencia nuevos desarrollos, destinados a prolongarla: el día 14 de febrero a las 11 de la noche, aprovechando Morillo la profunda oscuridad, evacuó con sigilo la plaza sin que el Coronel Iribarren se diera cuenta de su cautelosa retirada. Sólo se percató de ella ya muy avanzada la mañana del 15 y cuando Bolívar fué noticiado, Morillo le llevaba muchas horas de ventaja, que supo aprovechar para acercarse a la región de los bosques, situada en los linderos de los llanos, en la cual sus fuerzas de infantería, protegidas por el follaje, pudieron defenderse ventajosamente de los escuadrones llaneros. En la noche del 16, de nuevo aprovechó Morillo la oscuridad para continuar su retirada y burlar la persecución de las fuerzas republicanas y hacia el amanecer se acercó a la Villa del Cura, donde le esperaban las descansadas guarniciones españolas del Norte, motivo que obligó a Bolívar a suspender la persecución.

A partir de este momento todo comienza a operar en contra de los planes del Libertador. Como sucede a una máquina, cuando uno de sus elementos esenciales se destruye, así empezó a fallar en los espíritus republicanos la confianza en el éxito. La primera manifestación de esta incertidumbre partió de Páez y sus llaneros, quienes se demostraron reacios a abandonar sus tradicionales campos de operaciones, es decir, las praderas. Siguiendo Páez su táctica acostumbrada, no manifestó francamente a Bolívar el ningún entusiasmo que sentía por la continuación de la campaña, sino prefirió disfrazar sus propósitos, anunciarle su deseo de regresar transitoriamente a San Fernando para remontar sus tropas, cuyas caballadas habían sufrido mucho en las últimas marchas. Bolívar se dió cuenta de todo lo que significaba esta evasión, pero no se opuso a ella, por conocer cuán decidida era, en esos momentos, la voluntad de los llaneros de no continuar adelante. Temeroso de provocar una insurección que pusiera en tela de juicio su autoridad, accedió a los deseos de jefe apureño, obteniendo en cambio de él la seguridad de que una vez se rindiera San Fernando regresaría para colaborar en la campaña. Páez lo prometió todo y satisfecho de esta fácil solución, el 23 de febrero

abandonó los campamentos de Bolívar y al frente de sus jinetes se dirigió a sus viejos dominios.

Entre tanto Morillo y sus generales, ignorantes de las dificultades que aquejaban a Bolívar y previendo la inmediata continuación de la campaña sobre la provincia de Caracas, apresuraban la concentración de sus fuerzas en los alrededores del lago de Valencia, donde el Conde de Cartagena tenía su Cuartel General. A la Torre, situado en la Capital, se le ordenó activar el reclutamiento y reunirse inmediatamente con el Generalísimo en Valencia; Morales recibió instrucciones de concentrar sus efectivos y marchar a los campamentos del Pacificador; y al Brigadier del Real y a Calzada, comandantes de las divisiones españolas de los llanos, se les mandó abandonar sus posiciones en los márgenes del Apure, donde con éxito habían burlado las asechanzas de los republicanos, y regresar a las regiones altas para cooperar a la defensa de los centros vitales del poder español.

No bien tuvo conocimiento el Libertador de las operaciones de su adversario, comprendió que rápidamente se estaban disminuyendo las posibilidades de dar un golpe seguro sobre la capital venezolana y envió repetidas comunicaciones a Páez, en las cuales le solicitaba el pronto envío de la caballería y emisarios a Zaraza para invitarlo a reunírsele a la mayor brevedad posible. "El enemigo —le escribía a Páez— concentra sus fuerzas en todas partes y las aumenta con la gente del país, a quienes se ha hecho creer que fuimos batidos en la persecución. Nuestra contramarcha y suspensión de operaciones confirma el dicho del enemigo y no es de extrañar que los pueblos se dejen engañar por las apariencias. Conviene, pues, que no perdamos un solo momento; **la rapidez de nuestros movimientos y la reunión de nuestras fuerzas es lo único que puede darnos la victoria.** El ejército ha disminuído lejos de aumentarse, como he dicho a U. S. antes; así, no debe esperar que la inacción no produzca sino ruina y destrucción."

El caudillo llanero, decidido a no tomar parte en la campaña e interesado solamente en el sitio de San Fernando, se limitó a dar contestaciones evasivas, que demostraron a Bolívar la inutilidad de contar con él; por eso, cuando se le reunieron las fuerzas de Zaraza tomó la trascendental decisión de comenzar la campaña sin Páez. El 15 de marzo las tropas del Libertador se pusieron en marcha hacia el Norte, al tiempo que considerables contingentes se dirigían a San José para reforzar su guarnición, destinada —según las órdenes de Bolívar—, a obstaculizar a Calzada en su propósito de abandonar el llano para reunirse con Morillo en Valencia. El Libertador tomó el camino de la Villa del Cura, buscando entre los senderos que comunican los llanos altos con la serranía, los más apropiados para la

marcha descansada de sus tropas; en su avance, poco a poco fueron desapareciendo las praderas y el terreno accidentado y poblado de bosques remplazó a la vista de sus soldados los ilimitados horizontes del llano. El 11 de marzo, al acercarse a la Villa del Cura, recibieron gratas noticias: las temidas concentraciones realistas no se habían producido todavía; la Torre permanecía en Caracas y Morillo en Valencia, en espera de las tropas de Morales y Calzada.

En tales circunstancias, Bolívar rápidamente adoptó su plan: situó a Monagas y Zaraza con efectivos suficientes en los alrededores de Maracay —para evitar todo movimiento de Morillo hacia la capital—, y él, con el grueso del ejército, se preparó a atacar el grupo más débil de las fuerzas enemigas, el que defendía a Caracas, al mando de la Torre. En este plan, además de las consideraciones estratégicas que hacían recomendable destruir primero el núcleo más débil del enemigo, estaba latente el profundo y nunca cancelado anhelo de Bolívar de apoderarse de la capital de Venezuela. Por eso, el día 13, avanzó hasta el pueblo de Consejo y acampó en aquellas regiones tan conocidas. ¡Qué lejos le parecían entonces los días en que batallaba en Angostura y cuán cerca se sentía de la victoria final en las proximidades de Caracas, ciudad que siempre tuvo para él el significado de una tierra de promisión!

Pero en la tarde del 14 de marzo la noticia de inesperados y fatales contratiempos, destruyeron en sus mismos principios tan halagadoras esperanzas: el Coronel Mateo Salcedo, quien entró en el Consejo de Oficiales cuando Bolívar daba las últimas órdenes, le interrumpió para informar que Calzada, después de burlar las guarniciones patriotas de San José, se había reunido a Morillo el día anterior; que reforzado así el Pacificador se preparaba a atacarle, pues sus avanzadas, al mando de Morales, habían destruído completamente las fuerzas de Monagas y Zaraza, cuyos restos huían hacia la Villa del Cura. Retirarse rápidamente a los llanos, donde aún podía recibir ayuda de Páez, fué entonces la única solución practicable. Esa misma noche, a pesar de la tempestad que azotaba aquellas regiones, Bolívar y sus tropas abandonaron el pueblo de El Consejo y tomaron la senda más próxima, que por accidentada y peligrosa llevaba el nombre de Cuesta de la Muerte. Durante toda la noche los soldados patriotas marcharon aceleradamente, viéndose obligados a abandonar a los rezagados, ante el temor de ser alcanzados por el enemigo en aquellos sitios tan poco propicios para hacerle frente. Cuando los relámpagos iluminaban la noche podía verse al Libertador, cubierto con su capa de campaña, dando órdenes rápidas y concisas para resolver los problemas de la marcha, o deteniéndose frecuentemente para mirar atrás, como si quisiera despedirse de

aquel sueño de victoria, tan corto como los relámpagos que iluminaban por segundos las sombras de la noche.

El 15 de marzo, no muy avanzada la mañana, las fuerzas republicanas llegaron a la Villa del Cura, donde descanzaron algunas horas; a las 3 de la tarde reanudaron la retirada, después de dejar en aquel sitio a Genaro Vásquez, al frente de algunos contingentes, destinados a obstaculizar la persecución y darle tiempo al grueso del ejército de llegar a los llanos. Poca fué, sin embargo, la resistencia que pudieron presentar al impetuoso avance de los escuadrones realistas de Morales; el 16 de febrero los españoles batieron completamente a Vásquez y en la mañana del 17 alcanzaron a Bolívar en el fatal sitio de la Puerta, donde años atrás Boves destruyó completamente a las tropas de la primera República de Venezuela. En la imposibilidad de escoger campo más favorable para hacerle frente al heredero de Boves, Bolívar ordenó a sus fuerzas atrincherarse, aprovechando las ondulaciones del terreno y el curso del riachuelo del Semen, contra los cuales Morales lanzó sus mejores regimientos, buscando los puntos más débiles para cruzar la corriente. Mas, cuando seis horas de heróica resistencia patriota parecían destinadas a vencer la obstinada ofensiva del enemigo, llegó al campo de batalla. con poderosas fuerzas, el propio Morillo, aumentando así la terrible presión sobre las defensas de Bolívar, cubiertas de cadáveres, y en las cuales, durante un cuarto de hora más, los regimientos españoles fueron rechazados por el heróico valor de los soldados republicanos y de sus oficiales.

Comprendiendo Morillo que "hay ocasiones —como dice en su parte— en que se necesita arriesgar la persona del General en Jefe, para salvar una desgracia y restablecer el orden", abandonó su puesto de observación, se puso al frente de sus divisiones y con el grito de ¡Viva España! ¡Viva el Rey! en los labios, se precipitó valerosamente sobre las trincheras enemigas, seguido con entusiasmo delirante por todas sus tropas. La batalla llegó entonces a su fin. Las líneas republicanas se quebraron materialmente ante el impacto de fuerzas tan superiores, empeñadas en vengar a su jefe, herido cerca de las trincheras. Luégo empezó la dispersión y la huída desordenada de los patriotas se convirtió pronto en horrible carnicería.

El 20 de marzo, seguido de algunos oficiales, salvados milagrosamente del desastre, Bolívar llegó a Calabozo. Allí esperó algunos días, mientras se le reunían los soldados dispersos, y luégo se dirigió a los campamentos de Páez, en las proximidades de San Fernando. La gravedad de la situación evitó recriminaciones entre los jefes y facilitó su acuerdo para organizar la resistencia contra la avalancha española que preveían Entre tanto, Morillo enviaba a la Torre en persecución de los restos del ejército libertador y al Brigadier del Real,

hacia Occidente, para forzar, por Barinas, la entrada en los llanos del Apure. De nuevo el poder español amenazaba las praderas y obligados por el peligro, Bolívar y Páez reunieron sus fuerzas y salieron al encuentro de las divisiones de la Torre. La batalla, empeñada en Ortiz, fué larga, sangrienta y poco decisiva, porque si en ella los republicanos se vieron obligados a dejar el campo, la Torre, maltrecho como estaba, no se atrevió a continuar la ofensiva, a internarse en las profundidades del llano.

La guerra se estabilizó en las antiguas posiciones, pues destruídas las fuerzas republicanas en la Puerta, Bolívar no podía hacer cosa distinta de dejar a Páez, Monagas, Zaraza, etc., defender sus líneas contra los incesantes ataques del Brigadier del Real en el Apure, de Calzada en Calabozo y del guerrillero realista Rafael López en los llanos altos. De nuevo el dominio de la situación se escapaba de sus manos para quedar a merced de las voluntades de los caudillos, muy especialmente de Páez, quien juzgaba los insucesos de los últimos tiempos como confirmación de la justeza de las apreciaciones que le llevaron a oponerse a los planes de Bolívar.

Al llegar el Libertador a Calabozo, sus energías espirituales hicieron crisis y la fiebre del llano, el cansancio y la profunda pena, le entregaron sin defensas a mortal agotamiento. Enflaquecido, delirante, exhausto, fué hundiéndose en una quietud suprema, donde triunfaban las fuerzas destructoras de su salud, que parecía rendirse sin lucha. Hippisley, quien le vió en esos días, le describe así: "El General Bolívar tiene una apariencia poco interesante, y, no contando sino 38 años, aparenta 50. Su estatura es de cinco pies, seis pulgadas, seco, demacrado, inquieto, febril. Parece haber soportado grandes fatigas. Sus ojos oscuros, a juzgar por lo que refieren sus amigos, eran brillantes, pero ahora son opacos y pesados. Pelo negro, atado atrás por una cinta; bigotes largos, pañuelo negro alrededor del cuello, gran casaca azul y pantalones del mismo color, botas y espuelas. Ante mis ojos pudo haber pasado por todo, menos por lo que era en realidad. En la hamaca, donde se recostaba hundido, mientras conversaba, no permanecía dos minutos en la misma posición."

Poco contribuyeron las noticias recibidas en estos tristes días para ayudar a su convalecencia; por ellas supo que Cedeño había sido batido en Calabozo por Morales, y la Torre había obligado a Páez a internarse definitivamente en el Apure. Los llanos de occidente y del centro estaban perdidos o, cuando menos, gravemente amenazados y la causa republicana, cuyo renacimiento en 1817 había puesto en marcha las excepcionales energías que llevaron sus ejércitos hasta las puertas mismas de Caracas, entraba en peligroso eclipse, pues los territorios aún dominados por los patriotas se encogían como una piel

de zapa; solamente parecía segura la Guayana, punto inicial de partida.

Las apariencias señalaban a Bolívar como el culpable del fracaso de la campaña sobre Caracas; pero él sabía muy bien que la causa de la derrota residía en las desobediencias del General Páez, que preocupado por mantener su feudo del Apure, había privado al ejército republicano, en los momentos decisivos, del necesario apoyo de la caballería llanera. "Lo que más ha contribuído —escribía a Brión— a prolongar esta campaña ha sido la temeraria resistencia de San Fernando, y el empeño del General Páez de tomar esta plaza, que siempre se habría rendido con el simple bloqueo que se le había puesto desde mi llegada aquí."

El día 29 de mayo, todavía muy débil, Bolívar subió a una pequeña embarcación de su escuadrilla, que debía conducirle por el Orinoco hasta Angostura. Pocas horas después se desplegaban las velas y los escombros de San Fernando, capital soñada por Páez para su imperio llanero, se alejaban de su vista, como los dolorosos recuerdos de esta agitada etapa de su existencia, ante las nuevas preocupaciones que, muy a su pesar, le llenaban de inquietud. ¿Cómo recibirían los leales las malas nuevas y qué harían los descontentos y los rebeldes al conocer los últimos insucesos? Tales eran las preguntas que se formulaba el Libertador, mientras la embarcación se deslizaba velozmente sobre las ondas del Orinoco y el General Morillo, convaleciente como él, recibía de su Rey, en premio de la victoria, el título de Marqués de la Puerta.

Capítulo XVII

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DE ANGOSTURA

> "Cuando deseo atribuir al Ejecutivo una suma de facultades superiores a la que antes gozaba, no he deseado autorizar un Déspota para que tiranice la República, sino impedir que el despotismo deliberante sea la causa inmediata de un círculo de vicisitudes en que alternativamente la anarquía sea reemplazada por la oligarquía y por la monocracia."
>
> SIMON BOLIVAR

Organización económica de la República.—Capitulación de los caudillos.—El Congreso se instala.—Fracaso de las minorías criollas en la organización del Estado.—El problema de la estabilidad política en sociedades descompuestas por el odio de razas y de clases.—La necesidad de un Estado fuerte en el régimen republicano.—Un proyecto de constitución.—Fracaso de la inteligencia americana para pensar en los problemas propios del Nuevo Mundo.

Cuando los éxitos fulgurantes de la Campaña Admirable sufrieron peligroso eclipse ante las repetidas derrotas del año 14, al tiempo que crecía el prestigio casi legendario de Boves, terminaba por aceptarse en las tropas libertadoras que un hado adverso perseguía a Bolívar y malograba fatalmente toda campaña emprendida bajo su dirección. Esta creencia se acentuó con los desastres de Carúpano y Ocumare, y ahora, ante el insuceso de las operaciones sobre Caracas, se convirtió

en dogma para muchas gentes, inclusive para sus mejores amigos, y proporcionó una oportunidad excepcional a Páez y Mariño para proceder al desconocimiento de su autoridad en momentos en que nada podía hacer para evitarlo; su desprestigio le obligó entonces a una política de prudente abstención, para conservar, cuando menos en teoría, su título de Jefe Supremo.

Esta actitud, en manera alguna, significaba su renuncia a dirigir las fuerzas revolucionarias. Su retiro era aparente, su silencio transitorio y su actividad en Angostura, en aquellos días, obedecía a un plan encaminado a utilizar su posición estratégica en la Guayana, muy superior a la de Mariño y Páez, quienes carecían de comunicaciones con el exterior. Resuelto a sacarle todo el partido posible a su excepcional localización geográfica, comenzó una vasta y tenaz labor para adquirir y almacenar abundante material de guerra en Angostura, seguro de que tarde o temprano sus rivales acudirían a él en solicitud de ese material, y le darían así la ocasión de exigirles el previo acatamiento de la autoridad que hoy desconocían. Para pagar sus crecientes compras de elementos de guerra, Bolívar organizó en las regiones colocadas bajo su jurisdicción militar el pronto y regular envío a Angostura de los frutos y ganados, especialmente tabaco y mulas, que podían servirle para saldar aquellas compras. De tal manera Angostura y otros puertos, como Guayana la Vieja, se convirtieron pronto en centros de importante intercambio comercial con ingleses y holandeses, quienes traían en sus barcos armas, municiones y uniformes y se llevaban, en cambio, mulas, cacao y cueros.

Esta conducta no tardó en dar los buenos resultados que de ella esperaba Bolívar. En Oriente, las noticias de los preparativos del Pacificador para entrar en campaña, llenaron de alarma a los rebeldes, y, deseoso Mariño de obtener armas y ayuda del Libertador, le fingió obediencia y abandonó su actitud de hostilidad. Entonces Bolívar, olvidando antiguas ofensas, aceptó la reconciliación que se le ofrecía, comunicó a Mariño su próxima marcha hacia Cumaná y le nombró Comandante General de las provincias orientales.

No quiso Bolívar comprometerse en una campaña en estas provincias, sin tomar primero dos decisiones trascendentales, destinada la una a reforzar sus tropas en Occidente, para aprovechar cualquier desplazamiento de fuerzas españolas hacia el Sur de la Nueva Granada, ante los conocidos triunfos del General San Martín en Chile, y la otra a dar un fundamento democrático a su gobierno. Convocó en Angostura el Congreso que daría a la naciente República una Constitución y ordenó al subjefe de Estado Mayor, General Francisco de Paula Santander, trasladarse a Casanare, con armas y municiones suficientes, para organizar las "montoneras" patriotas que actuaban

en forma dispersa en aquella provincia granadina. "**Creo, como usted** —escribía el 20 de agosto a Briceño— **que la ocasión es muy bella y que es preciso aprovecharla y me parece casi seguro el buen suceso del ejército que obre sobre la Nueva Granada, pues además de lo que he sabido por usted y por los amigos Vásquez y Moreno, las gacetas inglesas contienen los detalles de la célebre jornada del 5 de abril en las inmediaciones de Santiago, entre las tropas independientes de Chile y los realistas del Perú. Estimo, pues, segura la expedición sobre la Nueva Granada. El General de Brigada Santander, que goza de mucha reputación en su país natal, que tiene valor, prudencia y conocimientos, me parece muy a propósito para dirigir esa empresa...** Unase usted Briceño estrechamente con él, coopere activamente al aumento y organización de la división que va a formar y emplee su influjo y relaciones en que se logre el éxito de esta importante operación que **va a fijar de un modo inalterable la suerte de Venezuela y de la Nueva Granada.**"

En los últimos cinco años de guerra, en la mente de Bolívar se ha venido librando incesante lucha entre sus antiguas y bien arraigadas convicciones ideológicas, de corte un tanto jacobino, y la rica experinecia, de hechos y observaciones, adquirida en el curso de sus campañas que, a través de miles de kilómetros, le han llevado de los Andes al llano y del Caribe a la Costa Firme, permitiéndole apreciar objetivamente los contrastes que distinguían al habitante semi-salvaje del llano de aquellos otros que, en las altiplanicies, habían alcanzado formas más avanzadas de convivencia social. Como cuando fuerte viento arrastra tras de sí las neblinas que cubren las moles de los Andes, dejando ante la vista del viajero sus cumbres inmóviles y majestuosas, así quedó Bolívar, después de las terribles experiencias de estos años de lucha inaplacable, libre de prejuicios y frente a frente con una América donde estaban todavía por resolver las cuestiones básicas que permiten el funcionamiento normal de las sociedades; donde la autoridad carecía de fundamentos adecuados y la convivencia social mostraba profundos quebrantamientos, no sólo por la ausencia de las virtudes que facilitan la solidaridad entre los hombres, sino por el crecimiento alarmante de esos odios de raza y de casta, en cuyos convulsionados antagonismos se estaba cumpliendo la disolución de las comunidades que un día formaron las ricas posiciones de España en el Nuevo Mundo.

A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos americanos, Bolívar había llegado a pensar que la libertad estuvo ausente de Amé-

rica, no tanto por la vigencia forzada de las instituciones coloniales españolas, como por la falta de las condiciones políticas y sociales que la hacen posible. Y él no se equivocaba en esta presunción.

El movimiento político europeo desembocó en el ideal de la Libertad cuando ya se habían constituído sólidamente en el Viejo Mundo la autoridad, representada por la monarquía, y la preparación técnica de la población, por medio de los oficios y de los gremios. La libertad actuó en Europa sobre poderes fuertemente constituídos, a los cuales privó de sus arbitrariedades, sin destruir lo que tenían de fundamental para la estabilidad social; facilitó la expansión de energías contenidas, pero de energías que ya existían; de fuerzas sociales representadas en capacidad técnica y responsabilidad social, formadas no por la libertad sino por el Estado.

¿Eran estas las condiciones de América cuando estalló, por un fenómeno de contagio, la insurrección contra España?

Las notorias diferencias entre el mundo europeo que proclamó las ideas liberales y el convulsionado mundo colonial americano, deseoso de adoptarlas, empezaban por un hecho de vasta trascendencia, que comenzó a operar desde la primera fase de la revolución, cumplida entre los años de 1810 y 1815: el fracaso de las clases criollas para mantener la estabilidad social y unificar tras de sus intereses a la mayoría de la población americana, como lo habían logrado, por ejemplo, las clases dominantes europeas cuando impusieron el credo liberal en el antiguo Continente. La forma como los caudillos españoles levantaron en 1814 a las masas populares contra las clases criollas, demostró bien a las claras, la impotencia de las mismas para servir de fundamento político a un Estado republicano y liberal.

Y si a esto agregamos la falta de vías de comunicación, la naturaleza abrupta del mundo americano, causa de radicales diferencias de espíritu y costumbres entre las distintas regiones, tendremos el cuadro adecuado de ese "mundo naciente", para el cual los 26 delegados, próximos a reunirse en Angostura, habrían de elaborar una Constitución. Clases dirigentes débiles, económica y políticamente; masas turbulentas de mestizos, indios, negros y "pardos", que odiaban a los blancos y ambicionaban sus propiedades y privilegios tradicionales; profundas diferencias entre la psicología del habitante del llano y el de la altiplanicie, y falta de la riqueza económica necesaria para buscar en el reparto más adecuado de ella, el aplazamiento de la guerra de clases y colores que parecía destinada a consumir en corto tiempo la gran oportunidad de organizar en América grandes Estados nacionales, tales eran las circunstancias que reducían a las comunidades americanas a situación semejante a la del mundo occidental en los tiempos de decadencia del Imperio Romano: "Al desprenderse la

América de la monarquía española —escribía Bolívar— se ha encontrado semejante al Imperio Romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente conforme a su situación o sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos Miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones. **Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fué en otros tiempos.**"

De la impotencia de las clases dirigentes para consolidar alrededor de sus intereses la estabilidad política de las sociedades americanas, como de los profundos odios raciales que dominaban a extensos sectores de la población del Nuevo Mundo, se deducía, para Bolívar, la necesidad de constituir en América un Poder Público muy sólido, capaz de garantizar esa estabilidad social, hacer efectiva la igualdad política de las razas y trabajar sin descanso por obtener, en cercano futuro, la nivelación de los profundos desequilibrios políticos y económicos que la Colonia había dejado como pesada herencia a la República. "Un Gobierno Republicano —diría a los legisladores— ha sido y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del Pueblo; la división de los poderes; la libertad civil, **la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas.**"

Tal era el conjunto de las preocupaciones de Bolívar durante su rápido viaje de regreso a Angostura, después de transitoria estadía en Payara, donde se dirigió el 15 de enero para buscar un definitivo entendimiento con Páez. Ellas constituirían el espíritu del histórico Mensaje destinado al Congreso, que en esos días, mientras la flechera surcaba las ondas del Orinoco, el Libertador redactaba casi en la forma definitiva de su presentación a la Asamblea Constituyente.

Bolívar llegó a Angostura el 30 de enero de 1819; la ciudad había sido engalanada con pabellones nacionales y la llegada de los Delegados, como la concentración de tropas efectuada en ella, para dar más solemnidad al acto, contribuían a crear una atmósfera de exaltación histórica y de emoción patriótica. Sus largas, estrechas y mal empedradas calles, presentaban inusitada concurrencia, y en su plaza central se veían alineadas numerosas piezas de artillería, que desde el 14 de febrero anunciaron, con repetidas salvas, la proximidad de aquel fausto de la democracia americana.

El día 15 de febrero a las 10 de la mañana, en el salón de una vieja caserona española, se reunieron, además de los invitados especiales —como el Gobernador del Obispado, el señor Irwin, representante de los Estados Unidos en misión especial ante Bolívar, y

Mister Hamilton, observador británico—, los veintiseis miembros del Congreso, representantes de las provincias de Caracas, Barcelona, Cumaná, Barinas, Guayana, Margarita y Casanare, entre quienes se destacaban, por sus brillantes actividades en la causa revolucionaria, los generales Santiago Mariño, Rafael Urdaneta, Tomás Montilla y los doctores Francisco Antonio Zea, Juan Germán Roscio y Fernando Peñalver.

Pocos minutos después, el toque de los clarines y las salvas de artillería, anunciaron la llegada del Libertador al recinto del Congreso, al cual entró en medio de una doble fila de soldados, rodeado de su Estado Mayor y de algunos oficiales del ejército, venidos de los más apartados centros de operaciones. La majestad de su porte —la seriedad de su fisonomía, donde ya se marcaban las huellas de los terribles padecimientos de los últimos años—, encajaban perfectamente con aquel ambiente austero y lleno de expectativa, con aquel auditorio dominado por la ansiedad de escuchar sus palabras.

Bolívar ocupó la tribuna preparada para el efecto y a invitación del Presidente del Congreso comenzó la lectura de su histórico Mensaje: "Señores: dichoso el ciudadano que, bajo el escudo de las armas de su mando, ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta. Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los Representantes del Pueblo en este Augusto Congreso, fuente de la Autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del Destino de la Nación...

"No ha sido la época de la República, que he presidido, una mera tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular; ha sido, sí, el desarrollo de todos los elementos desorganizadores; la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela. Un hombre, y ¡un hombre como yo! ¿qué diques podía oponer al ímpetu de estas devastaciones? **En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero: observad los primeros actos del Gobierno Republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional. No me preguntéis sobre los efectos de estos trastornos para siempre lamentables; apenas se me puede suponer simple instrumento de los**

grandes móviles que han obrado sobre Venezuela; sin embargo, mi vida, mi conducta, todas mis acciones públicas y privadas están sujetas a la censura del pueblo. ¡Representantes! Vosotros debéis juzgarlas. Yo someto la historia de mi mando a vuestra imparcial decisión; nada añadiré para excusarla; ya he dicho cuanto puede hacer mi apología. Si merezco vuestra aprobación, habré alcanzado el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de Libertador que me dió Venezuela,, al de Pacificador que me dió Cundinamarca, y a los que el mundo entero púede dar."

Estas frases eran el prólogo destinado a llevar a su auditorio al fondo mismo de los problemas americanos; poco a poco, su entonación se hizo más lenta y una profunda convicción íntima puso en sus palabras acentos de trascendental gravedad: "Séame permitido llamar la atención del Congreso —dijo— sobre una materia que puede ser de una importancia vital. Tengamos presente que nuestro Pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte; que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de la Europa; pues hasta la España misma deja de ser Europa por su sangre africana, por sus Instituciones y su carácter. Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia.

"Los Ciudadanos de Venezuela gozan todos por la constitución, intérprete de la Naturaleza, de una perfecta igualdád política. **Aún cuando esta igualdad no hubiera sido dogma en Atenas, en Francia y en América, deberíamos nosotros consagrarla para corregir la diferencia que aparentemente existe... La diversidad de origen requiere un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para manejar esta sociedad heterogénea cuyo complicado artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración."**

Bolívar tenía la convicción íntima, y en esto la historia americana no le desmentirá, de que los odios de raza desencadenados por la guerra de la independencia, determinarían al finalizar la contienda el principio de sangrientas guerras civiles. Quería, por lo mismo, bajo las normas de una perfecta igualdad política para todas las razas, la organización de un Ejecutivo con facultades suficientes para dominar la magnitud de aquellos conflictos. "Fijemos nuestra atención —continuó— sobre esta diferencia, y hallaremos que el equilibrio de los Poderes debe distribuirse de dos modos. **En las Repúblicas el Ejecu-**

tivo debe ser el más fuerte, porque todo conspira contra él, en tanto que en las Monarquías el más fuerte debe ser el Legislador, porque todo conspira en favor del Monarca. La veneración que profesan los pueblos a la Magistratura Real es un prestigio que influye poderosamente, al aumentar el respeto supersticioso que se tributa a esta autoridad. El esplendor del Trono, de la Corona, de la Púrpura; el apoyo formidable que le presta la Nobleza; las inmensas riquezas que generaciones enteras acumulan en una misma Dinastía; la protección fraternal que recíprocamente reciben todos los Reyes, son ventajas muy considerables que militan en favor de la Autoridad Real y la hacen casi ilimitada. **Estas mismas ventajas son, por consiguiente, las que confirman la necesidad de atribuir a un Magistrado Republicano una suma mayor de autoridad que la que posee un Príncipe Constitucional.**

"...Que se fortifique, pues, todo el sistema del Gobierno y que el equilibrio se establezca de modo que no se pierda, y de modo que no sea su propia delicadeza causa de su decadencia. **Por lo mismo que ninguna forma de gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser de la mayor solidez; y sus instituciones consultarse para la estabilidad.** Si no es así, contemos con que se establece un ensayo de Gobierno y no un sistema permanente; contemos con una sociedad díscola, tumultuaria y anárquica y no con un establecimiento social, donde tengan su imperio la felicidad, la paz y la justicia..."

Después de detallada revista de sus actos de gobernante, en la cual destacó, con énfasis, su declaración contra los soberanos de la Santa Alianza, Bolívar terminó su mensaje formulando un cálido voto por la pronta reunión de Venezuela y la Nueva Granada en una sola nación: "La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un gran Estado —dijo—, ha sido el voto uniforme de los pueblos y Gobiernos de estas Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal, que ofrece cuadro tan asombroso. Volando sobre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del Universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos, que la naturaleza había separado y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de centro, de emporio a la fa-

milia humana; ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro; ya la veo distribuyendo, por sus valiosas plantas, la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo mundo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces, a la suma de las riquezas, que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el Trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, **mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.**

"Dignaos. Legisladores, acoger con indulgencia la profesión de mi conciencia política, los últimos votos de mi corazón y los ruegos fervorosos que a nombre del pueblo me atrevo a dirigiros. Dignaos conceder a Venezuela un Gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un Gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. **Un Gobierno que haga triunfar bajo el imperio de leyes inexorables, la igualdad y la Libertad.**

"Señores, empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías."

Cuando Bolívar salió del recinto, después de la prolongada ovación de que fué objeto, comenzaron a correr tiempos de grandes responsabilidades para aquella reunión de ilustres americanos. Lo decimos así, porque el Congreso de Angostura tenía a su favor un privilegio extraordinario: ser el primero de los Congresos del Nuevo Mundo ante el cual se presentaban soluciones **auténticamente americanas** para la organización política de los nuevos Estados.

Hasta ese momento, los cuerpos representativos o constituyentes reunidos en el mundo americano no habían tenido aspiración distinta de la de copiar, sin discriminaciones, las constituciones liberales de los distintos Estados de la Unión Americana, especialmente las de Maryland y Massachusest, o transplantar a América, en idéntica forma, los regímenes monárquicos europeos, como venía acaeciendo en el Río de la Plata. Pero en 1819 los legisladores reunidos en Angostura, se encontraron por primera vez ante una situación radicalmente nueva. El proyecto de constitución presentado a ellos, y, muy especialmente el discurso del Libertador, les señalaban un novedoso rumbo al Derecho Público Americano. No más imitaciones subalternas de instituciones exóticas para las realidades del Nuevo Mundo, tal era el espíritu de estos dos grandes documentos, con los cuales **Simón Bolívar ofrecía a la inteligencia americana la oportunidad histórica de independizarse de la inteligencia europea, como se estaba emancipando de su dominio político.**

Por eso en su Mensaje a los legisladores, puso especial énfasis en el análisis de las realidades típicamente americanas, **con la evi-**

dente intención de hacer trabajar sus mentes sobre ellas, y de apartarlos de la fatal tendencia a superponer sobre los problemas americanos unas formas institucionales que sólo correspondían a las características de pueblos diferentes y en distinto grado de evolución política. "**Debo decir, que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de Estados tan distintos como el Inglés-Americano y el Americano-Español.** ¿No sería muy difícil aplicar a España el Código de Libertad política civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil de adaptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice 'El espíritu de las Leyes' que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una gran casualidad que las de una Nación puedan convenir a otra? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, y referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? **He aquí el Código que debíamos consultar y no el de Washington!**"

Desgraciadamente los legisladores de Angostura no estuvieron a la altura de su misión. Sin poder desconocer la indiscutible autoridad de Bolívar, le eligieron Presidente de la República, pero sistemáticamente evadieron las orientaciones fundamentales trazadas por él para sus labores.

Tal hecho habría carecido de importancia si las razones que inclinaron a los legisladores a rechazar el Poder Moral, el Senado hereditario y la especial organización del Poder Ejecutivo implícita en el proyecto de Bolívar, se hubieran fundado en cuidadosa confrontación de estas instituciones con las realidades americanas y en el estudio a fondo de esas realidades. Pero ello no acaeció así; las líneas fundamentales del proyecto de Bolívar fueron desechadas por carecer de antecedentes en las Constituciones Norteamericanas y en los teóricos del liberalismo francés. De esta manera, las labores de los legisladores de Angostura no se adelantaron como lo quiso Bolívar y como el Nuevo Mundo lo necesitaba, sobre la base de considerar si el proyecto del Libertador respondía o no a las realidades sociales de América, sino limitándose a compararlo con modelos extranjeros, para quitarle aquellas formas que carecían de antecedentes en ellos. Tal fué, por otra parte, la labor que habría de perfeccionarse en el Congreso de Cúcuta, al expedir la Constitución definitiva para la Gran Colombia, que informada de estas tendencias e hija de lamentable claudicación de la inteligencia suramericana ante ideas y sistemas políticos foráneos, conduciría fatalmente a Colombia a su dramática disolución.

Capítulo XVIII

PASO DE LOS ANDES

"Mi destino ha querido que una vasta porción del mundo haya aprovechado de mis combates para romper sus cadenas."

SIMON BOLIVAR

Desarticulación de los frentes de batalla en Venezuela.—Hacia la Nueva Granada.—Paso de los Andes.—Las altiplanicies de Cundinamarca.—Homogeneidad social y triunfos militares.—Vargas y Boyacá.

Con la elección que para Presidente de la segunda República de Venezuela hizo en él un cuerpo popular y representativo como el Congreso, el Libertador llega al término del magno y difícil proceso de consolidación de su autoridad, cuyos antecedentes necesarios han sido el sometimiento de Mariño en el Oriente y de Páez en Apure. Libre de estas preocupaciones, puede concentrar su atención al problema propiamente estratégico de la guerra y estar seguro de que nadie le discutirá el primer puesto al frente de los peligros y de los triunfos de la causa americana.

Sabiendo a Morillo comprometido en su campaña contra Páez, Bolívar ve abrirse ante él la brillante oportunidad de un ataque conjunto de los ejércitos patriotas de Oriente sobre Caracas y de las fuerzas de Angostura y los jinetes de Páez sobre el sector central de los territorios dominados por el enemigo. Para el efecto, y antes de dirigirse al Apure, envía a Oriente al General Urdaneta, con la misión de coordinar allí las operaciones que sobre la capital deben adelantar los ejércitos de Cumaná, al mando de Mariño, las fuerzas de Margarita, dirigidas por Arismendi, y la escuadrilla de Brión.

El 27 de febrero de 1819 Bolívar abandonó a Angostura seguido por la escuadrilla que conducía los batallones de la Legión Británica, y el 16 de marzo llegó a los campamentos de Páez, en el poblado de Cunaviche. Por éste supo que Morillo, después de dividir sus fuerzas en un extenso frente de 300 kilómetros, se proponía pasar el Arauca para atacar las formaciones del llanero, situadas entre Cajural y Rincón Hondo, en la orilla meridional del río. Bolívar ordenó el inmediato refuerzo de esas líneas y de tal manera la situación militar se estabilizó por algún tiempo, sin que ninguno de los contendores lograra ventajas notables en su favor.

Ansioso de coordinar sus movimientos con las operaciones que suponía ya muy avanzadas sobre Caracas, en Oriente, Bolívar quiso aprovechar la forma como Morillo había dispuesto sus fuerzas, para realizar un movimiento de flanqueo, encaminado a presionar el extremo más débil de la formación enemiga —el que protegía a Nutrias—, bien para abrirse paso hacia la provincia de Barinas, bien para obligar al Pacificador a abandonar los llanos. El 9 de abril salió de Cajural y siguiendo las márgenes del Arauca se dirigió a Rincón Hondo, donde llegó el 12 del mismo mes. Estaba allí preparándose para atacar a Nutrias, cuando se supo en sus campamentos que Morillo había abandonado a Achaguas y se retiraba en dirección al Apure, para defender la provincia de Barinas. La campaña de los llanos, para la cual tantos preparativos había realizado el Conde de Cartagena, llegaba a su final con esta retirada, que ponía en evidencia su definitivo fracaso en la empresa de someter el llano. Su único trofeo de victoria eran los restos humeantes de San Fernando, donde se había consumido para siempre el sueño de Páez de un Imperio llanero.

Días después de tan buenas nuevas y cuando el Libertador, para marchar al Norte, esperaba con ansiedad noticias del frente orinetal, recibió alarmantes partes de Urdaneta, en los cuales le informaba que sus órdenes no habían podido cumplirse, pues Mariño se resistía a toda operación que no tuviera como objeto la toma de Cumaná, Arismendi se negaba a permitir la salida de las tropas de Margarita, y, finalmente, Brión y sus corsarios, más interesados en el lucrativo corso que realizaban en el Caribe, no mostraban interés ninguno por colaborar en el plan de operaciones.

Es, precisamente, en este momento, y como consecuencia de su total desilusión acerca de la eficacia de las fuerzas venezolanas para adelantar un movimiento conjunto contra las posiciones del Pacificador, cuando Bolívar se decide a modificar las bases de su estrategia, a buscar fuera de Venezuela la fuerza unida y coherente que necesitaba para dar un golpe decisivo a los ejércitos del Conde de Cartagena.

Entonces piensa en los contingentes de Casanare; recuerda la excepcional calidad de la infantería granadina y opta por cambiar su centro de actividades y apoderarse de la Nueva Granada, para decidir con sus soldados y sus enormes recursos, una contienda que tendía a estabilizarse indefinidamente. Con gran reserva dió orden a las tropas de Angostura de movilizarse al Occidente y concentrarse en el pueblo de Sesenta, y en el hato de Cañafístolo afirmó su histórica decisión en carta del 20 de mayo a Santander, en la cual le decía: **"Para ejecutar una operación que medito sobre la Nueva Granada,** conviene que reúna V. E. todas sus fuerzas en el punto más cómodo y favorable para entrar en el interior inmediatamente que reciba V. S. las órdenes que le comunicaré, luégo que haya formado el plan y coordinado los movimientos entre ese cuerpo y los demás que deben cooperar a la empresa. Aún no sé positivamente el día, ni me he decidido sobre el modo en que debe ejecutarse; así, me limito a indicar a V. S. el movimiento para que se prepare y **a encargarle con el último encarecimiento el secreto, sin el cual nada podrá hacerse. V. E. sólo debe saberlo."**

El día 21 de mayo llegó Bolívar al pueblo de Sesenta y convocó inmediatamente el Consejo de Oficiales en una humilde choza, donde blancos y brillantes cráneos de res sirvieron de asiento a aquel grupo de hombres que se preparaban a decidir los destinos de América. Soublette, Anzoátegui, Briceño Méndez, Plaza, Rooke y Rangel, escucharon en silencio la exposición del Libertador, destinada a destacar las circunstancias que hacían imposible el decidir la guerra en los campos de Venezuela, dada la falta de colaboración del sector Oriental, y la urgencia que existía, por tanto, de cambiar el centro de operaciones e invadir a la Nueva Granada, para procurar la intervención de nuevos factores en la contienda.

Al terminar Bolívar, por unos instantes reinó profundo silencio entre los asistentes a aquella histórica reunión. Apoderarse del rico y bien defendido Virreinato granadino, cuando parecía imposible vencer a las exhaustas tropas realistas de Venezuela, era asunto tan magno, audaz y casi tan inverosímil, que aquellos hombres de hierro, acostumbrados a las duras realidades de la guerra, por un momento no supieron qué decir ni qué pensar. De pronto, con voz ronca y defectuosa pronunciación, el inglés Rooke se puso en pie y exclamó con entusiasmo: "Sir, os seguiré con toda mi voluntad aún hasta el Cabo de Hornos!" Esta voz de aliento —más que íntima convicción— decidió al Consejo de Oficiales a aceptar la desesperada aventura, la cual suponía el paso de los helados páramos de las cumbres andinas con soldados acostumbrados a los climas ardientes del llano.

Las fuerzas expedicionarias, compuestas de unos 2.500 hombres,

a los que debían reunirse los contingentes de Casanare, el 27 de mayo abrieron la histórica campaña. Al acercarse a Guasdalito, las marchas comenzaron a hacerse difíciles, porque las llanuras inundadas y la atmósfera impregnada de miasmas deleteréos, afectaban duramente la salud de los soldados, que muy a pesar de la estrecha vigilancia de los oficiales, empezaron a desertar. Nieblas bajas y una lluvia torrencial mantenían ante el ejército, permanentemente, un panorama triste y gris, un horizonte impenetrable y oscuro, como lo era el futuro de la difícil empresa en que estaba comprometido. El 5 de junio, con enormes dificultades, cruzaron el Arauca y se acercaron a los linderos de los llanos, donde la vegetación y los bosquecillos que rodeaban el cauce de los ríos y arroyuelos, cambiaron el sombrío paisaje de las llanuras inundadas y cubiertas de niebla. En la lejanía y cuando el viento dispersaba la neblina, se distinguía ya la selva de San Camilo, cuya frondosidad cubría los primeros farallones de los Andes.

El 11 pasaron el río Gravo del Norte y desde allí el Libertador, seguido de una pequeña escolta, se adelantó hasta el Cuartel General de Santander en Tame, para discutir los planes de campaña con los oficiales granadinos. Después de un completo entendimiento con Santander, Bolívar dividió sus fuerzas en dos columnas: la vanguardia, confiada a la dirección de aquél, y la retaguardia, con el parque y los ganados, que mantuvo bajo su mando inmediato.

Para cruzar la cordillera, los ejércitos libertadores debían pasar por una de las depresiones de la misma, las cuales forman a la manera de pasos naturales, abiertos sobre sus cimas. A Bolívar y sus oficiales les correspondía escoger entre el boquerón de Peña Negra, que conducía al Valle de Tensa; el páramo de Totilla, acceso a las regiones vecinas de la laguna de Tota; o el páramo de Pisva, abierto a cuatro mil metros de altura, que permitía el paso hacia la población de Socha y el valle del río Chicamocha.

Para pronunciarse sobre las ventajas de adoptar uno de estos caminos, los jefes patriotas necesitaban considerar, además de las condiciones del terreno y las facilidades del tránsito en cada uno de ellos, la posible localización de las fuerzas realistas al lado opuesto de la cordillera. Esta última circunstancia tenía especial importancia, porque las penalidades que habrían de sufrir las tropas en el paso de los Andes, hacían indispensable para ellas un descanso de algunos días en el lado opuesto, antes de verse obligadas a entrar en combate con el enemigo. Por estas razones, Bolívar escogió el paso de Pisva, el más difícil de vencer por su altura, pero también el menos defendido y el más lejano de los diferentes sitios donde se hallaban las guarniciones españolas, o donde ellas podían efectuar rápidas concentra-

ciones para detenerlo cuando pisara los valles granadinos. Acordado este plan, Bolívar destacó la vanguardia, con orden de apoderarse del puesto de Paya, operación que Santander ejecutó brillantemente; tras de reñido combate el día 27, obligó a la guarnición española a buscar refugio en Labranzagrande. Mas, al tiempo que Santander triunfaba sobre las avanzadas realistas, en el núcleo central del ejército libertador acaecían sucesos lamentables, que habrían de poner en peligro la misma continuación de la campaña; el cambio de clima, la dureza del terreno y, sobre todo, el temor a las inmensas moles de los Andes, cuyos farallones rocosos y casi cortados a pico, hacían presentir a los llaneros terribles y desconocidas penalidades, fomentaron seria resistencia entre los contingentes venezolanos, la cual obligó a sus oficiales a solicitar al Libertador ordenara el regreso a Casanare. "Un mes entero —escribía Bolívar al Gobierno de Angostura— hemos marchado por la provincia de Casanare, superando cada día nuevos obstáculos que parece se redoblaban al paso que nos adelantábamos en ella... Esta, creí que fuese la principal dificultad y, ya vencida, nada me parecía lo demás, cuando he tropezado con obstáculos que sólo la constancia a toda prueba puede allanar. La aspereza de las montañas que hemos atravesado es increíble a quien no la palpa. Para formar una idea de ella basta saber que, en cuatro marchas, hemos inutilizado casi todos los transportes del parque y perdido casi todo el ganado que venía de repuesto. El rigor de la estación ha contribuído a hacer más pesado el camino; apenas hay día o noche que no llueva."

Estos hechos y el conocimiento de que todavía faltaba vencer la peor parte del camino, el ascenso al Páramo de Pisva, llevaron a Bolívar, ante la presión general de soldados y oficiales, a considerar la posibilidad de interrumpir la campaña de los Andes. Sin embargo, sus vacilaciones no fueron lo suficientemente categóricas como para convertirse en decisión. Quiso que el asunto fuera considerado en Consejo de Oficiales y para el efecto lo convocó en el llano de San Miguel. No bien lo supo Santander, a su vez consultó a los oficiales granadinos, quienes unánimemente le respondieron que "preferían una muerte segura en la proyectada operación contra los enemigos dominadores de la Nueva Granada, a retroceder a los llanos".

Como se ve, en aquella hora decisiva para la historia de América, el regionalismo era todavía la fuerza que determinaba las supremas decisiones de sus pueblos; los venezolanos lo preferían todo antes de ir a la Nueva Granada y los granadinos no vacilaban ante la muerte, para no retroceder a los llanos venezolanos. Por fortuna, en este caso, el regionalismo granadino era más constructivo de lo que hasta ahora había sido el venezolano, pues la hostilidad de los soldados de San-

tander por la vida en el llano, se transformó en el estímulo que, en aquel momento de vacilación del Libertador, provocó una decisión favorable a la continuación de la campaña, de cuyo éxito dependía la libertad de América.

El 30 de junio se reunieron las dos Divisiones en Paya y al día siguiente la Vanguardia tomó el escarpado camino de Pisva, que Bolívar con la Retaguardia comenzó lentamente a transitar el dos. "En esta altura de los Andes no hay senderos —dice un cronista—; el terreno es rocoso y quebrado, sin más signo de vegetación que oscuros líquenes. El rumbo siempre se encuentra, porque lo marcan osamentas de hombres y animales que han perecido al atravesar el páramo con mal tiempo. Se ve en las rocas una multitud de crucecitas plantadas por piadosas manos, en memoria de los que allí cayeron, y en el suelo se ven los despojos de sus equipos. La situación era realmente espantosa; sobre las cabezas se alzan enormes bloques de granito, y a los pies ábrense abismos que atraen. Nada turba el silencio, como no sea el grito del cóndor y el murmullo de arroyos lejanos; el cielo azul nos parece más cerca de nosotros, y aunque el sol no está velado por nube alguna, parece no tener calor y da una luz pálida, como de luna llena."

Vinieron entonces los días temidos por el Libertador. A medida que ascendían por el escarpado y estrecho sendero, la temperatura se tornaba más fría y los soldados, mal abrigados y peor alimentados para resistirla, enfermaban gravemente o morían. La lluvia era torrencial, la vegetación iba desapareciendo y la roca dura, donde sólo prendían raros cáctus, hacían más triste el panorama de aquella heróica travesía. El aire, con la altura, se iba enrareciendo y los fatigados organismos de los soldados parecían invadidos por extraña somnolencia. El terrible "soroche" causaba estragos entre aquellos desventurados y solamente la flagelación lograba, a veces, arrancar de la muerte sus cuerpos helados. Las mujeres, amantes o esposas, quienes fielmente seguían a las tropas, hacían prodigios atendiendo a los enfermos, animando a los desalentados y dando pruebas de una resistencia que maravillaba a los oficiales extranjeros. O'Leary cuenta con asombro cómo una de ellas dió a luz en aquellas dramáticas horas y "a la mañana siguiente —dice— vi a la madre con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón".

Tras de incontables penalidades y serias pérdidas, el 5 de julio de 1819 el grueso del Ejército Libertador llegó a Quebradas, en las laderas que descienden sobre la región de Socha. Allí tomó merecido descanso, recibió los auxilios y alimentos enviados desde aquella población por las avanzadas, y el 6 de julio acampó en Socha. El

paso de los Andes, una de las empresas militares más audaces de la historia, estaba terminado y los patriotas, en el propio corazón del Virreinato granadino, recibían el apoyo entusiasmo de las poblaciones, que al conocer su llegada les enviaban alimentos, vestidos, caballos, armas y corrían a unirse a sus filas. La hora histórica para el pueblo granadino había llegado; así lo comprendían todas las gentes de aquellas regiones al dar caluroso recibimiento a las tropas del Libertador. "Apenas di mis primeros pasos —escribe Bolívar— de este lado de la cordillera —que divide el llano de los terrenos quebrados limítrofes con la provincia de Casanare—, cuando oí resonar delante de mí bendiciones de unos hombres que esperaban mis armas con todo el entusiasmo de la Libertad."

Al llegar Bolívar a Socha no tenía ni le era posible tener un plan preciso sobre los futuros desarrollos de las operaciones en territorio enemigo. Le faltaban informes suficientes acerca de la distribución de las fuerzas españolas, y además, no contaba todavía con su parque y la Legión Británica, que por su lento ascenso de la cordillera tardaría en llegar.

Con su característica audacia, Bolívar quiso dar entonces máximo aprovechamiento al factor sorpresa y con la mira de intentar un ataque inesperado sobre el propio Cuartel General de Barreiro, el 5 de julio ordenó a la Vanguardia movilizarse rápidamente en dirección a Gámeza, operación que obligó al general español a destacar considerables contingentes al pueblo de Topagá, para cerrarle el camino de penetración. Las avanzadas de estas fuerzas realistas infingieron seria derrota a la Vanguardia del Libertador, obligándola a retirarse apresuradamente a Corrales. Este insuceso inicial no desconcertó a Bolívar, que deseoso de mantener libre de ocupación enemiga los territorios aledaños a la cordillera, para conservar abierto el paso a la Legión Británica, inició una ofensiva general con el grueso de sus ejércitos sobre Topagá, en cuyas proximidades españoles y patriotas se empeñaron en reñidos encuentros que, sin ser decisivos para ninguno, terminaron por obligarlos a regresar a sus primitivas posiciones: a Sogamoso los realistas, a Tasco los patriotas.

Allí, el 15 de julio, se le reunió Soublette con la Legión Británica y el parque, lo mismo que numerosos contingentes de voluntarios granadinos. El Libertador se movilizó entonces hacia Cerinza, con la intención de dirigirse a la provincia de Sogamoso, donde reinaba gran entusiasmo por la causa republicana. Pero Barreiro, tan activo como él, no bien se informó del movimiento de su adversario, se dirigió a Paipa para interponerse entre las fuerzas patriotas y la capital del Virreinato; pidió urgentemente refuerzos a Tunja y Santa Fé y llamó en su auxilio la guarnición de Chocontá.

El Libertador, cuya primera preocupación era obtener sobre Barreiro un suceso decisivo, planeó una audaz operación para colocarse, por un hábil movimiento de flanqueo, a espaldas de su adversario y obligarle a combatir en campo abierto o dejarle libre el camino hacia la capital del Virreinato. El éxito de la maniobra, dependía de la rapidez de los ejércitos republicanos para atravesar el río Chicamocha, porque situados los españoles en la margen opuesta, era obvio que cualquier demora, bien aprovechada por Barreiro, le permitiría colocarse en condiciones ventajosas para interponerse en su marcha hacia los objetivos perseguidos. Y tal fué, precisamente, lo que para infortunio de Bolívar ocurrió; a pesar del intenso trabajo realizado por los soldados y oficiales, encargados de construir las balsas necesarias para el paso del Chicamocha, la operación se demoró considerablemente y Barreiro, suficientemente informado de los propósitos del Libertador, con rapidez abandonó a Paipa y se dirigió al sitio llamado Pantano de Vargas, pequeño vallecito formado por la hondonada de la quebrada de Vargas, que se desborda allí, inundando la sabana. En aquel sitio, paso obligado para Bolívar, si deseaba abrirse el camino de Santa Fé, Barreiro desplegó su formación en las alturas. Cuando el 25 de julio, hacia el mediodía, llegó Bolívar a la llamada Casa de Vargas, encontró a su enemigo dispuesto para el combate y situado en condiciones muy superiores a las suyas. La batalla, sin embargo, era inevitable, si Bolívar quería consolidar las ventajas ganadas en la difícil operación del paso del Chicamocha. Sin otra alternativa, el Libertador lanzó sus tropas al asalto de las posiciones enemigas, que le recibieron con nutrido fuego de fusilería mientras los mejores regimientos españoles, al mando de Tolrá, en hábil movimiento de flanqueo, encerraban al ejército patriota en el vallecito de Vargas. "Nuestro ejército casi envuelto —dice el boletín— sufría un fuego horroroso por todas partes."

En este momento dramático y cuando todo parecía perdido, Bolívar con una intuición, fruto tardío del desesperado convencimiento de su pronta derrota, le gritó al Coronel venezolano Juan José Rondón, Jefe de la caballería llanera: "¡Coronel, salve usted la patria!"

Rondón se volvió inmediatamente hacia sus escuadrones de jinetes y con metálica voz de mando, les gritó: "¡Camaradas, los que sean valientes síganme, que en este momento triunfamos!" Catorce llaneros, catorce héroes, espolearon sus caballos y tras el heróico Rondón se precipitaron sobre las filas enemigas, no tardando en seguirles el resto de la caballería. La batalla cambió entonces de aspecto; las filas españolas se quebraron como débiles cañas ante el formidable impulso de aquella legión, cuyas lanzas silenciaron el mortífero fuego de los infantes enemigos. Terrible confusión reinó por algunos mo-

mentos, seguida poco después por un general renacimiento de las energías del ejército libertador que, al sentirse libre del anillo de fuego que lo estaba diezmando, se lanzó a la ofensiva y obligó a los españoles, maltrechos y desconcertados, a formar cuadros para defenderse de los golpes de un adversario enloquecido de coraje y entusiasmo. Sólo la noche facilitó la retirada hacia Paipa de las fuerzas españolas y las salvó de total exterminio, a costa de perder su parque y abandonar sus posiciones, que por su indudable valor estratégico hicieron exclamar con soberbia a Barreiro, cuando su triunfo parecía seguro: "¡Ni Dios me quita la victoria!"

De este momento en adelante la estrategia de los dos adversarios se precisa en líneas definidas y las vacilaciones y tanteos, notorios en la primera fase de la campaña, desaparecen. Seguro Barreiro, después de la acción del Pantano de Vargas, de la insuficiencia de sus efectivos en aquellas regiones, reduce su táctica a retirarse hacia Santa Fé para reunirse con el Virrey Sámano y librar en mejores condiciones una batalla decisiva. Para Bolívar, en cambio, su objetivo se circunscribe a evitar a Barreiro escaparse de aquel campo de operaciones, en el cual todo favorece a los patriotas. Los papeles se han cambiado fundamentalmente. Ya no es Barreiro quien trata de oponerse a la marcha de Bolívar sobre Santa Fé, sino el Libertador quien se propone impedir a Barreiro retirarse a la capital.

En una maniobra sorpresiva de flanqueo, se apodera Bolívar sin mayor resistencia de Tunja, colocándose frente a Barreiro, situado entonces en Loma Bonita. En estas circunstancias, al general español no le quedan sino dos posibilidades para continuar su retirada: o tomar el camino de Chiquinquirá, muy largo y accidentado, o seguir el que conducía a Santa Fé por el Puente de Boyacá. "Al amanecer del día de ayer —dice Soublette en el boletín de batalla— dieron parte los cuerpos avanzados de que el enemigo estaba en marcha por el camino de Samacá; el ejército se puso sobre las armas y al reconocerse la intención del enemigo de pasar el puente de Boyacá, para abrir sus comunicaciones directas y ponerse en contacto con la capital, marchamos por el camino principal para impedírselo y forzarlo a admitir batalla.

"A las dos de la tarde la Primera División enemiga llegaba al Puente, cuando se dejó ver nuestra descubierta de caballería. El enemigo, que no había podido aún descubrir nuestras fuerzas y creyó que se le oponía sólo un cuerpo de observación, lo hizo atacar con sus 'cazadores' para alejarlo del camino, mientras el cuerpo del ejército seguía su movimiento. Nuestras divisiones aceleraron la marcha y con gran sorpresa del enemigo se presentó toda la infantería en columnas sobre una altura que dominaba su posición. La vanguardia

enemiga había subido una parte del camino, persiguiendo nuestra descubierta, y el resto del ejército estaba en el bajo, a un cuarto de legua del Puente y presentaba una fuerza de 3.000 hombres.

"En el momento se empeñó la acción en todos los puntos de la línea. El señor General Anzoátegui dirigía las operaciones del centro y la derecha: hizo atacar un batallón que el enemigo había desplegado en guerrilla en una cañada y lo obligó a retirarse al cuerpo del ejército que, en columna sobre una altura, con tres piezas de artillería al centro y dos cuerpos de caballería a los costados, aguardó el ataque. Las tropas del centro, despreciando los fuegos que hacían los cuerpos enemigos de su flanco izquierdo, atacaron la fuerza principal. El enemigo hacía un fuego terrible, pero nuestras tropas, con movimientos los más audaces y ejecutados con la más estricta disciplina, envolvieron todos los cuerpos enemigos. El escuadrón de caballería del Llano Arriba cargó con su acostumbrado valor y desde aquel momento todos los esfuerzos del General español fueron infructuosos; perdió su posición. La compañía de Granaderos a caballo, toda de españoles, fué la primera que cobardamente abandonó el campo de batalla. La infantería trató de rehacerse en otra altura, pero fué inmediatamente destruída. Un cuerpo de caballería que estaba en reserva, aguardó la nuestra con lanzas caladas y fué despedazado a lanzasos; todo el ejército español en completa derrota y encerrado por todas partes, después de sufrir grande mortandad, rindió sus armas y se entregó prisionero. Casi simultáneamente el General Santander, que dirigía las operaciones de la izquierda y había encontrado resistencia temeraria de la vanguardia enemiga, a la que sólo había opuesto sus Cazadores, cargó con unas compañías del batallón de línea y los Guías de Retaguardia, pasó el Puente y completó la victoria.

"Todo el ejército enemigo quedó en nuestro poder: fué prisionero el General Barreiro, a quien tomó en el campo de batalla el soldado del 'Rifles' Pedro Martínez; fué prisionero su segundo el Coronel Jiménez, casi todos los Comandantes y Mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de 1.600 soldados; todo su armamento, municiones, artillería, caballería, etc.; apenas se han salvado 50 hombres, entre ellos algunos Jefes y Oficiales de caballería, que huyeron antes de decidirse la acción."

Los emisarios despachados por Barreiro a Sámano antes de la batalla, el Coronel Martínez Aparicio y el Comisario Barrera, al oír el tiroteo en las proximidades del Puente, contra-marcharon y pudieron contemplar el total desastre de las armas españolas. Con la infausta noticia se dirigieron inmediatamente a Santa Fé y el 8 de agosto, ya muy avanzada la noche, llegaron a la capital; la temible

nueva hizo cundir el pánico entre todos los españoles y realistas, para quienes el nombre de Bolívar se hallaba indisolublemente vinculado al Decreto de Guerra a Muerte.

Este Decreto, ahora como en muchas ocasiones, tuvo más eficacia que el ataque de un ejército. Nadie, empezando por Sámano, pensó en organizar la defensa de la capital, sino en escapar apresuradamente para salvarse de las represalias. "Sería preciso —escribe Cordovez Moure— acudir a la relación de algún acontecimiento de los tiempos bárbaros, para dar al lector aproximada idea de la confusión y terror que reinó entre los españoles cuando la verdad apareció en toda su desnudez. Cada cual huyó despavorido con dirección al Occidente, a fin de llegar cuanto antes a Honda o a La Plata —puertos de salvación momentánea—, sin más equipo que el vestido que tenían encima cuando los sorprendió la para ellos funesta nueva. Dejaron abiertas y abandonadas las casas y tiendas de comercio, de que se apoderaron los patriotas de última hora, y emprendieron camino de la emigración asidos de las manos, ancianos, padres, esposas e hijos, en grupos desolados que no se atrevían a mirar atrás, para no perder ni un momento del tiempo que les valía la vida; y, como complemento de aquel cuadro, sólo comparable a un cataclismo bíblico, Sámano, el autor principal de las atrocidades que hacían temer la venganza de los insurgentes victoriosos, y que debió, a lo menos, organizar la retirada de los realistas, huyó con traje de campesino de la Sabana, montado en soberbio corcel, precedido de numerosa escolta de caballería que atropellaba a los malaventurados fugitivos, dejándolos envueltos en los torvellinos de polvo que levantaban los caballos con su incesante galopar."

Bolívar, entre tanto, hacía un dramático descubrimiento en el campo de su victoria en Boyacá: entre los prisioneros se encontró al italiano Francisco Vinoni, a quien Bolívar creía responsable de la entrega a los españoles de la fortaleza de Puerto Cabello y en 1812 juró ahocar. La muerte de Vinoni fué la única represalia autorizada por él. Este hombre había sido, según su firme creencia, el causante del más doloroso de los fracasos de su vida y su persona estaba asociada al dramático recuerdo de sus desaveniencias con Miranda; su juramento, pues, fué cumplido y como dice un cronista, cuando "el entonces Teniente-Coronel de Cazadores, Joaquín París, conducía al desgraciado Barreiro en vía de Santa Fé, al llegar al pueblo de Ventaquemada, encontraron una horca en la mitad del camino por donde necesariamente tenían que pasar, y en ella colgado el cadáver de un hombre que se mecía a impulsos del viento.

"¡Esto es horrible!, exclamó el prisionero. Es el italiano traidor

Francisco Vinoni, a quien Bolívar tenía ofrecido que lo haría ahorcar si caída en sus manos, y ha cumplido la promesa, contestó París."

Después de su triunfo, las tropas libertadoras iniciaron su marcha sobre la capital, preparándose a librar la última y decisiva acción en sus alrededores. En el Puente del Común conocieron la apresurada huída del Virrey, y seguido Bolívar por una pequeña guardia, se adelantó hacia Santa Fé para evitar que los desbordes populares, fáciles de prever después de la salida de los españoles, sirvieran a sus eternos enemigos para consolidarse a la sombra de victorias que no les pertenecían y nada había hecho para obtener.

El 10 de agosto de 1819, a eso de las cinco de la tarde, pobremente vestido, con su chaqueta militar sobre las carnes, pues en la campaña había perdido las pocas camisas de que disponía, entró en la capital del Virreinato granadino y a su paso por las calles centrales, los curiosos primero y los entusiastas después, fueron formándole escolta que no tardó en convertirse en manifestación popular. "Una señora —cuenta José S. Peña—, salió a la calle de San Miguel y al encontrar al Libertador en la esquina de la calle Florián, le cogió la pierna derecha y le dijo: '¡Dios te bendiga fantasma!' El Libertador se sonrió y le extendió la mano vencedora."

Bolívar se dirigió a la plaza principal, que hoy lleva su nombre, donde estaba situada la casa de Gobierno y le esperaban los personajes más influyentes de la capital. "Yo estuve presente —escribió Pablo Carrasquilla— cuando llegó el Libertador a Palacio. Se desmontó con agilidad y subió con rapidez la escalera. Su memoria era felicísima, pues saludaba con su nombre y apellido a todas las personas que había conocido en 1814. Sus movimientos eran airosos y desenfadados... Tenía la piel tostada por el sol de los Llanos, la cabeza bien modelada y poblada de cabellos negros, ensortijados. Los ojos negros, penetrantes, y de una movilidad eléctrica. Sus preguntas y respuestas eran rápidas, concisas, claras y lógicas. Se informaba sobre los pormenores del suplicio del doctor Camilo Torres y el de don Manuel Bernardo Alvarez. De este último dijo que él le había pronosticado, el año 14, que sería fusilado por los españoles. Su inquietud y movilidad eran extraordinarias. Cuando hablaba o preguntaba, cogía con las dos manos la solapa; cuando escuchaba a alguien, cruzaba los brazos..."

Desde el primer momento, la preocupación fundamental de Bolívar fué crear en el ánimo de los santafereños y de los granadinos todos, la conciencia de que el triunfo de Boyacá no significaba el fin de la guerra, sino un primer y feliz paso para alcanzar la victoria final, que debía ganarse en el propio corazón de la provincia de Caracas, ocupada todavía por las tropas del Pacificador. Por eso, nunca llegó

en su entusiasmo hasta atribuir públicamente a esta acción el carácter decisivo que ella tenía para el Conde de Cartagena, por ejemplo, quien al enterarse la derrota de Barreiro y la toma de Santa Fé, escribió al Gobierno de Madrid: "El sedicioso Bolívar ha ocupado a Santa Fé y el fatal éxito de esta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias, pues los insurgentes y menos este caudillo, no se detienen en fórmulas ni consideraciones.

"Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este Continente hasta el Perú queda a la merced del que domina a Santa Fé, a quien, al mismo tiempo, se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el Rey nuestro Señor en el Virreinato. **Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates."**

Capítulo XIX

ENTREVISTA DE SANTA ANA

"Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros. Mi médico me ha dicho que mi alma necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que al crearme Dios permitió esta tempestuosa revolución, para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial."

SIMON BOLIVAR

La Gran Colombia.—España solicita un armisticio.—El constitucionalismo de la Península.—La revuelta de Riego pone fin al Imperio español.—Bolívar y Morillo en Santa Ana.—Un aristócrata representando a la revolución y un militar encumbrado hablando por la monarquía.

La campaña culminada victoriosamente en el Puente de Boyacá habría de ser decisiva para la suerte de América, porque sus desarrollos no terminaron —gracias a Bolívar— en el afianzamiento de una nueva Patria Boba en la Nueva Granada, sino en la organización de una colectividad militante y dispuesta a desbordarse por el Continente, para imponer el triunfo de la emancipación.

Para dirigir las operaciones, Bolívar abandonó a Santa Fé y marchó a Pamplona; allí permaneció un mes, consagrado a la tarea de vigilar personalmente la concentración y entrenamiento de los miles de reclutas granadinos destinados al ejército expedicionario, y

el 7 de noviembre, siguiendo la ruta de San Camilo, partió para Angostura a poner término a los graves sucesos de orden político acaecidos en Guayana y solicitar del Congreso la aprobación de una trascendental medida política que, además de constituir la culminación de antiguo sueño suyo, en el momento consideraba como fundamento esencial para la adecuada cooperación de Venezuela y la Nueva Granada en la derrota final del ejército expedicionario español: la reunión de las dos naciones en un solo Estado, destinada a eliminar la posibilidad de que en la Nueva Granada se mirara la guerra de Venezuela como un problema extraño, como una guerra extranjera, y se permitiera la consolidación de Morillo en Venezuela y la organización en ella de nuevas bases para una segunda reconquista. En su Mensaje al Congreso decía Bolívar el 14 de diciembre: "La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países, **y es la garantía de la libertad de la América del Sur.**"

Las evidentes necesidades de la guerra, como el inmenso prestigio de Bolívar después del triunfo de Boyacá, se impusieron finalmente en el Congreso, y el 17 de diciembre fueron aprobadas unas Bases Generales para la unión de los dos Estados, que ese mismo día Bolívar sancionó con el nombre de Carta Fundamental de la República de Colombia. Tras larga y penosa labor, una Nación quedaba así constituída y se preparaba a emplear, bajo la suprema dirección del Libertador, la totalidad de sus fuerzas y recursos para expulsar al invasor español.

Bolívar dió entonces, desde Angostura, los pasos iniciales para abrir la campaña. Ordenó concentrar los más importantes efectivos de las fuerzas orientales sobre el sector del Apure, para que unidas las tropas del Oriente y las de Páez, formaran una fuerza suficiente para golpear al Conde de Cartagena en su frente central, mientras Urdaneta, al frente del Ejército Granadino, atacaba las divisiones de la Torre, y Montilla, con la escuadrilla y las tropas de la isla Margarita, esperaba la reunión de los realistas en los sectores amenazados, para intentar, en las costas, un desembarco capaz de amenazar la Capital.

Pero cuando estas operaciones se desarrollaban con éxitos iniciales para los patriotas, Bolívar recibió una inesperada propuesta de armisticio de su orgullo adversario, de don Pablo Morillo, Conde de Cartagena y Marqués de la Puerta. ¿Cuál fué el origen de esta sorpresiva actitud, que tornó al soberbio militar español en atento diplomático y le llevó a ofrecer a nombre de su Rey un armisticio a las huestes del "bandido Bolívar"? Que España, la poderosa Metrópoli mundial, cuyas legiones un día dominaron a Europa, estaba

sintiendo también el impacto demoledor de las fuerzas sociales que en América habían destruído las bases de su predominio.

El pensamiento liberal, triunfante en Europa con la revolución industrial, al llegar a España, donde esa revolución no se había cumplido y, como consecuencia, no existían los cauces para que circularan libremente las energías creadoras de la nueva técnica de la producción industrial, sólo logró libertar los instintos anti-sociales, latentes en el sub-fondo colectivo de todos los pueblos, y permitir el desborde de simples sueños de felicidad y perfección utópicas, que lejos de proporcionar soluciones a los problemas de la nación, contribuyeron a aumentarlos; por eso en España fué tan estéril la obra de los afrancesados, empezando por la de Carlos III. En aquella hora crítica, en la cual surgían nuevas formas de hegemonía mundial, las hegemonías de tipo económico, el romanticismo afrancesado que los Borbones intentaron injertar artificialmente en el cuerpo medieval de la nación española, sólo sirvió para apresurar su descomposición interna y aumentar la inconformidad revolucionaria en las colonias.

Porque si el pueblo español se levantó en armas para combatir la invasión francesa, no hizo lo mismo contra las ideas encarnadas por Bonaparte en aquel momento histórico; cuando triunfó en su guerra de liberación nacional llamó a su Monarca Fernando VII, pero le impuso, en las Cortes de Cádiz, una constitución calcada en el pensamiento liberal francés; y cuando más tarde ese mismo Monarca, obrando no tanto por inteligencia como por sus instintos de "déspota ilustrado", traicionó su juramento y se libró de la Carta de Cádiz, una insurrección popular, en la que participaron activamente las fuerzas armadas, hizo fracasar el último y decisivo esfuerzo de la Metrópoli para conservar sus dominios americanos.

No bien se emancipó de las limitaciones impuestas a su voluntad por la Constitución, con tezón generalmente reconocido, Fernando VII se empeñó en organizar un nuevo ejército expedicionario para terminar la obra de pacificación de América, la cual, según las apremiantes comunicaciones del Conde de Cartagena y del Virrey del Perú, no podía finalizarse con los efectivos militares de que disponía España en el Nuevo Mundo. Para el logro de sus propósitos, el Monarca contó con el apoyo de la Santa Alianza y especialmente del Zar de Rusia, quien le ofreció una escuadra para el transporte de sus tropas a las costas americanas, tropas que el Rey Fernando hizo concentrar progresivamente en el Puerto de Cádiz. La expedición constaba de 47 navíos de guerra y otros tantos transportes y disponía de cerca de 20.000 infantes, 3.000 jinetes y 100 piezas de artillería de gran calibre, con sus correspondientes cuerpos de artilleros. Jamás América había visto un ejército de poder semejante, lo cual justifi-

caba el optimismo con que se juzgaban los resultados de la empresa en los círculos oficiales de Madrid y en las Cancillerías europeas.

¿Cuál iba a ser la suerte de la causa americana ante el tremendo impacto de este nuevo ejército expedicionario, que llegaría a las costas del Nuevo Mundo cuando los patriotas apenas habían logrado un relativo equilibrio con las tropas españolas y los pueblos, después de 10 años de guerra devastadora y sangrienta, presentaban inequívocos síntomas de agotamiento?

La respuesta histórica la dieron los **constitucionalistas** de España. El primero de enero de 1820, el Comandante Rafael Riego, Jefe de uno de los puestos de acantonamiento del Ejército Expedicionario en las proximidades de Cádiz, se levantó en armas contra Fernando VII para obligarle a someterse de nuevo a la Constitución, y bien pronto se vió acompañado por gran parte de los regimientos y por los caudillos populares, en lucha contra el absolutismo del Rey Fernando. Así, la armada destinada para la defensa de los dominios de Ultramar, se convirtió en centro de una revuelta contra la Monarquía, que bien pronto tomó los visos de verdadera guerra civil.

La disolución del formidable ejército que España tenía destinado a defender sus colonias no tardó en producirse, y, cuando el Rey, inclinándose ante la presión de fuerzas superiores, aceptó de nuevo el imperio de la Constitución de Cádiz, la política de someter militarmente a América tuvo que ser sustituída por la de ofrecerle a los revolucionario del Nuevo Mundo, las ventajas de acatar la Carta de Cádiz y de obtener, de acuerdo con ella, más justa representación en las Cortes de España.

Fernando VII se dirigió entonces a sus funcionarios en el Nuevo Mundo, no para anunciarles el envío de la expedición que debía darles la victoria, sino para ordenarles solicitar la adhesión de los rebeldes a la Constitución de Cádiz y el envío de sus representantes al Parlamento Metropolitano. Cuando Morillo recibió estas instrucciones, cuentan sus oficiales que exclamó: "Están locos; ignoran lo que mandan, no conocen el país, ni los enemigos, ni los acontecimientos; quieren que pase por la humillación de entrar en estas comunicaciones; entraré en ellas sólo porque mi profesión es la subordinación y la obediencia..."

El Pacificador solicitó a Bolívar el armisticio a que hicimos referencia y le envió la Carta Constitucional de Cádiz. "Resuelto el pueblo de Colombia —le contestó el Libertador—, hace más de diez años, a consagrar el último de sus miembros a la única causa digna del sacrificio de la paz, a la causa de la patria oprimida, y confiando en la santidad de su resolución expresada con la mayor solemnidad el 20 de noviembre de 1818 —de combatir perpetuamente contra el do-

minio exterior y de no reconciliarse sino con la independencia—, me tomo la libertad de dirigir a Vuestra Excelencia la adjunta Ley Fundamental, que prescribe las bases únicas sobre las cuales puede tratar el Gobierno de Colombia con el español." La Ley Fundamental a que hacía referencia Bolívar era la Carta Constitucional de la Gran Colombia, expedida solemnemente por el Congreso de Angostura y ratificada por él en la misma ciudad. Con esta afirmación deseaba el Libertador advertir a Morillo que la Carta de Cádiz no podría ser base de ningún entendimiento entre españoles y americanos.

Como consecuencia del paso dado por el General español, se acordó una tregua de un mes para que los emisarios de los dos bandos estudiaran la posibilidad de llegar a un acuerdo de carácter permanente. Sin embargo, como en el curso de las conversaciones los representantes de Bolívar insistieron en el reconocimiento por España de la independencia de Colombia, desde el principio de las mismas fué fácil apreciar la inutilidad de aquellas negociaciones, durante las cuales cada uno de los beligerantes continuó sus activos preparativos para reanudar la ofensiva al término de la tregua.

Cuando estaba próxima la fecha de reanudación de las hostilidades, Bolívar abandonó las costas granadinas y se dirigió a su Cuartel General en la Villa del Rosario de Cúcuta, en cuyas proximidades —según cuenta un comentarista—, salieron a recibirle un grupo de oficiales republicanos, entre quienes figuraba uno que, por su apariencia juvenil, suscitó la curiosidad de sus acompañantes. "Es uno de los mejores oficiales del Ejército —les manifestó Bolívar—; reúne todos los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus actividades. Estoy resuelto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará.". Efectivamente, el Coronel José Antonio Sucre, quien acababa de llegar a Cúcuta, fué nombrado, pocos días después, Ministro de la Guerra del Libertador en campaña.

Como la reapertura de las hostilidades, el 29 de agosto, se produjo después de que Bolívar había tenido oportunidad de apreciar personalmente las dificultades que, habrían aún de vencerse para llegar a una pronta solución de la guerra en las costas granadinas, en el deseo de contar con el tiempo necesario para obtener en Cundinamarca y Boyacá nuevos efectivos y recursos, se dirigió al Conde de Cartagena en los siguientes términos: "El Gobierno de Colombia quiere manifetar a Vuestra Excelencia y a toda la nación española, que prefiere la paz a la guerra, aun a su propia costa, y propone entrar en comunicación con Vuestra Excelencia para transigir las dificultades que ocurran sobre el armisticio con que se le ha convidado, siempre que,

en calidad de indemnización, se le den a Colombia las seguridades y garantías que ella exige como gaje de este empeño. Para facilitar y abrir nuestras recíprocas comunicaciones, yo estableceré mi Cuartel General en San Fernando, para fines del próximo octubre, donde espero la respuesta de Vuestra Excelencia o los comisionados que quiera Vuestra Excelencia dirigirme, si lo tuviere por conveniente. Entre tanto, no suspenderemos las operaciones."

Esta conducta fué seguida inmediatamente de órdenes a todos los frentes, para que realizando un máximo esfuerzo intensificaran la campaña tras de los objetivos más próximos, de tal manera que si Morillo, como parecía posible, optaba por aceptar el nuevo armisticio, la suspensión de hostilidades tomara a las fuerzas patriotas en posiciones susceptibles de permitirles reanudar con ventajas la ofensiva final. Bolívar mismo, seguido de regimientos escogidos, salió de Cúcuta y en veloz ofensiva, que mucho recuerda la de 1813, se apoderó el 7 de octubre de la ciudad de Trujillo.

La provincia de este nombre, como ya había podido apreciarlo Bolívar en la de Mérida, presentaba un aspecto de miseria y desolación que le impresionaron profundamente. En esas regiones, donde la "guerra a muerte" había tenido sus más bárbaros desarrollos, el hambre y el empobrecimiento florecían con fecundidad tropical y el recuerdo de horribles venganzas mantenía vivas las esperanzas de futuras represalias. Padres y hermanos, hijos y madres, estaban divididos por terribles odios y ante la deidad misteriosa del Talión, la sociedad había regresado a legendarias épocas primitivas. El contacto con estas tremendas realidades, reafirmó a Bolívar en la intención, acariciada por él en los últimos meses, de utilizar las conversaciones con los jefes españoles para establecer, en forma solemne, procedimientos que humanizaran la guerra y permitieran eliminar, siquiera lentamente, aquel cúmulo de venganzas y represalias, destinadas a hacer muy difícil la futura organización de los pueblos americanos.

En tales circunstancias, recibió el Libertador una comunicación del Conde de Cartagena, en la cual le manifestaba estar dispuesto a negociar un nuevo armisticio, pues, "Vuestra Excelencia —le decía—, debe reconocer que para obtener la tranquilidad y entendernos, necesitamos suspender las armas."

Bolívar comprendió, al leer este documento, que si Morillo deseaba eludir toda discusión acerca del reconocimiento de la independencia, también ambicionaba poner término a las hostilidades, para darle tiempo a una posible ayuda de la Península. Y como él, tenía parecido interés en ganar tiempo, resolvió darle un vuelco completo al tema de las negociaciones; con el fin de no tocar el difícil asunto del reconocimiento de la independencia, propuso al Conde de Cartagena

celebrar el armisticio para un nuevo y trascendental motivo: la regularización de la guerra: "Sírvase Vuestra Excelencia —le decía— autorizar a sus diputados para que concluyan con la República un Tratado verdaderamente santo que regularice la guerra de horrores y crímenes que hasta ahora ha inundado de lágrimas y de sangre a Colombia y que sea un monumento entre las naciones más cultas, de civilización, libertad y filantropía."

Morillo recibió con regocijo la propuesta del Libertador, porque después de la batalla de Boyacá y la insurrección de Riego en España, no tenía otra preocupación que la de buscar salida decorosa para su gloria militar. Las dos partes beligerantes nombraron entonces sus negociadores —entre quienes habría de destacarse Sucre, Presidente de la delegación colombiana—, y, en consecuencia, se suspendieron las hostilidades, no sin que ello hubiera sido precedido de un curioso incidente, ocurrido cuando llegaron al campamento del Libertador los emisarios del Conde de Cartagena. Entre ellos venía el oficial Pita, hombre audaz, inteligente y de la plena confianza de Morillo, quien en cumplimiento de evidentes instrucciones superiores, se adelantó a manifestar a Bolívar que las negociaciones tendrían más feliz resultado si las fuerzas republicanas regresaban a sus campamentos de Cúcuta, abandonando las provincias conquistadas en la última ofensiva: "Diga usted al General Morillo de mi parte —le contestó Bolívar con tono airado— que él se retirará a sus posiciones de Cádiz antes que yo a Cúcuta; dígale usted también que cuando fugitivo de mi patria, mientras que él la estaba oprimiendo a la cabeza de un ejército numeroso, envanecido con sus triunfos, yo acompañado por unos pocos proscritos, no temí buscarle; y que cuando apenas tenía a mis órdenes unas pocas guerrillas, jamás me retiré sino disputándole el terreno palmo a palmo; y por último, que hacerme semejante proposición, ahora que cuento con un ejército más disciplinado y numeroso que el suyo, es un insulto que yo devuelvo con desprecio."

Fracasado este intento para mejorar, por medios diplomáticos, su defectuosa posición militar, Morillo se limitó a desautorizar a Pita y dar nuevas instrucciones a sus negociadores para que activaran su labor y llegaran a un pronto acuerdo sobre los dos únicos aspectos de factible entendimiento: la suspensión de las hostilidades y el Tratado de regularización de la guerra. El 25 de noviembre, tras de vencer la principal dificultad —la fijación de los límites que señalaban las posiciones de los dos ejércitos en los distintos frentes continentales—, los emisarios de Bolívar y Morillo redactaron en sendos documentos el fruto de sus deliberaciones y los enviaron al Libertador para su ratificación a Laguna Salada y al Conde de Cartagena a su Cuartel General en Carache.

Bolívar se trasladó entonces a Trujillo para hacer uno de esos gestos muy suyos, con los cuales, además de producir oportunos efectos emocionales entre sus gentes, sabía rasgar el velo del porvenir con inconfundible ademán histórico. En Trujillo, donde siete años atrás expidió su terrible Decreto de Guerra a Muerte, el 26 de noviembre de 1820 firmó en solemne ceremonia el Tratado de Regularización de la Guerra, que cambiaba aquellas terribles palabras suyas: "Americanos, aunque seais culpables, contad con la vida; españoles, aunque seais indiferentes, contad con la muerte" por las cláusulas de este Tratado destinado a poner término a una época sangrienta y de triste recordación.

Firmado el armisticio, Morillo quiso realizar el último intento para dar a la situación política de América un giro favorable a España; pero ni en este momento, cuando su impotencia era manifiesta, pudo desprenderse de ese arrogante sentimiento de superioridad que, durante cuatro siglos, había llevado a los españoles a mirar con menosprecio a las gentes nacidas en América. Hijo de este complejo fué el razonamiento que le llevó a solicitar de Bolívar una entrevista, en la cual esperaba obtener, por la influencia de su persona, todo lo que no había logrado ganar o estaba a punto de perder en los campos de batalla.

Que ante el halago de estrechar su mano, la mano del representante del Rey español en América, el jefe de los insurgentes, deslumbrado y agradecido, cedería a sus requerimientos y se sometería a la Constitución de Cádiz, fué su esperanza, y, animado por ella solicitó esta entrevista, en la cual se enfrentarían por última vez los dos tipos de hombre que a través de los siglos coloniales no habían podido encontrar una fórmula de armonía en el Nuevo Mundo: el del conquistador español, quien, a título de tal, se creía dueño y señor de vidas y haciendas en América y juzgaba su presencia en Ultramar como un honor permanente para los americanos; y el del criollo, del "mantuano", del hombre nacido en América aunque de sangre hispana, que a fuerza de ser rechazado había hecho de este rechazo un fundamento para su orgullo y al perder, con su nacimiento, los honores y privilegios reservados para los peninsulares, se habían vuelto hacia la salvaje tierra americana, la había aprendido a amar, ahora la creía suya y estaba dispuesto a disputársela a quienes la miraban solamente como centro de prósperas plantaciones coloniales.

Como el Conde de Cartagena olvidaba que Bolívar, por sus virtudes y sus pasiones era tan español como él, y que la revolución americana, superior ya al poder de sus armas, se había originado contra quienes pretendían constituir en privilegio el hecho de haber nacido en tierras en la Metrópoli, en el pueblo de Santa Ana —lugar

acordado para el encuentro—, iban a chocar dos orgullos nacionales alimentados por la misma sangre soberbia de España.

Bolívar, sin embargo, tenía sobre Morillo una decisiva ventaja: ese espontáneo y natural dominio de las situaciones que le venía de su alma de aristócrata nato, circunstancia que contrastaba notoriamente con la inseguridad de un hombre llegado a ciertas posiciones, como Morillo, después de muchas claudicaciones y de haberse visto obligado a justificar repetidamente sus méritos. Esta oposición de temperamentos, que habría de traducirse en ventajas y desventajas para los participantes en el acto histórico de Santa Ana, comenzó a ponerse en evidencia cuando los dos, después de dejar sus respectivos campamentos, se acercaron, por caminos opuestos, al lugar de la cita: Bolívar acompañado de una docena de oficiales y Morillo escoltado por un numeroso regimiento de húsares. "Al poco rato llegué yo —cuenta O'Leary— a anunciarle al General Morillo que el Libertador estaba en camino y no tardaría en llegar. El General me preguntó qué escolta traía el Jefe de la República; contestéle que sólo venían en su séquito diez o doce oficiales y los comisionados españoles. Bien, dijo Morillo, muy pequeña creía yo mi escolta para aventurarme hasta aquí; pero mi antiguo enemigo me ha vencido en generosidad. Voy a dar órdenes a los húsares para que se retiren.

"Así lo hizo inmediatamente... Poco después se divisó la comitiva del Libertador en la colina que domina el pueblo de Santa Ana... Al aproximarse las dos comitivas, quiso Morillo saber cuál era Bolívar. Al enseñárselo, exclamó: ¿Cómo, aquel hombre pequeño, de levita azul, con gorra de campaña y montado en una mula? No bien había acabado de hablar cuando el hombre pequeño estaba a su lado y al reconocerse los dos generales echaron pie a tierra y se dieron un estrecho abrazo."

Morillo llegaba a la entrevista vestido con el más lujoso de sus uniformes de general, luciendo sus condecoraciones y las insignias de los numerosos títulos a él concedidos por la Monarquía; Bolívar, en cambio, vestía sencillamente una levita azul y gorra de campaña. ¿Por qué este hombre, inclinado a los brillantes uniformes, se presentaba a la histórica cita ataviado en forma tan sencilla, que hacía contraste con el lujo desplegado por su rival?

Bolívar quiso evitar la ostentación que suelen desplegar quienes desean aparentar más de lo que significan. Su tropicalismo, muchas veces exagerado ante sus soldados y oficiales, porque lo llevaba en la sangre y sin él no hubiera sido comprendido ni obedecido en América, fué cuidadosamente disimulado cuando Morillo esperaba encontrar a un caudillo vanidoso y susceptible de ser impresionado por los símbolos del Poder Tradicional que él representaba y exhibía. En cam-

bio, sólo encontró un hombre sobrio, medido, superior en todo, que desde el principio ejerció un dominio absoluto sobre las deliberaciones, por el espontáneo ejercicio de esa voluntad suya que en las más altas posiciones históricas se sentía mejor respaldada por la tradición de una antigua estirpe de señores, que nunca pusieron en duda su derecho a ser obedecidos.

De acuerdo con sus propósitos, Morillo no se demoró en aprovechar la cordialidad de las conversaciones para destacar ante el jefe de los rebeldes americanos cuán grande era la generosidad del Rey, su Señor, al ofrecer a las colonias, como conclusión de esta sangrienta e inútil guerra entre hermanos, una paz honrosa y la seguridad de que bajo los principios liberales de la Constitución de Cádiz, los "mantuanos" adquirirían los privilegios y preeminencias por cuya conquista se habían lanzado a la insurrección. No creemos inverosímil, además, que Morillo, en forma diplomática, esbozara ante el Libertador la posibilidad de honores y recompensas, si se lograba para la guerra una solución de esta naturaleza.

Simón Bolívar, por su parte y haciendo gala de idéntica sinceridad y desprendimiento, manifestó al Conde de Cartagena que los americanos se enorgullecían de su sangre española, y sólo se habían levantado contra la Metrópoli para evitar que la prolongación forzada de un lazo de dependencia, como el que los había atado durante 300 años, terminara en la destrucción de las vinculaciones creadas por la sangre, la religión y el idioma. Con afabilidad suficiente para disimular lo que podía tener de agresivo la ambición de total independencia, manifestó a Morillo que sólo la libertad podía, en el mundo moderno, unir a América y a España; que pretender la conservación del lazo colonial era tanto como aspirar a revivir edades ya pasadas, las edades de la conquista. Si España reconoce la independencia —le dijo—, se habrá ganado para siempre el amor de los americanos y en este amor encontrará un vínculo de unión más fuerte que la Carta de Cádiz y su antiguo título de conquistadora. "Qué mal han comprendido —diría más tarde Bolívar a Perú de Lacroix— y juzgado algunas personas, de aquella célebre entrevista. Unos no han visto, por mi parte, ninguna mira política; ningún medio diplomático, y sólo el abandono y la vanidad del necio; otros la han atribuído a mi amor propio; al orgullo y a la intención de hacer la paz a cualquier precio y condiciones que impusiera España. Qué tontos y qué malvados son todos ellos! Jamás, al contrario, durante todo el curso de mi vida pública, he desplegado más política, más ardid diplomático, que en aquella importante ocasión; y en esto, puedo decirlo sin vanidad, creo que ganaba el General Morillo, así como le había ganado en casi todas sus operaciones militares... Fuí a aquella entrevista con una

superioridad en todo sobre el general español; fuí además, armado, de cabeza a pies, con mi política y mi diplomacia, bien cubierta con una grande apariencia de franqueza, de buena fe, de confianza, de amistad, pues es bien sabido, que nada de todo esto podía yo tener para el Conde de Cartagena, y que tampoco ninguno de aquellos sentimientos pudo inspirarse en una entrevista de algunas horas. Apariencias de todo esto es lo que hubo, porque es de estilo y de convención tácita entre los diplomáticos, pero ni Morillo ni yo, fuimos engañados sobre aquellas demostraciones; sólo los imbéciles lo fueron y lo están todavía."

La firmeza que Morillo advirtió en la aparente cordialidad de las frases de Bolívar, borró de su espíritu toda esperanza en un entendimiento favorable a las aspiraciones del Monarca español. La impresión de que Bolívar era un hombre muy distinto del que había esperado encontrar, aumentó su pesimismo y en los siguientes términos comunicó más tarde, en informe reservado al gobierno de Madrid, su opinión sobre el Libertador: "Nada es comparable á la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. El, es la revolución."

Cuando terminaron las conversaciones iniciales, los dos jefes, seguidos de sus cuerpos de edecanes, se dirigieron a la mejor casa de la población, donde Morillo ofreció un suntuoso agasajo a su ilustre huésped. Los calores del vino pronto facilitaron la fraternización de hombres que durante diez años se habían combatido a muerte y, en esta atmósfera, la innata hidalguía de la sangre española se impuso y el sentimiento tan castellano de la admiración gallarda del adversario, ocultó transitoriamente los odios del pasado. "Castigue el cielo —dijo Morillo al levantar la copa— a los que no estén animados de los mismos sentimientos de paz que nosotros." "Odio eterno —contestó Bolívar —a los que deseen sangre y la derramen injustamente. Por la heróica firmeza de los combatientes de uno y otro ejército!"

Aquella tarde, a propuesta de Morillo, y para conmemorar la célebre entrevista, acordaron los dos generales erigir un monumento en aquel sitio y ambos enterraron la primera piedra. Y no supervaloraba el Conde de Cartagena la importancia de aquel encuentro, porque en Santa Ana España terminaba con el gesto de Morillo su ciclo histórico de poder mundial, al tiempo que comenzaba con Bolívar el porvenir confuso y pleno de destino de los pueblos americanos!

El 17 de diciembre de 1821, dos semanas después del encuentro de Santa Ana, Morillo se embarcaba en la Guaira rumbo a España,

dejando el mando al General la Torre. "¡Defended a Puerto Cabello a toda costa!" fué su postrera recomendación a su sucesor, síntoma del profundo pesimismo que le dominaba acerca del futuro de la guerra americana. De ahí su interés porque la Torre conservara aquel puerto, que podía permitirle a última hora el reembarque de las fuerzas expedicionarias.

Capítulo XX

COLOMBIA LIBRE

"Estoy en el caso de perder el camino de la vida o de seguir siempre el de la gloria."

SIMON BOLIVAR

De nuevo hacia la tierra prometida.—Coordinación de los frentes en Venezuela.—Carabobo.—Reparto del poder entre los caudillos.— La gloria como antídoto de la anarquía. — Hacia una política continental.

En medio de la atmósfera optimista, que después de los últimos sucesos militares y políticos se respiraba en los campamentos republicanos, Bolívar comienza a gozar de completa libertad para el desarrollo de sus planes americanos, porque la confianza en la victoria contribuye decisivamente a eliminar las divisiones y a reemplazar los prejuicios regionalistas por la exaltación heróica que permitirá a sus soldados fundirse realmente con los sueños continentales de su jefe. Sólo entusiasmo despierta, pues, el nombramiento efectuado por el Libertador en la persona de Antonio José de Sucre, para Comandante Supremo de los ejércitos destinados a dár a Colombia en los sectores centrales del Continente —en Quito y Guayaquil—, el papel de potencia eje del mundo americano.

Prescindamos por algún tiempo de seguir a Sucre en las rutas que le conducen a los nuevos campos de operaciones en el Sur y fijemos nuestra atención en los movimientos de las fuerzas republicanas en Venezuela.

De este momento en adelante, ya nos es dable observar el funcionamiento, con un alto grado de eficacia, de esa organización militar que durante seis años, había constituído permanente preocupación del Libertador. Su Estado Mayor, su Secretaría y el Ministerio de de Guerra en campaña, por conducto de centenares de correos regulaban con admirable precisión los movimientos de ejércitos enteros, en un campo de operaciones que abarcaba medio Continente. Esta centralización era necesaria por la tremenda variedad de temperamentos de los caudillos y jefes republicanos, la cual obligaba a una política de permanente y sutil contemporización con sus defectos y exigía la experiencia de diez años de fracasos y éxitos con ellos que distinguía al Libertador. Basta leer su correspondencia en los últimos tiempos, para apreciar su profundo conocimiento del alma humana, su exactitud para valorar las capacidades de los hombres y los estímulos que sabía extraer de su genio, de su naturaleza sentimental y heróica, para infundir con un halago oportuno, con la entrega de un trozo de ese universo de gloria que impregnaba su alma, un ímpetu de heroísmo y devoción a cuantos había vinculado a la epopeya americana. Resulta difícil para el observador, por eso, dictaminar si las batallas decisivas de la libertad de Colombia se dieron en Vargas o en Boyacá, o en esos duelos silenciosos entre Bolívar y rivales tan peligrosos como Piar, Mariño, Bermúdez y Páez; si quien libertó a América fué el militar improvisado, precipitado por lo audaz y nervioso, o esa vigorosa personalidad humana de conductor, que derrotó finalmente al enemigo español, porque había logrado vencer a quienes, desde su propio campo, trataron de atravesarse en su ruta histórica de creador de pueblos libres.

Las órdenes libradas esos días en el Estado Mayor y en la Secretaría del Libertador, muestran ya las grandes líneas del plan estratégico que habría de reducir a la impotencia a las últimas fuerzas expedicionarias del Monarca español. Ellas, esencialmente, comprendían un ataque combinado y simultáneo contra las posiciones centrales del enemigo, localizadas en Caracas, en las regiones valencianas y en los Llanos altos. Para el efecto, Bolívar ordenó al Ejército de Oriente, cuyo mando tenía Bermúdez, avanzar desde las costas de Barcelona hacia la capital; las fuerzas del frente occidental, constituídas por los regimientos de que disponía Urdaneta en Maracaibo, recibieron instrucciones de marchar sobre Coro; a la División de Cruz del Carrillo, acantonada en Carona, se le ordenó avanzar sobre Puerto Cabello y a la Guardia, situada en Trujillo, prepararse, en combinación con el Ejército del Apure, para dar el golpe definitivo al enemigo, cuando las operaciones anteriores hubieran impuesto a su inevitable fraccionamiento. "Este ejército —decía Bolívar, refiriéndose a la Guardia—

será la reserva y se ocupará sólo de llamar la atención por esta parte, hasta que llegue la ocasión de aprovechar la victoria que obtengan los otros cuerpos de operaciones activas."

A partir del 20 de abril, los primeros movimientos de tropas patriotas hacia las líneas de demarcación fijadas por el Tratado de Armisticio, indicaron la magnífica organización de las fuerzas republicanas tanto en Oriente como en Occidente, pero mostraron también las deficiencias que existían aún en el Apure. Comprometido Páez en su actitud tradicionalmente vacilante, se limitó a enviar respuestas equivocas, para disculpar sus demoras en comenzar la movilización hacia los frentes que se le habian señalado. Como para Bolívar esto significaba que Morales, situado en Calabozo, tendría relativa libertad de acción para reforzar la defensa de Caracas cuando la amenazara Bermúdez, envió a los campamentos del llanero a su hombre de confianza, Andrés Ibarra, con la misión de obtener su inmediata marcha hacia el Norte.

Entre tanto, en los otros sectores, las operaciones se desarrollaban con extraordinarios éxitos iniciales. El 8 de mayo y después de pasar el Nare, Bermúdez batió a la guarnición realista en el sitio llamado del Guapo; al mismo tiempo Urdaneta derrotó al enemigo en Casigua y el 11 cumplió su tarea entrando victorioso en Coro, cuando Bermúdez, dueño ya de los valles del Tuy, se acercaba a la capital venezolana. El 18 del mismo mes, inmensa emigración de gentes aterradas por la proximidad de los patriotas, abandonaba la ciudad y protegida por las sombras de la noche se dirigía a la Guaira. El 15 de mayo, al medio día, Bermúdez entraba triunfalmente en Caracas. Semejantes infortunios adquirieron mayor gravedad para los realistas, cuando el 25 de mayo las tropas de Cruz del Carrillo, cumpliendo instrucciones del mando republicano, salieron de Carona, se apoderaron de Barquisimeto y formaron con las fuerzas de Urdaneta, en Coro, los extremos de un triángulo que amenazaba directamente a Puerto Cabello. Esta serie de golpes sucesivos obligaron al General español a dar principio al fatal fraccionamiento de sus fuerzas y al consiguiente debilitamiento de sus posiciones vitales; ordenó a Morales dejar a Calabozo y acercarse a Caracas para reconquistarla; y él mismo se desprendió de fuerzas considerables en su cuartel general, para proteger a Puerto Cabello contra la doble amenaza de Cruz del Carrillo y Urdaneta. Tal era la oportunidad que esperaba el Libertador. Grande fué su satisfacción cuando se enteró de estos movimientos y supo que Páez, por fin, abandonaba a Achaguas y se acercaba a Guanare, punto acordado para reunirse con la Guardia.

No bien conoció la Torre la proximidad de Páez, dándose cuenta de que no podía efectuar en San Carlos una concentración de fuerzas

suficientemente poderosa para hacerle frente al Libertador y al llanero, sin abandonar la defensa de sus posiciones en el Norte, optó por evacuar a San Carlos y retirarse a las proximidades del lago de Valencia, donde podía defender los caminos de Caracas, el acceso a Puerto Cabello y la llanura de Carabobo, que presentaba grandes ventajas para detener cualquier avance del enemigo en Occidente sobre la capital, a punto de ser reconquistada por Morales.

El 7 de junio comenzaron a llegar a las calles de San Carlos los primeros escuadrones de llaneros y Bolívar y Páez se saludaron en medio del alborozo de sus tropas. Por algunos días la población, en cuyos alrededores acampaba el gran Ejército Libertador, fué centro de constante actividad, destinada a completar los preparativos para esta decisiva fase de la campaña. Para ella, el Libertador dividió su ejército en tres columanas: dió el mando de la primera, compuesta de 2.500 hombres, al General Páez; la segunda cuyos efectivos ascendían a 2.200 hombres, la confió al General Cedeño; y la tercera, formada por los mejores batallones de infantería y compuesta por 3.300 hombres, al General Ambrosio Plaza.

El 18 de junio Bolívar ordenó a la división de Cruz del Carrillo avanzar sobre Valencia, para obligar a la Torre a protegerla y aumentar la debilidad de su formación de batalla, y el día 20, el gran Ejército Libertador rompió la marcha hacia la llanura de Carabobo, donde la Torre le esperaba convenientemente atrincherado. Al acercarse las tropas republicanas a la histórica planicie, después de corta deliberación en Consejo de Oficiales, Bolívar decidió forzar el paso formado por los cerros de Buenavista, Calvario y el Morro; señaló a la división de Páez la importante función de efectuar un movimiento de flanqueo que le acercara a la cañada de la quebrada de Carabobo, para obligar a la Torre a dispersar su frente de resistencia y ordenó al resto de sus fuerzas avanzar hacia el cerro de El Vigía, defendido por el Batallón Valencey, al mando del Coronel García, el mejor de los oficiales de la Torre. Durante una hora se combatió ferozmente en los dos frentes, hasta que, obligados los españoles por las continuas cargas de los llaneros de Páez y Cedeño, comenzaron a replegarse hacia la sabana, donde la Torre y Morales trataban inútilmente de reunir a los dispersos para presentar la postrer resistencia. Esta última fase de la batalla se libra alrededor del Valencey que, formado en cuadro, había logrado detener el avance de las fuerzas empeñadas en forzar el paso de El Vigía. Circunscrita la batalla a la sabana, Páez lanzó sus escuadrones de jinetes sobre los cuadros cerrados del Valencey, que por algún tiempo resistieron heróicamente sus formidables cargas, haciendo en aquel día de luto para España, honor a la tradicional bravura de sus gentes.

Ansioso Bolívar de decidir la acción, envió a la batalla la segunda compañía de Cedeño, cuyos soldados obligaron al Valencey a abandonar el campo y a comenzar su famosa retirada en orden. En esta maniobra, las fuerzas republicanas sufrieron irremediable pérdida, porque el propio Cedeño quedó tendido en el campo de batalla, mientras sus jinetes continuaban, bajo la lluvia torrencial, la persecución del Valencey, decidido a llegar a Puerto Cabello sin dispersarse.

Después de la batalla de Carabobo, las fugaces victorias españolas que permitieron la reconquista de Caracas, perdieron toda su significación y llevaron al comandante realista, para evitar una masacre inútil, a aceptar la generosa capitulación ofrecida por el mando republicano a la capital. El 28 de junio, acompañado de su Estado Mayor y después de 7 años de ausencia, Bolívar entró nuevamente en Caracas, contemplando con pena las tremendas heridas causadas por la guerra a su ciudad natal, heridas que ni el mismo entusiasmo popular logró ocultar a sus ojos.

Su población, alma de la revuelta contra España en épocas pasadas, parecía dominada por el terror y la inseguridad en el futuro. La rápida revista que pasó Bolívar por las regiones aledañas, sólo logró aumentar sus temores, y en desesperada defensa de su fe, se encerró en su hacienda de San Mateo para olvidar, por algunos días, los tremendos problemas sociales y políticos que aquejaban al pueblo libertado en Carabobo.

El rastro terrible de seis años de matanza despiadada, el olvido total de los hábitos de trabajo, la costumbre, adquirida a través de la guerra, de vivir de los frutos de la rapiña, las ambiciones de seres primitivos y con nociones elementales sobre el Estado y la libertad y el inextinguido e inextinguible odio de razas, parecían encadenarse en forma dramática en la nación venezolana, que se ofrecía a sus libertadores como un cuerpo enfermo, atacado por peligrosos gérmenes de descomposición social. Para un hombre dotado de tan clara visión política como Bolívar, no podía pasarle inadvertido que, en medio de aquel tremendo malestar social, se estaba incubando el germen de una de esas revoluciones negativas de la historia, que por desenvolverse en una atmósfera estéril para las soluciones posibles, hacen siempre fatal el desencadenamiento de la anarquía, sin lograr, al término de su azaroso camino, un mejoramiento real de la situación de los pueblos. Para él, como para cualquier observador desapasionado, era evidente que los primeros peligros contra la tranquilidad social en Venezuela vendrían de las ambiciones del grupo de caudillos, encumbrados durante la guerra a la categoría de jefes de las fuerzas revolucionarias, en cuya primera línea figuraba, por su peligrosidad, el General Páez. ¿Qué pasará —se preguntaba— si los

caudillos, herederos del imperio de Boves sobre aquella población fanatizada, levantaban una bandera de odios raciales como la suya, para abrirse los caminos del poder?

Bolívar comprendió que no había posible organización política en Venezuela, sin el **reparto del poder** entre los mencionados caudillos. Sólo así se podría acallar sus ambiciones y obtener para la Nación la única estabilidad entonces posible: la resultante del mutuo equilibrio que a las ambiciones de cada uno de ellos impusieran los apetitos de los otros. Por eso, sin demora, nombró a Páez General en Jefe de las provincias de Caracas y Barinas; a Mariño, con igual rango, de las de Coro, Mérida, Trujillo y Maracaibo: y a Bermúdez de Guayana, Cumaná y Margarita.

Estos nombramientos, que de hecho entregaban el martirizado cuerpo de Venezuela a sus tres más caracterizados jefes, en ningún caso podían ser satisfactorios, ni así lo parecieron a Bolívar. Pero él adoptó esta política, porque ella constituía el mal menor. "Hay muchas consideraciones que guarda —escribía a Santander— en este caos asombroso de patriotas, godos, egoístas, blancos, pardos, federalistas, centralistas, republicanos, aristócratas, buenos y malos, y toda la caterva de jerarquías en que se subdividen las diferentes partes; de suerte que, amigo, yo he tenido muchas veces que ser injusto por política, y **no he podido ser justo impúnemente.**"

La próxima campaña en el Sur del Hemisferio se le presentaba a Bolívar, por lo mismo, como valioso derivativo que habría de permitirle contener las explosivas energías de estos pueblos jóvenes, para los cuales el relajamiento propio de la paz, podía tener tremenda semejanza con la descomposición de un cuerpo enfermo. "No pueden ustedes —escribía a don Pedro Gual— formarse idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares. Estos no son los que ustedes conocen; son los que ustedes no conocen: hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos y humillados y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las **adquisiciones de su lanza.** Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejor. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma; y ni aun esta misma consideración es bastante para inspirarles la confianza y la franqueza que deben reinar entre camaradas y conciudadanos. **Persuádase usted Gual, que estamos sobre un abismo, o más bien sobre un volcán listo a hacer explosión. Yo temo más la paz que la guerra, y con esto doy a usted la idea de todo lo que no digo.**"

La inevitable continuación de la guerra en el Sur, alrededor del poderoso baluarte español del Perú, como la seguridad de que ella

aplazaría la dispersión de las energías colectivas de los pueblos colombianos y constituiría invaluable oportunidad para fundir en una más sólida unidad política y social a las naciones libertadas por él, le permitieron atribuir entonces menor importancia a la posible influencia de la Constitución aprobada para la Gran Colombia el 20 de agosto de 1821 en el Congreso de Cúcuta. Aunque ella difería, en aspectos realmente decisivos, de las recomendaciones contenidas en su Mensaje al Congreso de Angostura, la seguridad de que por algún tiempo la nación continuaría desarrollándose dentro de cauces ordenados por la continuación de la guerra en el Sur, le permitió confiar en que los hechos históricos del inmediato futuro, harían posible el encuentro de más correctas soluciones para los problemas políticos de América. No quiso, sin embargo, dejar de manifestar a Santander las razones en que fundaba su completo desacuerdo con la obra de los constituyentes de Cúcuta. El 7 de mayo le decía: "Usted habrá visto la Constitución, que está muy alterada y me parece muy mala en algunas partes." Y el 13 de junio: "Por fin, han de hacer tanto los letrados, que se proscriban de la República de Colombia, como hizo Platón con los poetas de la suya... Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona. No han echado sus miras sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los vogas del Magdalena, sobre los bandidos del Patía, sobre los idómitos pastusos, sobre los guajibos de Casanare v sobre todas las hordas salvajes de Africa y de América que, como gamos, recorren las soledades de Colombia."

Para sus planes continentales, habría de encontrar Bolívar una resistencia inesperada: la oposición, no por discreta menos firme, de quien comenzaba a encarnar las definidas ambiciones de un pueblo que, gracias a su privilegiada situación social en el concierto de las naciones americanas, reivindicaba la oportunidad de emplear sus sanas energías colectivas y sus riquezas no en lejanas empresas militares sino en su propio beneficio; de un pueblo cuyos dirigentes aceptaban sin entusiasmo la misión continental que Bolívar atribuía a la Nueva Granada.

Porque si en un principio la Nueva Granada y quien con mejores títulos tenía su personería —el General Francisco de Paula Santander—, prestaron a la guerra de Venezuela colaboración prácticamente decisiva, al acercarse ella a su término, las solicitudes de dinero de Bolívar, como su deseo de enrolar en las tropas a los esclavos —previa la promesa de su libertad— encontraron en el Vicepresidente Santander y en los círculos más influyentes de Santa Fé, una resistencia que se tornó más decidida al conocerse el propósito del

Libertador de llevar la guerra hasta el Perú, lo cual significaba, dada la ruina completa de Venezuela, que los enormes gastos de la empresa habrían de correr, principalmente, por cuenta de la Nueva Granada. En la correspondencia entre Bolívar y Santander por aquellos tiempos, ya pueden advertirse graves divergencias, que se precisan cuando los acontecimientos afectan lo que cada uno de ellos representa en ese momento decisivo de la historia de América: Santander, el derecho del pueblo granadino a aprovechar plenamente sus riquezas y su ventajosa situación social en favor de su propio mejoramiento; Bolívar, la ambición creadora de sacar de América un mundo libre y mejor, utilizando las potentes energías del pueblo granadino para equilibrar las terribles descomposiciones, características de ciertos sectores del Nuevo Mundo. "Hay —le decía a Santander— un buen comercio entre usted y yo: usted me manda especies y yo le mando esperanzas. En una balanza ordinaria se diría que usted era más liberal que yo, pero esto es un error. Lo presente ya pasó, lo futuro es la propiedad del hombre, pues éste siempre vive lanzado en la región de las ilusiones, de los apetitos y de los deseos ficticios. Pesemos un poco lo que usted me da y lo que yo le envío. ¿Cree usted que la paz se puede comprar con sesenta mil hombres? ¿Cree usted que la gloria de la libertad se puede comprar con las minas de Cundinamarca? Pues esta es mi remisión de hoy. Vea usted si tengo buen humor."

Para fortuna de la causa americana, el antagonismo que comenzaba a delinearse entre estas dos fuertes personalidades, no estaba todavía tan agudizado como para obstruir seriamente la ruta que hacia el porvenir iluminaban las ambiciones continentales de Bolívar. La Nueva Granada, pues, no iba a tardar en acudir, en el Sur, a su primera cita histórica con el destino. Recordándole a Santander que en alguna ocasión le habían llamado "el hijo predilecto de la gloria", le decía Bolívar el 16 de agosto de 1821: "Mi amigo, voy a hacer a usted una visita, dejando esto ya arreglado y tranquilo en cuanto es posible... Pero cuidado, amigo, que me tenga usted adelante cuatro o cinco mil hombres, para que el Perú nos dé dos hermanas de Boyacá y Carabobo. No iré, si la gloria no me ha de seguir, porque ya estoy en el caso de perder el camino de la vida, o de seguir siempre el de la gloria. El fruto de once años no lo quiero perder con una afrenta, ni quiero que San Martín me vea, si no es como corresponde al hijo predilecto. Repito que mande usted todo lo que tenga al Sur para que allí se forme lo que se llama un Ejército Libertador."

BOLIVAR

QUINTA PARTE

Capítulo XXI

EL GENERAL SAN MARTIN

"Creo que es necesario que las constituciones que se den a los pueblos estén en armonía con su grado de instrucción, educación, hábitos y género de vida, y que no se les deben dar las mejores leyes, pero sí las más apropiadas a su carácter, manteniendo las barreras que separan las diferentes clases de la sociedad, para conservar la preponderancia de la clase instruída y que tiene que perder."

SAN MARTIN

La revolución en el Sur.—Una clase social con ambiciones políticas.—El Monarquismo argentino.—La Aduana de Buenos Aires y la Logia de Lautaro.—Centralismo porteño.—Insurrección popular en las Provincias.—Las "montoneras".—Sueño continental de San Martín.—Liberación de Chile.

Las aguas que en amplios cauces y desde lejanas regiones del interior confluyen hacia el vastísimo estuario de El Plata, constituyeron en el extremo meridional del Continente, desde los tiempos coloniales, la base geográfica del importante tráfico mercantil que habría de facilidad el temprano desarrollo en aquellas latitudes, de una organización social, susceptible, por sus especiales características, de desempeñar papel de considerable importancia en la guerra americana. Esa agrupación humana, con su eje central en Buenos Aires,

se fué extendiendo por los cauces navegables hacia una lejana frontera interior y aumentando la importancia del comercio que, a través de ellos, se efectuaba para conducir a Buenos Aires los productos de aquellos extensos territorios y proporcionar a las poblaciones de la pampa las mercancías que en sus barcos enviaba la Metrópoli a sus colonias de Ultramar.

En un principio fueron los españoles quienes adelantaron el mencionado tráfico y usufructuaron las crecidas ganancias que él proporcionaba; pero, la tendencia burocrática que caracterizó a la inmigración peninsular, no bien terminó el período heróico de la conquista, fué dejando en manos de gentes nacidas en América, de los criollos, el manejo de este importante movimiento comercial, como la misma empresa colonizadora. En las provincias del Plata, por lo mismo, fué más acentuada la contradicción entre el poder político, detentado, a través de la burocracia colonial, por los españoles, y el poder económico que el desarrollo de la colonización iba centralizando en manos de los grandes comerciantes criollos de Buenos Aires, quienes ya en 1810 formaban una poderosa clase social, con ambiciones propias e influencia suficiente para defenderlas.

En pocos lugares del Nuevo Mundo, como en el río de La Plata, fué tan impopular el monopolio mercantil establecido en Sevilla; por eso cuando la invasión napoleónica a la Península, creó en América el ambiente propicio para un cambio de las relaciones de dependencia entre la Metrópoli y sus colonias de Ultramar, en Buenos Aires, al igual que en el resto del Continente, la clase dominante asumió la dirección del movimiento autonomista, pero en esta ciudad, salvo pasajeras veleidades, los núcleos dirigentes exhibieron una muy definida tendencia a detentar el poder político en forma absoluta sobre todo el Virreinato. Desde entonces comenzó la conspiración de los intereses "porteños" contra todo intento de entregar el poder público a autoridades independientes de la provincia de Buenos Aires, creándose el peligroso clima político que dificultaría a las provincias del Plata, durante tantos años, alcanzar una meta sólida de estabilidad (*).

Esta tendencia centralizadora, que distinguió a la política de la clase dominante de Buenos Aires y se mantuvo incólume durante los

---

(*) "El autor del federalismo —dice Alberdi— no es otro que Moreno y el origen y causa no es otro que Buenos Aires. El Gobierno de Mayo fué local y provincial; por su origen fué la obra del pueblo de Buenos Aires. Su error consistió en que nunca quiso dejar de ser local en cuanto a su origen, aunque lo es en cuanto a su autoridad, que quiso extender a todas las provincias, que no había participado en su creación."

gobiernos de sus hombres más representativos —como Moreno, Pueyredón, Rondeau y Rivadavia—, encontró su principal estímulo en el temor de todos ellos a la repentina intervención de las masas de mestizos y de indios en el manejo del Estado. A partir del 25 de mayo se inició en las provincias del Plata una lucha entre la clase dominante en la capital, deseosa de organizar un gobierno capaz de garantizar el pleno desarrollo de las relaciones económicas y sociales que constituían el origen de su poder económico, y las desarraigadas masas de mestizos y de indios de las Provincias, de los gauchos de la pampa, que confusamente pretendían aprovechar la insurrección de Mayo para participar en la distribución de los beneficios que resultaren de cualquiera nueva organización política.

De las características propias de los factores en lucha, habría de originarse la forma política que ellos adoptarían para imponer el predominio de sus aspiraciones fundamentales. El patricio burgués de Buenos Aires, reciamente compactado por la comunidad de intereses, presentaba un frente unido y sus hombres representativos abogaban por ideas autoritarias, capaces de impedir a las masas populares toda intervención en la constitución del Estado; además, la dirección política de la misma clase tenía su mejor instrumento en las organizaciones secretas, en la Logia de Láutaro, órgano de lucha política transplantado de Europa al Nuevo Mundo. Nada puede, pues, sorprendernos que desde Rivadavia hasta San Martín, en su correspondencia y en sus conversaciones, mencionaran insistentemente las órdenes de "los hermanos".

La Logia cumplía en el Plata una función muy importante: establecer un puente entre las aspiraciones de las clases dominantes americanas y la diplomacia de las grandes potencias europeas. El interés por el orden social y la conservación de las relaciones de clases existentes en el momento de estallar el movimiento revolucionario, a través de las logias se cristalizó en un monarquismo de estilo europeo, que buscaba vincular la supervivencia de las clases patricias del Plata al gran movimiento de Restauración que triunfaba entonces en Europa. "El doctor Valentín Gómez —escribe Mitre— enviado argentino en París, había entrado en negociaciones con el gobierno francés para la coronación de un príncipe de la casa de Borbón —el Duque de Luca— como Soberano del Río de La Plata. Francia se comprometía, por su parte, a hacer dar otro destino a la expedición española contra las Provincias Unidas, y asegurar la aquiescencia de Portugal y la evacuación portuguesa de la Banda Oriental, mediante el casamiento del futuro Rey con una princesa brasilera. El Congreso, pasando por alto la Constitución republicana jurada poco antes, sin hacer el menor esfuerzo por consultar a la opinión, sancionó este acuerdo en sesión

secreta y, el 12 de noviembre, autorizó a Gómez a firmar el Tratado. **Como de esta manera la expedición española podía destinarse a operar contra Méjico, Venezuela o la Nueva Granada, y aún para reforzar al Gobierno del Perú, este acto era una traición al programa revolucionario y una deserción de la causa de América."**

Solamente las rivalidades de las casas reinantes europeas y la tremenda intervención de las masas populares argentinas, frustraron entonces la solución monárquica, cuya posibilidad quedó reducida a la ejecución de los proyectos militares y políticos de un hombre, don José de San Martín, que hasta el momento había figurado en un segundo plano en Buenos Aires.

*

En la vastedad de las pampas y en las pequeñas aldeas cercanas a la frontera de la colonización, las masas de mestizos y de indios, cuyo superficial contacto con la civilización sólo había logrado acrecentar el poder explosivo de sus instintos, vivían entregadas a una existencia semi-primitiva. En estos espíritus sencillos, el grito de independencia y la propaganda de las ideas liberales que lo acompañó, se confundieron fácilmente con un individualismo salvaje y en sus mentes sin complejidad, se impuso pronto la creencia de que bastaba apoderarse de las riquezas, trabajosamente acumuladas por las clases dominantes, para adquirir las virtudes sociales que en gran parte habían sido el origen de esas riquezas; mientras los criollos de Buenos Aires, conscientes de su poder y de la terrible amenaza que estaba levantándose contra su predominio, trataban de organizar un gobierno monárquico para detener el aluvión revolucionario, en la pampa y en las provincias aledañas a Buenos Aires, al grito de "Libertad y Federación" crecía amenazador el oleaje turbulento de una inconformidad donde chocaban embravecidos los intereses opuestos de la ciudad y de la campiña, de los blancos y los mestizos, de la capital y la provincia. Así aparecían en la vida política argentina las terribles "montoneras", que durante tantos años habrían de desatar la anarquía y mantener a la defensiva a los centros urbanos. Carlos Ibarguren, describiendo la honda impresión causada al ilustre naturalista inglés Carlos Darwin por las "montoneras", dice: "La visión que el ilustre viajero tuvo al contemplar el vivac fué salvaje: soldados negros y mestizos de siniestra catadura, envueltos en ponchos rojos, iban y venían; pelotones de indios, hombres y mujeres, pasaban cabalgando semi-desnudos o agrupados bebían sangre fresca de las reses recién carneadas, entre suciedad y cuajerones... Las 'montoneras' era una bárbara caterva de milicias irregulares, compuestas de

gauchos y de indios, que seguían fanáticos a sus caudillos, empujados por un odio tan delirante al gobierno de la capital y a sus ejércitos regulares que, dice el General Paz, 'sofocó hasta el noble entusiasmo de la independencia: nadie se acordaba de los ejércitos españoles que amagaban por diferentes puntos y es seguro que se les hubiera visto penetrar en nuestro territorio, sin que se hubiesen reconciliado los ánimos."

Después de la revolución de Mayo, los dirigentes de Buenos Aires se dedicaron preferentemente a someter a aquellas provincias que deseaban su independencia de la capital porteña. La primera fase de este drama se desarrolló en la Banda Oriental, donde surgió el primer gran caudillo del Sur, Artigas, y donde el más grande de los generales monarquistas de Buenos Aires, Belgrano, fracasó en su empeño de incorporar tales territorios y someter a las "montoneras" a la autoridad centralista de la ciudad del Plata.

Este fracaso adquirió más abultado volumen por el rápido avance de las tropas realistas en dirección de Montevideo y Buenos Aires, avance que obligó a los dirigentes porteños y a la Logia de Láutaro a aplazar sus proyectos políticos de carácter interno, y a enviar a Belgrano a los frentes del Norte. Este no pudo, sin embargo, detener a los españoles y después de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, el Gobierno de Buenos Aires se vió precisado a pensar en la necesidad de reemplazarlo en el mando, no sólo por sus insucesos militares, sino por su altiva independencia de carácter, que le constituía en elemento incómodo para la férrea disciplina exigida a los "hermanos" de la Logia.

Deseosa de dar el mando a un hombre que no presentara tales inconvenientes, la Logia designó para el cargo de General del Ejército del Norte a don José de San Martín, quien, por su carácter reconcentrado, hosco y aparentemente falto de ambiciones, pareció a todos el más apropiado para la misión que se le encomendaba, en la cual la estricta obediencia a las órdenes impartidas desde Buenos Aires, constituía requisito esencial. Mucho se equivocaron los "hermanos" en su juicio sobre el carácter de San Martín: en el alma de este hombre alentaba voluntad invencible, serena frialdad para apreciar las situaciones y una soberbia que no por disfrazada tras de aparente humildad, dejaba de constituir poderosa fuerza íntima, en la cual ardía un ambicioso ideal histórico, que no tardaría en colocarle, por derecho propio, a la cabeza del movimiento libertador nacido en las márgenes del Plata.

Cuidadosa e imparcial observación de la revolución argentina, había permitido a San Martín advertir que la política monarquista de la Logia de Láutaro había fracasado, no tanto por la incompren-

sión de las cortes de Europa, como por la falta de una estructura social propicia para la misma en las provincias del Plata. Las divisiones políticas, el carácter comercial y no aristocrático de la clase dominante de Buenos Aires, y la tremenda insurrección popular, cuyos primeros síntomas ya comenzaban a presentarse, fueron los factores que le llevaron a pensar en la necesidad de buscar en otras regiones de América la base política necesaria para la implantación de una Monarquía en el Nuevo Mundo. Desde entonces comienza a mirar insistentemente hacia el Perú, cuya aristocracia, la primera de América, se adaptaba mejor el ideal soñado por los "hermanos"; alrededor de ese poderoso núcleo humano se esbozan entonces en su mente las grandes líneas de su futura concepción política, que implicará la constitución de un gran Estado monárquico, con jurisdicción sobre el Perú, Chile y el Río de La Plata. Convencido de la debilidad de la clase patricia de Buenos Aires para conservar la dirección de los acontecimientos, San Martín ve en futura colaboración entre la aristocracia peruana y la alta clase comercial porteña, el mejor camino para contener la revolución de las "montoneras". "Creo —decía San Martín— que es necesario que las constituciones que se den a los pueblos estén en armonía con su grado de instrucción, educación, hábito y género de vida, y que no se les deben dar las mejores leyes, pero sí las más apropiadas a su carácter, **manteniendo las barreras que separan las diferentes clases de la sociedad, para conservar la preponderancia de la clase instruída y que tiene que perder.**"

Se equivocan, pues, quienes de este momento en adelante tratan de juzgar sus operaciones militares con criterio puramente táctico. Ellas, bajo este punto de vista pueden presentar algunas deficiencias, pero las mismas tienen su explicación no en la incompetencia de quien las ejecutaba sino en el espíritu que las generó, el cual, lejos de obedecer a un simple plan militar, perseguía una ambiciosa solución política: obligar a la aristocracia peruana y a los españoles del Perú a pactar con el ejército libertador del Plata la independencia del Continente, sobre la base de coronar un príncipe español en América.

Encerrado San Martín en la ciudad de Mendoza, en la Provincia de Cuyo, donde ordenó construir un extraño fuerte —la Ciudadela—, para concentrar sus tropas y adelantar con tranquilidad el severo entrenamiento a que deseaba someterlas, buscó afanosamente solución para los problemas básicos que dificultaban su empresa. Sus meditaciones tuvieron como consecuencia el grandioso plan político-militar que constituiría la gran empresa de su vida y cuya etapa inicial exponía así a un amigo íntimo, el 22 de abril de 1814: "No se

felicite —le decía— con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta (en Mendoza): no haré nada y nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra defensiva y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta, con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar en otra cosa es empeñarse en echar al pozo de Ayron hombres y dinero. Ya le he dicho a usted mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas, pasaremos por mar para tomar a Lima; ese es el camino y no éste. Convénzase, hasta que no estemos en Lima, la guerra no se acabará."

Para esta campaña San Martín contaba con importante base en el numeroso grupo de emigrados chilenos, que huyendo de la represión española habían cruzado los Andes para refugiarse en Mendoza, grupo en el cual figuraban hombres como Bernardo O'Higgins y los hermanos Carreras, destinados a tener papel excepcionalmente importante en los próximos eventos. Frente a los asilados, igualmente deseosos de cooperar a la libertad de su patria, San Martín prefirió abiertamente a quienes demostraban mayor asentimiento por su plan de incorporar a Chile al gran Estado monárquico que tenía en mente.

No bien se conocieron sus propósitos, dentro del grupo de emigrados surgió la oposición, que presentó un aspecto no solamente "nacionalista", en cuanto rechazaba la absorción de Chile por la nación argentina, sino preferentemente popular, pues tuvo carácter de inequívoca protesta contra el propósito de consolidar, por medio del sistema monárquico, el predominio de los patriciados de la América Meridional sobre los pueblos. Esta protesta fué encabezada por los hermanos Carreras, cuya resistencia obligó a San Martín a buscar el apoyo de Bernardo O'Higgins, representante en aquella hora, por sus ideas y su carácter, de las ambiciones de la naciente clase conservadora de la nación chilena.

A partir de este momento, empieza una guerra implacable entre San Martín, decidido a "apoyar en Chile un gobierno de amigos sólidos para acabar con la anarquía", y los Carreras, quienes faltos de fuerzas militares para respaldar sus propósitos, optaron por la difícil empresa de estimular la revolución popular que comenzaba a despertarse en las provincias del Plata contra el Gobierno de Buenos Aires, para atacar en su propio corazón la obra imperialista del patriciado porteño, de la cual San Martín era genial ejecutor.

En el desarrolo de estos propósitos los Carreras tuvieron inicialmente un éxito tan grande como inesperado, aunque sin consecuencias inmediatas para los planes cuyo desarrollo se proponían obstaculizar.

El informe descontento popular de las provincias del Plata, halló en ellos los conductores apropiados para la insurrección y gracias a su prodigiosa actividad revolucionaria y al ejemplo heróico de sus vidas, lograron provocar un alzamiento general contra la política de Buenos Aires y darle a la bandera de la Federación un contenido popular que la haría invencible. Su asesinato, del cual se llegó, injustamente, a acusar al propio San Martín, fué la única solución que encontró el partido monarquista para detener, en su propia tierra, el torrente revolucionario que amenazaba provocar la disolución del país y a impedir las empresas continentales de San Martín (*).

Esta política revolucionaria de los Carreras, no pudo, sin embargo, impedir que la empresa libertadora de Chile se organizara con indiscutible espíritu monarquista. Como el poder de los caudillos argentinos era todavía débil, tras de estrechar sus relaciones con O'Higgins, San Martín ordenó la marcha desde Mendoza hacia los Andes, marcha que las distintas divisiones efectuaron entre el 18 y el 19 de enero de 1817 en busca del paso llamado de Los Patos, para caer, según las órdenes del general en jefe, sobre territorio chileno entre el 6 y el 8 de febrero. Con perfecta organización y sorteando admirablemente los tremendos obstáculos de la naturaleza, los ejércitos argentinos cruzaron el macizo andino, el 5 de febrero vencieron a las sorprendidas guarniciones realistas de la vertiente opuesta, y el 9 se acercaron a la serranía de Chacabuco, donde San Martín, el 12, batió completamente a los realistas en la histórica planicie de Chacabuco. El 13, mientras los restos de los ejércitos enemigos huían desordenadamente hacia Valparaíso, San Martín, evadiendo los honores del triunfo, entraba en la ciudad de Santiago y con la decisiva colaboración de O'Higgins se consagraba a la preparación de las fases subsiguientes de la campaña. "Después de Chacabuco —escribe Mitre— San Martín cometió tres errores: dos de detalle y uno trascendental que tuvo influencia funesta para sus operaciones ulteriores. La campaña, que debió de haber terminado inmediatamente, se prolongó por estos motivos, y San Martín se vió obligado a librar

---

(*) Don Andrés Llamas, hablando de esta convulsionada época histórica, dice: "La disolución del país, el caótico año 20, no fué obra de los pueblos: ella pertenece por entero, como va dicho, a los autores de la sublevación militar de Arequito y a los caudillos a quienes inspiraba y dirigía don José Miguel Carreras, emigrado chileno, que no retrocedía ni ante la alianza con los salvajes, para volcar a las autoridades nacionales argentinas, y adquirir en medio y por medio de la anarquía los elementos que le eran necesarios para transponer en armas la cordillera y llevar la guerra civil a su país, aunque esto comprometiera la causa de la independencia americana."

otras cuatro batallas para terminar la reconquista de Chile, atrasando en tres años la prosecución de su gran empresa."

Los errores a que se refiere Mitre, se redujeron, sustancialmente, a no perseguir al enemigo después de la acción de Chacabuco, como a la inexplicable despreocupación que demostró, después de ocupar a Santiago, ante la rápida reorganización de los realistas en la provincia de Concepción, en el Sur. Esta conducta sólo puede considerarse errónea, si se olvida —como lo hace Mitre— que para San Martín la campaña de Chile no tenía un carácter decisivo, pues ella sólo significaba una primera etapa para pasar al Perú con fuerzas capaces no de vencer a los ejércitos del Virrey, sino de obligarle a negociar con él sus proyectos de monarquía. Por eso San Martín, en medio del asombro de muchos de sus oficiales, y en desacuerdo con O'Higgins, únicamente se preocupó de aumentar con soldados chilenos el llamado Ejército Expedicionario de los Andes, destinado a marchar al Perú, y, a pesar de las insistentes solicitudes de O'Higgins, cuyos efectivos no alcanzaban para obtener un triunfo decisivo en la Provincia de Concepción —donde el Virrey del Perú había enviado por mar al General Osorio con 3.400 hombres— continuó sustrayéndole a los ejércitos de Chile los recursos y hombres que necesitaba para su gran empresa peruana. Tales eran, por otra parte, las instrucciones de la Logia de Láutaro y por tal razón, cuando O'Higgins angustiosamente solicitaba su cooperación, San Martín le contestaba el 11 de diciembre de 1817: "Mi amado amigo: todos los hermanos hemos acordado que la posición de Concepción es cerrada y sumamente expuesta, en atención a que la mayor parte de la provincia no nos es muy adicta. Por otra parte, pudiéndonos dar la mano éste y ese ejército seremos siempre no solamente superiores sino que podremos caer sobre el enemigo y decidir en un día la suerte de Lima."

Pero en aquella oportunidad los acontecimientos sorprendieron al General San Martín. Los españoles se recobraron en la Provincia de Concepción con extraordinaria rapidez y, oportunamente reforzados por las fuerzas de Osorio, contraatacaron; el 25 de noviembre de 1817 O'Higgins fué batido ante las fortificaciones de Talcahuano.

Ante este inesperado evento, San Martín se vió forzado a enfrentarse al problema propiamente militar de la guerra en Chile; a aplazar su campaña peruana y sus planes monarquistas para combatir a esos obstinados españoles, con los cuales tenían tan señalados deseos de negociar. La derrota que infringió Osorio al propio San Martín en Cancharrayada, fué apenas consecuencia de las obvias dificultades encontradas por éste en el proceso, necesariamente lento, de cambiar su estrategia inicial —que perseguía finalidades políticas en el Perú—, por otra, en la cual la guerra de Chile se convertía en

el problema central a resolver. En su nuevo estado de ánimo, San Martín se reveló en todo su auténtico valor, y en Maipú, el 5 de abril de 1818, obtuvo una victoria de consecuencias continentales sobre los ejércitos realistas de Osorio.

Debemos advertir, sin embargo, que esta victoria la alcanzaba San Martín en la defensiva, cuando desesperadamente trataba de salvar a Santiago de la reconquista. Podemos decir, pues, que en Maipú triunfaba el táctico pero quedaba maltrecho el estratega; el Virrey del Perú, por medio de la expedición de Osorio, había logrado aplazar una vez más los planes de San Martín, y ya los hermanos Carreras, sus adversarios americanos, habían sembrado la semilla de una revolución popular que no tardaría en darle, en las provincias del Plata, golpes mortales a la causa monarquista, de la cual San Martín era campeón en el Sur.

Tales hechos, cuyo inequívoco significado no podía escapársele a la clara mente del general argentino, le llevaron a pensar en la conveniencia de regresar a Buenos Aires, para buscar allí más efectivo respaldo a sus proyectos, que en los últimos tiempos parecían colocados en segundo plano dentro de las preocupaciones de los gobernantes del Plata. Esta decisión encontró más graves fundamentos en el descontento de la clase dominante chilena, poco satisfecha con la influencia que, en los asuntos internos del país, se había visto obligado O'Higgins a tolerar a los argentinos y especialmente a San Martín.

Dándose cuenta de la manera como el tranquilo y casi total dominio alcanzado sobre la situación política por los patricios chilenos, dependía de las bayonetas del Ejército de los Andes, San Martín no dejó de apreciar la importancia que para sus proyectos tendría el darle una oportunidad a la clase conservadora chilena, para apreciar objetivamente cómo cambiarían las circunstancias cuando el ejército de los Andes se retirara de Chile y la perspectiva del definitivo abandono de la campaña del Perú abriera paso a todas las divisiones sociales que comenzaban ya a quebrantar la estructura política del naciente Estado del Sur.

El 13 de abril San Martín salió silenciosamente de Santiago y seguido de las fuerzas argentinas comenzó de nuevo el pesado ascenso de los Andes, para dirigirse a la Provincia de Mendoza, donde acampó sus tropas mientras él marchaba a Buenos Aires.

Capítulo XXII

EL MONARQUISMO PERUANO-ARGENTINO

> "La voz de la revolución política de esta parte del Nuevo Mundo y el empeño de las armas que la promueven, no han sido ni pueden ser contra vuestros verdaderos privilegios." (Proclama al Patriciado de Lima.)
>
> SAN MARTIN

La playa de Pisco.—Entrevista de Miraflores.—El monarquismo de San Martín y el "constitucionalismo" del Virrey.—Hacia la insurrección de la aristocracia peruana.—Entrevista de Punchauca.—Protector del Perú.—El Virrey en la Sierra.—Solución inevitable.

La situación que el General San Martín encontró en la Argentina, era bien distinta a la que dejó en el año 14, cuando los azares de la guerra le alejaron del Plata para colocarle en los caminos de las grandes campañas libertadoras del mundo americano. Ya el poder militar y político de la "Provincia Metrópoli" estaba prácticamente derrotado, porque en Entre Ríos, Córdoba, Santa Fé, Santiago y Rioja, un grupo de caudillos, a cuya cabeza figuraban Ramírez, Bustos, López y Quiroga, con la bandera del Federalismo y seguidos de las heterogéneas multitudes de indios, negros y mestizos —de las terribles y temidas "montoneras"—, se preparaban para resistir con la fuerza cualquier nuevo intento de intervención, por parte de los "porteños", en los asuntos que consideraban privativos de las provincias.

Apreciando San Martín, después de algunos días de permanencia en la Capital del Plata, la gravedad de la situación, renunció, por el

momento, a obtener la cooperación de los ejércitos de Buenos Aires para su empresa peruana y se contentó con la promesa de un empréstito que le ofreció Pueyredón para sostener las tropas acampadas en Mendoza, donde regresó a fines de julio, esperanzado solamente en la ayuda de la Provincia de Cuyo, o en la posibilidad de que un cambio de cosas en Chile le permitiera encontrar de nuevo en este país la cooperación que no podía proporcionarle su patria.

Y, para fortuna suya, en la nación chilena los acontecimientos no tardaron en tomar un curso favorable a sus planes. El frecuente y si se quiere dictatorial uso de las Facultades Extraordinarias, al cual se vió obligado O'Higgins para llevar adelante la empresa de disputar el dominio del Pacífico a la escuadra española, aumentó el descontento interno y pronto se apreciaron de nuevo, en la clase conservadora, las ventajas de la proyectada expedición al Perú. "Al concebir el plan del ejército expedicionario a las órdenes de San Martín —dice Zenteno—, el Gobierno de Chile no sólo acometió una hazaña heróica y digna de la gratitud de América: **dió también un paso profundamente político para salvar la situación.** Si no hubiera estado el Perú en poder de los españoles el año 20, no se sabe lo que hubiera sido de Chile, y es difícil calcular **los resultados del descontento o de la ambición.**"

El 28 de enero de 1820 San Martín escribió a O'Higgins preguntándole si podía proporcionarle 6.000 hombres debidamente equipados para invadir al Perú y recibió respuesta inmediata con la promesa de proporcionarle 4.000 hombres con su equipo completo y los servicios de la escuadra para conducirlos a las costas peruanas. Mas, cuando San Martín recibía estas buenas nuevas, simultáneamente de Buenos Aires le llegaban instrucciones que destruyeron su fugaz optimismo. Los caudillos, en abierta rebelión contra el Gobierno central, habían desencadenado la guerra civil, y Rondeau, sucesor de Pueyredón, ordenaba a San Martín trasladarse inmediatamente con la totalidad del Ejército de los Andes a los nuevos frentes de batalla, para debelar la insurrección de las "montoneras".

En el primer momento, disciplinado por instinto como era San Martín, pensó acatar la orden y así se lo anunció a Rondeau; pero al enterarse de la rápida disolución de los ejércitos de Buenos Aires ante el ataque general de las fuerzas federales, se reafirmó en su creencia de que sólo la "solución monárquica", pactada con los españoles en el Perú, podía restablecer en la América Meridional las bases de una autoridad capaz de contener el torrente revolucionario, cuyas avanzadas se desencadenaban en el Plata. Entonces, por sí y ante sí, asumió la responsabilidad de no obedecer las órdenes perentorias de sus superiores, y pretextando un ataque de reuma se dirigió a Chile a

los baños termales de Caquenes, después de solicitar a O'Higgins reuniera en el Valle de Aconcagua todas las mulas y caballerizas de que pudiera disponer, para atender al transporte del Ejército de los Andes.

Y no tardaron los hechos, con toda su brutalidad, en dar la razón al pesimismo de San Martín. El 1º de febrero de 1820 las "montoneras" derrotaron en Cepeda a los orgullosos ejércitos del patriciado bonarense. El Congreso se disolvió; la autoridad de Buenos Aires desapareció como poder político, y la nación se dividió en pequeños Estados Soberanos, de cada uno de los cuales se adueñó el caudillo afortunado que había sabido ganarse la voluntad de las "montoneras" y podía satisfacer permanentemente sus insaciables apetitos. "La posición del ejército de los Andes —dice Mitre— y la de San Martín era doblemente anómala. El ejército, con la bandera nacional, no tenía gobierno a quien obedecer, y sólo dependía de un general que había desobedecido al gobierno que acababa de desaparecer. El general, bien que confirmado en su mando en concepto de una nueva licencia, se atribuía facultades supremas y al realizar sus designios, se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar y sin gobierno ante quien justificarse o que diera sanción a sus actos. Para regularizar esta situación, como él la entendía, o para rehabilitarse con nuevos poderes, entregó a la deliberación de sus subordinados su autoridad militar y la prosecución de sus designios."

Como San Martín lo esperaba y como era fácil de prever, en el Consejo de Oficiales, convocado por él, fué elegido Generalísimo, lo cual se hizo constar en documento famoso: el Acta de Recancagua. Tomada esta decisión, que separaba al ejército de los Andes de la nación argentina, las tropas cruzaron nuevamente los Andes y se acuartelaron en las cercanías de Valparaíso, donde, en los primeros días de julio de 1820, se les reunió San Martín para dirigir su embarque en la armada chilena, comandada por Cochrane. El 20 de agosto se alejó de las costas, rumbo al Perú, la expedición trabajosamente alistada por San Martín y O'Higgins, cuyos efectivos ascendían a 4.300 hombres de infantería y 625 jinetes, conducidos en 16 transportes, escoltados por ocho buques de guerra.

La orientación inicial de la campaña indicó muy a las claras que San Martín buscaba con ella determinados objetivos políticos, a los cuales sacrificaba voluntariamente su fundada fama militar. Separándose de las indicaciones de Cochrane, partidario de dirigir la expedición a las proximidades del Callao para atacar inmediatamente a Lima, San Martín prefirió encaminarse al Sur del Perú, a la playa de Pisco, para comenzar allí la ejecución de sus planes, ignorados por todos, dada su conocida reserva. No bien terminaron, el 9 de sep-

tiembre, las operaciones de desembarque, el Generalísimo argentino inició sus gestiones diplomáticas, que condujeron a una primera entrevista entre comisionados del Virrey del Perú y representantes del jefe de los ejércitos expedicionarios del Sur. Esta entrevista se efectuó en Miraflores, a 11 kilómetros de la capital. ¿Qué se trató en ella? ¿Cuáles fueron sus resultados positivos? Dado el secreto que San Martín y sus íntimos guardaron sobre sus gestiones diplomáticas, la naturaleza de las negociaciones adelantadas en Miraflores sólo pudo conocerse más tarde por carta del Virrey Pezuela a su Embajador ante la Corte del Brasil: "Traté de ponerme en comunicación con el General San Martín —le dice— para llegar a una transacción o a lo menos a una suspensión de hostilidades. No ha sido posible conseguirlo, no queriendo admitirse otra base que la independencia del Perú; ni mi honor, ni mis facultades me autorizaban para entrar en un convenio que la supusiese. **El medio que los diputados de San Martín indicaron, diciendo que no sería difícil encontrar en los principios de equidad y justicia la coronación en América de un Príncipe de la casa reinante de España, también me fué preciso rechazarlo por lo que a mí toca, y reservar su examen al Gobierno Supremo.**"

La negativa de Pezuela constituyó un gran golpe para San Martín e influyó en su conducta inmediatamente posterior, llevándole a una serie de movimientos desesperados. Aconsejado por Monteagudo, el más capaz de sus amigos, modificó sus planes en el sentido de no contar por más tiempo con la cooperación de las autoridades españolas y buscar, en cambio, un pacto directo con la aristocracia peruana, con la mira de apoyarse en ella para realizar su sueño: la monarquía americana.

El 25 de octubre la expedición abandonó las costas de Pisco, teatro del primer fracaso del Generalísimo argentino, y se dirigió al Norte. En esta segunda fase de la campaña, el Jefe de los Ejércitos expedicionarios del Sur procedió con extraordinaria habilidad; separándose de la opinión de Cochrane, optó por una serie de desembarcos en distintos sitios de la Costa, que desconcertaron a los realistas y le permitieron fomentar la insurrección en los departamentos del Norte peruano, ganándose para su causa la importante Intendencia de Trujillo, cuyo gobernador, el Marqués de Torre Tagle —típico representante de la nobleza criolla peruana—, se unió a la causa americana, por sentirse identificado con los fines políticos perseguidos por San Martín después de su fracaso en Miraflores.

Estos éxitos contribuyeron muy decisivamente a desencadenar grave crisis interna en el partido realista peruano. Los "constitucionalistas", es decir, quienes representaban en el Perú la revolución

que obligó a Fernando VII a jurar la Constitución de Cádiz, se enfrentaron francamente a Pezuela, Jefe del bando absolutista, quien no había aceptado ni pensaba aceptar en América esa Constitución y ambicionaba convertir al Perú en el centro de la reacción en el Continente. La noche del 28 de enero de 1821, los generales Canterac y Valdés, autorizados por Laserna, jefe del partido "constitucionalista", exigieron al Virrey Pezuela su renuncia, fundando esta insólita pretención en la necesidad que existía, según ellos, de crear en el Perú nuevas condiciones políticas para negociar exitosamente con San Martín.

Pezuela, ya viejo y fatigado por su larga y luchada existencia, con los más negros presentimientos se inclinó ante la exigencia de sus generales, no sin advertirles que la causa de los revolucionarios no sería vencida por medios diplomáticos. Aceptada la renuncia, los "constitucionalistas", por sí y ante sí, eligieron Virrey del Perú a Laserna, cuyo primer acto, como tal, fué invitar a San Martín a reabrir las negociaciones interrumpidas en Miraflores. El Generalísimo argentino aceptó inmediatamente y los emisarios de los dos bandos se reunieron en la hacienda de Torre Blanca, cerca de Retes.

Los delegados de San Martín participaron de nuevo a los de Laserna que "no sería difícil encontrar en los principios de equidad y justicia la coronación en América de un príncipe de la casa reinante de España", siempre que tales principios implicaran la independencia de los Estados americanos. A ello respondieron los del Virrey que consideraban mejor solución el acatamiento por los americanos de la Carta Constitucional de Cádiz, que garantizaba sus derechos y mantenía la unidad del Imperio español. Entre estas dos tesis, que, desde distintos campos, perseguían la restauración de la armonía y amistad entre España y sus Colonias, las conversaciones se desarrollaron con gran cordialidad, pero los días fueron pasando sin acuerdo definitivo ninguno, a pesar de la intervención del comisionado Abreau, enviado por los propios "constitucionalistas" de la Península, para negociar la paz con los rebeldes americanos.

Esta situación equívoca no tardó en exasperar a los dos bandos, y les decidió a poner sus cartas sobre la mesa. Guido anunció que San Martín se vería obligado a continuar estimulando la insurrección de los criollos peruanos contra los españoles, si éstos no aceptaban la independencia, y los delegados del Virrey respondieron con amenaza no menos grave. Según Campino, Valdés contestó: "que se hallaban muy lejos de creerse en el caso desesperado que se suponía; pero que si tal llegare a suceder, es decir, que no pudiesen continuar por más tiempo sosteniendo la causa española en aquellos dominios, estaban resueltos a proclamar el Imperio de los Incas y a ayudar a los

indios a sostenerlo, antes de consentir que lo ocupasen los súbditos rebeldes que no tenían más derecho que los que habían adquirido de sus antepasados los españoles; dijo más Valdés: que por este pensamiento tenían a su lado, en clase de ayudante de campo, al descendiente más inmediato de los Incas, a quien proclamarían Emperador, **dando con esto principio a una nueva guerra y a un nuevo orden de cosas, cuyo resultado no sería fácil prever"** (*).

Así las cosas, ambos bandos decidieron pactar una suspensión de hostilidades, previas ciertas garantías exigidas por los patriotas, y concertar una entrevista personal entre el Virrey Laserna y el General San Martín. El 2 de julio, en Punchauca, se encontraron el Generalísimo argentino y el Virrey del Perú. "Los dos jefes —dice Mitre— se saludaron con cordialidad y expresiones de mutua estimación. **San Martín propuso crear una Regencia para el gobierno independiente del Perú, hasta la llegada de un príncipe español, con Laserna en calidad de Presidente y dos corregentes, designados respectivamente por los realistas y los patriotas. El mismo se ofreció para ir a España como delegado y ponerse de acuerdo con el gobierno metropolitano.**

"Abreau apoyó calurosamente la proposición de San Martín y el Virrey pareció dispuesto a aceptarla, pero expresó el deseo de consultar a las corporaciones del Virreinato sobre asunto tan importante, y prometió contestación antes de dos días.

"Luego hablaron de la forma en que, eventualmente, las tropas de ambos ejércitos podían reunirse en la plaza principal de Lima para celebrar la declaración de la independencia del Perú. Después de la entrevista, hubo un banquete en que se cambiaron los brindis más amistosos.

"En todo esto, la política de San Martín contenía un error fundamental. **El no tenía autoridad para hacer tales proposiciones. No estaba de acuerdo con los principios por los cuales luchaba y el aplauso con que recibieron su propuesta los monárquicos de la Santa Alianza implicaba su condenación por los republicanos de América.**

"Laserna, en vez de consultar a las corporaciones, deliberó con sus oficiales quienes, sin rechazar de plano la proposición, declinaron aceptar inmediatamente, pues estaba en contradicción con sus órdenes, que les impedían pactar sobre la base de la independencia de las colonias."

(*) Esta era la misma táctica seguida por los jefes españoles en Venezuela —por Monteverde y Boves—, cuando desencadenaron la revolución de los "pardos" y de los indios contra el patriciano caraqueño que auspiciaba el movimiento emancipador.

Fracasadas así las negociaciones entre los dos bandos y comprometida peligrosamente la diplomacia de San Martín, cuyo éxito dependía de lograr un acuerdo que le permitiera, sin apelar a la suerte de las armas, negociar con las autoridades españolas el establecimiento de una monarquía independiente en el Perú, el general argentino vió ensombrecerse el horizonte de su empresa continental y su pesimismo le llevó a confiarse a Monteagudo, más seguro que él en las posibilidades de una empresa que tuviera como base la insurrección de la aristocracia criolla contra los españoles. Entre tanto Laserna, consciente de las ventajas de su adversario en los territorios de la costa y en Lima, se decidía a abandonarlos a San Martín para dirigirse a la Sierra, cuya densa población indígena, fanatizada por el clero y segura de la divinidad del Monarca español, podía servirle de base formidable para una próxima empresa de reconquista.

Libre de la ocupación española la ciudad de los Virreyes, el 10 de julio a las 7 de la noche, casi de incógnito, pesimista y sombrío, entró San Martín en la capital del Perú, evadiendo los homenajes con que se pretendió recibirle. Sus panegiristas han querido ver en las circunstancias, por demás modestas, que rodearon la entrada de San Martín en Lima, un rasgo de austeridad digno de ejemplo, y han pretendido establecer una censura disimulada, al compararla con las entradas triunfales y fastuosas de Bolívar en Santa Fé, Caracas y Quito. Algo muy distinto pasaba en el ánimo de San Martín cuando silencioso y casi ocultándose, entraba en Lima. En aquellos momentos San Martín no se sentía victorioso, como lo parecía a las gentes deseosas de recibirle con los honores del triunfador. El pesimismo y las más negras dudas sobre el porvenir le dominaban y, por eso, en su espíritu no existía interés por fastuosas ceremonias triunfales, que en forma alguna correspondían a la verdad de su difícil situación. ¿Respondería la aristocracia criolla a su llamada a la insurrección contra los españoles? ¿Podrían sus insuficientes fuerzas militares hallar, en las costas peruanas, las adhesiones necesarias para enfrentarse a los formidables ejércitos que los españoles organizarían fácilmente con las indiadas de la Sierra? Tales eran las preocupaciones que no le permitían considerarse como un general vencedor, muy a pesar de las esperanzas optimistas de Monteagudo.

Y el tiempo no tardó en demostrar cuán fundados eran los temores de San Martín. La llegada de los españoles a la Sierra tuvo las características de una marcha triunfal entre las poblaciones indígenas. El Virrey, a la manera de los antiguos Incas, se estableció en el Cuzco, después de situar el grueso de sus ejércitos, a órdenes de Canterac, en el Valle de Jaula. La leva entre los pueblos indígenas le permitió muy pronto reforzar las guarniciones de Puno, Arequipa

y Tacna, como al ejército llamado del Alto Perú. Ocho meses después de haber abandonado a Lima, las fuerzas realistas tenían asegurado por lo menos un equilibrio con los ejércitos expedicionarios de San Martín, quien, a pesar de la actividad desplegada por Monteagudo, no había logrado aumentar considerablemente sus efectivos. Inclusive gran parte de la alta nobleza peruana, en la cual tanto habían confiado, miraba con temor las ideas liberales que se atribuían al movimiento emancipador americano, y, si no se había unido a los realistas, parecía muy poco dipuesta a colaborar activamente con los ejércitos del Protector del Perú.

En los primeros meses del año de 1822 la situación militar cambió bruscamente, porque poderosos contingentes realistas descendieron por las laderas de la Sierra e infringieron a las guarniciones patriotas graves derrotas. Comenzaban, pues, a producirse los efectos inevitables de una guerra para la cual San Martín no estaba preparado, pues en su campaña del Perú, lejos de perseguir **objetivos militares**, sólo había buscado una **transacción política** con los españoles.

Esa situación, ya muy comprometida, adquirió caracteres críticos para el Protector, cuando noticias llegadas de Chile y del Río de La Plata le demostraron la imposibilidad de decidir con las fuerzas de las naciones del Sur la guerra americana.

Cuando San Martín vió fracasar sus reiterados esfuerzos por lograr un entendimiento con el Virrey, optó por un plan estratégico, destinado a anular, por la amplitud de los frentes, las ventajas alcanzadas por los españoles cuando se encaminaron a la Sierra. Este plan suponía el ataque, con un ejército de 4.000 hombres, cuyo mando confió a Arenales, a las posiciones realistas de Canterac, en el Norte, al tiempo que fuerzas destacadas del Río de La Plata golpeaban las fronteras del Alto Perú en el Sur, y desde alguno de los puertos del Pacífico, con efectivos proporcionados por Chile, se marchaban rápidamente sobre el Cuzco o Puno.

Este plan, que suponía la efectiva cooperación del Río de La Plata y de Chile —razón que llevó a San Martín a enviar como emisarios suyos a don Antonio Gutiérrez de la Fuente a Buenos Aires y a don José Cavero a Chile—, debía vencer también obstáculos naturales, cuya importancia no apreció debidamente el general argentino, y que Bulnes describe magistralmente así: "Es cierto que la línea militar del enemigo era muy extensa; pero como estaba situada en la Sierra, separada de la costa por un glacis de arena de 10 a 20 leguas por término medio y por una muralla almenada de 400 metros, la línea del ejército español debía considerarse como posición fortificada. Para llegar hasta ella había que atravesar el desierto de la Costa y escalar la Cordillera; el desierto, que es la sed; la arena en

que se atascan los bagajes y la artillería; la falta de víveres; y la cordillera, que es la pena, el cansancio, el frío. Antes de que los patriotas pudieran llegar a los campamentos realistas, éstos, corriéndose sobre su centro, se concentrarían en el punto amenazado, y entonces todo el plan se trastornaba, porque el ejército real, reunido, combatiría en detalle a las divisiones independientes en el orden en que fueran llegando."

Pero si San Martín no supo apreciar la importancia de estos factores naturales, en cambio, no pudo escaparse a la sensación del fracaso final, al enterarse de la inutilidad de los esfuerzos de sus emisarios en la Argentina y Chile. Gutiérrez de la Fuente no encontró ambiente para su misión, porque preocupado el gobierno de Buenos Aires por el estado de insurrección de las Provincias, trataba entonces de consolidar su situación, buscando un arreglo separado con España; y Cavero sólo obtuvo una ayuda insignificante, pues Chile, materialmente exhausto después del gigantesco esfuerzo realizado para equipar la expedición libertadora del Perú, poco o nada podía hacer ya en pro de la causa americana.

Los movimientos históricos tienen su duración y su poder expansivo condicionados a la naturaleza de las ideas que ellos entrañan, a la manera como esas ideas se arraigan en el pueblo sobre el cual ejercen su influencia. La idea monárquica y el concepto clasista, que constituyeron la fuerza íntima del movimiento político nacido en Buenos Aires, marcharon triunfantes hasta cuando la naturaleza de sus postulados políticos dividió a los pueblos del Sur, en cambio de unificarlos para la empresa de la emancipación. Esta división produjo el límite a su actividad continental y debilitó a los ejércitos que en el Perú constituían la avanzada del monarquismo argentino, porque cuando las provincias del Plata se levantaban contra el Gobierno "porteño", desde el Norte y a las fronteras mismas del Perú, se acercaban victoriosas las fuerzas de la Gran Colombia, avanzadas de una profunda revolución democrática, que llegaban al Perú plenas de energías y con poder y homogeneidad suficientes para desempeñar la misión libertadora que los ejércitos del Sur se estaban demostrando incapaces de continuar adelante con éxito.

Sólo quedaba a San Martín, el camino que menos hubiera deseado transitar, pues a ello se rebelaba su orgullo, no menos grande por bien disimulado: llamar en su ayuda al Libertador de Colombia. No quiso, sin embargo, dar este paso sin incorporar previamente la ciudad de Guayaquil a la órbita de influencia del Perú, porque el buen suceso de esta empresa, como lo creía, podía darle un poco de popularidad a su gobierno, tan amenazado en esos momentos por el des-

contento del pueblo peruano contra los altos mandos del ejército argentino.

Consciente de la importancia de aquella hora histórica, el Protector entregó el gobierno al Marqués de Torre Tagle y marchó hacia Guayaquil con el propósito de asegurarse el dominio del puerto, y de buscar, después, una entrevista con Bolívar. "Los dos libertadores —dice Mitre bellamente— van a abrazarse repeliéndose, bajo el Arco del Triunfo del Ecuador del Nuevo Mundo, en la región de los volcanes y de las palmeras siempre verdes."

Capítulo XXIII

MANUELITA SAENZ

"Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa; de ti, Manuela."

SIMON BOLIVAR

Movilización general hacia el Sur.—Bomboná y Pichincha.—El reino de Quito.—La gloria del amor y el amor a la gloria en el espíritu de Manuela Sáenz.—La corona de laureles.—Una gran pasión.—El Garzal.

En los últimos días de octubre de 1821, cuando estaba en marcha, a través de todo el territorio granadino, la vasta movilización de las tropas destinadas a intervenir en las campañas del Sur, Bolívar llegó a Bogotá, donde se enteró de las maniobras diplomáticas de los peruanos y argentinos para anexar a Guayaquil y, por ellas, decidió acelerar los principios de la campaña y dar importancia especial —en el plan de la misma— al rápido fortalecimiento del partido guayaquileño que, contra la opinión de los "peruanizantes", luchaba por obtener la incorporación de la Provincia del Guayas a la Gran Colombia.

Cuando en las últimas etapas de la campaña de Venezuela el Libertador consideró la posibilidad de llevar la guerra al Sur, dió excepcional importancia a la vía marítima, porque ella evitaba a sus soldados las penalidades propias de una larga marcha por tierra, a través de medio Continente. Este proyecto no contó con la colaboración solicitada al gobierno de Chile, porque la armada de este país, cuya cooperación necesitaba Bolívar, se ha-

llaba entonces comprometida en acciones decisivas contra la escuadra española del Pacífico y la diplomacia de las naciones del Sur no miraba con buenos ojos la intervención de la Gran Colombia en el sector central del Continente.

Bolívar se vió entonces obligado a adoptar un plan diferente, según el cual, las fuerzas colombianas se movilizarían por tierra hasta Buenaventura y de allí, por medio de transportes conseguidos en Guayaquil, se trasladarían a este puerto para incorporarse a los ejércitos de Sucre, al tiempo que algunos contingentes, con su centro de operaciones en Popayán, se encargaban de hostilizar el poderoso baluarte realista de Pasto —al mando de don Basilio García—. para evitar su posible colaboración en la defensa de Quito.

Desafortunadamente, la movilización de los ejércitos colombianos de la manera prevista, se dificultó a última hora, pues muy a pesar de los esfuerzos realizados por la escuadra chilena en el Pacífico, con miras a exterminar la armada española, algunos poderosos barcos de guerra realistas lograron salir airosos de la lucha, y cuando Bolívar se preparaba a embarcar sus fuerzas en Buenaventura, tuvo noticia de que los mencionados barcos recorrían los mares que constituían ruta obligada de los transportes colombianos y guayaquileños.

Para no verse expuesto a perder en los azares de una batalla naval lo mejor de sus tropas, el Libertador ordenó suspender la movilización y regresar gran parte de los contingentes a Popayán. Sus posibilidades quedaron entonces limitadas a tomar la ruta de Pasto, internándose con el grueso de sus efectivos en aquellos sombríos y peligrosos parajes, donde el clima y la naturaleza abrupta y montañosa, favorecía en todo momento a las fuerzas realistas de don Basilio, compuestas por heróicos y experimentados guerrilleros, habilísimos para las emboscadas y sorpresas, tan fáciles en aquella zona geográfica, especie de Valdée americana, cuyas características describía el Secretario del Libertador así: "Pasto está habitado por hombres que han hecho una defensa tenaz de un territorio que conocen y de cuyas ventajas naturales se aprovechan. Nuestra marcha a la vez se prolonga y se hace por caminos quebrados, donde todas las caballerías se pierden o se inutilizan. El enemigo puede contar con todas sus fuerzas reunidas desde Quito a Popayán, para defender sucesivamente las muchas posiciones fuertes que le presenta aquel terreno. El ejército libertador va a tener que sufrir por el clima, por la escasez de provisiones, por las dilatadas marchas, y va a tener que combatir en su propia casa, con hombres descansados, aclimatados y prácticos en aquellos lugares. El ejército libertador desde el día que emprenda su marcha, no debe contar sino con bajas y pérdidas de hombres, caballos, mulas, bagajes; y el enemigo inmóvil nada sufre."

Las técnicas desarrolladas por Bolívar en esta fase de la campaña, ha sido generalmente criticadas en su aspecto militar, porque si ellas procuraron, inicialmente, evitar encuentros de éxito dudoso con las fuerzas enemigas, optaron después por audaces ataques sobre sus posiciones, que frecuentemente pusieron en peligro la suerte misma del ejército libertador. Para explicar esta actitud, debemos tener en cuenta no solamente la personalidad impulsiva de Bolívar, cuyas características con tanta frecuencia determinaron el sentido y naturaleza de sus empresas militares, sino también la premura que le guiaba en esos momentos, pues al tiempo que sus tropas estaban detenidas por los feroces guerrilleros pastusos, en el Sur los ejércitos de Sucre corrían graves peligros y el movimiento monarquista de San Martín ganaba en el Perú batallas políticas que parecían decisivas.

Por eso, después de algunas maniobras de flanqueo para evitar las posiciones enemigas, y visto por el Libertador que los realistas se habían situado en forma que fatalmente le cerraban el camino hacia Quito, decidióse a buscarlos en una acción frontal, la cual podía acarrearle una derrota de consecuencias peligrosísimas, pero también abrirle definitivamente las rutas del Sur, como efectivamente lo logró el 5 de abril de 1820 en la histórica acción de Bomboná.

Después de esta victoria, la situación de los ejércitos realistas se tornó casi desesperada, porque la defensa de Pasto resultaba prácticamente imposible. Al recibir don Basilio la propuesta de rendición del Libertador, tras de algunas vacilaciones optó por capitular, y el día 8 de junio, cubierto por el palio del Obispo, Bolívar entró triunfalmente en la heróica ciudad realista.

En Pasto le esperaban gratas nuevas; emisarios del Sur le confirmaron los rumores llegados con anterioridad, según los cuales, Sucre en gloriosa acción, en el cerro de Pichincha, había exterminado las fuerzas realistas que defendían a Quito. Las dos fases de la campaña libertadora lograban así plenamente sus objetivos y dueños los colombianos de Quito y de Pasto, ante ellos se abrían los caminos que conducían directamente a los campos de batalla del Perú, donde habrían de librarse los combates finales por la libertad del Nuevo Mundo. "Tengo —decía Bolívar, en comunicación del 17 de junio al General San Martín— la mayor satisfacción al anunciar a V. E., que la guerra de Colombia está terminada y que su ejército está pronto a marchar donde quiera que lo llamen sus hermanos y, muy particularmente, a la patria de sus hermanos del Sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y compañeros de armas."

Al tiempo que las tropas libertadoras entraban vencedoras en

Pasto, por el accidentado camino que comunica la altiplanicie quiquiteña con la ciudad de los Virreyes, un vigoroso anciano, don Simón Sáenz y su hija, seguidos por sus criados y su equipaje, se dirigían hacia Quito.

Don Simón, acaudalado comerciante español, regresaba entonces a su habitual residencia, después de realizar, con satisfactorios rendimientos, en la capital del Virreinato peruano un considerable lote de mercancías. Al prepararse para salir de Lima, su hija Manuela se había empeñado en acompañarle a Quito para visitar a su madre y talvez también para alejarse un poco de la asidua vigilancia de su marido, el médico inglés Jaime Thorne, vigilancia que ocultaba un íntimo drama de desamor conyugal que, en verdad, élla hacía muy poco por disimular.

Charlando alegremente con su padre, montada a horcajadas sobre su inquieto caballo alazán, su indumentaria varonil, falta de esos adornos que tanto encanto ponen en el arreglo de las mujeres, presentaba marcado contraste con la inquietante feminidad que fluía avasalladora en su gracia, en su belleza y espléndida alegría vital. Sobre su cutis blanco y sonrosado, que hacía más bello el marco negro de su cabellera, resaltaban exultantes, móviles, sus grandes ojos negros y sus labios de subido color natural, dibujados como para sugerir la íntima fuerza emocional de esta mujer. Su cuerpo agilísimo, tenía movimientos un tanto felinos y todo en él parecía rebelarse contra las severas líneas de su traje, que no lograba ocultar su sugestivo encanto corporal. Algo, difícil de definir, anunciaba en élla un confiado optimismo en el futuro y una falta de sólidos vínculos sentimentales con el pasado, como si los recuerdos pesaran poco en su alma ante la misteriosa ansia de porvenir que la embriagaba, ante el anhelo de cosas nuevas que iluminaba con amables colores el horizonte de su existencia.

☆

Hacia 1790, en busca de la fortuna que no les había sonreído en el Virreinato de la Nueva Granada, llegaron a Quito don Simón Sáenz y su mujer, doña Juana María Campo Larrahondo y Valencia; en esta ciudad el español, hombre activo, hábil en los negocios de comercio y dotado de grandes ambiciones y un indudable atractivo personal, no tardó en adquirir una buena posición. De su matrimonio nacieron cuatro hijos: Pedro, José, Ignacio y Eulalia, y como no fueran sus dificultades con algunos peninsulares, llegados a la ciudad con anterioridad y que gracias a ello usufructuaban las más altas posiciones administrativas del gobierno, todo parecía entonces sonreirle a don Simón.

Poco antes de nacer su hija Eulalia, este hombre consagrado a

la ambición, encontró una inesperada aventura sentimental; la bellísima criolla doña María Aizpurú, pensando talvez correr a un romance fugaz, descubrió en la intimidad con esta naturaleza sensual y voluntariosa, la cadena que la conduciría a renunciar a su propia vida, a su posición y a su honra, para vivir a la sombra de unos amores ocultos con el español, obligado siempre a repartir sus cuidados entre su hogar y la dulce doña María, quien por amor se contentaba con la felicidad de sus caricias secretas.

De estos amores nació una niña, bautizada con el nombre de Manuela y destinada a pasar los años de su infancia a la sombra de un hogar donde el padre llegaba casi furtivamente y la madre sólo parecía alegre en las horas fugaces de sus visitas. Las incertidumbres propias de esta pasión secreta, hicieron con el tiempo más estrechos los vínculos sentimentales entre madre e hija y en la casa solitaria de doña María, Manuela fué creciendo en un pequeño mundo suyo, del cual se sentía reina, y acostumbrándose desde temprano a ser obedecida en sus menores caprichos. Su carácter se tornó, por lo mismo, voluntarioso y sus primeras nociones del mundo se impregnaron de cierto optimismo, que la llevaba a aceptar con dificultad cualquier demora en el acatamiento de sus deseos.

Esta situación no duraría indefinidamente, pues don Simón —por orgullo paternal muy español— decidió darle cabida a la pequeña en su propio hogar, llevándola con frecuencia a él; tal cambio de atmósfera, de ambiente vital, dejó profundas huellas en el espíritu de la niña, porque allí Manuelita se sintió menos importante. no recibió las atenciones excepcionales a que estaba acostumbrada y se encontró con la hostilidad declarada de Eulalia, casi de su misma edad, que la miró desde entonces como una rival. En los años de su infancia, además de doña María sólo encuentra Manuela, como compañía que merezca el nombre de tal, a dos negritas esclavas —Jonatás y Nathan—, cuya proximidad y conversaciones habrán, en el despertar de su vida instintiva, de constituir peligroso y enervante estímulo para las curiosidades iniciales de su alma. Por eso, en la joven Manuela las pasiones no llegan al conocimiento de su objetivo, tranquila y gradualmente, sino con cierta brusquedad acompañada de extraño deleite. El encanto ácido de placeres desconocidos, presentidos a través de las conversaciones y los ejemplos de sus dos comjañeras de juego, pone en marcha en esta naturaleza una inquietante sed de embriagueces sensibles, que habrá de conducirla tempranamente al amor con atormentada alegría.

Al tiempo que el alma de Manuelita tomaba estos rumbos, se hacia también más débil el lazo que unía a sus padres. Al opacar los años el entusiasmo amoroso de los primeros tiempos, estos dos seres

se fueron distanciando y sus diferencias aproximaron el momento de la separación. Y no era la menor de tales diferencias la creciente hostilidad que, en aquellos tiempos, apresuraba el rompimiento definitivo entre criollos y españoles, pues la peculiar situación de doña María sólo podía acentuar en élla la esperanza, hija de su postrer desamor, en un cambio de las condiciones sociales de su tiempo, capaz de modificar un estado de cosas y de costumbres dentro del cual parecía condenada a la obscuridad. En tal virtud, cuando en 1809 estalló en Quito el primer movimiento revolucionario, doña María Aizpurú se puso francamente del lado de los rebeldes, y con su hija vió desfilar impasible, en dirección a las cárceles, a centenares de españoles, entre quienes figuraba su amante, el señor Sáenz. En esta frialdad se confundían entrañablemente sus resentimientos de mujer con su vanidad ofendida de americana; raza y desamor inspiraban esta actitud implacable, que su hija no olvidaría nunca.

Poco tiempo duraron, sin embargo, las esperanzas de doña María. La reacción española, aliada con las masas indígenas, no tardó en mostrarse más fuerte y el movimiento emancipador fué ahogado en sangre. Manuelita pudo entonces familiarizarse con los horrores de la guerra americana; en las calles y en los campos vió bárbaramente expuestos las cabezas y los miembros sangrientos de los jefes de la revuelta.

Deseosa doña María de evitar a Manuelita el cruel espectáculo de las represalias, se trasladó a su hacienda, no muy lejos de la capital, y allí se consagró a la educación y cuidados de esta hija, cada vez más dueña de su voluntad y de su corazón. A mediados de 1814, cuando la causa americana atravesaba por su más difícil época y con el anuncio de la proximidad del Pacificador Morillo se extinguían las últimas esperanzas de los patriotas, doña María, preocupada por el carácter excesivamente independiente de Manuela, decidió pensionarla en el internado del Convento de Santa Catalina, no sólo para completar su educación sino para corregir las audacias de su conducta y su precoz coquetería. Es posible que en esta decisión influyeran también las preferencias que notó en Manuelita por el apuesto oficial de húsares, Fausto D'Elhuyar, español como don Simón Sáenz y que, por lo mismo, evocó en doña María dolorosos recuerdos, los cuales le dieron valor para separarse de su hija, pues por nada del mundo deseaba que el brillo y la aureola de poderío de los dominadores de América, arrastrara a su hija, como le acaeció a ella, a una aventura de amor sin porvenir.

Pero D'Elhuyar estaba demasiado interesado por la bellísima joven para que su encierro en el Convento de Santa Catalina pudiera obligarlo a renunciar a élla. Ducho en amores difíciles y aventuras ga-

lantes, supo ingeniarse la manera de mantenerse en comunicación con élla, cosa no muy difícil en aquellas épocas, célebres por la vida nada estricta de los Conventos y en particular del de Santa Catalina; por medio de mensajes enviados con las porteras; con apasionadas cartas de amor que le entregaban a Manuelita en los días de visita las esclavas Jonatás y Nathan, D'Elhuyar la rodeó de una asiduidad tierna y constante que se adentró muy hondo en el corazón de Manuela, cada vez menos dueña de sí ante esta tentación que invadía sus sentidos con el irresistible enervamiento de su primer amor. Ambiciones sociales, anhelos que la llevaban desde su infancia a desear el brillo, el triunfo social, todo se fundió en el fuego impaciente de esta pasión, donde se comprometía emocionada y completamente su ardiente juventud.

Un día Manuelita Sáenz abandonó secretamente el Convento y sin pensar en el escándalo huyó con el oficial español, dejando desesperada a doña María por ver repetirse en su hija la dolorosa historia de su propia juventud. Pero poco o nada pesaban entonces estas consideraciones en el alma de Manuelita; embriagada por la primera felicidad de los sentidos y entregada en cuerpo y alma a su amante y seductor, Manuelita descendió, con la emoción de lo desconocido en el alma, hasta esos abismos del deleite humano que una vez tocados nos impulsan a sumirnos en su indefinible y maravillosa profundidad.

Este amor, que hubiera podido serlo todo para Manuelita, no debía durar largo tiempo; como su madre, élla fué abandonada por un español, por otro miembro de la raza dominadora que solía saltar fácilmnete en América, las vallas que protegían en España la honra y dignidad de las mujeres peninsulares.

En un principio Manuelita lloró mucho y en busca de consuelo regresó a la casa de doña María, quien la recibió con ternura inspirada por las tristes remembranzas de su juventud. A su lado fué calmándose, olvidando su transitorio sueño de felicidad, en cuyas ruinas creció un incontenible deseo de placeres, pues los recuerdos de intensa voluptuosidad que le dejaba su pasajero idilio, se negaban a morir y parecían renovarse en un indomable deseo de emociones sensibles. Manuelita empieza entonces una nueva vida, comienza poco a poco a ser otra mujer; una mujer dura, dominante y deseosa de gozar, aunque sus goces causen sufrimiento a otros. Un propósito firme guía todas sus acciones y configura todos sus actos: no correr la suerte de su madre; salir del olvido y del entredicho social a que la condena su pecado; imponerse a quienes hoy la miran de reojo y pretenden aprovecharse de su caída. La necesidad de buscarse una situación socialmente aceptable, que la cubriera de todo reproche, comienza a

obsesionarla y la solución del matrimonio se arraiga en esta mente, temerosa de sufrir una derrota en momentos tan decisivos de su vida.

Resulta difícil saber si su casual encuentro con el médico inglés Jaime Thorne —hombre ya en el meridiano de la vida y de gran reputación social y profesional—, despertó en élla la idea del matrimonio o si la convicción de su necesidad la llevó a acercarse a este hombre tranquilo, rutinario en sus costumbres y falto de esos atractivos humanos que parecían indispensables a una naturaleza como la suya; en todo caso, está fuera de duda que en la aproximación de estos dos seres tan diferentes, el amor compartido no jugó gran papel; la ardiente y tardía pasión que en el hombre maduro despertó la atractiva juventud de Manuelita, sólo encontró en élla ese asentimiento sin espontaneidad, muy propio de la mujer cuando toma soluciones que comprometen su vida sentimental sin comprometer sus sentimientos.

El matrimonio se efectuó a mediados de 1817 y las ceremonias se prolongaron durante tres días, como fué el deseo de la desposada. Evidentemente Manuelita no tenía ninguna prisa por comenzar su intimidad con su serio marido y en las fiestas celebradas en casa de doña María, como en el baile en la residencia de don Simón y en la Hacienda de Catahuango, donde Manuelita se hizo acompañar de muchos de los compañeros de tres días de regocijo, se la pudo ver más preocupada de danzar locamente que de buscar la compañía del doctor Thorne, quien además de sus prejuicios contra el baile pocas disposiciones tenía para él.

Con su matrimonio empezó para élla una agitada existencia social, entre cuyas pequeñas alegrías pareció olvidarse del vacío de su vida interior. Su casa se convirtió en uno de los principales centros sociales de la ciudad y ante el lujo de su existencia fastuosa, Manuela de Thorne vió caer muchas de las barreras de censura que se había pretendido conservar levantadas contra élla y a salvo de muchos desaires, por su ventajoso enlace, llegó a la cumbre del éxito con la satisfacción orgullosa de obligar a una sociedad a perdonarle a regañadientes sus audacias o a callarse sus reproches.

Pero Manuelita tenía demasiada impetuosidad en el alma para que estos éxitos transitorios pudieran satisfacerla permanentemente. El vacío de su vida sentimental que con el correr de los días se hacía presente al lado de un hombre del cual todo la distanciaba, no tardó en revivir en élla los recuerdos de su fugaz aventura de amor y el apuesto oficial español, a quien encontraba no pocas veces en las fiestas, obtuvo nuevamente sus preferencias.

Estos amores no pasaron mucho tiempo inadvertidos para el doctor Thorne. Cuando estuvo seguro de lo que acontecía, con esa

frialdad muy suya, arregló sus asuntos en Quito y so pretexto de importantes negocios, notificó a su mujer que debían trasladarse a Lima a la mayor brevedad. Si acaso él pensó encontrar seria resistencia, debió quedar gratamente sorprendido por la actitud de la quiteña que, sin vacilar, le expresó sus deseos de emprender el viaje inmediatamente. Lima, la Ciudad de los Virreyes, sólo atractivos podía ofrecer a Manuela, a quien nada ni nadie retenía entonces en Quito y no podía menos de interesarse por las obvias posibilidades de un ambiente como el de Lima, más digno, por todos los conceptos, de servir de escenario a la gran personalidad de esta mujer.

No tardó mucho tiempo Manuelita en darse cuenta de las grandes dificultades que habría de vencer si deseaba obtener en Lima una situación siquiera parecida a la que había disfrutado en Quito. En la gran ciudad cosmopolita la llegada del doctor Thorne y su señora constituyó un incidente sin importancia, para tristeza de Manuela, a quien el poderío majestuoso de la gran aristocracia limeña no tardaría en hacer sentir rudamente la presencia de barreras sociales nada fáciles de franquear. Para fortuna suya, esta lucha desproporcionada contra una sociedad que no se dignaba tomarla en cuenta, halló en los acontecimientos históricos de la época una salida inesperada, destinada a darle esa importancia tan grata a su temperamento. A poco tiempo de su instalación en Lima, las noticias de los progresos del movimiento revolucionario en el Sur, que, según se decía, aspiraba a llevar sus fuerzas al propio Virreinato peruano, estimularon el ambiente subversivo imperante en la ciudad y las casas de los descontentos —ricos y pobres— se convirtieron en centro de conciliábulos revolucionarios, cuyo carácter se disimulaba con las apariencias de inocentes reuniones sociales.

Invitada inicialmente a tales reuniones por Rosita Campuzano, una de las más activas conspiradoras, de simple espectadora o iniciada en una peligrosa empresa revolucionaria, pasó fácilmente, por su actividad, sus atractivos y su odio contra el estado de cosas que se aspira a derrocar, a ser uno de los principales personajes del submundo revolucionario de Lima y su residencia se convirtió, para desesperación del tranquilo y temeroso doctor Thorne, en centro de reuniones, donde con pretexto de regocijos sociales, asistían las gentes esperanzadas en los progresos de la revuelta. Esta nueva vida, matizada de excitantes alegrías y de peligros, llenó completamente el alma ardiente de Manuela y en el curso de sus cambiantes peripecias pudo descubrir una nueva fase de su personalidad, que la empujaba imperiosamente a la política, a las intrigas, a gozar con los encantos y peligros del poder. Con entusiasmo se enteró, por lo mismo, del desembarque efectuado en las costas de Pizco por las fuerzas revolu-

cionarias del Sur, al mando del General San Martín, suceso que a pesar de la activa vigilancia de las autoridades españolas, aumentó la audacia de los descontentos.

No resulta difícil comprender que en las conversaciones íntimas de Rosita Campuzano y Manuela Sáenz, el significado de la revolución, por ambas deseada, se materializara en divagaciones profundamente femeninas sobre el hombre que la dirigía, pues para ambas les era desconocido el general argentino. Cuando se acercaba la entrada de las fuerzas revolucionarias a Lima, en ellas temblaba una vaga expectativa, un anhelo confuso pero poderoso, de ver al frente de los ejércitos del Plata a un personaje capaz de entusiasmarlas no solamente como adictas a la causa americana, sino también como mujeres. Este anhelo era particularmente fuerte en Manuelita, que en el fondo de su alma y gracias a las complejas circunstancias de su existencia, había sentido acentuarse en su vida íntima una contradicción, cada vez más dolorosa e insoluble, entre aquellas fuerzas de su personalidad que la hacían aborrecer las posiciones susceptibles de condenarla a una vida mediocre —a la sombra de algo o de alguien, como fué el caso de su madre—, y esa ley poderosa de su naturaleza femenina que se traducía en añoranza de la cálida felicidad experimentada en los tiempos de su primer amor. Fundir en una gran pasión de los sentidos y del alma, las delicias del amor y la voluptuosidad del poder, tal era el hondo e inconsciente anhelo de esta mujer que, por lo mismo, no podía mirar indiferente la proximidad del jefe revolucionario, cuyo nombre era símbolo de gloria y libertad desde las riberas del Plata hasta las márgenes del Rimac.

El destino reservaba a Manuelita una desilusión. La opaca entrada de San Martín en Lima; su falsa modestia que denunciaba su timidez; su rigidez puritana; su aparente desprecio por las multitudes, hijo de su temor a ellas; su tendencia a resolverlo todo en conciábulos secretos, y su apego al orden conservador de las clases americanas, hijo de su incapacidad para afrontar —con sentido creador—, una auténtica situación revolucionaria, características humanas que pudieron confundir a los hombres de su tiempo hasta hacérselas aceptar como virtudes, dejaron en el alma de Manuela, desde el primer momento, pésima impresión. Indudablemente aquel no era el hombre que había esperado con secreto entusiasmo; por eso, con la rapidez con que las mujeres llegan a sus juicios fundamentales sobre los hombres, presintió con tristeza las horas difíciles que aguardaban a la revolución. Nada tiene, pues, de extraño que, a pesar de los honores recibidos —la Cruz de las Caballerescas del Sol—, impuesta a élla por el propio San Martín en reconocimiento a sus servicios a la causa revolucionaria, y de la misma insistencia de Rosita Campuzano,

Manuela Sáenz se decidiera a regresar a Quito cuando su padre, temeroso de las represalias decretadas por los ministros del Protector del Perú contra los españoles, le anunció su propósito de retornar al lado de su familia.



El 15 de junio, Quito comenzó sus preparativos para recibir triunfalmente al Libertador de Colombia. Durante todo el día los funcionarios municipales inspeccionaron cuidadosamente las labores ordenadas por la Junta de Festejos, de tal manera que al atardecer la ciudad estaba engalanada con arcos triunfales, banderas y gallardetes y en la plaza se daban los últimos toques a un gran escenario, donde habrían de cumplirse las ceremonias de la recepción. Esa noche se durmió poco en Quito, porque la animación y el gran número de gentes llegadas de los alrededores, mantenían un ambiente bullicioso de regocijo, donde se mezclaban gentes de todas las clases sociales. Solamente las familias españolas, cuyas casas estaban cuidadosamente vigiladas, no participaban en la alegría general por la próxima llegada del hombre que había puesto fin a la dominación española en el Norte del Continente y cuya marcha se conocía minuciosamente por los emisarios encargados de informar a las autoridades del itinerario y distancias del Libertador y sus huestes.

El 16 de junio, desde las primeras horas de la mañana, una gran multitud se reunió en la plaza y a lo largo de las calles donde debía desfilar el cortejo, al tiempo que en los balcones, adornados con banderas y coronas de flores, las más bellas damas de Quito, luciendo sus mejores galas, contribuían a hacer más rico en emoción y colorido aquel gran homenaje popular.

A las 10 de la mañana el grito "ya llegan", "ya llegan" y las músicas marciales de la banda de guerra que presidía al cortejo triunfal, aumentaron la tensión de la multitud y el bullicio de las conversaciones fué disminuyendo al tiempo que crecía la expectativa general.

Bolívar entró en Quito seguido de su oficialidad, de 600 jinetes y montado en un magnífico caballo blanco, que excitado por el ruido de las músicas marciales y las aclamaciones de los espectadores, tascaba nervioso e impaciente el freno, de tal manera que hombre y corcel parecían confundirse con aquella ola de emoción gloriosa. "Bolívar vestía —dice un cronista— su gran uniforme militar: casaca bordada de oro, con los entorchados y charreteras de general; una rica espada del mismo metal con sus correspondientes tiros bordados; pantalón muy ancho de paño, de grana, de idéntica labor al costado; grandes botas de montar, con espuelas sobrepuestas; sombrero elás-

tico, muy alto, festonado de franjas de oro por la orilla exterior y orlado de pluma blanca al interior y tres grandes plumas derechas, del tricolor de la bandera, azul, amarillo y encarnado. Una faja y banda de seda, igualmente tricolor, con bellotas y rapacejos de oro bajando del hombro derecho al costado izquierdo, terminaba ciñéndose la cintura."

El cortejo se dirigió a la plaza principal, donde la música de varias bandas. el toque de cornetas y el ruido de las salvas de victoria se confundían con un inmenso clamor de miles de voces que gritaban: ¡Viva Bolívar! ¡Viva nuestro Libertador! Allí los indios, con sus pintorescos trajes y sus mantas de colores, al vislumbrar en el cálido fervor de este homenaje un horizonte de libertad tras de tántos siglos de esclavitud, trataban de romper las filas de soldados que garantizaban el paso franco al cortejo y al lograrlo muchas veces, se acercaban a Bolívar, le rodeaban, obligándolo a detenerse para tocarle y presentarle su saludo con emoción casi religiosa.

Seguido por esta ola de emoción popular, Bolívar llegó a la esquina diagonal del Palacio del Obispo, donde una corona de laurel, arrojada desde uno de los balcones, cayó sobre él; al levantar los ojos, ellos se encontraron por primera vez con la mirada profunda, casi acariciadora de Manuela Sáenz, la mujer que un día le llevaría a decir: "me has hecho idólatra de la humanidad hermosa."

Para élla, este fué el momento decisivo de su existencia. Después de tántos años de esperas y búsquedas inútiles, a la vista del héroe a quien todo un pueblo ovacionaba delirante, la dominó esa honda emoción que había sido siempre el anhelo íntimo de su naturaleza: la de sentir confundirse misteriomente en su intimidad, en unos segundos que pudieran ser siglos, su completo entusiasmo femenino por un hombre con las voluptuosidades del poder y de la gloria.

A partir de este minuto, quienes la acompañaban en el balcón la notaron distraída y distante. La inesperada violencia de sus emociones sólo le permitía pensar en el momento de encontrarse nuevamente con Bolívar; por lo mismo, puso poca atención a las ceremonias triunfales que se desarrollaban en el escenario construído frente a la Casa Municipal, donde en esos momentos doce bellas jóvenes quiteñas, vestidas de ninfas, coronaban de laureles al Libertador de Colombia.

El encuentro que élla anhelaba se produjo esa misma noche, en el baile ofrecido en honor del Libertador por las autoridades locales. El gran salón de la Casa Municipal había sido acondicionado para el efecto y aquella noche presentaba un aspecto deslumbrante, adornado con preciosa tapicería, iluminado por centenares de luces y engalanado por el brillo de los uniformes y las magníficas galas de las damas quiteñas. En el fondo de la gran sala se había preparado un sitial

casi regio para Bolívar, a quien rodeaba su Estado Mayor y las principales personalidades de la ciudad. De brazo de don Juan Larrea y, presentada por él, Manuelita llegó hasta Bolívar; cuando sus manos se unieron con gesto aparentemente ceremonioso, algo muy fuerte en ellos les hizo olvidar por unos segundos la importancia de aquel ceremonial que se oponía a su franco acercamiento.

Nunca como en esta ocasión Manuelita había puesto mayor cuidado en su tocado, porque nunca había sido tan grande su necesidad de gustar, de ser admirada y deseada, como esa noche. Segura de comenzar a vivir los momentos más emocionantes de su existencia, toda su naturaleza parecía comprometida en su inmenso anhelo de agradar a Bolívar, quien a pesar de las atenciones que le rodeaban no podía dejar, mientras élla bailaba, de seguirla con los ojos y de gozar intensamente al presentir en aquella mujer inocultable y recíproco entusiasmo. Por lo mismo, muy poco tiempo después, Bolívar abandonó su puesto y ante la curiosidad de todos los presentes —que conocían la fama del caudillo americano en achaques galantes como las leyendas que circulaban sobre la señora de Thorne—, la invitó a bailar. Seguros de que todos los ojos estaban fijos en éllos, bailaron aquella noche largamente, locamente, sintiendo cómo en sus silencios y en el contacto de sus cuerpos triunfaba una emocionante alegría de vivir.

Ni por un momento vaciló Manuela Sáenz para decidir su conducta futura. Ella sólo sabía triunfar amando y no tuvo entonces ni tendría después otra ambición que la de ganarse el amor de ese hombre, que en forma plena satisfacía sus aspiraciones. Por eso, cuando esa noche se despidieron, el entusiasmo de Bolívar nada tenía de la curosidad que se despierta en los hombres ante una mujer de cuyo interés sentimental no logran estar seguros; entre los dos, desde el primer momento, existió la sensación exacta de que nada se rehusaría y, al separarse, era el placer de imaginarse amado por Manuela, el sentimiento que embriagaba totalmente la apasionada naturaleza del Libertador.

Así fueron los dos hacia lo inevitable y fueron sin dudas, porque a ambos les dominaba la seguridad de que su amor forjaría esa voluntad de durar que distingue a las grandes pasiones. Así empezaron para éllos esos días febriles de amor y de entrega total, donde la emoción de descubrir nuevas felicidades se confundía con la plenitud de placeres, que lejos de agotarse en su consumación, parecían renovarse en una embriagadora sinfonía de la sensibilidad.

Por significativo paralelismo del destino, cuando en las regiones centrales del Continente, la gloria de Bolívar adquiría fulguraciones mundiales y su vida comenzaba a confundirse para siempre con la

epopeya de América, encuentra a esta mujer en cuya existencia parecían fundirse las grandezas, los resentimientos, las caídas y las debilidades del mundo nuevo y caótico que estaba adquiriendo conciencia trabajosamente en la guerra de emancipación. Porque Manuela Sáenz era ante todo una americana y lo era inconsciente pero avasalladoramente, pues en su sangre, en su historia y en sus recuerdos, estaba el drama de América y en sus potentes energías vitales había fulgores de porvenir, como los que en esos momentos asomaban en el horizonte del Continente americano.

Por eso en sus brazos, en el delirio de la pasión, o simplemente a su lado, protegido por su ternura, Bolívar nunca se sentiría lejos del grandioso drama histórico en que estaba comprometido y tampoco existiría solución de continuidad en el idilio del héroe americano, cuando las imperiosas circunstancias políticas le obligaran, como sucedió dos semanas después de su arribo a Quito, a separarse transitoriamente de Manuela para marchar a Guayaquil, centro de colisión de las dos grandes fuerzas revolucionarias de la América Hispana: la que había triunfado en Boyacá y Carabobo y la que, alejándose de las Provincias del Río de La Plata marchaba, con el apoyo de los ejércitos chilenos, a buscar una fórmula política para la anarquía social del Nuevo Mundo en el poderoso ordenamiento clasista y aristocrático de la sociedad peruana. A partir de este momento los dos estarán unidos no sólo por su mutua felicidad de enamorados, sino también por el grande interés de esta mujer en la obra de Bolívar, en cuyo ámbito el amor y la devoción de élla por el héroe, alcanzarán discretas pero indudables fulguraciones históricas.

Capítulo XXIV

LA CONFERENCIA DE GUAYAQUIL

"El hemisferio del Sur necesita de un hombre de peso y que tenga muchos medios a su disposición."

SIMON BOLIVAR

Dos aspiraciones de rango continental. — Independencia política y conservación del orden social tradicional, pide San Martín.— Modificación de las condiciones sociales de América como fundamento de la independencia, demanda Bolívar.—Los problemas de la cooperación militar.—Remisión de reclutas colombianos para engrosar los cuerpos argentinos.—Distribución del poder político en el Hemisferio.—¿Hegemonía argentina o hegemonía colombiana?—Acuerdo imposible.—Renuncia del Protector.

Seguido de 1.500 hombres llegó Bolívar a Guayaquil el 11 de julio de 1822, y entró a la ciudad bajo arcos triunfales; el pueblo, que veía en él un símbolo de la revolución democrática de América, le aclamó con emoción auténtica, mientras la Junta de Gobierno guardaba actitud de equívoca reserva y el patriciado de Guayaquil, más cercano del "monarquismo" de San Martín, disimulaba difícilmente su hostilidad por las fuerzas colombianas, en las cuales presentían una amenaza para sus privilegios. Estas circunstancias llevaron al Libertador, el 13 de julio, a notificar a la Junta de Gobierno, "que acoge bajo la protección de la República de Colombia al pueblo de Guayaquil, encargándose del mando político y militar de esta ciudad y su provincia".

Grande fué, por tanto, la sorpresa del general argentino, cuando al acercarse a Guayaquil y anclar en las cercanías de la isla de Puná,

llegaron los edecanes de Bolívar, enviados por él cuando conoció su proximidad, a invitarle a desembarcar en **territorio colombiano.** "El Libertador nos ha ganado de mano" —le diría en carta confidencial a Guido.

Disimulando su despecho, manifestó a los emisarios de Bolívar su gratitud por la invitación y les anunció que al día siguiente descendería a tierra; además, puso especial énfasis al rogarles comunicar a Bolívar sus grandes deseos por conocer personalmente al héroe de Colombia.

Llega así la grande y decisiva hora de América. Las dos máximas expresiones humanas, nacidas en el período convulsionado de la revolución, van a encontrarse en la ciudad de Guayaquil para decidir la futura organización política del Nuevo Mundo. San Martín, temperamento frío, modelado por la educación europea, representaba allí las tendencias de la vieja diplomacia, inclinada a enfrentarse al descontento de los pueblos con el simple juego de alianzas familiares a la europea; Bolívar, verdadero hombre de trópico —con todos sus defectos y sus grandezas—, simbolizaba, en cambio, las fuerzas primitivas y contradictorias que en el ardiente suelo de América luchaban por engendrar un nuevo tipo de sociedad. El primero, temeroso de las convulsiones sociales que entonces aquejaban a las comunidades del Nuevo Mundo, buscaba formas de gobierno capaces de facilitar la independencia del Continente sin tocar las tradicionales barreras que limitaban la actividad de sus clases sociales desde la Colonia; y Bolívar, tras de alcanzar sus mejores victorias contra los españoles, modificando el equilibrio de esas clases en el Norte del Continente, significaba la independencia de América a través de una vasta transformación, destinada a dar nuevas bases sociales y políticas a la libertad del Nuevo Mundo.

Desde las primeras horas de la mañana del 26 de julio, la rada fué engalanada con banderas de Colombia, el Perú y la Argentina, y la guardia del Libertador formó calle de honor desde el muelle hasta la casa destinada por Bolívar para alojamiento de su ilustre visitante. Hacia las diez, el toque de los clarines y las bandas de guerra anunciaron la llegada del Libertador al muelle y poco después se desprendió de la goleta "Macedonia" la lancha que conducía a San Martín a tierra. La trascendencia histórica del encuentro de los dos grandes caudillos de la emancipación americana, tenía en aquellos momentos su mejor expresión en la tensa ansiedad de los miles de espectadores que miraban alternativamente al sitio donde esperaba el Libertador de Colombia, rodeado de sus oficiales, y a la lancha que se acercaba rápidamente y en la cual se destacaba la figura vigorosa del Protector del Perú.

"San Martín —dice Sarmiento— era de alta talla y marcial en extremo su talente y tan a prueba de fatiga su naturaleza, que para todos los climas y estaciones, para la noche en las crestas nevadas de los Andes y el día en los tórridos arenales del Perú, tenía el mismo uniforme, severa y minuciosamente prendido y exento de todo adorno y aditamento que saliese del rigor del equipo del soldado. Bajo esta cubierta férrea, abrigábase un alma elevada, un espíritu ardiente, templado por la prudencia astuta e impenetrable de quien sabe anticipar los hechos, inventarlos a su placer, distraer las pasiones ajenas, subyugar las voluntades y hacerlas concurrir discretamente a sus fines. No fué caudillo popular; era realmente un general. Habíase educado en Europa y llegó a América donde el Gobierno era el revolucionario y podía formar a sus anchas un ejército europeo, disciplinarlo y dar batallas regulares, según las reglas de la ciencia. Su expedición sobre Chile es una conquista en regla como la de Italia por Napoleón; pero si San Martín hubiese tenido que encabezar "montoneras", ser vencido aquí, para ir a reunir un grupo de llaneros por allá, lo habrían colgado a su segunda tentativa. . .".

Al desembarcar San Martín, el toque de las dianas de guerra y las salvas de saludo de la artillería del puerto se mezclaron con las aclamaciones de la multitud, que alcanzaron su punto culminante en el momento en que Bolívar se adelantó a saludar a su ilustre huésped y le abrazó.

Inmediatamente después, los dos se dirigieron a la residencia destinada para el general argentino, en la cual recibió la visita protocolaria de las autoridades locales y de los jefes del ejército colombiano. Durante la ceremonia, la conversación versó sobre temas generales y tanto el Presidente de Colombia como el Protector del Perú se abstuvieron de tocar los delicados temas que motivaban su reunión en Guayaquil. Hacia el medio día Bolívar se despidió de su huésped y acompañado de la mayoría de los visitantes se retiró, no sin el anuncio de San Martín de que le visitaría esa misma tarde.

Cerca de las cuatro, sin fausto ni acompañamiento, el Protector del Perú se presentó en la Casa de Gobierno, donde le esperaba Bolívar rodeado de sus edecanes inmediatos, quienes a una orden suya les dejaron solos. Desde el primer momento Bolívar notó que San Martín exhibía un completo dominio de sí mismo y ese aire superior y no desprovisto de majestad que cautivó en su tiempo a las gentes cultivadas del Plata y del Perú. El informe de la Secretaría del Libertador al Gobierno de Bogotá, dice: "Poco después de llegado a su casa no habló de otra cosa el Protector sino de lo que ya había sido objeto de su conversación, haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas sin profundizar ninguna, pa-

sando de una a otra y encadenando las especies más graves con las más triviales. Si el carácter del Protector no es de este género de frivolidad que aparece en su conversación, debe suponerse que lo hacía con algún estudio."

Al disimulo de San Martín, Bolívar correspondió con actitud parecida. Evitó, por tanto, escoger los temas, para obligar a San Martín, ante su aparente indiferencia, a descubrir sus verdaderas intenciones. El general argentino no se demostró inferior a la sagacidad de su rival americano. Como quien no da mayor importancia al asunto, preguntó a Bolívar si no estaba muy disgustado por las "pellejerías" de Guayaquil, empleando el término "porteño" para calificar los disturbios políticos. El Libertador se apresuró a contestar que la situación política del puerto ya había encontrado adecuada solución en las adhesiones de su pueblo al Gobierno de Colombia, que no tardarían en quedar —como lo había solicitado San Martín—, ampliamente ratificadas por los comicios próximos a celebrarse. El Protector se extendió entonces en sutilés consideraciones sobre la impreparación de los pueblos americanos para el gobierno republicano y democrático, y llegó hasta decirle a Bolívar que en Guayaquil y en el mismo Quito se estaba fraguando una conspiración para establecer en aquellas regiones un Estado independiente de Colombia.

Situada la conversación a este terreno, San Martín abandonó su disimulo inicial y como si deseara conocer de una vez por todas las verdaderas opiniones del Libertador le "aseguró —dice el informe al Gobierno de Bogotá— que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando el Protectorado; que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luégo que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar, sin esperar a ver el término de la guerra; **pero añadió que antes de retirarse dejaría bien establecidas las bases del Gobierno; que éste no debía ser demócrata en el Perú porque no convenía, y últimamente, que debería venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar en aquel Estado".**

El Presidente de Colombia consideró llegado el momento de demostrar igual franqueza y manifestó al Protector su intención de oponerse a la coronación de Príncipes europeos en América, por considerar a la opinión popular ya fijada en el Continente en favor de la República. Su frialdad de los primeros momentos desapareció y el jefe revolucionario se reveló francamente en sus palabras. Ante el silencio de San Martín —quien no comprendía ciertas exaltaciones—, habló con calor, paseándose nerviosamente por la habitación; le manifestó que no existiendo en América las condiciones sociales necesarias para la vigencia normal del sistema monárquico, se nece-

sitaba no del ensayo de regímenes exóticos, sino de la adaptación del sistema republicano a las realidades típicas del Nuevo Mundo, que no permitían estabilizar, por medio de poderes autocráticos, las condiciones de vida coloniales, sino demandaban urgentemente el establecimiento de una forma de Gobierno capaz de permitir, por la solidez de su estructura política, el ascenso, a mejores condiciones de vida, de las extensas masas de la población americana, sin que ese proceso se cumpliera acompañado por un peligroso quebrantamiento del orden político.

San Martín, con actitud totalmente sincera de su parte, comunicó entonces a Bolívar su profunda alarma por los procedimientos radicales empleados en América para fomentar la revolución contra España; le agregó que por tales vías se estaba marchando apresuradamente hacia el caos y preparando una guerra civil que haría imposible la organización de los Estados americanos después de su emancipación. Para terminar, le explicó que las instituciones monárquicas, sobre las cuales, en su concepto, podía negociarse la emancipación del Nuevo Mundo con los poderes imperiales europeos, harían innecesario desencadenar las pasiones populares contra las clases patricias, únicas capaces de dar a las sociedades americanas una sólida y estable organización política.

Nunca, como en este momento, quedaron más francamente enfrentadas las dos concepciones que aspiraban imponer su espíritu y anhelos a la empresa histórica de la emancipación americana. San Martín buscaba un sistema capaz de permitir la liberación del Nuevo Mundo sin destruir las relaciones tradicionales de sus clases sociales, pues temía que su ruptura desatara el caos social en el Nuevo Mundo. Para Bolívar, en cambio, la destrucción de las relaciones tradicionales de las clases en América, no era asunto que pudiera evitarse oponiéndole compuertas desacreditadas, como lo eran las ideas monárquicas. "Están creyendo algunos —había escrito Bolívar— que es muy fácil ponerse una corona y que todos la adoren; yo creo que el tiempo de las monarquías se fué, y que hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor a la libertad, los tronos no volverán a estar de moda en la opinión. Usted dirá que toda la tierra tiene tronos y altares; pero yo responderé que estos monumentos antiguos están todos minados con la pólvora moderna y que las mechas encendidas las tienen los furiosos, que poco caso hacen de los estragos."

Bolívar había visto, cuando actuaba al frente de los ejércitos patriotas en Venezuela, cómo el fenómeno de la ruptura de las relaciones tradicionales de las clases se había venido cumpliendo en América, fomentado no sólo por los patriotas, sino por los propios

españoles, quienes, al verse perdidos en las etapas iniciales de la contienda, levantaron banderas de odio clasista, como lo hizo Boves en los llanos venezolanos y lo estaban realizando, ante los ojos del mismo San Martín, los generales españoles entre las indiadas de la Sierra peruana. Por tanto, para Bolívar el problema político de América no residía en temerle y huírle al caos social, que ya parecía un hecho cumplido, sino en ponerlo al servicio de la causa libertadora y en encausarlo posteriormente, a través de instituciones democráticas —fuertes por su estructura y liberales por sus principios—, por nuevas sendas de prosperidad nacional. "Ni nosotros, ni la generación que nos sucederá —había escrito—, verá el brillo de la República que estamos fundando. Yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes (se refiere a las mezclas de razas); al fin habrá una nueva casta de todas las castas, **que producirá la homogeneidad del pueblo. No detengamos la marcha del género humano con instituciones que son exóticas, como he dicho a usted, en la tierra virgen de América.**"

En el curso de la conversación se han revelado ya las serias diferencias que separaban a los dos grandes hombres. San Martín, frío, realista —con ese realismo que sirve simplemente para apreciar los hechos inmediatos—, no ha podido ocultar sus temores ante los grandes cambios que estaban ocurriendo en el Nuevo Mundo, y no ha vacilado en demostrar su franca predilección por un régimen político capaz de congelar esos cambios y de permitir la supervivencia del viejo orden de cosas. En cambio Bolívar ha demostrado el optimismo característico de los conductores acostumbrados a sentir el respaldo de los pueblos tras de sus decisiones. Por ello, la actitud del uno nos resulta a veces desprovista de fuerza impulsiva y de genio creador y la del otro se nos presenta iluminada por ese vuelo histórico que rasga confiadamente los velos del porvenir. Hablando de San Martín decía el Libertador en carta a Santander: "Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. **Tiene ideas correctas de las que a usted le gustan, pero no me parece bastante delicado en los género de lo sublime que hay en las ideas y en las empresas.**"

Aunque el Protector tenía un especial interés por tratar el problema, para él decisivo, de la posible cooperación militar colombiana, el ambiente de pugnacidad que suscitaron sus propuestas políticas le pareció poco apropiado para enfrentarse a este tema, y sólo se refirió a él en términos muy generales antes de dar por terminada aquella tarde la conversación. Quedó así planteado para el día siguiente este tema, al que San Martín atribuía más importancia que a cualquiera otro, pues de su solución dependía la supervivencia de su prestigio

en el Perú y con ello la prolongación de la influencia argentina en los sectores centrales del Continente.

**

Como el desarrollo de la revolución en el Nuevo Mundo se caracterizó por su extraordinario éxito inicial en los dos extremos de la América Meridional —en la Gran Colombia y el Río de la Plata—, la continentalización de la misma se efectuó por la convergencia de esos dos núcleos hacia el centro, la cual, según hemos podido apreciarlo, no tuvo carácter complementario y armónico, pues el "nacionalismo" que nació con el grito de independencia en cada uno de los antiguos virreinatos y capitanías, encontró extraordinario estímulo para su afirmación en las distintas concepciones políticas a cuyo amparo adquirieron su unidad los pueblos del Norte y del Sur. La emulación que habría de ponerse en evidencia con la intervención militar de las dos nacionalidades en el Perú, tuvo su origen no sólo en las tendencias afirmativas de las dos potentes colectividades, deseosas de "redondear" sus territorios a lo largo del Continente, sino también en la incompatibilidad de sus sistemas de gobierno, que buscaban consolidarse por la vía de generalizar sus postulados políticos a la totalidad del Nuevo Mundo.

En esta empresa de expansión continental, la suerte favoreció inicialmente a San Martín porque los sistemas políticos empleados para la unificación de las voluntades en las Provincias del Río de la Plata y la apartada posición geográfica de las mismas —la cual alejó al peligro de las expediciones reconquistadoras enviadas por España después de 1810—, le permitieron llegar al Perú cuando Bolívar luchaba todavía contra las divisiones peninsulares de Morillo. Sin embargo, el ritmo acelerado que caracterizó la consolidación inicial de la revolución "porteña", se distinguió por una tendencia a descartar ciertos problemas básicos de las nacionalidades en formación, la cual habría, con el tiempo, de quebrantar decisivamente las virtudes colectivas demostradas en los primeros momentos por las provincias rioplatenses. El monarquismo que defendía los intereses de las clases patricias, a la postre contribuyó decisivamente a provocar la división radical de la nación argentina y precipitó la guerra civil cuando San Martín, enfrentado en el Perú a fuerzas del Virrey, más necesitaba del apoyo total de su patria.

No podríamos continuar adelante sin dilucidar previamente un problema que ha constituído el fondo de las diferencias entre los historiadores hispanoamericanos acerca de los móviles que determinaron la conducta de los dos libertadores en Guayaquil: ¿juzgaba

San Martín suficientes las fuerzas militares de que disponía en el Perú para derrotar a los ejércitos de Laserna, Valdés y Canterac?

Este interrogante tiene trascendental importancia porque sólo su satisfactoria respuesta puede demostrar a cabalidad si el motivo que llevó a San Martín a Guayaquil fué simplemente asegurarse el dominio de este puerto —como lo creen eminentes historiadores—, o si, por el contrario, él buscó la entrevista con Bolívar para obtener una forma de colaboración militar que le permitiera terminar felizmente la guerra en la Sierra peruana, sin que ello afectara la influencia del monarquismo argentino en el Virreinato.

Quienes se inclinan en favor de la primera hipótesis —para ser lógicos con las obvias implicaciones de la misma—, afirman que San Martín estaba tan seguro de la importancia y cuantía de sus efectivos militares, que ni siquiera solicitó refuerzos a Chile y Buenos Aires. "Todo comprueba... —dice un eminente historiador— que el General San Martín no creía necesario nuevos auxilios para asegurar la independencia del Perú y por eso no los pidió ni a Colombia, ni a Chile, ni al Río de La Plata."

Esta aseveración no se compagina totalmente con la realidad histórica, pues es bien conocido el envío de los señores José Cavero y Gutiérrez de la Fuente a Chile y Buenos Aires para solicitar urgentemente recursos; como es sabido que a los dos emisarios no les fué posible obtener la cooperación que San Martín esperaba casi con angustia. El 15 de noviembre de 1822 el señor Cavero informaba así al gobierno protectoral sobre los resultados de sus gestiones: "Restituído a esta capital el teniente coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente, comisionado de ese Supremo Gobierno cerca de Buenos Aires y provincias de su antigua unión, para agenciar el envío de una expedición que aumentara las fuerzas de nuestro ejército, **ha informado verbalmente a S. E. el Generalísimo y a mí** de la renuncia formal del gobierno de Buenos Aires a cooperar por su parte a un tan interesante proyecto..."

Ello demuestra no solamente que San Martín sí solicitó refuerzos a los países del Sur, **por no considerar suficientes sus fuerzas en el Perú para la batalla en la Sierra**, sino que al haberle sido negados inevitablemente surgió la necesidad de que otra nación los proporcionara, lo cual, en ese momento, sólo podía hacerlo Colombia.

A esta conclusión se opone sólo en las apariencias la aseveración del propio San Martín al Libertador en Guayaquil, cuando le manifestó "que el enemigo es menos fuerte que él y que aunque sus jefes son audaces y emprendedores, no son muy temibles". Esta declaración sirve únicamente para confirmar la naturaleza del duelo diplomático librado entre Bolívar y San Martín en la conferencia. Porque si el

propósito del Protector era obtener la cooperación militar del Libertador sin que ella amenguara su influencia en el Perú, mal podía declararle que su victoria estaba condicionada totalmente —como él bien lo sabía después del fracaso de Cavero y de Gutiérrez de la Fuente—, a la participación de las armas de Colombia en la contienda. El haberlo confesado así hubiera significado aceptar que la empresa de libertar al Perú ya no podía ser **argentina** sino **colombiana.** Y tal era la conclusión que San Martín consideraba, con razón, incompatible con la política de predominio del monarquismo argentino en los sectores centrales del Continente.

Por eso el Protector se decidió a proponer al Presidente de Colombia, en su segunda entrevista. una forma de cooperación militar semejante a la ya aceptada por el Gobierno de O'Higgins en Chile, la cual le había permitido contar con la cooperación chilena sin privar a la empresa del carácter de **argentina.** ¿Cuál fué esa forma? La celebración de un Tratado de alianza defensiva y ofensiva entre los dos Estados, en virtud del cual los aportes en reclutas y materiales proporcionados por Chile a la alianza se destinaron en su gran mayoría a **engrosar, equipar y reemplazar las pérdidas de los batallones argentinos**, es decir, del Ejército llamado de los Andes, organizado por San Martín en la ciudad de Mendoza. De tal manera logró San Martín que la expedición libertadora del Perú, compuesta en un 70% de chilenos y financiada por este Estado, pasara a la historia como una empresa argentina, cuando en Buenos Aires sólo indiferencia inspiró.

Y precisamente ahora, San Martín se encontraba en el Perú en situación semejante a la que le tocó afrontar en Mendoza dos años atrás, cuando, carente de recursos, intentaba invadir el Virreinato para negociar con la aristocracia limeña la coronación de un príncipe español en América. El general argentino pensó entonces en la posibilidad de celebrar con Bolívar —de quien tenía un mediocre concepto—, un Tratado de alianza semejante al que negoció con el Gobierno chileno; es decir, un tratado que le permitiera contar con la cooperación colombiana, por el sistema de que ella le fuera prestada, como lo había hecho Chile abnegadamente, entregándole reclutas y armamentos para engrosar los cuerpos argentinos que actuaban con **personalidad propia** en el Perú. De esta manera lograba adelantar con recursos de otros pueblos una empresa continental que aparecía como argentina, cuando en el Río de La Plata se desencadenaba la guerra civil y por ella parecía imposible toda cooperación oportuna del Gobierno de Buenos Aires a los ejércitos que, bajo el mando de San Martín, actuaban con sus banderas en los campos de batalla del Perú. En la actitud de San Martín no había, pues. el altruísmo y desprendimiento

que le atribuyen sus panegiristas, sino astucia y habilidad política indiscutibles.

El día 27 de julio, el Protector se presentó de nuevo a la residencia del Presidente de Colombia, resuelto a abocar esta trascendental cuestión, que, no vacilamos en decirlo, constituía el principal motivo de la entrevista, pues de ella **dependía el triunfo en América o de la hegemonía argentina o de la hegemonía colombiana.**

Conociendo San Martín que el enviado diplomático, despachado por Bolívar en 1820 a los países del Sur, don Joaquín Mosquera, había propuesto a los gobiernos del Perú, Chile y el Río de La Plata la celebración de un Tratado de Liga o Confederación, que implicaba el apoyo militar de los signatarios a cualquiera de sus Partes en guerra con España, decidió presentar en Guayaquil su solicitud de colaboración militar al Libertador, demostrando repentino interés por la Liga, no con el carácter de americana —pues en tal caso las tropas aportadas por los Estados tendrían que actuar bajo las órdenes del proyectado Congreso Confederal de Panamá—, sino simplemente entre el Perú y Colombia, pues de celebrarse así, ella obligaría a Bolívar a proporcionarle los refuerzos militares necesarios al Gobierno Protectoral del Perú —que él ejercía—, para llevar a feliz término la guerra contra España. De esta manera y utilizando astutamente el proyecto de Confederación americana, San Martín perseguía obtener de Colombia lo mismo que había conseguido del Gobierno de Chile, es decir, su colaboración militar, en forma que ella no privara a la contienda de liberación del Perú del carácter de empresa argentina. Que esto acaeció, lo demuestra plenamente el informe reservado sobre las conversaciones de Guayaquil, enviado por conducto de la Secretaría del Libertador al Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, informe que en su parte pertinente dice: "El Protector dijo a S. E. que Guayaquil le parecía conveniente para residencia de la Federación, la cual ha aplaudido extraordinariamente como la base esencial de nuestra existencia. Cree que el gobierno de Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella, pero sí el de Buenos Aires por la falta de unión en él; **pero que de todos modos, nada desea tanto el Protector como el que subsista la Federación del Perú y de Colombia aunque no entre ningún otro Estado más en ella, porque juzga que las tropas de un Estado al servicio del otro deben aumentar mucho la autoridad de ambos gobiernos con respecto a sus enemigos internos, los ambiciosos y revoltosos. Esta parte de la Federación es la que más interesa al Protector y cuyo cumplimiento desea con más vehemencia. El Protector quiere que los reclutas de ambos Estados se remitan recíprocamente a llenar las bajas de los cuerpos, auncuando sea necesario reformar el total de ellos por licencias, promociones u**

otros accidentes. Mucho encareció el Protector la necesidad de esta medida, o quizás fué la que más apoyó en el curso de su conversaciones."

La notoria insistencia de San Martín en este aspecto de sus conversaciones en Guayaquil, no sólo demuestra la importancia excepcional que él le atribuía, sino también su confianza en obtener de Bolívar las condiciones aceptadas anteriormente por el jefe del gobierno de Chile. Sobre estas bases, sin embargo, el entendimiento resultaba imposible. Con discresión pero con firmeza así se lo dejó entender Bolívar, manifestándole que consideraba contrario a los intereses de su pueblo el procedimiento de "poner las tropas de un Estado al servicio del otro". Fué, entonces, posiblemente cuando San Martín insinuó, por reacción muy natural y contradiciéndose con afirmaciones anteriores suyas, "que el enemigo es menos fuerte que él, y que sus jefes, aunque audaces y emprendedores, no son muy terribles".

Bolívar vió en esta salida la oportunidad para darle a entender a San Martín cuál era su política frente a los problemas de la campaña del Perú. El sabía al general argentino falto de las fuerzas necesarias para decidir la campaña del Perú y conocía también que en Lima se había producido en esos días un movimiento de insurrección contra el gobierno del Protector, movimiento que ya había logrado, bajo la dirección de Riva Aguero, notables éxitos iniciales. La situación de San Martín era difícil no sólo por sus aspectos militares, sino, más aún, por su vacilante posición ante el pueblo peruano, cansado de los abusos de los oficiales porteños y de las arbitrariedades de Monteagudo, el "alter ego" del Protector. Por tanto, sin ninguna clase de equívocos, Bolívar manifestó a San Martín cómo a la satisfacción de conocerle personalmente, agregaba ahora la de enterarse, por su boca, que la guerra en el Perú no presentaba problemas insuperables para los valerosos ejércitos argentinos y que con gusto le proporcionaría la división colombiana acantonada en Guayaquil, cuyos efectivos ascendían a 1.800 hombres, los cuales, dadas las afirmaciones optimistas del Protector, eran suficientes para acompañar a las tropas peruano-argentinas a terminar la campaña felizmente. San Martín experimentó la rudeza del golpe, pero nada pudo hacer para evitarlo. 1.800 hombres, como él y Bolívar lo sabían, poco aportaban a la solución del problema militar del Perú; pero haberlo confesado así hubiera significado reconocer su incapacidad y la de su patria para decidir con éxito la guerra.

En este momento psicológico se produce el derrumbe de la personalidad histórica de San Martín y de su política de hegemonía en la América Meridional. Acostumbrado a tratar con hombres en todo

inferiores a él, no supo comprender, en la hora decisiva de su carrera, que al Libertador de Colombia no podía enfrentarse como lo había hecho con los dirigentes de su confianza en los gobiernos del Sur. Se cometería, sin embargo, grande injusticia y evidente error, si se interpretaran los resultados de la conferencia de Guayaquil, sólo como desastre personal del General San Martín. Creemos, por el contrario, que allí fracasó ante todo una política: la política del patriciado de Buenos Aires y de su órgano de expresión, la Logia de Láutaro, que buscaba darle a la América independiente una organización social encaminada, según las propias palabras de San Martín, "a mantener las barreras que separan las diferentes clases de la sociedad, **para conservar la preponderancia de la clase instruída y que tiene que perder**".

Por el carácter marcadamente "clasista" de la misma, ella en ningún momento contó con el apoyo de los pueblos de las naciones del Sur, circunstancia que la distinguió de la política democrática desarrollada por Bolívar en el Norte, en virtud de la cual —antes de comprometerse en las campañas del Sur—, llevó a feliz término en la Nueva Granada y Venezuela la decisiva empresa histórica de organizar pueblos antes de crear ejércitos, de provocar adecuadas soluciones políticas para las colectividades emancipadas por él, antes de dedicarse a expedir rigurosos reglamentos disciplinarios, destinados a formar una oficialidad aristocrática, como lo hizo San Martín. Por eso el Libertador de Colombia pudo comenzar su actividad continental sin depender de la cooperación de otros Estados, al tiempo que San Martín, en la hora decisiva de sus empresas militares, no tuvo otro recurso que demandar el auxilio de la nación y del hombre que, por el desarrollo lógico de los acontecimientos, estaban comprometidos en una empresa, cuyas finalidades difícilmente podían armonizarse con las suyas.

Talvez San Martín hubiera logrado en Guayaquil, como fué su esperanza, un acuerdo favorable para la política continental argentina, si allí se hubiera encontrado con un hombre inferior a él en sagacidad y en el dominio de los problemas políticos del Nuevo Mundo. Pero acaeció precisamente lo contrario. Bolívar "no era el hombre que esperábamos", como se lo confesó en carta confidencial a Guido. Por otra parte, entre los dos existía una marcada diferencia de vitalidades, que habría de contribuír considerablemente a determinar los resultados de aquella memorable entrevista. San Martín, afectado por grave dolencia que, contra las advertencias de los médicos y de sus íntimos, le obligaba al uso permanente de la morfina, había perdido sus antiguas energías para la lucha y cuando los pueblos americanos se rebelaban contra sus ideas monárquicas y la campaña en el Perú

presentaba sombríos aspectos, la perspectiva de combatir contra "las fuerzas del desorden", que todos los días brotaban en los más apartados lugares del Nuevo Mundo, sólo provocaban en él un inmenso desaliento. Bolívar, en cambio, se sentía pleno de vigor y esas gigantescas energías que le habían permitido sacar naciones de la nada, tenían en aquellos meses de éxito la tensión creadora que permite a los hombres comprometerse sin vacilaciones en las grandes empresas históricas. "Puede afirmarse que sus hechos militares —diría San Martín de Bolívar— le han merecido, con razón, ser considerado como el hombre más extraordinario que ha producido la América del Sur. Lo que le caracteriza sobre todo y le imprime en cierto modo su sello especial, es una constancia a toda prueba, a que las dificultades dan mayor tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que sean los peligros a que su alma ardiente le arrastra."

En aquel memorable duelo humano, el imperio de la avasalladora personalidad de Bolívar no sólo fué notorio, sino creó en el propio San Martín la impresión de carecer de toda posibilidad para oponerse a la fuerza expansiva de la nación colombiana, cuyo más exacto símbolo era la afirmativa figura humana del Libertador. "Su espíritu —dice el propio Mitre hablando del Protector— se destempló al chocar con una voluntad férrea, encarnada en el hombre que lo consideraba como un obstáculo a la expansión de su genio."

Al atardecer, San Martín se anticipó a poner fin a su última entrevista, en la cual habían naufragado todas sus esperanzas, y anunció a Bolívar su propósito de partir inmediatamente rumbo al Perú. El Libertador le informó que se había organizado un baile en su honor para aquella noche y le solicitó aplazar su partida hasta el día siguiente. Su insistencia obligó a San Martín, a pesar de que su estado de ánimo debía inclinarlo poco a los bullicios de una fiesta, a demorar su viaje hasta el amanecer.

Esa noche pudo la sociedad de Guayaquil contemplar, en la suntuosa sala de la Casa de Gobierno, en medio del brillo de los uniformes, la galas de las damas y la animación general de la concurrencia, reunidos por última vez al Protector del Perú y al Libertador de Colombia; a San Martín, frío, reservado y cortés, recibiendo en uno de los ángulos del salón, rodeado de sus edecanes, los saludos y los homenajes; y a Bolívar, más alegre que nunca, danzando con el entusiasmo que por el baile siempre le caracterizó. Hacia las dos de la madrugada, San Martín hizo comunicar a Bolívar su deseo de retirarse y acompañado por él salieron discretamente, dirigiéndose al muelle donde estaba todo preparado para la partida. En medio de las sombras de la noche, apenas interrumpidas por la luz de los faroles de la guardia, los dos jefes de la emancipación americana se

abrazaron por última vez, y tras de recibir San Martín una pequeña miniatura con la esfinge de Bolívar, subió silenciosamente a la lancha que debía conducirlo a la "Macedonia". Al amanecer del día 28, el barco levaba anclas rumbo al Perú, donde el generalísimo argentino, de acuerdo con los resultados de la Conferencia, pondría fin a sus actividades militares y políticas en América.

***

Después de la entrevista, el Presidente de Colombia se preparó a dar pleno desarrollo a la política continental que había tenido su primera fase en Guayaquil. Convencido de que el Protector nada decisivo podría lograr en el Perú y temeroso de que su vanidad ofendida le llevara —o llevara a sus sucesores— a comprometerse en empresas desesperadas, además de ordenar al Jefe de las pequeñas fuerzas colombianas ofrecidas a San Martín, que en ningún momento se comprometiera en operaciones de éxito dudoso, ni aceptara, pasara lo que pasara, el procedimiento de reemplazar las bajas de los cuerpos argentinos o peruanos con soldados colombianos, se dirigió a Santander anunciándole que Colombia, en el caso nada improbable de una derrota de San Martín, debía prepararse para una intervención militar en grande escala en los sectores centrales de la América del Sur. "A este propósito, le digo a usted, que creo de necesidad se nos manden por el Istmo 2.000 fusiles y 200 o 300 quintales de plomo **para armar un ejército en caso de que el enemigo triunfe de San Martín, lo que, según todas las noticias, puede muy bien suceder.**"

Los historiadores argentinos, comenzando por Mitre, en la imposibilidad de atribuir una victoria a San Martín en Guayaquil, han optado por demeritar la actitud de Bolívar, atribuyéndola a simples miras personalistas. No nos creemos obligados a referirnos detalladamente a esas recriminaciones, que todos los hechos desmienten, pero consideramos que este es el momento de situar en su verdadera perspectiva histórica el carácter afirmativo y el vuelo continental de la política colombiana de Bolívar, cuya primera etapa se cumplió en la memorable entrevista de Guayaquil. Consciente el Libertador de la manera decisiva como la lucha entre los imperialismos europeos por extender su dominio al Nuevo Mundo, había cooperado al desencadenamiento de los sucesos que facilitaron la insurrección americana, como del carácter transitorio de esa favorable coyuntura histórica —pues el imperio español no tardaría en encontrar poderosos sustitutos que crearían nuevas presiones de tipo colonial sobre los impreparados e inorgánicos Estados americanos—, en esos días se reafirmaba en su antigua ambición de dar a las colectividades del Nue-

vo Mundo una verdadera unidad política y en su anhelo, nunca cancelado, de reunirlas en una gran estructura política, que comprendiera grandes masas de población y dispusiera de energías internas suficientes para salvarlas en el futuro de convertirse en presas fáciles de las nuevas ambiciones imperialistas. "Cuando yo tiendo la vista sobre Colombia —escribía a Santander—, la encuentro rodeada de la fuerza marítima de la Europa, quiero decir, circuida de fortalezas flotantes de extranjeros, y, por consecuencia, de enemigos. Después hallo que está a la cabeza de su gran Continente una poderosísima nación, muy rica, muy belicosa, capaz de todo, enemiga de Europa y en oposición con los fuertes ingleses que nos querrán dar la ley, y que la darán irremisiblemente. Luego encuentro el vasto y poderoso Imperio mejicano que, con sus riquezas y la unidad de su sangre, está en estado de echarse sobre Colombia con muchas ventajas. Echo la vista después sobre las dilatadas costas de Colombia, inquietadas por todos los marineros, por todos los europeos, cuyas colonias nos circundan, por los africanos de Haiti, cuyo poder es más fuerte que el fuego primitivo. En frente tenemos las ricas y bellas islas españolas que nunca serán más que enemigas. A nuestra espalda la ambiciosa Portugal con su inmensa colonia del Brasil, y al Sur el Perú con muchos millones de pesos, con su rivalidad con Colombia y con sus relaciones con Chile y Buenos Aires. En la primera discordia la marina del Perú, que debe ser su primera fuerza, porque sus costas son dilatadas, tiene la ventaja mayor para abrazar todas nuestras riveras al mar. Colombia nunca podrá competir en marina con él en el Pacífico porque sus primeras atenciones las tiene en el Atlántico, y el Perú no tiene más que una. Este cuadro, pues, no es infiel, y sin embargo véase qué medios de defensa tenemos contra tantos contrarios. Somos inferiores a nuestros hermanos del sur, a los mejicanos, a los americanos, a los ingleses, y, por fin, a todos los europeos, que son nuestros vecinos en sus Antillas. **Nosotros estamos en el Centro del Universo y en contacto con todas las naciones;** ¿quién puede decir otro tanto? Tenemos dos millones y medio de habitantes derramados en un dilatado desierto. Una parte es salvaje, otra esclava, los más son enemigos entre sí y todos viciados por la superstición y el despotismo. Hermoso contraste para oponerse a todas las naciones de la tierra. Esta es nuestra situación; esta es Colombia, y después la quieren dividir."

Ante este panorama y sus obvias consecuencias, Bolívar pensaba que la organización política de Colombia no podía cumplirse bajo los simples auspicios de puras teorías políticas, sino necesitaba de la influencia aglutinadora de esas grandes empresas históricas, en las cuales se engendran las místicas nacionales capaces de contrarrestar

el poder disolvente de las fuerzas del particularismo y la anarquía. Por eso, al prepararse a comprometer a Colombia en la grande empresa de unificar a la América del Sur, escribía a Santander: "**Nosotros seremos más fuertes cuando estemos más unidos, y esta unión no nos vendrá nunca de la satisfacción que da una independencia y una confianza sin límites, porque el día que nada temamos ese día empiezan todos los peligros de Colombia; ese día resuenan las trompetas de la guerra civil.** Guarde usted esta carta, y si puede hágala gravar en bronce para que algún día se pueda comparar con los hechos."



Cuando la partida del Protector del Perú puso término a la primera fase de esta gran batalla diplomática, ni por un momento Bolívar se vió sometido a ese estado de descoloración del futuro que se produce en el espíritu del hombre cuando tras larga lucha alcanza la realización de sus anhelos. El vacío que le dejó la tensión emocional de los últimos días, lejos de transformarse en esa brumosa incertidumbre, donde se agitan confusamente las fuerzas de la personalidad ansiosa de nuevos objetivos, se llenó casi exaltadamente con el deseo febril de regresar al lado de Manuela. Para lograrlo debía vencer dos adversas circunstancias: la imposibilidad de abandonar en el momento aquellas regiones y las dificultades de Manuela para salir de Quito, sin dar pávulo a las habladurías. Para vencer estos inconvenientes Bolívar acudió a la amistad de una influyente familia quiteña, amiga de Manuela y suya, con el fin de que élla fuera invitada a la hacienda de "El Garzal", situada sobre el río Guayas y en las proximidades de Babahoyo, ruta obligada de la jira que se proponía efectuar por las provincias de la Sierra ecuatorial. El sitio de "El Garzal", favorecido por las bellezas de la naturaleza —cuya profusión de coloridos y aromas salvajes impregnan su paisaje de efluvios excitantes para los sentidos—, se tendía perezosamente en las márgenes del Guayas, sobre cuyas aguas y en graciosos giros, volaban grandes bandadas de garzas, y cuya vegetación de palmeras, sauces y helechos gigantes, encerraban con cierta abundancia tropical la casa que serviría de refugio a los amantes.

Cuando la pasión amorosa se inicia con intensos deleites, alimentada por la fascinación de los mismos adquiere el poder de sobrepasar esas fronteras de la sensibilidad donde los placeres, en cambio de decaer, se suman en síntesis nuevas, que suscitan inagotables reminiscencias. De esta manera el entusiasmo, fuente viva del amor, encuentra permanentes estímulos en los seres que se aman así, y en sus forzadas separaciones, los recuerdos de la felicidad pasada, les

descubren ese fascinante encanto que para otros sólo existe en la novedad. Los dos enamorados habían esperado con impaciencia la hora de reunirse en "El Garzal", y al distinguir Manuelita, en la lejanía, la embarcación en que venía el Libertador, dichosa exaltación se apoderó de élla, de tal manera que cuando Bolívar la estrechó entre sus brazos la sintió temblorosa de felicidad. Por desgracia, las cartas de los dos en la época inmediatamente posterior a su encuentro en "El Garzal" se perdieron, pero existe, en cambio, una de Bolívar a Manuela un poco después, la cual pone de relieve el extraño calor de esa pasión: "Tú quieres —le dice— verme siquiera con los ojos. Yo también quiero verte y reverte, y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos. ¿A qué tú no me quieres tánto como yo? Pues bien, esta es la más pura y la más cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aun con Dios mismo."

Por desgracia para los amantes, la situación política en las provincias de la Sierra ecuatorial hacía cada vez más necesaria la presencia de Bolívar en ellas, y en tal virtud decidieron separarse transitoriamente; mientras Manuela regresaba a Quito, donde las murmuraciones propiciadas por su ausencia habían aumentado, Bolívar se dirigió a la población de Cuenca. La tristeza del panorama y el cambio de vida, se reflejan en su carta a las Garaycoas, amigas íntimas de Manuela, a quienes dice con intencionada ironía: "La iglesia se ha apoderado de mí; vivo en un oratorio; las monjas me mandan la comida; los canónigos me dan de refrescar; el tedéum es mi canto y la oración mental mi sueño; medito en las bellezas de la Provincia de Guayaquil y en la modestia de las serranas que, no quieren ver a nadie por miedo del pecado. **En fin, amigas, mi vida es toda espiritual, y cuando ustedes me vuelvan a ver ya estaré angelicado."**

La noticia conocida entonces de la dramática dejación del mando por San Martín en el Perú y de su partida para Chile el 20 de septiembre de 1822, indicó a Bolívar la proximidad de su inevitable intervención militar y política en el Virreinato. "Había pensado ir a Bogotá —le escribió a Santander— por ceder a las instancias de usted y porque conocía la razón para ello; pero he cambiado de resolución y ya no pienso más que en levantar 4.000 hombres para mandarlos o llevarlos al Perú. Digo llevarlos, porque no sé a quién confiárselos en un país muy difícil y muy enredado; que no tiene qué comer y es carísimo; que no tiene agua y está helado; que no tiene gobierno y todos mandan. En fin, contra un enemigo que parece temible, y que probablemente cambia la suerte de la América si no se le opone una resistencia victoriosa."

¡Había llegado la hora de Colombia. La política americana de Bolívar comenzaba su marcha victoriosa a lo largo del Hemisferio!

Capítulo XXV

EL PERU, CIUDADELA DE ESPAÑA EN AMERICA

"Yo creo que todo el poder del Ser Supremo no es suficiente para libertar ese desgraciado país (el Perú): sólo Bolívar, apoyado en la fuerza, puede realizarlo.'

SAN MARTIN

Oro y esclavos.—La estructura aristocrática del Perú determina su falta de interés por la independencia.—Núcleo de la reacción continental.—El realismo peruano se transforma en "nacionalismo" para salvarse.—Una nación contra un Continente.—Don José de Riva Aguero.

"El Perú encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos." En esta sagaz observación, escrita por Bolívar en Jamaica en 1815, está la explicación del postrer fortalecimiento de la causa realista en los sectores centrales de la América del Sur, fortalecimiento que estuvo muy cerca de malograr todos los esfuerzos libertadores del Continente.

Los españoles que a lo largo de los siglos coloniales llegaron al Virreinato del Perú, encontraron en él dos condiciones destinadas a determinar el desarrollo de un tipo especial de sociedad, poco propicio para el florecimiento de las circunstancias que facilitaron en otros lugares del Nuevo Mundo los pronunciamientos revolucionarios de 1810: los riquísimos veneros de metales preciosos, en proceso de explotación desde los tiempos pre-colombinos por los nativos, y la enor-

me población indígena ordenada por un sistema tradicional de castas, que radicaba a extensas masas humanas en condiciones excepcionalmente favorables para el penoso trabajo de las minas.

Por las anteriores razones, los peninsulares que se establecieron en el Perú, no tuvieron que enfrentarse, como acaeció en otras regiones del Nuevo Mundo, directa y personalmente con las dificultades propias de una naturaleza que no entregaba fácilmente sus riquezas, pues contaron en todo momento con una crecida población semiesclava, organizada en mitas y encomiendas, que arrancaba trabajosamente los metales preciosos de la Sierra peruana para entregarlos a sus dominadores; ni tampoco se vieron obligados, por la gran demanda de metales preciosos de la Metrópoli, a dedicarse a labores económicas que no los vinculaban a España, como acaeció en aquellas regiones donde la escasez de tales metales les obligó a organizar rudimentarias economías de autoconsumo, carentes de estrechas vinculaciones con la economía imperial española.

En los primeros años del siglo XIX, cuando en la mayoría de las posiciones españolas las clases dominantes fueron fácilmente conquistadas por la revolución liberal que inquietaba los espíritus, en el Perú, ellas no sólo consideraron el vínculo colonial como ventajoso, sino se dejaron dominar fácilmente por el temor de que el impacto de las nuevas ideas políticas destruyera el tradicional sometimiento de la población indígena, fundamento de su creciente prosperidad. Para los visitantes de Lima, en aquellas épocas, no les era difícil percibir las causas de la lealtad peruana a la Metrópoli. La ciudad de los Virreyes era la más importante de las capitales de la América Meridional por sus riquezas, la grandiosidad de sus palacios, el poderío económico de su aristocracia —que hacía posible la existencia en la ciudad de 6.000 coches—, y por la abundancia de los títulos de nobleza concedidos a sus ciudadanos preeminentes por la monarquía española. La Corte virreinal presentaba una magnificencia que resistía sin desventajas la comparación con muchas cortes reales del Viejo Mundo.

En el Perú no operó, por tanto, el factor que permitió el progreso de la revolución en otros lugares del Continente: la existencia de una poderosa clase social cuyos intereses la enfrentaban a la Metrópoli. En 1810 faltó el elemento revolucionario capaz de aprovechar la debilidad de España, ante la invasión napoleónica, y cuando en todo el Continente las clases dominantes se colocaban al frente del movimiento emancipador, la aristocracia peruana se compactaba alrededor del Virrey y se comprometía decididamente en la empresa de continentalizar la reacción. Estas circunstancias, protocolizadas con el fracaso de los ejércitos argentino-chilenos, abrieron también paso a la

intervención de Bolívar y le proporcionaron la oportunidad de enfrentarse a los problemas políticos peruanos, no por el camino de solicitar el apoyo de una aristocracia que carecía de interés por la revolución —como lo hizo San Martín—, sino buscando, en una labor de vasta agitación, la rebelión del elemento indígena, que constituía, en esos tiempos, base principal del poder hispano en el Perú. Y razón tenía Bolívar cuando consideraba necesario un cambio radical en las condiciones políticas, pues el estado actual del Perú no sólo propiciaba la vinculación estrecha entre su población y los españoles, sino un fatal y progresivo distanciamiento de quienes se decían republicanos y las más sobresalientes realidades sociales del Virreinato.

En Lima estaban ocurriendo en esos días fenómenos que habrían de tener resonantes insidencias en los tiempos venideros. Los políticos peruanos y los militares criollos, postergados en los tiempos de San Martín por los agentes y hombres de confianza del Protector, con su retiro encontraron campo abierto para sus ambiciones y, tras de conocer las ventajas del poder, parecían muy poco dispuestos a aceptar que una nueva expedición extranjera les desplazara de las altas posiciones de la Administración. Por eso, cuando al alejarse San Martín del Perú, la dirección del Estado fué asumida por el primer Congreso peruano, reunido el 20 de septiembre de 1822, la desordenada ambición de las facciones condujo al reemplazo del Poder Ejecutivo unipersonal por una Junta de Gobierno numerosa, carente de facultades y exótica en aquellas circunstancias difíciles. Así comenzaban los políticos limeños a recorrer la pendiente fatal que los llevaría, fracaso tras fracaso, a sacrificar inútilmente recursos y soldados y a llegar, por el camino de las derrotas y de las capitulaciones, al vergonzoso extremo de buscar una alianza con los españoles.

La primera demostración de estas peligrosas tendencias la dieron los nuevos gobernantes peruanos, cuando, para conservar su predominio, se decidieron a comprometer las escasas tropas de que disponía el Perú en una empresa que un general de los talentos de San Martín no se había atrevido a intentar: el ataque a la Sierra con las fuerzas insuficientes, organizadas por el Generalísimo argentino en los últimos tiempos de su gobierno, que sumaban unos 8.000 hombres, divididos en dos ejércitos; el uno, al mando del General Alvarado, destinado por San Martín a actuar en el Sur, y el otro, a órdenes de Arenales, acampado esos días en las proximidades de Lima.

En los primeros días de octubre Alvarado, al ordenársele abrir campaña, salió del Callao y atracó en Arica, comenzando allí los preparativos para su internamiento en dirección a la Sierra. En cambio las fuerzas de Arenales, consideradas por las facciones que luchaban en el Congreso, más necesarias para intervenir en sus propias riva-

lidades que para cumplir la misión que les correspondía en el plan general de operaciones, fueron detenidas indefinidamente en las inmediaciones de la Capital.

Al conocer Laserna el movimiento de Alvarado, como las circunstancias políticas que mantenían a las tropas de Arenales inmovilizadas en Lima, ordenó a Valdés reforzar la guarnición de Arequipa y tomar el mando de la misma. Además, solicitó de Canterac el envío de importantes destacamentos de caballería para dar más movilidad a sus fuerzas. Valdés ejecutó con su diligencia característica las órdenes recibidas, y Canterac no contento con satisfacer la solicitud del Virrey, personalmente y seguido por toda una división, se dirigió al Cuzco para reunirse a Laserna. Comenzaba así la formidable concentración de tropas españolas hacia el sector amenazado por Alvarado.

A fines de diciembre de 1822 las fuerzas peruanas abandonaron a Arica e iniciaron su internamiento en dirección a Tacna. Poco tiempo pudieron avanzar con tranquilidad en territorio enemigo, porque no bien lo supo Valdés, con tropas ligeras, se dirigió a su encuentro y tras de una serie de hábiles movimientos tácticos, obligó a Alvarado a comprometerse en una acción decisiva. En ella se puso término a las esperanzas de todos aquellos presuntuosos peruanos que habían pensado arrojar del Perú, sin la ayuda de los colombianos, a los ejércitos realistas. En pocas horas los regimientos de Alvarado fueron dispersados, gran cantidad de prisioneros cayeron en poder de Valdés y en la fuga desordenada hacia el mar desaparecieron los restos de las tropas trabajosamente organizadas por San Martín.

Los errores cometidos en la dirección de esta campaña, como las lógicas y funestas consecuencias de ellos, no sirvieron para crear en el Perú un clima político más sano; ellos. apenas acentuaron en Lima la influencia de una nueva facción política, ansiosa de desplazar del gobierno a Luna Pizarro y a los miembros de la Junta y llevar a la dirección de la guerra un criterio no menos expuesto a graves insucesos.

Esta facción, que giraba en torno de las ambiciones de Riva Agüero, partiendo de una evidente hostilidad hacia la posible intervención de los auxiliares colombianos, atribuía en aquellos días los fracasos del gobierno a la debilidad del Poder Ejecutivo y a la falta de colaboración del ejército de Arenales en la campaña de Alvarado y pedía la inmediata destitución de la Junta y la elección, por el Congreso, de un Presidente dotado de facultades dictatoriales. La persona que figuraba como candidato a Dictador era el propio Riva Aguero.

Cuando se supo la derrota de Alvarado en el Sur, se tornó insostenible la posición de la Junta y de la facción del Congreso que la

apoyaba y ante la presión pública y la amenaza del ejército, el Congreso se vió obligado a nombrar Presidente a Riva Aguero. Con él llegaba al Gobierno una ambiciosa voluntad, una tremenda pasión nacionalista y la intención de comenzar una nueva política, destinada a establecer la dignidad e influencia del Ejecutivo y a unificar la opinión alrededor de un hombre prestigioso, capaz de obtener para el Perú la ayuda de las naciones amigas, no en las condiciones en que ella había sido prestada hasta ahora, sino sometiendo a las tropas y recursos enviados por las naciones vecinas a la dirección del gobierno peruano y de sus generales.

El plan era ambicioso, pero lógico y defendible; su éxito dependía de la proporción en que lograra Riva Aguero transformar la zona libre del Perú en un núcleo humano, militar y económico, lo suficientemente poderoso como para actuar de centro dirigente de las distintas fuerzas extranjeras interesadas en la libertad del Perú. La diplomacia del nuevo Presidente, como bien lo comprendió Riva Aguero, no podía detenerse ahí, si deseaba conservar, en la contienda, la preeminencia del gobierno peruano, cuyo mayor enemigo era su propia debilidad. La decidida intervención militar tanto de la Argentina, como de Chile y de Colombia, parecía requisito indispensable para la política de Riva Aguero, pues sólo la actividad simultánea de esos pueblos podía conducir a un equilibrio entre ellos, equilibrio que parecía el único medio de conservar a flote el nacionalismo peruano. Porque si las circunstancias llegaban a determinar que esa ayuda sólo pudiera prestarla una de las naciones amigas, el volumen de los recursos que ella necesitaría comprometer, dado el poderío de los españoles en la Sierra, haría difícil su asentimiento a compromisos de la magnitud requerida, sin demandar para sí la total dirección de la guerra.

Para infortunio de Riva Aguero tal fué lo que acaeció. El resultado de las gestiones adelantadas por sus emisarios ante los gobiernos de Chile, Buenos Aires y Colombia, así no tardaron en indicarlo. En la Argentina, sus solicitudes no encontraron apoyo y el enviado de Riva Aguero sacó como conclusión que el gobierno de Buenos Aires, preocupado por los problemas de la política interna y desalentado por la retirada de San Martín, carecía ya de interés por los problemas de la guerra en el Perú. En Chile, a pesar de existir, como existió siempre, una verdadera preocupación por las cuestiones peruanas, la escasez de recursos era tan notoria, que el emisario del Presidente apenas logró conseguir una ayuda insignificante, la cual en nada modificaba las condiciones de la guerra. Sólo en Colombia las peticiones de Riva Aguero tuvieron acogida satisfactoria, porque preocupado el Libertador, después de la desastroza campaña de Alvarado.

por los rápidos progresos de los españoles, no solamente aceptó las propuestas del Presidente peruano, que se reducían a solicitarle 4.000 hombres debidamente equipados, sino aumentó la oferta a 6.000. Así, la falta de cooperación de los países del Sur, echó por tierra los planes del Presidente y dió un nuevo curso a la guerra en el Perú —curso que San Martín presintió ya en Guayaquil—, pues ausentes de la contienda las naciones del Sur, ella fué perdiendo su carácter continental para transformarse inevitablemente en una **empresa colombiana.** El vastò predomino que va a adquirir en los próximos tiempos el Libertador y su pueblo en el Perú, no dependerá, pues, como frecuentemente se ha repetido, de las ambiciones de Bolívar, sino de la indiferencia o impotencia de las naciones del Sur para participar activamente en la guerra de liberación del Virreinato.

A este problema no le encontró Riva Aguero sino una solución, que pecaba de ambiciosa y estaba por ello destinada a fracasar: lograr que Bolívar se trasladara en persona al Perú a mandar las tropas colombianas, pero evitando llegar a definiciones precisas sobre la naturaleza y extensión de las facultades de que estaría investido en territorio peruano. Esta pretensión indicaba la manera como Riva Aguero y sus amigos habían perdido el más elemental sentido de las proporciones. ¿Cómo explicar de otra manera su aspiración a que el Libertador, el hombre más eminente de América, se sometiera a la autoridad de un gobierno que sólo existía por la proximidad de las fuerzas colombianas a las fronteras del Perú? Tal fué, sin embargo, la política adoptada por el jefe del Estado peruano. Para adelantarla Riva Aguero contaba con una ventaja inicial: las hondas preocupaciones que él sabía dominaban a Bolívar por los rápidos éxitos de los realistas en la Sierra.

Riva Aguero condicionó entonces toda su política a una actitud de espera, destinada a obligar a Bolívar, ante la gravedad de la situación, a intervenir en la contienda sin que el gobierno peruano se comprometiera en ninguna definición previa sobre las facultades de que estaría investido en suelo peruano. De esta manera, mientras los españoles se fortalecían en la Sierra, Riva Aguero se escudaba en los propios peligros de su patria —en cuya defensa decía actuar—, para obligar al Libertador a transar con una situación intolerable para él y para la nación que representaba. Muchos de sus oficiales, preocupados por la amenaza realista, le aconsejaron entonces invadir el Perú, desconocer al Gobierno de Riva Aguero y asumir la dictadura. Pero Bolívar conocía demasiado la volubilidad de los pueblos americanos y su manera peculiar reaccionaria, para dar este paso; por eso refrenó su impaciencia y se decidió a resolver sus sustanciales diferencias con Riva Aguero en el propio campo de la política limeña. A

la invitación del emisario del Presidente se limitó a contestarle que por el momento le era imposible pasar al Perú por carecer de licencia del Congreso colombiano, pero en cambio le anunció la designación del General Sucre como Embajador especial suyo ante el Gobierno peruano. Esta designación constituía la primera fase de la ofensiva diplomática que Bolívar se proponía llevar adelante para contrarrestar la manifiesta hostilidad de Riva Aguero. Por lo mismo, instruyó a Sucre en el sentido de evitar que las pequeñas tropas de Colombia que actuaban en el Perú, se comprometieran en operaciones de éxito dudoso, y le recomendó aprovechar todas las circunstancias y cambios de la política limeña para obtener que el Congreso peruano le llamara con previa especificación de las amplias facultades de que debería estar investido. La parte sustancial de las instrucciones dadas a Sucre puede adivinarse en la siguiente comunicación suya a Bolívar: **"Yo le he dicho al Presidente que usted no vendrá sino con la dignidad y el carácter correspondientes al Libertador de Colombia, con las facultades necesarias para dirigir la guerra y con entera amplitud en las provincias en Asamblea."**

Deficiente como era el Gobierno de Riva Aguero, con el paso de los días la desilusión inevitable de sus antiguos partidarios comenzó a producirse en forma amenazadora, facilitando así la labor encomendada a Sucre. "El Libertador —dice Búlnes— era un convidado de piedra que había tomado asiento en la mesa de Riva Aguero; un testigo invisible que se había convertido en juez de sus errores, porque la opinión pública formaba inmediatamente el contraste entre cualquier falta del Presidente y el genio y penetración de Bolívar. y a medida que se disipaban las ilusiones que aquél había hecho concebir, se aumentaban las esperanzas que se cifraban en éste. La presidencia de Riva Aguero es la lucha entre él y esa sombra que se proyectaba sobre América desde la cima de los Andes ecuatoriales; un verdadero combate por la existencia de parte de Riva Aguero. Lima se dividía entre enemigos y amigos del Libertador, o sea los colombianos y anticolombianos, nombres con que se conocía a los que deseaban la llegada de Bolívar y a los que la contrariaban."

Fué en los azares de esta desesperada situación que la inteligencia de Riva Aguero, lúcida en otras épocas, perdió su tradicional capacidad para prever la marcha y desenvolvimiento de los sucesos y comenzó a comprometerse en actividades desesperadas que no la librarían del fracaso, pero le quitarían a ese fracaso la grandeza humana que hubiera podido caracterizarlo. La primera de esas actitudes se dirigió a restablecer sus relaciones con el partido "argentino" en el Perú y, especialmente, con las tropas de esa nacionalidad, tan desdeñosamente tratadas por él en los primeros tiempos de su admi-

nistración. El motivo de esta política no podía ser distinto del de restablecer la decadente influencia de Buenos Aires en el Virreinato, para contrapesar con ella la naciente y poderosa influencia colombiana. Recordando entonces que San Martín había manifestado varias veces en Chile su intención de servir desinteresadamente a la causa americana, si sus servicios llegaban a ser nuevamente necesarios, escribió al general argentino pidiéndole regresar al Perú para asumir el mando de las fuerzas de su país y defender su gobierno contra "la amenaza del imperialismo colombiano".

Es decir, que Riva Aguero, cegado por su vanidad, incurría con San Martín el mismo error cometido con Bolívar: le solicitaba regresar al Perú a ponerse a sus órdenes y a obrar en defensa de su persona. Al recibir la insólita propuesta, San Martín no demostró la misma paciencia exhibida por Bolívar en parecidas circunstancias. "¿Cómo ha podido usted persuadirse —le respondió— que los ofrecimientos del General San Martín fueran jamás dirigidos a **un particular,** y mucho menos a su despreciable persona? Dice usted que iba a ponerse a la cabeza del ejército que está en Guaraz; y habrá un oficial capaz de servir contra su patria y, más que todo, a las órdenes de un canalla como usted? Imposible. Eh, basta; un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención a un hombre honrado."

Este fracaso llevó a Riva Aguero a cometer el mismo error de sus antecesores en el Gobierno: comprometer los restos del ejército organizado por San Martín, antiguo de Arenales —cuyo mando tenía en la actualidad Santa Cruz—, en una aventura contra la Sierra, destinada a demostrar a la opinión peruana que la guerra podía adelantarse sin la cooperación de Bolívar. Riva Aguero y sus consejeros debían tener ya un juicio muy pesimista sobre las perspectivas de su política, cuando optaron por esta empresa desesperada, que si revivía algo el decadente prestigio de su Gobierno, comprometía también los últimos recursos del Perú y en caso de un fracaso hacía irremediable lo que se pretendía evitar: **la dependencia absoluta del Perú de la cooperación colombiana.**

Y las indeseables pero obvias consecuencias de la desacertada operación, no tardaron en evidenciarse cuando, al conocer Canterac en Jauja, la salida de las tropas peruanas del Callao, y contando con la obligada lentitud que caracterizaría sus marchas en los arenales de la Costa, se decidió a intentar una audaz operación sobre Lima, casi desguarnecida, con el fin de apoderarse en la ciudad de todas las riquezas y recursos disponibles y dirigirse luego, a grandes marchas y a través de los caminos de la Sierra, en dirección del Sur, para asistir oportunamente a la concentración de tropas españolas que, en

aquellas regiones, daría a Santa Cruz el mismo recibimiento que a Alvarado meses atrás.

En los primeros días del mes de junio de 1823, se supo en Lima el avance de Canterac al frente de 9.000 hombres, lo cual hacía prácticamente imposible la resistencia. Así lo comprendió Sucre, quien, por lo mismo, dió orden a los regimientos colombianos de abandonar la ciudad y marchar al Callao, punto que, de acuerdo con las instrucciones de Bolívar, debía conservar a toda costa.

Sin fuerzas para garantizar su seguridad y defender a Lima de la amenaza española, Riva Aguero se vió obligado a solicitar la protección de Sucre y a seguirlo en su retirada. En esta situación, sus enemigos y sobre todo el antiguo y hasta ahora atemorizado partido de la Junta de Gobierno, se compactaron de nuevo, resueltos a poner término a su poder; en el Congreso, instalado con parte de sus miembros en el Callao, esa oposición adquirió formas realmente crueles y en él, además de su inmediata destitución, se solicitó su destierro del país. Así, todas las circunstancias se orientaban a favorecer a Sucre, que con admirable habilidad terció entre los dos partidos sin favorecer a ninguno, llevándolos a aceptar como hecho inevitable la necesidad de llamar al Libertador para dirigir la guerra en el Perú. Las consecuencias de estos cambios en la política peruana, no tardaron en evidenciarse por el envío a Guayaquil de uno de los diputados del Congreso a solicitar oficialmente a Bolívar su traslado al Perú. Esta solicitud tenía su fundamento en decreto expedido por el mismo Congreso, que al decir de Aníbal Galindo, tenía "el más alto grado honorífico para el Libertador".

Entretanto Canterac lograba plenamente sus objetivos: se apoderaba de Lima el 18 de julio de 1823, imponía a la ciudad una crecida contribución de guerra, enviaba numerosas partidas para apoderarse de los recursos utilizables en las regiones vecinas y al recibir noticias del desembarque de Santa Cruz en el Sur, emprendía rápidamente su marcha de regreso a la Sierra para cumplir su misión en aquellos frentes.

No bien se enteró Sucre del retiro de Canterac, ocupó nuevamente a Lima y con tenacidad, por todos reconocida, se consagró a dar a la imprudente operación de Santa Cruz toda la viabilidad posible. Para lograrlo, se embarcó rumbo al Sur, con parte de las divisiones colombianas y de las fuerzas chilenas. Sin embargo, este leal y postrero esfuerzo debía frustrarse por la traición que pareció a Riva Aguero el camino natural para salvar su poder. En Trujillo —donde se había refugiado con el asentimiento de Sucre—, hizo a un lado los compromisos adquiridos con él y dió los primeros pasos para negociar un armisticio con el Virrey, armisticio que conducía a la preparación de

un acuerdo sustancial entre realistas y peruanos para expulsar conjuntamente del Perú al ejército colombiano. En desarrollo de esta política, que constituía la más grande traición a América, Riva Aguero envió no sólo despachos confidenciales al Virrey sino emisarios a Santa Cruz, ordenándole no obedecer a Sucre. De esta manera los propósitos del general colombiano, encaminados a salvar las fuerzas peruanas, se frustraron totalmente, sin que Riva Aguero lograra hacer triunfar su incalificable maniobra, pues la política del Presidente peruano sólo logró determinar el fracaso de dos operaciones, de las cuales dependía la salvación del ejército de Santa Cruz: la reunión de las fuerzas de Sucre con aquél, reunión que Santa Cruz, obedeciendo las instrucciones de Riva Aguero, se negó a facilitar, y la formación de una fuerza expedicionaria en el Norte, destinada a atacar el valle del Jauja, que no pudo realizarse, a pesar de las instrucciones dadas por Sucre a su segundo, porque Riva Aguero se negó a comprometer en esa empresa las fuerzas de que disponía en Trujillo destinadas por él a respaldar su traición, aportándolas a su alianza con el español.

Por tales razones, la expedición de Santa Cruz no tardó en encontrarse, como acaeció a la de Alvarado, frente a una poderosa concentración de contingentes enemigos, que la obligó a emprender la retirada desordenada hacia la Costa. Las dimensiones de esta derrota pueden medirse cuando se tiene en cuenta que Santa Cruz comenzó la campaña al frente de 5.000 hombres y regresó a la Costa en dramática fuga, solamente con 800.

Sucre, quien se encontraba en Arequipa, donde recibió la noticia del desastre, convencido de la inutilidad de nuevos esfuerzos en aquellos frentes, ordenó a sus ejércitos regresar al Norte y él mismo se encaminó a Lima.

Capítulo XXVI

PATIVILCA

> "En el Perú no nos quieren porque somos demasiado liberales, y ellos no quieren la igualdad; lo mismo en Chile; en Méjico otro tanto, y en el Brasil lo mismo."
>
> SIMON BOLIVAR

La traición de Riva Aguero.—El progreso de la democracia colombiana determina la alianza de las clases dirigentes del Sur con los españoles.—Felonía de Torre Tagle.—Indiferencia del gobierno colombiano ante la campaña del Perú.—Entrega de Lima y el Callao.—El enfermo de Pativilca.—Guerra a muerte en el Perú.—División del enemigo.

Durante los meses de junio y julio de 1823, las informaciones llegadas a Guayaquil indicaron a Bolívar que la situación del Perú se estaba acercando a su punto de saturación. Las negociaciones de Riva Aguero con los españoles; el aniquilamiento de los ejércitos peruanos en aventuras como las de Alvarado y Santa Cruz, y la radical alinderación de las fuerzas políticas alrededor de la probable intervención colombiana, le demostraron la incapacidad de la nación vecina para adelantar un gran movimiento de rebelión nacional contra los españoles, pues sus facciones y clases sociales se habían transformado en simples fuerzas de choque o en factores secundarios de la gran batalla que iban a librar en el Virreinato la República de Colombia y los últimos representantes del Monarca español en América.

Por eso, cuando a nombre del Congreso peruano, oficialmente se le invitó a pasar al Perú, sin demoras ordenó el embarque de sus

fuerzas y el 6 de agosto, en el bergantín "Chimborazo", salió de Guayaquil rumbo al Callao. En los últimos días del mes el "Chimborazo" ancló en el puerto de su destino, en cuyas fortalezas tronaron los cañones en señal de saludo. En la rada, el Marqués de Torre Tagle, presidente provisorio del Perú, esperaba a Bolívar en compañía de su gabinete para darle la bienvenida a nombre de la nación.

Su permanencia en el Callao fué muy corta porque en Lima se le esperaba con ansiedad; Bolívar tomó inmediatamente el camino de la capital, a lo largo del cual regimientos escogidos del ejército peruano realizaron imponentes homenajes militares. Al llegar a la ciudad de los Virreyes, una multitud heterogénea le rindió en sus calles alborozado recibimiento que, con curiosidad, contemplaron desde las ventanas de las mansiones coloniales las bellas damas limeñas y con sentimiento un tanto desconfiado los miembros del patriciado peruano. Bolívar, seguido por la multitud, atravesó las vías centrales y se dirigió a la lujosa residencia que se le tenía destinada, en la cual le esperaba una comisión del Congreso para saludarle.

La llegada del Libertador a Lima disipó las leyendas que le hacían aparecer como el jefe de un clán bárbaro en busca de botín para sus hordas de mestizos y negros. No bien entró en contacto con quienes miraban su arribo a la ciudad como el fin de sus vidas y haciendas —cual lo habían pronosticado los españoles y los secuaces de Riva Aguero—, desapareció la impresión de temor que le había precedido, muy semejante a la experimentada por los pueblos cultos del Imperio Romano ante la proximidad de los bárbaros del Norte. Su gentileza, su extraordinaria simpatía personal y su espíritu fino y superior, no tardaron en cautivar a la sociedad limeña, gratamente sorprendida al encontrar un hombre de mundo donde había esperado hallar al jefe de una tribu de hunos. Muy pocos días después de su llegada, Bolívar se había convertido en el centro de la vida social de Lima y muchas de las gentes que habían demostrado mayor hostilidad por su posible intervención en el Perú, aparecían como sus más decididas defensoras. Comenzaba así a producirse, ante la influencia directa de su seductora personalidad, esa atmósfera de endiosamiento que terminaría por rodearlo en Lima. Ya entre sus enemigos se rumoraba que Bolívar hacía "política de salón" y se comentaban con malicia sus aventuras amorosas con célebres damas de la capital. "Lima —escribía Bolívar a Santander— es una ciudad grande, agradable y que fué rica; parece muy patriota; los hombres se muestran muy adictos a mí y dicen que quieren hacer sacrificios. Las damas son muy agradables y buenas mozas. Hoy tenemos un baile en que las veré a todas..." "Yo, cada día más contento en Lima —le decía el 20 de septiembre—, porque hasta ahora voy bien con todo el mun-

do: los hombres me estiman y las damas me quieren. La mesa es excelente, el teatro regúlar, muy adornado de lindos ojos y un porte hechicero: coches, caballos, paseos, toros, tedéums, nada falta."

Bolívar no quiso, ni por un momento, dar márgen a erradas interpretaciones acerca del significado de su presencia en el Perú. Consciente de que en el sector central de la América del Sur había comenzado y debía terminar la decisiva batalla entre el **monarquismo** de las clases dirigentes del Sur y la **revolución democrática** de Colombia, en el banquete que le fué ofrecido —con la asistencia de los altos mandos de los ejércitos auxiliares chilenos y argentinos—, por todas las más destacadas personalidades sociales y políticas de Lima, dijo al levantar la copa: "Porque los pueblos americanos no consientan jamás en elevar un trono en todo su territorio; así como Napoleón fué sumergido en la inmensidad del océano y el nuevo Emperador Itúrbide derrocado del trono de Méjico, caigan los usurpadores de los derechos del pueblo americano, sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada extensión del Nuevo Mundo."

Después de este claro pronunciamiento, la situación ganó mucho en claridad y las fuerzas sociales que partían sus campos en la accidentada política peruana, vieron desaparecer los equívocos nacidos al amparo del carácter secreto de la Conferencia de Guayaquil. Si la división de opiniones no alcanzó entonces la radical profundidad que la caracterizaría más tarde, ello se debió a la hábil política de Bolívar, encaminada a utilizar la agresiva rivalidad de las distintas facciones que se disputaban el dominio del poder en el Perú.

En tales rivalidades se destacaba, por su importancia, la pugna existente entre el partido de Riva Aguero, cuyo centro natural de actividad estaba en Trujillo, y el partido del Congreso, a cuya cabeza figuraba el Presidente provisorio, Marqués de Torre Tagle, quien, sin identificarse con los propósitos de Bolívar y la causa que él simbolizaba en América, se manifestaba dispuesto a servirse del apoyo del Libertador para destruir, con la cooperación de tan poderoso aliado, a su único y peligroso rival en el Perú: don José de Riva Aguero.

Bolívar, sin dejar de adivinar los verdaderos móviles de las adhesiones como de las hostilidades que le circundaban, no vaciló en ponerse de parte del Congreso y en contra de Riva Aguero, pues el primero había demostrado hasta el momento permanente solidaridad con la causa de América y el otro, en cambio, llegaba en esos días hasta los últimos extremos en el camino de entenderse con los españoles.

Sus proditorios manejos se descubrieron, definitivamente, cuando las avanzadas colombianas interceptaron comunicaciones de oficiales españoles dirigidas a jefes del ejército peruano, en las cuales les pre-

guntaban si estaban dispuestos a acatar los compromisos adquiridos por Riva Aguero con el alto mando español. Tales fueron las comunicaciones que sirvieron a Bolívar para demostrarle a don José Gutiérrez de la Fuente —emisario enviado a él por Riva Aguero—, la conspiración que se estaba fraguando. Por eso, cuando temeroso de que en Trujillo se consumara la traición y se entregara a los españoles las tropas peruanas acantonadas en sus alrededores, Bolívar marchó con las divisiones colombianas hacia el Norte, en el camino le fué anunciada la prisión de Riva Aguero y de sus cómplices por una insurrección dirigida por el propio Gutiérrez de la Fuente. Pocas, sin embargo, fueron las ilusiones que pudo hacerse al enterarse, en esta ciudad,, del lamentable estado de aquellas fuerzas, en las cuales la indisciplina, las enfermedades y las continuas deserciones, habían hecho terrible estrago. Que tales cuerpos, desorganizados y sin moral, no constituirían ayuda de consideración y si podrían llegar a convertirse en fuente de graves problemas, fué bien pronto su convicción. Ello quería decir que para oponerse al formidable poderío de los españoles en la Sierra, cuyos efectivos ascendían a 17 o 18 mil hombres, Bolívar sólo contaba con las divisiones colombianas, cuyo número escasamente pasaba de 5.000 soldados (*).

Deseoso, por tan obvias razones, de no dejar progresar ningún equívoco en el gobierno de Santa Fé, Bolívar despachó para Colombia a su edecán y hombre de confianza, Diego Ibarra, con la misión de informar al Vicepresidente y al Congreso sobre los peligros de la situación en el Sur y solicitar encarecidamente los refuerzos militares necesarios para conjurarla. "Todo esto se reduce a pedirle a usted —escribía Santander— 12.000 hombres... Me parece que lo veo saltando, como si 12.000 hombres fueran muchos para contener a los vencedores de la América Meridional; pues no son y acuérdese usted.

(*) Los efectivos de los españoles pueden apreciarse en la siguiente descripción del General Gamba: "El general en jefe del ejército del Norte, don José Canterac, tenía su cuartel general en Guancayo, y con la columna que mandaba el brigadier Rodil en Ica conservaba en tranquila obediencia el país hasta Chincha, a costa de algunas escaramuzas comúnmente favorables a las armas de España. Las tropas que defendían los intereses de la Metrópoli, entusiasmadas y noblemente engreídas por sus extraordinarias marchas y contramarchas, su continente y disciplina, y sus gloriosos y repelidos triunfos, cubrían una extensión de terreno de cerca de 600 leguas de Norte a Sur, desde Chincha y Tarna a Tupiza y Tarija, en esta forma: el ejército del Norte, incluso sus dependencias, se componía de 8.000 hombres; otros 1.000 guarnecían la capital del Cuzco, residencia del Virrey La Serna; el general en jefe del ejército del Sur, don Jerónimo Valdés, tenía su cuartel general en Arequipa y 3.000 hombres repartidos en esta provincia y la de Puno. La división del general Olañeta, fuerte de 4.000 hombres, dependiente

Si Colombia no quiere hacer este nuevo sacrificio hará otro mucho mayor, perdiendo su libertad y su fortuna."

Aleccionado el Libertador por las experiencias de San Martín y las suyas desde los primeros meses de su presencia en el Virreinato, estaba decidido a buscar el triunfo de la causa americana en el Perú, no por la vía de contentar a las clases aristocráticas, sino persiguiendo, a través de una vasta empresa de agitación social —respaldada por los ejércitos de Colombia—, distanciar a las masas indígenas de los defensores del Rey. El sentido y magnitud de esta política los definió cuando dijo: "El altar ha quedado en pie y sólo falta el ídolo que fué arrojado para que dejara el puesto al sucesor que le espera. Este altar debe destruirse."

Pero si la política democrática del Libertador en el Sur, dada la magnitud de las resistencias y costumbres inveteradas que debía vencer, operó, inicialmente. con lentitud, en cambio produjo el alinderamiento casi automático de las fuerzas de la reacción colonial y el traslado inmediato al tablero político del Perú de la gran contienda que a lo largo del Continente estaba librándose entre quienes no aceptaban la independencia sino adoptando un sistema político capaz de garantizar la intangibilidad de las relaciones de clases tradicionales, y quienes pensaban, como Bolívar, que el triunfo de la causa libertadora debía conducir a un más democrático acondicionamiento de las relaciones entre las clases sociales americanas.



A partir de los últimos días de febrero de 1824, Torre Tagle inició secretamente las gestiones preparatorias de una vasta conspiración política, cuyas primeras etapas habían sido adelantadas por Riva

---

del ejército real del Sur, cubría las provincias del Alto Perú al lado opuesto del Desaguadero; y sobre 2.000 hombres, en fin, comprendían las varias columnas móviles, guarniciones subalternas y otras comisiones de varia importancia. El Virrey y los generales en jefe mantenían comunicaciones entre sí a fin de ponerse de acuerdo sobre el plan de la campaña que debía abrirse en abril o mayo, terminada la estación de las lluvias, y que había de dirigirse a ocupar sólidamente la capital del virreinato, sitiar la plaza del Callao y lanzar cuando menos del territorio peruano al afortunado caudillo de la Costa Firme. Con este objeto debíanse reunir oportunamente al ejército del Norte, en el Valle de Jauja, el general Valdés con 3.000 infantes y 500 buenos caballos, y el general Olañeta, que se hallaba a la sazón en Oruro, de donde no podía moverse sin orden expresa superior o un urgentísimo motivo imprevisto, debía de aproximarse al Desaguadero para observar las costas de Arequipa e Iquique y poder acudir a cualquier punto donde su presencia fuera necesaria."

Aguero, conspiración que buscaba una estrecha alianza entre peruanos, argentinos y españoles —bajo la dirección del Virrey y de los generales peninsulares—, para expulsar del Perú al "enemigo común", como llamaban a Bolívar y a los colombianos. Así, sobre la base de una conjunción de intereses de casta, simultáneamente amenazados por el progreso de la democracia colombiana, se liquidaba rápidamente la división que, entre las clases dominantes del Sur y la Metrópoli, se había producido cuando a principios del siglo XIX aquéllas pretendieron unir a sus privilegios las ventajas de una completa soberanía política.

El problema más difícil para los organizadores de esta alianza —el encuentro de una oportunidad adecuada para entrar en contacto directo con los realistas sin despertar las sospechas del Libertador y los colombianos—, se encargó involuntariamente de proporcionárselas el mismo Bolívar, cuando preocupado por las dilaciones a que parecía sometido en Colombia el envío de los refuerzos solicitados, a insinuación de Sucre y para ganar tiempo, pensó aprovechar las propuestas de paz formuladas anteriormente por los españoles a Riva Aguero y pidió a Torre Tagle, en cuya fidelidad creía todavía, se apersonara de las mencionadas propuestas e iniciara a nombre del Gobierno peruano la negociación de un armisticio, con el fin de alejar la posibilidad de una inmediata ofensiva del enemigo sobre la Costa.

Esta oportunidad era tanto más deseada por Torre Tagle cuando que un emisario suyo, despachado en secreto a fines de enero, don José Terón, a pesar de haber formulado desde Ica propuestas formales a Canterac, no había logrado obtener contestación concreta del alto mando realista. En estas circunstancias, la sugerencia de Bolívar le proporcionó, en forma inesperada, la ocasión de entenderse con ellos directamente y, sin darle largas al asunto, el 17 de enero designó, para adelantar esas gestiones y trasladarse a los cuarteles de Canterac, a su propio Ministro de Guerra, don José Beridoaga, uno de los principales comprometidos en la traición que se estaba fraguando. Acompañado éste por dos ayudantes de su confianza, uno de los cuales, un tal Herrán, era español, salió de Lima el 18 de enero y llegó a Jauja el 26; al día siguiente, Canterac designó a los generales Juan Loriega y García Gamba como sus emisarios para tratar con Beridoaga. En la primera conferencia, de acuerdo con los testigos presentes, sólo se consideró la posibilidad de negociar un armisticio en la forma autorizada por Bolívar; pero según García Gamba, Beridoaga manifestó, "con cierto aire de misterio", extraña insistencia por obtener una entrevista "privada" con el General Canterac. Y como lo evidenció más tarde el proceso seguido contra los traidores, esa noche, casi en secreto, el español Herrán salió para Guancayo a estudiar con el propio

Canterac los detalles de la turbia conspiración. La siguiente carta de Canterac, dirigida al parecer a Beridoaga y que fortuitamente llegó a poder del General Necoechea, dió a conocer, más tarde, la marcha de las negociaciones y la respuesta de los españoles a los ofrecimientos concretos del gobierno peruano:

"Guancayo, 26 de enero de 1824.

"Mi muy estimado amigo:

"Con fecha de 15 de éste escribí a usted y ahora que he visto la de usted del mismo día que escribió a Rodil, nada tengo que añadir, pues ahora que los colombianos están en la provincia de Guamalíes, si con el ejército hiciera un movimiento sobre Lima podrían ellos apoderarse del Valle (de Jauja); de consiguiente, un poco de paciencia, que pronto tendré fuerzas para acudir a todas partes y llegará el caso de ejecutar el proyecto propuesto por T. T. (Torre Tagle?), y sea esto cuando fuere, siempre para nosotros tendrán los amigos de usted el mismo mérito Vuelvo a repetir lo que en mi anterior, que lo que primero interesaba más era batir a Bolívar, y así dígame usted qué cuerpos tiene; qué fuerza cada uno y de cada arma; qué han hecho con los que eran de Riva Aguero; dónde se establecerá la división panameña; si piensan hacer otra vez operaciones en la costa del Sur; qué plan es el de Bolívar; si vendráa a atacarnos; por dónde; o bien si marchamos sobre él; qué piensan hacer... Pregunto a usted todo esto, pues aunque tenemos, a más del ejército que manda Valdés en Arequipa, desde el Cuzco al Valle, fuerzas mucho más que suficientes, puede la declaración exacta y detallada de todo lo que le pregunto a usted, contribuir en extremo a la destrucción del 'enemigo común', del monstruo Bolívar, y es este el primer objeto. Estoy bien persuadido que esto no habrá escapado de las grandes luces de los amigos de usted, y así no dudo que concurrirán a la ejecución de este plan, que se conseguirá sin duda sabiendo de fijo lo que quiere hacer Bolívar, al que con pretexto de la defensa de Lima no debe dársele ni los Granaderos montados ni los Húsares, y sí bien prometerle que se hará una diversión por Ica y Guancavélica, y que él marcha al frente sobre el valle de Jauja. En fin, si esos señores quieren el bien de su país, trabajarán en consecuencia, bien seguros que todos nosotros estamos animados sólo del mismo interés, y particularmente su verdadero amigo, q. s.

José de Canterac.

"Postdata.—Dígame usted, ¿por qué se han retirado los chilenos y si ha sido para siempre? Al cerrar ésta recibí su carta del 17, a la que no contestaré regularmente porque H. (Herrán?) no se atreve a llevar respuesta; pero repito que lo que conviene es destruir a Bolívar.

Sea cual fuere el partido que triunfe en España, somos y seremos españoles."

El presentimiento de que graves irregularidades estaban aconteciendo en Lima, llevó a Bolívar a dejar a Sucre en el Norte y a retornar a la capital por el camino de la costa, cuyos ardientes arenales y malsano clima afectaron profundamente su organismo. En la pequeña población de Pativilca, vencido por la fiebre, se vió forzado a detenerse y el estado de su salud adquirió tal gravedad, que sus oficiales se alarmaron profundamente. Consumido por el "tabardillo" y reducido a extremos de peligrosa debilidad, estuvo varios días entre la vida y la muerte.

En tan dolorosas circunstancias conoció Bolívar la terrible nueva que cambiaba la naturaleza de la guerra en el Perú: la entrega de los castillos del Callao a los españoles, consumada el 5 de febrero de 1824 por la guarnición argentina encargada de su custodia. El golpe era tremendo, pues él privaba a las huestes libertadoras del dominio del Pacífico y hacía irrealizable el transporte por mar de los refuerzos pedidos a Colombia, sin cuya intervención parecía imposible la victoria en el Perú. Temeroso Bolívar de que aquella conspiración adquiriera mayores proporciones y pudiera comprometer las fuerzas patriotas a órdenes del gobierno de Torre Tagle, ordenó entonces desde Pativilca a todos los comandantes de las guarniciones republicanas el despacho inmediato de sus regimientos a Trujillo.

Estas órdenes no tuvieron efecto distinto del de precipitar la traición que Torre Tagle y sus cómplices venían fraguando con tanta habilidad como perfidia; no bien las disposiciones del Libertador fueron comunicadas a las autoridades respectivas y ellas comenzaron a ejecutarlas, las tropas argentinas y muchos cuerpos peruanos se pasaron espectacularmente al campo español. El caso más escandaloso fué el del famoso regimiento de "Granaderos argentinos", el célebre conjunto organizado por San Martín en Mendoza y a cuya disciplina consagró lo mejor de su vida.

Hacía diez años que Bolívar se había encontrado en una situación semejante: cuando en la Campaña Admirable y al adentrarse en Venezuela, se aparcibió de la manera decisiva como las divisiones de clases entre los americanos superaban el interés de los mismos por emanciparse de España. Convencido entonces de la necesidad de hacer más honda la separación entre españoles y americanos que la existente entre negros y blancos, ricos y pobres, aristócratas y esclavos, decretó en Trujillo, de Venezuela, la Guerra a Muerte contra los españoles. ¿Podría el enfermo de Pativilca, cuyo agotamiento tenía alarmados a sus oficiales, imponerse ahora a una situación desesperada, como lo había hecho en 1813 el joven y vigoroso caudillo

que en la aldea de Trujillo, de Venezuela, lanzó su tremendo reto a España? ¿Podría vencer las tremendas dificultades que le rodeaban cuando en el Congreso granadino se pensaba que la grave situación del Perú no hacía aconsejable el envío de nuevos refuerzos, sino la conservación cuidadosa de los mismos para la defensa futura de las fronteras colombianas en el Sur; cuando el Perú y la Argentina traicionaban a la causa de América y los realistas, dueños del Callao y de la casi totalidad del territorio del Virreinato, se preparaban a iniciar con fuerzas notoriamente superiores ofensiva total contra las tropas colombianas?

Don Joaquín Mosquera, quien regresaba entonces de Chile, nos describe aquellos momentos decisivos, en los cuales las prodigiosas energías espirituales del gran hombre iban a trazar, una vez más, rumbos históricos para el porvenir de América; "Seguí por tierra a Pativilca —cuenta Mosquera— y encontré al Libertador ya sin riesgo de muerte del tabardillo, que había hecho crisis; pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de jin, que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico. Tuve que hacer un grande esfuerzo para no largar mis lágrimas y no dejarle conocer mi pena y mi cuidado por su vida.

"Todas estas consideraciones se me presentaron como una falange de males para acabar con la existencia del Héroe, medio muerto; y con el corazón oprimido, temiendo la ruina de nuestro ejército, le pregunté:

"¿Y qué piensa hacer usted ahora? Entonces, avivando sus ojos huecos, y con tono decidido, me contestó: '¡Triunfar!' Esta respuesta inesperada produjo en mi alma sorpresa, admiración y esperanzas porque vi que, aunque el cuerpo del Héroe estaba casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor y elevación que lo hacían tan superior en los grandes peligros. Recordé entonces aquellas notables palabras que dijo a Sucre en Lima, cuando Riva Aguero levantó el estandarte de la guerra civil: 'Usted es el hombre de la guerra, y yo soy el hombre de las dificultades.'

"En seguida le hice esta otra pregunta: ¿Y qué hace usted para triunfar?" Entonces, con un tono sereno y de confianza, me dijo lo siguiente: 'Tengo dadas las órdenes para levantar una fuerte caballería en el Departamento de Trujillo; he ordenado tomar a servicio militar todos los caballos buenos del país, y he embargado todos los alfalfales para mantenerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme,

infaliblemente los derroto con la caballería; si no bajan, dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar. Subiré a la cordillera y derrotaré a los españoles que están en Jauja.'

"Yo permanecí tres días en Pativilca, mientras hizo escribir muchas cartas para Nueva Granada y Venezuela, las que traje. El día de mi partida montó en una mula mansa que tenía y salió a dejarme a la entrada del desierto de Guarmey, para hacer un poco de ejercicio. Como mi equipaje se había atrasado, suspendí mi marcha, y el Libertador, que estaba muy débil, se apeó y acostó sobre un capote de barragán, y su edecán, Julián Santa María, permaneció de pie, oyéndonos conversar sobre la situación triste del Perú, que me encargaba descubrir a Santander. Según usted sabe, para atravesar este desierto de arena se prefiere la noche: eran, pues, las seis de la tarde, y el sol entraba y salía en el Pacífico, y me daba no se qué idea triste, que era el sol del Perú que se despedía de nosotros. El silencio majestuoso del océano, la vista del desierto que iba yo a atravesar, la soledad de aquellas costas y el aullido de los lobos marinos oprimían mi espíritu al dejar a mis compatriotas en una empresa tan árdua en que arriesgábamos al Héroe y a nuestro ejército. Al llegar mi equipaje, me dijo el Libertador, tendido todavía en el suelo:

"'Diga usted allá, a nuestros compatriotas, cómo me deja usted moribundo en esta playa inhospitalaria, teniendo que pelear a brazo partido para conquistar la independencia del Perú y la seguridad de Colombia.'

"Entonces, levantándose, me dió un abrazo; Santa María me dió otro, y nos despedimos sin hablar palabra: como si hiciésemos esfuerzos para no expresar nuestra aflicción y nuestro cuidado por la suerte de la patria."

Como la conducta de las autoridades peruanas cambiaba fundamentalmente la naturaleza de la guerra, sin contemplaciones para la nación que así traicionaban a sus aliados, Bolívar dispuso que en todos los territorios libres del enemigo los oficiales de las divisiones colombianas asumieran los cargos administrativos de importancia, y ordenó la retirada general de todas las divisiones del ejército patriota al Departamento de Trujillo; estas disposiciones comprendían también la destrucción sistemática de todos aquellos bienes difíciles de enviar a los campamentos del Ejército Libertador. Comenzaba así, decretada en Trujillo del Perú, una nueva "guerra a muerte", destinada a impedir, con una política de "tierra arrasada", el empleo, por los realistas, de los recursos de la nación que en forma deliberada y en momentos tan críticos traicionaba a la libertad de América. "De-

bemos —le decía Bolívar a Sucre— poner un desierto entre los godos y nosotros."

Que tales medidas, aunque terribles por su naturaleza y por la forma como debían ser ejecutadas, respondían a consideraciones de previsión elemental, quedó ampliamente demostrado cuando el Virrey ordenó al general Monet aprovechar la traición de Torre Tagle y de las fuerzas argentinas del Callao para apoderarse de Lima. El 27 de febrero, Monet se aproximó a la capital dispuesto a una cruenta lucha; las cosas acaecieron, sin embargo, en forma sorpresiva para el general realista, quien lejos de encontrar una ciudad decidida a defenderse, vió venir a su encuentro al famoso regimiento de "Granaderos argentinos", que enarbolando la bandera real se ofrecía a hacerle guardia de honor hasta la ciudad. Y sus sorpresas no terminaron ahí; al entrar en la Ciudad de los Virreyes fué objeto de una recepción superior a las que Lima tributó primero a San Martín y posteriormente al Libertador.

Con la entrega de la Capital del Perú al ejército real, comienza la última etapa de la gran traición preparada por Torre Tagle y sus cómplices. El Congreso, encabezado por su Presidente —ese mismo Congreso que hacía un mes había conferido Facultades Extraordinarias al Libertador de Colombia—, se declaró fiel y humilde servidor de la causa española y la totalidad de la aristocracia limeña, presidida por el marqués de San Donás recibió con entusiasmo y ostentosas manifestaciones de fidelidad al ejército español de ocupación. Y para que nada faltara en esta pérfida comedia. Torre Tagle publicó una proclama, cuyos términos acusatorios contra Bolívar y los colombianos, dejaban adivinar su ansiedad por obtener un acuerdo con los españoles. "Peruanos —decía en ella—: Ya es tiempo que desterréis el error. El tirano Bolívar y sus indecentes satélites han deseado encovar el Perú, a este país opulento bajo el dominio de Colombia; pero se ha engañado. El país estaba en manos de hombres perfectamente adecuados para resistir agresiones cobardes y destructoras y nada habría podido alterar el plan que habían formado para nuestra felicidad. **Mis deseos han sido veros con los españoles, como la única alternativa que podía evitar nuestra ruina. Bolívar me había invitado privadamente a abrir negociaciones con los españoles en el Perú, a fin de ganar tiempo para traer nuevas fuerzas, destruirlos y envolver a los peruanos en sus cadenas. Yo me aproveché de esta oportunidad para proporcionaros una unión ventajosa con los españoles y evitar nuestra ruina.**"

Cuando estos hechos se conocieron en el Cuartel General del Libertador, la gravedad de los mismos determinó una profunda crisis de incertidumbre en los altos mandos del ejército colombiano. La

pérdida del Perú llegó a considerarse inevitable para muchos y los juicios pesimistas sobre el futuro de las operaciones militares, sustituyeron al entusiasmo heróico que hasta el momento había mantenido tensa la moral de los soldados. Se puede decir, sin exagerar, que aquellos días fueron decisivos para el porvenir de las armas colombianas, porque en ellos, hasta sus jefes más eximios, como Sucre, se dejaron dominar por el pesimismo y aconsejaron al Libertador la misma conducta que desde Santa Fé se está tratando de imponerle: el abandono de la campaña del Perú: "Hemos llegado —le escribía Sucre— a la crisis más terrible de la revolución. Pienso que debemos ser menos tercos que los españoles para conservar la más preciosa parte de nuestros sacrificios, ya que los destinos no quieren dejarnos el todo. Pienso que los españoles no desdeñarían entrar en un armisticio de doce o veinte meses para esperar los resultados de Europa, si nosotros les ofrecemos evacuar el Perú."

En esta hora crítica, sólo la excepcional energía de Bolívar y su arraigada convicción de que la campaña del Perú no podía abandonarse sin dar un golpe mortal a la causa de América, opusieron a la ofuscación de sus oficiales esa confianza en el éxito que en las faces decisivas de la epopeya americana supo comunicar a cuantos le rodeaban. "Las circunstancias —dijo en su célebre proclama a los peruanos— son horribles para nuestra patria. Vosotros lo sabéis; pero no desesperéis de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aún. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperando, además, 10.000 bravos que vienen de la patria de los héroes de Colombia. ¿Queréis más esperanza?"

La decisión que Bolívar demostró en aquellas circunstancias, no fué hija únicamente de la gravedad que atribuía al fortalecimiento de la causa realista en el Perú, sino más concretamente a su exacta apreciación de la importancia que para el futuro del Nuevo Mundo, tenía la retirada de las tropas colombianas del Virreinato. Las últimas y escandalosas deserciones, como todos los antecedentes de la política monarquista de los países del Sur, estaban demostrándole con cuanta facilidad podía llegarse a un definitivo entendimiento entre los españoles y las clases dominantes de medio Hemisferio americano, cuyo resultado sería la prolongación indefinida del lazo de dependencia colonial entre la Metrópoli y sus territorios de Ultramar.

Por tanto, con decisión casi fanática y a pesar de no estar muy seguro de los recursos y elementos de que se valdría para conjurar tántas asechanzas, al tiempo que en solicitud de auxilios se dirigía a los países democráticos del Hemisferio —a Méjico y Centro América—, por conducto de su Secretaría decía al gobierno de Santa Fé: "Los traidores y los españoles se han ligado para hacer causa común y

hacer creer al pueblo ignorante que la guerra con el Perú ha cesado, que en este país no quedan más enemigos que los colombianos, que es preciso unirse para destruirlos. Si a la preponderancia numérica del enemigo se añade la moral que va a darles y ya les ha dado esta nueva seducción en favor de los españoles, se verá que su superioridad está bien marcada.

"**Si S. E. el Libertador no estuviera tan penetrado de que perdiéndose el Perú se perdería el Sur de Colombia**, y de la imposibilidad de salvar nuestro ejército retirándose, ya lo habríamos hecho: es imposible que no sea lo primero y es imposible ejecutar lo segundo. La suerte, pues, de S. E. y del ejército de su mando es invariable. **Morir o triunfar en el Perú.**"

Resuelto Bolívar a extraer del Virreinato reclutas y material de guerra, dió las órdenes necesarias para incrementar, en las zonas libres del dominio español, el alistamiento y la confiscación de los bienes útiles para la contienda, y sus oficiales, identificados con la gravedad de la situación, extremaron las disposiciones que los autorizaba para apoderarse en los campos y aldeas peruanos de todos aquellos recursos suceptibles de servir al ejército colombiano. "Necesitamos —decía Bolívar al General La Mar—, hacernos sordos al clamor de todo el mundo, porque la guerra se alimenta del despotismo y no se hace por el amor de Dios; no ahorre usted nada por hacer, despliegue usted un carácter terrible, inexorable. Discipline la fuerza de su mando, así de caballería como de infantería. Si no hay fusiles, hay lanzas. Además, yo espero 3.000 fusiles de Colombia por momentos; una tercera y cuarto fila de lanceros no son inútiles en un combate y sirven también para llenar las bajas que son horrorosas en los cuerpos nuevos. Tome usted 5.000 reclutas para que le queden 1.000 o 2.000; haga usted construir mucho equipo, muchas fortificaciones en toda la extensión del departamento; cada pueblo, cada hombre sirve para alguna cosa; pongamos todo en acción para defender a este Perú hasta con los dientes. En fin, que una paja no quede inútil en toda la extensión del territorio libre."

En los meses de febrero y marzo llegaron algunos contingentes colombianos al mando de Córdoba, cuyos efectivos ascendían aproximadamente a 2.500 hombres; simultáneamente pudo verse, en los departamentos del Norte, una vasta emigración de gentes, ganados y vituallas que las tropas colombianas empujaban hacia los cuarteles del ejército libertador, mientras activas patrullas volantes destruían y quemaban en la retaguardia todo aquello que resultaba imposible trasladar a los campamentos.

En la primera semana de abril, al llegar Bolívar a la población de Otuzco, por correos venidos de la Sierra se enteró de la sorpresiva insurrección del comandante español en el Alto Perú, General Olañeta, contra la autoridad del Virrey. ¿Qué había ocurrido?

En el Alto Perú, hoy República de Bolivia, la estructura de la sociedad presentaba características poco propicias para una adecuada comprensión de las ideas "constitucionalistas" de Laserna. Pobladas aquellas regiones, en su casi totalidad, por colectividades indígenas, pocos cambios habían experimentado en su composición social desde la conquista; las pequeñas minorías españolas habían establecido su predominio sobre la población indígena a través de los mismos cauces que lo habían hecho, siglos atrás, las clases dominantes incaicas y las ideas políticas y los conceptos de gobierno de los más destacados elementos de esas minorías, estaban impregnados por un absolutismo igual o peor al de Fernando VII en España. La rebelión de Olañeta se presentó cuando en el desarrollo de los planes militares de Laserna, encaminados a provocar la concentración de los efectivos realistas de la Sierra, se le exigió su cooperación en soldados y dinero, que éste consideró inconveniente porque las tropas del Alto Perú quedaban sometidas al mando de los generales "constitucionalistas" afectos al Virrey, es decir, a Canterac y Valdés, sus odiados émulos en América. Por eso contestó a Laserna negándose a cooperar en sus planes militares, y agregándole que juzgaba su autoridad espúrea, pues Fernando VII había declarado insubsistente las situaciones administrativas cumplidas durante el gobierno constitucional de España. Ante esta actitud de abierta rebeldía, Laserna repitió sus órdenes y exigió a Olañeta se trasladara inmediatamente al Cuzco para responder ante un tribunal militar por su insubordinación. Este insistió en su resuelta actitud y fué hasta ordenar a todas las autoridades de las provincias del Alto Perú no obedecer otras órdenes que las suyas; además, en forma profusa hizo difundir sus acusaciones contra el Virrey, a quien calificaba, por sus ideas liberales, de traidor a la Monarquía y a España. En su Proclama al pueblo alto-peruano, dijo el día 27 de febrero: "Esta cara patria ya ve a nuestro Monarca en el trono de sus mayores, disfruta de su paternal beneficencia y **en breve serán premiados los bravos que en esta parte de la monarquía han obrado prodigios de valor en el sostén de sus imprescriptibles derechos.** He proclamado su causa y la de la religión; tampoco he omitido los medios de unión y paz; **si sordos a los clamores de la razón vuestros jefes quiere sostener ese papel llamado Constitución, estad seguros que mis tropas en su fidelidad han resuelto morir, y espero que vosotros no mancharéis vuestras manos con la sangre de vuestros amigos.**"

El Virrey se dió perfecta cuenta de todos los peligros que, por la

insurrección de Olañeta, amenazaban su obra de pacificación y como conocía, por las informaciones de Torre Tagle y sus cómplices, la importancia que atribuía Bolívar a los demorados refuerzos colombianos, decidió abrir inmediata campaña contra Olañeta, aplazando para más tarde el ataque general contra las fuerzas de Colombia. Pero si Canterac y Valdés estuvieron de acuerdo acerca de la necesidad de atacar rápidamente a Olañeta ,no pasó lo mismo en cuanto a la táctica que debía adoptarse frente a las tropas de Bolívar. Valdés, designado por el Virrey para someter a Olañeta, insistió en que Canterac, con los 6.000 hombres acantonados en el Valle de Jauja, descendiera a la Costa y atacara a las tropas colombianas a la mayor brevedad, opinión comprensible en él después de sus fáciles victorias sobre los ejércitos argentinos y peruanos al mando de Alvarado y Santa Cruz. Canterac, por el contrario, recordando los terribles años en la guerra a muerte en Venezuela y los insucesos de Morillo en ella —algunos de los cuales presenció muy de cerca—, no demostró el mismo optimismo de su compañero de armas, y ante esta disparidad de juicios, el Virrey prefirió inclinarse en favor de la opinión de Canterac. En tal virtud, al tiempo que Valdés se encaminaba al Desaguadero, en el Cuzco y Jauja se adoptaba una actitud de espera.

Bolívar conoció en Otuzco el movimiento de Valdés y con su rapidez para apreciar las situaciones, captó todas las ventajas que se derivaban de la conducta del enemigo, que en esos momentos se debilitaba por el envío de 4.000 hombres al Alto Perú y la pérdida de las divisiones indígenas de Olañeta. Estas ventajas se caracterizaban, sin embargo, por su aspecto un tanto ilusorio, pues si el ejército español se había dividido, entre el más cercano de los núcleos de tropas realistas, el de Canterac en Jauja, y el ejército colombiano, se levantaban las enormes moles andinas, para cuyo paso los españoles creían completamente impreparadas, como efectivamente lo estaban, a las tropas colombianas. Pero en esta ocasión, como en otra —cinco años atrás—, cuando en los llanos de Venezuela había decidido ascender a los Andes para presentarse repentinamente en las fértiles altiplanicies granadinas, Bolívar se resolvió a emprender una campaña sorpresiva para vencer la barrera natural de la cordillera y aparecer de repente en los ricos valles de la Sierra andina, donde sus adversarios estaban muy lejos de esperarle. El resto, en su pensamiento, sería cuestión de rapidez en las marchas para evitar, como lo obtuvo en la campaña terminada victoriosamente en el Puente de Boyacá, que sus enemigos alcanzaran a reunir sus hoy dispersos efectivos. Sin mayores vacilaciones optó, pues, por un cambio fundamental en sus tácticas y al tiempo que ordenaba a los jefes de las tropas colombianas prepararse para dar comienzo a una vasta operación

militar, le escribía a Sucre: "Todo debe referirse a mis nuevas miras de marchar adelante."

El proyecto de Bolívar no encontró general acatamiento entre sus oficiales. La magnitud del propósito y las penalidades sin cuento que esperaban a los soldados en el ascenso a las cumbres andinas, determinaron numerosas opiniones adversas a él, de las cuales participó el mismo Sucre, quien consideraba preferible aguardar en las actuales posiciones hasta la llegada de los refuerzos solicitados a Colombia. Bolívar, no obstante, se demostró irreductible en sus opiniones, pues si en tiempos anteriores su conducta se había circunscrito a esperar esos refuerzos, su correspondencia con Santander en los últimos meses había suscitado en él serias dudas sobre la posibilidad de recibir la colaboración colombiana en la oportunidad y magnitud necesarias. Seguro de que nada justificaba el perder la ocasión ofrecida por Olañeta —que dividía por un tiempo más o menos largo a las fuerzas españolas de la Sierra—, en el Consejo de Oficiales, reunido en Guamachuco, se puede decir que impuso su opinión favorable a un ataque inmediato a la más cercana de las posiciones españolas, la del Valle de Jauja.

Tomada esta decisión, la vasta empresa militar comenzó a prepararse con extraordinaria diligencia. Las divisiones colombianas recibieron instrucciones de acercarse, de acuerdo con su localización, a las grandes grietas que se abren en la Cordillera y constituyen los pasos naturales de la gran barrera andina. "Desde que he recibido las noticias de las diferencias entre Laserna y Olañeta —decía Bolívar a Heres—, me he decidido a emprender la campaña contra Jauja en el mes de mayo. Me explicaré. Este medio mes debemos emplearlo en preparativos. El mes de mayo en marchar y el mes de junio en combatir. Si los enemigos no han recibido el refuerzo de las tropas de Valdés, necesariamente deben dejarnos el Valle de Jauja sin combatir porque son inferiores a nosotros; y si viene Valdés con sus tropas entonces los esperamos en una buena posición y los convidamos a un combate estando cerca de ellos. En estos tres meses hay mucho pasto en la Sierra y es el tiempo de hacer algo. Si en el mes de julio no se ha terminado la campaña, debemos retirarnos a acantonamientos proporcionados a nuestra situación; por consiguiente a esperar refuerzos y a ejecutar expediciones marítimas, porque sin pastos poco o nada se puede hacer en la Sierra."

¡Habían comenzado las jornadas históricas que completarían la libertad del Nuevo Mundo!

Capítulo XXVII

EL SOL DE JUNIN

"La esperanza de las naciones está pendiente de vosotros."

SIMON BOLIVAR

El valle de Huaylas.—De nuevo ante las moles andinas.—Manuelita Madroño.—El constitucionalismo español divide a los realistas de América.—El paso de los Andes.—Los clarines de la victoria de Junín.—Canterac se retira al Apurimac.

Para el éxito de la incierta campaña en que iba a comprometerse, el Libertador necesitaba elegir, en territorios desconocidos, el camino más adecuado de penetración en la Sierra peruana, valuarte formidable ante el cual se estrellaron sucesivamente las expedicionse argentinas y peruanas y cuyas características geográficas sólo tremendas incógnitas podían agregar a las complejas circunstancias de esta gran aventura. Para explorar personalmente su futuro campo de operaciones, mientras se ejecutaba la movilización del ejército, Bolívar se dirigió al pueblo de Huaylas, cuyas autoridades le depararon sencilla pero emocionante recepción. En la plaza y cerca del atrio de la iglesia, se había improvisado un escenario profusamente decorado, a cuyo alrededor se agrupaba la multitud ansiosa de conocer al héroe de Colombia. Vestido con su sencillo uniforme de campaña, Bolívar subió las gradas en medio de las aclamaciones y tomó el asiento que se le había destinado, mientras a su espalda se colocaban sus oficiales. Vinieron luégo los discursos entusiastas de los representantes del

Cabildo, a los que el Libertador respondió invitando a todos los pueblos a levantarse en armas contra los tiranos. "Todos los ejércitos del mundo —dijo—, se han armado por los reyes, por los hombres poderosos: armáos vosotros, los primeros, por las leyes, por los principios, por los débiles, por los justos."

Cuando hubo terminado, una jovencita vestida de blanco, lo cual hacía resaltar su belleza morena, se acercó un tanto intimidada al Libertador y le ofreció, a nombre de los habitantes de Huaylas, una corona de flores, que él recibió mientras su mirada no se separaba de los ojos llenos de luz de Manuelita Madroño, designada por el Cabildo para rendir este sencillo homenaje al Libertador de Colombia.

No parece aventurado pensar que la demora de Bolívar en Huaylas se debió, en gran parte, a su deseo de no separarse de Manuela, a la fascinación de sentir crecer a su lado el inconfundible interés de esta joven, al decir de las crónicas "una lozana y gentilísima muchacha de diez y ocho años, codiciada por todos los mozos del pueblo y hasta por los hombres graves". En los días inmediatamente siguientes, Bolívar se demostró tan asiduo con élla, que las murmuraciones comenzaron a correr por la población, obligándole, con la categórica arrogancia de un general vencedor, a manifestar su ninguna disposición a someterse a las habladurías. En esta actitud le secundó Manuelita con no menos resolución; venciendo todas las dificultades, no vaciló en acompañarle en sus diarias excursiones por el valle de Huaylas y en permanecer a su lado siempre que las tareas del general patriota lo permitían.

Las pocas referencias que se conocen sobre la vida de Manuela Madroño, coinciden en hacer resaltar el imperio de su belleza y la sensación de lejanía inaccesible que élla inspiraba a las gentes de Huaylas. En las crónicas de la época pueden palparse las huellas de una leyenda romántica, la cual nos habla de esta alma soñadora, prisionera en aquella apartada y solitaria región de los Andes peruanos. Cuando conoció a Bolívar había demasiada soledad en su pasado para que sus cálidas emociones de esos días no evocaran en ella, con dolorosa claridad, lo que sería su vida si le perdía. Por lo mismo, se confió a su amor con honda exaltación y quien se había rebelado siempre, casi con horror, ante la posibilidad de que su belleza y sus caricias fueran para algunos de los innumerables enamorados que tenía en el pueblo, sintió en los brazos del ardiente caraqueño el maravilloso goce femenino de entregar ilimitadamente su belleza y sus caricias. Bolívar descubrió en ella vibraciones afectivas tan semejantes a las suyas, que el verse obligado a regresar a Huánuco, por las urgencias de la campaña, no emprendió la marcha sin obtener de élla la promesa de seguirle a la Sierra, cuando al frente de sus

fuerzas regresara a Huaylas, ruta obligada en su ascenso a los Andes peruanos.

En la reunión de los altos mandos del ejército colombiano, efectuada en Huánuco, después de cuidadosa consideración de los elementos de juicio proporcionados por Bolívar y Sucre, se adoptó la vía de Pasco, para vencer el macizo de la cordillera. El ejército patriota, compuesto de fuerzas colombianas en su gran mayoría, de un respetable contingente peruano al mando de La Mar, de un batallón de caballería argentina, y de un cuerpo de artillería de Chile, a órdenes de Pedro Juan Luna, constaba más o menos de 8.000 hombres que, a fines de junio, estaban sobre la marcha. Bolívar, entre tanto, se había reunido en Huaylas con Manuelita y acompañado por élla se encaminó al cerro de Pasco, para inspeccionar personalmente aquella eminencia, punto de partida de su internamiento en las altiplanicies de la Sierra peruana. Desde allí pudo, el 4 de julio, contemplar por primera vez en la lejanía y casi perdidas entre las brumas, las vastas extensiones que en el futuro servirían de campo de batalla a las fuerzas americanas. Aquella noche, mientras el pequeño contingente de soldados que le acompañaba se entregaba al sueño cerca del reconfortable calor de las fogatas, dominado por las preocupaciones y responsabilidades de esta vasta aventura, Bolívar difícilmente podía conciliar el sueño y paseándose nerviosamente cerca de su tienda de campaña interrogaba el horizonte de la noche, que ocultaba las ignotas regiones donde en esos momentos descansaban las fuerzas de Canterac, muy distantes de imaginar que a través de los escabrosos caminos de la Sierra se estaba cumpliendo en esos días una vasta movilización de fuerzas enemigas.

En aquellas horas de inquietud, cuando su temperamento nervioso se agitaba impidiéndole el descanso, sólo la tierna solicitud de Manuela y su graciosa conversación, lograron discipar sus preocupaciones y llevar tranquilidad a su ánimo; a ese ánimo que debía exhibir ante sus soldados gran fortaleza exterior para mantener su confianza, pero que en las horas de soledad se derrumbaba en dramáticos diálogos íntimos con los peligros y las debilidades de sus propias fuerzas. Aquella noche, en las alturas de Pasco, sólo las caricias de su tierna compañera, que tan avasalladoramente despertaban su sensibilidad, lograron silenciar, en la honda efusión del deleite, el diálogo torturante de sus preocupaciones.

*

Durante todo el mes de julio, las tropas patriotas avanzaron por los valles cercanos a las moles de los Andes, por los escarpados senderos

que penetran en los contrafuertes de la cordillera. Con admirable sentido de la geografía andina, Gonzalo Bulnes ha descrito así la marcha de las fuerzas libertadoras por los accidentales senderos de la Sierra peruana. "A lo largo de los espantosos caminos porque tuvo que pasar, el soldado encontró barrancas de madera preparadas por Sucre para resistir la inclemencia de las noches y depósitos de leña para calentarse y hacer su comida; las caballerías, galpones con forraje, también debidos a la vigilancia de Sucre.

"Seguía al ejército una columna de indios que conducían los víveres a hombros. Los soldados de caballería iban montados en mulas, llevando cada uno su caballo del tiro, herrado de las cuatro patas, siendo de advertir que para fabricar las herraduras y clavos hubo que fundir piezas usadas. Los caballos y mulas habían sido recogidos en su mayor parte en la costa por Bolívar. Detrás del ejército marchaba una masa de seis mil cabezas de ganado vacuno que había acopiado el Estado Mayor sacándolas metódicamente de todos los rincones en que las ocultaban sus dueños.

"El espacio que recorrió es, como todo el camino de la cordillera, un angosto sendero, hecho por el uso, al borde de los abismos, donde hay que confiarse a la bestia sin dirigirla. La infantería seguía en largas e interminables líneas. A cada paso se le ofrecía el contraste de una montaña escarpada y de un valle profundo, cimas que se pierden en las nubes y torrentes que se divisan como un hilo de agua en el fondo de vertiginosas honduras. Era frecuente el que después de hacer un camino pedregoso, fatigante, sin más vegetación que la débil grama que sirve de alimento a las llamas, o la pita de que los aborígenes hacen hilo, sin divisar otro ser vivo que el cóndor, o una manada de vicuñas que se detiene a mirar al viajero, los soldados se encontraran de repente al borde de un valle, en cuyo fondo perpendicular se veía un campanario blanco envuelto por un arbolado del más rico fruto. El ejército bajaba a aquel valle para subir a nueva altura, y esto incesantemente. En las quebradas, el sol refrigeraba sus miembros fatigados y en la tarde los soldados tenían que dormir acurrucados alrededor de las fogatas para no helarse.

"Una inmensa fila humana seguía los contornos accidentados de los barrancos, semejando una culebra inmensa que envolviera con sus anillos, en espiral, las inflexiones de los cerros. En ciertos puntos, el soldado sentía vértigos y tenía que auxiliarse de su compañero: en otros, la rarefacción del aire le impedía marchar, y hubo batallones enteros que cayeron al suelo, atacados de 'soroche', que parece ser el guardián celoso de esas soledades eternas. De trecho en trecho Sucre había colocado cornetas que señalaban el camino con toques, para evitar que la interminable columna se extraviara."

El 29 de junio gran parte de las fuerzas republicanas llegaron al Cerro de Pasco, donde pudieron enterarse de un inesperado movimiento de Canterac en dirección al lago de Reyes, situado en las faldas del mismo cerro, movimiento que obedeció a su conocimiento, posiblemente no muy detallado, de algunas de las operaciones de Bolívar. El contacto entre los dos ejércitos se presentó entonces como inevitable si el Libertador deseaba dar al resto de las divisiones patriotas el tiempo necesario para terminar su lento ascenso de la cordillera. El 2 de agosto, mientras el enemigo se movía a marchas forzadas por la orilla oriental del lago de Reyes, en la llanura de Sacramento, vecina a la eminencia de Pasco, Bolívar pasó revista a sus fuerzas e hizo leer ante ellas la histórica proclama que habría esta campaña decisiva para la suerte de América y de las fuerzas liberales del mundo. "¡Soldados! —decía en ella— váis a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

"¡Soldados! Los enemigos que váis a destruir se jactan de 14 años de triunfo; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

"¡Soldados! El Perú y la América entera aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aún la Europa liberal os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo."

Al terminar la lectura de la proclama, el General Sucre ordenó el toque de los clarines de partida y el ejército patriota tomó el camino que, al norte de la planicie del Bombón, corre el dirección al lago de Reyes. Entre tanto, el resto de sus regimientos terminaban el ascenso de la cordillera y continuaban su marcha en pos de las avanzadas, a las que se incorporaron el 4 de agosto en Diezmos. Allí supo Bolívar que Canterac, seguro ya de la importancia de los movimientos cumplidos en los alrededores de Pasco, al frente de todas sus fuerzas se dirigía a Pasco por la orilla oriental del lago, de tal manera que en los días 6 y 7 de agosto, mientras Bolívar esperaba en Diezmos a su retaguardia, Canterac pasaba por Reyes y Ninicasa. En su parte al Virrey le decía Canterac: "Para cerciorarme si era efectivo que el General Bolívar empezaba sus operaciones, me dirigí rápidamente con el ejército de mi mando sobre Pasco, y, habiendo averiguado que marchaba por la orilla derecha de la laguna, retrocedí para dirigirme a atacarlo por su retaguardia, a fin de interponerme entre él y este valle." Pero el Libertador no estaba dispuesto a permitir a su adversario corregir el rumbo dado a su impetuoso avance. A las dos de la tarde del día 6, mientras Canterac retrocedía a marchas forzadas, Bolívar ordenaba el avance de sus fuerzas con igual celeridad, para

interponerse entre el ejército enemigo y el valle de Jauja. Comenzaron entonces los dos ejércitos, el uno por la orilla oriental y el otro por la occidental, a emular en la celeridad de sus marchas por los senderos que los conducían casi paralelamente hacia los extremos del lago de Reyes, los cuales desembocaban en la planicie de Junín.

Seguro Bolívar de la importancia de aquella operación, cuando notó que los infantes realistas —acostumbrados a las marchas en aquellas regiones—, tomaban ventaja al ejército patriota, ordenó a la caballería republicana cambiar sus mulas por los caballos de batalla y al frente de sus escuadrones de jinetes se lanzó en dirección a la llanura de Junín para cerrarle el paso al enemigo. Cuando los dos contendores quedaron frente a frente, sin que ninguna barrera natural los separara, la posición de los patriotas presentaba marcadas desventajas, porque apenas habían logrado penetrar en la llanura dos escuadrones de caballería y "los demás —como dice Canterac— hasta el número de ocho en columnas, por mitades, estaban entre un cerro y un pantano que les impedía desplegar". Bolívar comprendió que si no aceptaba la batalla, por las desventajas de su posición, los realistas conseguirían su objetivo y ordenó entonces a Necochea, comandante de la caballería, enfrentarse a Canterac mientras él duplicaba sus energías para llevar al campo de batalla la totalidad de sus efectivos. Ningún esfuerzo necesitó la avanzada para detener la marcha de Canterac; al contemplar éste la precaria situación de los republicanos, al mando de los escuadrones de húsares cargó contra la caballería patriota. El choque del formidable poder del ejército español, a cuyo frente combatía valerosamente Canterac, lo recibieron la caballería de Necochea y los Granaderos; estos últimos a diferencia de los cuerpos montados, se desorganizaron fácilmente y comenzaron a desbandarse. Por algún tiempo la resistencia la adelantaron los soldados de caballería, que a pesar de las terribles cargas de los húsares españoles y los Dragones del Perú, no cedieron terreno al enemigo, dando a Bolívar el tiempo necesario para conducir a la batalla nuevos contingentes. Así, cuando la situación era casi desesperada para los patriotas y el propio Necochea, herido, había caído prisionero, se produjo la eficaz intervención de los húsares de Colombia al mando de Laurencio Silva y de los granaderos de los Andes, a órdenes de Bruix, que lograron cambiar un tanto las circunstancias de la batalla y permitieron a los batallones desbandados entrar nuevamente en acción, con tan poderosa eficacia que lograron rescatar a Necochea.

Vino entonces la intervención de las reservas realistas, las cuales quebrantaron de nuevo la resistencia de los cuadros libertadores, especialmente el ala derecha y el centro. En ese momento crítico. Muller, usando el viejo sistema llanero, logró transformar la retirada

en una táctica y haciendo prodigios de dominio sobre sus tropas, cuando el grueso de la caballería española se precipitaba sobre los vacilantes regimientos republicanos, al grito de ¡Vuelvan caras! sus cuadros se enfrentaron, a pie firme, al enemigo y recibieron en sus largas lanzas la terrible presión de los escuadrones montados de España, en cuyas filas se introdujo el desorden y el terror, acelerados por la carga del Regimiento Primero del Perú, a órdenes del heróico Isídro Suárez, que al atardecer puso feliz término a esta decisiva lid.

En el campo de Junín, Bolívar decidió aplazar la persecución del enemigo hasta la incorporación de su retaguardia. Mientras tanto Canterac, aprovechando la obscuridad de la noche, se alejaba a marchas forzadas, abandonando equipajes y pertrechos que, en los días siguientes, servirían a Bolívar para conocer la ruta de los realistas en su retirada. El día 8 de agosto, después de recorrer 160 kilómetros en dos jornadas, los españoles llegaron a su Cuartel General en Jauja y allí, separándose del criterio de muchos de sus oficiales, partidarios de organizar la resistencia y dominado por la psicología del pánico, Canterac continuó su veloz marchar en dirección al río Apurimac. Así quedaban consolidados los efectos de la batalla de Junín, la cual entregaba a los colombianos una inmensa extensión territorial en la Sierra peruana, después de la destrucción de una de las alas del poderoso ejército español del Virrey: la que custodiaba a Pasco y el Valle de Jauja. Ante Bolívar sólo quedaba la guarnación de Cuzco y las poderosas tropas de Valdés, ahora comprometidas en la campaña de pacificación del Alto Perú.

*

Al tiempo que el ejército libertador adelantaba felizmente sus operaciones de penetración en la Sierra, en el Alto Perú acaecía un importante suceso, destinado a modificar la desesperada situación de los realistas: la resonante victoria alcanzada sobre Olañeta, en Lava, por el General Valdés. Laserna recibió en el Cuzco, casi simultáneamente con las buenas nuevas del Alto Perú, la tremenda noticia del desastre de Junín y sin vacilar ordenó a Valdés detener su campaña, pactar a toda costa con Olañeta y regresar inmediatamente a Cuzco, para organizar la resistencia a los colombianos. Así lo hizo Valdés, quien sometiéndose a las exigencias de Olañeta, las cuales suponían el reconocimiento de su jurisdicción absoluta sobre las provincias del Alto Perú, se encaminó con sus divisiones victoriosas en tantos combates al Cuartel General de Laserna.

El 19 de septiembre decidió Bolívar efectuar un minucioso estudio del terreno antes de continuar las operaciones y mientras Sucre, aca-

tando sus órdenes, exploraba los valles de la cordillera, él se dirigía al Occidente, siguiendo los afluentes del Apurimac. A fines de septiembre y después de una cuidadosa inspección de estas regiones, optó por convocar un Consejo de oficiales en Sañayca, porque la consideración detenida de las incógnitas que afectarían la campaña en sus nuevas fases parecía necesaria, dados los peligros que para el ejército libertador presentaban dos hechos de indiscutible trascendencia: la proximidad de la estación de las lluvias y las noticias, un tanto confusas, del regreso de Valdés al Cuzco. Estas circunstancias llevaron tanto a Bolívar como a Sucre a inclinarse a un aplazamiento de la campaña hasta la terminación de las lluvias, para aprovechar el tiempo en reorganizar el ejército que, bajo la dirección de Luis Urdaneta, se estaba reuniendo en la costa norte del Perú, el cual constituiría una base eficaz de resistencia, en el caso de un grave insuceso en la Sierra. Esta última alternativa adquirió gran importancia para Bolívar cuando llegaron a sus manos las comunicaciones que le anunciaban la salida, desde los puertos de Venezuela y en dirección a Panamá, de una expedición despachada por el General Páez, para atender a sus apremiantes solicitudes, expedición que constaba de 4.500 hombres completamente equipados.

La proximidad de estos refuerzos, mediante los cuales el campo de operaciones de la costa adquiría nuevamente una importancia primordial, requería la dirección de un jefe de primera categoría: Sucre, por ejemplo. Esta designación presentaba, sin embargo, dificultades peculiarísimas, pues existía un antecedente que, en concepto del Libertador, descartaba la posibilidad de enviar a Sucre a una labor que fatalmente parecía de retaguardia, de simple organización. Tres meses atrás, cuando los colombianos comenzaban su marcha sobre el Pampas, Bolívar había enviado a Sucre a organizar en Pasco los servicios de retaguardia y éste, tras de cumplir minuciosamente su comisión, se dirigió a Bolívar en los siguientes términos: "Convendrá usted mi General, que un hombre que carezca de la delicadeza necesaria para servir su destino no debe obtenerlo y menos vivir en la sociedad que guían el honor y la gloria. **Yo he sido separado de la cabeza del ejército para ejecutar una comisión que en cualquiera parte se confía, cuando más, a un Ayudante General, y enviado a retaguardia al tiempo que se marchaba contra el enemigo; por consiguiente se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto de incapaz en las operaciones activas y se ha autorizado a mis compañeros para tratarme como un imbécil o como un inútil."...**

Seguro Bolívar de la susceptibilidad de Sucre y de su resistencia a aceptar el mando en operaciones de retaguardia, optó por encaminarse personalmente a la Costa, para organizar la campaña en

aquel frente mientras Sucre asumía la dirección del Ejército en la Sierra. La conveniencia de esta actitud se hizo más evidente, cuando se conoció en el Consejo de Sañayca —por noticias de las avanzadas—, que Valdés había llegado al Cuzco con su ejército y que reunidos Laserna, Canterac y Valdés en Limatambo, se disponían a aprovechar la estación de las lluvias para atacar a los colombianos. El doble hecho de un posible ataque del enemigo durante la estación lluviosa y la anunciada reunión de Valdés con el Virrey, la cual, según todos los cálculos, permitía a los españoles contar con un ejército de cerca de 12.000 hombres, determinaron en el Consejo de Oficiales fuerte opinión en favor de la inmediata atención a las tropas de la Costa y la creencia de que nada sería tan funesto como la continuación del Libertador en el mando de las fuerzas de la Sierra, pues su gloria y el prestigio de su nombre sufriría quebranto irreparable si el ejército colombiano, a su mando, padecía una derrota, nada imposible en las circunstancias creadas por el regreso de Valdés.

Bolívar anunció entonces su marcha para la Costa después de designar a Sucre Comandante Supremo de las fuerzas republicanas en la Sierra. Los términos amplísimos en que están concebidas sus instrucciones para el último, demuestran cuán grande era su fé en los talentos militares de Sucre, a quien iba a proporcionar oportunidad excepcional para enfrentarse a los problemas de aquella última y decisiva fase de la guerra americana.

Capítulo XXVIII

¡PASO DE VENCEDORES!

"De vuestros esfuerzos de hoy dependen los destinos de Sur América. Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia."

ANTONIO JOSE DE SUCRE

El Gobierno colombiano y la guerra en el Perú.—Responsabilidad de Santander.—Desconfianzas de los hombres de bufete ante las glorias ganadas en los campos de batalla.—Los españoles se unen.—Estación de las lluvias en la Sierra.—El Congreso de Colombia priva a Bolívar del mando del ejército.—Ultima ofensiva realista. ¡Ayacucho!—Fin del imperio español en América.

La forma como las insistentes solicitudes de colaboración militar fueron recibidas en Santa Fé y la equívoca actitud que ante ellas demostró el Vicepresidente, pueden apreciarse en las explicaciones dadas al Libertador desde Bogotá, en las cuales el Ejecutivo culpaba al Congreso de no expedir las leyes necesarias para efectuar el envío de las tropas expedicionarias al Sur, cuando no faltaban quienes acusaran al propio Santander de obstaculizar deliberadamente el envío de los mencionados refuerzos. En todo caso, el pretexto invocado por el Vicepresidente durante tanto tiempo —la carencia de leyes que le autorizaran para adelantar la pronta remisión de los efectivos militares solicitados—, indica la ausencia de verdadero interés en los círculos del Gobierno y del Congreso por la campaña del Sur. "Sin una ley del Congreso —le había dicho Santander a Bolívar—

yo no puedo hacer nada, porque no tengo poder discrecional, sino el que puedo ejercer conforme a las leyes, **aunque se lleve el diablo a la República.**"

Infortunadamente el Vicepresidente Santander no se limitó a enfrentarse a los problemas de la guerra del Perú con un criterio excesivamente legalista, fuera de lugar en aquellos momentos, sino puso toda la atención no demostrada en el envío de los recursos militares a él pedidos, en vigilar el empleo, por el Libertador, de las Facultades Extraordinarias de que estaba investido como Presidente de la República en campaña, facultades que le permitían, en los territorios donde se libraba la guerra, ejecutar actos propios del Poder Ejecutivo.

El uso de tales atribuciones debía ocasionar a Bolívar graves tropiezos. especialmente en los casos en que las utilizó para realizar nombramientos y ascensos militares. Esos nombramientos —ganados por los favorecidos en los campos de batalla—, fueron elevando dentro de los cuadros del ejército colombiano a un numeroso grupo de excelentes oficiales, a la cabeza de los cuales figuraban Sucre y Córdoba, y tal encumbramiento no fué bien mirado por los civiles y militares que actuaban en la Administración de la Gran Colombia. La impresión de que en la campaña del Sur estaban naciendo grandes prestigios, que bien podían eclipsar en el futuro a quienes no participaban en ella, creó en Santa Fé un ambiente de disimulada y pérfida hostilidad contra los decretos de Bolívar en el Perú y aumentó el número de quienes deseaban en secreto una derrota de las fuerzas colombianas en el Sur. "Si he de decir verdad —le declaraba Santander a Bolívar— **nuestro Congreso es acérrimo enemigo de las recompensas que ganan los militares**; tres años tuvieron durmiendo el Acta de Quito a los vencedores de Pichincha; **tienen un odio mortal a los libertadores de la patria. Diputado ha habido que proponga que no carguemos ni uniforme militar, y muchos que han pedido el absoluto desafuero.** ¡Qué hombres, qué hombres! Es una lástima que no se publiquen los Diarios de debates para que viésemos maravillas y se conociese todo lo que he tenido que sufrir."

Tales hechos sentaban un precedente lamentable, pues ponían de manifiesto la voluntad, en ciertos sectores de la nación, de ahondar las diferencias existentes entre el elemento civil y el militar, en cambio de aprovechar aquellos momentos de peligro colectivo para llegar a un acuerdo entre ellos y dar así sólidas bases al naciente Estado colombiano. Desgraciadamente contra esta posibilidad salvadora conspiraban entonces las ambiciones de todos los aspirantes a la sucesión de Bolívar, la cual ya empezaba a plantearse en los términos de una enconada disputa entre civiles y militares. El primer síntoma

de cuán avanzado estaba este proceso, se produjo a fines de mayo de 1824, cuando el Ejecutivo, inesperadamente, se dirigió al Congreso para preguntarle si debía reconocer los empleos y ascensos militares decretados por el Libertador en el Sur.

Sin entrar nosotros a dar un juicio sobre las razones legales que pudieran justificar la mencionada consulta, sí nos parece difícil explicar por qué un gobierno culpable de indiferencia ante los problemas de la guerra en el Sur, consideraba oportuno, en los momentos más críticos de esa contienda, provocar una revisión de las facultades del Presidente de la República y Generalísimo de las fuerzas colombianas en el Perú. Debemos convenir que esta actitud no constituía propiamente una eficaz colaboración para la trascendental campaña que estaba librándose en las altiplanicies peruanas. Así lo demostró el debate parlamentario iniciado por esta consulta. No bien ella se produjo, con rapidez sorprendente las deliberaciones se cristalizaron en conclusiones realmente inesperadas: en la expedición de la Ley 28, de julio de 1824, por la cual se privaba al Libertador de las Facultades Extraordinarias de que se hallaba investido y, cosa increíble, del mando del Ejército colombiano en el Perú. Y todo ello ocurrió sin que el Vicepresidente Santander asumiera actitud ninguna de protesta contra la grave decisión legislativa, tomada en los momentos en que la campaña en el Sur adquiría los más peligrosos giros para las armas colombianas.

La noticia de la singular decisión del Congreso de su patria, fue recibida por el Libertador en los primeros días de octubre, en Huancayo, durante su viaje de regreso a la costa peruana. Ella le fué anunciada por medio de comunicaciones oficiales del Ministerio de Guerra de Colombia, que incluían el texto de la nueva ley y el propio Decreto reglamentario del Vicepresidente Santander, en el cual éste se había apresurado a delegar las facultades recuperadas por el Ejecutivo, en virtud de la citada ley, en las distintas autoridades de los Departamentos del Sur de Colombia. "Ruego a Ud. —escribió al Vicepresidente— que presente mi anterior renuncia al Congreso y voy a escribir a todo el mundo acusando a usted de que la ha ocultado contra mi voluntad. **En lugar de darme las gracias por mis servicios, se quejan de mis facultades...**"

No bien la Secretaría del Libertador informó al General Sucre de la decisión del Congreso, se suscitó en las tropas colombianas una verdadera insurrección contra el Gobierno de Bogotá, pues esta ley inconsulta colmaba la paciencia de un ejército abandonado durante dos años por el Congreso y el Ejecutivo y que, cuando Valdés y Laserna se preparaban con fuerzas superiores a comenzar una gran ofensiva, no recibía sino la colaboración de destituir disimuladamente

a su jefe por medio de leyes acordadas en senáculos de gentes que habían rehusado siempre la gloria de los combates y los peligros de las campañas. Por acuerdo unánime de la indignada oficialidad, se dirigió una Representación al Congreso solicitándole mantener al Libertador en el mando y Sucre, en términos que reflejaban el estado de ánimo de sus tropas, escribió a Bolívar: "Nuestra situación, la justicia de la petición del ejército al Congreso y mis deberes mismos respecto de estas tropas, me autorizan a suspender la ejecución de estas órdenes y dejar las cosas como se hallaban al separarse de nosotros en Sañayca. Entre tanto, continuaré mis relaciones con S. E., sin hacer innovación alguna."

Tales hechos demostraron a Bolívar, si esa demostración hubiera sido necesaria, que estaba todavía lejana la hora en que los "fabricantes de repúblicas aéreas" podrían ocultar impunemente sus ambiciones con el falso mando del "legalismo" que tantos males ocasionó a la causa americana en sus etapas iniciales; disimuló, pues, sus explicables resentimientos y continuó la organización de la campaña de la Costa, en coordinación con la que adelantaba Sucre en la Sierra.

Cuando Bolívar se preparaba a remontar de nuevo la Cordillera para dirigirse a la Costa, en su espíritu, con cierta melancolía, se producía también un lento desprendimiento de las esperanzas que había concebido alrededor de la campaña de la Sierra, y al alejarse de aquellas regiones, en términos y circunstancias que se desconocen, se separó definitivamente de Manuelita Madroño. Seis meses de emociones intensas, de peligros y de glorias compartidas, habían vivido estos dos seres a quienes ahora separaba el incansable deambular del héroe, cuyo destino lo empujaba hacia un futuro de soledades gloriosas. Ella, sin embargo, no le olvidaría nunca y así como un día había intuído que su verdadera vida sólo podría realizarse en su amor por el gran hombre, al separarse de él y cuando las primeras tormentas del dolor cedieron el paso a la melancólica serenidad que acarrea el transcurso de tiempo, el recuerdo de su pasión llenó su existencia, como su felicidad había colmado de emociones inolvidables los cortos meses pasados al lado de Bolívar. Cuentan las crónicas que "ya en su edad senil, aún se alegraba y rejuvenecía cuando alguno de sus paisanos la saludaba diciéndole: "¿Cómo está la vieja de Bolívar?" A lo cual élla contestaba sonriendo: "Como cuando era la moza."

*

Para el planeamiento de la campaña del litoral, Bolívar debía resolver la incógnita puesta en evidencia por aquellas comunicaciones de Sucre que le anunciaban la posibilidad de una repentina marcha

de todo el ejército español no contra las fuerzas de su mando, sino sobre los sectores costaneros, por el camino de Arequipa. "Para allá —le escribía Sucre a Bolívar— van los godos, que parece, no quieren guerra conmigo."

Después de minuciosa consideración de los factores que hacían verosímil una operación enemiga en tal sentido, el Libertador se decidió, con indiscutible acierto, por conservar su plan inicial de operaciones: "Creo —le escribió a Sucre— que estamos en el caso de formar dos ejércitos: uno del Sur y otro del Norte. El ejército del Sur debe ser el de usted y yo tendré en el Norte uno de igual fuerza, o poco menos, contando con los refuerzos de Colombia, que están por llegar y con los infinitos reclutas que he mandado hacer, para los cuales tengo armamento, equipo, etc. Este parece que es el plan más acertado y más decisivo que debemos adoptar; por lo mismo usted no deberá nunca pasar esta Cordillera; y dejarme a mí la Costa que no daría cuenta y pago del señor Laserna. Siempre será muy bien que usted no pase esta Cordillera sino por un motivo urgente y necesario."

Y decimos con acierto, porque cuando Bolívar remitía estas instrucciones a Sucre, los ejércitos españoles —bajo el mando personal del Virrey—, partían hacia el Apurimac, lo atravesaban por Agcha y se dirigían al Norte de las líneas de Sucre para colocarse a su retaguardia, antes de que éste alcanzara a concentrar sus fuerzas, acampadas, para su cómodo abastecimiento, en una extensa línea de veinticinco leguas. No bien se enteró Sucre de la maniobra enemiga, con sorprendente rapidez reunió sus fuerzas en la magnífica posición del Bombón y así los motivos tácticos que guiaban las operaciones de los dos ejércitos impidieron el contacto entre ellos, porque al tiempo que Sucre se atrincheraba, Laserna, deseoso de interponerse entre los independientes y el valle del Jauja, se movía hacia el Norte, pasaba el Pampas y el 19 de noviembre ocupaba la población de Guamanga.

Convencidos los generales españoles de las dificultades que necesitaban vencer para desalojar a los colombianos de sus formidables atrincheramientos, se decidieron por una estrategia destinada a darles satisfactorios resultados: asignaron a Valdés la misión de atravesar el Pampas con un cuerpo escogido de tropas, mientras Laserna, con el resto del ejército, marchaba al Norte, después de fingir en maniobras espectaculares su intención de cruzar el río, con la esperanza de que Sucre, creyendo libre el camino del Norte, lo atravesara y quedara a merced de las fuerzas que habían simulado la anterior maniobra. Tal fué la conducta adoptada por el general colombiano; pero cruzó el río con tal rapidez que las tropas de Laserna no alcanzaron a llegar a tiempo y el ejército patriota, perseguido por lós españoles, pudo

en los últimos días de noviembre continuar libremente su marcha hacia el Norte.

De este momento en adelante los dos ejércitos avanzan rápidamente, realizando amplias y hábiles maniobras para tomar posiciones capaces de permitirles enfrentarse con ventajas al enemigo en una acción decisiva. El dominio de las alturas, de los cauces de agua, de las eminencias del terreno, son los objetivos a que condicionan sus operaciones, en las cuales Sucre y los generales españoles persiguen, con igual maestría, llevar al adversario a una batalla en condiciones desfavorables.

Bolívar, entre tanto, había reorganizado sus fuerzas en el litoral y con 500 hombres perfectamente equipados en Ica, 1.000 infantes en Chancay y otros tantos de los famosos cuerpos de Cazadores de Colombia y de Lanceros de Venezuela en las proximidades de Lima, se preparaba a marchar sobre la capital. Así lo comprendieron los realistas, que faltos de las fuerzas necesarias para conjurar un ataque combinado de esta naturaleza, se apresuraron, encabezados por los traidores a la causa americana —el Marqués de Torre Tagle, el Conde de San Donás y el Vicepresidente Aliaga—, a huír hacia el Callao, para encerrarse en sus fortalezas.

El ambiente de la capital estaba ya preparado para la reconquista patriota, pues el alejamiento de los grandes núcleos de tropas españolas hacia la Sierra había obligado a los realistas, en la Costa, a reducir sus planes a la defensa y conservación de las fortalezas del Callao, y la pequeña guarnición de Lima había terminado por demostrarse incapaz de evitar los asaltos y saqueos de las guerrillas republicanas que merodeaban en los alrededores, las cuales acometían la ciudad por bandas y la saqueaban periódicamente. "La yerba —dice Llorente— crecía en las calles de mayor concurrencia por falta de transeúntes. El Brigadier Ramírez (el comandante español) a quien llamaron el Robespierre del Perú, ejercía un despotismo intolerable. Sentado en el Convento de La Merced, se divertía en hacer subir a los pocos jóvenes elegantes que atravesaban la plazuela y les hacía rapar la cabeza, pretextando que llevaban el cabello **a la republicana**. Por otra parte, de tiempo en tiempo eran castigados los vecinos por las incursiones de los guerrilleros patriotas."

Sucre continuaba, por su parte, la retirada hacia el Norte, seguido velozmente por las fuerzas españolas que en el curso de la marcha, por su mayor mobilidad, habían logrado en repetidas ocasiones adelantarse a tomar posiciones ventajosas para el caso de una batalla, como ocurrió el 3 de diciembre en el desfiladero de la quebrada de Matará, donde fué sorprendida la retaguardia republicana y casi aniquilado el batallón "Rifles" por regimientos enemigos emboscados.

Consciente Sucre de la superioridad de su adversario para utilizar la accidentada topografía de aquellas regiones, a pesar de las instrucciones de Bolívar —que le había encarecido no comprometerse en acción decisiva ninguna hasta tanto se terminara la organización del ejército en la Costa—, resolvió confiar a una batalla la suerte final de la guerra en el Perú. "La guerra defensiva —escribió al Libertador— es tan desagradable y a mi entender tan desventajosa, que confieso que me atormenta estar sujeto a oponer cuando más una tranquila presencia a las maniobras del enemigo y mucho más con nuestras tropas que son de obrar a la ofensiva."

Esta decisión era bien oportuna porque el día 4 de diciembre, una vez más, se puso de manifiesto la patente superioridad de los españoles en la celeridad de las marchas, pues al atardecer del mismo día los dos ejércitos se encontraban colocados, uno frente al otro, en circunstancias francamente desventajosas para los independientes. Sucre no tuvo, por tanto, recurso distinto de aprovechar las sombras de la noche para huír de la peligrosa proximidad de su adversario y lo hizo en la convicción de que la hora de una batalla decisiva para la causa de América se aproximaba inevitablemente. Así lo sentían sus soldados, dominados ya por ese nerviosismo bélico que antecede a las grandes acciones militares.

El 6 de diciembre, las tropas patriotas acamparon en la aldea de Quinoa, situada en las proximidades de la planicie de Ayacucho, mientras los realistas, con admirable celeridad, se adelantaban a ocupar las alturas que dominaban la llanura y apostaban a los indios de las poblaciones vecinas, célebres por su crueldad y su odio a los independientes, en los senderos que permiten la salida del valle, con la misión de exterminar a todos los soldados patriotas que intentaran escaparse de aquel hábil encierro, el cual, según el concepto del Virrey y de sus generales, debía provocar el exterminio del ejército libertador.

Cuando Sucre y Laserna se aprestaban para una batalla definitiva, Bolívar terminaba en el litoral la organización de sus tropas, avanzaba sobre Lima y el 7 de diciembre la ocupaba sin mayores resistencias. Una multitud temerosa y dominada por el anhelo de seguridad, le recibió con entusiasmo un poco forzado y en el Palacio de Gobierno, esa misma noche, comisiones de las corporaciones públicas le solicitaron encarecidamente aplazar su marcha hacia el Callao, para librar a la ciudad del saqueo y la violencia en que había vivido durante los últimos meses.

El día 8 de diciembre la guerra de liberación de América llegaba, pues, a su etapa culminante: Bolívar terminaba, con la ocupación de Lima, el dominio de la costa peruana, y el General Sucre, en la

histórica planicie de Ayacucho, desplegaba sus líneas en formación de batalla ante los poderosos ejércitos que, al mando del Virrey, constituían el último valuarte de la monarquía española en América.

Los ejércitos de Laserna dominaban las alturas próximas al campo de Ayacucho y tenía su centro en el pico de Cunduncurca; Valdés, con sus famosos regimientos, formaba el ala derecha en las colinas del Norte; Monet, situado en las lomas y las vertientes que permiten el rápido descenso a la llanura, el centro realista; a la izquierda, cerca de la quebrada que corre por el Sur, estaban las divisiones de reserva al mando del Mariscal González y en una pequeña llanura, entre las formaciones de Valdés y Monet, el Cuartel General de Laserna. En la tarde y noche del 8 de diciembre, Sucre desplegó sus líneas con los batallones de La Mar en el ala izquierda, las divisiones de caballería e infantería colombianas, al mando del granadino Córdoba, en la derecha, y una segunda línea de reserva a órdenes de Jacinto Lara. En las primeras horas de la mañana del 9 los dos ejércitos, ya en sus posiciones de batalla, realizaron sus aprestos finales y mientras Sucre inspeccionaba personalmente su formación, Laserna convocó a sus generales a un último Consejo.

El plan adoptado por los comandantes españoles se orientó, preferentemente, a aprovechar la conocida inferioridad de los reclutas peruanos de La Mar para dar, con los famosos regimientos de Valdés, el golpe inicial y decisivo sobre el ala izquierda de Sucre y aprovechar el momento en que éste tratara de reforzarla con su centro para tomar por el flanco, en una operación frontal, a las divisiones enviadas al auxilio de La Mar. Hacia las 10 de la mañana, cuando los movimientos de las líneas realistas indicaron el comienzo de la batalla, Sucre pasó revista a sus avanzadas y frente a las formaciones del centro colombiano, con la heróica sencillez que le caracterizaba, arengó a sus soldados por última vez: "De vuestros esfuerzos de hoy —les dijo— dependen los destinos de Suramérica. Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia."

Poco después de las 10 de la mañana, Valdés, con su acostumbrada audacia, descendió de sus posiciones y protegido por la artillería española que tronaba incesantemente, se precipitó sobre las fuerzas del Mariscal La Mar, en las cuales abrió profundos claros e introdujo fácilmente el desorden. Su jefe hizo desesperados esfuerzos para reorganizarlas, pero la evidente superioridad de los soldados de Valdés no tardó en demostrarle la imposibilidad de larga resistencia; juzgando insuficiente su reserva, pidió entonces ayuda a Sucre.

El fácil quebrantamiento del ala izquierda del ejército libertador por el intrépido Valdés, saludado con gritos de entusiasmo en las alturas, provocó excesivo optimismo en el Mariscal Monet, que, sin

esperar la movilización del centro patriota en la llanura en defensa de La Mar, comenzó el descenso en dirección a las formaciones de Córdoba, cuando Sucre recibía la angustiosa solicitud de ayuda de su ala izquierda. Obligado el general colombiano a concentrar su atención en las divisiones del centro —amenazadas por el impetuoso avance de Monet—, ordenó a La Mar usar su pequeña reserva y resistir hasta morir.

Entonces Córdoba, con admirable sangre fría y sin inmutarse por la avalancha que se precipitaba sobre sus líneas, mandó a sus soldados esperar inmóviles al enemigo y en el momento oportuno, con acento heróico que electrizó de entusiasmo a sus tropas, dió su histórica orden: "¡SOLDADOS! ARMAS A DISCRECION, PASO DE VENCEDORES!"

Con los fusiles apuntados, las lanzas en ristre y siguiendo a su valeroso conductor, los batallones Bogotá, Caracas, Boltingueros y Pichancha, avanzaron ordenadamente hasta entrar en violento contacto con el enemigo y en medio del estruendo de la fusilería y los gritos de los combatientes, se inició el tremendo choque que decidiría la batalla. "Ansiosos —dice Canterac— de paralizar al enemigo, los escuadrones formados recibieron orden de Monet de cargar desde sus respectivos puntos, lo que ejecutaron con prontitud y orden animados por todos sus jefes. Los lanceros de Colombia los esperaron a pie firme, enristradas sus enormes lanzas. Esta novedad, por segunda vez presentada, y sin que hubiera mediado tiempo y lugar bastante para meditarla y contrariarla, detuvo a nuestros soldados delante de sus engreídos adversarios, en medio del fuego de sus infantes y de nuestros dispersos. Allí comenzó un combate encarnizado que acabó por dejar en el campo la mayor parte de los jinetes españoles imposibilitando del todo la continuación del descenso de la caballería."

Hacia las once del día Sucre comprendió que las divisiones del centro enemigo estaban batidas, y mientras Córdoba se apoderaba de las alturas e inutilizaba la artillería realista, ordenaba a su reserva reforzar a La Mar. El batallón Vargas entró en acción, cambiando el desequilibrio de fuerzas en el ala izquierda patriota y obligando a los cansados soldados de Valdés a retirarse desordenadamente, para desesperación de su jefe, quien consciente ya de la inevitable derrota, buscaba la muerte en el combate; de ella sólo pudo salvarse por la oportuna intervención del Coronel Pacheco, quien lo arrancó casi a la fuerza del campo de batalla.

La batalla se acercó entonces a su término; el Virrey, haciendo un postrer esfuerzo, lanzó al combate el resto de sus fuerzas, con el fin de contener a Córdoba en las alturas. Pero ya todo esfuerzo de los españoles estaba condenado al fracaso; sus últimos cuadros fueron

fácilmente batidos por los soldados patriotas, que embriagados por la proximidad del triunfo combatían con irresistible denuedo. En este último encuentro Canterac fué herido y los soldados que lograron salvarse de la terrible refriega, huyeron hacia el Cunduncurca, perseguidos por la caballería de Córdoba, que aprisionó entonces al propio Virrey Laserna. Sólo un grupo de 400 refugiados, entre quienes figuraban Valdés, García Gamba y Monet, pudieron llegar al cerro y allí, con desesperación, se aprestaron a la última resistencia. Considerando Sucre terminada la batalla, con su nunca desmentida generosidad quiso evitar inútiles derramamientos de sangre y envió a La Mar al Cunduncurca a ofrecer un honroso armisticio a los oficiales españoles refugiados allí; al tiempo que se realizaban estas negociaciones, entre los vítores de entusiasmo de las tropas y en el mismo campo de batalla, en sencilla y emocionante ceremonia Sucre ascendió a Córdoba a General de División.

Los oficiales españoles recibieron a La Mar y después de corta deliberación elaboraron conjuntamente un proyecto de armisticio para presentarlo a la consideración del general vencedor. Este proyecto, que salvaba el honor de los españoles y permitía a cuantos lo desearan embarcarse libremente para España, fué ratificado por Sucre con modificaciones de detalle, después de lo cual recibió oficialmente la rendición del ejército español. "Se hallan, en este momento —dice en su parte— en poder del ejército libertador los tenientes generales Laserna y Canterac; los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y González; los generales de Brigada Bedoya, Ferraz, Gamba, Somocursio, Cancho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con diez y seis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales, más de dos mil prisioneros de tropas, inmensa cantidad de fusiles; todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían; mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos han sido en la batalla de Ayacucho las víctimas de la obstinación y de la tenacidad españolas. Nuestra pérdida es de trescientos diez muertos y seiscientos nueve heridos."

¡Así terminaba la obra de conquista y de colonización que siglos atrás comenzara Pizarro en en Perú a nombre del Monarca español!



Durante toda la campaña del Perú Sucre había seguido con singular interés y admiración la carrera de éxitos del Mariscal Valdés; por eso, al día siguiente de la histórica batalla de Ayacucho, Sucre invitó a almorzar a su ilustre prisionero, quien en el cuartel general colombiano fué recibido con honores militares y espontánea obse-

quiosidad por parte del general vencedor y sus oficiales. Cuenta el cronista que Valdés "llevaba, como en toda la campaña, sobre el pantalón un par de medias gruesas que le llegaban hasta medio muslo, y sobre ellas botas cortas hasta la pantorrilla; su chaleco era cualquier cosa; su gabán blanquizco le llegaba hasta los tobillos; su sombrero era de vicuña y ala muy ancha; su gorro de seda negro, como lo llevamos todos por aquellas montañas, sus insignias, y un poncho blanco". Al terminar el almuerzo Sucre se puso en pie y levantando la copa brindó: "Bebo —dijo— por el que, si hubiera nacido en América, habría sido el mejor defensor de su independencia."

En esta fraternal reunión, término de una época de acercamiento obligado entre España y América, se puso de relieve el verdadero vínculo que en el futuro habría de unir a la Madre Patria y a sus hijos del Nuevo Mundo: la hidalguía del carácter español, que los americanos llevaban en la sangre.

Ahora sólo restaba a Sucre comunicar al Libertador el término de sus tareas en la Sierra peruana, como lo hizo desde su cuartel general, donde el 10 de diciembre de 1824 dictó a su Secretario la nota remisoria del Tratado de Capitulación: "El Tratado que tengo la honra de elevar a manos de V. E. —decía en ella—, firmado sobre el campo de batalla en que la sangre del Ejército Libertador aseguró la independencia del Perú, es la garantía de la paz de esta República y el más brillante resultado de la victoria de Ayacucho.

"El Ejército unido siente una inmensa satisfacción al presentar a V. E. el territorio completo del Perú sometido a la autoridad de V. E. antes de cinco meses de campaña. Todo el ejército real, todas las provincias que éste ocupaba en la República, sus plazas, sus parques, almacenes y quince generales españoles son los trofeos que el Ejército unido ofrece a V. E. como gajes que corresponden al ilustre salvador del Perú, que desde Junín señaló al Ejército los campos de Ayacucho para completar las glorias de las armas libertadoras. Dios guarde a V. E.—Antonio José Sucre."

BOLIVAR

SEXTA PARTE

Capítulo XXIX

COLOMBIA FRENTE A LA SANTA ALIANZA

> "Esta lucha no puede ser parcial de ningún modo, porque en ella se cruzan intereses inmensos, esparcidos en todo el mundo."
>
> SIMON BOLIVAR

Una batalla en escala mundial.—El Congreso de Viena.—Sistema de Metternich.—La paz internacional y la supervivencia del antiguo régimen.—El principio de Intervención.—Bolívar caudillo del mundo liberal.—El panamericanismo de Santander y el americanismo de Bolívar.—Los pueblos coloniales frente a las metrópolis europeas.—Por un nuevo equilibrio político del mundo.—El problema fiscal.

Nunca, como después de la victoria de Ayacucho, se puso tan claramente de relieve la influencia que tendría en los futuros eventos de América, el criterio particularista de la gran mayoría de los dirigentes de las distintas comunidades del Nuevo Mundo, formados dentro del estrecho marco espiritual de sus feudos y ajenos, por tanto, a toda solución para los problemas políticos del Continente, que no tuviera como base el simple reconocimiento de las divisiones de orden administrativo, que las distancias geográficas impusieron en América desde los tiempos de la Conquista.

En medio de los espejismos de este "regionalismo" miope, después de Ayacucho, no tardó en descartarse por muchos, como falto de importancia, el hecho visible de que la contienda de emancipación

americana no había sido una guerra circunscrita a los territorios del Nuevo Mundo, sino apenas una de las fases de la gran batalla mundial donde habría de decidirse la radical oposición entre el mundo tradicionalista y conservador, representado por los Soberanos coaligados en la Santa Alianza, y los pueblos de toda la tierra, deseosos de cambiar el orden social vigente.

La conservación del dominio hispano en América no era un asunto de privativo interés para el gobierno peninsular; en el juego de las intrigas internacionales, la rebelión de las colonias españolas se consideraba entonces vinculada estrechamente con dos intereses vitales de la política europea: el mantenimiento de la organización social tradicional, fundada en los estamentos señoriales que localizaban al individuo y a los grupos en una determinada jerarquía dentro de la comunidad, y a la conservación del equilibrio del poder mundial, expuesto —en concepto de las grandes potencias— a alteraciones fundamentales si España se retiraba del Nuevo Mundo y dejaba abiertas las puertas de los ricos territorios de Ultramar a las naciones con tradición colonial.

Quienes han estudiado los desarrollos y móviles de la política de la Santa Alianza y de su genial inspirador, el Conde de Metternich, impresionados por el aspecto más vistoso de ella —su convicción de que la paz mundial sólo podía alcanzarse por el acuerdo entre las grandes potencias con prescindencia de los pequeños Estados—, no han valorado debidamente el fundamento del sistema de Metternich, cuyo eje se encontraba en su profunda intuición de las relaciones existentes entre la paz internacional y la estabilidad social y política interna de los Estados. Incompatibles con esa paz eran para Metternich las revoluciones liberales contra las monarquías tradicionales, en otras palabras, el triunfo del principio de la **Soberanía Popular** con la paz impuesta en el Congreso de Viena por las monarquías que derivaban su autoridad del principio de la **Legitimidad.** "El primer principio de la Alianza de las grandes potencias —le escribía Metternich al Emperador de Austria— es el mantenimiento de todas las instituciones legalmente existentes: **la paz general sólo es posible con esta condición.**"

Por tan obvias razones, para Metternich el acuerdo de las grandes potencias, o sea el aspecto exterior y visible de su sistema, no tenía tanta importancia cuando perseguía mantener el equilibrio de poder entre ellas, como cuando se encaminaba a evitar las, para él, verdaderas causas de la guerra: las revoluciones contra el orden social establecido. Por eso la Santa Alianza, a inspiración suya y de su aliado en esta política, el Zar de Rusia, proclamó abiertamente —con la sola oposición de Inglaterra—, el principio de la **Intervención,**

mediante el cual las potencias coaligadas se declaraban obligadas a actuar, por las armas cuando fuere necesario, contra cualquier Estado donde triunfara una insurrección contra el orden social, o a ayudar a cualquier gobierno que padeciera dentro de su territorio de un movimiento subversivo de tal índole. En desarrollo de esta política, en el Congreso de Verona se ordenó a Francia restablecer, por medio de las armas, el absolutismo de Fernando VII en España, y en aquellos días las Cancillerías europeas discutían la conveniencia de la intervención militar franco-española en América, para restablecer la autoridad de la Monarquía peninsular en sus posiciones de Ultramar.

Tal era y sería la línea de conducta de Metternich durante la larga época que rigió los destinos de Europa y del mundo. El sobrenombre de "el cochero de Europa" con que se le calificó, tuvo su origen en el incansable deambular del Canciller austriaco por el Continente, en persecución de todo movimiento revolucionario. Si se quisiera explicar su sistema, podría decirse que Metternich no consideraba posible la convivencia pacífica de los Estados como tales, con un movimiento de inconformidad social capaz de sobrepasar las fronteras nacionales y de determinar una insurrección general contra la jerarquía interna de esos Estados. "Un espíritu de innovación o, mejor dicho, de desorden —le escribía a la Princesa de Lieven—, amenaza la calma de todos los Estados. Es preciso oponerle un instinto de conservación, buscar la consolidación y fortificación de las instituciones que existen, antiguas o modernas, lo mismo da, **con tal de que tengan un origen legítimo, que deben ser mantenidas a todo trance.**"

Contra las actividades de la Santa Alianza no existía entonces otro dique que la política de la Gran Bretaña, cuyos intereses la habían obligado a separarse poco a poco de la coalición formada en Viena y a oponerse en muchas ocasiones al principio de Intervención. La historia no tardaría en revelar los claros móviles mercantilistas que, en aquella gran batalla mundial contra el absolutismo, informaban la Diplomacia británica, y cómo su participación decisiva en la derrota de la Revolución Francesa y de su más alta encarnación, Bonaparte, sólo persiguió evitar el triunfo de una nueva gran potencia europea, capaz de romper el tradicional equilibrio del poder mundial, que Inglaterra necesitaba conservar mientras adelantaba su expansión colonial en el mundo transoceánico, se apoderaba de las grandes rutas del comercio y abría a sus productos los puertos de Africa, Asia y América. "La mayor parte de los diplomáticos centro-europeos de entonces —dice Rohden—, con una formación completamente continental, no verán la importancia político-mundial de la victoria

inglesa (sobre Napoleón). Lo que significaba que la Gran Bretaña disfrutase ahora de ilimitada soberanía en el mar, y que, con la posesión de esa soberanía marítima pudiera edificar un imperio cuyas fronteras coincidieran prácticamente con las costas de todos los mares, lo sienten muy pronto los franceses, los españoles, y, en tercera línea, quizá los holandeses. Solamente los representantes de estas naciones navegantes, que en la víspera de la Revolución Francesa se hallaban ciertamente en rango inferior a la Gran Bretaña, pero que podría inclinar todavía la balanza, se daban cuenta de la total esterilidad del imperialismo napoleónico, cuyo resultado práctico había sido que la política inglesa no tuviera que temer en el próximo siglo más rivales en el mar."

En desarrollo de esta gran política colonial, los ingleses apoyaban abiertamente al Rey Pedro I del Brasil en sus desacuerdos con la corona portuguesa, para ganarse así un aliado en América, y en las desaveniencias entre el Brasil y el gobierno de Buenos Aires, por el dominio de la Banda Oriental, se ofrecían de mediadores oficiosos, con el fin de adquirir una situación de preeminencia en el extremo meridional del Continente, en el Puerto de Buenos Aires, de cuya Aduana dependía el comercio de los vastos territorios del Sur. Por otra parte, la coronación de Iturbe en Méjico; la alarma creciente de la clase conservadora de Chile por los progresos de la insurrección popular, que la llevó a serios sacrificios de su soberanía a fin de cooperar en los planes monarquistas de San Martín; y el poder de la gran aristocracia peruana, en la espera, después de su derrota en Ayacucho, de una oportunidad propicia para arrojar del Perú al "zambo", como llamaban a Bolívar, estaban demostrando que, bajo las brillantes apariencias de ese triunfo, existía en América una peligrosa realidad social, susceptible de ser aprovechada por la Santa Alianza y especialmente por Francia y España, para restablecer en América, con el imperio de las instituciones tradicionales, el vínculo de unión entre las antiguas colonias españolas y la alianza de los soberanos absolutos europeos. **"En toda la América Meridional** —escribía Bolívar a Santander—, **no hay más que Colombia que sea fuerte; todo lo demás se desbarata fácilmente. Cada día se pone peor el sur de América; el día que yo me vaya del Perú se vuelve a perder, porque no tiene hombres capaces de sostener el Estado."**

Después de Ayacucho, América presentaba una situación precisamente inversa a la europea, pues al tiempo que en el Viejo Continente se desencadenaba una revolución de los publos contra los monarcas, en el Nuevo Mundo estaba en marcha una insurrección de las clases dirigentes contra la revolución democrática acaudillada por el Libertador y cuya fuente de poder residía en la República de

Colombia. Fué entonces cuando Bolívar, con la visión que le permitió valorar la eficacia del sistema de Metternich —como procedimiento para detener la revolución liberal—, optó por emplear la misma fórmula para enfrentarse en América a la rebelión de las clases dominantes y consolidar el triunfo de los principios democráticos de Colombia. Así como en Europa Metternich había anunciado que la **paz internacional** estaba estrechamente vinculada a la prolongación del viejo orden social, en el Nuevo Mundo Bolívar iba a proclamar que la **paz americana** estaba indisolublemente ligada, para Colombia, a la conservación, en todos los Estados del Hemisferio, de los principios democráticos y republicanos; y que la intervención armada de la República y la posterior ocupación militar se producirían cuando se pretendiera traicionar en el Continente esos principios. En esos días escribía a Santander: "Debemos imitar a la Santa Alianza en todo lo que es relativo a la seguridad política. **La diferencia no debe ser otra que la relativa a los principios de justicia. En Europa todo se hace por la tiranía, acá es por la libertad;** lo que ciertamente nos constituye enormemente superiores a los tales aliados.

"Los ejércitos de ocupación en Europa son una invención moderna y hábil. Conserva la independencia de las naciones y el orden que se establece en ellas, y, al mismo tiempo, evita la necesidad de conquistar para impedir la guerra. Por lo mismo, nosotros debemos tener este ejército en el Alto y Bajo Perú hasta la reunión de los Estados en Panamá, que deben decidir el modo y medio de mantener la tranquilidad entre los Confederados."

Este era apenas uno de los aspectos de la política continental de Bolívar: el que hacía referencia a la unidad interna del mundo americano en la batalla final por su libertad; pero, como la contienda se desenvolvía en un ámbito mundial, Bolívar desde Lima se apresura en esos días a completar la estructuración del sistema que le permitirá enfrentarse al Viejo Mundo, coaligado en la Santa Alianza, presentando a la consideración de América el proyecto del Congreso afitriónico de Panamá, destinado —en su intención— a ser la respuesta de la América democrática al Congreso de Viena.

Por lo que tenía esta significación, Bolívar no quiso darle al proyectado Congreso un aspecto **panamericano**, y expresamente le manifestó a Santander —quien como jefe del Gobierno de Colombia debía adelantar las gestiones de Cancillería necesarias para su reunión—, su criterio adverso a que en el Congreso estuvieran representados aquellos Estados del Hemisferio que constituían amenaza presente o futura para la democracia colombiana y el desarrollo de una comunidad floreciente en la América del Sur. "No se olvide

usted jamás —le escribía a Santander— de las tres advertencias políticas que me he atrevido a hacerle: primera, qué no nos conviene admitir en la Liga al Río de la Plata; segunda, a los Estados Unidos de América, y tercera, no libertar a la Habana. Estos tres puntos me parecen de la mayor importancia, pues creo que nuestra liga puede mantenerse perfectamente sin tocar los extremos del Sur y del Norte; y sin el establecimiento de una Nueva República de Haití. **Los españoles, para nosotros, ya no son peligrosos, en tanto que los anglosajones lo son mucho, porque son omnipotentes, y por lo mismo terribles.**"

No era la política de las clases dominantes del Sur la única que, por aquellos días, se enfrentaba a las miras continetales del Libertador. El Vicepresidente de Colombia, General Santander, hostil a toda Organización de proyecciones americanas —capaz de contrapesar las fuerzas regionales empeñadas en acelerar el proceso de multiplicación de nacionalidades en América —en la imposibilidad de oponerse abiertamente a la reunión del Congreso de Panamá, optó por convertir ese Congreso no en la agrupación de aquellos países americanos que tenían una misma posición democrática ante los propósitos imperialistas de la Europa absolutista y del Mundo Anglosajón, sino en una reunión de todos los países del Hemisferio, cualesquiera fueran sus inclinaciones políticas y sus intereses comerciales. Que la multiplicidad de las tendencias encontradas que actuarían en el Congreso, evitaría la formación de una Confederación política con poder para absorber a las vacilantes nacionalidades americanas y serviría para destacar la importancia de los factores **regionalistas** en el Nuevo Mundo, fueron, sin lugar a duda, las razones que indujeron a Santander a poner en marcha esta política, que constituye el verdadero antecedente del **Panamericanismo** —cuyo iniciador fue, por tanto, Santander y no Bolívar—, política que aspiraba a propiciar en América, a la sombra de la doctrina de Monroe, el triunfo de aquellas tendencias que buscaban transformar las antiguas divisiones administrativas de la Colonia en Estados soberanos e independientes y evitar, como efectivamente lo logró, la formación, en las regiones centrales del Continente, de una gran Confederación capaz de oponer adecuado contrapeso a las formidables agrupaciones territoriales y humanas que comenzaban entonces a formarse en los extremos Norte y Sur del Hemisferio. Comentando la doctrina de Monroe, decía Santander en su Mensaje al Congreso de 1824: "Semejante política, consoladora del género humano, puede valer a Colombia un aliado poderoso en el caso de que su independencia y libertad fuesen amenazadas por las potencias aliadas. El Ejecutivo, no pudiendo ser indiferente a la marcha que ha tomado la política de los Estados

Unidos, se ocupa eficazmente en reducir la cuestión a puntos terminantes y decisivos."

Por tanto, en ejercicio de sus facultades y a pesar de conocer las ideas adversas del Libertador, el Vicepresidente Santander no sólo invitó al Congreso de Panamá al Brasil y al Río de la Plata, sino a los Estados Unidos. Así la histórica reunión de Plenipotenciarios, que en la mente de Bolívar buscaba estrechar el acercamiento de aquellos países americanos que se pronunciaban por una organización democrática del Nuevo Mundo, habría de convertirse en una reunión auténticamente panamericana, destinada a calmar los temores inspirados por el pensamiento de Bolívar en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña. "En Europa —le escribía Santander al Libertador— ha comenzado a alarmar la Confederación americana: **el Ministro Canning llamó a Hurtado para preguntarle 'cuál sería el objeto verdadero de ella' pues se decía que se iba a hacer una liga contra la Europa, y que se trataba de desquiciar el Imperio del Brasil para convertir toda la América en Estados populares.** Hurtado le dió respuestas satisfactorias y le bosquejó el objeto de la Confederación, con lo que parece que quedó aplacada la inquietud del Ministro. A esta fecha debe haber recibido el gobierno británico una nota nuestra relativa a la Confederación, en la que excitamos al Gabinete a que envíe un comisario como testigo, a manera de lo que se practica en los Congresos europeos. También se ha avisado políticamente la reunión al comisionado del Emperador del Brasil en Londres. **Estos pasos nos parecieron prudentes para quitar todo motivo de alarma y todo pretexto de hostilidades, y la conferencia del señor Cannin con Hurtado me ha ratificado en que procedimos con discreción en el particular.**"

Por esta nueva orientación del Congreso de Panamá se perdería una excepcional oportunidad para lograr el propósito de Bolívar: la formación de una Liga integrada por Colombia, Perú y Centro América, capaz de dar nacimiento en los sectores centrales del Continente a un bloque político eficaz para equilibrar la presión de los extremos Norte y Sur y constituirse en personera de la revolución democrática impuesta en el Continente por las armas de Colombia. Cuando Bolívar recibió en Lima el proyecto de Santander sobre el Congreso, se apresuró a contestarle: "He visto el proyecto de federación general desde los Estados Unidos hasta Haití. **Me ha parecido malo en las partes constituyentes**, pero bello en las ideas y en el designio. Haití, Buenos Aires y los Estados Unidos, tienen cada uno de ellos sus grandes inconvenientes. Méjico, Guatemala, Colombia, el Perú, Chile y el Alto Perú pueden hacer una soberbia federación. Guatemala, Chile y el Alto Perú harán lo que nosotros queramos. El Perú y Colombia

tienen una sola mente, y Méjico quedaría aislado en medio de toda esta federación; **la que tiene la ventaja de ser homogénea, compacta y sólida.** Los americanos del Norte y los de Haití, por sólo ser extranjeros, tienen el carácter de heterogéneos para nosotros. **Por lo mismo, jamás seré de opinión de que los convidemos para nuestros arreglos americanos.**"

Dos hechos de importancia indiscutible, de los cuales tuvo noticia el Libertador en los meses de marzo y mayo de 1825, le inclinaron a no insistir por el momento en sus ideas sobre la naturaleza del Congreso de Panamá, pues presintió en ellos la proximidad de acontecimientos que bien podían atemperar, en cercano futuro, los inconvenientes propios del planteamiento de los problemas americanos, en la forma contemplada por el Proyecto del Ejecutivo colombiano. Del primero de ellos tuvo conocimiento por medio de comunicación oficial del Ministerio de Guerra de Colombia, en la cual se le informaba que noticias llegadas de Europa y las Antillas, indicaban que España y Francia, con la aquiescencia de la Santa Alianza, se preparaban a enviar a América una gran expedición para poner fin a la rebeldía de los territorios de Ultramar. Esta noticia llegó a Bolívar simultáneamente con oficios de sus amigos de Buenos Aires —de Dorrego y del Deán Funes—, en los cuales se le daba cuenta del estado de descontento reinante en los pueblos de las Provincias argentinas contra el Gobierno de Buenos Aires, y de la inclinación de sus principales caudillos a solicitar de Bolívar se trasladara al Río de la Plata para ponerse al frente de las masas populares argentinas en rebelión contra la burguesía "porteña".

Relacionando Bolívar, con sorprendente visión política, el significado de la anunciada expedición franco-española y la insurrección de las masas populares argentinas contra el Gobierno "europeizante" de Buenos Aires, se adelantó a definir la guerra de emancipación americana como una de las fases decisivas de la lucha mundial de todos los pueblos contra los tronos y de los Continentes coloniales contra las Metrópolis europeas. "Esta —escribía a Santander el 11 de marzo de 1825— debe ser la guerra **universal.** Estas son mis razones: la Francia suponiéndonos ocupados en el Perú, y poseyendo en el Brasil un gran poder auxiliar, ha podido pensar distraernos con operaciones falsas, o positivas, contando al mismo tiempo con Itúrbide en Méjico, con la anarquía de Buenos Aires, y con el desgobierno más absoluto de Chile. Por consiguiente, si el negocio es parcial y puramente francés. Ayacucho lo para todo y burla todas sus combinaciones. Pero si después de una victoria tan decisiva en el Mundo Americano los aliados persisten en su plan de hostilidad, es una prueba evidente que el plan definitivo es librar, en una contienda

general, el triunfo de los tronos contra la libertad. Esta lucha no puede ser parcial de ningún modo, porque se cruzan en ella intereses inmensos esparcidos en todo el mundo. Desde luego, todo el Nuevo Hemisferio queda de hecho comprometido; la Inglaterra con sus colonias e influencia en las tres partes del mundo y por auxiliar en esta contienda tenemos el espíritu constitucional de los pueblos de Portugal, España, Italia, Grecia, Holanda, Suecia y el Imperio Turco por salvarse de las garras de Rusia. Los aliados tendrán a todos los gobiernos del Continente europeo, y, por consiguiente, a sus ejércitos. Así, el fin de esta litis política y militar depende de tales combinaciones y sucesos que ninguna probabilidad ni penetración humana pueden señalarle el término final. **Luégo podemos concluir por mi proposición de prepararnos para una lucha muy prolongada, muy ardua, muy importante... El remedio paliativo a todo esto es el gran Congreso de Plenipotenciarios en el Istmo bajo un plan vigoroso, y extenso, con un ejército a sus órdenes de cien mil hombres a lo menos, mantenido por la Confederación e independiente de las partes constitutivas.**"

Desde 1813, cuando Bolívar estaba apenas en el comienzo de su carrera pública, se dió cuenta de la honda vinculación existente entre la emancipación de las colonias españolas y la suerte de aquellos Continentes —Asia y Africa, especialmente—, obligados a someterse al yugo de las metrópolis europeas; por ello, en uno de los documentos fundamentales de su transitorio gobierno, invitó al mundo americano a comprometerse en la histórica empresa de cambiar los términos de relación entre los Continentes llamados coloniales y la Europa que a sí misma se apellidaba culta: "Después —decía tal documento— de ese equilibrio continental que busca la Europa, donde menos parece que debía hallarse, en el seno de la guerra y de las agitaciones, hay otro equilibrio, el que nos importa a nosotros: el equilibrio del Universo. **La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del Mundo; y todas estas partes del Mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y Europa para destruir la preponderancia de la última.** Yo llamo a esto el **equilibrio del Universo** y debe entrar en los cálculos de la política americana..."

Y ahora, doce años después, cuando sus victorias a lo largo del Continente le habían convertido en el árbitro indiscutible del Hemisferio americano, Bolívar proclamaba la necesidad de la unión para "esa guerra universal", para esa batalla entre "los pueblos y los tronos", y ofrecía al Nuevo Mundo la formidable oportunidad histórica de abanderar la batalla mundial por un "nuevo equilibrio del Universo", en el cual la grandeza de Europa no llevara consigo el

"yugo y la esclavitud a las demás partes del mundo". Aquella era la hora de la hegemonía política de Colombia en América; por primera vez en su historia y desgraciadamente por última —quién sabe por cuánto tiempo—, se sentía su presencia en el ámbito de la política mundial. Eran los días en que el Embajador de Francia en Madrid, M. Moustier, se dirigía al Ministro francés de Relaciones Exteriores, Barón de Damas, en los siguientes términos: "La consternación reina ya en todos los puertos con motivo de las hostilidades contra la Regencia de Argelia y los perjuicios que causan los **corsarios colombianos.** En estos puertos, más que en las ciudades del interior, **gana prosélitos el sentimiento de que si bajo semejantes disposiciones se presenta en las costas de España una escuadra insurrecta americana, sería imposible contener el desbordamiento revolucionario.**"

Por tanto, al encarecer Bolívar ante el gobierno de Colombia la necesidad de reunir el Congreso del Istmo, pedía la inclusión en el temario de sus liberaciones, del problema de la esclavitud, y urgía porque en el Congreso se adoptara, como premisa fundamental del sistema de organización política de los Estados americanos, su proscripción total. La parte pertinente de las instrucciones dadas por orden de Bolívar, a los delegados de Colombia, decían: "6º A la abolición del tráfico de esclavos de Africa y declarar a los perpetradores de tan horrible comercio, incursos en el crimen de piratería convencional." Esta sería, en el pensamiento del Libertador, una de las grandes banderas que servirían a América para quebrantar el poder de las Metrópolis en el mundo colonial.

Así planteaba Bolívar, en el año decisivo de 1825, los problemas propios del frente internacional de los Estados americanos. En cuanto a los asuntos relacionados con la unidad interna de América, su opinión puede apreciarse en su carta a Santander, fechada el 8 de septiembre de 1825 en Lima, en la cual le pedía solicitar del Congreso de Colombia permiso para continuar su marcha victoriosa hacia el extremo meridional del Continente: "Del lado de Buenos Aires —le decía— todo va mal, pues los portugueses cada día los aprietan más. Se me pone que tendremos que auxiliar a esos ingratos. **El demonio de la gloria debe llevarnos hasta la Tierra del Fuego;** y a la verdad, ¿qué arriesgamos? Este ejército no es necesario por allá y las naciones del Sur necesitan para su reposo y para su libertad, de una parte de los vencedores de Ayacucho. **Con darme de baja pueden ustedes dar de alta las cuatro repúblicas del Sur.** Ruego a usted que le pida al Congreso en mi nombre que me deje seguir mi destino y me deje ir a donde el peligro de la América y la gloria de Colombia nos llama. Sucre, Córdoba y el ejército entero participan de este sentimiento conmigo."

Cuando Bolívar planteó así, ante el gobierno de Colombia, sus planes americanos, el Vicepresidente Santander consideró llegado el momento de esbozar ante el Libertador-Presidente las miras de su política internacional como encargado del Ejecutivo. Así lo hizo en su histórica carta del 21 de enero de 1826, cuyos apartes pertinentes dicen: "El estado miserable de nuestras rentas y la magnitud de los medios militares que necesitamos mantener en estado de guerra o de alarma, **me han decidido a adoptar la medida de una suspensión de hostilidades por medio de la misma Inglaterra y Francia, sin otra base que la de igualdad de comercio y la de solicitarla por todos los Estados americanos, si ellos quisieran aceptarla.** Diez años de paz darán vida a esta República, con cuyas rentas podrá cumplir sus comprometimientos fiscales con los extranjeros, y salir de algunas trampas domésticas. Nuestro ejército tiene hoy veintitrés mil hombres y la marina es un poco fuerte; para unos y otros, y para la administración civil y de hacienda y los intereses de la deuda extranjera, se calculan de gastos anuales de 16 a 18 millones de pesos. Las rentas dan de 7 a 8 millones, ¿de dónde se saca el deficiente? Es, pues, preciso reducir los gastos al producto de las rentas si no queremos morir de consunción, y **el modo de verificar esta reducción es disminuir el ejército y desembarazarnos de la marina...**"

Como se desprende de este documento, las concepciones políticas del Vicepresidente en nada se asemejaban a las del Libertador. Para Santander el objetivo primordial a perseguir era una paz favorable para la República de Colombia, sin tener en cuenta los problemas y necesidades del Continente, ni la suerte futura de las repúblicas americanas. El equilibrio fiscal de Colombia era su preocupación, la cual le llevaba hasta aceptar la necesidad de "desembarazarse de la marina" (*).

Para el Vicepresidente la política de Bolívar en el Sur, que todos los días demandaba más gastos, reclutamientos y sacrificios, debía reemplazarse por hábil diplomacia de bufete, encaminada a obtener la mediación, ante España, de las potencias amigas —Inglaterra, Francia y los Estados Unidos—, con el fin de lograr por su conducto un armisticio de diez años o la paz definitiva. Por eso en aquellos días, sin consultar a Bolívar, la Cancillería colombiana iniciaba gestiones de paz con las Cortes europeas; se daba al Congreso de Panamá, contra la voluntad del Libertador, una configuración panamericana, y lo que

(*) Efectivamente esto terminó por suceder, pues, como es sabido, los barcos de la armada colombiana, que figuraba en primera línea entre las armadas americanas, abandonados por los gobiernos, se pudrieron en los astilleros de Cartagena y Puerto Cabello y luego fueron desmantelados y vendidos como leña.

es aún más significativo, se iniciaba una política destinada a obtener el reconocimiento de las grandes potencias, a cambio de concederles extraordinarios privilegios para su comercio en las aduanas de Colombia. En las negociaciones adelantadas, en aquellos días, con el gobierno francés, bien pudieron advertirse los alcances y consecuencias de esta diplomacia (*).

Comprendiendo Bolívar que realmente era una extraña manera de enfrentarse al desequilibrio fiscal la de disminuir, por tratados comerciales de privilegio, la renta de Aduanas —la más importante y considerable de que disponía la República en esos momentos—, sin vacilar respondió al Vicepresidente: "Aunque no creo todo lo que se me ha informado, sí veo que el estado de nuestras rentas no alcanza a llenar el numerario que se necesita para pagar la inmensidad de nuestros empleados; no hay pueblo, por pequeño que sea, que no tenga un juez de derecho y otros empleados absolutamente inútiles; no hay ciudad, por insignificante que sea, que no tenga una corte de justicia y mil otros tribunales que devoran las pocas rentas del Estado. Por esto es que nuestra hacienda está tan trabajosa, porque en lugar de aumentarle sus entradas, se aumentan sus salidas con la innumerabilidad de empleados que se mantienen de ella. Es, pues, preciso, mi querido general, que usted vea el modo de remediar este mal, porque si no nos perdemos a la larga. Acuérdese usted que una de las prin-

(*) El señor Pedro A. Zubieta, en sus "Apuntaciones sobre las misiones diplomáticas de Colombia", relata así la entrevista entre el emisario colombiano, señor Fernández Madrid, y el Conde de Villele: "El señor Fernández Madrid, en entrevista tenida dos días antes con el primero, aprovechando la insinuación que se le hizo sobre lo desagradable que había sido para el Gobierno francés la noticia de que Colombia había concedido a los ingleses una rebaja del siete y medio por ciento en los derechos de aduana, logró plantear el problema del reconocimiento de Colombia y de la celebración de tratados comerciales entre las dos naciones con habilidad e inteligencia, explotando el resorte de la rivalidad comercial, al que tan sensible se mostraba el señor Conde, como el mayor estímulo que existía para llegar a aquellos resultados.

"Por grandes que fueran las obligaciones y la gratitud de Colombia para con el Gobierno y para con la nación británica, dijo poco más o menos el señor Madrid, el Gobireno de la República estaba lejos de haberles reconocido privilegio alguno, pues su regla general e invariable de conducta era la más perfecta igualdad y reciprocidad con todas las naciones del mundo. En vista del tratado de amistad, comercio y navegación celebrados en abril de 1825 entre Colombia y la Gran Bretaña, se había estipulado que no se cobraría a las producciones o manufacturas de los dominios de Su Majestad Británica otros derechos que los que pagaran, con arreglo a las leyes de Colombia, las mismas producciones o manufacturas importadas en buques colombianos; y haciendo esas leyes en favor de éstos una rebaja de siete y medio por ciento, deberían gozarla en consecuencia los buques ingleses. Los Estados Unidos hallábanse en las mismas condiciones favorables, en

cipales causas que motivaron la revolución de Francia fué el mal estado de su Hacienda, y que lo mismo podría suceder en Colombia, si no se toman medidas con tiempo. Yo soy de opinión que no sólo no se deben nombrar más empleados, sino que es absolutamente indispensable anular una infinidad que, lejos de hacer ningún bien, embarazan la administración y absorben las pocas rentas del Estado; que no se disminuyan los derechos de aduana tan sólo por darle gusto a los extranjeros, antes al contrario, deben aumentarse; aquí (en el Perú) se paga el 30% y por esto es que estamos mejor que ustedes...? Yo le aseguro a usted que el Perú con todos sus trabajos está mejor que Colombia con respecto a Hacienda, y es porque no tiene un sistema tan complicado como el de Colombia, pues que yo he procurado que sea lo más sencillo posible. No crea usted que esto sea porque el Congreso no haya dejado de dar leyes lo mismo que el de Colombia en todas las materias, sino porque yo me he encontrado en la posición de poder escoger aquellas que fuesen ventajosas, y no embaracen la marcha de otras. A esto me dirá que usted no se ha encontrado en esta favorable situación, y yo responderé que, por lo mismo, es que yo me atrevo a indicarle el remedio, a fin de que procure obtener los medios de aplicarlo."

En el planteamiento y solución del problema fiscal de Colombia, el Libertador incurrió en apreciable error cuando juzgó que en la paz

---

virtud de haber celebrado una convención general de paz, amistad, navegación y comercio con Colombia. De manera que si Francia se resolvía a obrar como lo habían hecho aquellas dos naciones, nada le sería más fácil que colocarse en el mismo pie de igualdad que ellas respecto de la República.

"Pero había un hecho más importante aún. El Congreso de Colombia había expedido, y el Gobierno sancionado, una ley derogatoria de los aranceles que hasta entonces habían regido en las Aduanas de la República. Los derechos de Aduana se cobrarían, pues, en lo sucesivo según el sistema ad valorem establecido en la misma ley; es decir, según los precios corrientes que tuvieran los artículos importados en las plazas de donde procedían. Mas, necesitándose para esto que las facturas fueran expedidas por los comerciantes de dichas plazas fueran certificadas por nuestros Cónsules, el comercio francés no podría disfrutar de esta ventaja mientras Colombia no tuviera Cónsules en los puertos de Francia, y no los tendría seguramente sino cuando se hubiera celebrado un tratado o convención consular entre las dos naciones, mejor dicho, mientras no se tratara con Colombia como nación soberana e independiente.

"Propuesta la cuestión en estos términos, Francia corría el peligro de que su comercio, quedara postergado por el de los Estados Unidos e Inglaterra, que principiaba a dominar los mercados americanos.

"Así lo comprendió el señor de Villele, y ofreció en consecuencia hablar del asunto con el Barón de Damas, para buscar una solución que fuera acorde con los deseos expuestos por nuestro agente y con los intereses comerciales de Francia."

podía tal problema recibir igual tratamiento que durante la guerra. Porque, si ninguna razón era suficiente para obligarle a someter a las estrecheces del Erario la magnitud y alcances de su política continental —como lo deseaba Santander—, tampoco era acertada la escasa importancia atribuída por él a las conexiones que no tardarían en producirse entre la participación, cada vez más activa de la opinión pública en la orientación del Estado, y las reacciones de esa misma opinión ante una política fiscal que —según se deducía de su carta a Santander—, buscaría en el futuro remediar el déficit de la República aumentando las contribuciones a unos pueblos que durante 15 años habían sido forzados a realizar un esfuerzo agotador para atender a las necesidades de la guerra y se habían rebelado contra la Metrópoli precisamente para emanciparse de los agentes del fisco español.

Las grandes revoluciones de la Historia —la de liberación de los esclavos en los Estados Unidos y las revoluciones Francesa y Rusa—, tuvieron como consecuencia la emisión de papel moneda. Ello ocurrió así, porque toda transformación revolucionaria de las sociedades —como lo proclamó Mirabeau en célebre debate en la Convención—, crea su propio crédito, hijo de la confianza depositada por el pueblo en el Estado que sirve a esa transformación de personero y ejecutor, y es precisamente a tal crédito al que debe acudirse en las grandes emergencias para remediar las estrecheces del fisco, en cambio de exigir al pueblo, a través de nuevas y penosas contribuciones, sacrificios que siempre resultan incompatibles con el anhelo de mejoramiento y bienestar implícito en su rebelión contra el orden tradicional. Por eso la Convención francesa, al atravesar por un momento semejante al que afrontaba Bolívar en la actualidad, salvó la Revolución al separarse radicalmente del criterio de quienes consideraban posible resolver la crisis fiscal aumentando las contribuciones, en cambio de proceder, como se hizo, a emitir papel moneda, a lanzar al mercado los famosos "asignados".

Y no justifica el error cometido por Bolívar su experiencia personal de lo ocurrido en 1812 —cuando en la República se impuso el funesto federalismo que facilitó la reconquista española—, y el papel moneda, emitido entonces en las provincias y ciudades, que a sí mismas se calificaban de Estados Soberanos, se demeritó rápidamente. Las dos situaciones no permitían comparación, no sólo porque en 1812 y 1813 la revolución estaba vacilante y el gran volumen del pueblo miraba con indiferencia o desvío a los republicanos —circunstancias que en la actualidad se habían modificado—, sino porque ahora no se trataba de resolver el problema fiscal a pequeñas provincias o ciudades, sino de atender a las erogaciones de un gran Estado como Colombia, que después de su victoria sobre las huestes de España

bién podía utilizar su crédito con sus propios nacionales para respaldar las emisiones de moneda demandadas por el sostenimiento de la posición de potencia nacional ya adquirida en América. Sería la contradicción entre el carácter revolucionario de la obra política de Bolívar y su posición ortodoxa en materias financieras, el factor perturbador que contribuiría notoriamente a que el movimiento por él acaudillado en el Hemisferio careciera, en el momento decisivo, de los recursos necesarios para conservar su vigor expansivo y su capacidad de arraigo en las colectividades americanas.

Capítulo XXX

EMANCIPACION DEL INDIO

> "Yo no pretendería marchar al Alto Perú, si los intereses que allí se ventilan, no fuesen de una alta magnitud. El Potosí es en el día el eje de una inmensa esfera. Toda la América Meridional tiene una parte de su suerte comprometida en aquel territorio, que puede venir a ser la grande hoguera que encienda nuevamente la guerra y la anarquía."
>
> SIMON BOLIVAR

El Potosí.—Conflicto de soberanías.—Política de acercamiento a la Argentina.—Hacia la unidad del Hemisferio.—Emancipación del indio.—Fin de los cacicazgos.—De la Edad Media incaica a la libertad americana.—El Cuzco.—Cadenas milenarias.—La Mariscala.—"Yo no soy sensible sino a los suspiros del cañón."

Para dar pleno desarrollo a su política en el sur del Hemisferio Bolívar necesitaba enfrentarse a dos problemas de trascendental importancia: la democratización del Perú, que debía cumplirse en la Sierra, en la cual estaba localizado el gran volumen de la población indígena y de donde sacaron los españoles gran parte de sus ejércitos, y las delicadas cuestiones implícitas en la liberación de las provincias alto-peruanas —hoy República de Bolivia—, pues sobre ellas, tanto el Perú como el Río de La Plata, alegaban derechos de soberanía.

Este litigio se agravó repentinamente por la actitud de Sucre en el Alto Perú, quien después de sus primeras victorias sobre las tropas de Olañeta e impresionado por los anhelos de independencia de

aquellos pueblos, manifestó a Bolívar su intervención de autorizar la convocatoria de una Asamblea Soberana de las provincias del Alto Perú para que deliberara sobre sus destinos futuros. "Ni usted, ni yo, ni el Congreso mismo del Perú, ni el de Colombia —le respondió el Libertador—, podemos violar la base del Derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es la de que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinatos, capitanías generales, o presidencias, como la de Chile. El Alto Perú es una dependencia del Virreinato de Buenos Aires; dependencia inmediata como la de Quito de Santa Fé... Según dice, usted piensa convocar una Asamblea de dichas provincias. Desde luego, la convocación misma es un acto de soberanía. Además, llamando usted a ésas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de La Plata. Desde luego usted logrará con dicha medida la desaprobación del Río de La Plata, del Perú y de Colombia misma, que no pueden ver con indiferencia siquiera, que usted rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito por los antiguos límites del antiguo virreinato. Por supuesto, Buenos Aires tendrá mucha justicia, y al Perú no le puede ser agradable que con sus tropas se haga una operación política sin consultarle siquiera."

Estas advertencias no fueron suficientes para Sucre, que impresionado por la hostilidad de los alto-peruanos hacia los argentinos, el 9 de febrero de 1825 dictó su famoso Decreto en el cual autorizaba a las provincias situadas más allá del Desaguadero para reunirse en Asamblea y discutir soberanamente sus destinos. Al conocer el Libertador la actitud del jefe del ejército colombiano, comprendiendo que ella daba grave golpe a su política de respeto a los derechos alegados por la Argentina y el Perú, sin disimular su desagrado le escribió desaprobando su actitud y, después de anunciar al Congreso peruano su intención de partir para el Sur, se dirigió oficialmente al Gobierno de Colombia solicitándole licencia para pasar al Alto Perú y a la Argentina, si las circunstancias llegaban a hacerlo necesario: "Como el Congreso —decía— me ha prohibido marchar más allá de los límites del Perú, me encuentro en la mayor perplejidad con respecto a mi marcha al Potosí, siendo aquel país hasta hoy puramente español y deseado, a la vez, por el Perú y las provincias del Río de La Plata. En tales circunstancias me dirijo a V. E. para que se sirva someter al Congreso esta duda que verdaderamente turba mi tranquilidad. Yo no pretendería marchar al Alto Perú, si los intereses que allí se ventilan no fuesen de una alta magnitud. El Potosí es en el día el eje de una inmensa esfera. Toda la América Meridional tiene una parte de su suerte comprometida en aquel territorio, que puede venir a ser la grande hoguera que encienda nuevamente la guerra y

la anarquía. Espero que el Congreso decida, si me es permitido o no, pisar el suelo argentino, en el caso de que mi presencia sea reclamada allí por las circunstancias."

Después de nombrar un Consejo de Gobierno y de encargarlo de las tareas cotidianas de la administración, el 10 de abril el Libertador dejó a Lima y tomó los caminos de la Costa en dirección a Arequipa. "Difícil sería describir —dice el cronista— la recepción que en todo el tránsito hicieron los pueblos al Libertador. Su viaje fué una verdadera marcha triunfal. Al acercarse a las poblaciones salían los habitantes a su encuentro. Los indios se señalaban más que todo por su entusiasmo en estas festividades, vestidos con ricos y vistosos trajes que, según la tradición, usaban sus antepasados. En muchas ocasiones, en medio de aquellas soledades, cuando menos se esperaba y entrada ya la noche, multitud de luces anunciaban a la fatigada comitiva, después de una larga marcha, que las autoridades de algún pueblo vecino la aguardaban con su cortés hospitalidad."

En Arequipa encontró Bolívar copiosa correspondencia del General Sucre, en la cual le manifestaba que sólo desaprobación y descrédito obtendría Colombia en el caso de no aceptar la convocatoria de la Asamblea alto-peruana autorizada por él. Meditando el Libertador acerca de su difícil situación, pues le era imposible desprenderse de su investidura de Jefe del Estado peruano, la cual le obligaba a defender los derechos de este Estado en el Alto Perú, y no deseando tampoco abandonar su política de acercamiento a las provincias del Río de La Plata, en rebelión contra la oligarquía de Buenos Aires enemiga de Colombia, optó por una medida habilidosa, que sin recaer sobre el fondo del problema aplazaba su solución para mejor oportunidad. Tal fué el origen de su decreto del 16 de mayo, en Arequipa, el cual autorizaba la reunión de la Asamblea convocada por Sucre, pero sometía la validez de sus decisiones a la aprobabación posterior del Congreso del Perú; con ello perseguía Bolívar —como lo decía en carta confidencial a Sucre—, "no dejar mal puesta la conducta de usted, complacer al Alto Perú, acceder al Río de La Plata, mostrar la liberalidad del Congreso del Perú y poner a cubierto mi reputación de amante de la soberanía nacional y de las instituciones más libres".

Este aplazamiento para solucionar un problema en el cual "toda la América Meridional tiene su suerte comprometida", no perseguía otro propósito que el de darle al Libertador el tiempo necesario para crear una unidad de intereses políticos, una "causa común" entre los pueblos del Continente, para destruir el nacionalismo de las clases dominantes del Sur, empeñadas en afirmar su hegemonía suscitando toda clase de litigios fronterizos entre las distintas divisiones administrativas del antiguo régimen colonial. ¿Cuál era esa "causa co-

mún"? Los postulados de la revolución democrática de Colombia, que, a través de sus dos grandes principios —la igualdad política de todas las razas en América y la total libertad de los esclavos—, cambiaban radicalmente los términos de relación entre las distintas clases sociales y ponían en marcha un proceso de acomodamiento de las sociedades americanas a nuevas formas de organización social, destinadas, en el pensamiento de Bolívar, a determinar una unión superior a todos los intereses localistas que ahora luchaban por el definitivo fraccionamiento del Hemisferio.

Tales eran, precisamente, los términos políticos que constituían la contrapartida de la empresa, igualmente americana, del General San Martín. Los dos grandes hombres, sin duda ninguna los adalides auténticos de la libertad del Nuevo Mundo, habían perseguido la unificación del Hemisferio desde dos ángulos totalmente opuestos: San Martín, a través de una alianza entre las clases dominantes de los antiguos virreinatos y capitanías, cuyo fundamento residía en el régimen monárquico propuesto por él y destinado a garantizar los privilegios de esas clases y a salvar, con la coronación de príncipes españoles en América, el poder mundial del Imperio hispánico. Tal concepción, cuya grandeza histórica sería necio desconocer, sólo interrumpió su vigencia en América cuando, en la Conferencia de Guayaquil —uno de los momentos cumbres de la historia universal—, el Libertador de Colombia se negó a comprometer a su pueblo en ese vasto plan de organización política.

Y Bolívar se negó a ello, no por pequeñas rivalidades con su émulo americano —como lo afirman los historiadores del Puerto de Buenos Aires—, sino por hallarse comprometido en una empresa de lineamientos continentales, no menos trascendental que la de San Martín: la unificación del Hemisferio por una alianza entre los "pueblos", que suponía el quebrantamiento de la tradicional primacía de las clases dominantes de las antiguas colonias españolas. El éxito de esta formidable empresa dependía de la manera como Bolívar lograra destruir los fundamentos políticos y económicos que habían permitido la hegemonía de esas clases durante la Colonia, para crear, en una alianza continental de las masas populares americanas, la unidad perseguida por San Martín en una coalición de los patriciados americanos. ¿Lo lograría el Libertador de Colombia? ¿Le acompañarían las masas populares del Perú, la Argentina, Chile y Colombia en esta empresa destinada a libertarlas de 300 años de opresión? O, acaso, esas masas, enceguecidas por los fuegos fatuos del "nacionalismo" —estimulado por la aristocracia del Perú, la burguesía de Buenos Aires y la clase conservadora de Chile—, sacrificarían en los espejismos de una dudosa soberanía nacional la verdadera emancipa-

ción: la libertad de todo privilegio y la emancipación de toda casta, ofrecidas por Bolívar?

He ahí los grandes interrogantes que en esos momentos emergían del caos de la América hispana y de cuya respuesta por los pueblos del continente dependería el porvenir del Nuevo Mundo. Comprendiéndolo así el Libertador, puso término a su estancia en Arequipa y el 10 de junio tomó los caminos de la Sierra en dirección al Cuzco, donde se proponía dar sus máximos alcances a la vasta revolución social que serviría de base al acercamiento de todos los pueblos del Continente. En medio de las agrupaciones indígenas, explotadas primero por los Incas y después por los españoles, estaba el inmenso laboratorio que permitiría a Bolívar realizar un formidable experimento de liberación social, para ofrecerlo a la América Meridional como símbolo de todo lo que significaba la democracia colombiana. Tal es la explicación de la profunda frase de su Mensaje al Congreso del Perú: **"La crisis de la República me convida a una reforma, que el curso de los siglos, quizá, no volverá a ofrecer."**

Tras de pesadas jornadas de ascenso por los contrafuertes de la Sierra y después de vencer las laderas andinas, el 17 de junio de 1825 Bolívar y sus huestes se acercaron a Pucará. Sus pobladores, acompañados del pároco, salieron a su encuentro y rodeado por una gran multitud, pintorescamente trajeada, entró en la pequeña población, donde se le rindieron homenajes emocionantes por la devoción popular que los caracterizó. En la plaza y desde el atrio de la humilde iglesia, el párroco —indígena como sus feligreses—, pronunció las palabras que la Historia ha conservado por su valiosa significación: "Quiso Dios —dijo— formar de salvajes un imperio, y creó a Manco Capac. Pecó su raza y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación tuvo piedad de América y os ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho antes se parece a lo que habéis hecho, y para que alguien pudiera imitaros, sería preciso quedara un mundo sin libertar. Habéis fundado tres repúblicas que, en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra estatua a donde ninguna ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina."

Bolívar continuó su marcha por los pueblos de Santa Rosa, Sicuarí y Tinta y el 25 de junio, acompañado de la delegación enviada a su encuentro por la ciudad del Cuzco, entró triunfalmente en la Villa Imperial de los antiguos Incas. Dejemos a la pluma de O'Leary la descripción del magno recibimiento que se le tributó: "Los frentes de las casas —escribe— estaban adornados de ricas colgaduras y ornamentos de oro y plata; los arcos triunfales en las calles ostentaban los mismos ricos adornos, vistosamente arreglados, y de las

ventanas y balcones caía una lluvia de flores y coronas de laureles que las manos preciosas de las bellas cuzqueñas arrojaban al pasar la comitiva, así como puñados de monedas y medallas para el pueblo que vitoreaba. Lo mismo que en Arequipa, regalóle la municipalidad un caballo con jaez de oro y del mismo metal las llaves de la ciudad que le presentaron. Después de asistir al solemne Te Deum que se cantó en la catedral, se dirigió a la Casa Municipal, donde le esperaban las señoras principales de la ciudad con una corona cívica de diamantes y perlas."

En el Cuzco, hondamente impresionado por el formidable espectáculo de la naturaleza, en medio de la cual parecían languidecer las ruinas de una civilización centenaria y un pueblo oprimido durante siglos ponía a sus pies las cadenas y le mostraba las dolorosas huellas de su esclavitud, Bolívar asumió con más emoción que nunca su papel de Libertador de los americanos.

Dentro de la organización social española en el Perú, existía una pequeña pero poderosa clase privilegiada, la de los caciques indígenas, a los cuales esa organización había conservado sus antiguos privilegios y su mando sobre las comunidades indígenas, con el fin de establecer, por su conducto, la hegemonía de la raza conquistadora sobre los nativos. Durante la Colonia estos Caciques, hábilmente halagados por la administración española, se habían desvinculado progresivamente de los intereses de sus hermanos de raza y a través de ellos se había facilitado la consolidación de unas relaciones de verdadera servidumbre entre los conquistadores y las desamparadas masas indígenas. El Libertador de Colombia, en uso de la autoridad de que estaba investido, comenzó por abolir la "institución del cacique" y su aberrante jurisdicción, con lo cual dió el primer paso hacia una más justa integración de los distintos elementos étnicos de la nación peruana. Pero su tarea de redención social no se detuvo ahí. Convencido de que el fundamento de la opresión que sufrían los indios en el Perú residía en el monstruoso derecho de las clases privilegiadas para fijar a su voluntad la totalidad de las condiciones del trabajo —cuando aquellos carecían de todo recurso y apelación—, dictó la inmortal orden, cuyo texto transcribimos: "Los jornales de los trabajadores de minas, obrajes y haciendas deberán satisfacerse según el precio **que contrataren en dinero contante sin obligarles a recibir especies contra su voluntad y a precios que no se sean los corrientes de plaza.**

"Se prohibe a los Prefectos, Intendentes, Gobernadores y Jueces, a los Prelados, curas y sus tenientes, hacendados, dueños de minas y **de obrajes que puedan emplear a los indígenas contra su voluntad en**

faenas, séptimas, mitas, pongueajes y otra clase de servicios domésticos y usuales.

"Nadie puede exigir un servicio personal **sin que preceda un libre contrato del precio de su trabajo.**

"El cumplimiento de estos preceptos queda a cargo de los Intendentes, Gobernadores y Diputados de minas, debiendo los párracos solicitar la intervención de estos funcionarios.

"Cualquiera falta u omisión en el cumplimiento de estas disposiciones produce acción popular y da lugar al respectivo juicio de residencia."

No puede, pues, extrañarnos que cuando en aquellos días se acentuaba el odio colectivo de la aristocracia peruana contra el "zambo" —como calificaba a Bolívar—, se produjera también en el alma de los indios espontáneo impulso de devoción hacia su libertador, devoción que habría de adquirir —como se verá en el curso de su viaje a lo largo de la Sierra peruana—, aspectos de emoción casi religiosa, cuyas manifestaciones llegaron muy hondo al alma de Bolívar y despertaron en él sentimientos de honda fraternidad por aquellas gentes oprimidas. El 28 de junio le escribía a Santander desde el Cuzco: "Los pobres indígenas se hallan en un estado de abatimiento verdaderamente lamentable. Yo pienso hacerles todo el bien posible: primero, por el bien de la humanidad, y segundo, porque tienen derecho a ello, y últimamente, porque hacer bien no cuesta nada y vale mucho."

*

En los días inmediatamente siguientes a su llegada al Cuzco, Bolívar tuvo oportunidad de conocer a una mujer que dejaría en él un extraño recuerdo: a Francisca Zubiaga de Gamarra, esposa del entonces Intendente del Cuzco y más tarde Gran Mariscal y Presidente del Perú. Las relaciones de Bolívar y la Mariscal —como se la apellidó en los tiempos de su auge en el Perú— aparecen envueltas en las tinieblas de la leyenda porque su vigorosa y dominante personalidad y la altísima posición que ocupó más tarde en la política de su patria, crearon el interés de ocultar sus relaciones con el Libertador de Colombia, las cuales, dado el temperamento de doña Francisca, carecieron de la ostentación que distinguió los amores de Bolívar en otras ocasiones.

Francisca Zubiaga nació el 11 de noviembre de 1803 en Huaparcay. Su padre, don Antonio Zubiaga, natural de Viscaya, llegó al Perú, como tantos españoles, en busca de fortuna y se estableció en el Cuzco; allí, después de afortunados negocios, obtuvo el cargo de

Administrador de Hacienda y contrajo matrimonio con doña Antonia Bernales. Todos los cronistas e historiadores que se han ocupado de la Mariscal, concuerdan en destacar el carácter intransigente de don Antonio y la falta de dulzura, lindante con la dureza. de su mujer. Freire le relató a Bolívar la siguiente anécdota sobre la madre de la Mariscala, la cual revela la antipatía que por las intolerancias de su carácter llegó a despertar en el Cuzco: "La señora —le dijo— regresó un día sola en un coche sin toldillo y en las calles de Las Mantas fué pifiada y silbada por la plebe, de una manera sumamente insultante."

Los años de la infancia de Francisca Zubiaga transcurrieron pues, en un hogar falto de esos cariños y comprensión que tan definitivamente contribuyen, en las primeras etapas de la existencia, a establecer un contacto amable entre el alma que dá su primeros pasos por el mundo y las gentes y las cosas que la rodean. El hogar, ambiente natural donde el espíritu, en los años infantiles, se sale de sí mismo y se funde, por decirlo así, con el torbellino de la vida, fue para Francisca Zubiaga la muralla que no pudieron sobrepasar sus tímidos anhelos de felicidad; desde entonces empezaron a perfilarse en ella esas ambiciones casi varoniles que le llevarían más tarde a cambiar la felicidad por el poder, el amor por el fausto, la alegría de vivir por la voluptuosidad de mandar y ser obedecida.

En esos años de su opaca juventud, tales transformaciones de su personalidad sólo confusión dejaron en su conciencia y en el ambiente impregnado de religiosidad de su época la llevaron a creer en su vocación para la vida del claustro. Su desconfianza del mundo, su hostilidad por él, parecieron confirmársela y sin vacilaciones se refugió en el convento, con la resolución de no volver a salir de él. En sus frías soledades, esta alma acongojada no encontró la paz y con el tiempo descubrió la verdadera causa de sus torturas interiores: que sus temores y su hostilidad por el mundo no eran tan fuertes como para obligarla a renunciar a él; que en lo más recóndito de su espíritu bullía, con fuerza superior a sus ignorancias y a sus debilidades, incontenible necesidad de imponerse y triunfar en ese mundo del cual venían huyendo desde sus primeros años. En el ascenso a su conciencia de esta profunda realidad instintiva, debió influir poderosamente su tremenda nerviosidad, que nunciaba ya los terribles síntomas de la epilepsia.

Los graves quebrantos de su salud, agudizados desde entonces, acrecentaron en élla la sensación de desamparo y su espíritu se adhirió, casi desesperadamente, a esos confusos sueños de gloria que habían abierto una luz, una pequeña luz, en el horizonte lleno de sombras de su existencia. A partir de este momento se arraigó en élla la convicción de que sus débiles alientos de vida se apagarían com-

pletamente si no lograba imponerse, triunfar. "El día —le diría más tarde a Flora Tristán— en que haya perdido toda esperanza de vivir con gloria, rodeada de esta nube, de este humo, ese día no habrá más sol para alumbrarme, ni aires para mi pecho, y moriré'.."

Al dejar el convento y regresar a casa de don Antonio, nada logra apartar su voluntad, cada vez más fría por el sufrimiento, de los confusos propósitos que la guían. Cuando en labios de su padre —el orgulloso vizcaíno—, escucha duras palabras de censura para el espíritu de insurrección reinante en aquellos tiempos contra los españoles, y advierte en sus frases inmenso desprecio por los indios y por los odiados "cholos" —que en esos días se convertían en el Perú en centro del espíritu de descontento contra España—, élla se une espiritualmente a los enemigos de su progenitor, a los rebeldes americanos, y fija su atención en un "cholo", ya célebre en el Cuzco por sus ideas liberales, la altivez con que las defendía y la arrogancia de su apostura y de sus gestos: en Agustín Gamarra. Al ser informado don Antonio de que su hija, la hija de un español ciento por ciento, sin consultárselo, había contraído matrimonio con el "cholo" Gamarra, indignado exclamó con terrible dureza: "¡Prefiero que me digan que se ha muerto!"

¿Fué este un matrimonio por amor? Resulta difícil creerlo no porque Agustín Gamarra careciera de los atributos propios para enamorar a las mujeres, sino porque Francisca Zubiaga estaba espiritualmente poco preparada para amar. Atormentada por sus ambiciones, en este matrimonio sólo buscó una oportunidad para emanciparse de su hogar, para confundirse con la causa política de la cual Gamarra era destacado adalid y en cuyo futuro presentía el confuso triunfo de sus ambiciones. Para ello estaba mejor preparada que para amar, como lo indican las palabras que más tarde oiría en su boca Flora Tristán: "En mi carrera —le diría— mi audacia, mi fuerza muscular han sido a menudo menores que mi valor; y mi posición se ha visto algunas veces comprometida; he debido, para suplir la debilidad de nuestro sexo, conservar sus atractivos y servirme y armarme, según las necesidades, del brazo de los hombres... He rogado, adulado, mentido; he empleado todo, no he retrocedido ante nada... ¡Ah! gloria, ¡cuán caro cuestas!"

Y Francisca Zubiaga no se equivocó en su elección. Al lado de Gamarra, el futuro Gran Mariscal y Presidente del Perú, encontró el éxito; a su lado se impuso en la ciudad de su nacimiento y más tarde tuvo a toda una nación a sus pies; así la orgullosa cuzqueña, que en su infancia soñaba en superar en elegancia a las grandes damas de la aristocracia limeña, llegó a ser la primera dama del Perú. Estas satisfacciones para su vanidad nunca lograron borrar de su

espíritu la coraza de altivez y la dura frialdad de que hubo de revestirse para vencer. Los desengaños y pesares, que iluminaron el duro drama de su juventud, tornaron en hábito, casi en segunda naturaleza, ese gesto de dominio frío y cruel que llevó a sus contemporáneos a dudar seriamente de su femenidad. La siguiente respuesta a la declaración de amor de un oficial peruano, prendado de ella por largo tiempo, dá idea de esas modalidades permanentes de su carácter: "¿Para qué necesito yo su amor? Su brazo, sólo su brazo me hace falta. Vaya usted con sus suspiros, sus palabras sentimentales y sus romances donde las chiquillas. Yo no soy sensible sino a los suspiros del cañón, a las palabras del Congreso y a los aplausos y aclamaciones del pueblo cuando paso por las calles."

Tal era la mujer de Agustín Gamarra, Intendente del Cuzco cuando Bolívar llegó a la Villa Imperial de los Incas. En las numerosas recepciones obsequiadas a él por las autoridades de la ciudad, el Libertador la vió frecuentemente y la desenvoltura de su trato, sus indudables atractivos de mujer y la altanería de sus ademanes, tan de acuerdo con su orgullosa personalidad, despertaron en Bolívar un interés que no quiso ni supo disimular. "Todo el imperio de su belleza —dice de élla Flora Tristán— estaba en su mirada: ¡cuánto orgullo! ¡cuánto atrevimiento! ¡cuánta penetración! ¡con qué ascendiente irresistible imponía el respeto, arrastraba las voluntades y cautivaba la admiración! El sér a quien Dios concede esa mirada no necesita de la palabra para gobernar a sus semejantes. Posee un poder de persuación que se soporta y no se disputa. Su nariz era larga, con la punta ligeramente arremangada; su boca grande pero expresiva; su cara larga; las partes huecosas y los músculos fuertemente pronunciados; su piel muy trigueña, pero llena de vida. Tenía una enorme cabeza coronada por largos y espesos cabellos que descendían hasta la frente; eran de un castaño oscuro brillante y sedoso. Su voz tenía un sonido sordo, duro e imperativo; hablaba de una manera brusca y seca. Sus movimientos eran graciosos, pero traicionaban constantemente la preocupación de su pensamiento. Su vestido fresco y elegante, de los más esmerados, formaba un extraño contraste con la dureza de su voz, con la austera dignidad de su mirada y con la gravedad de su persona."

Para un temperamento como el de la Mariscala, el encuentro con Simón Bolívar, el "hombre de la gloria", no podía carecer de importancia, pues si élla había permanecido indiferente ante los estímulos del amor y de la felicidad, había vibrado con emoción en todas las oportunidades en que sintió próximos los resplandores del poder. Ellos serían en esta ocasión —cuando el Cuzco recibía al Libertador con homenaje de impresionante devoción—, los hilos sutiles que la

acercarían a Bolívar, pues en el voluntarioso deseo de ese hombre vió satisfechas sus emociones de mujer, al sentir encadenado a sus encantos a quien, por la gloriosa epopeya de su vida, podía conducirla, como lo esperó, a las soñadas cumbres del poder.

Para infortunio de un temperamento tan sensible a los fracasos como el de doña Francisca, sus relaciones con el Libertador no tuvieron el desenlace esperado; si los indudables atractivos de esta mujer intrigaron a la apasionada naturaleza de Simón Bolívar, su personalidad dominante y esa actitud de frío imperio que no la abandonaba ni en los momentos de mayor intimidad, tendieron una impenetrable valla sobre esa difusa frontera que en la vida afectiva separa las simples sensaciones de placer de aquellas emociones, cuya profundidad constituye el amor. El ardoroso entusiasmo de los primeros tiempos quedó cortado para Bolívar por una impresión de vacío, la cual rápidamente se transformó en una indiferencia que doña Francisca ni comprendió ni perdonó jamás. La carta de Sucre relatando a Bolívar que la Mariscal había informado a su marido de la trama de sus relaciones, bien puede indicar que élla, por reacción muy explicable en su temperamento, trató de enemistarlo con el Libertador y en transformar a Gamarra en enemigo de todo lo que Bolívar significaba en el Perú. "Antes de que se me olvide —le escribía Sucre a Bolívar— le diré que Gamarra es acérrimo enemigo de usted; procuré indagar los motivos y por un conducto muy secreto, supe que sobre su aspiración a la presidencia, añadía como pretexto, que habiéndole hecho tantos obsequios en el Cuzco, le enamoró la mujer; que esta misma se lo había dicho... Aunque doña Pancha es una buena pieza y que realmente ha hecho esta declaración, no sé la verdad."

Capítulo XXXI

HEGEMONIA POLITICA DE COLOMBIA

> "Quedándome un par de años en el Sur de Colombia (siempre que me lo permita nuestro Congreso), me lisonjeo de que nuestras Repúblicas se ligarán de tal modo, que no parezcan en calidad de naciones sino de hermanas, unidas por los vínculos que nos han estrechado en los siglos pasados, con la diferencia de que entonces obedecían a una sola tiranía y ahora vamos a abrazar una misma libertad."
>
> SIMON BOLIVAR

Las provincias argentinas buscan la cooperación de Bolívar.—Misión de Alvear.—Intervención británica.—El Potosí.—Protector de la América Meridional.—Agresión brasilera.—Hegemonía de Colombia.—Bolívar caudillo de todos los pueblos americanos.—Oposición de Buenos Aires.—Política de Rivadavia.—Páez acusado ante el Senado.—La hora decisiva.

El 28 de junio recibió Bolívar en el Cuzco la ley del Congreso argentino por medio de la cual se nombraba una delegación para transar con el Libertador de Colombia "cualquiera dificultad que pudiera suscitarse entre aquél y este Estado, de resultas de la libertad en que hoy se hallan las cuatro Provincias del Alto Perú que han pertenecido siempre a las de la Unión", y se declaraba, además, que "aunque las Provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a este Estado,

es la voluntad del Congreso general Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad...".

Consciente Bolívar de que el Congreso argentino buscaba con esta Ley un acercamiento a Colombia, para obtener su ayuda militar en las hostilidades que se proponían abrir contra el Brasil, por la invasión de la Banda Oriental, no dejó de advertir la valiosa oportunidad que esta contienda iba a proporcionarle para llevar a feliz término su política democrática en el Hemisferio, pues su intervención armada en favor de los derechos del Río de La Plata —conculcados por la monarquía brasilera—, eventualmente podía conducirle a la destrucción del último poder americano que aún estaba en capacidad de agrupar a las fuerzas monarquistas del Nuevo Mundo. Por tanto, al prepararse a iniciar sus actividades más allá de las provincias del Alto Perú, escribió a Santander solicitándole preguntar al Foreing Office su concepto sobre una posible guerra entre el Brasil y las Repúblicas de Colombia y el Perú: "Hoy —le decía— he recibido comunicaciones de Buenos Aires dirigidas al General Sucre, por las cuales sabemos oficialmente que la misión de Buenos Aires —del General Alvear y el doctor Díaz Vélez— trae, entre otros objetos, la invitación formal y expresa de hacerle la guerra al Brasil de acuerdo con Buenos Aires, que está haciendo esfuerzos por recobrar la Banda Oriental y Montevideo. Como este negocio es gravísimo, no me dejaré arrastrar a él de pronto ni por la gloria ni por las lisonjas. **Desde luego, yo no puedo disponer de las tropas de Colombia sin consentimiento de su gobierno; por lo mismo, deseo que usted consulte al Congreso y a los agentes ingleses sobre el modo como Inglaterra vería una guerra de nuestra parte con el Brasil.** A primera vista no parece útil más que a Buenos Aires; pero como la Santa Alianza puede con el tiempo aprovecharse del Brasil para atacarnos, será muy útil consultar a Inglaterra de antemano sobre esta materia espinosa y difícil."

Cuando Bolívar solicitaba esta consulta, en Londres se daban los toques finales a la política de penetración británica en la América del Sur, la cual habría de desarrollarse a partir de las dos bases que entonces la facilitaban: la oligarquía burguesa de Buenos Aires, cuyo agente —Bernardino Rivadavia—, adelantaba en esos días, en la capital inglesa, gestiones para provocar la mediación británica en el conflicto del Río de La Plata con el Brasil, y la Casa reinante en Río de Janeiro, que había encontrado en los buenos oficios del Foreing Office el mejor apoyo para resolver satisfactoriamente sus desavenencias con el gobierno metropolitano de Portugal. Todo parecía indicar, por lo mismo, que la guerra podría no producirse, pues Inglaterra se cuidaría muy bien de impedir la lucha entre

los dos grandes aliados de su política en Suramérica: Buenos Aires y el Brasil (*).

Bolívar comprendió todo el peligro que corría el Hemisferio, dividido como estaba, si se le abría el campo a la intervención, disfrazada de mediación, de un gran poder mundial como la Gran Bretaña, y seguro de que tal intervención habría de producirse más tarde o más temprano, pues no faltarían gentes en el Continente que la solicitaran, se decidió a buscar una alianza entre la Gran Bretaña y la Confederación de Naciones Americanas próxima a estructurarse en Panamá, para establecer el contacto entre el Nuevo Mundo e Inglaterra a través de un organismo político que representara a la América del Sur unida en un poderoso bloque de países independientes. Mientras se adelantaban las gestiones de esa alianza —sobre cuya conveniencia escribió Santander—, el Libertador se encaminó al Potosí, donde debía entrevistarse con los representantes del Congreso argentino.

Su interés en esta conferencia estaba más que justificado, porque en ella habría de decidirse si los pueblos de las provincias del Río de la Plata le acompañarían a terminar en el mismo territorio brasileño la gran cruzada por la completa democratización de América, o si las preocupaciones de las clases dominantes del Sur impondrían la parcelación del Continente en pequeños Estados hostiles entre sí, facilitando así la hegemonía, en el Nuevo Mundo, de los grandes poderes coloniales. "César en las Galias amenazaba a Roma —le escribía a Santander—, yo en el Alto Perú amenazo a todos los conspiradores de América y salvo, por consiguiente, a todas las repúblicas. Si yo pierdo mis posiciones en el Sur de nada sirve el Congreso de Panamá y el Emperador del Brasil se come al Río de La Plata y a Bolivia."

El 19 de agosto, el Libertador llegó a la Paz acompañado por el General Sucre, quien salió a recibirle a las proximidades del lago de Titicaca. "Calles y arcos triunfales —dice el cronista— ostentaban todas las riquezas de oro, plata, telas y obras de arte que poseía el vecindario. Las hermosas derramaban flores sobre la cabeza del héroe y sus huestes. En el Palacio un sacerdote coronó a S. E. con un laurel de oro tachonado de brillantes, que formaba una corona. El Liber-

---

(*) "Estoy persuadido —le escribía Funes a Bolívar— que todas estas prevenciones las hace el gobierno contra su voluntad, y que aun cuando se vean en mucho riesgo los orientales, no llegará el caso de socorrerlos. Ahora es cuando me acerco a informar a V. E. sobre lo que piensa ese Gobierno en orden al modo como recibirá Inglaterra una guerra del Brasil con nosotros. La razón en que me fundo para decir que no lo socorrerá, es porque según explicó el Ministro, a su juicio, Inglaterra no miraría con buenos ojos esta guerra y que, por lo mismo, debe evitarse."

tador entonces, con aquella viveza y energía que hacen lo más hermoso de su carácter, quitándosela de la cabeza, ornó con ella las sienes del General Sucre, diciendo: 'No es a mí, señores, a quien es debida la corona de la victoria, sino al General que dió la libertad al Perú en el campo de Ayacucho'." En esta ciudad recibió el Libertador a la comisión de la Asamblea Altoperuana —compuesta por Casimiro Olañeta, José M. Mendizábal e Ilarión Fernández—, quienes pusieron en su conocimiento que la Asamblea había decidido adoptar su nombre para la República próxima a formarse en las provincias del Alto Perú, confiar al Libertador la tarea de darle una Constitución y solicitarle ahincadamente la derogación de las cláusulas de su Decreto de Arequipa que limitaban las atribuciones de la Asamblea para declarar la independencia del nuevo Estado. Bolívar les expresó sus agradecimientos por tan singular honor, pero les declaró que tales limitaciones sólo podía levantarlas el Congreso del Perú; se limitó, pues, a prometerles sus buenos oficios para obtener esta decisión. Embargada su mente por los posibles desarrollos de su próxima conferencia con los emisarios argentinos, aplazó toda decisión en esta delicada materia y el 20 de septiembre marchó hacia el Potosí, lugar señalado para la histórica entrevista.

El Libertador llegó el 5 de octubre a la ciudad legendaria y famosa por sus minas de plata, y el 8 lo hicieron el General Alvear y el doctor Díaz Vélez, delegados del Congreso argentino. Como Bolívar carecía de facultades constitucionales para decidir sobre la guerra y la paz fuera del territorio peruano —facultades que residían en los Congresos de Colombia y el Perú—, no bien se anunciaron los emisarios argentinos se excusó de recibirles en forma oficial, hasta no conocer el objeto de su misión. Las conversaciones empezaron privadamente en el palacio de Gobierno del Potosí y desde los primeros momentos Bolívar pudo descubrir en ellas la ausencia de grandes dificultades para dar a su política los rumbos que ambicionaba. Dejemos al Libertador describir, en sus informes reservados a Santander, los términos y desarrollos de las memorables conferencias. El 1º de octubre de 1925 le manifestaba: "Diré a usted confidencialmente, que estos señores me han hablado con excesiva franqueza sobre el actual estado de Buenos Aires con respecto al Brasil, **que, al parecer, es el principal encargo de su comisión.** Me han dicho, sin ningún rodeo, que ellos creen inevitable la guerra entre el Brasil y Buenos Aires, tales eran sus mutuos resentimientos; y más que todo la opinión general del pueblo, que al fin arrastraría la del gobierno en contra de los portugueses... En una palabra, estos comisionados han dejado penetrar, sin el menor disfraz, que esperan la guerra con el Brasil; que no se creen bastante fuertes para resistirla; y últimamente, que tienen

esperanzas de que yo los auxilie haciendo uso de los recursos del Perú y Colombia."

El 11 de octubre las conversaciones alcanzaron considerable progreso, descrito así por Bolívar al Vicepresidente: "Acabo de tener una larga conferencia con los señores Alvear y Díaz Vélez sobre el punto de nuestras dificultades. Ellos me han repetido fuerte y enérgicamente que la guerra con el Brasil es inevitable, por los motivos que antes he dicho; que ellos no son bastante fuertes para rechazarla; y, por fin, me han pedido auxilios de Colombia y el Perú. **Me han dicho terminantemente, que yo debo ejercer el protectorado de la América, como medio de salvarla de los males que la amenazan,** muy particularmente por la actitud hostil que ha tomado el Brasil contra Buenos Aires, y que puede adelantarse a medida de las ventajas que obtengan. Yo creo que esto no sólo es probable, pero no muy distante de suceder. Yo sé que el Emperador del Brasil está muy orgulloso con la protección que le dispensa Inglaterra, y si usted ha visto las relaciones que ha entablado Sir Charles Stewart en Lisboa, conocerá que el Emperador tiene razón, no solamente para estar orgulloso, sino para esperar mucho de Inglaterra. **Además, no sería extraño que el Emperador del Brasil esté destinado a ser el instrumento de que se valga la Santa Alianza para destruir nuestras instituciones liberales, comenzando por Buenos Aires que es la parte más débil.**"

Al tiempo que en Potosí se producía este decisivo intercambio de ideas entre el Libertador de Colombia y los delegados del Congreso argentino, en las provincias fronterizas del Alto Perú con el Brasil acaecían graves sucesos, que llevaron a Bolívar a apreciar la exactitud de sus concepciones políticas y la necesidad de enfrentarse a ellos como sus recios instintos de conductor de pueblos se lo indicaban. "En este mismo instante —le escribía el 11 a Santander—, recibo avisos de Santa Cruz de la Sierra participándome que de la Corte del Brasil ha llegado un nuevo general con tropas, destinadas a la provincia de Matogroso, que linda con la de Chiquitos por el lado de Santa Cruz, y que han adelantado dos avanzadas sobre el territorio de Chiquitos que pertenece al Alto Perú, insultando de un modo tan atroz la neutralidad que nosotros no hemos querido violar en represalia de la incursión que hicieron los portugueses de Matogroso sobre Chiquitos. Medite usted bien estas noticias que son de una gravedad vital, y no le será difícil penetrar que el Brasil no sólo está dispuesto a romper las hostilidades contra Buenos Aires y nosotros, sino que se adelanta a insultarnos y provocarnos."

Por tanto, dejando a un lado sus vacilaciones iniciales, hizo anunciar a los emisarios del Río de La Plata que el día 16 les recibiría en audiciencia oficial y en su carácter de supremo mandatario del

Perú. Además, se dirigió al comandante brasileño, Araujo y Silva —bajo cuyas órdenes había ocurrido la abusiva ocupación de la provincia de Chiquitos—, en los siguientes y categóricos términos: "Prevengo al señor Comandante General de Santa Cruz que si usted no desocupa en el acto la provincia de Chiquitos, marche contra US. y no se contente con libertar nuestras fronteras, sino que penetre al territorio que se nos declara enemigo, llevando la desolación, la muerte y el espanto para vengar nuestra patria y corresponder a la insolente nota y a la atroz guerra con que US. lo ha amenazado."

El 16 de octubre de 1825, en importante ceremonia, se efectuó la presentación oficial de credenciales de los emisarios argentinos. "Con la más grata complacencia, los Ministros Plenipotenciarios y Enviados Extraordinarios que tienen el honor de hablaros —dijo Alvear a Bolívar—, ponen en vuestro conocimiento que el Poder Ejecutivo de las Provincias Unidas del Río de La Plata, en virtud de la Ley de 9 de Mayo del Congreso General Constituyente, les ha encargado que en nombre de la nación argentina os felicite por los altos y distinguidos servicios que habéis prestado a la causa del Nuevo Mundo, cuya libertad e independencia acabáis de afianzar irrevocablemente, trasmitiendo al mismo tiempo los sentimientos más sinceros de gratitud y reconocimiento de que están animadas las provincias de la Unión por los heróicos y generosos esfuerzos del ejército libertador. Este acto es digno de una República que, a la par de la inmortal Colombia, ha empleado por diferentes direcciones su poder y su fuerza en llevar la libertad a inmensos pueblos hermanos que gemían bajo la esclavitud, hasta que cerca del Ecuador se unieron ambos estandartes en la célebre batalla de Pichincha. **Entonces, el genio de Colombia, más dichoso, hizo que tomáseis el difícil y glorioso encargo de dar libertad al resto del Nuevo Mundo, que a pesar de su decidida adhesión y ardientes esfuerzos, se hallaba oprimido con la enorme cadena de la tiranía española y que vos sólo fuistéis capaz de romper.** Así es que la gratitud hacia el ilustre guerrero, y el júbilo y alegría en las Provincias Unidas ha llegado a un grado de que son sólo capaces los pechos generosos que saben amar la independencia y la libertad.

"Mas el suelo sagrado de la patria se halla profanado por las plantas de un impío extranjero. El Emperador del Brasil, con violación de todos los derechos, se ha atrevido a provocar a los libres de Colón, pretendiendo usurpar la provincia de la Banda Oriental a la nación argentina, e insultando a la inmortal Colombia y al gobierno peruano con su inesperada agresión en las provincias del Alto Perú, que se hallan bajo la protección de estas ilustres repúblicas. **Tiempo es ya que el honor americano se conmueva y que el Libertador de Colombia y el Perú sea el brazo fuerte que se encargue de dirigir el**

espíritu nacional, para obligar a la corte vecina a desistir de una conducta tan poco leal como contraria a sus propios intereses. Por la presente carta, que tenemos el honor de presentaros, os instruiréis más detenidamente de los sinceros deseos y finos afectos que animan a vuestro gran amigo y fiel aliado, el Jefe Supremo de la nación argentina, por la unión estrecha y sincera amistad con las repúblicas que tan gloriosamente presidís."

A estas trascendentales expresiones, contestó el Libertador: "Señores Plenipotenciarios: el Gobierno de las Provincias Unidas del Río de La Plata ha tenido la bondad de querernos honrar con una misión la más lisonjera, tanto por su objeto verdaderamente glorioso como por los ilustres personajes que la componen. Así el pueblo argentino debe contar siempre con que nuestro corazón no se apartará jamás de su futura suerte; que nuestro más vivo interés y nuestro más cordial afecto serán por aquel pueblo, que empezó simultáneamente con nosotros la hermosa carrera de libertad, que hemos terminado.

"No querríamos mencionar nuestros sensibles dolores; pero cuando el escándalo los publica, ¿por qué callarlos? A la verdad tenemos un derecho demasiado incontestable para sorprendernos de que un Príncipe americano, recién independiente de la Europa, que se halla envuelto en nuestra doble insurrección y que ha levantado su trono no sobre débiles tablas sino sobre las indestructibles bases de la soberanía del pueblo y de la soberanía de las leyes, este príncipe que parecía destinado a ser el amigo de sus vecinas repúblicas, es el que ocupa todavía una provincia, y una plaza fuerte que no le pertenece y que domina a una de nuestras naciones más beneméritas. Por otra parte sus tropas acaban de invadir nuestra provincia de Chiquitos para asolarla y ultrajarnos con amenazas bárbaras; y cuando el espanto de nuestras armas las ha puesto en fuga, entonces se llevan nuestras propiedades y a nuestros ciudadanos. Y sin embargo, estos insignes violadores del derecho de gentes, han quedado impunes; nuestros pueblos humillados y nuestra gloria ofendida. Mas debemos gracias a los sucesos que han añadido nuevos nudos a los vínculos que nos estrechan; para que a la vez reclamemos nuestros derechos, como, a la vez, los adquirimos."

Así notificaba Bolívar al Emperador del Brasil que los pueblos de Colombia, Perú y la Argentina defenderían sus derechos y sus instituciones democráticas en la misma forma como las habían adquirido, es decir, con las armas. Pero el Libertador no se detuvo ahí; deseoso de terminar con todo equívoco alrededor de sus propósitos, el 26 de octubre, acompañado de los delegados argentinos y ante una gran concentración de fuerzas militares, pronunció las históricas pa-

labras que provocaron, según relatan los cronistas, una reacción de entusiasmo entre sus soldados sin precedentes en la magna epopeya americana: "Venimos venciendo —les dijo— desde las costas del Atlántico, y en 15 años de una lucha de gigantes, hemos derrocado el edificio de la tiranía, formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia. Las míseras reliquias de los señores de este mundo estaban destinadas a la más degradante esclavitud. Cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituídos a sus derechos por nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo. En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron 300 años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del Universo." Al finalizar Bolívar su alocución en medio del toque de las cornetas y de las dianas de guerra subieron en sus astas el tricolor de Colombia y las banderas del Perú y la Argentina. Fué en este momento, cuando uno de los soldados colombianos, con emoción incontenible, exclamó en medio del tumulto de aquella histórica ceremonia: "El pabellón de Colombia flameará en todo el Universo si el Libertador lo manda..."

Tomada esta decisión, Bolívar se dirigió al Vicepresidente de Colombia para dar respuesta a la carta en la cual Santander le exponía sus opiniones de gobernante frente a los delicados asuntos del Sur, y protestaba ante Bolívar por su altiva respuesta a los actos de agresión de los brasileros (*). "El Brasil —le decía Bolívar— nos ha insultado, y no ha querido darnos reparación alguna; por tanto he creído político quejarme amargamente de su conducta, porque si nosotros nos dejamos insultar hasta de los débiles, no seremos respetados

(*) La carta del Vicepresidente decía así: "Si la Santa Alianza no ha tomado parte activa y explícita contra nosotros, lo atribuyo a dos principios: el primero, a la política inglesa que por fortuna y por sus propios intereses ha tenido que ponerse del lado de los Estados Americanos. El segundo, a que de nuestra parte no hemos dado motivo de provocación a los soberanos, pues de una parte nuestras protestas de respeto y de otra nuestros excesivos sufrimientos han desarmado la cólera de los gabinetes europeos. Pero si nos mezclamos de buenas a primeras en guerra contra el Brasil, parece que les damos una ocasión de declararse aliados de la España. Hasta aquí yo he estado discutiendo la cuestión esencialmente; pero si usted y yo la consideramos, conformándonos a nuestras leyes, convendremos en que ni usted ni yo podremos disponer de fuerza alguna colombiana para auxiliar a Buenos Aires. El Brasil no es enemigo común y en prueba de ello, presento las comunicaciones con su Ministro..." "Respecto del Paraguay cambio de opinión, pues habiendo sido dicha provincia de la Confederación y hallándose aislada y aún tiranizada por el doctor Francia, tiene derecho la Confederación de traerla

de nadie y no mereceremos ser naciones. Yo no he comprometido en nada a Colombia, ni la comprometeré jamás en la menor cosa. Yo no mando ahora sino pueblos peruanos y no represento un grano de arena de Colombia. **Si los brasileros nos buscan más pleitos, me batiré como boliviano, nombre que me pertenece antes de nacer**... Si usted se desagradó por la ciudad Bolívar, ¿qué hará usted ahora con la nación Bolívar? Este sí que es golpe a la gratiud colombiana. Supongo que usted en el gozo de su indignación habrá envidiado la bondad de estos señores y habrá deseado servirles para que se mostrasen, como lo han hecho con nosotros: superiores a los servicios... Doy a usted las gracias por sus bondades en elogio de mi Mensaje que, a la verdad, no lo merece de una boca que conoce los deberes y las reglas de este género de escritos. Yo sabía que no debía ser brillante, pero tengo mi elocuencia aparte, y no quiero sujetarme a políticas, ni a reyes ni a presidentes. Por esta misma culpa, nunca me he atrevido a decir a usted lo que pensaba de sus Mensajes, que yo conozco muy bien que son perfectos, pero que no me gustan porque se parecen a los del Presidente de los regatones americanos. Aborrezco a esa canalla de tal modo, que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos. Esta es, mi querido amigo, la causa de mi silencio; por lo demás, nadie ve con más interés que yo la exposición de la marcha y el resultado de la presidencia de usted."

A esta carta contestó Santander en los siguientes términos: "Permítame usted que le haga observar que aunque el nombre de su amada República le perteneciese antes de nacer, usted no puede batirse con los brasileños sin comprometer en cierto modo a Colombia, pues ni puede ni debe prescindir del carácter de Presidente de la República de Colombia, y tanto en este concepto como en el de ciudadano colombiano requiere el permiso del Cuerpo Legislativo para tomar las armas contra un enemigo que no es común. Hablo según

---

a la Unión. Pero para ello creo que debía preceder un acto del Congreso General, declarándola en estado de invasión con tan laudable fin. Mas, ¿puede un cuerpo de tropas colombianas ser destinado al efecto? Este es un punto constitucional, y le sostendría que no puede; por sí mismo no lo podemos hacer, porque no tenemos derecho ninguno sobre el Paraguay ni la Provincia está dependiente del Gobierno español. Tampoco en calidad de auxiliares, porque ¿en virtud de qué pacto u obligación auxiliamos a Buenos Aires en sus diferencias intestinas? Yo bien veo que si teórica y constitucionalmente carecemos del poder de hacer este bien a la causa de la libertad americana, prácticamente el mal de la desunión argentina prosigue y contagia y la causa americana lo padece cruelmente. Mas, ¿qué podemos contra el torrente de la civilización que no liga a un gobierno sino en virtud de precedente obligación perfecta? Y usted y yo menos, que por fortuna somos empleados de una nación constituída, donde se cita y se venera el Código constitucional con un respeto santo."

los principios constitucionales y nada más... ¿Con que le parecen a usted mis mensajes amoldados por los de los regatones americanos? Yo no tenía la misma idea del amoldamiento; pero no esperaba que éste fuera motivo de disgusto para usted. Aunque yo quisiera, no podría ser elocuente ni formarme una elocuencia peculiar. Yo he querido en tales documentos decir la verdad sin disfraces, mostrar dignidad, tratar con respecto a todos los gobiernos del mundo, y hablar castellano: en esto sólo he puesto cuidado y esmero. No espere usted que me enmiende. La elocuencia es hija de sensaciones vivas y de una imaginación ardiente, y los defectos y males que se padecen en una administración de pueblos pobres y algo descontentadizos, ni inspiran aquellas sensaciones ni proveen ideas grandes y arrebatadoras."

Bolívar había llegado al pináculo de su gloria y allí, en la cumbre de los Andes americanos, se sentía dominado por la emoción indefinible de las grandes alturas de la historia. "Mi destino —escribía a Sir Robert Wilson— ha querido que una vasta porción del mundo haya aprovechado de mis combates para romper sus cadenas." Bolívar debía pagar entonces el doloroso precio de la grandeza humana: la soledad. Esta fría compañera de los hombres célebres se iba acercando a él a medida que se encumbraba sobre sus contemporáneos y su temperamento sociable por excelencia, sentía desaparecer, en el incienso de la admiración, el confortable calor de esos sentimientos cuya humanidad liga a los hombres verdaderamente. Toda su naturaleza protestaba entonces contra este alejamiento de la vida y, con cierta desesperación, sus recios instintos se prendían a los placeres, en supremo deseo de no dejar de ser lo que siempre: un hombre que no se había resignado a desvincular las grandezas de su vida histórica, de los encantos ofrecidos por la existencia a quienes saben saborear sus pequeños o grandes placeres. El cronista Rey y Castro, en la descripción del suntuoso sarao con que, al prepararse para marchar a La Plata, se despidió de Bolívar en el Potosí, dice: "Pocas veces había estado el Libertador de tan buen humor. Su semblante había perdido el imponente aspecto guerrero; respiraba amabilidad y hasta en su traje se notaba diferencia: había cambiado la bota militar por el fino zapato y ni aún quiso conservar el bigote!"

Este estado de ánimo le llevó a escribir a Manuela Sáenz, que tan imborrable recuerdo dejó en su sensibilidad, pidiéndole abandonar a Lima y reunírsele en el Alto Perú. Manuela recibió esta invitación después de dos años de olvido por parte de Bolívar y en su respuesta no disimuló su amargura por la indiferencia de los últimos tiempos: "Estoy —le dice— muy brava y muy enferma. Cuán cierto es que las grandes ausencias matan el amor y aumentan las grandes pasiones.

Usted que me tendría un poco de amor, la gran separación lo acabó. Yo que por usted tuve pasión, la he conservado por conservar mi reposo y mi dicha, y ella existe y existirá mientras viva Manuela. Yo salgo el 1º de diciembre (y voy porque usted me llama). Pero después no me dirá que vuelva a Quito, pues más bien quiero morir que pasar por sinvergüenza." (*).

La llegada de Bolívar a la ciudad de La Plata no carecía de significación, como bien lo entendieron quienes seguían en aquellos tiempos los desarrollos de su política continental. La Plata se asienta en los linderos de la Sierra peruana, donde las moles andinas comienzan

---

(*) En el texto de esta carta bien puede advertirse la condición que Manuela ponía a su amante para seguirlo: "Pero después no me dirá que vuelva a Quito." Ella quería así romper la oposición que había manifestado siempre Bolívar a su definitiva separación del doctor Thorne. Por ello, con delicada sutileza femenina, le envió en los días siguientes la carta dirigida a su marido, quien desde Quito y a pesar de todo lo acaecido, insistía en que se le reuniera. Esta carta, cuya copia recibió el Libertador poco después, decía: "¡No, no, no, no más, hombre por Dios! ¿Por qué hacerme usted escribir faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decir a usted, mil veces, no? Señor, usted es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted; pero mi amigo, dejar a usted por el General Bolívar, es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

"Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este General, por siete años, y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo o la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido usted algo mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente.

"Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que era usted muy descontento. En la Patria Celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritualidad (pues, como hombre, usted es pesado). Allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminado, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risa; estas son formalidades divinas, pero yo. miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de esas seriedades inglesas, ¡qué mal me iría en el cielo! Tan mal como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres aunque no lo fué usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo: ¿no tengo buen gusto?

"Basta de chanzas: formalmente y sin reírme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una iglesia, le digo que 'no me juntaré con usted', anglicano y yo atea es el más fuerte impedimento religioso: el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

"Su invariable amiga.

Manuela."

su descenso hacia las pampas de la América Meridional y forman las fuentes de los grandes ríos que se dirigen al Atlántico, hacia el estuario del Plata y el puerto de Buenos Aires. Muy oportunas resultan para esta gran hora de la historia de América, las siguientes expresiones del gran escritor chileno Benjamín Vicuña Mackenna: "Desde Cumaná al Potosí nada le ha detenido. Ha destrozado Virreinatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas, ha rehecho un mundo!... **Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, las tres grandes fronteras que dió el Creador al Nuevo Mundo.**"

En La Plata conoció Bolívar dos trascendentales nuevas: la decisión del Congreso argentino de aceptar la guerra con el Brasil, a consecuencia de una inesperada victoria de las fuerzas orientales sobre las tropas de ocupación brasilera, y la nota de los emisarios argentinos, en la cual le proponían diversos sistemas para la posible colaboración militar de Colombia en favor de las Provincias Unidas del Plata (*).

En la respuesta del Libertador a Alvear puede advertirse claramente su hostilidad a convenir con los propósitos del Congreso argentino, inclinado a obtener una Liga transitoria con Colombia para enfrentarse a los desenvolvimientos de la guerra con el Brasil y a evadir todo compromiso de participación **permanente** por parte del Río de La Plata en una Confederación americana. Por eso el Libertador prefería, como lo indica su carta, que a falta de un compromiso realmente "americano", se adoptara el camino contenido en la última pregunta de Alvear, es decir, aquel que comprometía el apoyo de

---

(*) El 5 de diciembre de 1825, dió Bolívar respuesta al trascendental documento de los emisarios argentinos, en los siguientes términos: "He tenido la satisfacción de recibir la apreciable carta de usted privada y confidencial de ayer, sobre los negocios que usted ha querido consultarme. No tengo ninguna dificultad en responder a usted de un modo cordial, pero reservado: de suerte que mi carta no se dirige al plenipotenciario sino al ciudadano Alvear; y no es el jefe de Colombia y el Perú sino el ciudadano Bolívar el que responderá a usted.

"La primera demanda de usted es muy conforme con mis deseos íntimos, añadiendo que la liga de esta república con la Argentina la quisiera yo extensiva a toda la América española, conforme al proyecto general de federación.

"La segunda puede decirse que está respondida en la anterior, pues no me persuado que el Perú y Colombia lleguen a formar tratados particulares con el Rio de La Plata, cuando se hallan ligados por otro solemne y anterior que no les permite separarse de su tenor.

"A la tercera demanda diré: que es muy difícil afirmar con exactitud cuál será la instrucción que el gobierno peruano dé a su enviado dirigido al Río Janeiro, para reclamar contra el ultraje hecho a estas provincias, pues aquel gobierno está enteramente independiente de mi autoridad en las relaciones exteriores. Privadamente he indicado que sería conveniente hacer alguna demostración favorable a los intereses del Río de La Plata en las conferencias que se tuvieren con los

Colombia en la guerra siempre que se llamara a Bolívar "para algún otro servicio" como dice el texto comentado, lo cual quería significar que esa cooperación se produciría cuando los pueblos de las provincias del Río de La Plata le llamaran no en su calidad de gobernante del Perú y Colombia, sino como al Libertador de América, para acaudillar una revolución que pondría fin simultáneamente al gobierno de la oligarquía de comerciantes de Buenos Aires y a la monarquía brasilera.



La forma precipitada como el Ejecutivo y el Congreso de Buenos Aires se vieron obligados a aceptar la guerra con el Brasil, determinó una evolución política en sus círculos dirigentes, que al ver amenazado su predominio por una guerra destinada a facilitar la intervención de las fuerzas de Colombia y el triunfo de los caudillos populares de las provincias, optaron por un acercamiento a la Gran Bretaña, con la mira de comprometerla a oponerse a la empresa revolucionaria de Bolívar. En este nuevo giro de la política porteña, Bernardino Rivadavia, de vuelta al Río de La Plata en octubre de 1825, se destaca como el personaje mejor preparado para encarnar las ambiciones hegemónicas del puerto de Buenos Aires. Este hombre astuto, insincero y negociador con todas las ideas que un día dijo profesar, al comprender la definitiva impopularidad de las tesis monarquistas, olvidó, con esa facilidad innata en él, los días que en forma tan poco decorosa para su patria mendigaba por las cortes europeas un príncipe para

---

ministros del Brasil, pues no me ha sido posible añadir más, porque, en mi concepto, la gran federación no nos permite tampoco más.

"La cuarta pregunta es más espinosa que ninguna. Una liga parcial no entra de modo alguno en mis combinaciones por hallarse en oposición con toda mi conducta; mas si las circunstancias de un revés imprevisto o un esfuerzo extraordinario del Emperador obligase a este país a hacer una causa común con el Río de La Plata, me parece que la base del tratado se reduciría a una liga temporal y militar para estipular el número de tropas, sus gastos, su dirección y el nombramiento de los generales que hubiesen de conducirla; siendo todo esto esencial e indispensable para un éxito completo en las operaciones militares, lo demás sería secundario, a mi entender.

"En cuanto a la última pregunta de usted me expresaré con la mayor franqueza: primero, yo no tengo facultades, en el día de hoy, para disponer de un soldado contra el Emperador del Brasil; porque el Perú y Colombia dependen en esta parte del Congreso de Panamá; segunda, si me pidiesen tropas de refuerzo para algún otro servicio, como usted dice, me sería no sólo fácil sino agradable franquearlas pues todas mis condiciones para ello, sería el motivo de mi júbilo. La mantención y reemplazo de estas tropas, sería cuanto exigiésemos y también sería la causa de yo desear servir al Río de La Plata en un negocio que nos haría bien, ahorrándonos sacrificios."

coronarlo en el Nuevo Mundo, y para asumir una nueva posición política, comenzó por censurar las ideas del propio General San Martín: "Conviene advertir —le decía al enviado inglés, señor Parish—, **que los mismos americanos más empeñados en el proyecto de monarquías, empiezan a convencerse que por la parte de las Cortes de Europa está la inaccequibilidad: y en ello no parece entrar el General San Martín.** Con respecto a este señor guardaré el decoro que se debe a todos los hombres públicos y que me debo a mí mismo; pero por lo que he visto y sentido con tanto dolor en dos conversaciones que tuve con él, y en las que me esforcé inútilmente en hacerlo entrar en razón, **es de mi deber decir a usted para su Gobierno que es un gran bien para este país que dicho general está lejos de él.**"

Este fué el hombre designado por la burguesía de Buenos Aires para estructurar desde el Ejecutivo una política destinada a provocar la mediación británica en la guerra con el Brasil y a detener el desenvolvimiento de las causas sociales que hacían inevitable la intervención del Libertador de Colombia en la América Meridional. El 8 de febrero de 1826, en la capital porteña se impuso la elección de Rivadavia como jefe del Poder Ejecutivo y poco después el Congreso, aprovechando que faltaban por llegar a la ciudad numerosos representantes de las provincias, en sesión tormentosa como pocas, dió el carácter de permanente al cargo de Rivadavia. "Ponderando más de lo justo —escribía Funes a Bolívar— los peligros inminentes de la guerra, la facción dominatriz del Congreso acaba de instalar, con la mayor precipitación, un Poder Ejecutivo nacional **perpetuo**, como le dije antes. **Ha sido en vano alegar razones poderosas, que manifestaban su inoportunidad, estando para llegar muchos Diputados de las provincias llamados a este mismo intento. En mi juicio no han sido los peligros de guerra los que han acelerado este momento, sino el que la elección se hiciese antes del arribo del General Alvear, de quien ya corría que estaba en relaciones íntimas con V. E. No hay duda que su presencia, acaso, hubiese hecho que la elección tomase otro giro.**"

No bien se descubrieron los verdaderos móviles de Rivadavia y los estrechos vínculos de su política con los intereses de la oligarquía de Buenos Aires, en las provincias argentinas las masas populares, las "montoneras", abandonaron con terrible clamor su actitud de espectativa y al grito de ¡Viva la Federación! se aprestaron para la gran batalla en defensa de sus fueros. En la provincia de Córdoba, la más poderosa de todas, la legislatura expidió el trascendental Decreto, cuyo aparte pertinente dice así: "Levantar tropas para sostener las libertades de la provincia de Córdoba y proteger a los pueblos oprimidos poniéndose de acuerdo con el Libertador Bolívar por

medio de un enviado encargado de promover una negociación al efecto."

La revuelta no se circunscribió a las Provincias; en el propio puerto de Buenos Aires, en los barrios populares, las multitudes que más tarde seguirían a Rosas, asumieron también inequívoca actitud de protesta contra el Gobierno de Rivadavia, que se vió obligado a llenar las calles de tropas para prevenir un motín general. Además, Dorrego, el verbo de la causa popular argentina, desde el Congreso acusó a Rivadavia de traición a la República e inició la publicación de su periódico "El Tribuno", en cuya primera plana se leía: "No os azoreís aristócratas por esta aparición. El nombre con que sale a luz este periódico sólo puede ser temible para los que se grasan con la sustancia de los pueblos." En este periódico están, en gran parte, consignadas las opiniones del pueblo argentino sobre Bolívar, opiniones que Dorrego en carta al Libertador resumía así: "En mi sentir, la destrucción del Imperio brasilero está sólo a V. E. reservada."

El conocimiento de estos sucesos llevó a Bolívar, seguro de que se acercaban horas trascendentales para la suerte de la revolución que Colombia acaudillaba en el Continente, a dirigirse desde El Plata en los siguientes términos al Vicepresidente Santander: "El General Alvear, que según todas las noticias es el militar de más crédito, y que realmente tiene mérito, se vuelve inmediatamente para Buenos Aires con grandes miras; él desea ponerse de acuerdo conmigo en todo: ha llegado a proponerme (como pensamiento secreto) la reunión de la República Argentina y Boliviana, llevando toda ella mi nombre; él no abandona este proyecto por nada, **y menos aún el de llamarme a fijar los destinos del Río de La Plata; él dice que sin mí su patria vacilará largo tiempo, y que, exceptuando cuatro individuos del gobierno, todo el pueblo me desea como un ángel de protección.** Chile y Buenos Aires estarán en un caso igual y ambos me desean ardientemente. Por lo mismo, usted puede imaginarse **cuántos atractivos** tienen para mí estos beneficios por hacer a pueblos hermanos y beneméritos, y cuyos gobiernos han querido desacreditarme por el terror que me tienen, de suerte que **usted debe hacer los mayores esfuerzos para que la gloria de Colombia no quede incompleta, y se me permita ser el regulador de toda la América Meridional.** Crea usted que Chiloé y Chile se perderán para siempre sin mí; crea usted también que quedándome yo en el Sur puedo socorrer a Colombia con 20.000 hombres, escogidos e incorruptibles. En una palabra, todo se pierde yéndome yo. Por lo mismo, pida usted al Congreso permiso para quedarme un par de años **en los pueblos del Sur del Perú. Empleando esta frase se abraza todo lo que yo deseo.** Diga usted, que como todavía esta República no está proclamada (Bolivia), ni se sabe cuáles son sus

límites, no se puede darle un nombre fijo ni señalarle términos; que basta señalarme un plazo, pues si me quiero ir por Buenos Aires estoy en La Guaira en treinta días, lo que nunca haría en tres meses yéndome a Colombia por tierra, que son más de mil leguas. Lo mismo sucedería con las tropas que yo llevase, pues llegarían más prontamente, sanas y muy bien."

En la población de La Plata, en el centro de la América del Sur, Bolívar ha llegado a la cumbre de su carrera histórica. El hombre que en 1813 declaró la "guerra a muerte" a España, para crear la conciencia americana; que en 1816 y 17, con las banderas de la **igualdad política de las razas y la libertad de los esclavos**, privó a los realistas del apoyo de las masas populares en Venezuela; que de 1821 a 1824 consiguió derrotar los planes "monarquistas" con los cuales San Martín y la aristocracia peruana esperaban consolidar el dominio de los patriciados americanos, ahora, acompañado por el entusiasmo de las "montoneras" argentinas, reflejado en el acuerdo de la provincia de Córdoba y en las declaraciones de Alvear, se convertía en el caudillo de todos los pueblos de la América del Sur.

Por eso, cuando en Lima la aristocracia tradicional conspiraba contra Bolívar, cuando en Buenos Aires la oligarquía burguesa y la Logia de Láutaro le consideraban el más grave peligro para el "orden social" en Caracas y Santa Fé se pretendía aminorar el ritmo y alcances de la gran revolución que él encarnaba, despertando contra ella los estímulos del "nacionalismo", en las pampas argentinas las montoneras y sus caudillos llamaban a Bolívar, en el Perú, ante el azoro de la aristocracia, las indiadas le rendían homenajes semi-religiosos y, en sus mismas tropas, las legiones llaneras se convertían en las avanzadas de ese espíritu de redención social que ya había encontrado eco en las más distantes regiones del Continente, como en todos sus estratos sociales no privilegiados. Así, a través de su persona y de su obra, la América del Sur adquiría por primera vez conciencia de su unidad y de su común destino históricos. En 1825 alcanzaba su plena significación la frase de Bolívar: "América es una máquina eléctrica que se conmueve toda, cuando recibe una impresión en alguno de sus puntos."

Pero precisamente esa agrupación revolucionaria, ese grito de solidaridad que llegaba a Bolívar desde los más apartados extremos de la América del Sur, habría de determinar una polarización de todos los intereses y privilegios que se sentían amenazados en el Hemisferio. La primera reacción partió entonces de Buenos Aires.

Consciente Rivadavia del desfavorable curso de los sucesos políticos, creyó llegado el momento de llevar a sus últimas consecuencias las grandes líneas de su política pro-británica y en entrevista buscada

habilidosamente con el representante inglés en Buenos Aires, señor Parish, le expuso sin ambajes la urgencia de una activa intervención británica en América para evitar la peligrosa influencia de Bolívar. Su biógrafo y panegirista, Salomón Abud, fundándose en el texto del informe reservado de Parish al Foreing Office describe así las intimidades de esta entrevista: "Según su informe, el Presidente Rivadavia le dice que no ve las posibilidades de terminar la guerra 'en igualdad de condiciones, excepto por la intervención de Gran Bretaña, como potencia amiga y según lo suponía, de acuerdo con las recientes circunstancias, con una influencia particular sobre los Consejos de Su Majestad Imperial, que ningún otro gobierno podría reclamar con igual justicia y fuerza'. Parish, ducho en estas lides, se defiende bien. El no duda 'de que los agentes de la Gran Bretaña en Río de Janeiro realizarían todos los esfuerzos posibles para inducir al Gobierno brasilero a adoptar las disposiciones pacíficas del de Buenos Aires...', tiene, además, 'la esperanza de que no pasaría mucho tiempo sin que llegaran noticias de Sir Charles Stuart o del señor Chamberlain, informándole acerca del aspecto producido en el ánimo del Emperador por la nota del Barón de Itabayana (la misma cuya copia trae al presidente)'. Con Rivadavia, estas derivaciones del diálogo hacia terceras personas no surten efecto. El presidente, digno contendor del astuto Parish, va directamente al grano, y para asustar al representante inglés hace espejear ante sus ojos el peligro de Bolívar. Es urgente y valiosa, según afirma Rivadavia y relata Parish, 'una decidida intervención, sin pérdida de tiempo, en beneficio de ambos países', y le pide a Parish que comunique a Canning 'las serias aprensiones de este gobierno ante la idea de que los ejércitos colombianos se vieran obligados a participar en esta contienda en caso de que se prolongaran excesivamente las hostilidades; un acontecimiento que sólo podía contemplar como precursor de una guerra de los principios republicano contra los monárquicos que, podría comprometer en breve tiempo a los nuevos estados de América ante las potencias de Europa; que estaba íntimamente persuadido de que el gran deseo del Libertador era el de tomar una parte prominente en esta guerra y llevarla hasta el Brasil con la subversión de la presente forma de gobierno; que en los términos en que se expresaban en público todos sus principales oficiales señalaban estas intenciones, y que este conocimiento está produciendo en las provincias de la Unión lindando con el Alto Perú, donde reside el cuerpo principal de sus fuerzas, una especie de hostilidad hacia ciertas formas establecidas de gobierno y un general desasosiego...' Para acentuar más aún la impresión que quiere llevar al ánimo de Parish, y por su intermedio a Canning, el presidente insiste afirmando que '...nada temía tanto por el bienestar

de las instituciones de estas provincias, como la introducción en ellas del espíritu militar de los ejércitos de Bolívar, que habían establecido y establecerían en todas partes donde pasaran sus propias nociones militares ('es esta su propia expresión' subraya Parish en la nota al ministro) de un completo despotismo... El presidente se vale de un buen argumento para impresionar a Canning, para quien no debe resultar grato un mayor desarrollo del ya excesivo poder del Libertador, y mucho menos de su participación activa en la guerra contra el Brasil, con todo el carácter de una contienda de 'principios republicanos contra los monárquicos'. Por otra parte, el peligro que señala Rivadavia es efectivo, y él, empeñado en poner un corte a la guerra, reconoce muy bien los riesgos a que puede llevar un despotismo puramente militar. Parish, por su parte, no ve en todos estos argumentos más que 'resentimientos personales' hacia Bolívar, como se lo comunica a Canning."

Como Rivadavia en esta oportunidad y en muchas anteriores, había revelado ante los emisarios británicos el excesivo interés del Ejecutivo bonarense por detener a Bolívar en el Alto Perú y evitar su posible alianza con los caudillos populares argentinos, con la tradicional sutileza de la diplomacia británica el señor Parish se demostró menos interesado en las divergencias argentino-brasileñas de lo que Rivadavia deseaba y por este camino le llevó a hacer concesiones que daban golpe mortal a los más vitales intereses de la nación del Plata. Deseosos los ingleses de mediar en las divergencias de la América Meridional sin enemistarse con los portugueses, por conducto de Parish lograron obligar a Rivadavia a aceptar como base de la paz entre Buenos Aires y el Brasil la independencia de la Banda Oriental, condición que, para entenderse con Buenos Aires, había fijado a los emisarios ingleses el Emperador del Brasil. En la memorable conferencia que tuvo Rivadavia con el enviado especial del Foreing Office a Buenos Aires, señor Ponsomby, así lo aceptó inequívocamente, limitándose a solicitar la expresa garantía británica para esta solución, con la cual la burguesía de Buenos Aires atentaba una vez más contra la soberanía nacional argentina. Oigamos al biógrafo de Rivadavia, señor Abud, describir el desarrollo de esta conferencia: "Ponsomby —dice—, después de entregar al Presidente la nota oficial con la propuesta entregada al gobierno del Brasil, expone sus ideas, manifestando la posibilidad de llegar a un acuerdo de paz creando en la Banda Oriental un Estado independiente, e insinúa que 'talvez no fuera imposible obtener del Gobierno de Su Majestad, mediante las correspondientes solicitudes de los beligerantes, el consentimiento de Su Majestad para prestar su garantía respecto a la libre navegación del Río de La Plata a las dos potencias'. El Presidente, sorteando el

sendero de decisiones a que quiere llevarlo astutamente Ponsomby arrebatándole un consentimiento inmediato, repite los argumentos manifestados anteriormente a Parish: los problemas de la guerra, los numerosos inconvenientes determinados por el conflicto, y 'el probable restablecimiento en el poder de aventureros militares de cuya preponderancia Buenos Aires se había visto libre en los últimos años'. Ponsomby, seguro de conocer exactamente la posición íntima de Rivadavia, por las confidencias de García, ataca a fondo: 'La independencia de la Banda Oriental era la única base sobre la cual sería posible basar una negociación con el Emperador del Brasil en miras a la paz.' Rivadavia, advertido de que es necesario concretar posiciones se define a su vez. El, manifiesta al emisario inglés, aprecia '**altamente el valor de tal medida, pero no sería suficiente seguridad para él, y como no podía fiarse, ni una hora, de la palabra del Gobierno brasileño, consideraría absolutamente necesario que cualquier tratado fundado sobre la base propuesta fuera garantizado en todas sus condiciones por Gran Bretaña**'."

Pero en el momento en que las negociaciones de Rivadavia aumentaban su desprestigio en el país, y los caudillos populares de las provincias se aprestaban para tomar las armas nuevamente contra el gobierno de Buenos Aires, el Libertador recibió una noticia que le llenó de justa zozobra, pues ella le anunciaba la ruina de la gran fuerza política que había hecho posible su empresa de democratización de América: la disposición del Congreso de Colombia, de ese Congreso que se había negado sistemáticamente a autorizarle para marchar al Río de La Plata y ahora, para satisfacer intereses de grupo y mezquinos odios personales, ordenaba al General Páez comparecer ante él para ser juzgado por hechos de variada y curiosa índole. La unidad de Colombia estaba, pues, amenazada y lo estaba en los momentos en que Morales alistaba en la Habana una expedición para invadir nuevamente a la Costa Firme y en las pampas argentinas las "montoneras", guiadas por sus caudillos, llamaban a Bolívar y le ofrecían el Protectorado de América. Tal era la obra de irresponsables leguleyos que jamás habían asistido a un campo de batalla, que en los tiempos de la reconquista española habían rivalizado con los realistas en su vergonzosa sumisión ante los generales españoles y después de los triunfos de Boyacá y Carabobo no habían tenido otras miras que usufructuar, para su personal encumbramiento, una libertad que no habían contribuído a ganar y ahora, irresponsablemente, comprometían. "Esta nuestra Cámara —le escribía Santander a Bolívar— ha estado hecha el demonio, y los caraqueños unidos con Juan de Francisco y Azuero han recetado acusaciones como quien receta agua de azúcar."

El Libertador ni por un momento se equivocó al apreciar la tremenda gravedad de los giros tomados por la política en Colombia, de los cuales el primer síntoma era la acusación a Páez. Porque dividida la República y lanzada posiblemente a una guerra civil por este acto absurdo, el fundamento de toda su política americana —el poder y unidad de la gran nación—, se desmoronaba y quedaban abiertos los caminos para que las fuerzas localistas y extranjeras, enemigas de la unidad del Hemisferio y de los principios democráticos de la revolución colombiana, salieran de nuevo a la superficie y determinaran el caos primero y el total fraccionamiento del mundo americano después. No quiso Bolívar, por tanto, disimular ante los obligados actores en esta grave emergencia —Santander y Páez—, las consecuencias de sus próximas actitudes. En su carta del 6 de mayo de 1826 le decía a Páez: "Mi querido General: casi a un tiempo he sabido que Morales se halla en la Habana pronto a expedicionar a la Costa Firme con 14.000 hombres y que, en estas circunstancias, ha sido usted llamado a la capital para ser juzgado. En este estado de cosas hay que temerlo todo: anarquía y guerra, guerra y anarquía. Mucho me inquieta el partido que usted haya de tomar en un caso tan singular. Si usted viene, Morales se anima a expedicionar y se le convida por este medio a desolar nuestra querida patria. Si usted no cumple con la orden del Congreso, se introduce la anarquía, que es peor que la guerra. Los legisladores al llamarlo a usted han dicho: **perezca la República antes que los principios; sin ver que los principios se sepultan con la República.**

Y en misiva al Vicepresidente, fechada el 7 de mayo de 1826, le decía: "Si yo me voy a Colombia, puedo evitar una gran parte de los males que nos amenazan; pero dudo que los evite todos. Por una parte el mal que haya sucedido no tiene remedio, y el que nos puedan hacer los españoles no depende de mí. También se va a aumentar el calor de los partidos con mi presencia: todos dirán que voy a sostenerlos y todos se esforzarán a hacer preponderar el suyo para que yo lo encuentre preponderante y le dé la preferencia. Añádase a esto que es del Sur de donde yo puedo sacar un ejército capaz de poner el orden por fuerza o por respeto. **Desde luego que yo parta de aquí, todos los partidos que ahora están a mis pies, levantarán la cabeza y se harán la guerra mutuamente, y entonces se agotará la fuente de mis recursos.** Apenas nuestro ejército podrá marchar con mucha dificultad y muy disminuído. El General Sucre, que podría reemplazarme, está muy disgustado del mando, y mientras tanto no atenderá más que a Bolivia y la división de Córdoba. El Paraguay se ha ligado al Brasil y Bolivia tiene que temer de esta nueva liga. El Río de La Plata tiene que temer al Emperador y la anarquía que se ha

aumentado con la variación de gobierno de Buenos Aires. Chile tiene el corazón conmigo y su gobierno está aliado a Rivadavia. La provincia de Córdoba me convida para que sea el protector de la federación entre Buenos Aires, Chile y Bolivia. Este proyecto es del General Alvear que quiere cumplirlo a todo trance."



¿Qué había pasado en Colombia? Los movimientos históricos no adquieren conciencia en los pueblos sino a través de un hombre o de un grupo de hombres, pues la inteligencia se comporta en la vida social como la antena más sensible para captar los fenómenos que actúan caóticamente en el subfondo del alma colectiva. En la Nueva Granada las actividades e ideas del General Santander, hijas en gran parte de las características del medio social granadino, ejercían a la vez sobre ese medio una enorme influencia, porque a través de ellas este pueblo se descubría a sí mismo, veía materializarse en las actitudes de un hombre las tendencias latentes en él. De tal manera Santander se destacaba como el mejor de sus intérpretes y la sensación de que todos sus compatriotas lo respaldaban, suscitaba en él profundo entusiasmo por los principios políticos que hallaban tan resonante eco en la sensibilidad granadina.

Santander comprendió tempranamente las grandes dificultades que habría de vencer para llevar a feliz término la organización civil de la Gran Colombia y con seguro instinto puso especial atención en vigilar las actividades de aquellos de los libertadores que durante la contienda de emancipación se destacaron por su carácter arbitrario, como Páez, Mariño y Montilla, y en seguir cuidadosamente la forma como se producía el cuotidiano contacto entre la gran masa de los ciudadanos y los militares y héroes de la guerra, por considerar que el triunfo definitivo del orden legal dependía de la manera como aquellos acataran las normas que les igualaban en derechos y obligaciones a todos sus compatriotas.

En esta doble tarea, Santander no tardó en encontrarse con las actividades de un hombre, que por las violencias de su carácter se había ganado la animadversión de la casi totalidad del pueblo de Santa Fé: el famoso oficial de color, el coronel venezolano Leonardo Infante, a quien, a fines de 1824, se sindicaba del asesinato de Francisco Perdomo. La medida del carácter arbitrario de este personaje, que ganó heróicamente sus grados en la terrible época de la guerra a muerte en Venezuela, la dan las anécdotas, rigurosamente históricas, sobre su comportamiento en los barrios populares de Santa Fé, en los cuales su despotismo llegó a extremos verdaderamente intolerables.

Se cuenta de él, por ejemplo, que entraba a las tiendas y después de consumir abundantemente licores en ellas, preguntaba con voz amenazadora, mientras desenvainaba hasta la mitad su enorme sable: ¿Cuánto se debe?

Y cuando la mesonera, aterrada por su equivoco ademán, contestaba humildemente que nada debía, con voz burlona y envainando el sable, agregaba: ¿Por qué se asusta? ¿No sabe usted que yo guardo las monedas en el sable?

El Vicepresidente Santander quiso aprovechar las características notorias de este caso, para efectuar en el héroe venezolano un escarmiento capaz de servir de advertencia a todos los militares que pretendían justificar sus abusos en la paz con sus méritos en la guerra. Por eso durante el proceso la actividad del Ejecutivo en las diligencias en que tuvo alguna intervención, se reveló claramente encaminada a obtener la sentencia de muerte para Infante y, como consecuencia, en las distintas instancias del juicio se produjo, en los funcionarios judiciales y administrativos que participaron en él, radical división entre venezolanos y granadinos, militares y civiles, la cual dió al proceso más el aspecto de un debate político que el de un juicio penal.

Los graves cargos acumulados contra el acusado, como la ninguna simpatía que inspiraba su causa en el pueblo granadino, no tardaron en sobreponerse a todos los intereses empeñados en la salvación de su vida y a pesar de la negativa del presidente de la Alta Corte Suprema, el venezolano Miguel Peña, a firmar la sentencia de muerte pronunciada por la Corte Marcial —negativa que concluyó en la acusación del mismo Peña por la Cámara ante el Senado, con fundamento en el cargo verídico de indebido manejo de fondos públicos—, la sentencia condenatoria se perfeccionó y la ejecución se cumplió el 25 de marzo, día en el cual el Vicepresidente hizo un despliegue de ostentación oficial alrededor de la misma, que a muchos pareció inútil e insólita crueldad, pero que se explica por el carácter de advertencia ejemplarizante, deseado por Santander para la aplicación final de la sentencia. **"Después de la ejecución** —dice O'Leary— **se presentó a caballo el Vicepresidente, y allí, delante del cadáver, arengó a las tropas."**

La peligrosa tensión que entre granadinos y venezolanos, militares y civiles, se produjo a partir del fusilamiento del Coronel Infante, llegó a su punto culminante al conocerse en Santa Fé los proyectos monárquicos que existían en Caracas, de los cuales eran actores Páez, Mariño y Carabaño, y cuando por el informe del intendente Escalona se supo que Páez, para cumplir una ley sobre milicias, después de una convocatoria pacífica a los ciudadanos de la capital

venezolana, a la que no respondieron sino muy escaso número de personas, había ordenado a las tropas proceder a la violación de domicilios y al reclutamiento forzado.

Tales noticias provocaron violenta reacción en el Congreso, donde los enemigos de Páez —Michelena y De Francisco—, se aprovecharon de tan favorable coyuntura para exagerar en sus discursos el carácter, ya de por sí muy arbitrario, del León de Apure. El Vicepresidente Santander comprendió que había llegado el momento de dar un paso más en el proceso de consolidación de las instituciones civiles, sometiéndolas a la suprema prueba de castigar las abusivas arbitrariedades del intocable llanero, y convencido, como lo estaba, de la tremenda magnitud de esta tarea, con toda la maña y habilidad de que fué capaz y sin dejar advertir sus verdaderos propósitos, fué preparando, secundado por su hombre de confianza, don Francisco Soto, y por el grupo de congresistas que seguían sus inspiraciones, las sutiles redes que debían reducir a la impotencia a su antiguo y poderoso adversario. La escena de Casanare, en la cual fué destituido arbitrariamente por Páez, presente siempre en la memoria de este hombre que sabía disimular sus odios pero nunca los olvidaba, le prestaba ahora a su voluntad el temple y la pasión necesarios para no desfallecer en su tarea.

Por eso cuando sus amigos de la Cámara y los enemigos de Páez en ella proponían la acusación ante el Senado, frente a un hecho de tan grande magnitud —pues Páez era el personaje más popular de Venezuela—, el Vicepresidente guardaba silencio y mientras don Francisco Soto obtenía en intervenciones resonantes, que opacaron las de Michelena y De Francisco, obtenían que el Senado aceptara la acusación, Santander se dirigía a Bolívar para informarle, en la post-data de una carta y en los siguientes términos, acerca de los trascendentales acontecimientos: "P. D.—Ayer ha admitido el Senado la acusación introducida contra Páez por la Cámara de Representantes por frioleras cometidas por él en Caracas en el arreglo de la milicia." (23 de marzo de 1826.)

La política del Vicepresidente, que en forma perentoria aunque disimulada, buscaba efectuar un ejemplar escarmiento en el General Páez, no se detuvo ahí; cuando Páez, noticiado de la actitud del Senado, declaró que estaba dispuesto a abandonar su cargo para marchar a Santa Fé a responder de las acusaciones que se le formulaban, el Vicepresidente dió un audaz paso adelante en el desarrollo de sus propósitos y nombró a Escalona, cuyo informe había servido de base para la acusación, como sucesor de Páez en el mando. Esta actitud, mediante la cual el Ejecutivo abandonaba la neutralidad ante un juicio que correspondía adelantar al Senado —pues al nombrar a Es-

calona daba una prueba de anticipada solidaridad con los cargos formuldos a Páez—, provocó explicable indignación en el llanero y en sus partidarios y llevó al ambicioso caudillo a exhibir ánimo de franca rebeldía, hijo de la certidumbre de ser objeto de una hábil conspiración. Por eso no tardó en dar oídos a los consejos de don Miguel Peña, quien, después del juicio seguido contra él por indelicadezas en el manejo de fondos públicos, había regresado a Caracas con el único propósito de provocar la definitiva separación de la Nueva Granada y Venezuela. Fruto de esta influencia en el espíritu de Páez, fué la siguiente carta dirigida al Libertador el 8 de abril: "Yo desearía —le decía— no hacer falta ninguna a la República y poderme separar de todo sin necesidad de los decretos de las cámaras; pero usted, que tanto ha trabajado, que tantos sacrificios ha hecho por su patria, que tantos triunfos ha conseguido sobre nuestros enemigos y que ha sufrido tantas privaciones, puede considerar cuán sensible me será que hombres que han estado disfrutando de las comodidades de sus casas, viviendo tranquilos entre los godos, y que no se han unido a la causa de la República sino cuando han cesado los peligros o los han humillado nuestras armas victoriosas, vengan a juzgar el mérito de un hombre que fué bueno cuando impúnemente pudo ser malo y que se ha sometido a las leyes por la prosperidad y utilidad de su país. Este sentimiento no lo pueden conocer sino pocos, y nadie mejor que usted está en actitud de juzgar los amargos frutos que deja en el corazón."

Capítulo XXXII

LA CONSTITUCION BOLIVIANA

"No es sólo Colombia la que desea reformas, son todas las repúblicas de la América del Sur, que cada día sienten más la debilidad de su estructura, la imposibilidad de consolidarse y marchar con firmeza sobre un camino movedizo. La práctica les ha enseñado, y bien a su costa, los vaivenes a que están expuestos los cuerpos sin equilibrio y que no tienen una sólida base. En vano han buscado la aventura en instituciones débiles con resortes también débiles. Claman por ver el término de sus sacrificios en la estabilidad de un sistema vigoroso que pueda comunicar su aliento vital a toda la sociedad."

SIMON BOLIVAR

El Congreso de Panamá.—Oposición de los Estados Unidos, el Brasil y Buenos Aires.—Instalación de la Gran Asamblea.—Una alianza de los pueblos.—Fuerzas militares americanas.—Resistencias del Perú y Méjico.—Desilusión de Bolívar.—De la Confederación americana al Código boliviano.—La conveniencia de legislar para América.—Los tres conflictos de las nuevas sociedades: odio de razas, aislamiento espiritual y material y divorcio entre las ideas políticas europeas y las realidades sociales del Hemisferio.—Crisis de las mayorías en América.—Progresivo fraccionamiento de la opinión pública.—¿Presidente vitalicio o caudillos vitalicios? Limitaciones a la libertad para defender la libertad misma.—La sucesión de Bolívar.

Los primeros meses del año de 1826 tienen carácter decisivo para la obra de Bolívar, porque en ellos se configura, ya, en forma precisa, la naturaleza de las resistencias que se han puesto en marcha en los pueblos americanos frente a las grandes directrices de su pensa-

miento político y se revelan, también, todas las posibilidades que la victoria de las armas de Colombia han abierto en el Hemisferio para la realización práctica de ese pensamiento. La Liga o Confederación americana que Bolívar soñara desde 1815, adquiere rápidamente la categoría de una solución no sólo posible sino deseable, pues emancipado el Continente por sus extraordinarias victorias, su política internacional asciende al nivel de orientación que necesariamente deben tener en cuenta las comunidades americanas, las cuales, muy a pesar de la hostilidad y celos de sus dirigentes, no pueden desconocer que, después de Ayacucho, Colombia ha adquirido la posición de potencia eje en el Continente, de centro de un sistema político que gira alrededor de las decisiones del gobierno de la gran República formada por el Libertador.

La importancia como las limitaciones de la influencia colombiana en la América Hispana, pudieron apreciarse cuando el Ministerio de Relaciones Exteriores procedió a invitar oficialmente a los Estados del Hemisferio al Congreso de Panamá, pues entonces se demarcaron nítidamente las zonas donde aquella influencia operaba con eficacia y, por las resistencias que la idea de la Liga suscitó, se conoció también la localización de los focos donde se centralizaba la oposición a la política de Bolívar. El gobierno de Buenos Aires, en extensa nota de respuesta a la invitación de la Cancillería colombiana, declaró entonces que la doctrina de Monroe, a la cual el Vicepresidente Santander había dado excepcional importancia en la organización del Congreso, presentaba peligros no menos graves que la posible intervención de las naciones europeas en el Continente, y revelando la verdadera razón de su hostilidad por la Confederación de naciones americanas, manifestó al Gobierno invitante: "La influencia que tendría en las deliberaciones la República de Colombia, o sin que ella la ejerza de hecho, **la sola actitud que le han dado los sucesos para poderla ejercer**, bastaría para inspirar celos y hacer que se mirase con prevención el ajuste más racional, el pacto más benéfico, el tratado en que se estableciesen con más escrupulosa igualdad los derechos y los deberes de todos los Estados de la Liga. Esta idea nos asusta y nos hace mirar con horror el proyecto de celebrar tan temprano un tratado común entre Estados que, bajo diferentes aspectos, no pueden, sin imprudencia, comprometerse en semejante pacto."

Los Estados Unidos, invitados por el Vicepresidente Santander contra la voluntad de Bolívar, respondieron que su gobierno no disponía, por el momento, de partida en el presupuesto para pagar sus delegados, con lo cual dejaron adivinar su evidente hostilidad por la Confederación proyectada. Y, por su parte, la Monarquía brasilera, descubriendo sus simpatías por la Santa Alianza, que no le permitían

compartir el espíritu democrático deseado por Bolívar para la Liga, dió su respuesta en los siguientes términos: "La política del Emperador, tan deferente y generosa como es, estará siempre pronta a contribuir al reposo, dicha y gloria de América, y tan pronto como la negociación relativa al reconocimiento del Imperio se haya concluído honrosamente en Río de Janeiro, enviará un plenipotenciario al Congreso para tomar parte en las deliberaciones de interés general, **que sean compatibles con la estricta neutralidad que guarda entre los Estados beligerantes de América y España.**"

La Liga quedaba así reducida a la participación de Colombia, Méjico, el Perú y Centro América, con lo cual se demostraba el acierto con que procedió el Libertador cuando se opuso, aunque inútilmente, a que se diera a la Confederación un carácter **panamericano** e insistió en las ventajas de limitar su radio de acción a los Estados del centro del Hemisferio que, por haber sufrido más profundamente la influencia de la revolución democrática de Colombia, estaban mejor preparados para constituir una alianza, definida, de acuerdo con las instrucciones del Libertador, en los siguientes términos por el señor Gual en su nota de invitación a los gobiernos del Hemisferio Occidental: "Esta Confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para defensa y ofensa: **debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra la libertad de los pueblos.** Es necesario que la nuéstra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora y en ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero."

Sobre estas bases se reunieron en la ciudad de Panamá, en los primeros meses de 1826, los plenipotenciarios de la República de Colombia, Méjico, el Perú y Centro América y el observador enviado por el Gobierno de su Majestad Británica para seguir las deliberaciones de la gran Asamblea. No bien se iniciaron las conversaciones preliminares, surgieron dos dificultades, destinadas a limitar en forma muy importante los alcances de la política americana de Bolívar: la resistencia de Méjico y el Perú a establecer la libertad de comercio entre las partes contratantes, y la oposición, aún más grave, de los delegados del Perú —que sobre esta materia recibieron instrucciones de última hora—, a consagrar en el Tratado de Alianza aquellos principios políticos que constituían la natural contrapartida de los que servían de fundamento a la Santa Alianza (*).

(*) La forma como la aristocracia feudal peruana juzgaba esta delicada y trascendental cuestión, puede advertirse en el informe de don Pedro Gual al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, después de sus conversaciones

Estas graves diferencias de criterio, como los antagonismos nacionales que ellas revelaban, contribuyeron notablemente a ahondar las desconfianzas que Colombia inspiraba a los nacionalismos en formación de Méjico y el Perú, determinando notables dificultades en el comienzo de las tareas del Congreso, cuya instalación solemne se efectuó el día 22 de junio de 1826. Durante sus deliberaciones oficiales y gracias a los meritorios, aunque no siempre afortunados esfuerzos del señor Gual —jefe de la delegación colombiana—, se dió a la Liga el carácter, como dice el preámbulo del Tratado, de un "pacto perpetuo de amistad firme e inviolable **y de unión íntima y estrecha** con todas y cada una de las dichas partes". Lo cual era algo bien distinto de la simple alianza defensiva que los delegados del Perú buscaron habilosamente hasta el último momento. Igualmente, y aunque en forma menos clara, la delegación colombiana consiguió asignarle a la Liga, como finalidad, la defensa de los principios republicanos y democráticos; pero para lograrlo se vió precisada a aceptar el sistema indirecto consagrado en el artículo 29 del Tratado, que decía: "Si alguna de las partes **variase esencialmente su forma de gobierno**, quedará por el mismo hecho excluída de la Confederación, y su gobierno no será reconocido, ni ella readmitida en dicha confederación, **sino por el voto unánime de todas las partes** que la constituyen o constituyesen entonces."

En cuanto a las fuerzas armadas de mar y tierra de que dispondría la Confederación —asunto al cual Bolívar atribuyó la mayor importancia dentro de las negociaciones de Panamá—, después de acalorados debates se llegó a las transacciones cosignadas en los artículos 1º, 15º y 16º de las convenciones adicionales al Tratado, en las cuales se determinó el contingente que en tropas y en barcos de guerra correspondía a cada una de las partes signatarias, de acuerdo con la cuantía de su población (*).

---

con el señor Vidaurre, delegado del Perú: "No dejará vuestra señoría de sorprenderse —decía— al saber que el resultado de esta conversación fué, según nos pareció, descubrir: 1º—Que el Perú no desea contraer más que una alianza defensiva con los Estados Americanos... 7º—Que tampoco se presta, al tratarse de alianza o de otra materia, a establecer entre nosotros aquellas reglas saludables de conducta que ha sancionado la civilización, y el abandono de las máximas bárbaras que introdujeron el feudalismo y las cruzadas en las leyes de las naciones, porque ha concebido el gobierno del Perú la absurda idea de que aquí pretendemos hacer nuestra decisión obligatoria a todas las potencias de la cristiandad...".

(*) El texto de los mencionados artículos es el siguiente: "Artículo 1º—Las partes contratantes se obligan y comprometen a levantar y mantener, en pie efectivo y completo de guerra, un ejército de sesenta mil hombres (60.000) de infantería y caballería en esta proporción: la República de Colombia, quince mil

Fué en este aspecto de los convenios de Panamá donde las modalidades que Bolívar aspiraba a darle a la Confederación sufrieron más radical quebrantamiento, pues a los delegados de Colombia les fué imposible obtener del Congreso que dotara a la Liga de "un ejército, **mantenido por la Confederación e independiente de las partes constitutivas"**. Conscientes las delegaciones de Méjico y el Perú de que un ejército propio e independiente para la Liga, no podía tener consecuencia distinta de la de crear una estructura política superior a los mismos Estados contratantes, optaron por el sistema consagrado en el artículo 4º del Tratado, según el cual "los contingentes de tropas se pondrán, **llegado el caso de obrar en defensa de las partes contratantes, bajo la dirección y órdenes del gobierno que van a auxiliar**; bien entendido que los cuerpos auxiliares han de conservar bajo sus jefes naturales la organización, ordenanza y disciplina del país a que pertenecen".

Si el tratado de Liga o Confederación perpetua, que firmaron en Panamá los plenipotenciarios de Colombia, Méjico, el Perú y Centro América, no significaba el logro de todas las aspiraciones de Bolívar, sí comprendía elementos que le daban la calidad de ventajosa base para agrupar a las partes signatarias en un respetable bloque de poder y permitir que su leal funcionamiento, de producirse, colaborara no sólo a dar a la América Hispana un papel de destacada

---

doscientos cincuenta (15.250); la de Centro América, seis mil setecientos cincuenta (6.750); la del Perú, cinco mil doscientos cincuenta (5.250), y los Estados Unidos Mejicanos, treinta y dos mil setecientos cincuenta (32.750). La décima parte de estos contingentes será de caballería."

"Artículo 15º—Siendo el objeto de esta parte del Concierto ganar la superioridad marítima sobre el enemigo común actual, se ha convenido en que la marina confederada se componga de tres (3) navíos del porte de setenta (70) hasta ochenta (80) cañones; diez (10) fragatas de cuarenta y cuatro (44) hasta setenta y cuatro (74) cañones; ocho (8) corbetas de veinte (20) hasta veinticuatro (24), y una (1) goleta de diez (10) a doce (12) cañones; apreciados estos buques por su término medio por sus portes dados, a razón de setecientos mil pesos ($ 700.000), un navío, cuatrocientos veinte mil ($ 420.000), una fragata, doscientos mil ($ 200.000), una corbeta y noventa mil ($ 90.000), un bergantín."

"Artículo 16º—En consecuencia, cada una de las potencias que forman la marina del Atlántico llenará los contingentes que se les han señalado en la Convención, con los buques siguientes: Colombia, un navío de setenta y cuatro (74) a (80), dos fragatas de sesenta y cuatro (64), y dos de a cuarenta y cuatro ochenta (80), dos fragatas de sesenta y cuatro (64) y dos de a cuarenta y cuatro (44); Centro América, una corbeta de de veinticuatro (24) a treinta y cuatro (34), y dos bergantines de veinte (20) a veinticuatro (24); los Estados Unidos Mejicanos, dos navíos de setenta a ochenta (70 a 80), dos fragatas y sesenta y cuatro (64), otras dos de a cuarenta y cuatro (44), seis corbetas de veinticuatro (24) a treinta y cuatro (34), y tres bargentines de veinte (20) a veinticuatro (24)."

importancia en la política mundial, sino a disminuir las fricciones regionalistas puestas en evidencia en el Congreso del Istmo, cuya clausura se efectuó el 15 de julio de 1826.

Poco después de esta fecha Bolívar se enteró en Lima de que las conquistas alcanzadas en Panamá —para el efecto de su ejecución—, estaban minadas por los mismos inconvenientes ya advertidos en el Congreso. Así lo demostraron las resistencias que el Tratado y sus Convenciones adicionales suscitaron en la opinión peruana y, principalmente, la política equívoca del gobierno de Méjico —pronto seguida por Centro América—, la cual se inclinaba a buscar pretextos para no ratificar los Acuerdos firmados por sus delegadatarios en Panamá, a pesar de que los colombianos convinieron en designar la ciudad de Tucubaya para futura residencia de la Asamblea americana. Y si a esto agregamos el poco entusiasmo del Vicepresidente de Colombia por la Liga y la misma displicencia de la opinión granadina ante el magno proyecto, nadie puede extrañarse de que Bolívar, una vez enterado de tan adversas circunstancias, se hubiera sentido profundamente decepcionado de los resultados de esa empresa que había sido la máxima aspiración de su vida. "El Congreso de Panamá —escribió Páez —institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. **Su poder será una sombra y sus decretos, consejos; nada más.**"

Esta decepción no significó para Bolívar la cancelación de su anhelo de dar a los pueblos americanos la unidad que necesitaban para defenderse en un mundo amenazado por nuevas y formidables presiones coloniales; su espíritu, tenso por una gran imaginación creadora, se apresuró entonces a superar el grave vacío dejado por el insuceso del Congreso de Panamá, sustituyendo el elemento de unión que había deseado constituir con la Liga, por medio del acercamiento de los pueblos americanos en virtud de una común organización institucional. Que una Constitución general para los países que habían recibido la libertad de las armas de Colombia, si esa Constitución contemplaba un adecuado tratamiento para los factores conflictivos que estaban precipitando la disolución del Hemisferio, podría lograr los fines perseguidos por la Liga, fué la convicción que le llevó a hacer a un lado los Convenios del Istmo, para sustituirlos por la Carta Fundamental presentada por él al Congreso de Bolivia. Tal es la explicación de su nota a Briceño Méndez en la cual le dice: "La traslación de la Asamblea a Méjico va a ponerla bajo el inmediato influjo de aquella potencia, ya demasiado preponderante, y también bajo el de los Estados Unidos del Norte. Estas y otras muchas causas, que comunicaré a usted de palabra, me obligan a decir que no se

proceda a la ratificación de los tratados antes de que yo llegue a Bogotá, y antes de que los haya examinado detenida y profundamente con usted y con otros. **El de unión, liga y confederación contiene artículos cuya admisión puede embarazar la ejecución de proyectos que he concebido, en mi concepto muy útiles y de gran magnitud.**"

¿Cuáles eran esos proyectos? En carta al Vicepresidente Santander, en cuyo criterio Bolívar no tenía completa confianza, le anticipó en términos un tanto velados su propósito de dar una nueva base a la organización política de Colombia y de los pueblos libertados por sus armas: "Nuestro sagrado pacto —le decía— estaba cubierto de una pureza intacta, gozaba de una virginidad inmaculada; ahora ha sido violado, manchado, roto en fin; ya no puede servir de nada; una ley fundamental no debe ser sospechada siquiera, como la mujer de César; la integridad debe ser su primer atributo; sin esto es un espantajo ridículo; o más bien el símbolo del odio. **Un nuevo contrato general** debemos hacer para mantener una organización que, no sólo parezca libre sino que lo sea y lleve el sello de todas las partes."

En cambio al Mariscal Sucre, cuya opinión sabía identificada con los móviles que guiaban su conducta y cuya cooperación juzgaba imprescindible para sus planes, le reveló en esta forma las grandes líneas de su nuevo y magno proyecto: "Después de escrita esta Carta —le decía— he pensado que no debemos usar la palabra **federación** sino **unión**, porque después pedirán las formas federales como ha sucedido en Guayaquil, donde apenas se oyó federación ya se pensó en la antigua republiquita. Creo que en Venezuela será indispensable hacer una reforma importante a fin de que una autoridad muy fuerte y muy inmediata contenga los partidos y ocurra a las necesidades más urgentes. Pienso, pues, que el Estado de Venezuela debe equivaler al de Bolivia, así como el del resto de Colombia y Perú. Sería muy conveniente que Bolivia se preparase para esta unión, no con el Perú solo sino con Colombia. El plan parece que debe ser éste: **en cada Estado un Vicepresidente según la Constitución boliviana; el Presidente general debe tener un Vicepresidente y sus ministros también generales. Para llenar este fin creo indispensable nombrar a Santa Cruz para Bolivia y que usted sea el Vicepresidente general. Para el Perú no faltará un hombre de mérito.** Si usted se rehusa a este servicio también lo haré yo y todos perecerán en medio de una confusión espantosa. Todo esto se irá conviniendo por partes entre Bolivia y el Perú, Colombia y el Perú. Por lo mismo, será bien que Bolivia y el Perú diesen el ejemplo. Si por casualidad el agente del Perú ha llegado a Chuquisaca, creo que debe empezar la negociación con él entablando estos artículos. Cada Estado pagará sus deudas y sus com-

promisos a fin de que nadie se cargue de deudas ajenas. **Cada Estado tendrá su cuerpo legislativo y decidirá de sus negocios domésticos de un modo conveniente pero acordado con el resto de los Estados.** Si usted da principio a este plan hará un inmenso servicio a la América y yo me lisonjeo de que Bolivia, **que es el pueblo normal,** sea el que lo presente. Recomiendo a usted, mi querido general este pensamiento que puede ser el estandarte de la salud."

No creemos equivocarnos al decir que Simón Bolívar había llegado al momento decisivo de su extraordinaria empresa política y que, como todos los grandes conductores de la humanidad, al pisar las cimas más elevadas de la historia, veía abrirse ante sí el vórtice de los abismos sin fin que acompañan siempre a las grandes alturas. "Voy a entrar en un laberinto horrible" —le escribía al Mariscal de Santa Cruz.

Cuando se sancionó la Constitución de Cúcuta, como la Constitución peruana de 1824, Bolívar manifestó expresamente su inconformidad con los principios consagrados en ellas, por considerarlos faltos de verdaderas vinculaciones con las realidades americanas. Pero comprometido entonces en campañas decisivas para la libertad de América, no quiso dar a sus reparos sino el carácter de simples objeciones a los legisladores, por temor de que una agria controversia en materias políticas destruyera la unidad de los pueblos en el momento en que libraban las batallas finales contra el enemigo español. Pero ahora, cuando en Ayacucho había desaparecido el ventajoso aglutinante de un adversario externo y la organización social de los nuevos Estados necesitaba de sólidas bases institucionales, como lo demostraban los sucesos de Venezuela, la urgencia de tomar nuevos rumbos en materias políticas parecía a Bolívar un imperativo inaplazable si se deseaba evitar que la victoria contra España se convirtiera en la total descomposición política de las sociedades americanas.

Para lograr este cambio el Libertador debía enfrentarse no solamente a las trabas establecidas por esas instituciones para su reforma, sino también a los poderosos intereses creados alrededor de la supervivencia de las mismas. Bolívar optó entonces por el procedimiento democrático de consultar a la voluntad popular —a través de un gran plebiscito en medio Continente—, si deseaba el cambio de la organización política vigente, y si en caso afirmativo aceptaba el Código boliviano para sustituirla. Que los pueblos fallaran democráticamente sobre este punto de interés general para América, fué el camino que le pareció compatible con la restauración del orden social y las tradiciones democráticas de la revolución acaudillada por él durante 15 años en el mundo americano. "Nada es tan conforme con las doctrinas populares —declaró en trascendental Mensaje a la

Junta Preparativa del Congreso peruano— como el consultar a la nación en masa, sobre los puntos capitales en que se fundan los Estados, las leyes fundamentales y el magistrado supremo. Todos los particulares están sujetos al error o a la seducción: pero no así el pueblo, que posee en grado eminente la conciencia de su bien y la medida de su independencia. De este modo, su juicio es puro, su voluntad fuerte; y, por consiguiente, nadie puede corromperlo, ni menos intimarlo. **Yo tengo pruebas irrefragables del tino del pueblo en las grandes resoluciones; y por eso es que siempre he preferido sus opiniones a la de los sabios.** Que se consulte, Excelentísimo señor, a los colegios electorales; entonces sabremos qué leyes han recibido la sanción de todos."

Con este histórico documento Bolívar abría una nueva era política de América, pues en él anunciaba su propósito de entregar a los pueblos, **aún en contra de las leyes vigentes**, la total decisión sobre un radical cambio en las instituciones políticas.

Si el Libertador hubiera carecido de verdaderas razones para apresurar este necesario acondicionamiento de las instituciones americanas, un hecho ocurrido en aquellos decisivos tiempos le habría proporcionado completa justificación: la actitud del General Gamarra, quien desde el Cuzco, y al igual que Páez en Venezuela, le ofrecía la corona. "**Los pueblos** —le decía Gamarra— **no quieren teorías impracticables; quieren salir de la pobreza y descansar de la guerra que los ha oprimido.** La libertad que consiste en hablar y escribir sin trabas, es insignificante para la presente civilización. **En una palabra: la América entera necesita de un gobierno vigoroso y paternal. Reúnase la América bajo la benéfica influencia del sol que nos ha dado vida: a sus auspicios seremos felices. No hay otra cosa que hacer: o Bolívar o nadie. Esto es para lo que V. E. debe contar conmigo y el Consejo de Gobierno.**"

Pero las graves circunstancias que fortalecieron la convicción del Libertador sobre la necesidad de un decisivo cambio en materias políticas, no se circunscribían al territorio peruano. A fines de junio comenzaron a llegarle, un tanto confusas, las primeras noticias de los sucesos acaecidos en Valencia el 30 de abril, fecha en la cual la Municipalidad de esta población se declaró en abierta rebelión contra el gobierno de Santa Fé, invitó a Páez a desobedecer la orden del Senado y a asumir la jefatura suprema de Venezuela, invitación que éste, después de aceptar, justificó en los siguientes términos: "Desde que existe una revolución, ya quedó legitimida, porque sólo puede originarse de una causa general, acompañada de una fuerza irresistible, y en tal evento no son culpables los autores o cooperadores del des-

orden, sino aquellos que con sus abusos y excesos de autoridad provocan el rompimiento." (*)

¿Por qué juzgó el Libertador que las características de la Constitución elaborada por él para Bolivia podían contribuir a tratar eficazmente los factores que estaban precipitando el irreparable fraccionamiento de las comunidades hispanoamericanas? Porque esta Carta Fundamental fué elaborada con la ambición de buscarles una solución que conquistara a tales comunidades las dos características necesarias, en concepto de Bolívar, para la salvación de América: su estabilidad y su unidad.

¿Cuáles fueron las directrices seguidas por el Libertador para dar al Código boliviano una estructura que contemplara apropiadamente las realidades americanas? Para incorporar, en unas instituciones realmente americanas, los problemas sociales y políticos del Nuevo Mundo, Bolívar debía dar solución a tres magnos problemas: el odio de razas que, traducido en agria lucha de clases, hacía entonces manifiestamente imposible la estabilidad y duración de las instituciones republicanas; la tremenda influencia de las ideas liberales europeas, que en pueblos sin tradición de gobierno propio y representativo, conducían fácilmente al establecimiento de instituciones perfectas en el papel pero funestas para el orden social, por no contemplar ninguno de los problemas básicos de las nuevas sociedades; y, por último, la tendencia, cada día más poderosa en el Nuevo Mundo, en virtud de la cual los postulados del gobierno democrático, del gobierno por el pueblo y para el pueblo, estaban traduciéndose en el deseo de autoridades federales, para que ellas, sobre las distancias de un Continente sin vías de comunicación y dueño de una topografía que conducía fatalmente al aislamiento entre las distintas comunidades, facilitaran a los gobernados su vigilancia sobre las actividades del gobierno.

¿Cómo conseguir la estabilidad política en sociedades profundamente divididas por el odio de razas y la lucha de clases? ¿Cómo armonizar las ideas liberales europeas, con unas realidades sociales

(*) "Los diputados de Caracas —dice O'Leary— unidos a los municipales de Valencia, constituyeron a Páez en el mando supremo del departamento, con el título de jefe superior civil y militar y con facultades 'para levantar ejércitos que defiendan el territorio de cualquier invasión exterior, u otros actos hostiles' y declararon que 'la duración de su autoridad sea mientras lo exijan las circunstancias, que se espera variarán con la venida del Libertador presidente y que entonces o cuando los pueblos de Venezuela puedan verificar con seguridad su asociación, sean convocados según las bases que se establezcan para deliberar acerca de la forma de gobierno que sea más adaptable a su situación, a sus costumbres y a su producción...' Páez prestó, el 14 de mayo, juramento formal de 'guardar y hacer guardar las leyes establecidas, con condición de no obedecer las nuevas órdenes del gobierno de Bogotá'."

como las americanas donde no existían la mayoría de los supuestos básicos que habían determinado el florecimiento de tales ideas en el Viejo Continente? ¿Cómo preservar la unidad política en el mundo americano, respetando a la vez las tendencias federalistas que en esos momentos emergían con fuerza incontenible en Bolivia, Venezuela, el Perú y Quito? He ahí los tres grandes interrogantes a los cuales se enfrentaba el Libertador en los momentos en que tenía concentrado su interés en la elaboración de la Carta Constitucional para Bolivia.

Detengámanos en el problema fundamental a que debían atender las instituciones bolivianas: los odios de razas que devoraban a la mayoría de las comunidades del Hemisferio. A este respecto, el mundo americano podía considerarse dividido en tres formas de descomposición social, que afectaban radicalmente la convivencia y estabilidad en diferentes sectores del Continente: la primera de esas formas se presentaba en Venezuela, donde existía un radical divorcio de clases, hijo del odio tradicional entre los "pardos" y las minorías blancas, odio cuya violencia pudimos apreciar en los tiempos de Monteverde y Boves, en los terribles años de la guerra a muerte, y que ahora, adoptando nuevas modalidades, resucitaba al amparo de la confusión y desconcierto provocados por la acusación al General Páez. Este fenómeno presentaba en extensas regiones de Venezuela las más graves características, porque en ellas había sido imposible extirpar las profundas huellas que dejó Boves y el odio entre los pardos y la minoría blanca, situaba sus divergencias en un terreno donde cada una de tales clases no veía ni deseaba otra solución que el exterminio implacable de su contraria (*).

El segundo foco de conflicto estaba situado en las comunidades americanas asentadas sobre los restos del imperio incaico, es decir, el antiguo reino de Quito y las repúblicas de Perú y Bolivia. Allí el odio de razas, traducido en luchas de clases, se desenvolvía en forma un tanto diferente pero de efectos no menos graves para la estabilidad política de tales comunidades. En este sector, la grave amenaza que habían experimentado, durante la guerra de independencia, los privilegios de la clase aristocrática, blanca y de pura ascendencia española, había determinado en ella una actitud de reacción que, después de sus intentos frustrados de alianza con España, la empujaba ahora a armarse, a crear un ejército a su imagen y semejanza, para

---

(*) "Hoy he recibido cartas del General Sucre —le escribía Bolívar a Santander— sobre lo importante que es mandar a Colombia 4.000 hombres del Sur. Yo también creo que es útil y conveniente mandar a Venezuela dichos 4.000 hombres, pues mi hermana, que tiene mucho talento, me escribe que Caracas está inhabitable por las tentativas y amenazas de la pardocracia."

sostener sobre el filo de las bayonetas los privilegios que le concedió la Corona y no deseaba sacrificarle a la República. De tal manera comenzaba a estructurarse una situación social cuyo supuesto básico era la conservación de la servidumbre de las masas indígenas, la cual haría incompatible, a la larga, toda autoridad a la que faltara el permanente respaldo de la fuerza: "Aquí —le escribía Bolívar a Santander— la albocracia sobre los indios es un dogma absoluto..."[30]

En contraste con las circunstancias reinantes en Venezuela y en las naciones del Sur, en el antiguo Virreinato granadino existía una situación social que le constituía en islote en medio de las tormentas del Hemisferio. Como lo vimos en capítulos anteriores, por la proporción en que convivieron en la Nueva Granada las distintas razas en los tiempos de la Colonia, el elemento blanco conquistador no se vió en la necesidad de establecer barreras de casta, lo cual facilitó un amplio proceso de mestizaje y a la larga determinó una relativa homogeneidad étnica y social que en aquellos tiempos, cuando se tenía poca o ninguna conciencia de las realidades económicas, por la falta del odio de razas, determinó la ausencia de una verdadera lucha de clases. De esta manera los grupos minoritarios dominantes en la Nueva Granada, sin antecedentes aristocráticos o de casta, pudieron, una vez descartado el predominio realista, continuar ejerciendo sus funciones directivas sin la oposición de grandes sectores de la sociedad y haciéndolo a través de unas instituciones generosas y republicanas, pues en la estructura de la colectividad no existían esos radicales antagonismos que en el Perú, Venezuela, Bolivia, etc., hacían imposible el mínimun de acuerdo social que necesitan para su funcionamiento las instituciones inmaginadas por Rousseau y Montesquieu. "Cundinamarca, Boyacá, Magdalena y Cauca —le escribía Santander a Bolívar— forman una población de cerca de millón y medio, son pueblos patriotas, pacíficos, obedientes, industriosos y tienen pocas castas; los extranjeros se amañan por acá y nos aumentarán la población y riqueza nacional."

Por último, tenemos el foco de conflagración social radicado en las Provincias Unidas del Río de La Plata. Allí, como hemos podido apreciarlo, el odio de las masas de mestizos, de las famosas "montoneras" de las provincias y de las pampas, contra la burguesía de Buenos Aires, no sólo presentaba indiscutibles caracteres de tipo racial, como en el resto del Hemisferio, sino se hallaba agudizado por un elemento típicamente económico, el cual diferenciaba al Río de La Plata del conjunto de los pueblos americanos: el mercantilismo de la clase dominante de Buenos Aires que dueña de la Aduana del gran puerto. la utilizaba para imponer su completo dominio sobre todas las provincias del Plata. Por eso no tardaría en llegar la hora en que

el huracán desencadenado de los odios populares conduciría a la sangrienta dominación de Rosas, ante la cual las minorías amenazadas de total exterminio, no vacilarían en solicitar la intervención de las fuerzas militares de Francia e Inglaterra, para defender sus vidas y bienes contra las "montoneras" de la pampa.

Tal era el panorama social que presentaba la América del Sur cuando Bolívar trabajaba en la Constitución que se proponía ofrecer a las sociedades emancipadas por la heróica epopeya de su vida. "Crea usted mi querido general —le escribía a Santander— que un inmenso volcán está a nuestros pies, cuyos síntomas no son poéticos sino físicos y harto críticos. Nada me persuade que podamos franquear la suma prodigiosa de dificultades que se nos ofrece. Estábamos como por milagro sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas apoyadas una en otra y en una calma que parece verdadera aunque instantánea. Los navegantes han visto muchas veces este original. Yo era este punto dado, las olas Venezuela y Cundinamarca, el apoyo se encontraba entre los dos, y el momento acaba de pasarse en el período constitucional de la primera elección. Ya no habrá más calma ni más olas ni más punto de reunión que forme esta prodigiosa calma: toda va a sumergirse al seno primitivo de la creación, de la materia. Si, de la materia, digo, porque todo va a volverse nada.

"Considere usted, mi querido general, quién reunirá más los espíritus, quién contendrá las clases oprimidas. La esclavitud romperá el yugo; cada color querrá el dominio, y los demás combatirán hasta la extinción o el triunfo. Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope, como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano, cada mano empuñar el bastón, cada espada manejada por el primer ambicioso, cada toga la vestirá el más turbulento. Los gritos de sedición resonarán por todas partes. El trueno de la destrucción ha dado la señal. Y lo que todavía es más horrible es que todo cuanto digo es verdad."

En este panorama de radicales divisiones sociales, ¿cuál sería el resultado —se preguntaba Bolívar— de entregar la constitución del poder público a un régimen de elecciones frecuentes y sucesivas?

Como lo ha demostrado la experiencia de la democracia liberal europea, el régimen de elecciones para dar origen al poder público, sólo ha sido compatible con la estabilidad institucional en aquellas sociedades donde se han presentado dos circunstancias: la ausencia de una agresiva lucha de clases y su consecuencia natural: la existencia de fuertes partidos políticos que permitan la formación de corrientes de opinión marcadamente mayoritarias, capaces de servir en todo momento de respaldo a las decisiones del Gobierno.

Se puede decir que el requisito insustituíble del régimen representativo es una determinada estructura social mediante la cual pueda producirse, en todo momento, la formación de definidas mayorías políticas. El principio de "la mitad más uno" que anunciaron y defendieron los teóricos de la República, no expresaba nada distinto de las entrañables relaciones que existen entre el postulado de la Voluntad Popular, que sustituyó a la teoría del Derecho Divino de los Reyes, y la necesidad de que esa Voluntad pueda traducirse permanentemente en decisiones de mayoría.

En el curso de la historia de las instituciones representativas, esa necesaria mayoría de opinión, en los Estados republicanos, se ha formado a través de dos definidos procedimientos: o por virtud del dominio indiscutible e indiscutido de una clase social, que ha logrado encausar tras de sus intereses al resto de las fuerzas sociales de la nación; o a través de grandes partidos políticos donde conviven indistintamente, por virtud del acatamiento a ideales abstractos, diferentes clases sociales, las cuales forman dentro de tales partidos corrientes de opinión capaces, en cualquier momento, de servir de sólido sostén a las instituciones representativas. Pero la América del Sur presentaba entonces características realmente incompatibles con cualquiera de estas dos soluciones. Desde 1814 en el Continente se reveló la debilidad de las clases tradicionalmente dominantes, lo cual las llevó, tanto en el Norte como en el Sur, a buscar, ante la amenaza de la insurrección popular, o un rápido acercamiento a España o soluciones monarquistas que pusieran término a la inquietud social. Este fenómeno demostró, como Bolívar lo anunció en el Congreso de Angostura, que en el mundo americano no existía la posibilidad de establecer el régimen representativo sobre el predominio de una clase social, porque excluyendo a la Nueva Granada —donde se presentaban los factores de homogeneidad social que hemos anotado—, todas las clases dominantes americanas se hallaban tan profundamente divorciadas de la gran masa de la población, que en ninguna forma podían encausar tras de sus intereses y conveniencias los movimientos y cambios de la opinión pública.

Y ¿qué decir en cuanto a la posible formación de grandes partidos políticos alrededor de principios abstractos sobre la organización del Estado? Precisamente era en este aspecto donde la falta de concordancia entre las realidades sociales americanas y "los principios" alegados por los teóricos de la República, resultaba más evidente. ¿Cómo habría de producirse la agrupación de las fuerzas sociales alrededor de ideas abstractas, si la opinión americana se hallaba radicalmente dividida por el odio de razas, de castas y de clases? El desenvolvimiento de estos radicales antagonismos sólo podía des-

embocar en el fenómeno contrario, es decir, en la parcelación progresiva de la opinión pública en grupos o facciones, destinadas, a la larga, a imposibilitar la formación de grandes fuerzas mayoritarias, capaces por su volumen de servir de fundamento a las instituciones republicanas.

La formación posterior en la Nueva Granada de dos grandes partidos políticos, ocurrida precisamente en una colectividad libre entonces de odios de casta y de raza, demuestra la relación entre los dos fenómenos y la imposibilidad de que en el resto de las comunidades americanas, donde esas divergencias sociales se desarrollaban con terrible intensidad, nacieran grandes partidos políticos, capaces de determinar la formación de una opinión mayoritaria y uniforme sobre los problemas fundamentales del Estado. Así lo confirmó la historia de los Estados suramericanos en el siglo XIX, en los cuales se vió el nacimiento y desaparición de gran número de pequeños partidos. que nunca lograron cumplir la función que les correspondía y, cuya desaparición condujo al imperio de los caudillos vitalicios.

No eran, pues, ambiciones pasajeras, las razones que llevaron a Bolívar a buscar la solución para el problema básico de las sociedades americanas —el de su estabilidad política—, en los dos postulados esenciales de la Constitución que presentó al Congreso de Bolivia: la abolición de todos los privilegios de casta y de raza y la Presidencia vitalicia.

Con el primero de ellos daba final desarrollo a la política de igualdad jurídica de todas las razas, que le había permitido contar con el apoyo de los pueblos durante la guerra de la emancipación y que estaba destinada a borrar del panorama del Nuevo Mundo los privilegios de casta, que de conservarse agravarían el problema social en el porvenir. En los días en que daba los últimos toques a su obra, se dirigía al Vicepresidente de Colombia en los siguientes términos: "Estoy haciendo una Constitución muy fuerte y muy bien combinada para este país, sin violar ninguna de las tres unidades y **revocando, desde la esclavitud abajo, todos los privilegios.**" Además, en su mensaje al Congreso boliviano decía: "He conservado intacta la ley de las leyes, **la igualdad:** sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer todos los sacrificios."

Pero donde la Constitución tocaba el fondo de los problemas americanos era en el segundo de los postulados mencionados: en la organización del Poder Ejecutivo en la forma peculiar de un Presidente con carácter vitalicio.

Y decimos que ésta institución **tocaba el fondo de los problemas americanos,** porque tal es, precisamente, el criterio que debe seguirse

para juzgarla. La Presidencia, con ese carácter, nunca fué, en concepto de Bolívar, una institución perfecta, un ideal político, ni la meta final en la evolución hacia el perfeccionamiento social de los pueblos americanos; fué solamente una institución que, prescindiendo de su bondad o de sus defectos intrínsecos, era necesaria en América en aquellos momentos, si se deseaba contener la descomposición interna de las nacions y el irreparable fraccionamiento del Hemisferio en minúsculos Estados. Tal es el ángulo de visión desde el cual debe juzgársela, como nos proponemos hacerlo, y no pretendiendo someter el análisis de las instituciones bolivianas a las pautas del criterio político de Rousseau y Montesquieu o analizándolas desde el punto de vista de la famosa "claridad francesa", con que las mentalidades de nuestros juristas, subalternas siempre de las culturas políticas extranjeras, han pretendido hacerlo.

¿Por qué consideraba Bolívar necesaria la Presidencia vitalicia? ¿Acaso, como lo afirman respetables historiadores, porque ella satisfacía sus ambiciones de mando y le permitía llegar a ser, como culminación de la epopeya heróica de su vida, "el César del Nuevo Mundo"? Esta ha sido la teoría oficial de las Academias, entre otras razones porque ella salvaba de graves responsabilidades a los hombres que se comprometieron en la tarea de oponerse a las ideas políticas de Bolívar, y les evitaba el trabajo, para el cual los autores de esta hipótesis han demostrado una manifiesta incapacidad, de analizar y comprender las realidades sociales que en América hacían necesaria esa institución. Oígase bien: necesaria, no perfecta, ni ideal, ni meta suprema en el desenvolvimiento político de los Estados americanos.

Hemos visto en el curso de los últimos capítulos cómo, excepción hecha del antiguo Virreinato granadino, la situación de las comunidades americanas se caracterizaba por la lucha de clases y el odio de razas, que dividían radicalmente a sus componentes en grupos enemigos, separados por abismos de resentimientos, insuperables en dos o tres generaciones. ¿Qué iba a pasar, pues, cuando todos los generales, oficiales y magistrados que se destacaron en la contienda emancipadora, para satisfacer sus ambiciones de mando, se sirvieran en las elecciones de esos odios de clase y de razas? ¿Acaso esta posibilidad acercaría más a los americanos, o, por el contrario, contribuiría decisivamente a acentuar las radicales divisiones que ya los distanciaban? ¿Acaso las elecciones frecuentes para Jefe del Estado, en unas comunidades tan radicalmente divididas, contribuirían a la formación de partidos políticos grandes y homogéneos, capaces de respaldar las actividades del gobierno así elegido, o, más bien acelerarían el fraccionamiento de la opinión pública en pequeños grupos o facciones, que harían imposible a la larga la existencia de fuerzas

coherentes de opinión para dar el necesario respaldo a la Administración en las nuevas nacionalidades?

Estas preguntas se las contestaba Bolívar en un sentido que la historia del mundo americano, después de su muerte, demostró ser acertado. Porque los principios políticos que se opusieron entonces a la Constitución boliviana, no dieron los resultados esperados por los teóricos de la República. A su amparo, de 1828 en adelante, comenzaron a multiplicarse las divisiones sociales en el seno de las comunidades del Nuevo Mundo y con ello se desató la anarquía, lo mismo en Buenos Aires que en Venezuela, en Quito que en el Perú, en Paraguay que en Bolivia. Y ¿cuál fué el fruto de la anarquía? ¿Acaso el imperio de esa **legalidad** que anhelaban los "soñadores de repúblicas aéreas"? No; los caudillos vitalicios, los Rosas, los Francia, los Castro, los Flórez, los Páez, los Gómez, y otros de menor importancia, que instauraron **la tiranía vitalicia y de hecho** donde Bolívar había pretendido colocar una autoridad vitalicia consagrada por el orden jurídico.

Buscar para la organización del poder público en América un punto de apoyo invariable, capaz de comunicar estabilidad a las instituciones, puesto que la opinión pública, por las profundas divisiones que la fraccionaban, no podía proporcionar otro resultado que la inestabilidad y la agitación permanentes, he ahí la razón que llevó a Bolívar a decidirse por la Presidencia Vitalicia. "El Presidente de la República —decía en su Mensaje al Congreso Boliviano— viene a ser en nuestra Constitución, como el Sol que, firme en su centro, da vida al Universo. Esta suprema Autoridad debe ser perpetua; **porque en los sistemas sin jerarquías se necesita más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los Magistrados y los ciudadanos; los hombres y las cosas.**"

Como bien puede advertirse, en el curso de la obra política de Bolívar, sus propósitos innovadores actuaron siempre en el campo de las relaciones sociales entre las distintas clases, a diferencia de los teóricos de la República, quienes sólo pensaban en las formas jurídicas externas del Estado. Por eso en aquellos tiempos habría de decidirse si el hecho político de la emancipación de la Metrópoli se traduciría en la simple yuxtaposición de unas instituciones teóricamente liberales sobre el sistema medioeval vigente en las relaciones entre las distintas clases, o si, por el contrario, se cumpliría un cambio revolucionario en aquellas relaciones, como lo deseaba Bolívar. Para cualquier observador ajeno a las utopías políticas, la posibilidad de que en América se produjera un cambio auténticamente democrático, dependía de una organización del Estado capaz de contener la descomposición social, porque si ella llegaba a desatarse muy fácil sería

para las clases dominantes, frente a unos pueblos que carecían de conciencia de sus derechos, vincular a la conservación del **orden público** la supervivencia de sus privilegios.

Y tal fué precisamente lo que acaeció. Porque triunfantes las utopías legislativas de los opositores de Bolívar, el odio de clases y de razas se desató a lo largo del Continente ante el estímulo de unas instituciones que carecían de anclas en las realidades americanas, y en medio de la anarquía y confusión que sirvió de funesto acompañamiento de este proceso, surgieron los caudillos **vitalicios** que, en el ejercicio de su mando, consolidaron definitivamente el predominio de las clases dominantes sobre los pueblos, destruyendo la posibilidad de instaurar en América un orden de cosas realmente democrático. "Para que un pueblo sea libre —había dicho el Libertador— debe tener un gobierno fuerte, **que posea medios suficientes para librarlo de la anarquía popular y del abuso de los grandes.**"

La consecuencia del triunfo de los adversarios de Bolívar, de quienes pensaban que la revolución en América debía efectuarse en la forma externa de las instituciones —en la división de los poderes públicos y en el predominio definitivo del Congreso sobre el Ejecutivo—, no podía ser otra que el hecho insólito, relatado por los historiadores sin la explicación de sus causas, en virtud del cual la independencia de España no significó el cambio del orden social vigente durante la Colonia, sino la oportunidad para que las clases dominantes lograran, a través de la República, lo que no pudieron conseguir con el "monarquismo" de San Martín: la conservación del orden social vigente, sin las limitaciones que a su hegemonía sobre los pueblos les impuso, en los años coloniales, el Estado metropolitano español.

Por eso cuando el Libertador vió descartada su Constitución, previendo lúcidamente que el abandono del Código boliviano significaba también la derrota de la **revolución democrática** que había hecho posible la independencia de América, se expresó así ante Perú de Lacroix: "Aquellas noticias —cuenta el Diario— lo condujeron a repetir lo que le he oído decir varias veces, a saber: probar el estado de esclavitud en que se hallaba aún el pueblo colombiano; probar que está no sólo bajo el yugo de los Alcaldes y curas de las parroquias, sino también bajo el de los tres o cuatro magnates que hay en cada una de ellas; que en las ciudades es lo mismo, con la diferencia de que los amos son más numerosos porque se aumentan con muchos clérigos, frailes y doctores; **que la libertad y las garantías son sólo para aquellos hombres y para los ricos y nunca para los pueblos, cuya esclavitud es peor que la de los mismos indios**; que esclavos eran bajo la Constitución (de Cúcuta) y esclavos quedarían bajo la Cons-

titución más liberal; que en Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza, equivalente por su influjo, por sus pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento más despótica de Europa; que en aquella aristocracia entran también los clérigos, los doctores, los abogados, los militares y los demagogos; **pues aunque hablan de libertad y de garantías es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo que, según ellos, debe continuar bajo su opresión; quieren la igualdad, para elevarse y ser iguales con los más caracterizados, pero no para nivelarse ellos con los individuos de las clases inferiores de la sociedad; a estos los quieren considerar siempre como sus siervos a pesar de sus alardes de demagogia y liberalismo.**"

Pero no terminaban ahí los males que al mundo americano iban a ocasionar los opositores de Bolívar. El inadecuado régimen político que ellos impusieron, condujo también a una irrisoria transmutación de los ideales a cuyo nombre se descartaron las instituciones bolivianas; las elecciones no tardaron en ser sustituídas por los golpes del Estado; el imperio de los caudillos reemplazó a las Constitucionales liberales, y el carácter crónico de las guerras civiles se transformó en la forma normal de dar expresión a los movimientos y cambios de la opinión pública. Todos estos hechos, que desorganizaron radicalmente la vida social de los Estados americanos, determinaron también una rata de crecimiento muy lento de su población, un desarrollo casi insignificante de la riqueza pública, la incapacidad permanente para resistir con eficacia la penetración de los poderes coloniales europeos y americanos y, sobre todo, la derrota del mundo tropical en la nueva organización económica que en escala mundial se estaba imponiendo en aquellos tiempos.

Mientras en Suramérica nos entregábamos, como acaeció durante el siglo XIX, a los golpes de Estado, a la guerra civil y a la copia, con increíble ligereza, de las Constituciones europeas, misiones de sabios y botánicos ingleses y franceses recorrían nuestros territorios, nuestras selvas, nuestros ríos, se llevaban las plantas que constituían la gran riqueza económica del mundo tropical y las plantaban en sus colonias de Africa, Asia y Oceanía para que poblaciones sometidas a la más extrema servidumbre las produjeran con costos de trabajo esclavo. Así, a partir del año de 1850, comenzaron a ocurrir en Suramérica las famosas crisis de la quina, el tabaco, el café, etc., hijas de la competencia desleal de las colonias asiáticas y africanas, crisis que agravaron el estado de anarquía en el Nuevo Mundo y obligaron a los pueblos a adaptarse fatalmente a las condiciones de la explotación colonial, a igualar sus niveles de vida con los de las poblaciones de Indochina, Madagascar, Borneo, Sumatra, Africa y las Guayanas

europeas. De tal manera el mundo tropical americano adquirió la categoría definitiva de Continente colonial, como el Africa, aunque los teóricos de la República, los herederos de los opositores de Bolívar, continuaran en su tarea de elaborar Constituciones calcadas servilmente de las extranjeras, en las que irrisoriamente concedían a los ciudadanos todos los derechos, todas las libertades, todas las garantías. "Si la América no vuelve sobre sus pasos —escribió Bolívar proféticamente—, si no se convence de su nulidad e impotencia, si no se llama al orden y a la razón, bien poco hay que esperar respecto de la consolidación de sus gobiernos: y un nuevo coloniaje será el patrimonio que leguemos a la posteridad.



Generalmente se supone, por deficiencia en el análisis de las realidades americanas que condujeron a Bolívar a pensar en la necesidad de la Presidencia vitalicia, que esta concepción peculiar sobre la estructura del Poder Ejecutivo indicaba el abandono, por su parte, del espíritu y principios liberales que en forma tan decisiva influyeron en el anhelo de emancipación de los pueblos del Nuevo Mundo. Sin embargo, la estructura misma de la Constitución boliviana demuestra lo contrario. Si bien es verdad que el Libertador, preocupado justamente por la urgencia de darle a las instituciones un fundamento sólido para su estabilidad, buscó ese fundamento en el poder vitalicio del Presidente, no es menos cierto también que puso en su Constitución todos los contrapesos y balances necesarios para dejar consagrada en ella el factor que constituye el verdadero espíritu del liberalismo: la participación eficaz de los gobernados, por conducto de sus representantes, en el manejo de los asuntos públicos. Tal es el significado de su frase sobre el Presidente vitalicio: "Se le ha cortado la cabeza para que nadie tema sus intenciones y se le han ligado las manos para que a nadie dañe."

La esencia del sistema boliviano no era intronizar la tiranía de un Presidente vitalicio, como lo afirmaban los opositores de Bolívar, sino establecer un elemento fijo en el odern político del Estado, para garantizar la estabilidad de las instituciones republicanas, y dejar, en cambio, la totalidad de la administración a los organismos y poderes que tenían un origen representativo. "El Proyecto de Constitución para Bolivia —decía el Libertador en su Mensaje al Congreso— está dividido en cuatro Poderes políticos, habiendo añadido uno más, sin complicar por esto la división clásica de cada uno de los otros. El Electoral ha recibido facultades que no le estaban señaladas en otros gobiernos que se estiman entre los más liberales. Estas atri-

buciones se acercan en gran manera a las del sistema federal. Me ha parecido no sólo conveniente y útil, sino también fácil, conceder a los Representantes inmediatos del pueblo los privilegios que más pueden desear los ciudadanos de cada Departamento, Provincia y Cantón. Ningún objeto es más importante a un Ciudadano que la elección de sus Legisladores, Magistrados, Jueces y Pastores. Los Colegios Electorales de cada Provincia representan las necesidades y los intereses de ellas y sirven para quejarse de las infracciones de las leyes, y de los abusos de los Magistrados. Me atrevería a decir con alguna exactitud que esta representación participa de los derechos de que gozan los gobiernos particulares de los Estados federados. **De este modo se ha puesto nuevo peso a la balanza contra el Ejecutivo; y el Gobierno ha adquirido más garantías, más popularidad, y nuevos títulos para que sobresalga entre los más democráticos."**

Nada resulta más alejado de la realidad de las cosas, que los argumentos de quienes afirman que esa Constitución consagraba, con la Presidencia vitalicia, la tiranía en América. Todo lo contrario; la forma vitalicia del Ejecutivo sólo buscaba la estabilidad de las instituciones republicanas, y en cambio dejaba abiertas las puertas a todas las limitaciones y controles que los gobernados desearan imponer, poder limitativo que constituye la esencia del sistema republicano y liberal. El anhelo del Libertador fué, precisamente, salvar en América lo mejor del sistema liberal, defendiéndolo de la amenaza que debía provocar su ruina: la inestabilidad política. Cuánta razón tuvo el notable escritor francés Martin Maillefer cuando dijo: "Bolívar no ha restringido nunca la libertad, **sino por interés de la libertad misma."**

Si quedara alguna duda sobre el indiscutible espíritu democrático y liberal que informaba a la Constitución boliviana, ella se desvanece ante las opiniones del propio General Santander, de extraordinario valor, pues, a él se le considera el más insigne adalid del liberalismo granadino. Cuando Santander conoció los postulados fundamentales que informaban a la Constitución le escribió a Bolívar: "Por el extracto que usted me hace de la Constitución para Bolivia, vengo en creer lo que usted me dijo antes: que tendría amigos y enemigos; las propuestas de todo empleado público por los colegios electorales es cosa muy popular y que encantará a los republicanos; el poder moral encantará a los filósofos; pero la vitalidad del Presidente y el nombramiento del Vicepresidente sufrirán censuras severas, y quizás también la invención de dividir la administración entre estos dos empleados... Es preciso para juzgar acertadamente ver el discurso, porque en él deben desenvolverse la justicia y conveniencia de estas medidas. Me reservo para entonces hablar confidencialmente,

y desde ahora estoy de acuerdo en que su Constitución es liberal y popular, fuerte y vigorosa." (Bogotá, 21 de abril de 1826.)

He ahí el criterio que debería guiar siempre a los historiadores y juristas en el análisis de la Constitución boliviana. De ella se puede decir, como lo decía Sucre, que no era suficientemente fuerte; o afirmar, como lo hacía Santander, que algunas de sus modalidades, por falta de antecedentes entre nosotros, no encontraría el necesario asentimiento de la opinión; pero en cambio no existen fundamentos sólidos para afirmar que ella no fuera **liberal y popular.** Para hacerlo están particularmente incapacitados quienes invocan el criterio de Santander en la consideración de todos los acontecimientos políticos de estos decisivos años de nuestra historia, pues, como claramente se advierte en sus palabras, él "estaba de acuerdo en que la Constitución era liberal y popular". Contra estas opiniones de Santander, tradicionalmente silenciadas por los historiadores enemigos de Bolívar, puede argüirse que posteriormente el propio Santander combatió la Constitución. Pero el hecho de que esa oposición hubiera sido posterior, coincide precisamente con los acontecimientos que en seguida pasamos a relatar, según los cuales, tal oposición no tuvo origen en los "principios políticos" consagrados en ella, sino en hechos de un orden muy distinto, en los que corresponde a Bolívar parte de responsabilidad.

Las graves divergencias que existían entre las dos adquirieron su más peligroso carácter en el momento en que Bolívar anunció su propósito de utilizar la Carta boliviana para conseguir la **unidad política del Hemisferio.** Este vasto plan tenía una característica, poco estudiada por los historiadores tradicionales, que habría de determinar el principio de su definitivo rompimiento con Santander: su intención, anticipada en conversaciones públicas y en su correspondencia, de designar para el cargo de Vicepresidente, que de acuerdo con la Constitución boliviana sería el sucesor del Presidente a su muerte, al gran Mariscal de Ayacucho. Tal era la providencia que Santander difícilmente podía aceptar, pues ella truncaba legítimas ambiciones suyas. El general granadino, por la profunda convicción que tenía de significar, en virtud de sus ideas acerca de la organización de las nuevas naciones, una insustituíble posibilidad de darle a esa organización un giro que la salvara del simple despotismo militar, se sentía dominado en aquellas épocas por esa noble ambición que se apodera de los hombres cuando tienen conciencia de los altos fines que guiarán su conducta en el ejercicio de la autoridad pública. En medio de los caudillos de la revolución —de Páez, Montilla, Flórez, Córdoba—, y de sus adalides civiles —como Joaquín Mosquera, Cristóbal Mendoza, Castillo Rada, Zea y Restrepo—, él, con sobra de razón,

se daba cuenta de la incapacidad de todos para mantener, una vez muerto el Libertador, un estado de cosas, en las naciones bolivianas, que salvara en ellas el imperio de la legalidad, evitara la anarquía y proscribiera el despotismo. Su desconfianza particularmente se dirigía contra gentes como Páez, Montilla y Flórez —a quienes juzgaba por su ignorancia, sus costumbres, propias para dirigir hordas pero no para administrar Estados organizados—, elementos perniciosos para la empresa de consolidar en América el orden legal y la vida cívica. "En Colombia —le escribía Santander a Montilla el 9 de junio de 1825— **no hay comisión ni destino que pueda halagarme, sino la Presidencia de la República inmediatamente después de que la deje el General Bolívar**, y para entonces yo mismo me presentaré de candidato. Esta es mi profesión de fé; esto he escrito a Caracas, a Quito, al Presidente, a Padilla, y a cuantas personas me han hablado de elecciones, y si se ofreciere yo daré permiso a todos mis corresponsales, de que publiquen mis opiniones en la materia..."

Por eso, al conocer la decisión de Bolívar, decisión que le reducía de hecho, en la nueva organización política, al cargo de simple Vicepresidente del Departamento de Cundinamarca, cuando en la actualidad ejercía el poder supremo de la Gran Colombia, con franqueza que habla muy alto de la excepcional entereza de su carácter, le escribió a Bolívar: "**O lo que somos o nada**. es mi deseo. Si no hay fuerza moral ni física para refrenar a los perturbadores y sostener el sistema actual, tal cual lo prescribe la Constitución (la de Cúcuta) debe disolverse la Unión y formarse los Estados independientes de Venezuela, Nueva Granada y el Sur. Es imposible vivir juntos bajo el régimen federal; todos los años habrá una conmoción en Quito o Venezuela, y si llegan a emplearse las armas para apaciguarla se enciende una guerra de localidades que nos consumirá irremediablemente... El día en que un Vicepresidente o Presidente de esos Estados, se le antoje alzarse contra el Gobierno general cuenta con bastantes recursos para ello y amenaza de firme la federación. La federación de Estados numerosos y, por consiguiente, pequeños, es equivalente a entregarnos de una vez en manos de los españoles. A nadie sino a Soto he comunicado esta opinión mía y deseo que usted meditándola profundamente, me diga lo que le parezca, a reserva de lo que hemos de conferenciar cuando nos veamos."

No resulta aventurado pensar que Bolívar cometió un desacierto al desvalorizar la importancia de lo que significaba Santander y de lo que este hombre, realmente excepcional, era capaz de hacer si no se contaba con él en las decisiones fundamentales sobre la organización política del Nuevo Mundo. Porque Santander representaba a un pueblo, la Nueva Granada, donde existían excepcionales factores

de cultura política, los cuales podían aportar, para la obra de organización de los Estados americanos, los elementos más sólidos y eficaces de estabilidad. El origen de este desacierto reside, a nuestro entender, en que preocupado Bolívar por todas las causas de perturbación y desorden que convulsionaban a Venezuela, Quito y el Perú, pensó que la solución para ellas dependía no tanto de la coherencia y homogeneidad social de la Nueva Granada, como de una oportuna transacción con los focos de desorden.

Sin embargo, y descartando este error, cuyas graves consecuencias no tardaremos en presenciar, la decisión de Bolívar tenía una justificación, que por las profundas razones que militaban en su favor, sólo serviría para hacer más dramáticas las dificultades a que se enfrentaba en esos decisivos momentos de su vida pública: que, el único colombiano dueño de contactos estrechos con los Estados del Sur —con Quito, el Perú y Bolivia—, era Sucre, a quien esos Estados debían su libertad en las históricas acciones de Pichincha y Ayacucho. ¿Cómo lograr, por tanto, que Santander ejerciera la suprema autoridad en los Estados del Sur si en ellos escasamente se le conocía de nombre?

La profundidad de los problemas a que debía enfrentarse el Libertador para evitar el proceso de división del Hemisferio, en ningún momento puede apreciarse más objetivamente que en esta dramática hora, cuando se encontraba ante la grave alternativa o de desairar a Santander y a la Nueva Granada, o de facilitar, con hombres más apropiados por sus antecedentes en el Sur, la formación de una gran Confederación de todas las naciones libertadas por sus armas. Seguro de que tales problemas sólo podían encontrar definitiva solución actuando directamente sobre los factores conflictivos que los habían planteado en la propia Colombia, Bolívar se decidió a dejar el Perú por algún tiempo, para marchar a Santa Fé y a Venezuela a enfrentarse a esta fase decisiva de la organización política de los Estados americanos.

Cuando dejaba a Lima, camino del Callao, donde debía embarcarse rumbo a las costas colombianas, bajo el armazón, hasta ayer férreo, de esa formidable agrupación de pueblos libres lograda en el Continente por las victorias de Colombia, comenzaban ya a escucharse esos ruidos sordos y subterráneos que preceden a las grandes catástrofes de la Naturaleza!

BOLIVAR

SEPTIMA PARTE

Capítulo XXXIII

¿LEGALISMO U ORDEN REVOLUCIONARIO?

"Mi humildad es sincera cuando soy humilde."

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER

Eclipse de los principios y rebelión de los hombres.—El iris de la paz.—Reformas o revolución.—Santander busca un acuerdo.—Condiciones de Bolívar.—El compromiso de Tocaima.

Dados los antecedentes de la conducta del Vicepresidente Santander, en un principio no existieron dudas sobre la resolución que demostraría el Ejecutivo, al cual constitucionalmente correspondía la guarda del orden público, para poner término, por la fuerza si fuere necesario, a los actos gravemente atentatorios que contra ese orden se habían cumplido en Venezuela. Así lo intentó en los primeros momentos el General Santander y por eso procuró ponerse en estrecho contacto con Bermúdez y Urdaneta, comandantes de los departamentos de Maturín y el Zulia, en busca de su colaboración para someter a los facciosos de Valencia y de Caracas.

Pero la inmensa popularidad de que gozaba Páez y sobre todo el anhelo general de reformas que existía en Venezuela, no tardaron en demostrarle a Santander que tanto Bermúdez como Urdaneta no llegarían nunca hasta comprometerse en una guerra abierta contra el llanero. Las declaraciones de los mismos, en virtud de las cuales se adherían al deseo de los pueblos de confiar al Libertador, y sólo al Libertador, la solución de los graves problemas planteados por la insurrección de Páez, redujeron las fuerzas del Vicepresidente al

respaldo, nada efectivo para una emergencia de esta naturaleza, que le proporcionaban los abogados y estudiantes de Santa Fé y en general los afiliados civiles a su partido. Por otra parte, la totalidad del ejército colombiano, profundamente resentido con Santander por sus actos de hostilidad contra los militares, no parecía dispuesto a secundarlo en la defensa del orden público contra un movimiento que como el de Páez, estaba estrechamente vinculado con la defensa de los fueros militares; Santander descubrió entonces con tristeza que estaba todavía lejana la hora en que las instituciones civiles podrían vivir independientemente del respaldo que a ellas prestaran las fuerzas armadas. Qué amargas debieron parecerle entonces las terribles palabras de Bolívar: "Pues que marchen esas legiones de Milton a parar a trote la insurrección de Páez, y que, puesto que, **con los principios y no con los hombres se gobierna, para nada necesitan ustedes de mí.**"

El hecho que más hondamente inquietaba a Santander en esos momentos no era la insurrección de Venezuela en sí misma, sino la forma unánime como a todo lo largo de Colombia los más diversos partidos e intereses pedían a Bolívar regresara a la República y reasumiera definitivamente al mando. Esta inquietud no tenía su origen en pretendidas ambiciones personales suyas, sino en la justa convicción de que, si él se veía obligado a abandonar su cargo cuando se desencadenaba una vasta insurrección contra su gobierno, sufriría una derrota de incalculables consecuencias, destinada a afectarle no sólo personalmente sino a comprometer la causa que él representaba y al pueblo del cual era la más exacta expresión humana. Por eso, después de mucho meditarlo y ante la imposibilidad, por falta de recursos militares, de debelar la insurrección de Venezuela, se decidió a proponer a Bolívar un arreglo por el cual él se comprometía a defender las grandes líneas de la Constitución boliviana siempre que el Libertador, al regresar a Colombia, no se encargara del mando y partiera, al frente de un ejército, a resolver el problema de Venezuela en forma compatible con el prestigio del gobierno legalmente constituído. La esencia de esta propuesta está comprendida en su histórica carta de 19 de julio, en la cual decía a Bolívar: "Respecto a la venida de usted, permítame que le diga mi opinión. Usted no debiera venir al Gobierno, porque este Gobierno, rodeado de tantas leyes, amarradas las manos, y envuelto en mil dificultades, expondría a usted a muchos disgustos, y le granjearía enemigos. Una vez que uno solo de ellos tuviera osadía para levantar la voz, toda su fuerza moral recibiría un golpe terrible, y sin esta fuerza ¡adiós Colombia, orden y gloria! **Supuesto, pues, que no debe usted venir a desempeñar el gobierno, éste debe autorizarlo plenamente, como lo estaba usted en el Sur, para**

que siga a Venezuela con un ejército a arreglar todo aquello..." "Su discurso preliminar a la Constitución de Bolivia ha sido aplaudido universalmente, como obra mestra de elocuencia, de ingenio, de liberalismo y de saber. El primer capítulo que sirve de introducción al discurso, nos ha parecido de sublime elocuencia. El capítulo sobre religión es divino. El de la libertad de los esclavos es eminentemente filantrópico. El de monarquía es digno sólo de la gloria de usted. Todo el discurso es eminentemente magnífico, y creemos que cualquier defecto que tenga la Constitución, está oculto tras de un discurso tan sublime como el que precede. Espere usted infinitos aplausos de la pluma de los liberales de Europa..." "Muchos enamorados tiene su discurso. Vamos a imprimirlo, y no dudo que se hablará bien del proyecto, al menos, donde yo pueda tener algún influjo."



El bergantín "El Congreso", en el cual partió Bolívar de El Callao rumbo a Colombia, tocó en la rada de Guayaquil el martes 12 de septiembre al amanecer. En este puerto, donde se le tributó una cálida recepción, el Libertador pudo comprobar personalmente la profundidad de las divisiones que roían a Colombia y enterarse de las tremendas resistencias que en aquellos pueblos existían contra el Gobierno de Santa Fé. Su único consuelo en aquella hora en que el pesimismo comenzaba a dominarle, fué poder corroborar personalmente que aquí como en Venezuela todos los partidos e intereses estaban de acuerdo en confiarle la solución de los problemas que los distanciaba.

A Bolívar, sin embargo, no podía ocultársele que aún esta favorable disposición de los ánimos, se hallaba comprometida por la manera como el anhelo de oportunas reformas a las instituciones se había vinculado al estallido de movimientos de franca insubordinación contra el gobierno legítimamente constituído. Esta circunstancia tenía especial gravedad para él, pues esos movimientos, disfrazados con la bandera de las reformas, tendían a colocarle forzosamente en el penoso dilema o de solidarizarse, con actos francamente subversivos, para llevar adelante el cambio político que perseguía, o de vincularse, en defensa de la autoridad legítima, a la opinión que defendían el orden constitucional vigente, inhabilitándose posiblemente para provocar las reformas necesarias con la oportunidad debida, pues entre quienes defendían la Constitución de Cúcuta existían pocas simpatías para las fórmulas políticas que él había ofrecido a los pueblos americanos en la Carta boliviana.

Esta última circunstancia y el deseo de no comprometerse precipitadamente con el gobierno de Santa Fé, hasta tanto Santander

y su partido se pronunciaran claramente sobre la oportunidad de las reformas y la adopción del Código boliviano, le llevaron —en el momento en que todos los partidos esperaban ansiosamente sus palabras y sus decisiones—, a dar desde Guayaquil su famosa Proclama a los colombianos, en la cual declaraba que sólo regresaba al país por la confianza demostrada en él por los pueblos y que tal circunstancia le impedía tomar partido distinto del de olvidar lo pasado, para buscar soluciones útiles a la recomposición de la unidad de la República: "Os ofrezco —decía— de nuevo mis servicios, servicios de un hermano. Yo no he querido saber quién ha faltado; mas, no he olvidado jamás que sois hermanos de sangre y mis compañeros de armas. Os llevo un ósculo común, dos brazos para uniros en mi seno: en él entrarán, hasta el profundo de mi corazón, granadinos y venezolanos, justos e injustos: todo el ejército libertador, todos los ciudadanos de la gran República."

Entre tanto Santander, a quien el silencio de Bolívar en los últimos tiempos y las informaciones recibidas del Sur, habíanle demostrado que el Libertador permanecía firme en su propósito de provocar una inmediata reforma de la Constitución, la cual, de acuerdo con la Carta vigente, sólo podía efectuarse en 1831, creyó oportuno presentar a Bolívar una nueva fórmula de advenimiento y en tal sentido, el 3 de octubre, se dirió al Libertador, advirtiéndole, eso sí, que en esta carta fijaba los límites máximos de sus concepciones y también de sus sacrificios. "**Una vez que usted —le decía— haya mostrado su decisión de sostener la Constitución, debemos librar en el Congreso el derecho de que interprete el artículo 119 de la Constitución en virtud de la facultad que tiene de interpretarla y sólo cuando la interprete puede legalmente convocarse por él mismo la Convención y adoptarse, o el Código boliviano con algunas reformas, u otro cualquier sistema según la voluntad de los pueblos.** ¿No le parece a usted bien mi plan? ¿Y no concilia los extremos que ahora parecen opuestos e inconciliables? Me alegraré mucho que lo apruebe, **y como para llevarlo a cabo es indispensable que haya Congreso el próximo dos de enero, contamos con que usted tomará el mayor interés en que vengan los diputados de los tres departamentos del Sur.**

"De otro modo y si se sostiene la facultad de acelerar la convocatoria de la Gran Convención para reformar las instituciones, le anunció a usted, desde ahora, que no hay Unión Colombiana y que se trabajará por restablecer la república de Nueva Granada de 1815. En esto piensan hombres de influencia y yo soy de la opinión de que 'más vale solos que mal acompañados'."

Para Santander, como bien puede apreciarse en esta carta, lo fundamental en aquella dramática hora no era la supervivencia de

las instituciones vigentes hasta 1831, como lo creen quienes le atribuyen un inoportuno e infantil criterio leguleyista, sino obtener de Bolívar que sostuviera la Constitución contra la rebelión de Páez, aunque después, con sutilezas interpretativas, se anticipara la convocatoria de la Convención Constituyente, para adoptar en todo o en parte el Código boliviano. Esta actitud no era propiamente la del teórico fanático, resuelto a sacrificarlo todo por la conservación de un inciso, como el que establecía la fecha permitida para la reforma de la Constitución, sino, por el contrario, la del hombre realista, dispuesto a transar, siempre que esa transacción no significara la impunidad para los actos subversivos cumplidos en Venezuela. "Si yo hubiera sido usurpador —le decía a Bolívar en la misma carta— todos los fuegos se me habrían echado encima y lo mismo si hubiera sido algún otro general sin relaciones ni prestigios; ha sido Páez, y porque es Páez han de callar las leyes, los principios y hasta la razón? Por desigualdad tan disforme no se ha combatido, ni yo he cooperado a la independencia del país para que los colombianos queden representando la escena infame y peligrosa de someterse al poder del más fuerte a despecho de leyes y de autoridades legítimas."

En el transcurso de su viaje a Pasto, el Libertador tuvo tiempo para ahondar sus meditaciones en busca de una solución que le permitiera hacer compatible, con la necesidad de las reformas políticas, la peligrosa desaveniencia que separaba radicalmente a Santander y a Páez, pues si el procedimiento sugerido por el Vicepresidente teóricamente le parecía bueno, en la práctica presentaba el inconveniente de la desconfianza que demostraban por el Congreso esas secciones de la república que en esos momentos solicitaban reformas. Bolívar no veía, por tanto, solución distinta para los problemas políticos de Colombia, que la ya anunciada por él en el Perú: entregar al pueblo, en un gran plebiscito, la suprema decisión sobre la supervivencia o cambio fundamental del régimen político en vigencia. Por eso, a las propuestas del Vicepresidente, contestó en forma categórica desde Pasto, el 14 de octubre de 1826: "Usted me aconseja que no admita el mando sin una autorización especial como la que traje al Sur. **Ciertamente que yo no admitiré la autoridad que ha puesto usted en el estado en que se halla... En una palabra, mi querido general, yo no conozco más partido de salud, que el de devolver al pueblo su soberanía primitiva para que rehaga su pacto social. Usted dirá que esto no es legítimo; y yo, a la verdad, no entiendo qué delito se comete en ocurrir a la fuente de las leyes para que remedie un mal que es del pueblo y que sólo el pueblo conoce. Digo francamente que si esto no es legítimo, será necesario a lo menos, y, por lo mismo, muy propio de una república eminentemente democrática.**"

Esta actitud inflexible de Bolívar, estimulada por las demostraciones de acatamiento y adhesión que recibió en los departamentos del Sur de Colombia, hizo comprender a Santander que estaba expuesto a perder todas las cartas negociables con Bolívar, pues en su correspondencia se advertía la manifiesta intención de no adquirir compromisos vagos, para conservar su libertad de pactar tanto con él como con Páez; entonces, con seguro instinto, abandonó su posición de representante del orden y optó por hacer lo mismo que Páez, es decir, por convertirse en un "problema", para buscar que el Libertador le tuviera forzosamente en cuenta, ya que no lo había hecho cuando ofrecía soluciones de entendimiento. Su partido, compuesto de abogados y estudiantes principalmente, y la mayoría de la prensa de Bogotá, abrieron fuegos contra el Libertador, le acusaron de aspirar a coronarse y no faltaron diarios en los cuales se hiciera abiertamente la apología del **tiranicidio.**

En Popayán tuvo Bolívar abundantes informaciones sobre los nuevos giros que tomaba la política en Santa Fe, y sin disimular su desagrado formuló esta última advertencia al Vicepresidente: "Mientras que el pueblo —le escribió— quiere asirse a mí, como por instinto, ustedes procuran enajenarlo de mi persona con las necedades de la Gaceta y de los oficios insultantes a los que ponen su confianza en mí. Está bien, ustedes salvarán la patria con la Constitución y las leyes que han reducido a Colombia a la imagen del palacio de Satanás que arde por todos sus ángulos. Yo, por mi parte, no me encargo de tal empresa. El 1º de enero le entrego al pueblo el mando si el Congreso no se reúne para el dos y después marcharé a Venezuela a dar allí mi última prueba de consagración al país nativo. **Si usted y su administración se atreven a continuar la marcha de la república bajo la dirección de sus leyes, desde ahora renuncio al mando para siempre en Colombia, a fin de que lo conserven los que saben hacer este milagro. Consulte usted bien esta materia con esos señores, para que el día de mi entrada en Bogotá sepamos quién se encarga del destino de la República, si usted o yo."**

Alarmado Santander por los términos perentorios de esta carta, quiso hacer un último y decisivo esfuerzo para salvar la unidad de Colombia y para evitar su total rompimiento con el Libertador; por eso, antes de entregar su mejor arma —la desconfianza que reinaba contra Bolívar y los venezolanos en los pueblos de las altiplanicies granadinas—, en busca de un acuerdo decisivo salió a recibirlo hasta Tocaima, donde, después de cinco años de separación, se encontraron nuevamente los dos grandes hombres.

Su conversación —en el salón de la Alcaldía— fué muy difícil en los primeros momentos, pues a ambos les dominaba la descon-

fianza, y el recuerdo de las cosas duras que se habían dicho en su correspondencia, dificultaba la expansión cordial entre estos dos hombres, a quienes en otra época unió sincera amistad y mutuo respeto. No creemos equivocarnos al pensar que dado el tono de las últimas cartas de Santander y su decisión de salir a recibir a Bolívar, fué aquél quien rompió el hielo de los primeros momentos y lo hizo, como se verá por el resultado de las conversaciones, insistiendo en presentar sus propuestas anteriores como las mejores fórmulas para conciliar las opiniones, al parecer inconciliables, que dividían a Colombia. Seguro de que el verdadero móvil de la conducta de Bolívar era su profunda convicción en la necesidad de una reforma política, desde los primeros momentos manifestó al Libertador que él no era enemigo de la Constitución boliviana ni, menos aún, partidario de ultrance de la Carta vigente, cuyos innumerables defectos había apreciado desde el Gobierno; pero que tampoco podía aceptar, so pretexto de enmendar sus errores, la justificación de los escandalosos sucesos de Venezuela. Profundo conocedor del espíritu de Bolívar y de su ánimo autoritario, sin premura fué desenvolviendo ante él las consecuencias de cualquier actitud que hiriera la exaltada sensibilidad granadina y la necesidad que existía para el Libertador de meditar muy cuidadosamente sus resoluciones futuras. Una carta suya, inmediatamente anterior a la entrevista de Tocaima, puede servirnos para reconstruir este aspecto de los conversaciones: "No cuente usted, mi general, con la constante fidelidad del partido desidente de Venezuela, ni con los veleidosos del Sur; el día menos pensado le faltan a usted y si (lo que no permita Dios que suceda) usted sufre alguna desgracia, esos señores lo abandonan y le hacen Actas en sentido contrario a las pasadas. **Cuente usted sólo con los pueblos de Nueva Granada, con nosotros solamente; nosotros jamás lo abandonaremos, en nosotros encontrará usted siempre amor, respeto, gratitud y obediencia; pero es menester que usted no nos abandone, que no nos sacrifique a los insensatos deseos de cuatro ambiciosos de Venezuela y de cuatro calaveras del Sur, que oiga la opinión de estos pueblos, que los linsonjée por todos los medios decentes y legítimos, que no nos posponga a los hijos de Venezuela.**"

Restablecido por Santander el ambiente de cordialidad, que era necesario para lograr cualquier entendimiento, los dos entraron a tratar los puntos que para el Libertador tenían la máxima importancia: la reforma de las instituciones vigentes, los procedimientos para lograrlo y la época en que debía efectuarse tal reforma.

En este delicado asunto, Santander insistió en sus propuestas anteriores y manifestó a Bolívar con firmeza, apenas atemperada por la cordialidad de sus frases, que él y el pueblo granadino no podían

aceptar la modificación de la Carta vigente sino después de que el Libertador declarara explícitamente restablecido el orden constitucional y marchara a Venezuela a extinguir la revuelta acaudillada allí por Páez contra el gobierno. Bolívar advirtió la buena disposición del Vicepresidente para llegar a la reforma de las instituciones y deseoso de tratar el fondo del problema que le había obligado a regresar a Colombia, con idéntica claridad manifestó a Santander que, si en el caso concreto de la rebelión de Páez, podía pensarse en la conveniencia de mantener incólume el principio de autoridad y defender el imperio de la Constitución, para darle sólidas y permanentes bases de estabilidad a los pueblos americanos se necesitaba de una modificación del orden político vigente, que contemplara las realidades sociales reveladas en forma tan peligrosa por los sucesos ocurridos en Venezuela y los departamentos del Sur.

En el fondo de las diferencias entre los dos grandes hombres como bien puede advertirse, bajo las apariencias de una discusión sobre fórmulas legales, palpitaba el interés de Santander por defender su gobierno y al pueblo granadino contra la rebelión de Páez, y el explicable temor de Bolívar de que la supervivencia del aparato político desarrollado bajo el imperio de la Constitución de Cúcuta pudiera convertirse en decisivo obstáculo para la reforma que él preconizaba y cuyo espíritu estaba sintetizado en el Código boliviano. Correspondió entonces a la sutileza diplomática de Santander y a su gran empeño de llegar a satisfactorio entendimiento, presentar las fórmulas destinadas a facilitar el acuerdo entre los dos. Convencido el Vicepresidente de que la preocupación dominante de Bolívar era la generalización a Colombia de la Carta boliviana, ya aceptada por el Perú y Bolivia, y que su desconfianza en la participación del Congreso en el proceso político de las reformas se fundaba en las adversas opiniones manifestadas por sus miembros en relación con la Carta boliviana, se decidió a discutir francamente con Bolívar las características de las dos instituciones de aquella Carta que en Santa Fé habían sido objeto de más serias críticas: la Presidencia Vitalicia y la facultad del Presidente de elegir al Vicepresidente, el cual, de acuerdo con la Carta, le sucedía en el poder a su muerte o por falta suya de cualquier naturaleza. Consciente de que en este aspecto de las conversaciones residía la mejor posibilidad de llegar a un verdadero acuerdo con Bolívar, con franqueza le expresó la idea que venía meditando desde cuando conoció su intención de elegir a Sucre Vicepresidente General de la Confederación, idea en la cual iba implícita su aceptación de la Presidencia Vitalicia pero también su rechazo de lo que Santander llamaba, sin mucha propiedad, la Vicepresidencia hereditaria. En carta un tanto posterior y recordándole a Bolívar sus

compromisos en esta memorable entrevista, declaraba Santander: "Yo le dije en el camino de La Mesa, que la Presidencia Vitalicia y la Vicepresidencia hereditaria eran los puntos en que disentían los patriotas ilustres; pero que sólo para que usted la ejerciera y sólo por la vida de usted podría pasar la Presidencia Vitalicia; mas, Vicepresidencia hereditaria... jamás." (Febrero 9 de 1827.)

Planteadas las cosas en este terreno, la discusión perdió el carácter áspero que la había distinguido en algunos momentos y los dos se acercaron rápidamente a un definitivo entendimiento, que abarcaría los siguientes y expresos compromisos:

1º—Aceptación por Santander de la Carta boliviana, con excepción de la modalidad peculiar que presentaba en ella la Vicepresidencia;

2º—Cooperación de Santander y de su partido en el establecimiento de una Confederación integrada por Colombia, el Perú y Bolivia, con la Carta Boliviana como vínculo de unión;

3º—Obligación por parte del Libertador de declarar inequívocamente restablecido el orden constitucional, como oportuna advertencia a los autores de las actas de Guayaquil, Quito y Venezuela;

4º—Partida inmediata de Bolívar para Venezuela a arreglar el problema de la insurrección de Páez, en forma que garantizara el imperio de la Constitución sobre los territorios en revuelta y no significara la impunidad para los facciosos de Caracas y Valencia;

5º—Convocatoria del Congreso en todo caso, para que previa la interpretación del artículo 119 de la Constitución, anticipara la fecha de reunión de la Convención constituyente;

6º—Rechazo de la dictadura ofrecida a Bolívar por gran parte de la República y obligación suya, al asumir la suprema autoridad, de limitarse, para tratar las graves circunstancias en que vivía la nación, a declararse investido de las facultades extraordinarias que, para los casos de conmoción interior, le confería el artículo 128 de la Carta de Cúcuta. Y en consecuencia, continuación del Vicepresidente, a su partida para Venezuela, en ejercicio del Poder Ejecutivo en el resto de la República.

Los documentos que completan las pruebas sobre este trascendental acuerdo, serán citados al analizar la formalización definitiva del mismo en Santa Fé, con participación del Consejo de Ministros; por ahora nos basta destacar la importancia de esta histórica entrevista, en la cual se estuvo muy cerca de salvar a Colombia y con ello a la América Hispana. Porque de la misma manera como la independencia del Continente no fué posible hasta que el pueblo granadino, bajo la dirección de Bolívar y Santander, comprometió sin reservas sus grandes recursos y su notoria homogeneidad social en

la guerra magna, la organización política de América tampoco lo era sino en la medida en que Bolívar consiguiera la cooperación sincera de esta privilegiada comunidad. Con el acuerdo de Tocaima se daba decisivo paso adelante en la realización de los ideales continentales de Bolívar, ante los cuales sólo quedaba, como obstáculo visible, la posible reacción de Páez, pues en Tocaima el sacrificado había sido el inquieto caudillo del Apure. Sacrificado, porque Bolívar se comprometió con el Vicepresidente a restablecer el orden constitucional contra el cual Páez estaba en abierta rebelión y a llamar al Congreso, que había aprobado la acusación del jefe rebelde, a intervenir decisivamente en el proceso de las reformas solicitadas por Venezuela.

Terminada tan satisfactoriamente su labor, el Vicepresidente regresó a Bogotá, mientras Bolívar, siguiendo el mismo rumbo, le precedía con lentitud, para enterarse, en detalle, de la opinión política de las poblaciones situadas en su camino hacia la capital. Al llegar a Santa Fé, Santander encontró que en la ciudad existía gran agitación, hija de la incertidumbre reinante sobre los futuros propósitos del Libertador y especialmente de las campañas que la prensa había realizado en los últimos tiempos con la mira de alertar al pueblo contra los posibles proyectos "cesaristas" de Bolívar. De esta campaña formaba parte un extenso memorial, redactado por Vicente Azuero, que debía entregarse a Bolívar, profusamente firmado, el día de su llegada. En tal memorial se hacían severas críticas a la Carta boliviana y con discresión pero con firmeza, se expresaba la inconformidad del pueblo granadino contra cualquier clase de contemplaciones del Libertador con los facciosos de Venezuela.

Resulta difícil decir si al comprobar Santander, a su regreso, la existencia de esta atmósfera de exacerbación, descubrió que ya se había avanzado demasiado en la campaña antiboliviana para echar atrás, o si, por el contrario, dejó intencionalmente progresar esta atmósfera hostil para que el Libertador pudiera enterarse de la importancia y decisión de las fuerzas que acompañaban al Vicepresidente. En todo caso, Santander quiso que el memorial redactado por Azuero sirviera de advertencia a Bolívar sobre la resolución del pueblo granadino de no dejarse sacrificar ante los facciosos de Venezuela. "Mi apreciado doctor Azuero —escribía Santander a su autor—: van tres resmas de papel, que contribuyo con mucho gusto de mi bolsillo. Va la representación, que cada vez me parece mejor, y creo conveniente que se muestre la especie de protesta adjunta para que no tengan tánto miedo algunos firmantes. Castillo debe firmarla en seguida, y creo que lo harán los demás. La fecha que tiene 4 debe cambiarse en 14, que es el día de la llegada del Libertador. No se olvide. **Reservado.—**

Insisto en la idea de que se circule sin firmas, inmediatamente que esté impresa, porque estando imbuído el Presidente en que puede hacer lo que quieran los pueblos, es menester que les abramos los ojos a los pueblos.”

Por razones semejantes, al saberse la proximidad del Libertador, la ciudad fué engalanada con arcos triunfales, pero en ellos como en los balcones, se colocaron grandes y vistosos letreros que decían: “¡Viva la Constitución!” En esta labor se llegó hasta el extremo de fijar letreros, con tal leyenda, en los principales cuarteles de Santa Fé, lo cual obligó al Coronel Pedro Alcántara Herrán a arrancar violentamente uno de tales letreros y a hacerlo pedazos ante un grupo de exaltados, que no se atrevieron a interrumpir al indignado oficial en su tarea.

El día 4 de noviembre de 1826, el Libertador y su escolta llegaron al caserío de Fontibón, donde le esperaban el Intendente Gobernador del Departamento, Coronel José María Ortega, destacados miembros de las autoridades locales y gran número de amigos personales del héroe. Allí tuvo Bolívar su primera contrariedad al ver los famosos letreros en los arcos triunfales que adornaban el camino de la capital, contrariedad que se convirtió en verdadera indignación cuando al encontrarse con el numeroso grupo de personas que se habían adelantado a recibirle, el discurso de saludo del Coronel Ortega “sin ningún preámbulo calmante” —como dice Posada Gutiérrez—. fué, desde las primeras palabras, una apología de los hombres respetuosos de las leyes de la República y la manifestación de que los cundinamarqueses sólo estaban dispuestos a obedecer “al gobierno que habían jurado”.

Cuando, el Coronel Ortega pronunció esta última expresión, el Libertador le interrumpió bruscamente, manifestándole que había aceptado oírle por pensar se trataba de honrar en él las glorias ganadas por el ejército colombiano en los campos de batalla del Sur; le agregó, además, que ya era hora de hablar no tanto de las violaciones de la Constitución como de la iniquidad de algunas leyes. Luégo, para cortar aquel desagradable incidente, montó nuevamente a caballo y haciendo un ademán a su comitiva para que le siguiera, en medio de la consternación de los presentes se dirigió a Bogotá, cuyo triste aspecto y suciedad le recordó, no sin tristeza, la esplendidez de Lima. “En algunas calles —decía Cochrane de Santa Fé— la yerba ha crecido de tal modo que sirve para alimentar a los animales que andan sueltos. En toda la ciudad no existe una alcantarilla. La residencia del Presidente es una casa común de teja y adobe; esta morada, con el resonante nombre de palacio, sirve en la parte baja de oficina a los notarios y vendedores de papel sellado o negociantes

en alpargatas y velas de sebo. La cárcel está junto y presos y transeúntes conversan con toda libertad. El único paseo es la Alameda; y las calles más céntricas están tan mal alumbradas en la noche, por el débil parpadeo de una linterna de papel en cada cuadra, que esa luz mortecina hace la obscuridad más notoria. Las casas de habitación se construyen de adobe y de un piso por temor a los temblores; en muy pocas hay vidrios en las ventanas. Los muebles son ordinarios."

Cuando el Libertador llegó a la aduanilla de San Victorino, las tropas de la guarnición y las milicias de la capital, cuidadosamente alineadas desde este sitio hasta la casa de gobierno, le rindieron honores militares, mientras que desde los balcones de las casas, en algunos de los cuales resaltaba el consabido letrero de "Viva la Constitución" se le ovacionaba, pero sin el entusiasmo de otras épocas. Convencido Bolívar, desde su conferencia con el Vicepresidente, en Tocaima, de las ventajas de estrechar sus vínculos de unión con el pueblo granadino, cuando en el centro de la ciudad le aclamaba la multitud, con gesto espontáneo se empinó sobre los estribos y gritó: ¡Viva la República! ¡Viva su digno Vicepresidente! ¡Viva la Constitución!

En los días inmediatamente siguientes, el Libertador, el Vicepresidente, los Secretarios del Despacho y las más destacadas personalidades de la capital, estuvieron en permanentes conferencias para formalizar, en decretos, los términos del acuerdo de Tocaima. En tal virtud, Bolívar declaró restablecido el orden constitucional, rechazando así las ofertas contenidas en las Actas de Venezuela y los Departamentos del Sur; asumió la presidencia de la República y por el Decreto de 23 de noviembre se reservó el ejercicio exclusivo del Poder Ejecutivo en los Departamentos de Venezuela, y delegó en el Vicepresidente sus facultades jurisdiccionales en el resto de la República. El documento, por el cual el Vicepresidente agradeció al Libertador su voluntad de conservarlo en ejercicio del mando, cuando media República protestaba contra el espíritu y los actos de su gobierno, constituye prueba inequívoca de la forma plena como en Santa Fé se ratificó lo pactado en Tocaima, y muestra la satisfacción del Vicepresidente ante un arreglo que dejaba completamente a salvo su dignidad de gobernante. "En todas las circunstancias —le decía— la opinión de V. E. es una égida formidable contra la maledicencia; pero hoy que la tierra entera se ocupa en admirar a V. E. y después de las proclamaciones y muestras de confianza que le acaban de dar los pueblos de la República, ¿cuál no será la fuerza de esta opinión? Me atrevo a repetir lo que en cierta ocasión dijo de V. E. el virtuoso presidente de la Nueva Granada: "Un rasgo de V. E. impone más en la opinión pública que todas las declaraciones envenenadas de los

calumniadores. Señor, las circunstancias en que se halla V. E. colocado, me inspira confianza para someterme a sus designios respecto a mi continuación en el Gobierno. V. E. está encargado de la salud pública, y puede en su beneficio dictar las medidas que en su sabiduría estime convenientes. V. E. quiere que no me separe del Gobierno y yo debo hacerme el honor de pensar que V. E. estima este pase conveniente a la salud pública."

Este documento sólo reflejaba el aspecto del acuerdo de Tocaima que hacía referencia a las solicitudes de Santander; la parte del mismo que englobaba las condiciones de Bolívar, se encuentra consignada en las dos cartas que transcribimos a continuación, dirigidas al General Andrés de Santa Cruz, encargado del Poder Ejecutivo en el Perú, la una por Bolívar y la otra por Santander, cartas que anunciaban explícitamente la aceptación por el Vicepresidente de la Confederación de Colombia, el Perú y Bolivia, bajo los auspicios de la Constitución boliviana. "Me es muy agradable —escribía Bolívar a Santa Cruz el 21 de noviembre— decir a usted que el pensamiento de la federación de los seis Estados de Bolivia, Perú, Arequipa, Quito, Cundinamarca y Venezuela, todos ligados por un jefe común que mande en la fuerza armada, e intervenga en las relaciones exteriores, lo han aprobado mucho aquí, principalmente el Vicepresidente, algunos ministros y las personas influyentes. Han convenido también en que el jefe común sea el que nombre los Vicepresidentes, como en Bolivia, para que ellos manden el Estado durante su ausencia. Todo lo demás de hacienda, justicia interior, sistema y legislación corresponde al Estado mismo con casi una absoluta independencia."

"He hablado bastante con el Libertador —escribía Santander a Santa Cruz el 3 de diciembre— sobre el proyecto de la Confederación entre Bolivia, Perú y Colombia, por la cual yo no estaba antes, más bien porque no conocía a fondo el plan, que por cualquier otra causa. Este proyecto, como ordinariamente todos, tiene inconvenientes y desventajas que será difícil, aunque no imposible allanar; pero sus ventajas y utilidades pueden compensar aquellas de un modo que logremos coger el fruto de los sacrificios que nuestros respectivos países han hecho por la libertad e independencia. No estoy todavía tan convencido de la necesidad de la Confederación, que pueda hacerme cargo, ni de presentar todas las ventajas de ella, ni responder a las objeciones que se hagan; pero puedo asegurar a usted que la idea en grande no me desagrada, y que si Bolivia y el Perú se detienen en llevarla a efecto por falta de cooperación de Colombia, me prometo poner de mi parte cuanto me permitan mis fuerzas para hacerla popular y lograr verificarla."

Capítulo XXXIV

LOS HERALDOS DE LA ANARQUIA

"No se sabe en Europa lo que me cuesta mantener el equilibrio en alguna de estas regiones. Parecerá fábula lo que podemos decir de mis servicios —semejantes a los de aquel condenado que llevaba su enorme peso hasta la cumbre para volverse rodando con él otra vez al abismo. Yo me hallo luchando contra los esfuerzos combinados de un mundo; de mi parte estoy yo solo, y la lucha, por lo mismo, es muy desigual: así, debo ser vencido. La historia misma no me muestra un ejemplo capaz de alentarme; ni aún la fábula nos enseña este prodigio."

SIMON BOLIVAR

"Habiendo un reguero de pólvora es fácil provocar un incendio cuando cae una chispa."

JOSE ANTONIO PAEZ

Venganza de Páez.—En pos de las huellas de Boves.—Claudicación de Bolívar.—"La guerra civil está evitada".—Rebelión del civilismo granadino y de la aristocracia peruana.—El quinto Congreso de Colombia.

No bien entrevió Páez la extensión y características del acuerdo a que llegaron el Libertador y Santander, comprendió que estaba gravemente amenazado si no hacía extensivo a toda la comunidad venezolana el interés por apoyar la causa de su partido. Entonces

asumió su papel de jefe de una rebelión armada contra el Gobierno constitucional y se dedicó a estimular aquellas pasiones populares e intereses de clases que, desencadenados con terrible violencia durante la guerra de emancipación, habían hecho imposible al pueblo venezolano encontrar una fórmula de armonía social distinta del predominio de la fuerza militar. El agitador popular y el guerrillero nato que había en él, sustituyeron pronto al agente del gobierno y defensor, por lo mismo, del orden público, y mientras el intrigante Peña —su principal consejero—, trabajaba en Caracas con los sectores sociales interesados en la separación de Venezuela de la Nueva Granada, Páez tomaba el camino de los llanos en dirección al Apure, levantaba en las praderas, donde un día se oyeron los gritos de odio de Boves, las mismas banderas que el caudillo español —las banderas del odio de clases y colores—, y repetía las consignas de venganza de los "pardos" contra las minorías blancas. Dejando a un lado sus vistosos uniformes de general, lucidos con orgullo en los salones de la aristocracia caraqueña cuando se entendía con ella en virtud de sus planes monarquistas, Páez volvió a vestir como los rudos llaneros y en las praderas de Calabozo y el Apure reunió nuevamente a esas formidables hordas de guerreros, en cuyo espíritu el odio de razas todavía mantenía viva la simpatía por los antiguos caudillos populares de España.

El eco de este grito de ¡Revolución! en boca del fiero caudillo, tuvo poderosas resonancias en aquellos pueblos divididos por el odio de castas y las semilas de ese odio, arrastradas por el huracán revolucionario hacia oriente, prendieron sin dificultad en Cumaná y Maturín, donde todavía se mantenía vivo el recuerdo de la gesta sangrienta y racista de Piar. Así, la revuelta que en aquellas regiones intentaron desencadenar los agentes de Páez contra Bermúdez, por su fidelidad al gobierno constitucional, perdió rápidamente la fisonomía de una lucha entre leales y enemigos de la Constitución, para adquirir las características de una bárbara contienda de razas, en la cual revivían los sangrientos espectáculos de los tiempos de Boves.

Tal fué el conjunto de alarmantes circunstancias que obligó al Gobernador de la provincia de Carabobo, Fernando Peñalver, a enviar al gobierno el siguiente informe reservado, por conducto del Capitán Austria: "Se desconfía —decía en él—, con bastante fundamento, de las tropas de línea, reducidas en el día a tres batallones con cerca de 2.000 hombres, uno de los cuales es de nueva creación y su comandante y oficiales manifiestan el mejor espíritu en favor del orden constitucional... **Los principales autores de la revolución piensan en último evento acogerse a la clase antiguamente denominada de 'pardos', o echarse en brazos de los españoles. Para lo primero han tenido**

el cuidado de diseminar especies ridículas y calumniosas contra el gobierno y aún contra el mismo Libertador... El General Páez pasó a los llanos de Calabozo y Bajo Apure, a organizar escuadrones de caballería y fomentar la opinión en favor de la revolución. Ha empleado a muchos oficiales llaneros que pertenecían al ejército español. En todo evento los llanos de Apure serán el punto de retirada de los revolucionarios."

Pero el General Páez no se detuvo ahí en la ejecución de sus planes encaminados a levantar la totalidad de Venezuela contra Bolívar y el Gobierno de Bogotá. Después de expedir un pomposo decreto, en el cual convocaba a un Congreso Nacional de Venezuela —cuya misión sería decretar su definitiva separación de la Nueva Granada—, para librarse del único rival que podía disputarle el dominio de su "patriecita", el Libertador, con su acostumbrada malicia indígena y exhibiendo un impudor sin igual, él, el monarquista de ayer, el hombre que había enviado emisarios a Lima para proponer a Bolívar la corona, hizo circular entre las clases populares, especialmente entre los "pardos", la especie de que el Libertador por ser caraqueño, mantuano y blanco, era el autor de los planes monarquistas, con los cuales pretendía sojuzgar al pueblo a una minoría de aristócratas, más dura y cruel que la española.

Bolívar, de paso hacia Venezuela, llegó a Cúcuta el día 19 y allí tuvo los primeros informes sobre los peligrosos giros que tomaban los sucesos políticos en su patria. Alarmado justamente, hizo venir algunos contingentes de las guarniciones vecinas para seguir con ellos a Venezuela y, a la manera de advertencia, escribió a Páez: **"Conmigo ha vencido usted; conmigo ha tenido usted gloria y fortuna; y conmigo debe usted esperarlo todo. Por el contrario, contra mí el General Labatut se perdió; el General Castillo se perdió; contra mí el General Piar se perdió; contra mí el General Mariño se perdió; contra mí el General Riva Aguero se perdió y contra mí se perdió el General Torre Tagle. Parece que la Providencia condena a la perdición a mis enemigos personales, sean americanos o españoles; y vea usted hasta dónde se han elevado los generales Sucre, Santander y Santa Cruz."**

Para mantener la rebelión de Páez circunscrita al territorio de los llanos, el Libertador ordenó el traslado a Mérida y Trujillo de las compañías de Granaderos y Cazadores de Junín y el 13 de diciembre partió hacia el lago de Maracaibo donde le esperaba la nave "Steambot", que debía conducirle al puerto de Maracaibo. A bordo del "Steambot" y en el momento de partir, se dirigió a Santander para informarle sobre las graves ocurrencias de Venezuela: "Persuádase usted, mi querido general —le decía—, que todo está perdido para siempre si no obramos con actividad. La guerra del Oriente va

a ser muy cruel y durará tres o cuatro años. **Sucederá lo mismo que cuando combatíamos a los españoles: hoy serán derrotados y mañana se presentarán más fuertes.** Por todo lo que yo sé del Oriente, la guerra que se va a hacer allí va a ser muy cruel, muy desastroza... **La guerra del Oriente la hacen gentes de color puro y, por lo mismo, no hay duda de su origen."**

Al llegar a Maracaibo, sólo motivos de confirmación para sus temores halló Bolívar en las noticias que allí le esperaban. La contienda en Oriente se había agravado por la violenta intervención de Bermúdez en contra de los partidarios de Páez; en los llanos "ardía el odio de colores" y para que nada faltara en el dramático espectáculo de la disolución social y política de Venezuela, Páez en insolente proclama había declarado que el Libertador, cuya entrada en Venezuela se anunciaba, no le reconocía otro carácter que el de "simple ciudadano".

En circunstancias tan graves, Bolívar no tenía sino una de dos alternativas: o negociaba con Páez, para lo cual le era necesario hacer a un lado sus expresos compromisos con el Vicepresidente Santander, o debelaba por la fuerza la rebelión del caudillo apureño, lo que significaba una larga y cruenta guerra civil. Pero no de una guerra civil cualquiera; porque si él se decidía a tomar este último camino, la consecuencia sería obligar a Páez a adoptar la táctica que con tanto éxito empleó años atrás Boves: la insurrección de las castas de color. Para los hombres del gobierno de Santa Fé y especialmente para los congresistas, no existían dudas sobre el deber de Bolívar, sobre su obligación de debelar la rebelión de Venezuela, aunque frente a esa rebelión, iniciada cuando Bolívar permanecía en el Perú, no se atrevieron a adoptar las medidas radicales que ahora exigían. En cambio, para el Libertador, profundo conocedor de las realidades sociales de Venezuela, este problema no entrañaba ya una simple cuestión de principios, sino una cuestión de hombres, porque en la guerra inevitable, si él se enfrentaba abiertamente a Páez, no podría contar con los caudillos de la guerra emancipadora, poco dispuestos a luchar en defensa de un gobierno como el de Santander, que se había distinguido por su notoria hostilidad contra los fueros y privilegios de los militares.

Es evidente que Bolívar llegó al entendimiento que conocemos con el Vicepresidente, porque entonces tenía la esperanza de lograr un arreglo pacífico con Páez. Pero en las presentes circunstancias, frente a una revolución que se adelantaba no sólo en contra del gobierno de Santa Fé sino para desconocer su propia autoridad, muy a su pesar tuvo que comenzar a pensar en la necesidad de proceder a una revisión de la política implícita en el acuerdo de Tocaima. "El

General Páez —le diría a Perú Lacroix—, **es el hombre más ambicioso y más vano del mundo:** no quiere obedecer sino mandar; sufre en verme más arriba que él sobre la escala política de Colombia: no conoce su nulidad; el orgullo de la ignorancia lo ciega. Siempre será una máquina de sus consejeros y las voces de mando sólo pasarán por su boca pero vendrán de otra voluntad que la suya; **yo lo conceptúo como el hombre más peligroso de Colombia porque tiene medios de ejecución, tiene resolución, prestigio entre los llaneros que son nuestros cosacos, y puede. el día que quisiera, apoderarse del apoyo de las castas negras y zambas.** Este es mi temor que he confesado a muy pocos y que comunico como muy reservado."

El carácter amenazador que para la autoridad de Bolívar en la Gran Colombia tenía la rebelión de Páez —por la manera como había sabido identificarla con la causa de las reformas—, demostró al Libertador la urgencia de recobrar la simpatía de los partidos venezolanos, interesados en una reforma inmediata de las instituciones en sentido federal para libertarse de la jurisdicción del gobierno de Santa Fé. Con tal fin dictó en Maracaibo su famoso Decreto del 19 de diciembre de 1826, en el cual ofrecía a los pueblos la pronta convocatoria de los Colegios Electorales para que determinaran cuándo, dónde y cómo se reuniría la Gran Convención Constituyente.

No bien se enteró Páez del decreto de Maracaibo, comprendió que había ganado una batalla inicial al gobierno de Santa Fé, pues había, logrado, a costa de comprometer la unidad de Colombia, obligar a Bolívar a apresurar la convocatoria de la Convención y a hacerlo sin participación del Congreso, como éste lo había prometido al Vicepresidente . Entonces con sutileza, en la cual se adivina la influencia de don Miguel Peña, resolvió desarmar la indignación de Bolívar con una medida que le permitía guardarse sus cartas principales para futuras negociaciones: dictó el Decreto de 2 de enero de 1827, el cual anulaba el de convocatoria de un Congreso Nacional para Venezuela. Las consecuencias de este paso en nada o en poco difirieron de los propósitos que lo habían inspirado; no bien se enteró de él Bolívar, sin disimular su regocijo se dirigió a Páez en la siguiente y generosa forma: "Si usted quiere venir a verme, venga. Morillo no desconfió de mi lealtad y desde entonces somos amigos. Si usted no tuviera por conveniente hacerlo así, mande usted una persona de su confianza a tratar conmigo."

A partir de este momento la actitud de Bolívar frente a la rebelión de Venezuela presentaba una amplitud, moderación y generosidad, que desagradan cuando se las considera sin tener en cuenta la dramática gravedad de la insurrección en marcha en los llanos y en el Oriente, pero resultan explicables, aunque no siempre justas,

cuando se tienen en mente las características de aquella rebelión. Por eso, cuando Páez se decidió a enviarle un emisario con sus condiciones de paz, tal emisario encontró en Bolívar una decisión de transigir que si bien estaba de acuerdo con la gravedad del momento, resultaba francamente incompatible con el espíritu de los acuerdos de Tocaima y Santa Fé Entre estas condiciones, una constituía la contrapartida de la solicitud de Santander al Libertador para que le mantuviera en el ejercicio del Poder Ejecutivo; Páez, a su vez, y alegando lo mismo que Santander, pedía a Bolívar una solución que contemplara su permanencia en el mando, condición insustituíble en su concepto, para cualquier entendimiento, Bolívar aceptó, en principio, esta petición y envió a decir al jefe rebelde que ella sería contemplada en decreto posterior. Entonces dejó a Maracaibo y marchó a Puerto Cabello, mientras Páez se acercaba a Valencia.

En Puerto Cabello Bolívar tomó una de las más graves decisiones de su vida: dictó el decreto que rompía fundamentalmente todo lo pactado con el Vicepresidente, al conceder amnistía general para todos los facciosos y designar a Páez suprema autoridad civil y militar de Venezuela. La tremenda responsabilidad histórica que asumía con este decreto y la conciencia cierta de violar con él compromisos solemnemente contraídos, pesan dolorosamente sobre sus frases explicativas al Vicepresidente, en las que se entremezcla su convicción de la necesidad del mismo con una especie de vergüenza secreta que le induce a disimular la trascendencia de las concesiones hechas a Páez: "Mi querido General —le decía—: desde Maracaibo no he escrito a usted porque estaba en marcha a esta plaza, a donde llegué ahora tres días. La encontré en guerra abierta con Valencia; tuve noticias del estado de Occidente y Oriente de Venezuela, donde ya se combatía, y últimamente vino el General Silva a darme noticias del Llano, que ya ardía. Los tres días que llevo en esta plaza los he empleado en comunicaciones con el General Páez, que, al fin, ha mandado reconocer mi autoridad como Presidente de la República en todo el territorio de Venezuela, **y él mismo se somete a ella bajo el título de jefe superior, que no tendrá otras atribuciones que las que le son concedidas a este destino. Por mi parte, no he podido menos que dar el decreto que usted verá; él evita la guerra civil que devoraba ya a Venezuela y calmando el furor de los partidos, es un triunfo para la patria y también para la República.** No puede usted imaginarse, mi querido general, la fermentación en que se hallan todos los partidos en Venezuela, y la serie de males que tenía delante era tan terrible como dilatada: dentro de poco no hubiéramos encontrado sino escombros anegados en sangre. En fin, mi querido general, la guerra civil está evitada; mi autoridad, que es perteneciente a la

república, reconocida; ¿y puede desearse un triunfo más completo? De otro modo, cada pueblo habría sido un escombro o un sepulcro. **El General Páez tenía elementos de qué valerse y aún ya había empezado por dar libertad a sus esclavos. Se decía que lo perseguían, porque era de la clase del pueblo. El Bajo Apure y Cumaná hubieran encendido una guerra de ilotas.** Yo no sé adónde hubiéramos ido a parar. El decreto que le confiere el mando civil y militar de Venezuela se limita a la autoridad conferida al General Soublette, pero solamente para el Departamento de Venezuela, pues en el día no se conoce otra Venezuela, y no es extensiva al Zulia ni al Oriente; por consiguiente, es menos que lo que ha mandado Soublette."

Cuando el General Santander conoció la solución dada por el Libertador al problema de Venezuela, no pudo ni quiso disimular ante sus amigos su indignación por tan flagrante violación de los compromisos adquiridos, y a partir de este momento dió riendas sueltas a su partido para que estimulara en el ánimo de los granadinos una actitud de defensa contra los decretos de Maracaibo y Puerto Cabello. De tal manera el famoso memorial de Azuero, ahora firmado por el propio Santander y por la mayoría de los miembros del Gobierno, fué dado a la publicidad, y el Vicepresidente, con fondos oficiales, compró una gran parte de la edición para distribuirla en el país por conducto de los organismos administrativos.

No quiso Santander, sin embargo, provocar el rompimiento que parecía inevitable entre su gobierno y el Libertador, sin antes realizar un último esfuerzo, en pro de la unidad grancolombiana. Por eso, mientras permitía que sus amigos prepararan los ánimos de la Nueva Granada para el caso de una ruptura definitiva, con profundo sentido de sus responsabilidades históricas, se dirigió a Bolívar en dos trascendentales comunicaciones, en una de las cuales reconocía, sin rencores, la fatal necesidad que había obligado al Libertador a pactar con Páez, y en otra le ofrecía las bases para un último acuerdo, encaminado a salvar la unidad de la República. "El 24 recibimos —le escribía— sus comunicaciones del 3 en Puerto Cabello, el Decreto del 1º sobre amnistía y las órdenes del General Páez sobre el reconocimiento de la autoridad de usted. Como muy comprometido en este negocio de disensiones, he debido celebrar la cesación de la guerra y por tanto he hecho celebrar la noticia con repiques de campanas, música, etc. **El público, que esperaba medidas expiatorias, y que no se sabe colocar en las circunstancias del que manda, ha mostrado poco contento; pero se ha procurado persuadirles de la oportunidad de las medidas y en la Gaceta las he justificado con hechos históricos.** No hay cuidado; poco a poco se tranquilizará esta gente. Al innumerable concurso que ha estado en mi casa le he manifestado

que sin el giro que usted tomó, quizá no se habría acabado la guerra civil; que el terminarla era la principal comisión que usted tenía, y el primer bien que todos deseábamos: les impuse de una carta de Páez del 19 de diciembre, escrita a los llanos, en la cual provocaba a una guerra contra los aristócratas, y al fin les pregunté: si sería preferible morir infructuosamente con la Constitución debajo del brazo, que tomar el partido de una extensa amnistía? Estas refexiones me parecen perentorias." Y el 9 de febrero le agregaba: "Lea usted la Gaceta de antier donde está una opinión sobre el partido que podría tomar el Congreso en las presentes agitaciones. Acuérdese usted de que en esto convenimos. Los congresistas que yo trato, parecen contentos con dicha opinión y dispuestos a adoptarla; pero ahora con el decreto de usted de Maracaibo, nos vamos a hallar muy embarazados. Yo les he asegurado que indicaría a usted la siguiente idea: como usted ha hablado en su decreto como Presidente de la República, revestido de facultades extraordinarias en ausencia o receso del Congreso, puede retirar su palabra luégo que sepa que se ha instalado el Congreso y emplear con él sus oficios y su poder moral para que adopte el proyecto que usted ofreció en Maracaibo como un medio de cortar la guerra civil; el Congreso no dudo, que cooperará con usted y no le hará quedar mal. De otro modo, y sosteniendo usted su palabra hasta el punto de mandar convocar los Colegios Electorales, se pone en pugna con el cuerpo de representantes, lo cual sería de muy mal agüero para la reputación de usted."

Como se deduce claramente de estos documentos, Santander renunciaba a satisfacer, en aras de la paz, su viejo y personal resentimiento con el General Páez, y en consecuencia nada decía en oposición al nombramiento del mismo como jefe civil y militar de Venezuela. Otra era, en cambio, su actitud en cuanto a la participación del Congreso en el proceso de las reformas, pues a Santander no se le escapaba que sólo mediante la intervención decisiva del mismo en tales reformas, podía darse, en ellas, adecuada representación al pueblo granadino y defender las aspiraciones e intereses de la causa que él representaba. "Creo —le decía a Bolívar el 12 de febrero— que la convocatoria de la convención debía emanar del Congreso, para que siquiera en esta parte hablara el único poder a quien la Constitución defiere esa facultad."

Entre tanto el Libertador, dominado por la preocupación de llegar a un definitivo entendimiento con Páez, en cambio de esperar al jefe rebelde en Puerto Cabello se dirigió hacia Valencia en su busca, después de escribirle: "Voy a dar a usted un bofetón en la cara yéndome yo mismo a Valencia a abrazar a usted. Morillo me fué a encontrar con un escuadrón y yo fuí solo, porque la traición es demasiado vil

para que entre en el corazón de un grande hombre." El 4 de enero, en el cerro de Naguanagua, se reunieron, después de varios años de separación, el León del Apure y el Libertador. Desde un principio todas las dificultades que aún podían distanciarlos fueron fácilmente obviadas, pues satisfecho Páez de las concesiones del Libertador y seguro de sus buenos deseos para con él, se apresuró a hacer pública y ostentosa manifestación de su obediencia y el hombre que ayer había llegado hasta desconocerle toda autoridad, en forma casi humilde se puso a sus órdenes. En consecuencia, los dos se dirigieron a Caracas, donde el pueblo le rindió a Bolívar impresionante homenaje de devoción. El 10 de enero fué una fecha significativa en su vida, pues en ella ocurrió la última de sus entradas triunfales en las capitales de los países americanos, y fué también el término de lo que los historiadores han llamado la Gran Jornada, que comenzó en Lima el 3 de septiembre de 1826 y terminaba en Caracas el 10 de enero de 1827, después de haber recorrido a caballo, en 4 meses, con cortos intervalos de descanso, 1.346 leguas.

Al encargarse del mando en Venezuela, el Libertador se encontró frente a graves problemas, cuya solución habría de acelerar su rompimiento con Santander. Los más destacados de tales problemas fueron el estado de increíble desorden en que encontró Bolívar la Hacienda Nacional y la actitud de los militares y hombres importantes que durante la rebelión de Páez habían permanecido en Venezuela fieles al gobierno constitucional, algunos de los cuales se apresuraron, al saber que Bolívar buscaba un entendimiento con los facciosos, a combatirlos ferozmente en sus jurisdicciones, actitud que éste censuró con dureza, pues resultaba incompatible con su política de acercamiento a los rebeldes. Por eso, no bien llegó a Caracas, al tiempo que premiaba con altos cargos a los amigos de Páez y se expresaba duramente de Bermúdez, en sus conversaciones dejaba escapar injustas censuras contra la manera como se había manejado la Hacienda Pública, censuras que el intrigante doctor Peña aprovechó para insinuar que eran extensivas a la manera como Santander había administrado los fondos del último empréstito inglés.

Conocida por Santander esta insólita actitud, comprendió que Bolívar, para contentar a Venezuela. no vacilaba en sacrificarlo a él, y abandonando todos sus propósitos de entendimiento, se puso francamente al frente del partido antiboliviano que se estaba formando en la Nueva Granada y participó en las manifestaciones y protestas públicas organizadas en Santa Fé contra lo que estaba ocurriendo en Caracas. "No dudo —le escribía a Bolívar el 2 de marzo— que el General Páez debe estar profundamente agradecido y adicto a usted porque además de que usted ha sido el ancla que lo ha salvado de

grandes comprometimientos, le ha prodigado obsequios y consideraciones que no pudo esperar. ¿Quién si no Páez ha ganado en estos disturbios? **El Gobierno Nacional y los pueblos, que junto con sus autoridades sostuvieron el sistema político conforme se les exigió y lo prometieron solemnemente, deben ver en todas las recompensas y distinciones que usted dispensa a los del partido contrario, otras tantas pruebas de la reprobación de nuestra conducta... Desde Pasto hasta Mérida y Barinas, hay un descontento general por el sólo anuncio de que se variará el sistema y se convocará por usted la Convención; creen todos que estas medidas son adoptadas sólo por dar gusto a Venezuela; y que se contempla tanto la opinión de aquel país, que se mira con desprecio la opinión de estos pueblos; temen todos que el interior vendrá a ser una colonia disimulada de Venezuela, que Bogotá perderá su prestigio, que recibirán sus condignos castigos por no haber proclamado la dictadura, que los granadinos serán los ilotas de los venezolanos, y que de grado o por fuerza se nos dará la Constitución de Bolivia."**

La celeridad con que se agudizaban las diferencias entre el Vicepresidente y el Libertador y la manera como todas las preeminencias y ventajas del poder, que ejercía Bolívar sin limitaciones, contribuían a reforzar sus planes, hicieron comprender a Santander la necesidad de emplear la única arma de que disponía para cegar en sus mismas fuentes el creciente éxito de sus adversarios: el Congreso.

Convocado éste para el 2 de enero, no había podido reunirse en tal fecha, porque los disturbios ocurridos en Venezuela y en los Departamentos del Sur de Colombia, no sólo habían hecho difícil el envío de los diputados a Santa Fé, sino suscitado el interés en tales regiones de que no vinieran, para dar así golpe mortal a las instituciones vigentes y adelantar el proceso de las reformas sin contar con los organismos constituídos bajo el imperio del orden político que se pretendía cambiar. Santander se dió perfecta cuenta de las maniobras que se adelantaban con el fin de impedir la venida a Santa Fé de los diputados suficientes para formar el "quórum" reglamentario, y tomando entonces como cosa propia la instalación del Cuerpo Legislativo, ni economizó esfuerzo ni dejó de utilizar recurso que pudiera servir para el logro de tal finalidad. Desde los últimos días de febrero, presente ya un numeroso grupo de congresistas en la capital, lo reunió en junta preparatoria y a tal junta la mantuvo permanentemente informada de los sucesos de Venezuela, sin disimular ante ella la gravedad que a los mismos atribuía el Ejecutivo. De esta manera, mientras sus agentes en todo el país trabajaban activamente para que viajaran a la capital los representntes necesarios para completar el quórum, el Vicepresidente creaba en el ánimo de

los ya presentes un sentimiento favorable a los intereses de su causa y a los principios que por ella defendía.

Sin embargo, ni su buena voluntad, ni la notoria actividad de sus amigos, lograron, con la premura deseada, reunir el quórum reglamentario. Por eso, al tiempo que Bolívar, usando de las Facultades Extraordinarias de que estaba investido, legislaba profusamente en Venezuela y al hacerlo sobrepasaba en muchas ocasiones los límites de tales facultades, Santander se veía reducido a la impotencia en Santa Fé, por la imposibilidad material de reunir el Congreso. Conocedor de estas dificultades, Bolívar se dirigió en los siguientes términos al Vicepresidente: "Cuando más considero la materia que manejamos, es decir, la distribución del Poder Público en Colombia, tanto más me desaliento y encuentro dificultades. Sin embargo de todo esto, **Si el Congreso se reúne y no dispone nada en contra de lo que yo he decretado, mi resolución es llevar al efecto la consulta a los Colegios Electorales sobre la anticipación de la convención nacional.**"

Cuando Santander veía, casi con desesperación, frustrados sus propósitos, la llegada de dos oficiales, Bravo y Lerzundy, quienes regresaban del Perú portadores de una noticia sensacional, amplió inesperadamente el radio de sus posibilidades e iluminó el horizonte de su causa con luces que a muchos parecieron trágicas. Tales nuevas estaban contenidas en carta del 28 de enero, firmada por un oficial segundón del ejército colombiano acantonado en Lima, de apellido Bustamante, la cual, con los documentos que la acompañaban, informaba al Vicepresidente de Colombia de una rebelión acaudillada por el firmante en aquellas tropas contra sus altos mandos, alegando como motivo que tales mandos estaban comprometidos en un plan para desconocer la Constitución de Colombia. Todo parece indicar, y ello salva el honor del General Santander, que el regocijo con que tales nuevas fueron recibidas en Santa Fé, como la notoria participación de Vicepresidente en las manifestaciones públicas de entusiasmo que se organizaron para celebrarlas, tuvieron como punto de partida su deficiente información sobre características del criminal motín encabezado por Bustamante en Lima. Para Santander y sus amigos, como se deducía de las informaciones llegadas, allí no había ocurrido cosa distinta de la insurrección de unos oficiales leales a la Constitución y leyes de la República contra el General de división Jacinto Lara y su Estado Mayor, comprometidos, según decía Bustamante, en las actividades subversivas contra la Constitución habían tenido sus primeras y dramáticas consecuencias en las actas de Quito, Guayaquil y Valencia. Nada tiene, pues, de extraño, que Santander comunicara la noticia al pueblo de la capital como un fausto acontecimiento de la democracia y en los siguientes términos hubiera dado respuesta a

Bustamante: "Ustedes uniendo su suerte, como la han unido, a la nación colombiana y al gobierno nacional bajo la actual Constitución, correrán la suerte que todos corramos. El Congreso se va a reunir dentro de ocho días, a él le informaré del acaecimiento del 26 de enero; juntos dispondremos lo conveniente sobre la futura suerte de ese ejército, y juntos dictaremos la garantía solemne, que a usted y a todos los ponga a cubierto para siempre."

Sin embargo, una cosa era el juicio apresurado que sobre los acontecimientos de Lima se formó el gobierno de Santa Fé, y otras las verdaderas características de tales acontecimientos. Porque la rebelión que acudilló este oscuro sargento —como no tardaría en quedar demostrado—, lejos de perseguir la defensa del orden constitucional, no había sido nada distinto de una monstruosa traición a su patria, pagada a Bustamante con dinero por los aristócratas de Lima, quienes deseosos de salir de las tropas colombianas que garantizaban la influencia de la República en los sectores centrales del Continente y defendían la Confederación de Colombia y el Perú, habían encontrado en Bustamante el hombre suficientemente venal para que por una considerable suma de dinero se rebelara contra los mandos de esas tropas, y aprovechara el deseo de los soldados de regresar a su patria para sacar al ejército colombiano del Perú y dejar a los aristócratas de Lima en libertad de apuntarlar el feudalismo peruano, tan gravemente amenazado por el avance de Bolívar y de sus fuerzas hacia el Sur.

Pero las aspiraciones de la casta aristocrática de Lima, enemiga de Bolívar, no se reducían a "liberarse del yugo de Colombia", como decían sus adalides, sino buscaban también aprovechar la desmoralización que, en las tropas de la República introdujera la rebelión de Bustamante, para realizar su viejo sueño imperialista: apoderarse de Guayaquil. Por eso, en coordinación con la salida del ejército colombiano de Lima, ordenada por Bustamante después de su inmoral triunfo, y con el avance del mismo sobre los departamentos del Sur de la República, en los cuales, so pretexto de defender la Constitución, esas tropas destituyeron a las autoridades dejadas allí por el Libertador, se produjo en Guayaquil un movimiento federalista, evidentemente estimulado por los peruanos, el cual culminó en la proclamación de la independencia de aquellas provincias de la República de Colombia y la elección, por una junta convocada por el Cabildo, del Gran Mariscal del Perú, don José de La Mar, como jefe civil y militar de aquella "Republiqueta". La famosa insurrección de Bustamante, no era otra cosa, pues, que una clara traición a la patria, el acto venal de un miserable que por dinero se prestó a servir a los planes de los enemigos de Colombia, interesados en disolver

las tropas que garantizaban su hegemonía en el Continente y en arrancar a la República, aprovechando aquella triste hora de anarquía interna, lo que San Martín no logró: la rica y estratégica provincia del Guayas. Nada tiene, pues, de extraño que al enterarse Sucre de lo ocurrido en Lima y de la manera como la rebelión de Bustamante se entendía en Santa Fé, se dirigiera a Santander en los siguientes términos: "Los aplausos que los papeles ministeriales de Bogotá dan a la conducta de Bustamante en Lima, muestran cuántos progresos hace el espíritu de partido. Ya estos elogiadores estarán humillados bajo el peso de la vergüenza, sabiendo que este mal colombiano no ha tenido ningún estímulo noble en sus procederes. La nota del General La Mar de 12 de mayo al General Torres justifica que las pretensiones de estos sediciosos eran sustraer a Colombia sus departamentos del Sur y agregarlos al Perú en cambio de un poco de dinero ofrecido a Bustamante y sus cómplices... La nota del secretario de guerra a Bustamante aprobando la insurrección es el fallo de la muerte de Colombia. No más disciplina, no más tropas, no más defensores de la patria. A la gloria del ejército libertador va a suceder el latrocinio y la disolución."

Ninguno de estos hechos, por falta de fidedignas informaciones y por el enardecimiento de las pasiones partidistas, fueron debidamente apreciados en Santa Fé; la insurrección de Bustamante, entendida como noble gesto en defensa de la Constitución, sirvió al Vicepresidente y a su partido para presentar una mayor resistencia a las decisiones de Bolívar en Venezuela y para concebir esperanzas en futuras rebeliones dentro de las fuerzas armadas que, por tener idéntico propósito al que se atribuía erradamente a Bustamante, podían proporcionar al Gobierno el apoyo de importantes sectores del ejército. El Vicepresidente Santander, por tanto, no tuvo reparo en escribir a Bolívar manifestándole que la insurrección de Lima tenía el mismo carácter que la rebelión implícita en las actas de Venezuela contra el Gobierno de Santa Fé. "En mi concepto —le decía— el hecho de los oficiales de Lima es una repetición del suceso de Valencia, en cuanto al modo, aunque diferente en cuanto al fin y objeto. Aquel y los que se repitieron en Guayaquil, Quito y Cartagena, ultrajaron mi autoridad y disociaron la República; el de Lima ha ultrajado la autoridad de usted con la deposición del jefe y oficiales que usted tenía asignados. Ya verá usted lo que es recibir un ultraje semejante y considerará cómo se verá un gobierno que se queda ultrajado y burlado." En esta última frase, Santander hacía referencia a la desairada posición en que le había puesto Bolívar al premiar en sus decretos de Maracaibo y Puerto Cabello los actos subversivos acaudillados por Páez en Venezuela.

Una comunicación de esta naturaleza, sólo podía agriar más, como efectivamente sucedió, las relaciones entre el Libertador y el Gobierno de Santa Fé. Indignado Bolívar por la complacencia de Santander ante la inicua traición de Bustamante, se expresó duramente de él en Caracas y según afirman historiadores que merecen todo crédito, llegó hasta solidarizarse con quienes en Venezuela acusaban al Vicepresidente de manejos indebidos con los fondos del último empréstito inglés. No bien lo supo el Vicepresidente, con indignación rechazó el cargo y en forma oficial insistió ante Bolívar en busca de una declaración suya, clara y perentoria, sobre tan delicada materia. Y si bien es verdad que el Libertador no se reafirmó en la injusta acusación, es evidente que el mal estaba ya hecho y que a partir de este momento al Vicepresidente le sobraban razones para considerarse libre de todo vínculo de lealtad con Bolívar y para no economizar esfuerzo en el sentido de agrupar a la Nueva Granada en una línea de colectiva oposición a todos los planes y medidas del Libertador-Presidente. La prensa de Santa Fé llegó a los peores extremos del dicterio contra Bolívar y el mismo Santander, interesado en que el Libertador conociera su resolución de rechazar la Constitución boliviana, por el incumplimiento de los acuerdos de Tocaima, el 1º de abril se dirigió al General Urdaneta, manifestándole claramente que no contaran con su voto para el Código boliviano.

No bien lo supo el Libertador, la indignación que ya le embargaba por la actitud del Vicepresidente ante la traición de Bustamante, sobrepasó todos los límites y al tiempo que escribía a Santander rogándole ahorrarle en el futuro la molestia de recibir nuevas cartas suyas, se dirigía a Urdaneta en los siguientes términos: "Santander es un pérfido, según se ve por la carta que ha escrito a usted y yo no puedo seguir más con él; no tengo confianza ni en su moral ni en su corazón."

Santander conoció esta grave resolución de Bolívar en el momento en que para fortuna y regocijo suyos, estaba a punto de completarse el quorum reglamentario del Congreso; seguro de que en aquella corporación iban a librarse sus próximas batallas contra el Libertador, a la renuncia del mando que al Presidente del Senado había enviado Bolívar desde Venezuela, contestó insistiendo irrevocablemente en la suya, presentada en anteriores ocasiones. Evidentemente ambos perseguían, con estas renuncias, medir su fuerza en el supremo Cuerpo Legislativo de la Nación. No quiso Santander, sin embargo, pasar en silencio la carta en la cual Bolívar le solicitaba suspender totalmente su correspondencia; después de mucho meditar sus términos, se dirigió al Libertador en la histórica comunicación cuyo texto original inspiró a don Vicente Lecuna este comentario:

"Esta trágica carta está escrita con tanta calma y cuidado, que las letras no presentan las irregularidades frecuentes en la correspondencia del General Santander. Es toda de su mano." En esta carta, Santander decía a su amigo de ayer: "Mi muy respetado general: no puedo menos de agradecer a usted mucho su carta del 19 de marzo, en la que se sirve expresarme que le ahorre la molestia de recibir mis cartas y que ya no me llamará su amigo. Vale más un desengaño, por cruel que sea, que una perniciosa incertidumbre, y es cabalmente por esto, que estimo su declaración. No me ha sorprendido su carta, porque hace más de un año que mis encarnizados enemigos están trabajando por separarme del corazón de usted; ya lo han logrado; ya podrán cantar su triunfo...

"No escribiré más a usted, y en este silencio a que me condena la suerte, resignado a todo, espero que en la calma de las pasiones, que son las que han contribuído a desfigurar las cosas, usted ha de desengañarse completamente de que ni he sido pérfido, ni inconsecuente. Gané la amistad de usted sin bajezas, y sólo por una conducta franca, íntegra y desinteresada; la he perdido por chismes y calumnias fulminadas entre el ruido de los partidos y las rivalidades; quizá la recobraré por un desengaño a que la justicia de usted no podrá resistirse. Entre tanto, sufriré este último golpe con la serenidad que inspira la inocencia.

"Al terminar nuestra correspondencia, tengo que pedir a usted el favor de que sea indulgente por la libertad que yo he empleado en todas mis cartas; tomé el lenguaje en que creía que debía hablarse a un amigo, quien tan bondadoso se mostraba conmigo, hasta el caso de haberme excitado desde el Perú a que no prolongase la interrupción de mis cartas, que ya había empezado a omitir. No dudo que usted me impartirá esta gracia, con la misma bondad con que se la ha impartido a sus enemigos y a los de su patria. Yo la merezco más que ellos, porque siquiera he sido antiguo y constante patriota, su compañero y un instrumento eficaz de sus gloriosas empresas. Nada más pido a usted, porque es lo único en que temo haberme hecho culpable.

"Mis votos serán siempre por su salud y prosperidad; mi corazón siempre amará a usted con gratitud; mi mano jamás escribirá una línea que pueda perjudicarle, y aunque usted no me llame en toda su vida, ni me crea su amigo, yo lo seré perpetuamente con sentimientos de profundo respeto y de justa consideración.

"B. I. manos de V. E., su muy atento y humilde servidor.

Francisco de P. Santander."

A partir de este momento, el Vicepresidente concentró su atención en el Congreso, cuyo quorum estaba prácticamente completo, pues sólo faltaba un diputado, demorado en Tunja por enfermedad. En la Junta preparatoria se procedió a elaborar los proyectos destinados a constituir la política de conjunto que Santander aspiraba a ofrecer a la República como alternativa de la que representaba Bolívar; y como en los últimos días de abril se supo en la capital que el representante enfermo en Tunja no estaba en condiciones de viajar inmediatamente, por consejo del Vicepresidente los congresistas se trasladaron a Tunja para instalar cuerpo legislativo en esa ciudad. De tal manera, el 2 de mayo de 1827, el quinto Congreso de la República de Colombia inició, en Tunja, sus sesiones con todas las formalidades reglamentarias. Allí continuó trabajando hasta que mejorada la salud del representante atrás mencionado, el Congreso se trasladó a la capital, donde prácticamente comenzaron sus trascendentales tareas al abocar la consideración de las renuncias presentadas por el Libertador y el Vicepresidente. Desde que las deliberaciones se concretaron a tal materia, dejó de ser un enigma el completo dominio que sobre el Cuerpo Legislativo ejercía el General Santander. Cuando fueron sometidas a votación las mencionadas renuncias, la del Libertador no fué aceptada por cincuenta votos contra veinticuatro pronunciados en forma afirmativa, al tiempo que la de Santander sólo tuvo cuatro votos en favor de su aceptación. El Vicepresidente había ganado así su primera batalla, la cual tenía enorme significado, pues los resultados de la votación contrastaban dramáticamente con la forma unánime como el Congreso de 1825 había rechazado la dimisión presentada entonces por el Libertador.

Este apenas era el principio del histórico duelo que en el quinto Congreso de la República iban a librar sus dos más eminentes personalidades. La verdadera oposición a Bolívar habría de producirse cuando se planteara la cuestión trascendental de las reformas a la Carta vigente sobre las grandes líneas del Código boliviano. En esta materia la divergencia adquiría caracteres verdaderamente radicales, pues era en ella donde Santander aspiraba a combatir la esencia misma de la política boliviana. Seguro del deseo de los pueblos de modificar el régimen constitucional vigente y de las ventajas que derivaba Bolívar por ser abanderado del anhelo general de cambio que existía en la nación, el Vicepresidente obtuvo de los legisladores que aceptaran los términos de sus propuestas al Libertador en Tocaima, o sea la interpretación por ellos del artículo 191 de la Carta para anticipar la reunión de la Gran Convención Constituyente, sin quebranto manifiesto de los principios constitucionales. Después de varios días de debate, en los cuales los amigos del Vicepresidente

—con el doctor Soto a la cabeza—, defendieron con brillo la conveniencia y legalidad de esta medida, el Congreso se pronunció sobre reformas a la Carta, declarando que ellas podían hacerse antes de los 10 años establecidos y fijando fecha para la runión de la Convención y la ciudad de Ocaña como sitio para instalarla.

No tardó, entonces, en comenzar la segunda etapa de la política imaginada por el Vicepresidente para demarcar el campo de acción del Libertador. Ella se reveló a mediados de agosto cuando el Cuerpo legislativo adoptó, casi unánimemente, una medida de carácter trascendental por su fisonomía antiboliviana; una solemne declaración del Congreso, a la que se atribuía carácter legislativo, mediante la cual se señalaban en forma perpetua e irrevocable, como condiciones insustituíbles del pacto social de la Gran Colombia, una serie de modalidades institucionales en relación con el origen del poder público, la naturaleza y división del mismo, que resultaban incompatibles con las instituciones básicas del Código boliviano. En tal forma indirecta, el Congreso de Colombia descartaba definitivamente tal Código de las soluciones que podían adoptarse en el proceso de las reformas a la Carta vigente.

Al tiempo que la política en Colombia tomaba estos giros, en Lima la aristocracia peruana —centro y nervio del partido anti-colombiano, lograba que el Congreso declarara "sin ningún valor" la Constitución boliviana y procediera a elegir presidente de la República —en sustitución de Bolívar—, al Mariscal don José de La Mar, quien, según lo vimos, se encontraba en Guayaquil al frente del movimiento victorioso que, en ese puerto, se había desencadenado contra Colombia con el apoyo financiero y militar del Perú. La inmediata consecuencia de la toma del mando por el Mariscal, efectuada en Lima el 22 de junio, fué el envío de importantes contingentes de tropas peruanas a los linderos de Bolivia y a las fronteras del Sur de Colombia, movilización que perseguía estimular los focos de insurrección latentes en las provincias del Ecuador y cooperar, por los mismos métodos empleados para obtener el levantamiento de Bustamante, a la rebelión de las tropas de Colombia, que bajo el mando de Sucre permanecían en Bolivia.

Para ejecutar esta empresa, se designó por el nuevo gobierno peruano al antiguo intendente del Cuzco, General Gamarra, quien con habilidad indiscutible se propuso escoger, como se hizo en el caso de Bustamante, a aquellos sargentos y oficiales del ejército colombiano que por su carácter venal eran sensibles a las ofertas pecuniarias, para comprometerles en la insurrección que los peruanos aspiraban provocar en aquellas fuerzas, con la mira de lograr su completa disolución. En esta oportunidad el traidor escogido fué el

sargento José Guerra, quien el La Paz —la madrugada del 25 de diciembre—, al frente de un numeroso contingente de tropas se rebeló contra sus jefes y las autoridades de la Provincia y después de poner presos a aquellos y a estas, reunió a la soldadezca insubordinada en la plaza principal y a los gritos de ¡Viva el Perú!, procedió a forzar las arcas públicas, se apoderó de los dineros depositados en ellas y luégo emprendió la fuga hacia el Desaguadero, en busca de la protección de su cómplice: el General Gamarra.

Pero la suerte no favoreció en la huída a los rebeldes, pues alcanzados en la población de Ocomito por las fuerzas colombianas leales, fueron totalmente exterminados. "El sargento José Guerra, alias 'Grados' —dicen Baralt y Díaz— se había adelantado mucho para que pudiesen alcanzarlo sano y salvo con parte del dinero se hallaba en Pomata, territorio del Perú, el día 26. Por sus comunicaciones al General Gamarra participándole del movimiento y pidiéndole auxilios de tropa, y por las de algunas autoridades peruanas sobre facilitar a los insurrectos el paso del Desaguadero, se vino a tener conocimiento de la parte que tuvieron ellas en el atentado del 25 de diciembre."

Protesta general en la Nueva Granada contra la Constitución boliviana y los planes continentales del Libertador; desconocimiento del gobierno que Bolívar había dejado en el Perú al encaminarse a Colombia; organización en Lima de una conspiración general para expulsar a los colombianos del Sur, e insurrecciones en las fuerzas de la República, en Guayaquil y Bolivia, tal era el cuadro de calamidades a que el Libertador se hallaba enfrentado cuando en la Nueva Granada se cumplían los últimos preparativos para la reunión de la histórica Asamblea de Ocaña!

Capítulo XXXV

LA CONVENCION DE OCAÑA

> "Un gobierno que salve la independencia americana es la primera necesidad popular; este gobierno no ha de ser como los que han prolongado la dolorosa agonía de la revolución, que si no ha terminado en 17 años, es culpa nuéstra, no de su esencia."
>
> SIMON BOLIVAR

Anticipaciones del atardecer.—Batalla por el dominio de la opinión pública.—La hora histórica del General Santander.—Derechos contra deberes.—Eclipse del americanismo de Bolívar y alborear del nacionalismo de Santander.—Disolución de la Asamblea de Ocaña.—Vacilaciones de un dictador que se avergüenza de serlo.

Enterado el Libertador de los escandalosos elogios con que fué recibido el movimiento de rebelión de La Paz por la prensa que en Bogotá seguía las inspiraciones del General Santander, para poner término a la utilización del gobierno colombiano en la tarea de acelerar la radical división del Hemisferio, por la vía de Turbaco y a marchas forzadas se encaminó a la Capital.

Esta decisión no correspondía, sin embargo, al impulso de aquellas energías de su vigorosa personalidad que en otras horas difíciles le permitieron adelantarse a los acontecimientos y ser superior a ellos; en estos meses dicisivos para su obra, sus actos se nos presentan como faltos de continuidad y en su conducta pueden observarse bruscos saltos de entusiasmo, seguidos casi inmediatamente de verticales caídas de su ánimo, que obedecían a la apresurada decadencia de su

salud y a su excepticismo frente a la magnitud de los problemas a que se hallaba enfrentado en aquellos momentos, en los cuales su obra política comenzaba a derrumbarse en el convulsionado escenario del Continente. ¡Cómo deseaba entonces poder renunciar a una lucha en cuyo fin ya no tenía fe y frente a la cual se sentía débil y demasiado enfermo! Sólo su sensibilidad proporcionaba algún estímulo a su inmenso cansancio y abría un horizonte de luz en las sombras de su general decepción de las cosas y de los hombres. Por eso, con la desesperación de un náufrago que se prende a la última posibilidad de salvación, se dirigió en los siguientes términos a Manuelita Sáenz, quien en esos momentos llegaba a Quito, después de haber sido expulsada de Lima por el nuevo Gobierno. "El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti. no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte; apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven ven..."

El 10 de septiembre llegó Bolívar a Santa Fé, donde se le recibió con frialdad; tras de una protocolaria y casi hostil entrevista con el General Santander, tomó posesión de la Presidencia y con satisfacción pudo contemplar cómo el Congreso aprobaba, sin objeciones, todo lo realizado por él en Venezuela. Bolívar logró, por tanto, disfrutar de alguna calma cuando Manuela Sáenz se le reunió en Santa Fé. Así comenzó esta corta y última etapa de felicidad y de suprema exaltación de los sentidos en la vida del gran hombre, a quien acontecimientos superiores a su voluntad y la misma y rápida decadencia de su organismo, iban a sumir pronto en el hundimiento de todas sus esperanzas. Para evitar, por lo menos en parte, el escándalo y las murmuraciones, Manuelita se alojó en casa situada frente a la iglesia de San Carlos, muy cercana de Palacio, y al igual que en Lima pronto se vió atacada, aunque a regañadientes, en los círculos sociales que de alguna manera se hallaban vinculados a la política boliviana. "Estaba —dice Bussingault— siempre visible. En la mañana llevaba una bata a la que no faltaban atractivos. Sus brazos estaban desnudos; ella no se preocupaba por disimularlos; bordaba mostrando los dedos más lindos del mundo; hablaba poco; fumaba con gracia. Daba y acogía noticias. Durante el día salía vestida de oficial. En la noche se metamorfoseaba. Se ponía ciertamente colorete. Sus cabellos estaban artísticamente peinados; tenía mucha animación; era alegre, sirviéndose algunas veces de expresiones pasablemente arriesgadas. Su complacencia, su generosidad, eran ilimitadas."

Esta aparente calma en la controversia de los partidos no debía prolongarse por mucho tiempo. A fines de octubre ocurrieron de nuevo en el oriente venezolano graves pronunciamientos, en los cuales

el viejo odio racial tuvo destacada importancia; alarmado Bolívar por su rápida propagación en aquellas regiones —teatro de sucesos tan trágicos durante la guerra de la independencia—, procedió a declarar turbado el orden público en ellas y anunció su propósito de encaminarse personalmente a los focos amenazados, pero conservando, como lo autorizaban los artículos 108 y 118 de la Constitución, el ejercicio del Poder Ejecutivo, con la intención de no permitir al Vicepresidente Santander encargarse del mando.

Resulta fuera de dudas para el observador imparcial de la conducta de Bolívar en estos días, que su partida para Venezuela no estaba del todo desconectada con su interés de acercarse a Ocaña, pues enterado de que Santander se proponía asistir a la Convención, juzgó necesario contrapesar, con su presencia en las proximidades de Ocaña, la decisiva influencia que ejercería en la Asamblea el prestigio y el talento excepcionales del prócer granadino. Por eso, no bien conoció la insurrección ocurrida en Cartagena contra el Gobierno de Montilla —acaudillada por el almirante Padilla—, abandonó sus vacilaciones y se encaminó a Bucaramanga para vigilar desde esta villa los tres focos de posible conflicto: Ocaña, Cartagena y Venezuela.

En tales circunstancias llegaron a su completa culminación las elecciones para diputados a la gran Asamblea Constituyente. En los pueblos granadinos se puso de relieve el enorme prestigio del Vicepresidente Santander y en Bogotá, a pesar de algunos abusos cometidos por los militares, salió triunfante el partido santanderista. "De Pamplona a Popayán —le escribía Bolívar a Rafael Arboleda—, de Bogotá a Cartagena, toda la Nueva Granada se ha confederado contra mí y ha buscado a mis enemigos para que triunfen sobre mi opinión y sobre mi nombre. Santander es el ídolo de este pueblo..." En cambio en Venezuela y en los departamentos del Sur los partidarios del Libertador alcanzaron notables éxitos, en virtud de los cuales sus amigos y consejeros se anticiparon a manifestarle que estaba asegurado el dominio de su partido en la Convención. Sin embargo, Bolívar participó sin entusiasmo en este apresurado optimismo; al conocer los nombres de las personas elegidas en Venezuela, se dio cuenta de que por las opiniones notoriamente federalistas de muchas de ellas, resultaba precipitado considerarlas adictas a sus ideas políticas en pro de una autoridad firme. Con aguda previsión de lo que no tardaría en acaecer, le declaró en carta al General Páez: "Ayer ha partido de esta ciudad Guzmán... El le hablará a usted sobre elecciones, pues que, con respecto a ellas, nada agradable puedo decir a usted; al contrario, hasta hoy han triunfado Santander y sus partidarios: han manejado diestramente todos los resortes de la intriga. Vea, pues, si con razón deseaba yo que viniesen Peña, Peñalver,

Aranda y otros individuos de este carácter y firmeza para que se opusieran a los Sotos, Azueros, etc. Mas, talvez tendermos que pasar por el dolor de ver que los de allá como los de acá formarán un solo cuerpo."

Asesorado el General Santander por Francisco Soto y Vicente Azuero, no había omitido detalle en la preparación del plan que tenía concebido para desintegrar la aparente mayoría del partido boliviano; tan meticuloso había sido en la ejecución del mismo, que ni siquiera se olvidó de acondicionar alojamientos en los caminos para sus amigos y para quienes desearan adherirse a su causa. "Santander y sus partidarios —le escribía Bolívar a Carabaño—, aumentan cada día su desenfreno y ojalá que nuestros amigos estuviesen animados del mismo celo fanático. Santander llega al extremo de salir a los caminos reales en busca de partidarios ofreciendo casa y comida a los diputados que entran a Ocaña. Sobre esto se cuentan anécdotas muy graciosas." Cuando Bolívar se lamentaba de la ingratitud de sus conciudadanos y de la habilidad de los procedimientos de su peligroso adversario, Santander, con una calma que le hacía dueño de los acontecimientos, recomendaba a sus partidarios prudencia, serenidad y evitar a toda costa las provocaciones de algunos militares que, exaltados por los infortunios del partido boliviano en la Nueva Granada, habían optado por amedrantar a sus adeptos con actos de violencia. "En mi profesión —le escribía Santander a Azuero— se evita dar una batalla campal a un enemigo poderoso y bien situado cuando hay esperanza de destruirlo con partidas, sorpresas, emboscadas y todo género de hostilidades. Y para que no se piense que la comparación no cuadra, he de traer a su memoria el modo con que hasta aquí hemos hecho frente a los absolutistas: la entereza del Gobierno constitucional, apoyado en razón y justicia, la cooperación de algunas ciudades y la imprenta, puede decirse que son los cuerpos con que hemos sacado hasta ahora triunfante la causa de la libertad."

El 9 de abril de 1828 con sesenta y ocho diputados se instaló solemnemente en Ocaña la gran Convención Constituyente y este primer acto se cumplió en un ambiente de crítica exaltación, pues en los días inmediatamente anteriores santanderistas y bolivianos se habían dividido violentamente a propósito de la calificación de las credenciales. Por otra parte, la presencia de Bolívar en Bucaramanga al frente de las poderosas fuerzas, creó en el ánimo de los más desconfiados la impresión de que el Libertador no tenía propósito distinto de intimidar a los representantes para obligar a la Asamblea a una decisión favorable a sus ideas políticas. Por ello el doctor Francisco Soto, nombrado Presidente de la Convención, en el discurso pronunciado para instalarla, formuló una clara y casi desafiante

advertencia a Bolívar: "Acaba de instalarse —dijo— la gran Convención de la República de Colombia... **Yo espero que la seducción y el terror no podrán penetrar en este recinto...**"

Si los convencionistas que no comulgaban con las ideas políticas del Libertador, habían contado en sus haberes para la gran batalla que iba a librarse en Ocaña, con que Bolívar insistiría en presentar a la Convención el Código boliviano, no tardaron en desengañarse cuando terminada la ceremonia de instalación se procedió a la lectura del trascendental Mensaje que el Libertador, como Jefe del Estado, remitió a la Gran Asamblea Constituyente de Colombia. Consciente de las muy serias resistencias que despertaban, especialmente en la Nueva Granada, las instituciones básicas de la Constitución boliviana y de las ventajas que podían derivar sus adversarios movilizando contra él a la poderosa opinión que miraba con desconfianza tales instituciones, optó por proponer a la Asamblea no un cambio tan radical como el que suponía su adopción, sino simplemente una reforma de la Carta de Cúcuta que permitiera llenar adecuadamente los vacíos observados en ella durante los años de su vigencia.

Muchos fueron los sorprendidos cuando en el recinto de la Convención se comenzó la lectura del mensaje del Libertador. "Constituído por mis deberes —decía en él— a manifestaros la situación de la República, tendré el dolor de ofreceros el cuadro de sus aflicciones. No juzguéis que los colores que empleo los ha encendido la exageración, ni que han salido de la tenebrosa mansión de los misterios: yo los he copiado a la luz del escándalo; su conjunto puede pareceros ideal; pero si lo fuera, ¿Colombia os llamaría?...

"Os bastará recorrer nuestra historia para descubrir las causas de nuestra decadencia. Colombia, que supo darse vida, se halla exánime. Identificada antes con la causa pública no estima ahora su deber como la única regla de salud. Los mismos que durante la lucha se contentaron con su pobreza, y que no adeudaban al extranjero tres millones, para mantener la paz han tenido que cargarse de deudas vergonzosas por sus consecuencias. Colombia, que frente de las huestes opresoras, respiraba sólo pundonor y virtud, padece, como insensible, el descrédito nacional. Colombia, que no pensaba sino en sacrificios dolorosos, en servicios eminentes, se ocupa de sus derechos y no de sus deberes...

"Nada añadiría a este funesto bosquejo, si el puesto que ocupo no me forzara a dar cuenta a la Nación de los inconvenientes prácticos de sus leyes. Sé que no puedo hacerlo sin exponerme a siniestras interpretaciones, y que a través de mis palabras se leerán pensamientos ambiciosos; mas, yo que no he rehusado a Colombia consa-

grarle mi vida y mi reputación, me concetúo obligado a este último sacrificio.

"Debo decirlo: nuestro gobierno está esencialmente mal constituído. Sin considerar que acabamos de lanzar la coyunda, nos dejamos deslumbrar por aspiraciones superiores a las que la historia de todas las edades manifiesta incompatibles con la humana naturaleza. Otras veces hemos equivocado los medios y atribuído el mal suceso a no habernos acercado bastante a la engañosa guía que nos extraviaba, desoyendo a los que pretendían seguir el orden de las cosas y comparar entre sí las diversas partes de nuestra Constitución, y toda ella con nuestra educación, costumbres, y experiencia para que no nos precipitáramos en un mar proceloso.

"Nuestros diversos poderes no están distribuídos cual lo requiere la forma social y el bien de los ciudadanos. **Hemos hecho del legislativo solo, el cuerpo soberano, en lugar de que no debía ser más que un miembro de ese soberano; le hemos sometido el Ejecutivo, y dado mucha más parte en la administración general que la que el interés legítimo permite. Por colmo de desacierto se ha puesto toda la fuerza en la voluntad, y toda la flaqueza en el movimiento y la acción del cuerpo social...** "Todos observan con asombro el contraste que presenta el Ejecutivo, llevando en sí una superabundancia de fuerza al lado de una extrema flaqueza; no ha podido repeler la invasión exterior o contener los actos sediciosos sino revestidos de la dictadura. La Constitución misma, convencida de su propia falta, se ha excedido en suplir con profusión las atribuciones que le había economizado con avaricia. De suerte que el gobierno de Colombia es una fuente mezquina de salud, o un torrente devastador...

"Destruída la seguridad y el reposo, únicos anhelos del pueblo, ha sido imposible a la agricultura conservarse siquiera en el deplorable estado en que se hallaba. Su ruina ha cooperado a la de otras especies de industria, desmoralizando el albergue rural, y disminuyendo los medios de adquirir; todo se ha sumido en la miseria desoladora; y en algunos cantones los ciudadanos han recobrado su independencia primitiva, porque perdidos sus goces nada los liga a la sociedad y aún se convierten en sus enemigos. El comercio exterior ha seguido la misma escala que la industria del país; aún diría, que apenas basta para proveernos de lo indispensable; tanto más que los fraudes favorecidos por las leyes y por los jueces, seguidos de numerosas quiebras, han alejado la confianza de una profesión que únicamente estriba en el crédito y buena fe. Y ¿qué comercio habrá sin cambios y sin provechos?

"¡Legisladores! Ardua y grande es la obra que la voluntad nacional os ha cometido. Salvaos del compromiso en que os han colocado

nuestros conciudadanos salvando a Colombia. Arrojad vuestras miradas penetrantes en el recóndito corazón de vuestros constituyentes: allí leeréis la prolongada angustia que los agoniza: ellos suspiran por seguridad y reposo. Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria. Miradla de pie sobre las ruinas del desierto que ha dejado el despotismo, pálida de espanto, llorando quinientos mil héroes muertos por ella, cuya sangre sembrada en los campos, hacía nacer sus derechos. Sí, legisladores, muertos y vivos, sepulcros y ruinas, os piden garantías. Y yo que sentado ahora sobre el hogar de un simple ciudadano y mezclado entre la multitud, recobro mi voz y mi derecho, yo que soy el último que reclamo el fin de la sociedad; yo que he consagrado un culto religioso a la patria y a la libertad, no debo callarme en momento tan solemne. Dadnos un gobierno en que la ley sea obedecida, el magistrado respetado, y el pueblo libre..."

Pero si Bolívar aspiró a aminorar las desconfianzas que suscitaban sus ideas políticas presentándose a la Convención con la propuesta implícita en este mensaje, que suponía la sustitución del Código boliviano y de la Constitución de Cúcuta por un régimen presidencial sólido, no por ello alcanzó a afectar, como hubiera sido su deseo, los fundamentos de la hábil estrategia política del General Santander, la cual se circunscribía a presentar un proyecto de Constitución susceptible de inspirar las simpatías de los venezolanos y de los representantes de los departamentos del Sur, para descomponer así al bloque de los diputados bolivianos. Santander sabía que para lograrlo le bastaba dar a este proyecto un claro sentido federalista, pues la enorme resistencia que existía en toda la Gran Colombia contra el gobierno de Bogotá, fácilmente se sentiría interpretada con instituciones de este género, lo que haría difícil a los representantes de aquellos departamentos perseverar en su adhesión a las ideas centralistas de Bolívar. Por eso en el Proyecto presentado el 29 de mayo por el señor Azuero a la Constituyente, además de la supresión del régimen de las facultades extraordinarias del Presidente, se dividió a la República en veinte departamentos; se estableció para cada uno de ellos una Asamblea con facultades legislativas; se dió a tales Asambleas autorizaciones para presentar al Poder Ejecutivo las ternas dentro de las cuales este debía escoger al Gobernador del Departamento y se estableció un Consejo de Estado, cuyo concepto debía acatar el Presidente para tomar las más importantes decisiones del Gobierno, Consejo en el cual tenían mayoría los miembros del mismo elegidos por el Congreso.

Una vez presentado este proyecto, Santander inició hábil labor de penetración en los diputados venezolanos, demostrándoles cómo

en sus cláusulas estaba la más patente prueba de que los granadinos no tenían interés ninguno en "esclavizar" a los venezolanos y que para establecer las relaciones entre los dos pueblos en un pie de absoluta igualdad, él y los miembros de su partido habían optado por un sistema prácticamente federal, que dejaba a cada una de las regiones de la Gran Colombia en amplia libertad para manejar sus propios intereses. Pero no redujo Santander sus actividades a este aspecto esencial del gran problema político que debía resolverse en Ocaña. Consciente de las resistencias que existían en extensos sectores de la opinión venezolana contra los militares, no vaciló en prometer que él y su partido estaban dispuestos a adelantar una política de licenciamiento general de las fuerzas armadas, como a poner término a los ambiciosos planes continentales de Bolívar, que suponían erogaciones cada día más crecidas y el aumento indefinido de los impuestos a pueblos exhaustos por los esfuerzos de quince años de guerra. Federalismo disimulado para satisfacer las ambiciones automistas de Venezuela y de los departamentos del Sur; radical disminución de la influencia del ejército en el Estado, para recoger la simpatía de todo el elemento civil, tanto en la Nueva Granada como en Venezuela; y disminución radical de las fuerzas armadas, para hacer posible una reducción de los impuestos, en cambio de su aumento —como lo había solicitado Bolívar al Congreso desde Caracas—, he ahí los tres postulados fundamentales de que se valdría Santander para afectar profundamente la unidad del grupo boliviano en la Convención.

Entonces comienzan a poder apreciarse las limitaciones que circunscribían la actividad de Bolívar y el campo ilimitado en que el prócer granadino podía moverse para alcanzar sus fines políticos. Si Bolívar hubiera estado en un caso semejante al del año de 1816, cuando su aspiración era agrupar alrededor suyo todos los intereses —por disolventes que ellos fueran—, que pudieran permitirle quebrantar los fundamentos políticos del Estado español, no hubiera vacilado, como no vaciló en aquel año, en ponerse al frente de las pasiones y anhelos que en este momento decisivo en la historia de América se negaban a un ordenamiento político capaz de evitar el desencadenamiento de la anarquía en el Continente. Pero aspirando a erigir, con unas instituciones sólidas, los diques necesarios para el encausamiento de las fuerzas disolventes que había puesto en marcha la guerra de la independencia, cuando su adversario hablaba de derechos él se veía obligado a hacerlo de deberes y cuando Santander se oponía a nuevos impuestos y a nuevas intervenciones de Colombia en el Hemisferio —así fueran ellas para no permitir que sus jóvenes comunidades se anarquizaran y fueran fáciles presas de los poderes imperialistas—, el Libertador sólo podía exigir sacrificios, para

obtener los cuales no disponía de otros estímulos que los de la gloria y las grandezas de un futuro que, por su lejanía brumosa, únicamente despertaba el entusiasmo en limitados sectores de las comunidades americanas. "Compárense —decía Bolívar— los gloriosos resultados de los años anteriores a 1822 con los que han seguido. Véanse en aquellos tiempos al pacífico ciudadano, al pastor, al labrador, al comerciante y al artesano gustosos prestando obediencia a la ley, y el sobrante de su industria para sostener al gobierno. Entonces hubo virtud en el pueblo porque un temor saludable servía de freno a la corrupción y a los vicios y de estímulo para cimentar el orden. Mas, en el día en que todos hablan de sus derechos y ninguno de sus deberes, los vínculos sociales se han relajado, los vicios y los crímenes se han multiplicado y si un recuerdo de nuestros días heroicos no hubiese detenido a la República al borde mismo del precipicio, ella habría perecido infaliblemente."

Por eso cuando los diputados bolivianos, encabezados por Castillo Rada, presentaron un proyecto de Constitución sustitutivo del de Azuero, en el cual se fijaban, de acuerdo con el mensaje de Bolívar, las características del régimen presidencial, es decir, se suprimían las facultades legislativas de las Asambleas, se señalaba al Presidente la facultad de nombrar libremente a los gobernadores y se le otorgaba decisiva influencia en la constitución del Consejo de Estado, se pusieron en evidencia los progresos alcanzados por la política de Santander en la Convención, pues un numeroso grupo de diputados venezolanos —que originalmente habían figurado en el partido boliviano—, comenzó a contemporizar con las ideas políticas del prócer granadino. Comprendiendo Castillo Rada que la batalla estaba perdida, pensó en la conveniencia de que el Libertador viniera a la Convención para equilibrar la enorme influencia de Santander en ella y después de consultárselo propuso su llamamiento. Santander y sus amigos se dieron cuenta de todos los peligros que, para los éxitos ya logrados, podía tener la intervención personal de Bolívar en las deliberaciones, y antes de que la Asamblea procediera a pronunciarse sobre la propuesta de Castillo desataron una ofensiva general contra la conveniencia de invitar a Bolívar a participar en los debates. Primero los más exaltados adversarios del Libertador pronunciaron encendidos discursos contra el "tirano", cuya presencia en Bucaramanga, según dijeron, constituía una amenaza para la libertad de los diputados; y, por último el propio Santander, cerró aquel histórico debate con un discurso tranquilo, en el cual, después de hacer grandes elogios a Bolívar y a sus servicios a la causa de América, expresó su temor de que la presencia del Libertador pudiera amenazar la libertad de los diputados en sus deliberaciones, pues, según manifestó, a él le

había ocurrido muchas veces que después de acercarse lleno de indignación a Bolívar, tras de oírlo había salido desarmado y lleno de admiración por aquel hombre extraordinario. En tal virtud, concluyó recomendando se negara la proposición de Castillo, para que los constituyentes pudieran tomar sus decisiones guiados solamente por los dictados de su conciencia y no por la avasalladora influencia del genio de Bolívar.

Precisamente en el acto de pronunciarse la Asamblea sobre la conveniencia de invitar a Bolívar a participar en sus deliberaciones, debía ponerse de manifiesto la forma decisiva como la política de Santander había afectado la unidad del bloque de diputados bolivianos, pues tal acto culminó con la adhesión, a los amigos de Santander, de un grupo de venezolanos, quienes decidieron con su voto la fundamental cuestión planteada a la Asamblea por la moción de Castillo. De esta manera Santander se adueñó definitivamente de la opinión de la Constituyente y quedó en posibilidad de imponer en ella su criterio, sus ideas y también sus odios. Bolívar recibió la penosa noticia en Bucaramanga y ante la magnitud de la derrota sufrida no pudo disimular la inmensa amargura que le dominó. "Mis amigos —le escribió a Páez— hacen todo lo que pueden para formar una constitución propia y adecuada a la situación de Colombia; y para lograr mayores sucesos habían pensado llamarme a Ocaña. **Para esto se habían convenido treinta y ocho diputados, y después de muchos debates se quedó la moción sin efecto, porque todos los venezolanos se opusieron ,excepto tres ó cuatro...** Vea usted los amigos y compatriotas que tenemos..."

En los días inmediatamente siguientes —en los que Bolívar sólo recibió noticias de los fracasos sufridos por Castillo Rada en sus desesperados intentos por llegar a un acuerdo con Santander—, en su espíritu comienza a librarse una dramática lucha entre sus seguros instintos de conductor de hombres que le indicaban la necesidad de no tener más contemplaciones con sus adversarios y esa permanente preocupación, que nunca le abandonó, de conducirse en todos los actos de su vida pública en forma que ellos no fueran susceptibles de hacerle aparecer ante la opinión de América y de la Europa liberal como un déspota arbitrario, indigno del título de Libertador. "Yo —le escribía a Urdaneta— me sepulto vivo ante las ruinas de esta patria por complaciente y dócil a los consejos de los tontos y de los perversos; por lo mismo, debo irme o romper con el mal. Lo último sería tiranía y lo primero no se puede llamar debilidad, pues no la tengo. Estoy convencido de que si combato triunfo y salvo el país y usted sabe que yo no aborrezco los combates. Mas, ¿por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos que se llaman liberales y

moderados? Me responderán a esto que no consulté a estos mismos buenos y libres para destruir a los españoles y que desprecié para esto la opinión de los pueblos; pero los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos, liberales, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar."

A estas dudas puso término la decisión, tomada por Castillo y los convencionistas bolivianos, de retirarse de la Asamblea de Ocaña para privarla del quórum reglamentario. No bien el Libertador fué notificado de este propósito, sin calificarlo abiertamente de conveniente, lo aceptó por juzgarlo menos grave que la adopción del proyecto de Azuero, que lejos de remediar los defectos de la Constitución de Cúcuta los agravaba; cuando Castillo le informó que él y sus amigos no vacilarían en abandonar la Asamblea para denunciar ante el país los "promotores del mal", el pesimismo y el cansancio que le dominaban se esfumaron ante un nuevo impulso de entusiasmo, ante la esperanza de que todavía no se había perdido todo. "Ustedes —le escribía a Briceño Méndez y a Castillo— me han vuelto a la actividad y, por consiguiente, no deben temer que yo les abandone como han llegado a sospecharlo; cumplan ustedes, pues, con su deber, que yo haré el mío."

El 10 de junio se ausentaron de Ocaña veinte convencionistas y en la Parroquia de la Cruz expidieron el informe oficial a la República sobre las causas de su retiro, como la declaración de que la Asamblea, falta de quórum reglamentario, no podía continuar en el ejercicio de sus funciones de Constituyente. Bolívar recibió la noticia en la población del Socorro y casi simultáneamente con ella un oficial llegado de Bogotá puso en sus manos un comunicado en el cual se le enteraba de un movimiento ocurrido en la capital el día 13 del mismo mes, movimiento que había desconocido públicamente la Convención y en acta copiosamente firmada le había designado como Supremo Dictador de Colombia. En los días inmediatamente siguientes nuevas informaciones pusieron en su conocimiento que el ejemplo de la Capital se había extendido rápidamente en toda la República, de tal manera que al principio de julio, por actos subversivos contra el orden legal vigente, la Constitución de Cúcuta quedó popularmente abrogada en virtud de Actas firmadas en las plazas públicas de las principales ciudades de Colombia, en las que se proclamaba como única autoridad la dictadura del Libertador.

No bien llegó Bolívar a Bogotá se declaró investido, por la voluntad del pueblo, según rezaban las actas, de facultades legislativas y en uso de las mismas dictó el Decreto del 27 de agosto, destinado a reglamentar la dictadura. En él se ampliaban las facultades del

Presidente, las de los gobernadores y se suprimía la Vicepresidencia. Además, en contradicción con las ideas tradicionales de Bolívar en esta materia, se ofrecía una **protección especial** a la religión católica. Con este Decreto comienza, pues, la serie de actitudes que han servido a los historiadores antibolivianos para sindicar al Libertador de tirano y déspota arbitrario y para situarle históricamente, con evidente inexactitud, al lado de los grandes reaccionarios de América.

Hay en la historia humana un fenómeno casi general y de fácil observación por su misma continuidad: la tendencia, pudiéramos decir fatal, que ha llevado a los grandes revolucionarios a buscar, a última hora, el apoyo de las fuerzas contra las cuales combatieron y a cerrar el ciclo de las grandes transformaciones sociales que se cumplieron bajo su dirección y por ella, con un acercamiento a los poderes tradicionales, cuyo quebrantamiento fué la razón de su existencia y de su gloria. César y Napoleón, dos transformadores auténticos de la organización política de su tiempo, son también dos ejemplos destacados de esta oscura fatalidad; como lo es también Bolívar, que después de haber destruído el poder español en América acaudillando la revolución más honda realizada en el Hemisferio, en el año decisivo de 1828 se prepara a dar un notorio viraje a su política y lo anuncia en estas palabras, para muchos inexplicable: "Mi plan es apoyar mis reformas sobre la sólida base de la religión, y acercarme, en cuanto sea compatible con nuestras circunstancias, a las leyes antiguas menos complicadas y más seguras y eficaces... **La historia del mundo nos dice que las conmociones de los pueblos han venido todas a someterse a un orden fuerte y estable.** Usted vió esa revolución de Francia, la más grande cosa que ha tenido la vida humana, ese coloso de las más seductoras ilusiones, pues todo eso cayó en el término de ocho años de experiencias dolorosas. Observe que aquella revolución era nacional, era una propiedad de los franceses y, sin embargo, ocho años y un hombre le pusieron término y le dieron una dirección enteramente contraria. **Y si nosotros hemos necesitado del doble y algo más de tiempo es porque nuestro hombre es... infinitamente más pequeño que el de Francia y necesita de diez veces más tiempo que Napoleón para hacer mucho menos que él...** Es, pues, la causa de nuestra prolongada revolución y de nuestra precaria existencia, la que menos se imaginan mis enemigos. Acuérdese usted lo que le digo: **Colombia se va a perder por la falta de ambición de su jefe;** me parece que no tiene amor al mando y sí alguna inclinación a la gloria; y más aborrece el título de ambicioso que a la muerte y a la tiranía."

¿Por qué los grandes revolucionarios de la Historia se han visto obligados, en el momento de emprender la tarea de organizar políticamente la transformación social que acaudillaron e hicieron posible,

a buscar el apoyo de las fuerzas tradicionales y el empleo ilimitado del poder? Porque las energías colectivas que fueron puestas en marcha por ellos para destruir el orden antiguo, no lograron, como lo demuestra la Historia, adaptarse espiritualmente a los acomodamientos requeridos por todo proceso político en el momento en que, alcanzada la victoria, necesita sustituir los impulsos destructores y disolventes que fueron indispensables para derrumbar las fortalezas del orden tradicional por aquellos otros que sirven de fundamento a la construcción de un nuevo orden de cosas.

Esta realidad presentaba caracteres dramáticos en la América Hispana, pues el odio de razas, característico de sus comunidades, y las enormes distancias geográficas que facilitaban el aislamiento espiritual y las rivalidades localistas, estaban destinados a hacer extraordinariamente difícil a sus elementos étnicos —a los blancos, mestizos, indios y pardos—, el entrar a formar parte de un ordenamiento jurídico sin antecedentes entre ellos, y a trabajar responsablemente en la construcción de vigorosas nacionalidades, en cambio de continuar en esa batalla de castas y de clases que, desde entonces, ha caracterizado la historia política de las sociedades suramericanas.

Bolívar se hallaba, pues, ante este tremendo dilema: o continuar ofreciendo a las pasiones desbordadas, que galopaban sin frenos por el suelo de América, nuevas oportunidades para emplear sus energías combativas, que en aquel ambiente caldeado de axaltación no podían servir de respaldo a patriarcales Estados republicanos, como lo creían quienes en aquellos tiempos se oponían a las empresas continentales de Bolívar, o buscarle al orden social un fundamento político que no dependiera totalmente del asentimiento de aquellas radicales divisiones sociales. Por eso, cuando se convenció de que no contaba con la colaboración suficiente en la opinión americana para dar al Estado la autonomía que le proporcionarían las instituciones del Código boliviano, además de insistir en la necesidad de no someter a pausa alguna el pleno desarrollo de sus planes continentales, optó por buscar un acercamiento a aquellos poderes tradicionales que no habían sido afectados totalmente por las convulsiones de la revuelta americana. Hablando de la religión le decía el 29 de julio de 1828 a Rafael Arboleda: "Este es el grande entusiasmo que yo deseo encender para oponerlo contra todas las pasiones de la demagogia, pues el de la guerra no puede prender sino en los jóvenes, pero no en el bajo pueblo; sin embargo, usted sabe que la gloria y la guerra son mis flaquezas y, por lo mismo, **no dudará de que haré todos mis esfuerzos porque el amor de la patria y el deseo de las victorias ocupen el vacío que nos dejará la hermosa quimera de la perfección social.**"

No son los grandes revolucionarios de la historia quienes han abandonado a los pueblos, sino los pueblos los que en el momento de la organización política de las grandes transformaciones sociales, no han logrado acomodarse oportunamente a los cambios espirituales que exige esa organización y han precipitado a sus jefes a buscar en nuevas fuerzas el apoyo necesario para detener la anarquía, que nada crea y lo destruye todo. Por eso en el siglo XX y como fruto de las experiencias milenarias de la humanidad, uno de los grandes genios de la revolución, Lenin, sentó la premisa de que ella necesita invariablemente para organizarse, para transformarse en un movimiento creador de un nuevo orden social, de la autoridad ilimitada.

Pero he ahí la característica que en Bolívar, cuyo genio tenía profundas e inconfundibles raíces liberales, no podía encontrar una adecuada encarnación. Su notorio respeto por la opinión pública y el dolor, la preocupación que le causaban las censuras de la prensa cuando en ella se le calificaba de déspota y tirano, determinarían fatalmente que aún ejerciendo, como la iba a ejercer, la dictadura, careciera en todo momento de ese ánimo frío, de esa voluntad implacable que se necesitan para no pensar en los medios si ellos conducen a los fines deseados. Por eso la proclama, en la cual anunció a la Nación que asumía la dictadura, tiene estas significativas palabras: "¡Colombianos! No os diré nada de libertad, porque si cumplo mis promesas, seréis más que libres, seréis respetados; además bajo la dictadura ¿quién puede hablar de libertad? **Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo!"**

Capítulo XXXVI

¿MONARQUIA O REPUBLICA?

"¿Por qué me he de sacrificar por pueblos enemigos, que ha sido preciso obligar por la fuerza a defender sus derechos, y es preciso también la fuerza para que hagan su deber? En semejantes países no puede levantarse un Libertador sino un tirano. Por consiguiente, cualquiera puede serlo mejor que yo, pues bien a mi pesar he tenido que degradarme algunas veces a este execrable oficio."

SIMON BOLIVAR

La última victoria.—Los "idus" de septiembre.—"Se devorarán como lobos".—El plan monarquista.—Responsabilidad del Consejo de Gobierno.—Silencio de Bolívar.—Consulta de Campbell.—Monarquismo del Viejo Mundo republicanismo de Norteamérica y americanismo de Bolívar.—Alianza con la Gran Bretaña.—"También soy liberal".

Informado el Gobierno peruano, presidido por el Mariscal don José de La Mar, del formidable conflicto político que en Colombia comprometía toda la atención del Libertador, creyó llegado el momento de expulsar a las fuerzas de la República de los sectores cen-

trales del Continente e imponer el predominio del Perú en las provincias del Ecuador y en la República de Bolivia. Para lograrlo el terreno estaba bien preparado, pues, según informaciones de su Ministro en Bogotá, todo el poderoso partido santanderista miraba con beneplácito las dificultades de la política del Libertador, y las tropas del Sur, condenadas a la inactividad desde que Bolívar se vió obligado a regresar a Colombia, habían perdido rápidamente la moral de otros tiempos y en su obligado contacto con los pueblos de aquellas regiones había sido imposible a sus oficiales evitar los abusos e inclusive las depredaciones, que suscitaron su desprestigio y el renacimiento contra ellas de un hosco espíritu nacionalista y anticolombiano.

El Mariscal Sucre, quien gobernaba en Bolivia, así lo comprendió y en el deseo de evitar mayores males, desde principios del año de 1828 consagró toda su atención a preparar el regreso a Colombia de aquellas de sus fuerzas que aún permanecían acantonadas en Bolivia. Con la mira de privar a La Mar y a Gamarra de todo pretexto para una intervención militar en la joven República Altoperuana, en entrevista celebrada con este último el día 5 de mayo en las márgenes del Desaguadero, le formuló la categórica declaración de que se estaban ultimando todos los preparativos para la completa evacuación de las fuerzas colombianas.

Pero este gesto del noble Mariscal de Ayacucho debía precipitar los acontecimientos que él trataba de evitar. Poco dispuesto Gamarra —de acuerdo con las instrucciones de La Mar—, a permitir la cancelación de los motivos que podían dar alguna apariencia de popularidad a la repentina intervención de los ejércitos peruanos en Bolivia, invocando cínicamente el motín ocurrido en Chuquisaca el 18 de abril, motín que él mismo fomentó y en el cual el propio Sucre fué herido de un balazo en el brazo derecho, al frente del grueso de sus fuerzas pasó la línea fronteriza y se internó en el territorio boliviano, dizque para "proteger la preciosa vida del Mariscal de Ayacucho y libertar al país de las facciones y de la anarquía".

Sólo el éxito podía acompañar a Gamarra en esta aventura, pues el único hombre capaz de oponerle una serie de resistencia, el Gran Mariscal de Ayacucho, amargado por el incidente de Chuquisaca había dejado el país para encaminarse a Guayaquil, después de convocar el Congreso y de entregar a Pérez de Urdinea, quien le sucedió en el mando, su renuncia para que la presentara oficialmente al cuerpo legislativo en el momento de su instalación. El ejército invasor sin encontrar mayores resistencias ocupó a La Paz el 8 de mayo y continuó su avance hacia Oruro en persecución de Pérez Urdinea,

que ante la sorpresa general y, a última hora, se plegó a las duras y onerosas exigencias del invasor (*).

Cuando Bolívar regresaba de Bucaramanga a la Capital, las relaciones de Colombia con el Perú llegaban, pues, a su punto de máxima tensión. Y a ello no contribuyó en pequeña manera la falaz conducta del representante diplomático de ese país en Bogotá, quien al tiempo que formulaba reclamaciones al Gobierno de Colombia y exigía el inmediato retiro de sus fuerzas de las regiones del Sur, se declaraba sin autorizaciones para resolver, ni aún para escuchar, las quejas de este Gobierno por la abusiva intervención del ejército peruano en Bolivia. Por eso el Libertador, después de una serie de agrias entrevistas con el diplomático peruano el 3 de julio de 1828 dió a conocer, en histórica proclama, su intención de aceptar, con todas sus consecuencias, el reto del Gobierno del Perú:

"¡Ciudadanos! —decía en ella—:

"La perfidia del Gobierno del Perú ha pasado todos los límites y ha hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y de Colombia... Referiros el catálogo de los crímenes del Gobierno del Perú, sería demasiado y vuestro sufrimiento no podría escucharlo sin un horrible grito de venganza; pero yo no quiero exitar vuestra indignación ni avivar vuestras dolorosas heridas. Os convido solamente a alarmaros contra esos miserables que ya han violado el suelo de nuestra hija, y que intentan aún profanar el seno de la madre de los héroes. Armáos colombianos del Sur. Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora de vindicta. Mi presencia entre vosotros será

(*) "Cuando los buenos patriotas —dicen Baralt y Díaz— esperaban ver defendida la independencia de la República con el brío que inspira siempre una buena causa, y cuando nacionales y extranjeros se prometían honrado y noble proceder de quien hasta entonces merecieron la buena reputación de que gozaba, se vió desmentir a Urdinea sus recientes protestas de oponerse hasta morir al envilecimiento de su patria, ratificándose el innominioso tratado que ajustaron en Piquiza sus comisionados con los del jefe del ejército invasor. Estipulábase en aquel convenio que en un estrecho plazo evacuarían al territorio de la República los naturales de Colombia y generalmente todos los extranjeros que existiesen en el ejército... Se reuniría sin tardanza el Congreso con el objeto de recibir el mensaje y admitir la renuncia del General Sucre, de nombrar un gobierno provisional, de convocar una Asamblea nacional constituyente que revisase y modificase la constitución del Estado, y antes que todo de elegir el nuevo Presidente de la República y de fijar el día en que el ejército peruano debía evacuar el territorio de Bolivia. Este Congreso debía componerse, no de los Diputados recientemente elegidos por el pueblo, sino de los que formaron el Congreso Constituyente cuyos poderes habían ya caducado. Entre tanto el producto de las rentas de la mayor parte del territorio, reducidas las pensiones de las tropas nacionales, quedarían en beneficio de las peruanas..."

la señal del combate." A ello respondió el Mariscal de La Mar, ordenando la movilización general a las fronteras de Colombia, e instruyendo a la escuadra peruana para que abandonara sus bases y se dirigiera a los mares colombianos a bloquear sus puertos. La guerra iba a comenzar.

El General Santander, entre tanto, ya de regreso de Ocaña, se había instalado en su hacienda de Hatogrande, en las proximidades de Bogotá, y desde allí pudo apreciar cómo el malestar social revelado a propósito de la controversia política que tuvo como teatro la Convención de Ocaña, disminuía a medida que el pueblo consagraba su atención a la inminente guerra con el Perú. "Yo vivo quieto —le escribía a don Vicente Azuero—, andando arriba y abajo, tranquilo en cuanto a la seguridad que me inspira mi conciencia, pero muy sobre mí para no ser víctima de algún malvado. No he visto al Presidente; todo el mundo me hace atenciones, nadie se desdeña de hablar conmigo en la calle y de visitarme, y no he recibido el más leve insulto... La opinión pública es cada vez mejor y más general; en cuanto sale un decreto, o una orden, los que no han medrado como esperaban, ya son reclutas para el partido liberal. Las fiestas nacionales han estado muy frías y desanimadas. Mas, debo aplaudir la tranquilidad que hay, pues ni papeles incendiarios, ni insultos, ni nada irritante observo en el trato social, que no es poca fortuna. La Vicepresidencia se acabó por el decreto de 27 de agosto, y he tenido el placer de quedar sumido bajo las ruinas de la Constitución de 1821. Consulté si debía considerarme suspenso o destituído de ella, y me respondieron que sólo era suprimido el empleo. Pero 'para darme una prueba de confianza me ha nombrado el Gobierno Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario en los Estados Unidos del Norte'. Yo no he respondido nada sino que se me de tiempo para pensarlo."

Pero precisamente el rápido aminoramiento de la tremenda exacerbación de los ánimos que rodeó las deligeraciones de la Asamblea de Ocaña, debía conducir a pequeños grupos de exaltados a actitudes desesperadas, difíciles de explicar sin el profundo cambio que experimentó la opinión pública ante la inminencia de la guerra con el Perú. Fué así como reducidos núcleos de estudiantes y de hombres de letras, imbuídos en las lecturas de los tiempos heróicos de la Revolución Francesa, comenzaron a reunirse en secreto y a constituir organizaciones subversivas, a las que calificaban pomposamente de "Sociedades de Salud Pública", como las francesas; fué en ellas donde surgió a mediados de septiembre la idea de dar muerte al Libertador para "librar a la República de este tirano abominable". En una de tales reuniones Vargas Tejada recitó ante su auditorio, enceguecido por la exaltación política, su famosa estrofa:

"Si de Bolívar la letra con que empieza
y aquella con que acaba le quitamos,
'Oliva' de la paz símbolo, hallamos.
Esto quiere decir que la cabeza
al Tirano y los pies cortar debemos
si es que una paz durable apetecemos."

Florentino González, uno de los más activos participantes en la conjura, describe así el estado de cosas que condujo a este grupo de desesperados a mirar como la única solución para su partido el asesinato del Padre de la Patria: "Ya no podíamos lisonjearnos de triunfar sino con la impresión de terror que causase en nuestros contrarios la noticia de la muerte de Bolívar, y ella fué resuelta en aquel momento supremo." Faltos de los medios inmediatos de ejecución, estos jóvenes ilusos se consagraron a conseguir adeptos entre las fuerzas armadas, no logrando, para infortunio suyo, sino la colaboración de sargentos y de oficiales expulsados de ellas o a punto de serlo, por su mala conducta. De tal manera se iban a ver confundidos en esta sombría conjura a jóvenes exaltados, a quienes impulsaban móviles de elevado carácter, con resentidos y vulgares criminales.

No bien se tomó la decisión de eliminar a Bolívar, ella fué consultada, en términos vagos, con el General Santander, quien desde un principio se opuso a ella por juzgarla contraproducente para su partido. Así lo manifestó en repetidas ocasiones a los conjurados y cuando, días después, se dió cuenta de que le iba a ser imposible detenerlos, les manifestó que de ninguna manera intentaran semejante locura antes de su partida para los Estados Unidos, en desempeño de la misión diplomática que le había sido ofrecida por el Gobierno. Su culpabilidad en el atentado contra la vida de Bolívar, que durante un siglo se ha discutido por los historiadores, se circunscribe, pues, al previo y vago conocimiento de la preparación del mismo y a no haber formulado la denuncia correspondiente. Pero, como resulta fácil de comprenderlo, no era propiamente al General Santander a quien correspondía denunciar tal conspiración, porque ella se adelantaba por gentes que, si bien equivocadas, no podían menos de parecerle respetables, pues se preparaban a arriesgar su vida en defensa de una causa de la cual él era la más destacada expresión humana.

El día 25 de septiembre de 1928, "el Capitán Benedicto Triana —relata Florentino González— a quien se le había dicho que estuviese preparado para un trance en que se necesitaba su cooperación, se trabó de palabras, acalorado por el licor, con unos oficiales del Batallón Vargas, y como aquellos lo injuriasen, los amenazó diciéndoles que dentro de pocos días todos ellos tendrían el castigo merecido.

Denunciáronle éstos a la autoridad militar y Triana fué reducido inmediatamente a prisión. Nada declaró, a pesar de crueles tratamientos. El Coronel Guerra que, como Jefe de Estado Mayor, tenía conocimiento de lo que sucedía, dió parte, al anochecer, a los miembros de la junta directiva de la conspiración, y les manifestó la necesidad de hacerlo todo aquella misma noche. Reunióse inmediatamente la mayoría de los miembros de la junta directiva, entre quienes estaban los señores Agustín Hormet y el Teniente Coronel Carujo que era ayudante general del Estado Mayor... Entre tanto, el batallón de artillería había sido puesto sobre las armas, municionado y advertido de lo que se iba a hacer, y un gran número de conjurados armados se habían reunido en casa del ciudadano Luis Vargas Tejada... Era necesario que corriera sangre, como ha corrido en todas las grandes insurrecciones de los pueblos contra los tiranos. Fué preciso que yo me encontrara en una posición tan crítica para que abrazase aquella dura resolución. Doce ciudadanos unidos a veinticinco soldados, al mando del Comandante Carujo, fuimos destinados, a las doce de la noche, a forzar la entrada de Palacio y a coger vivo o muerto a Bolívar".

Manuela Sáenz, llamada aquella noche por el Libertador a Palacio, pudo presenciar los dramáticos desenlaces del atentado contra la vida del gran hombre, y describe así la escena ocurrida cuando los conjurados, después de asesinar a los centinelas y de herir al edecán Ibarra, penetraron en Palacio en busca de su desprevenida víctima: "Serían las doce de la noche —dice—, cuando latieron mucho dos perros del Libertador, y a más se oyó un ruido extraño que debe haber sido al chocar con los centinelas... Desperté al Libertador, y lo primero que hizo fué tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta. Le contuve y le hice vestir, lo que verificó con mucha serenidad y prontitud. Me dijo: 'bravo, vaya, pues, ya estoy vestido; y ahora, ¿qué hacemos? ¿Hacernos fuertes?' Volvió a querer abrir la puerta y lo detuve. Entonces se me ocurrió lo que había oído al mismo General un día: '¿usted no dijo a Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?' Dices bien, me dijo, y fué a la ventana. Yo impedí el que se botase, porque pasaban gentes; pero lo verificó cuando no hubo gente, y porque ya estaban forzando la puerta.

"Yo fuí a encontrarme con ellos para darle tiempo a que se fuese; pero no tuve tiempo para verle saltar, ni cerrar la ventana. Desde que me vieron me agarraron: ¿dónde está Bolívar? Les dije que en Consejo, que fué lo primero que se me ocurrió; registraron la primera pieza con tenacidad, pasaron a la segunda y viendo la ventana abierta exclamaron: '¡huyó; se ha salvado!' Yo les decía: 'no, señores, no ha huído, está en el Consejo.' ¿Y por qué está abierta la ventana? 'Yo

la acabo de abrir, porque deseaba saber qué ruido había.' Unos me creían y otros no. Pasaron al otro cuarto, tocaron la cama caliente, y más se desconsolaron, por más que yo les decía que yo estuve acostada en ella esperando que saliese del Consejo para darle un baño...

"El Libertador se fué con una pistola y con el sable que no sé quién le había regalado en Europa. Al tiempo de caer en la calle pasaba su repostero y lo acompañó. El General se quedó en el río (bajo las arcas del puente del Carmen) y mandó a éste a saber cómo andaban los cuarteles; con el aviso que le llevó, salió y fué para el Vargas (al Cuartel del Batalón Vargas)...

"Por no ver curar a Ibarra me fuí hasta la plaza, y allí encontré al Libertador a caballo, entre mucha tropa que daba vivas al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo: '¡Tú eres la Libertadora del Libertador!'...

"El Libertador se cambió de ropa y quiso dormir algo, pero no pudo porque a cada rato me preguntaba algo sobre lo ocurrido y me decía: 'no me digas más.' Yo callaba y él volvía a preguntar, y en esta alternativa amaneció. Yo tenía una gran fiebre.

"El Libertador se molestó mucho con el Coronel Cronfton porque le apretó el pescuezo a uno de los que condujo al Palacio (a uno de los conspiradores), a quien el general mandó dar ropa para que se quitase la suya, y los trató a todos con mucha benignidad, por lo que don Pepe París les dijo: '¿y a este hombre venían ustedes a matar?' Y contestó: 'era al poder y no al hombre.' Entonces fué cuando tuvo lugar la apretada, a tiempo que entraba el Libertador, quien se puso furioso contra Cronfton, afeándole su acción de un modo muy fuerte. Dicen que les aconsejó a los conjurados que no dijesen a sus jueces que traían el plan de matarlo, pero que ellos decían que habiendo ido a eso no podían negarlo. Hay otras tantísimas pruebas que dió el general de humanidad que sería de nunca acabar.

"Su primera opinión fué el que se perdonase a todos; pero usted sabe que para esto tenía que habérselas con el General Urdaneta y Córdoba que eran los que entendían en estas causas. Lo que sí no podré dejar en silencio fué que el Consejo había sentenciado a muerte a todo el que entró en Palacio, y así es que, excepto Zuláivar, Hormet y Azuerito, que confesaron con valor como héroes de esta conspiración, los demás todos negaron, y por eso dispusieron presentármelos a mí a que yo dijese si los había visto. Por esto el Libertador se puso furioso. 'Esta señora, dijo, jamás será el instrumento de muerte ni la delatora de desgraciados'."

Como se deduce de esta descripción y de los más autorizados relatos contemporáneos, el primer impulso de Bolívar fué conceder

el perdón general a los conspiradores; pero la exaltación de sus Ministros y consejeros, quienes le encarecieron la urgencia de no permitir que, por un sentimiento de generosidad suyo, se abriera el camino a la impunidad en momentos tan delicados para el orden público, le llevaron a autorizar la apertura inmediata de los juicios y la imposición de las penas señaladas por las leyes para los conspiradores contra la seguridad del Estado. El General Rafael Urdaneta, en cuya casa se refugió Santander cuando el pueblo de la capital se dispersó enfurecido por la ciudad para castigar a los autores del atentado, fué el encargado, en su carácter de Ministro de la Guerra, de dirigir la investigación y de proceder a la rigurosa aplicación de las penas consiguientes. Desde los primeros momentos ella se encaminó a descubrir la culpabilidad del General Santander, pues exaltados los bolivianos por el atentado, no pudieron emanciparse de la pasión de secta para juzgar los delitos cometidos, lo cual dió a la instrucción de los sumarios el aspecto de una pesquiza destinada a demostrar la culpabilidad de personas a quienes como a Santander, se juzgaban por anticipado responsables de los delitos sujetos a investigación judicial. Sólo la actitud de Bolívar se apartó algo de esta tendencia general, pues si desde el principio dió por descontada la culpabilidad del General Santander, también desde entonces descartó la posibilidad de imponerle el condigno castigo y en tal sentido se dirigió, el 28 de octubre, al General Sucre: "Estoy desbaratando —le decía— el abortado plan de conspiración; todos los cómplices serán castigados más o menos; Santander es el principal, pero es el más dichoso, porque mi generosidad lo defiende."

En los días inmediatamente siguientes a la conspiración, la salud del Libertador sufrió un gravísimo quebranto, porque la amargura y la desilusión, al apoderarse de un espíritu tan susceptible a los agravios como el suyo, y las horas que pasó sometido al frío y a la humedad bajo las arcadas del Puente del Carmen, afectaron profundamente sus pulmones, ya muy enfermos, y determinaron la presentación, de los inequívocos síntomas de la enfermedad que contribuiría decisivamente a llevarlo a la tumba. El representante diplomático de Francia, señor Moyne, quien le visitó entonces, describe así la entrevista: "Llegamos a la quinta y nos recibió doña Manuela Sáenz. Nos dijo que aun cuando el héroe estaba muy enfermo, anunciaría nuestra visita. Pocos momentos después apareció un hombre de cara muy larga y amarilla, de apariencia mezquina, con un gorro de algodón, envuelta en su bata, con las piernas nadando en un ancho pantalón de franela. A las primeras palabras que le dirigimos respecto a su salud: '¡Ay! —nos respondió señalándonos sus brazos enflaquecidos—, no son las leyes de la naturaleza las que me han puesto en este estado,

sino las penas que me roen el corazón. Mis conciudadanos, que no pudieron matarme a puñaladas, tratan ahora de asesinarme moralmente con sus ingratitudes y calumnias. **Cuando yo deje de existir, esos demagogos se devorarán entre sí, como lo hacen los lobos, y el edificio que construí con esfuerzos sobrehumanos se desmoronará en el fango de las revoluciones.'"**

A pesar de los esfuerzos realizados por los instructores del proceso contra Santander, sólo fué posible demostrar su previo conocimiento de algunos detalles de la conspiración, lo cual sirvió al Consejo de Guerra para fundamentar su sentencia de pena capital, que inmediatamente se envió al Libertador para su confirmación. Al ser considerada ella en el Consejo de Ministros, Bolívar asumió la misma actitud dubitativa que venía distinguiendo sus actos desde su regreso del Perú, y si no dejó de aprobar las palabras que allí se pronunciaron en favor del inmediato fusilamiento del prócer granadino, terminó inclinándose en favor de las opiniones de los granadinos Castillo Rada y José Manuel Restrepo, quienes no vacilaron en impugnar la sentencia del Consejo de Guerra. Las dudas que paralizaban su voluntad en aquellos meses tan decisivos para su obra, bien pueden advertirse en su carta del 16 de noviembre, dirigida a Mariano Montilla, en la cual le ponía de manifiesto la funesta incidencia que en los conflictos sociales de Colombia habría de tener el perdón concedido a Santander, por la misma persona que ordenó fusilar a Piar y a Padilla, dos oficiales de color: "Mi existencia —le decía— ha quedado en el aire por este indulto y la de Colombia se ha perdido para siempre. Yo no he podido desoír el dictamen del Consejo con respecto a un enemigo público, **cuyo castigo se habría reputado por venganza cruel.** Ya estoy arrepentido de la muerte de Piar, de Padilla y de los demás que han perecido por la misma razón... Lo peor es que mañana le darán un indulto y volverá a hacer la guerra a todos mis amigos y a favorecer a todos mis enemigos. Su crimen se purificará en el crisol de la anarquía, pero lo que más me atormenta todavía es el justo clamor con que se quejarán los de la clase de Piar y de Padilla (los pardos). Dirán, con sobrada justicia, que yo no he sido débil sino en favor de este **infame blanco** que no tenía los servicios de aquellos famosos servidores de la patria."

El fusilamiento de muchos de los responsables en el atentado del 25 de septiembre no debía dar los buenos resultados esperados por quienes aconsejaron a Bolívar proceder sin contemplaciones. La misma importancia que se atribuyó durante la instrucción de los procesos —dirigidos en gran parte por militares venezolanos—, al encuentro de pruebas o indicios susceptibles de comprometer a Santander, como la ejecución de un personaje tan popular

en el pueblo granadino, como el almirante Padilla, determinaron el renacimiento, en este pueblo, del espíritu de descontento y rebelión puesto de presente en la Convención de Ocaña y condujeron a un alinderamiento de la opinión pública, en el cual las viejas divisiones entre militares y civiles, bolivianos y santanderistas, fueron rápidamente sustituídas por la oposición, por el odio, entre venezolanos y granadinos. De tal manera, cuando la escuadra peruana atacaba a Guayaquil y el General La Mar, al frente de 8.500 hombres avanzaba hacia las provincias colombianas de Cuenca y Loja, el Libertador se enteraba de que los coroneles granadinos José María Obando y José Hilario López, después de proclamarse defensores de la Constitución de Cúcuta, se habían levantado en armas en el Cauca. Así, entre la capital y el foco amenazado por las tropas extranjeras invasoras, emergía una insurrección de los propios nacionales, destinada a hacer extraordinariamente difícil para Bolívar la defensa de las fronteras de la República tan gravemente amenazadas.

No eran tales dificultades las únicas que en aquellos dramáticos momentos impedían a Bolívar dar una atención preferente a la sorpresiva agresión peruana; al encaminarse al Sur, para enfrentarse personalmente a la rebelión de López y Obando, en la población de Bojacá recibió una nota del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Estanislao Vergara, en la cual le ponía en antecedentes de un proyecto que el Consejo de Gobierno había procedido a adelantar sin su consentimiento después de la conspiración, y se le solicitaba su autorización para continuarlo.

El Consejo —compuesto por Castillo Rada, el General Urdaneta, José Manuel Restrepo y Estanislao Vergara— después del 25 de septiembre juzgó imposible gobernar por más tiempo a Colombia dentro de las normas de un sistema republicano y representativo, constituyó secretamente una junta de personalidades notables para preparar un plan de monarquía constitucional e inició conversaciones informales con los representantes diplomáticos de la Gran Bretaña y Francia para inquirir el concepto de tales gobiernos ante una posible sustitución del régimen republicano en Colombia por una monarquía de ese tipo. Desde el principio de las mismas conversaciones se puso de manifiesto cómo el gran problema a resolver sería llevar al Libertador a aceptar el proyecto, pues para ninguno de sus autores era un secreto que Bolívar jamás se prestaría a participar en el desenvolvimiento de gestiones que tuvieran como finalidad su propia coronación. Movidos por esta convicción, se orientaron a dar a sus planes una forma que permitiera la implantación del régimen monárquico con una especie de Regencia del Libertador durante su vida y la coronación de un príncipe europeo a su muerte.

Sin embargo, en sus conversaciones con los emisarios de Francia e Inglaterra no tardaron los miembros del Consejo en encontrarse con una dificultad que estaba destinada a complicar desde sus principios el desarrollo de los planes monarquistas y a llevarlos finalmente al fracaso: la oposición del representante inglés a que se llamara un príncipe de la casa de Francia para reinar en Colombia, casa designada por los miembros del Consejo por ser la de un pueblo latino y católico. Tal dificultad, llevó al Consejo de Gobierno a pensar en la necesidad de informar al Libertador sobre sus gestiones y a solicitarle concepto sobre ellas. Tal fué el origen de la nota atrás citada, que Bolívar recibió en Bojacá el día 13 de diciembre de 1828.

No quiso el Libertador perder esta oportunidad para manifestar a sus amigos, comprometidos en este proyecto, la norma de conducta que se proponía seguir, y en carta del 14 de diciembre manifestó a don Estanislao Vergara su resolución de no intervenir en los desenvolvimientos del mencionado proyecto y dejar al Gobierno que le sucediera o al Congreso que, con carácter de constituyente había convocado al salir de Bogota, en completa libertad de decidir sobre tan delicada materia: "Ya que usted me pide —le decía— mi opinión particular para, con arreglo a ella, dar instrucciones al señor Madrid, yo diré a usted que siendo una materia ardua, espinosa y aventurada, yo creo que una anticipada resolución podría comprometer al Gobierno de Colombia... Un Gobierno cuya posición es precaria y vacilante no puede tener miras extensas. **Mañana u otro día sucederá otra administración a la presente, y ella o el Congreso resolverán lo conveniente sobre los compromisos en que pueda empeñarse Colombia."**

Deseoso Bolivar de poner término a la revuelta en el Cauca, con mayor razón cuando rumores llegados de Pasto le anunciaban que Obando se ufanaba de la coördinación de sus operaciones con las de los ejércitos invasores peruanos, ordenó al General Córdoba salir de Antioquia en dirección a Popayán y ocuparlo, mientras él concentraba, en el centro de la República, el grueso de las fuerzas que habría de conducir al Sur para responder debidamente a la agresión peruana.

Al tiempo que el Libertador dejaba a Bojacá y tomaba los caminos del Sur, la escuadra peruana, después de infructuosos bombardeos a Guayaquil, cambiaba de táctica y se internaba por las bocas de los ríos Daule y Babahoyo para completar el cerco de la plaza, que imposibilitada para abastecerse por la pérdida de sus comunicaciones con el interior, pronto se vió precisada a capitular. El 21 de enero de 1829 el tricolor de Colombia fué arriado en sus fortalezas y los colores del Perú se levantaron en medio de los ¡vivas! y del regocijo de las tripulaciones de la escudra enemiga. Pero los sucesos de la guerra en

el Sur no se redujeron a la toma del codiciado puerto. Cuando la guarnición de Guayaquil capitulaba, el grueso de las fuerzas del Perú, al mando del Presidente La Mar, invadía la provincia colombiana de Loja y venciendo fácilmente las resistencias que se le opusieron, avanzaba hacia Cuenca. Sucre, que a su llegada a Quito había sido nombrado por el Libertador Generalísimo de las fuerzas colombianas en aquellos departamentos, reorganizó los contingentes a su mando y a pesar de la notoria inferioridad numérica de los mismos se dirigió al encuentro del enemigo, obligando a La Mar a abandonar parte del territorio ocupado y a situarse, a la defensiva, en las inexpugnables posiciones del río Saraguro.

Siguiendo instrucciones de Bolívar, el Mariscal de Ayacucho buscó un pacífico advenimiento y para el efecto envió al general peruano las condiciones de Colombia, las cuales se circunscribían al pago cumplido por parte del Perú de la deuda de guerra, a la demarcación de la frontera entre los dos Estados siguiendo la división política y civil de los antiguos virreinatos de la Nueva Granada y del Perú y a la reducción de las fuerzas militares peruanas a un número equivalente al de las colombianas acantonadas en los departamentos del Sur. La Mar respondió con una contrapropuesta en la que exigía a Colombia reparaciones de guerra y solicitaba que Guayaquil y su provincia quedaran, para el efecto de las demarcaciones fronterizas, en las condiciones de 1822.

A pesar de las dificultades evidentes para conciliar aspiraciones tan contradictorias, La Mar aceptó el nombramiento de negociadores, pero mientras los emisarios de los dos países cumplían su tarea, el peruano procedió a abandonar silenciosamente sus posiciones y con un hábil movimiento de flanqueo se encaminó a Girón para colocarse con el grueso de sus tropas a la espalda del ejército colombiano. Afortunadamente Sucre tuvo oportuna información de la traidora maniobra y con parecida celeridad envió dos compañías colombianas a atacar los contingentes que La Mar dejó en Saraguro, y mientras estas compañías conseguían fácilmente su objetivo, con el grueso del ejército se dirigió también a Girón, para conservar sus comunicaciones con Colombia y evitar a La Mar su contacto con las fuerzas de Guayaquil. Empeñados los dos ejércitos en evitar un encuentro en condiciones desventajosas, en una serie de hábiles maniobras se acercaron al Portete de Tarqui, que La Mar se apresuró a ocupar el 26 de febrero. El 27 al amanecer las fuerzas de Colombia pudieron divisar los atrincheramientos enemigos, y en aquel campo, que pronto sería de gloria para uno de los combatientes, quedaron enfrentados el Mariscal Antonio José de Sucre y aquél de sus antiguos generales que en la histórica acción de Ayacucho estuvo a punto, por su noto-

ria impericia, de entregar el triunfo de los selectos batallones realistas de Valdés. En esta ocasion las naciones americanas tampoco tuvieron la oportunidad de apreciar los méritos militares del Presidente del Perú, pues no bien comenzó el ataque colombiano contra las posiciones enemigas, a pesar de que inicialmente flanqueó el batallón Yaguachi, al entrar en batalla la segunda y tercera división del ejército de Colombia las filas peruanas se rompieron ante su destructor impacto y después del desorden que se introdujo en ellas, se inició la desbandada general y la casi destrucción del ejército con que La Mar temerariamente había pisado tierra colombiana. Como consecuencia de esta decisiva derrota para los planes del Perú, el 28 de febrero Sucre firmó en Girón un armisticio con las fuerzas vencidas, en el cual se incorporaron las solicitudes fundamentales formuladas por Colombia al iniciarse las hostilidades. Pero la falacia, característica de toda las actividades públicas de La Mar, no tardó en encontrar pretextos para no dar debido cumplimiento a lo pactado, y cuando el Libertador —después de transitorio entendimiento con Obando y López—, llegaba a Quito y recibía en solemne ceremonia las banderas tomadas por Sucre en el Portete de Tarqui, el jefe del Gobierno peruano reunía un nuevo ejército en Piura y ordenaba al Comandante de Guayaquil no entregar la plaza y resistir a los colombianos si intentaban ocuparla.

Mas, el esfuerzo que se vió obligado a imponer al pueblo para la formación de este nuevo ejército, como los temores de importantes sectores de la clase dirigente peruana, ya conscientes de que la política de La Mar, aunada a su ineptitud militar, se iban a encargar de producir bien pronto lo que todos trataban de evitar, es decir, una nueva intervención del Libertador en el Perú, los llevaron a buscar un entendimiento con el Presidente de Colombia para alejar así la posibilidad de una guerra, que estaban seguros de perder. Consecuencia de este convencimiento fué la rebelión contra La Mar, encabezada en Lima por don José Gutiérrez de la Fuente, su detención en Piura realizada por el General Gamarra y su inmediata expulsión del Perú. Apropiado fin para este hombre, digno compañero de los traidores Riva Aguero y Torre Tagle.

Destituído La Mar, el General Gamarra asumió el mando e inmediatamente se dirigió al Libertador anunciándole su propósito de llegar a un pronto y satisfactorio arreglo con Colombia y de hacerlo sobre la base de dar cumplida ejecución al armisticio firmado en Girón, con algunas modificaciones de detalle. A esta buena nueva se agregaron en aquellos días informaciones enviadas al Libertador de Bolivia, por las cuales supo que el Mariscal de Santa Cruz, uno de sus más fieles amigos y admiradores, había asumido el mando en aquella

República y restaurado en ella el régimen de la Carta boliviana, abolido cuando ocurrió la invasión de los ejércitos peruanos.



La relativa calma que permitió a Bolívar el buen estado de los negocios políticos en el Sur no debía durar mucho tiempo; cuando las fuerzas peruanas entregaban a Colombia el puerto de Guayaquil, el Libertador se enteraba de un suceso que justamente le llenó de alarma y de sorpresa: la insurrección contra el Gobierno, iniciada en la provincia de Antioquia por uno de los oficiales a quienes más afecto había profesado y cuya lealtad nunca había sido motivo de dudas para él: el General José María Córdoba. ¿Qué había ocurrido para que el héroe de Ayacucho, hasta ayer uno de los más exaltados bolivianos, se hubiera pasado espectacularmente al campo de los adversarios de Bolívar y optado por seguir el camino de la rebelión, iniciado en la Nueva Granada por los generales Obando y López?

Que por aquella época, primero en la capital y luego en el resto del territorio nacional, se descubrieron las gestiones del Consejo de Ministros para establecer en Colombia el régimen monárquico. Se supo entonces de las famosas juntas de notables convocadas secretamente por el Consejo y de la profusa correspondencia que los miembros de este como los participantes en tales juntas habían sostenido y sostenían con agentes y corresponsales en todo el país, con la mira de difundir el sentido y detalles del plan monarquista y de preparar un ambiente susceptible de influir decisivamente sobre el Congreso Constituyente próximo a reunirse. Una ola de indignación ahogó entonces el entusiasmo causado por la victoria de Tarqui y todo el partido santanderista, silenciado por el destierro de su jefe y el desprestigio que le alcanzó el atentado del 25 de septiembre, encontró nueva y atractiva bandera para demandar el apoyo de la opinión pública y provocar una división radical en las propias fuerzas militares, pues gran parte de la oficialidad granadina, hasta ayer fiel al gobierno y al Libertador, no disimuló su repugnancia por "la ambición de una corona" que la prensa liberal atribuyó a Bolívar inmediatamente fueron del dominio público los detalles del insólito plan del Consejo de Gobierno. Al tiempo que Córdoba se alzaba en armas contra el "usurpador", la misma prensa europea recogía las informaciones de corresponsales oficiosos y acusaba al hombre que hasta ayer había alabado como el símbolo de la Libertad de tirano y de traidor a sus ideales. El célebre publicista liberal francés, Benjamin Constant, en el "Courier Francais", abrió un verdadero proceso acusatorio contra Bolívar, denunciando ante la

opinión europea un pretendido plan del Libertador para coronarse y traicionar los ideales que en otros tiempos representó como Libertador de la América española.

Durante los meses que Bolívar permaneció en Quito y Guayaquil, su actitud frente a las vagas consultas que sobre el plan de monarquía le formularon los miembros del Consejo de Gobierno tuvo cierto carácter equívoco, pues no hubo de su parte ninguna desautorización para tal plan. Este silencio —que a tantas confusiones se prestaría en el futuro— tiene su explicación en dos circunstancias: primera, que Bolívar había notificado a los miembros del Consejo su resolución de renunciar definitivamente al mando, por lo cual no se consideraba con autoridad para oponerse a soluciones políticas que personajes tan eminentes, posibles sucesores suyos, consideraban absolutamente necesarias para Colombia, si ya lo había hecho una vez, como consta en su carta de Bojacá, atrás citada; y segunda, que dada la insistencia de Urdaneta, Vergara y Restrepo en los planes monarquistas, la cual le colocaba ante la grave alternativa de prohijar tales planes o de desautorizar al Consejo en momentos en que se enfrentaba a la insurrección de Córdoba, Bolívar se inclinó a darle la oportunidad al Consejo de someter sus proyectos a la dura prueba de la realidad, seguro de que ella se encargaría, como ocurrió efectivamente, de poner en evidencia la impracticabilidad e inconveniencia de los mismos.

Pero esta actitud imprecisa y si se quiere equívoca, no tardaría en colocar a Bolívar en la más difícil situación en Guayaquil, pues el señor Campbell, representante de la Gran Bretaña en Colombia, estimulado por el entusiasmo que, en favor del mencionado proyecto, había advertido en todos los miembros del Consejo y probablemente autorizado por ellos, en nota oficial fechada el 31 de mayo de 1829, se dirigió al Libertador solicitándole su concepto sobre el plan de monarquía y dejándole entrever que en líneas generales su Gobierno lo miraba con simpatía.

¿Cuáles eran, para el Libertador, las implicaciones de esta grave consulta, formulada por el representante de la primera potencia de su época? Para comprenderlas, debe tenerse en cuenta que en aquellos momentos se precisaban ya con líneas firmes las aspiraciones imperiales que sobre este Continente, convulsionado por el desorden social, tenían la Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos de Norteamérica. Y no debe tampoco olvidarse que existiendo en aquellos años, como existía, una lucha decisiva entre las instituciones republicanas, representadas con singular autoridad por los Estados Unidos y las instituciones monárquicas, que tenían su más sólido valuarte en

la monarquía británica y en el régimen de la Restauración de Francia, las aspiraciones rivales de estos diferentes centros de poder imperial tendían a buscar su expansión política e ideológica y el predominio de sus intereses comerciales, a través de los principios de gobierno que cada uno de ellos representaba. Por eso los ingleses y los franceses veían con simpatía la posible instauración del régimen monárquico en la América Hispana, seguros de que por este camino adquirirían decisiva influencia en el Sur del Hemisferio y los americanos del Norte, después de haber logrado una sabia organización política de tipo auténticamente republicano, miraban hacia las antiguas colonias de España con el evidente interés de llevar adelante la política que sintetizaban en el principio del "Destino Manifiesto", provocando la organización de los nuevos Estados suramericanos en forma republicana, seguros de que así garantizaban su influencia sobre ellos para el futuro y sobre todo, de que así cerraban el camino a la penetración imperialista de las naciones europeas.

Bolívar, que en materias políticas se hallaba situado en un punto intermedio entre las aspiraciones monarquistas de los gobiernos europeos, y los ideales republicanos de los Estados Unidos, y que se hallaba colocado en ese punto intermedio porque para las realidades americanas no juzgaba practicable ni las instituciones monárquicas ni la república de estilo norteamericano, después de meditarlo mucho había concebido el plan de buscar una estrecha liga con la Gran Bretaña para que ella se comprometiera a garantizar, ante el mundo, una organización política de la América hispana que siguiera las grandes líneas del Código boliviano, cuyas características, como él bien lo sabía, debían despertar la implacable oposición de los Estados Unidos y posiblemente permitir que potencias europeas, como España y Francia —con aspiraciones coloniales sobre el Nuevo Mundo—, se aprovecharan de la oposición y resistencia que esta Constitución suscitaría para fomentar rebeliones susceptibles de permitirles adquirir la influencia comercial y política que ambicionaban. Por eso el Secretario del Libertador, el 4 de abril de 1829, desde el Cuartel General de Buijó, se dirigió al Consejo de Ministros expresándoles el deseo de Bolívar de que procedieran a adelantar las gestiones diplomáticas conducentes a obtener una alianza con una gran potencia europea, alianza que significara la "protección y garantía" que el Libertador consideraba necesaria para dar a la América Hispana **una organización política no monárquica, pero sí diferente de la norteamericana**.

Infortunadamente esta comunicación fué mal interpretada por los miembros del Consejo, que preocupados solamente de sus planes monarquistas entendieron que ella era la autorización deseada para adelantar oficialmente ante las Cortes europeas, como procedieron a

hacerlo, las gestiones destinadas a obtener la coronación de un príncipe francés en Colombia.

Que el espíritu y sentido de la nota del Secretario del Libertador no implicaba autorización alguna para adelantar esta clase de gestiones, lo demostró una segunda nota del mismo al Ministro de Relaciones Exteriores, fechada el día 6 de julio, en la cual le hacía las correcciones del caso a esa errada interpretación. Lo que Bolívar solicitaba era una alianza destinada a hacer viable la protección de la Gran Bretaña para la organización política de América en la forma que él la deseaba y no una gestión para coronar príncipes europeos en Colombia. Los lineamientos de este plan, que ninguna semejanza guardaba con las gestiones del Consejo de Ministros, están expresados en forma general en el proyecto que el Libertador redactó para presentarlo al Congreso de Panamá, pero que el desarrollo de los acontecimientos de aquella célebre Asamblea no le permitió hacerlo (*).

Dados tales antecedentes, la nota del representante inglés planteaba a Bolívar un delicado problema, pues ella revelaba una posible simpatía del Gobierno británico por la solución monarquista, simpatía que había tomado forma ante la decisión que el señor Campbell pudo adivinar en todos los miembros del Consejo. Si Bolívar, pues, manifestaba francamente su resistencia a una solución política de esta

---

(*) En documento suyo, Bolívar presentó así su proyecto: "El Congreso de Panamá reunirá todos los representantes de la América y un agente diplomático del Gobierno de S. M. B. Este Congreso parece destinado a formar la liga más vasta, o más extraordinaria o más fuerte que ha aparecido hasta el día sobre la tierra. La Santa Alianza será inferior en poder a esta confederación, siempre que la Gran Bretaña quiera tomar parte en ella, como Miembro Constituyente. El género humano daría mil bendiciones a esta liga de salud y la América como la Gran Bretaña cogerían cosechas de beneficios. Las relaciones de las sociedades políticas recibirían un código de derecho público por regla de conducta universal.

1º—El Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador en un congreso general y permanente.

2º—La existencia de estos nuevos Estados obtendría nuevas garantías.

3º—La España haría la paz por respeto a la Inglaterra y la Santa Alianza prestaría su reconocimiento a estas naciones nacientes.

4º—El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados, y dentro de cada uno de ellos.

5º—Ninguno sería débil con respecto a otro: ninguno sería más fuerte.

6º—Un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas.

7º—La fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas.

8º—La diferencia de origen y de colores perdería su influencia y poder.

9º—La América no temería más a ese tremendo monstruo que ha devorado a

naturaleza, no sólo se exponia a que se le juzgara como adversario de la Gran Bretaña, evidentemente interesada en que el Sur del Hemisferio se organizara políticamente en forma que lo vinculada al Viejo Continente, sino a aparecer desautorizando al Consejo de Gobierno en momentos en que se hallaba empeñado en la lucha contra la rebelión de Córdoba y la oposición de todo el partido santanderista, que contaba con las secretas simpatías de los Estados Unidos. En tales circunstancias, Bolívar decidió dar respuesta al emisario británico sin rechazar abiertamente el proyecto del Consejo, sino exponiendo imparcialmente sus inconvenientes y aplazando su concepto definitivo al respecto para cuando se hubiera aclarado un detalle que, en concepto de Bolívar, estaba destinado a hacer fracasar el plan monarquista: el acuerdo entre Inglaterra y Francia para la elección de dinastía.

De esta manera asumía una actitud diplomática ante el reprentante de Su Majestad Británica, actitud que le permitía no enajenarse la amistad de la Gran Bretaña ni solidarizarse con un proyecto, como el de monarquía, que en su opinión no tenia viabilidad en la América hispana. El 5 de agosto desde Guayaquil, y en los siguientes términos, dió respuesta al señor Campbell: "Lo que usted se sirve decirme con respecto al nuevo proyecto de nombrar un sucesor de mi autoridad que sea príncipe europeo, no me coge de nuevo, **porque algo se me había anunciado con no poco misterio y algo de timidez, pues conocen mi modo de pensar.**

"No sé qué decir a usted sobre esta idea, **que encierra mil inconvenientes.** Usted debe conocer que por mi parte no habrá ninguno. **determinado como estoy a dejar el mando en este próximo Congreso:**

---

la isla de Santo Domingo; ni tampoco temería la preponderancia numérica de los primitivos habitadores.

10.—La reforma social, en fin, se habría alcanzado bajo los santos auspicios de la libertad y de la paz, pero la Inglaterra debería tomar necesariamente en sus manos el fiel de esta balanza.

La Gran Bretaña alcanzaría, sin duda, ventajas considerables por este arreglo.

1º—Su influencia en Europa se aumentaría progresivamente y sus decisiones vendría a ser las del destino.

2º—La América le serviría como de un opulento dominio de comercio.

3º—Sería para ella la América el centro de sus relaciones entre el Asia y la Europa.

4º—Los ingleses se considerarían iguales a los ciudadanos de América.

5º—Las relaciones mutuas entre los dos paises lograrían con el tiempo ser unas mismas.

6º—El carácter británico y sus costumbres las tomarían los americanos por los objetos normales de su existencia futura.

7º—En la marcha de los siglos, podría encontrarse, quizá, una sola nación cubriendo al universo —la federal—."

mas, ¿quién podrá mitigar la ambición de nuestros jefes y el temor de la desigualdad en el bajo pueblo? ¿No cree usted que Inglaterra sentiría celos por la elección que se hiciera de un Borbón? ¿Cuánto no se opondrían los nuevos Estados americanos? ¿Y los Estados Unidos, que parecen destinados a plagar la América de miserias a nombre de la libertad?...

"En fin, estoy muy lejos de oponerme a la reorganización de Colombia conforme a las instituciones experimentadas en la sabia Europa. Por el contrario, me alegraría infinito y reanimaría mis fuerzas para ayudar a una obra que se podría llamar de salvación, y que se conseguiría, no sin dificultad, sostenidos nosotros de la Inglaterra y de la Francia. Con estos poderosos auxiliares seríamos capaces de todo: sin ellos, no. Por lo mismo, yo me reservo para dar mi dictamen **definitivo cuando sepamos qué piensan los gobiernos de Inglaterra y de Francia sobre el mencionado cambio de sistema y la elección de dinastía.**"

Tal es la comunicación que ha servido a todos los detractores de Bolívar para acusarle de monarquista, porque ella ha sido interpretada sin tener en cuenta sus antecedentes. Pero las circunstancias que reducen esta nota a sus verdaderas proporciones, es, decir, a la categoría de una comunicación diplomática destinada a evadir todo compromiso de parte de Bolívar en el proyecto monarquista —como bien lo entendió el Ministro inglés—, son sus actividades inmediatamente posteriores, destinadas a provocar la celebración de unas elecciones para el Congreso constituyente, libres de toda influencia por parte del gobierno y la comunicación que el 13 de julio dirigió al Ministro de Relaciones Exteriores, al autor de las gestiones diplomáticas con los gobiernos europeos: "**Yo** —le escribió— **he dicho hasta ahora a ustedes, sí, sí, a todo cuanto me han propuesto sin atreverme a dar mi opinión verdadera, temiendo que interceptaran mis cartas y se prevalieran de ellas para hacer la guerra al mismo Gobierno y alarmar a la multitud contra le Consejo.**

"Mi opinión es vieja, y por lo mismo creo haberla meditado mucho.

"Primero.—No pudiendo yo continuar por mucho tiempo a la cabeza del Gobierno, luego que yo falte, el país se dividirá en medio de la guerra civil y de los desórdenes más espantosos.

"Segundo.—Para impedir daños tan horribles, que necesariamente deben suceder antes de diez años, es preferible dividir el país con legalidad, en paz y buena armonía.

"Tercero.—Si los representantes del pueblo en el Congreso juzgan que esta providencia será bien aceptada por éste, deben verifi-

carlo lisa y llanamente, declarando, al mismo tiempo, todo lo que es concerniente a los intereses y derechos comunes...

"Quinto.—No pudiéndose adoptar ninguna de estas medidas porque el Congreso se oponga a ellas, en este extremo solamente debe pensarse en un gobierno vitalicio como el de Bolivia, con un senado hereditario como el que propuse en Guayana. Esto es todo cuanto podemos hacer para consultar la estabilidad del Gobierno, estabilidad que yo juzgo quimérica entre Venezuela y Nueva Granada, porque en ambos países existen antipatías que no pueden vencerse. El partido de Páez y el de Santander están en este punto completamente de acuerdo aunque el resto del país se oponga a estas ideas.

"El pensamiento de una monarquía extranjera para sucederme en el mando, por ventajosa que fuera en sus resultados, veo mil inconvenientes para conseguirla:

"Primero.—Ningún príncipe extranjero admitirá por patrimonio un principado anárquico y sin garantías.

"Segundo.—Las deudas nacionales y la pobreza del país no ofrecen medios para mantener un príncipe y una corte miserablemente.

"Tercero.—Las clases inferiores se alarmarán, temiendo los defectos de la aristocracia y de la desigualdad.

"Cuarto.—Los Generales y ambiciosos de todas condiciones, no podrán soportar la idea de verse privados del mando supremo.

"No he hablado de los inconvenientes europeos, porque pudiera darse el caso de que no los hubiera, suponiendo siempre una rara combinación de circunstancias felices."

Se necesita tener esa probada mala voluntad para interpretar los actos de Bolívar que ha distinguido a muchos de sus detractores, para atribuirle ambiciones o ideas monárquicas, que él siempre rechazó. Sus concepciones políticas, en este grave momento de la historia de América, eran idénticas a las que expuso a San Martín en la Conferencia de Guayaquil, cuando se negó categóricamente a colaborar en los planes monarquistas del general argentino, y a las que proclamó en los días siguientes a la presentación del Código boliviano; ellas se circunscribían al reconocimiento de los profundos anhelos autonomistas que caracterizaban a las antiguas comunidades o demarcaciones coloniales y a perseguir su agrupación por medio del vínculo de un Presidente vitalicio que dirigiera las relaciones exteriores y comandara el ejército, al tiempo que tales comunidades conservaban su soberanía completa para el manejo de sus asuntos internos. Tal es el criterio implícito en ésta última comunicación, destinada a orientar a los miembros del Consejo de Gobierno ante la eminencia de las elecciones para integrar el Congreso Constituyente que, de acuerdo con los deseos de Bolívar, debía dar, en forma libé-

rrima a la República, la organización política que juzgara conveniente.



A mediados del mes de agosto de 1829, Bolívar sufrió un gravísimo ataque de "bilis nerviosa", según lo calificaba en sus cartas, ataque que mejor podía considerarse como un desarreglo general de su salud, que no tardaría en colocarle al borde de la tumba. La medida como ella se hallaba quebrantada, puede apreciarse en su carta del 13 de septiembre para O'Leary, en la cual le dice: "No es creíble el estado en que estoy, según lo que he sido toda mi vida; y bien sea que mi robustez espiritual ha sufrido mucha decadencia o que mi constitución se ha arruinado en gran manera, lo que no deja duda es que me siento sin fuerzas para nada y que ningún estímulo puede reanimarlas. Una calma universal, o más bien una tibieza absoluta me ha sobrecogido y me domina completamente. **Estoy tan penetrado de mi incapacidad para continuar más tiempo en el servicio público, que me he creído obligado a descubrir a mis más íntimos la necesidad que veo de separarme del mando supremo para siempre, a fin de que se adopten por su parte aquellas resoluciones que les sean más convenientes.**"

El 23 de septiembre y una vez cumplidas las formalidades finales del tratado de paz con el Perú, el Libertador dejó a Guayaquil y se encaminó a Quito en vía a Bogotá. Al llegar a la población de Babahoyo una comunicación del Mariscal Sucre, a quien Bolívar había solicitado aceptar el mando que él pensaba declinar irrevocablemente en el Congreso, aumentó no sólo su amargura sino el tremendo pesimismo que le dominaba, pues en ella el héroe de Ayacucho se negaba a encargarse del Gobierno y le hacía responsable de los grandes males que, en concepto de este, no tardarían en sobrevenir a Colombia como consecuencia de la actitud que había llevado a Bolívar a convocar un Congreso para decidir definitivamente sobre la organización política de la República y a permitir unas elecciones tan libérrimas como las que estaban cumpliéndose en esos momentos para constituirlo. "A usted —le contestó Bolívar— no le gusta la medida que he adoptado para consultar la opinión pública. También yo preveo los mismos males que se temen. Sin embargo, no me arrepiento del paso dado, **pues ya yo también estoy pensando en mí.** Cada uno debe hacer lo que mejor crea que conviene: el Congreso hará lo que él crea que conviene a todos. Si yo fuera congresista haría mi deber: me conformaría con la opinión pública. Vería lo que realmente desea mi país y lo haría sin pararme. Esto mismo es lo

que me atrevería a decir a esos señores. Si no quieren ir por el país sino por ellos mismos, eso es otra cosa. **También soy liberal; nadie lo creerá, sin embargo.**"

Este era el hombre a quien sus detractores acusaban de usurpador y de ambicionar una corona, y a quien los historiadores enemigos de su memoria habrían de responsabilizar de un plan monarquista, en el cual no tuvo participación, pues siempre lo consideró incompatible con las realidades sociales de la América hispana y con su título de Libertador!

Capítulo XXXVII

ARAR EN EL MAR

"Nadie es grande impúnemente."
SIMON BOLIVAR

"La independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás."
SIMON BOLIVAR

La autoridad en América como un problema humano.—Candidatura de Sucre.—Bolívar condena los planes monarquistas.—Dimisión del mando.—"¡Mi gloria! ¿Por qué me la arrebatan?"—El juicio de la posteridad, su último refugio.—Hacia el exilio voluntario.—Gallardía del carácter español.—San Pedro Alejandrino.—"Mis perseguidores me han conducido a las puertas del sepulcro."

En los largos y lentos días de viaje hacia Pasto, a pesar de las demostraciones de entusiasmo de que se le hizo objeto en el camino, Bolívar se reafirmó en su propósito de renunciar definitivamente al mando, pues enterado, por la correspondencia que le llegaba desde todos los extremos de la República, de la influencia decisiva que en la radical división de Colombia tenían las ambiciones de los jefes y caudillos más destacados de la guerra de independencia por participar, para su propio beneficio, en la sucesión presidencial, no se le ocultó la conveniencia de aprovechar los días que le restaban de vida para provocar un movimiento político que permitiera la transmisión tranquila y ordenada de la autoridad que había ejercido durante quince años a un hombre capaz de garantizar la continuidad de su obra, porque sinceramente participara de los propósitos políticos que

habían guiado su conducta de mandatario en esos años de denodados esfuerzos. A dar este paso lo impulsaba no una mezquina ambición, sino la seguridad de que la empresa de su vida estaba al borde de su crisis definitiva, pues en el momento en que él se sentía decaer vitalmente y las dolencias de su organismo se multiplicaban, de todos los extremos de la República le llegaban noticias conflictivas, anuncios de revoluciones fracasadas o en vía de cumplirse, presagios de que no pudiendo Colombia "soportar la libertad ni la esclavitud, sufriría mil revoluciones que harán necesarias mil usurpaciones".

A esta solución le impulsaba también la conciencia —que sólo él podía tener en toda plenitud— de que la sucesión presidencial no era un asunto puramente legal sino un problema humano, humano porque en la América del Sur no eran las instituciones las que garantizaban la influencia de los gobernantes, sino la influencia personal de los gobernantes la razón del prestigio de esas instituciones; que la autoridad en Colombia no estaba sustentada —como hubiera sido deseable— sobre la orden jurídico, sino sobre el enorme prestigio alcanzado por él en quince años de triunfar y de ser derrotado, de mandar y ser desobedecido, de conducir a pueblos que no creyeron inicialmente en la libertad a conquistarla y a proceder, en el disfrute de ella, a su organización política. Y a Bolívar, menos que a nadie, se le espacaban las consecuencias de este hecho, que al indicarle cuán incompleta estaba aún su obra política, debía llevarle a considerarse obligado a no exponer a los pueblos americanos a los efectos del tremendo vacío que en su estabilidad se presentaría en el momento de su fallecimiento o de su ausencia de Colombia.

Por eso al tiempo que tomaba la decisión de abandonar el mando optaba también por aplazar su partida para el exterior, con el fin de colaborar a la afirmación y estabilidad del gobierno que le sucediera y de hacerlo durante el tiempo que las circunstancias lo recomendaran. "Allá va una idea —le escribía a O'Leary— para que usted le dé vueltas y la considere bien: ¿no sería mejor para Colombia y para mí, y aún más para la opinión, que se nombrase un Presidente y a mí se me dejase de simple Generalísimo? Yo daría vueltas alrededor del gobierno como un toro alrededor de su manada de vacas. Yo le defendería con todas mis fuerzas y las de la República. Este Gobierno sería más fuerte que el mío, porque añadiría a mis fuerzas propias las intrínsecas del gobierno y las particulares del personaje que lo sirviera."

El Libertador se encaminó a Popayán, donde tenía pensado detenerse para no estar presente en la capital durante las deliberaciones del Congreso, para alejar toda sospecha sobre supuestas intenciones suyas de recortar la libertad de los representantes del pueblo o de

influir indebidamente en sus conciencias (*). En esta ciudad pudo advertir, en la copiosa correspondencia que le esperaba, cómo frente a sus propósitos de dimitir el mando y de no intervenir en las deliberaciones del Congreso, emergían dos tendencias francamente incompatibles con las soluciones imaginadas por él para aquella grave emergencia: la representada por el partido simpatizante con la política monarquista del Consejo de Gobierno, que a pesar de sus categóricas manifestaciones no escatimaba esfuerzo para influir en el ánimo de los representantes en favor de la solución monárquica, y la facción de Páez en Venezuela, la cual no ocultaba su propósito de exigir, como requisito insustituíble para la continuación de la unión política de la Nueva Granada y Venezuela, la elección por el Congreso del General Páez como Presidente de la República, alegando que, después del largo ejercicio del mando por un granadino, por Santander, había llegado el "turno" a los venezolanos.

Enterado Bolívar de la decisión con que los dos partidos defendían sus aspiraciones, optó por notificarlos públicamente de su desacuerdo con ellas; el 22 de noviembre su Secretario se dirigió al Consejo de Ministros en una sensacional comunicación que provocó tremendo revuelo en la opinión pública, pues ella constituía categórica desautorización para los planes monarquistas y las gestiones que los miembros del Consejo venían adelantando con los representantes al Congreso, para comprometerlos en los desarrollos y finalidades de tales gestiones. La comunicación mencionada decía: "...Es, por tanto, el dictamen de S. E.:

"Que se deje a aquel cuerpo representativo de la soberanía (al Congreso Constituyente), toda la libertad necesaria al cumpliento de sus altos deberes; y que la **Administración actual suspenda todo procedimiento que tienda a adelantar la negociación pendiente con los gobiernos de Francia y de Inglaterra"** (*).

———

(*) El 9 de noviembre el Libertador recibió en Pasto el parte oficial del Ministerio de Guerra sobre el trágico fin de la revuelta de Córdoba, ocurrido en la batalla del Santuario, donde las fuerzas del Gobierno al mando del General O'Leary destruyeron totalmente los contingentes del héroe de Ayacucho, quien herido se refugió en una chosa cercana del campo de batalla, donde fué villanamente rematado a machetazos por el oficial extranjero Ruperto Hand.

(*) Como esta comunicacion colocaba a los miembros del Consejo en la más desairada posición, en carta destinada al Ministro de Relaciones Exteriores, don Estanislao Vergara, el Libertador le explicó así su actitud: "De oficio hablo a usted sobre el negocio que se ha iniciado con los gobiernos de Francia e Inglaterra; él es muy delicado y se ha adelantado demasiado; el Congreso será el árbitro de Colombia y obrará en el sentido de la voluntad nacional, a la cual debe estar todo sometido. Me he visto obligado a dar este paso porque ustedes me han compelido de oficio."

En el caso del General Páez, Bolivar no necesitó de ninguna manifestación pública ni siquiera de buscar la oportunidad para expresar sus ideas, pues días después de su llegada a Popayán se le presentó al capitán Austria, enviado desde Venezuela por Páez para comunicarle que el caudillo del Apure no se opondría a la consolidación de la Unión Colombiana si el Congreso se decidía a elegirle Presidente; igualmente le expresó Austria que el General Páez confiaba en que el Librtador pondría al servicio de su candidatura su influencia con los legisladores.

Conocedor de las ambiciones desordenadas de Páez y también los recursos de que disponia para atentar peligrosamente contra la unión colombiana, Bolívar no quiso dar origen con su respuesta a ningún equívoco y en instrucciones escritas para Austria le ordenó manifestar a Páez que él no podía ni deseaba adelantar las gestiones de él esperadas; además, en carta particular al mismo, le declaró que su déber era respetar las decisiones de los representantes del pueblo, tanto si le investían de la calidad de Presidente como si designaban para ese cargo a persona diferente. "Digo a usted, bajo mi palabra de honor, que serviré con el mayor gusto a sus órdenes si es usted el jefe del Estado; **y deseo que usted me haga la misma protesta de su parte en el caso de que sea otro el que nos mande.**"

Aconsejado el General Páez, como en 1827, por el intrigante Peña, optó entonces por desencadenar en Venezuela una revolución contra el "mal gobierno del General Bolívar" y para dar justificación a tan ominosa empresa, procedió a invitar los "liberales" de Venezuela a desconocer la autoridad del héroe, acusándole de ser el autor de las gestiones en favor de la monarquía iniciadas por el Consejo de Gobierno. Para esta tarea se asesoró nada menos que de Leocadio Guzmán, su emisario en las épocas en que actuaba como jefe de los monarquistas en Venezuela, y el autor intelectual de la mayoría de los planes anti-democráticos que se habían fraguado en Colombia en los últimos tiempos!

El 23 de noviembre de 1829, se reunió en Valencia una junta popular y en ella se firmó un acta en la que categóricamente se declaraba "que Venezuela no debe continuar unida a la Nueva Granada y a Quito y que se dirija esta petición al Congreso Constituyente, para que teniéndola en consideración, provea los medios más justos, equitativos y pacíficos, a fin de conseguir la separación sin ocurrir a las vías de hecho". Igualmente y por instigación de Páez y de Peña, el 25 de noviembre se instaló en Caracas una asamblea popular, que fundándose en el acta de Valencia declaró su voluntad de proceder a la "separación de Venezuela del Gobierno de Bogotá y al desconocimiento del General Bolívar". El Libertador recibió en Cartago,

las dramáticas noticias de Venezuela y ante su gravedad, no vaciló en aceptar la solicitud de la Junta Preparatoria del Congreso, por medio de la cual se le había encarecido la urgencia de su pronto regreso a la Capital.

Mientras Bolívar se encaminaba a Bogotá, Páez recibía en Valencia las últimas informaciones sobre sus propósitos, tan claramente expresados a Austria, y al enterarse del poco partido que tenía su candidatura presidencial en el Congreso, procedió a convocar nueva junta popular, en la cual sus agentes obtuvieron la siguiente declaración: "Que se desconozca la autoridad de Bolívar, la de su Consejo de Gobierno y la del Congreso Constituyente; que Venezuela se separe de la unión; que el General Páez sea jefe del gobierno y que no se permita de ningún modo que vuelva el General Bolívar al territorio de Venezuela." Pero no se detuvieron ahí los facciosos de Venezuela; Páez y sus amigos procedieron inmediatamente a generalizar la insubordinación "por medio de mensajeros oficiales que corrían por las ciudades y las aldeas vociferando que Bolívar iba a ceñirse la diadema de los reyes absolutos, de acuerdo con la Santa Alianza; que se restablecería la inquisición y la esclavitud; que habría duques y condes, marqueses y barones, todos blancos, destruyéndose la igualdad de derechos concedida por la República a los indios, a los negros y a las razas mezcladas; que la junta popular de Caracas había resuelto oponerse a esta traición urdida por Bolívar con los serviles de Bogotá, y que todos los pueblos de los cuatro departamentos de Venezuela tenían que pronunciarse en igual sentido que la ciudad de Caracas, pues los generales Páez, Arismendi, Mariño y todos los demás, estaban resueltos a salvar la Patria". La ruptura entre los cuatro departamentos de Venezuela y el Gobierno de la Gran Colombia, que Bolívar trató de evitar en 1827 sacrificando sus solemnes compromisos con el General Santander, estaba a punto de cumplirse por la voluntad arbitraria del General Páez, quien anteponía a las consideraciones de conveniencia pública su ambición de formarse una "patrieeita" que le sirviera de marco a su pintoresca personalidad.

El 15 de enero de 1830, al mediodía, "hizo Bolívar —relata Posada Gutiérrez— su última entrada en esta capital (Bogotá). Las calles del tránsito se adornaron cual nunca; todos los regimientos de milicias de caballería de la Sabana, en número de 3.000 hombres, formaron en la plaza y alameda de San Victorino; un batallón de línea y uno de milicias, fuerte de 1.000 hombres, formaron en la carrera de San Victorino hasta el Palacio. Puede asegurarse que todo el que tuvo un caballo o pudo conseguirlo, salió a encontrarle. Los balcones, las ventanas, las torres, estaban llenas de gente; pero en tan grande

multitud reinaba silencio triste más que animación: las salvas de artillería, los repiques de las campanas vibraban sin producir alegría. El instinto de las masas veía más bien en aquella solemnidad los funerales de la gran República, que una entrada triunfal de su glorioso fundador. Es casi seguro que sus más fogosos enemigos se sintieron conmovidos, ahogando el patriotismo por un momento en su pecho, los bastardos sentimientos del espíritu de partido. Cuando Bolívar se presentó, yo ví algunas lágrimas derramarse. Pálido, extenuado; sus ojos brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados; su voz honda apenas perceptible, los perfiles de su rostro, todo, en fin, anunciaba en él, excitando vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo y el cercano principio de la vida inmortal".

Pero Simón Bolívar no se encontraba en aquellos tiempos enfrentado solamente al dramático derrumbe de su obra política, sino que la misma noche de su regreso a Santa Fé temblaba en su espíritu el temor, ya no del gobernante cuya voluntad desfallecía ante la magnitud de los acontecimientos adversos, sino del hombre que al acercarse la hora de encontrar, como debía ocurrir aquella noche, a la mujer que le había conocido en los mejores tiempos de su gloriosa existencia, a Manuela Sáenz, sentía el vago temor de ver en sus ojos una mirada de decepción, talvez de lástima, ante los escombros físicos a que se hallaba reducido después de esta última jornada a través del territorio de Colombia. Su torturante preocupación bien puede advertírse en su carta a Castillo, días antes de su llegada a Bogotá: "Si usted —le decía— me viera en este momento; ¡parezco un viejo de sesenta años!"

Entonces el recuerdo de las épocas mejores, de los días gloriosos de Quito y Guayaquil, llenaba su espíritu de torturante añoranza que le hacía un nudo en el corazón. Era el dolor, el tremendo dolor que deja la sensación de una felicidad que se fué para siempre!

El regreso al lado de Manuelita, después de esta prolongada separación, debía carecer del entusiasmo que hizo siempre emocionantes sus encuentros; Bolívar pudo advertir cómo de sus relaciones sólo iba quedando la adhesión apasionada de Manuela por la obra política de su amante, adhesión que en otras épocas engrandeció el amor de estos dos seres y colmó de dicha sus exaltadas sensibilidades. ¡Cuánto le debió conmover entonces —sin que una palabra saliera de sus labios—, el sentir cómo su vejez comenzaba a confundirse con su soledad, con esa soledad en cuyos silencios sólo podían percibirse ya las calumnias de sus enemigos y la marcha apresuradas de los males que roían su organismo y lo empujaban sin compasión a la calma definitiva!

En los días inmediatamente siguientes, el Libertador se entrevistó con muchos de los representantes al Congreso y a todos les manifestó su definitivo propósito de renunciar al mando el día de la instalación del Congreso Constituyente. No pudo, sin embargo, encontrar entre ellos el ambiente que hubiera deseado, en favor de una posible designación del General Sucre como sucesor. Si la mayoría de los miembros del Congreso era amiga de conservar la unidad de la República, estaba en cambio profundamente dividida en cuanto a la persona que debía reemplazar al Libertador en el gobierno de la República; granadinos y venezolanos, militares y civiles, monarquistas y liberales, partidos que en el Congreso habían guardado silencio mientras se pensó que el Libertador estaba resuelto a no ejercer influencia sobre sus deliberaciones ni a insistir en el Código boliviano, emergieron a la superficie, en forma de tendencias irreconciliables y agresivas, cuando pudo advertirse que el desenlace deseado por él para su renuncia era la elección del Mariscal Sucre como Presidente.

Para lograrlo el Libertador no sólo agotó con los representantes del pueblo los argumentos que, en su concepto, hacían recomendable la elección del Gran Mariscal de Ayacucho, sino que para reconciliarse con el pueblo granadino procedió a cambiar el Consejo de Ministros, tan comprometido en los planes monarquistas, y lo integró en su totalidad con destacadas personalidades de la Nueva Granada. No consiguieron estas gestiones, sin embargo, dar a la opinión política el rumbo deseado. Ellas sólo impulsaron a los congresistas a adoptar, frente al problema de la sucesión de Bolívar, una actitud evasiva del mismo. Manifestaron al Libertador, después de prolongada deliberación, que habiendo sido convocados para dar a la República una nueva Constitución, no se consideraban autorizados para elegir el primer mandatario, ni tampoco para aceptar la dimisión del mando que Bolívar había anunciado.

En tales circunstancias llegó la fecha acordada para la instalación del Congreso Constituyente y "reunidos en Palacio —relata uno de los congresistas— pasamos, presididos por el Libertador, a oír una misa solemne en la magnífica basílica de la Arquidiócesis, el San Pedro de América. Un saludo de veintiún cañonazos anunció el principio del sublime sacrificio incruento del catolicismo, y otro igual, su fin. En el vastísimo santuario se apiñaba numerosa y escogida concurrencia del uno y del otro sexo. y el recogimiento religioso más que la pompa exterior, solemnizó el augusto acto nacional. Las tropas formadas en la plaza hicieron los honores militares por última vez al Libertador como jefe del Estado, al salir del templo, y trasladados al lugar de las sesiones, ocupó él la silla presidencial. Allí, tomando la palabra, en breve alocución hizo presente a los diputados

la gravedad de las circunstancias, manifestándoles que de su prudencia y sabiduría esperaba la patria su salvación; y todos, de dos en dos, prestamos de sus manos el juramento que estaba en nuestro corazón, de 'cumplir nuestro deber'" Al terminar esta ceremonia, el Libertador abandonó el recinto y el Secretario del Congreso procedió a dar lectura a la proclama en que Bolívar anunciaba al pueblo colombiano su dimisión del mando, como a su Mensaje al Congreso en el cual deliberadamente se había abstenido de todo comentario sobre la organización política del país, para no dar pávulo a que se le acusara de ejercer indebida influencia sobre el ánimo de los legisladores. "¡Conciudadanos! —decía—: Hoy he dejado de mandaros... Escuchad mi última voz: al terminar mi carrera política, a nombre de Colombia os pido, os ruego, que permanezcáis unidos para que no séais los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos."

Resueltos los miembros del Congreso a evadir el problema de la sucesión presidencial, insistieron en declararse sin autorizaciones para elegir primer Mandatario y aceptar la renuncia del Libertador Igualmente acordaron enviar una comisión, compuesta por Sucre y el Obispo de Santa Marta, para entenderse, a nombre del Congreso, con el General Páez y procurar hallar una fórmula de advenimiento que hiciera posible la reincorporación de Venezuela a la República. Días después, el desarrollo de los acontecimientos en Caracas como el fracaso de la comisión del Congreso —ante la resistencia de los emisarios de Páez a aceptar toda fórmula que no implicara la independencia absoluta de Venezuela—, llevaron a Bolívar a tomar una decisión desesperada, muy propia de un temperamento tan susceptible a los agravios: ante las ofensas que se le inferían por la prensa y las insistentes negativas del Congreso a aceptar su renuncia y a elegir su sucesor, fundado en el Decreto que en 1828 reglamentó la dictadura, designó al señor Caycedo, granadino, Presidente de la República, y después de hacerle entrega formal del mando se encaminó a la quinta de Fucha para alejarse definitivamente de los negocios públicos. Pero ni siquiera ante este acto de desprendimiento, las calumnias y los insultos de la prensa respetaron su voluntario alejamiento del mando. El gobierno de Caracas dejó entrever su intención de proceder a la confiscación de las minas de Aroa, el único resto de su fortuna y con cuya venta Bolívar contaba para pasar en Europa los últimos días de su vida, y para colmar los agravios que diariamente se le irrogaban, en la puerta de la casa de su hermana María Antonia en Caracas, apareció escrita, con carbón, la siguiente y alusiva estrofa:

"María Antonia, no seas tonta,
y si lo eres, no seas tánto:

si quieres ver a Bolívar
anda, vete al Camposanto."

Pero no debían detenerse ahí los miserables que, agrupados alrededor de Páez. trataban de repartirse a Venezuela en feudos para su tropio encumbramiento y beneficio. El escritor venezolano J. A. Cova, relata así los desenlaces del Congreso convocado por Páez, en Valencia, para decretar la disolución de la Gran Colombia: "En el seno del Congreso no se debate sino la gloria de Bolívar. Una fobia hacia el grande hombre hace presa de todos los diputados, entre los que constituye una honrosa excepción, la augusta ecuanimidad del sabio y probo José María Vargas. Entre los más exaltados se cuentan: Angel Quintero, Ramón Ayala, Miguel Peña, Juan José Osío, José Tellería y un tal Antonio Febres Cordero... Angel Quintero elogia a los conspiradores de septiembre y su exaltación llega al colmo cuando dice: 'el 25 de septiembre fué un movimiento nacional, y toda la República desde el año 27 está conspirando contra Bolívar.' En una de las sesiones, sin ningún escrúpulo, se manda leer una petición infame y luégo se ordena su publicación en **El Venezolano.** La petición decía: 'Que siendo el General Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso lo declare proscrito de Venezuela.' José Luis Cabrera, diputado por Caracas, propone en la sesión del 10 de mayo 'que el pacto con Nueva Granada no puede tener efecto mientras exista en el territorio de Colombia el General Bolívar." El hombre a quien en todo el territorio de Colombia se irrogaban pública y libremente estos agravios, es el mismo a quien los historiadores antibolivianos han acusado de tirano y de traidor a la libertad que mediante los esfuerzos sobrehumanos de su vida le conquistó a la América española!

La forma agresiva como se había desarrollado el pronunciamiento autonomista de Venezuela. debía también determinar tendencias semejantes en la Nueva Granada y en los departamentos del Sur de Colombia. En la primera se produjo, poco después, un gran movimiento de opinión para presionar a los legisladores a nombrar Presidente de la República, lo que efectivamente hicieron en la persona de don Joaquín Mosquera, a pesar de la falta de autorizaciones que ellos invocaron para no hacerlo cuando el Libertador lo solicitó. En esta designación de última hora no tuvo poca influencia el que Mosquera apareciera públicamente enemistado con Bolívar, por considerar que la preferencia de éste por la candidatura de Sucre no tenía razón distinta de su deseo de impedir que el Congreso le designara a él Presidente. Igualmente, de Quito llegaron en esos días noticias a Bolívar de un movimiento político que estaba preparándose para

declarar la independencia de los departamentos del Sur y elegir Presidente del Estado que así se constituyera, al General Flórez.

Fruto de la exacerbación que existia contra Bolívar en la Nueva Granada, fueron los reproches formulados al Libertador en Fucha, por uno de los militares granadinos más adictos a su persona, el General Posada Gutiérrez. La escena, impregnada de un tremendo dramatismo, la describe el propio Posada Gutiérrez en los siguientes términos: "Allá en su retiro íbamos a verle los diputados una vez que otra, y las personas notables de la ciudad con más frecuencia que nosotros. Una tarde de las en que me hizo el honor de invitarme a su mesa, salimos solos a pasear a pie por las bellas praderas de aquella amena posesión; su andar era lento y fatigoso, su voz casi apagada le obligaba a hacer esfuerzos para hacerla inteligible; prefería las orillas del riachuelo que serpentea silencioso por la pintoresca campiña, y con los brazos cruzados, se detenía a contemplar su corriente, imagen de la vida. '¿Cuánto tiempo (me dijo) tardará esta agua en confundirse con la del inmenso océano, como se confunde el hombre en la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió? Una gran parte se evapora y se sutiliza, como la gloria humana, como la fama. ¿No es verdad, coronel?' 'Sí, mi general', contesté yo, sin saber lo que decía, conmovido con el anonadamiento en que veía caer a aquel hombre eminente, tan mal comprendido. De repente, apretándose las sienes con las manos, exclamó con voz trémula: '¡mi gloria! ¡mi gloria! ¿por qué me la arrebatan? ¿por qué me calumnian? ¡Páez! ¡Páez! Bermúdez me ha ultrajado indignamente en una proclama; pero Bermúdez fué como Mariño, siempre mi enemigo, y además estaba ofendido; fuí injusto con él en 1826. Santander se hizo mi rival para suplantarme, quiso asesinarme después de haberme hecho una guerra cruel de difamación calumniosa.' '¿Y Caracas?' le interrumpí yo para que no continuara la conversación en el terreno a que la había llevado, y en que la pasión podía hacerlo injusto. 'No es Caracas, mi general —le dije—, la que más ha ofendido a vuestra excelencia y la que lo ha hecho con más injusticia? No es en esa ciudad que lo vió nacer y por la que dijo Vuestra Excelencia en una proclama (en 1827) que lo había hecho todo, que se ha vulnerado con la afrenta y el baldón más que en ninguna otra parte, esa gloria de Vuestra Excelencia, que era la suya propia, y que justamente siente Vuestra Excelencia que le menoscaben y arrebaten?'

—" 'Veo que usted con delicadeza —me interrumpió— me encostra esa frase que otros granadinos me han reprochado con acrimonia. Volviendo yo a Caracas después de cinco años de pasar trabajos y correr riesgos, en los que la causa de la independencia estuvo vacilante, recibido por mis paisanos con tiernas demostracio-

nes de afecto, en un momento de efusión se me escapó esa frase que no solamente los granadinos sino aún los venezolanos de las provincias me han echado en cara haciéndome de ella casi un crimen. Yo siempre fuí justo con los granadinos: nunca me he olvidado de que la Nueva Granada me ayudó eficazmente para la gloriosa campaña de Venezuela de 1813, que a pesar de las desgracias de 1814 fué la que me abrió el camino para servir útilmente a la patria, después; distinguí a los granadinos que me acompañaron en ella, y honré la memoria de los que murieron, como nunca se hizo con los venezolanos; a mi regreso a Angostura. en 1819, después de la batalla de Boyacá, dije terminantemente al Congreso que a la cooperación patriótica de los pueblos de Nueva Granada al transmontar la cordillera se debió el éxito glorioso de la campaña...' En esta conversación la respiración anhelosa de Bolívar, la languidez de su mirar, los hondos suspiros que salían de su pecho oprimido, todo manifestaba la debilidad del cuerpo y el dolor del alma, inspirando compasión y respeto. ¡Qué terrible cosa es ser grande hombre!"

La seguridad de que por fatal desarrollo de los acontecimientos, los hombres a quienes había encumbrado en la formidable epopeya de su vida tendían a compactarse para buscar sus propios destinos a costa de excluirlo a él de la vida pública, le llevó el 8 de mayo de 1830, después de despedirse de Manuela Sáenz, cuya compañía rechazó por comprender que sólo infortunios podían resultar a un hombre envejecido prematuramente como él, de la proximidad de esta mujer apasionada y plena de exhuberancia, a abandonar a Bogotá camino de Cartagena, no sin que en una de las calles de la capital un grupo de exaltados se alineara a su paso para gritarle con acento desafiante y soez: ¡Longanizo! ¡Longanizo!, aplicándole el epíteto con el cual se calificaba a un loco que por aquellos días vagaba por las calles de Bogotá disfrazado de militar. Si Simón Bolívar hubiera imaginado en algunas de las horas de desventura que le tocó vivir a lo largo de su accidentada existencia, que un día se vería obligado a abandonar la capital de la nación que él fundó, acompañado solamente de un reducidísimo grupo de fieles amigos y en un silencio hostil, sólo interrumpido por los gritos afrentosos de una plebe soez, no hubiera logrado representarse la amargura que invadía su alma en estos momentos, cuando al paso lento de su cabalgadura, en una mañana brumosa de la sabana, se alejaba para siempre de la capital de Colombia.

Cuando Bolívar se detenía en Honda para recuperar un tanto sus exhaustas fuerzas, en los departamentos del Sur se cumplía el hecho ya presentido por él en los últimos tiempos: el General Flórez declaraba a tales departamentos independientes de Colombia y asumía

el mando en el Estado del Ecuador, según calificó a la entidad nacional que nacía de la desmembración de la República de Colombia. Si no hubiera estado dominado entonces por la tremenda amargura de ver cómo sus tenientes destruían, a la manera de los generales de Alejandro, la gran nación que él había formado y por cuya potencia interna había sido posible la independencia del Hemisferio hispanoamericano, un sentimiento de vanidad habría dominado a Bolívar, al comprender que aquella formidable construcción política sólo había existido por el milagro, casi inverosímil, del gran despliegue de esas energías suyas que durante veinte años le permitieron recorrer la inmensidad del Continente, inflamando con su palabra y con el ejemplo de su vida a unos pueblos que, acostumbrados a la servidumbre, habían presentido en la llamada de su potente personalidad humana un luminoso horizonte de gloria y de redención política, que ahora, cuando él se acercaba a la muerte, entraba en su eclipse, abrumado por las sombras de la anarquía, por las pasiones localistas y disolventes, cuyo apresurado galope por las tierras del Continente anunciaba ya las horas de decadencia que entregarían a la América del Sur a los horrores y pequeñeces del siglo XIX. "La situación de América —escribía Bolívar— es tan singular y tan horrible, que no es posible que ningún hombre se lisonjee de conservar el orden largo tiempo ni siquiera en una ciudad. Creo más, que la Europa entera no podría hacer ese milagro sino después de haber extinguido la raza de los americanos, o, por lo menos, la parte agente del pueblo, sin quedarse más que con los seres pasivos. Nunca he considerado un peligro tan universal como el que ahora amenaza a los americanos; he dicho mal, la posteridad no vió jamás un cuadro tan espantoso como el que ofrece la América, **más para lo futuro que para lo presente**, porque ¿dónde se ha imaginado nadie que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?... Esto es lo único en los anales de los crímenes y, lo que es peor, irremediable."

El 16 de mayo el Libertador se embarcó en Honda y "al arrancar los champanes de la playa —dice Posada— pasó a la popa y nos dió el último adiós con el sombrero en la mano". Las embarcaciones comenzaron a descender lentamente por el Magdalena en dirección a Mompós, a acercarse a los lugares donde diez y siete años atrás Bolívar había iniciado su prodigiosa carrera de caudillo de la libertad americana. Barrancas, Mompós, el Banco, Tenerife, revivieron en su espíritu entristecido el recuerdo de aquellos días heróicos, cuando joven y lleno de esperanzas se había lanzado, al frente de un puñado de soldados noveles, a la formidable aventura de emancipar a la América del poder español. Ahora todo había terminado y no resul-

taba desprovisto de ironía que, cuando vencido por la decadencia de su organismo y la ingratud de sus conciudadanos, desandaba el camino recorrido diez y siete años atrás de victoria en victoria, también su obra comenzara a desandar las sendas que la habían llevado a las más elevadas cimas de su culminación gloriosa y en ese descenso perdiera vertiginosamente el ritmo heróico que había emancipado pueblos y creado naciones, para despedazarse, para confundirse con el caos político y social, donde de ella no quedaría otro vestigio que el recuerdo legendario de la vida de su jefe, destinado a servir a los pueblos que hoy le agraviaban y expulsaban de su seno, para edificar en el porvenir un símbolo de sus destinos y un ideal de grandeza nacional.

El 20 de junio llegó el Libertador a Cartagena, donde el Comandante General de la provincia, don Mariano Montilla, le había preparado un sencilla recepción, la cual reanimó un tanto su espíritu. Tenía que ocurrir así, pues la característica más permanente de su temperamento era su tremenda sensibilidad ante las demostraciones adversas o favorables de la opinión pública. El juicio de sus conciudadanos como el de la posteridad, fueron siempre los más decisivos estímulos para comprometer a este hombre en la formidable empresa a la que consagró su vida, de tal manera que en los momentos más difíciles de su carrera política, sus energías casi se superaron para vencer todas las resistencias ante los atrayentes estímulos de esa ambición de gloria que envolvió su espíritu como un fluído que lo protegió siempre contra el impacto de las adversidades, de los desfallecimientos y del cansancio. Pero ahora esas energías espirituales y físicas habían perdido su potencia interna por las dolencias de su organismo y las calumnias e ingratitudes de sus compatriotas. Ya solamente aspiraba al juicio de la posteridad y cuando en el Continente crujía con ruido aterrador todo el edificio político que había construído trabajosamente, un inmenso desaliento inhibían su voluntad y sólo dramáticas lamentaciones, que tenían una grandeza profética, eran las señales de vida de este hombre cuya agonía tendría la majestuosa tristeza de las supremas desilusiones! Al encarecerle a Sir Robert Wilson que coperara a defenderlo en Europa contra todas las calumnias de que le hacían objeto sus empecinados adversarios, le decía: "Este servicio es de la mayor importancia **para quien ya no tiene otra vida que la que recibe de la estimación de los demás hombres.**"

Pero en estos, los postreros días de su calvario, a Bolívar le estaba reservada una última y dolorosa prueba: el 1º de julio, por el correo de Bogotá, supo que el gran Mariscal de Ayacucho, el más noble de

los generales de Colombia y también el más fiel de sus amigos (*), al dirigirse a los departamentos del Sur, en la montaña de Berruecos, había sido asesinado por oscuros malhechores, enviados por quienes aspiraban a convertir a aquellos pueblos en feudos políticos para su propio encumbramiento. Al enterarse Bolívar de la increíble y funesta noticia, exclamó horrorizado: "Dios excelso: se ha derramado la sangre del inocente Abel."

Probablemente el clima, y sin lugar a dudas el hondo traumatismo moral que le produjo el asesinato del héroe de Ayacucho, determinaron un súbdito agravamiento de todas las dolencias que le estaban matando, de tal manera que sus amigos le encarecieron la urgencia de abandonar a Cartagena. "Mi flaqueza es tal —escribía— que hoy mismo me he dado una caída formidable, cayendo de mis propios pies y medio muerto" (*).

(*) Cuando Bolívar salió de Bogotá, Sucre no alcanzó a llegar a su última residencia antes de su partida y por tal razón le escribió la siguiente y emocionada carta:' 'Cuando he ido a casa de usted para acompañarlo ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a usted. Mas, no son las palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a usted: usted los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que usted me conservará siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas las circunstancias merecerlo. Adiós, mi general, reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.—Antonio José de Sucre."

(*) No habría, sin embargo, de ser tan fácil para el Libertador el conservar la posición de aislamiento y el retiro de la vida pública a que voluntariamente se había obligado. El 17 de septiembre llegó a Cartagena el Coronel Santa María, portador de comunicaciones de Bogotá que causaron enorme entusiasmo en la ciudad, pero sólo lograron aumentar las preocupaciones del moribundo caudillo de la revolución americana; por ellas se enteró de que agudizada en la capital la lucha entre bolivianos y santanderistas, la cual tomó a última hora la forma de agresiva lid entre defensores de la unidad de la Gran Colombia y partidarios de la división de la República en tres Estados independientes, y de que vinculadas al primero de tales partidos las tropas venezolanas que permanecían en Santa Fé, especialmente el batallón Callao, cuando el Presidente Mosquera ordenó el traslado de este batallón a Tunja, había estallado un levantamiento general en la ciudad bajo las órdenes del General Urdaneta, quien depuso a Mosquera y asumió el mando. El Coronel Santa María hizo a Bolívar minucioso relato de lo acaecido y cumpliendo la parte principal de su misión le manifestó que no contando el movimiento con las guarniciones del Cauca y teniendo, además, como principal enemigo al partido de Páez, que dominaba en Venezuela, sólo la presencia de Bolívar en la capital podía asegurar su éxito. El Libertador expresó al emisario de Urdaneta las muchas razones que tenía para no intervenir nuevamente en la

En busca de clima mejor para su salud, no bien el General Montilla obtuvo que el hidalgo español, don Joaquín de Mier, ofreciera al Libertador su quinta de recreo —situada en las proximidades de Santa Marta—, Bolívar dejó a Cartagena y se encaminó a Barranquilla. Al llegar a Soledad sus dolencias se agravaron de nuevo: "Aunque he desedo irme para Santa Marta —escribía a Montilla—, por gozar de todas sus conveniencias y de las bondades de Mier, me es imposible ejecutarlo porque mis males van empeorándose y realmente no creo que pueda hacer el viaje. Desde antes de salir de Cartagena había empezado a sentir dolores en el bazo y en el hígado, y yo creía que era efecto de la bilis, pero me he desengañado porque es un ataque formal por efecto del clima a estas partes delicadas... También el reumatismo me aflije no poco, de manera que estoy inconocible. Necesito con mucha urgencia de un médico y de ponerme en curación para no salir tan pronto de este mundo..."

Su estadía en Soledad primero y días después en Barranquilla, lejos de aliviar sus males los agravaron notoriamente, de tal manera que Bolívar, en actitud de reacción desesperada, solicitó a Ur-

---

política y sólo ante la afirmación categórica del mismo de que su negativa traería como consecuencia la definitiva derrota del partido boliviano, que ya había avanzado demasiado para poder retroceder, se comprometió con Santa María a dirigir una comunicación oficial al General Urdaneta, destinada a ser publicada, en la cual manifestaría que estaba dispuesto a cooperar en el restablecimiento de la unidad de la República contra las facciones que querían destruirla, pero que simultáneamente escribiría a Urdaneta una carta reservada para ponerle de presente cuán definitivo era su pesimismo sobre los resultados y conveniencia de la aventura en que se habian comprometido sus amigos. En tal virtud, el 18 de septiembre de 1830, el Libertador se dirigió en nota oficial a "S. E. el General Rafael Urdaneta, encargado del Poder Ejecutivo de la República", para manifestarle "que se pondría en marcha hacia la capital" y en carta particular de la misma fecha le dijo lo siguiente: "¿Qué he de hacer yo contra una barrera de bronce que me separa de la Presidencia? Esa barrera es el derecho: no lo tengo ni lo ha cedido el que lo poseía; por consiguiente, esperemos las elecciones."

Las razones de esta conducta, que por su carácter aparentemente equívoco, se han prestado para que notables historiadores atribuyeran a Bolívar intenciones que no tuvo, se encuentran consignadas con definitiva claridad en su carta a don Estanislao Vergara el 25 de septiembre de 1830, en la cual le ratifica su propósito de no participar en forma alguna en la insurrección cumplida en la Capital: "Usted me dirá que todo está en oposición con mi proclama y mi oficio al gobierno. Responderé que Santa María me hizo ver que ustedes se iban a dividir en mil partidos y se arruinaba completamente la patria si redondamente yo respondía que no aceptaba: ofrecí, pues, disimular, hablando vagamente de servir como ciudadano y como soldado. Sin embargo, no dejé de manifestar al General Urdaneta que yo no iba a Bogotá ni aceptaba el mando: lo mismo he dicho a los amigos. Por consiguiente, yo no he engañado a nadie sino a los enemigos para que no acaben con ustedes de repente y de nuevo."

daneta el envío inmediato del pasaporte que necesitaba para salir de Colombia en busca de médicos competentes y al mismo tiempo hizo avisar al Capitán del bergantín "Manuel" —de propiedad del señor de Mier—, se alistara para conducirlo a Santa Marta a la mayor brevedad posible. "Ruego a usted —le decía a Urdaneta— que me mande un pasaporte, aunque puede suceder que llegue tarde; ya estoy casi todo el día en la cama por debilidad: el apetito se disminuye y la tos o irritación del pecho va de peor en peor. Si sigo así dentro de poco no sé qué será de mí y de consiguiente no puedo aguardar."

En el bergantín del hidalgo español arribó el Libertador a Santa Marta el día 1º de diciembre de 1830. En el muelle le esperaban las autoridades de la ciudad y don Joaquín de Mier, en cuyos rostros involuntariamente se dibujó un gesto de profunda lástima al contemplar a este hombre enflaquecido, casi moribundo y cuyos ojos, brillantes por la fiebre, eran el único signo de vida en aquel cuerpo descarnado y tembloroso. Imposibilitado para tenerse en pie por mucho tiempo, Bolívar fué trasladado en andas a la antigua casa del Consulado español en la ciudad, donde se le instaló provisionalmente y por primera vez le visitó el médico que le asistiría en los días finales de su existencia: el doctor Próspero Reverend

Deseoso de buscar el aire libre del campo, el día 6 de diciembre el Libertador pidió el coche y a pesar de las protestas del médico, que insistía en la necesidad de una absoluta quietud, se encaminó a la quinta del señor de Mier, a San Pedro Alejandrino, donde la tradicional hidalguía de las gentes de España ofrecería último refugio al más grande de los americanos. Años después, en Europa, ocurriría algo semejante al General San Martín. Falto de recursos y gravemente quebrantada su salud, después de haber padecido del "cólera" que azotó a Europa en 1832, "su destino, según sus propias palabras —dice Mitre— era ir a morir en un hospital. Pero un antiguo compañero de armas en la guerra de la Península, el opulento banquero Aguado, vino en su auxilio y le salvó la vida sacándolo de la miseria. Le hizo adquirir la pequeña residencia de campo de Grand Bourg a orillas del Sena, a orillas del olmo que, según tradición, plantaron los soldados de Enrique IV que sitiaban a París". Así los dos libertadores del mundo hispanoamericano —Bolívar y San Martín—, debían terminar sus vidas bajo la protección y refugio de la hidalga generosidad de las gentes de España, cuando los pueblos emancipados por ellos de la dominación peninsular, se confabulaban para desprestigiar su obra, con acerbía sin precedentes en la historia de las ingratitudes humanas. El Marqués de Mier y el banquero Aguado representan así, en este momento de la historia de los pueblos hispano-

americanos, la estirpe de aquellos grandes hombres de España que imaginaron la colonización de América como una empresa destinada a transplantar al Nuevo Mundo todo lo que tenía de noble y de heróico el carácter del pueblo peninsular.

Al llegar a San Pedro Alejandrino y no bien penetraron en el salón de recibo de la Quinta, el Libertador pudo advertir cómo en aquella casa, que le serviría de última morada, todo se reunía para revivir ante él el carácter, las costumbres y el ambiente de las gentes de España, de las que él descendía. Entonces debieron acudir a su memoria los recuerdos de su infancia, la atmósfera en que se educó —impregnada profundamente del espíritu castellano—, y al fijarse en los cuadros, en los retratos, en los viejos y derruídos tapices, talvez recordó su terrible sentencia en el Decreto de Guerra a Muerte: "Españoles, aunque seais indiferentes, contad con la muerte." Sólo la impresión de un terrible contraste, que reunió en su memoria, en un minuto, todas las ofensas y las injusticias de que había sido objeto en los últimos tiempos por parte de sus compatriotas, puede servir de antecedente para comprender la amarga frase que se escapó de sus labios: "Los tres grandes majaderos de la humanidad hemos sido: Jesucristo, Don Quijote y yo..."

La ligera mejoría que experimentó el día de su llegada a San Pedro, no se prolongó por mucho tiempo. El 8 de diciembre, en el boletín colocado en la puerta de la quinta para informar al pueblo samario de la salud del ilustre paciente, decía Reverend: "Anoche principó a variar la enfermedad. S. E., además del pequeño desvarío que ya se le había notado, estaba bastante amodorrado, tenía la cabeza caliente y los extremos fríos a ratos. La calentura le dió con más fuerza, le entró también el hipo con más frecuencia y con más tezón... Sin embargo, el enfermo disimulaba sus padecimientos, pues estando solo daba algunos quejidos"

Bolívar comenzó entonces a perder todas las esperanzas en un posible restablecimiento y aprovechando los instantes de lucidez que tuvo el 9 de diciembre —fruto de la última lucha de su organismo por sobrevivir—, hizo llamar a su Secretario y en presencia de los pocos oficiales que no habían querido abandonarle, comenzó con voz temblorosa a dictar su última proclama para sus compatriotas, que, para un hombre que se sentía morir y para quienes presenciaban aquel último y solemne acto del Libertador, debió tener, como tenia, el carácter de verdadero testamento político:

"Colombianos: Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis

enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

"Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del Santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

"¡Colombianos!

"Mis últimos votos son por la felicidad de la patria; si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro."

Vinieron luégo, lentos y terribles, los días de la agonía. "El Libertador se va empeorando más" —decía Reverend en el boletín el 14 de diciembre—. "S. E. va siempre declinando y si vuelven las fuerzas vitales a sobresalir alguna vez es para decaer un rato después; es la lucha extrema de la vida con la muerte" —dice el boletín el día 16 a la una de la tarde—. Poco después empezó el delirio precursor de la hora fatal. "Vámonos, vámonos —exclamaba el morimundo, tratando de incorporarse—, esta gente no nos quiere en esta tierra..."

El 17 de diciembre a los doce de la mañana vinieron los momentos finales. "Todos los síntomas —dice Reverend— han señalado más y más la proximidad de la muerte. Respiración anhelosa, pulso apenas sensible... A las doce empezó el ronquido y a la una en punto expiró el Libertador."

Cuando el médico francés cerró los ojos de Simón Bolívar y le cubrió con la sábana, en aquella habitación, donde se hallaban reunidos los últimos y fieles amigos del más grande de los hombres de América, sólo se oyeron los callados sollozos de su fiel mayordomo, José Palacios, sollozos que apenas lograron hacer más potético aquel silencio, en el cual temblaba el dolor reprimido de rudos militares que, para no llorar, apretaban con todas sus fuerzas las empuñaduras de sus sables, mil veces gloriosos en las batallas de la libertad.



Cuando la noticia de la muerte de Bolívar se extendió con inusitada rapidez a todo lo largo del Continente, excluyendo el pesar sincero de los amigos leales de siempre, algo así como una sensación de descanso se apoderó de los pueblos americanos y de aquellos de

sus dirigentes que habían esperado con ansiedad el momento de asumir el papel de sucesores de la autoridad política del gran hombre. Tal era la reacción de unas comunidades sobre cuyas energías Bolívar había actuado durante 20 años, proporcionándoles permanentes estímulos para que desde su condición de colonias de una Metrópoli en decadencia, no flaquearan en el difícil empeño de superar sus diferencias y antagonismos para reunirse en una vasta confederación de pueblos libres, capaces, por su unidad de propósitos y la similitud de su organización política, de asumir un papel destacado en el escenario de la política mundial.

Esa dinámica social, con la cual Bolívar aspiró a vencer el aislamiento espiritual y material que la geografía facilitaba en el Continente, resultó a la postre inferior a las condiciones que propiciaban su parcelación, pues las circunstancias que en la América del Sur había hecho posible, en el pasado, la unidad política de un conjunto social que se extendía desde el Río Grande hasta la Patagonia —la autoridad del Monarca español—, habían desaparecido con el triunfo de la revolución. La conciencia continental americana, que tuvo su tímido despertar durante la guerra de liberación, con la proximidad de la victoria reveló rápidamente sus debilidades frente a las ambiciones regionalistas que se habían consolidado durante la Colonia y el ideal de la unidad americana quedó reducido a las energías humanas de un hombre, de Simón Bolívar, contra quien comenzaron a confabularse entonces los intereses y ambiciones que preferían la parcelación a la unidad, el nacionalismo al continentalismo, intereses que en aquel momento de la historia de América estaban mucho más próximos a los anhelos presentes de sus pueblos, aunque no á sus conveniencias en el porvenir. El Libertador quedó así condenado a pagar, con el eclipse de su prestigio y de su gloria, su calidad de egregio símbolo humano de la unidad de los pueblos hispano-americanos. Y él no quiso rehusarles este supremo sacrificio, a pesar de estar seguro de que se le acusaría de "tirano" cuando se viera obligado, para alcanzar sus propósitos, a demandar una autoridad fuerte en América, una autoridad capaz de cumplir la misión que había desempeñado la monarquía española: mantener la unidad del Continente, como lo hizo la autoridad real durante 300 años. He ahí la razón que indujo a Simón Bolívar, convencido de que la unidad política en una extensión territorial tan vasta sólo podía conservarse con una autoridad independiente en su constitución —aunque no en su ejercicio—, de la voluntad de las comunidades que deseaban el fraccionamiento del Hemisferio, a proponer la Presidencia Vitalicia, la cual era el sustituto democrático de la autoridad real.

A pesar de sus denodados esfuerzos, Bolívar se acercó al término

de sus días sin haber logrado proporcionar a los Estados americanos una forma de gobierno susceptible de evitar que la independencia de la Metrópoli y el cambio del régimen monárquico por el democrático les llevara, a través de un accidentado proceso de anarquía, a su completa descomposición. "La independencia —dijo en su último Mensaje oficial— es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás." Tal fué la razón de la desoladora amargura que le atormentó en sus últimos días, como de esas patéticas lamentaciones suyas, tan semejantes, por su dolorosa intuición del porvenir, a las de los profetas de Israel. "He arado en el mar", exclamó en San Pedro Alejandrino, al comprender que se le iba la vida cuando los Estados americanos, dueños de la libertad que les había conquistado su genio, se anticipaban a demostrar que sólo sabían emplearla para despedazarse así mismos y para hacer imposible en América toda noción de gobierno que no estuviera identificada con el despotismo o el libertinaje. "En pueblos —escribió— que ha sido preciso obligar por la fuerza a defender sus derechos y es preciso también la fuerza para que hagan su deber... no puede levantarse un Libertador sino un tirano..."

Cuando en la actualidad se toma nota de la organización social de la América Latina, sólo se encuentra la huella dejada por la obra política de gobernantes como Santander, Rivadavia, Páez, Flórez, Torre Tagle, etc., que por fundarse en postulados y aspiraciones estrictamente regionalistas —es decir, granadinos, venezolanos, argentinos, etc.—, pudo acoplarse mejor a las aspiraciones de un Continente cansado ya de empresas heróicas y de veinte años de guerra devastadora y despiadada. Pero si los magníficos ensueños de Bolívar, por la manera como excedían las informes realidades del Hemisferio, no pudieron encontrar entonces terreno firme para anclar en ellas, el ejemplo heróico de su vida, que dejó en el pasado de nuestros pueblos esa huella que sólo imprimen las grandes figuras de la Historia Universal, al proyectarse, como se proyecta hoy, en las grandes creaciones de la leyenda y del mito, ha llegado a convertirse en el recipiente egregio a donde van a depositarse, a la manera de ofrendas sin fin, todos los sueños de unas comunidades que, cuando se cansan de mirarse con desconfianza y de destruirse inútilmente a sí mismas, sienten la añoranza de los ideales continentales del Libertador. El porvenir es suyo. Lo derrotaron las debilidades y defectos de nuestros pueblos, pero ha entrado en la gloria imperecedera, ganándose su imaginación y sus esperanzas.

— FIN —

I N D I C E

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

UNA VOZ EN EL PASADO

CAPITULO II

EL MAESTRO

CAPITULO III

LA METROPOLI LEGENDARIA

CAPITULO IV

AMOR E INCERTIDUMBRE

CAPITULO V

LA SOMBRA DE BONAPARTE

SEGUNDA PARTE

CAPITULO VI

CRISIS DEL IMPERIO ESPAÑOL

CAPITULO VII

UNA REBELION DE MINORIAS

CAPITULO VIII

DOS EDADES DE LA REVOLUCION

TERCERA PARTE

CAPITULO IX

LA GRAN AVENTURA

CAPITULO X

LA CONCIENCIA AMERICANA

CAPITULO XI

TOMAS BOVES

CAPITULO XII

LA PACIFICACION ESPAÑOLA

Página

CUARTA PARTE

CAPITULO XIII

LA ESTRATEGIA POLITICA DE LA REVOLUCION

CAPITULO XIV

BATALLA POR EL DOMINIO DE LAS COSTAS

CAPITULO XV

EL CAUDILLO

CAPITULO XVI

LA TIERRA PROMETIDA

CAPITULO XVII

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DE ANGOSTURA

CAPITULO XVIII

PASO DE LOS ANDES

CAPITULO XIX

ENTREVISTA DE SANTA ANA

CAPITULO XX

COLOMBIA LIBRE

QUINTA PARTE

CAPITULO XXI

EL GENERAL SAN MARTIN

CAPITULO XXII

EL MONARQUISMO PERUANO - ARGENTINO

CAPITULO XXIII

MANUELITA SAENZ

CAPITULO XXIV

LA CONFERENCIA DE GUAYAQUIL

CAPITULO XXV

EL PERU, CIUDADELA DE ESPAÑA EN AMERICA

CAPITULO XXXII

LA CONSTITUCION BOLIVIANA

Página

SEPTIMA PARTE

CAPITULO XXXIII

¿LEGALISMO U ORDEN REVOLUCIONARIO?

CAPITULO XXXIV

LOS HERALDOS DE LA ANARQUIA

CAPITULO XXXV

LA CONVENCION DE OCAÑA

CAPITULO XXXVI

¿MONARQUIA O REPUBLICA?

CAPITULO XXXVII

ARAR EN EL MAR

BIBLIOGRAFÍA

Cartas del Libertador. — Recopilación de Vicente Lecuna.
Proclamas y discursos. — Recopilación de Vicente Lecuna.
Cartas del General Santandes.—Recopilación de Vicente Lecuna.
Las guerras de Bolívar.—Francisco Rivas Vicuña.
Documentos para la vida pública del Libertador.—Blanco y Azpurúa.
El superhombre.—J. V. Cova.
Diario de Bucaramanga. — Perú de Lacroix.
Memorias.—Daniel D'Leary.
La Libertadora del Libertador. — Rumazo González.
Historia secreta de Bolívar.—Cornelio Hispano.
Bolívar.—Sañudo.
El correo del Orinoco.
Orígenes de la independencia suramericana.—Jorge Ricardo Vejarano.
Bolívar.—Jorge Ricardo Vejarano.
La juventud legendaria de Bolívar.—Carlos Pereyra.
Estudios históricos.—Arístides Rojas.
Tradiciones peruanas.—Ricardo Palma.
Vida del General Miranda. — Ricardo Becerra.
Historia de San Martín. — Bartolomé Mitre.
La vida de Bolívar.-Marqués de Rojas.
Los septembrinos.—Alberto Miramón.
La conferencia de Guayaquil.—Vicente Lecuna.
El Libertador Presidente. — Roberto Botero Saldarriaga.
Mi Simón Bolívar. — Fernando González.
Historia de América.—Carlos Pereyra.
Bolívar y otros ensayos. — Andrés F. Ponte.
La revolución de Caracas.—Andrés F. Ponte.
Historia de la civilización ibérica.—J. P. Oliveira Martins.
Bolívar.—Jules Mancini.
Remisniscencias de Santa Fé de Bogotá.—J. M. Cordovez Moure.
Memorias.—José Hilario López.
Historia de la revolución de la República de Colombia. — José Manuel Restrepo.
La iniciación de la República.—Jorge Basadre.
Rivadavia.—Salomón Abud.
Rivadavia.—Andrés Llamas.
La historia en el Perú.—José de la Riva Aguero.
Historia del Perú independiente.—Felipe Paz Soldán.
Historia de Venezuela.—Rafael María Baralt.
Napoleón y la independencia de América.—Carlos A. Villanueva.
Mocedades de Bolívar.—Rufino Blanco Fombona.
Historia constitucional de Venezuela.-José Gil Fourtul.
Bolívar en el Perú.—Gonzalo Bulnes.
Memorias.—García Gamba.
Santa Cruz.—Alfonso Crespo.
Autobiografía.—José Antonio Páez.
Ensayos históricos.—Bartolomé Mitre.
Nuestro siglo XIX.—Joaquín Tamayo.
Santander.—Fernando González.
Rosas.—Carlos Ibarguren.
Gaceta de Caracas.
Investigaciones históricas. — Vicente Dávila.
El Cabildo de Puerto Cabello en la Primera República. — Luis Alfredo Colomine.
Escritos.—Francisco de P. Santander.
El Libertador Bolívar y el Deán Funes. J. Francisco V. Silva.
Memorias histórico-políticas.—Joaquín Posada Gutiérrez.
El espíritu de Bolívar. — R. Blanco Fombona.
Un neurosis célebre.—Juan B. Lastres.
Bolívar.—Luis Enrique Rodó.
El dolor de Bolívar.—Alfonso Zawdzky.
San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil.—Eduardo L. Colombres Mármol.
Antonio José de Sucre.—Villanueva.
Apuntaciones sobre las primeras misiones diplomáticas de Colombia.—Pedro A. Zubieta.
El Genio de América.—Luis López de Mesa.
Emilio.—Juan Jacobo Rousseau.
La estirpe calvinista de nuestras instituciones. — Alfonso López Michelsen.
Campañas de Junín y Ayacucho.—Vicente Lecuna.
Biografía de Morillo.—Rodríguez Villa.
Memorias.—Florentino González.
Actas del Congreso de Angostura.—D. Monsalve.
Memorias sobre la vida del General Simón Bolívar.—Tomás Cipriano de Mosquera.
Vida de San Martín.—Sarmiento.
Proceso del 25 de septiembre.—Recopilación.
Constituciones de Colombia. — Pombo y Guerra.
Bolivarianismo y Monroísmo. — Vasconcelos.
Las democracias latinas de América.—F. García Calderón.
Bolívar.—Ludwing.
Bases.—Alberdi.
El pensamiento internacional de Bolívar.—Francisco José Urrutia.
Bolívar y la democracia.—Marius André.
El fin del imperio español. — Marius André